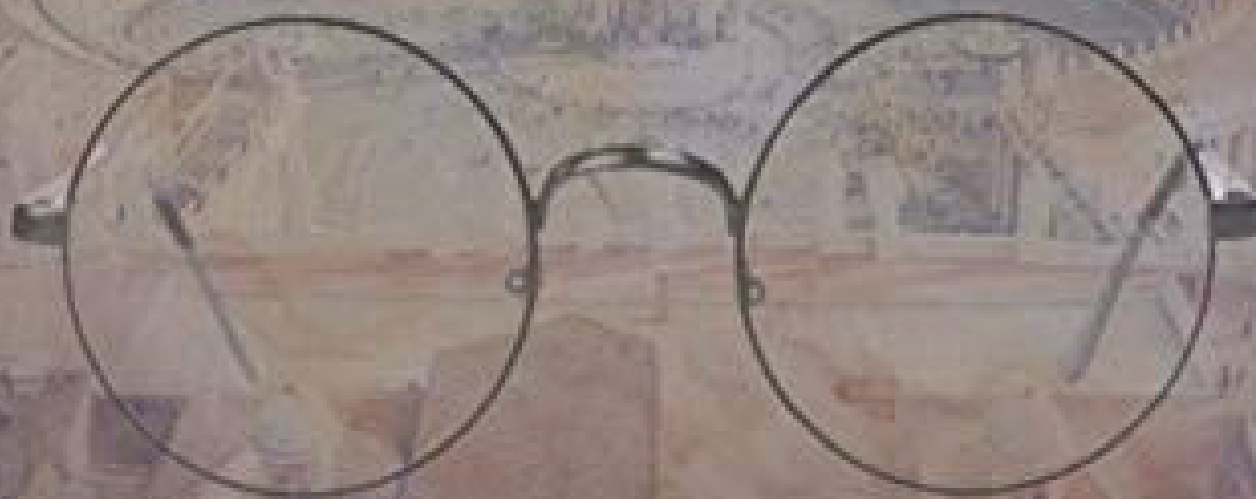


EL PROYECTO

T

Un misterio, un secreto... Un Proyecto...



Ricardo Velásquez

D.J.57

EL PROYECTO

Ricardo Velásquez

©RicardoVelásquez2019. Derechos Reservados.

Primera edición septiembre 2019. Todos los derechos de la obra son propiedad del autor. Prohibida su reproducción total o parcial.

LOS HECHOS

Los lugares reseñados, las referencias bíblicas y los hechos históricos nombrados en esta obra, son reales. El autor se tomó la libertad de novelarlos para el disfrute del lector.

Existen pruebas fehacientes que al finalizar la II Guerra Mundial muchos gobiernos del mundo investigaron y tomaron nota acerca del proyecto *Lebensborn* para satisfacer intereses ocultos.

Desde hace siglos se escucha en los corrillos de los círculos históricos la existencia de una organización no secular de la iglesia católica que defiende, desde las sombras, los intereses atávicos del clero.

Pour mes Yeux de la Mer, l'amour de ma vie

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”

Ef. 6,12

1

El pelirrojo salió de la estación de metro de *Alexanderplatz*, en pleno corazón de Berlín. Su rostro níveo sintió como el aire gélido teutón constreñía sus poros. Tenía prisa, iba retardado a su cita. Llevaba puesto un abrigo negro como un gran caparazón para librarse del implacable frío alemán. La temperatura germana resoplaba a seis grados centígrados, a pesar que era primavera. Desacostumbrado a ese clima inhóspito, apretó su ropaje y alzó la mirada hacia la imponente torre de comunicaciones de Berlín que se erguía arrogante en el medio de la ciudad. Eran las ocho de la noche y el cielo de la capital alemana era apuñalado por un crepúsculo herrumbre.

El hombre continuó caminando y giró hacia su izquierda donde se enfrentó a una cervecería situada al aire libre. Miró su nombre y se atajó. Era el local que buscaba. Sacó su teléfono y marcó un número.

—¿Llegó?

—Estoy cerca —dijo una voz cansina.

La respuesta le satisfizo. Buscó un sitio donde sentarse.

Muchísimas personas abarrotaban el lugar, apenas encontró una mesa desocupada en una esquina apartada. Se sentó y pidió una cerveza en alemán. El mesero la trajo enseguida. Bebió de un solo trago el fermentado líquido. Sacó un pañuelo y se limpió la boca, luego encendió un cigarrillo. Aspiró su humo adictivo. La nicotina que se inyectaba en su flujo sanguíneo le dio una sensación de tranquilidad. Se sentía a gusto. Adoraba Berlín. La tarde moría y el manto negruzco de la noche se apoderaba del cielo europeo.

Después de tres grandes bocanadas, los ojos ígneos del pelirrojo miraron a dos mujeres que charlaban en la mesa contigua. Conversaban, amenas, en un idioma que reconoció como eslavo. A pesar del frío reinante, vestían unas faldas. No paraban de reír. Las miró con detenimiento mientras acariciaba su barba y su bigote bermejo. Eran unas afroditas. La que tenía frente a él era una rubia de ojos azules y la otra, de espaldas, destacaba por su frondosa cabellera negra. La rubia lo miró y le dijo algo a su amiga. La pelinegra volteó y el hombre pudo ver su atrapante belleza que era adornada por unos lentes transparentes. Se levantó y se acercó hasta su mesa donde le dijo en alemán:

—*¿Ich kann eine Zigarette geben?*

El pelirrojo colocó un cigarro en la boca de la mujer y lo encendió. Ella aspiró el humo y lo expiró con sutileza sin dejar de verlo con su mirada pizpireta. Se sonrió y volvió con la rubia. Dejó a su paso una estela de efluvios

de nicotina y Chanel. El hombre intentó dejar de verlas, pero sus bellezas esclavizaron sus ojos a esa mesa. Una risita cómplice entre ambas lo dejó lerdito, creyó que las mujeres querían ligar con él. El pensamiento de tenerlas a las dos desnudas en su cama lo excitó. Recordó su misión y recuperó la compostura. La negociación valía más que unas pelanduscas baratas.

Aspiró otra bocanada de nicotina cuando escuchó una voz áspera:

—¿Es usted? —Preguntó en perfecto inglés un calvo vestido con un abrigo gris que apareció a su lado derecho.

—Sí, yo soy —Respondió.

El calvo se sentó con cuidado frente a él. Ambos se miraron por unos estrechos segundos en los cuales se estudiaron con detenimiento. El pelirrojo pudo observar a un hombre cuyo rostro reflejaba una vida mal vivida. El cansancio y la desconfianza rezumaban en su piel. Sus ojos grises, como los de un gato montés, se desorbitaban de sus cuencas, buscando un signo inequívoco de una celada. Sus manos se ocultaban dentro de su abrigo, denotando nerviosismo o desconfianza. Pasaba la sexta década de vida y caminaba por la cornisa de la senectud. Pronto sería un decrepito anciano.

Le ofreció un cigarrillo que el calvo recibió de buena gana. Se lo encendió de inmediato. Al aspirar la primera bocanada, el rostro del calvo, llenó de surcos de desconfianza, permutó a uno más suave y sereno.

—¡No esperaba verlo aquí! —Expresó con una voz ronca.

—Es un buen lugar, además me gusta la cerveza que sirven, ¿Quiere una?

—Sí, por favor.

El pelirrojo llamó al mesonero que se acercó. Pidió dos cervezas. A la brevedad, el mozo trajo las bebidas. Ambos agradecieron y bebieron un sorbo.

—¿Tiene el dinero? —Expresó el hombre de la cabeza brillante, limpiándose la espuma de la boca con la manga de su abrigo.

—Claro que lo tengo.

—¿Lo traje consigo?

Su interlocutor manó una sonrisa sorna, miró a los lados y luego, dijo con voz afilada:

—¿Me cree tan tonto?

El calvo respondió con el mismo tono de voz:

—Sé que no lo es, de ser así, no estuviera aquí.

—¿Qué garantías tengo de que es auténtico? —inquirió el hombre de cabellos rojos.

—Todas, la letra del autor es fácil de comprobar. —Hizo una pausa y agregó—. Hay mucha gente interesada, usted debe saberlo. Si no lo compra, otro lo hará.

—Lo sé, pero ellos no pueden pagar lo que mi cliente le ha ofrecido... Usted debe saber que por tanto dinero debo tener una garantía de que es auténtico.

El calvo adardeó la tensa conversación, al decir:

—Lo es, pero también debe saber que muchas personas matarían por obtenerlo. Al negociar con usted, mi vida podría estar en peligro. Debo estar seguro de que nada me sucederá.

—Esa garantía no se la puedo ofrecer, pero le puedo asegurar que con el dinero que recibirá, podrá comprar la vida que usted desee —espetó, luego inquirió —¿Puedo verlo?

El hombre calvo se sonrió de nuevo.

—Como usted dice ¿Me cree tan tonto?

Ladeó su cabeza y se acercó un poco más.

—No lo tengo conmigo, pero lo tengo. ¡Y le aseguro que es auténtico!

El calvo sacó una hoja harapienta del bolsillo de su abrigo y se la mostró al pelirrojo que la miró con acuciosidad. Sacó del bolsillo de su pantalón una copia fotostática y las comparó. Sus ojos, como navajas filosas, leían y releían cada palabra escrita en ambos textos. Al final, expresó:

—Sí, tiene usted razón. La letra es parecida, creo que coincide ¿Cuánto es el precio para que me lo entregue?

El calvo apercaminó su cara, se recostó en la silla, aspiró aire, se inclinó hacia adelante y luego sentenció:

—Dos millones de Euros... pero necesito en este momento el pago de buena fe que me prometió.

El pelirrojo permaneció impertérrito y dijo con voz espesa:

—Es bastante dinero... ¡Mucho!

—Usted sabe que vale ese precio y más. Tiene un valor inescrutable para lo que pretenden utilizarlo.

—¡Usted no sabe para que lo necesita mi cliente! —Dijo con aspereza el pelirrojo.

—Amigo, hay una sola razón por la cual alguien estaría interesado en el diario privado de Himmler.

Las miradas de ambos hicieron chispas como espadas amoladas en un duelo. Al lado, las chicas eslovacas, ya ebrias, reburujaban risas extremas con cánticos ininteligibles. Reían y canturreaban. De vez en cuando, miraban a su mesa. Ninguno le prestaba atención. No tenían tiempo para sus coqueteos. Negociaban el diario privado del *Reichsführer-SS* en una batalla campal.

—No quiero perder tiempo, si está interesado deme el pago de buena fe, de no ser así, gracias por la cerveza y el cigarro —expresó el calvo con voz adensada.

—Espere, no se apresure...tome. Aquí está el dinero —dijo sacando un sobre de un bolsillo del abrigo.

El calvo lo recibió por debajo de la mesa, lo abrió y vio un fajo grueso de billetes de cien euros, se sonrió y lo guardó en un bolsillo de su abrigo harapiento.

—Gracias —expresó con una sonrisa traslúcida.

El pelirrojo asintió.

—¿Dónde haremos la entrega?

—Aquí, mañana a las dos de la tarde.

—Perfecto, hablaré con mi cliente y mañana haremos la transacción aquí. Verificaré con un grafólogo la letra. Desde aquí cerraremos el negocio.

—Así será.

El hombre calvo se levantó, hizo una pequeña reverencia y sin decir palabra, marchó raudo y se perdió en la penumbra de *Alexanderplatz*. La incipiente noche berlinesa asesinó a la tarde y la negrura pintó el cielo. El pelirrojo se quedó en la mesa, observando al extraño personaje. Sus ojos graníticos mordían la iluminada plaza de Berlín y devoraron el rastro del calvo que se terminó de esfumar entre el gentío. Luego, sacó su teléfono y envió un mensaje de texto.

El pelón caminó hacia la plaza de Neptuno, cerca de *Alexanderplatz* donde hizo una pausa. Miró hacia atrás para ver si lo seguían. Luego fue hasta la *gare*, donde se subió en uno de los autobuses de turistas que se encontraba lleno a esa hora. Se aseguró que nadie lo seguía. A continuación, se apeó e hizo trasbordo en diferentes transportes hasta que llegó al lejano barrio Lichtenberg. La luz difusa de un farol rebelde iluminaba la calle desde lejos.

El hombre caminaba rápido, girando su cabeza en todas las direcciones, abriendo sus ojos y afilando sus oídos. Uno que otro transeúnte emergía de la oscuridad como un fantasma transparente y se volvía a diluir en la negrura. No vio a nadie en actitud sospechosa. Caminó dos calles más hasta que llegó a un añoso edificio. Se detuvo frente a su puerta entreabierta. Miró a los lados y vio a una mujer que caminaba del otro lado de la calle con su percha de pobre. El calvo ingresó a la edificación. Subió por las escaleras con la dificultad de sesenta y cinco años a cuestas. Llegó al cuarto piso. Abrió la puerta de su departamento que crujió en un grito ahogado de óxido en sus bisagras. Encendió la luz y cerró la puerta con llave. Un gato blanco salió a su encuentro. Tocó su cabeza con suavidad y lo llamó por su nombre: Valiente. El felino respondió con un ronroneo. Fue hasta la cocina y le sirvió una lata de sardinas. El animal la devoró con ansias.

Un poco más relajado, el calvo se quitó el abrigo y lo colocó en el closet astroso que permanecía inerte en su habitación. Sacó de su cintura una pistola

Beretta y la colocó encima de una mesa poluta. Su vejiga, a punto de estallar, lo obligó ir al baño donde orinó con dificultad. «Esta próstata me está jodiendo la vida», pensó.

Fue hasta la sala y se sentó como un soberano en su trono. Sacó la paca de dinero y lo contó. Diez mil Euros. Aspiró aire y se sintió exultante. Después de tanto tiempo, sus esfuerzos comenzaban a dar frutos. El diario de Himmler tenía un comprador. Este pago de buena fe era el introito a una vida mejor a la vivida hasta entonces. «Por fin saldré de esta miseria de mierda. A partir de hoy no volveré a tener hambre o frío», espetó entre dientes. Volvió a colocar el dinero en el sobre y lo guardó en su pantalón.

Encendió su computadora portátil y revisó sus correos electrónicos. Valiente, de un salto, se sentó en sus piernas y lamió sus manos. Él lo miró con sus ojos alborozados. Comenzó a acariciar el pelaje tibio del felino mientras observaba la pantalla de la computadora.

El gato maulló y erizó su espalda, avivando los sentidos del calvo. Creyó escuchar el ruido de unos pasos lejanos en el pasillo. Fue hasta el cuarto donde buscó el arma. Se acercó hasta la puerta para escuchar mejor. Todo era un gélido silencio. Se quedó petrificado. Nada sucedía. Al cabo de unos minutos sin escuchar ruidos, se dirigió hasta su cuarto para colocar de nuevo la pistola en la mesa. Apagó la computadora. Fue hasta la cocina y bebió un vaso de agua.

Abrió la ventana de la sala principal y dejó entrar un poco de aire fresco de la calle. Tomó la caja de cigarrillos que tenía en un bolsillo del pantalón. Sacó un cigarro y lo encendió. Aspiró su humo caliente y lo expelió mientras atisbaba las luces tenues del barrio. La negociación del diario de Himmler aleteaba en su cabeza. Contactar al exclusivo cliente fue engorroso. Al principio, hubo escepticismo de su parte, pero cuando entregó pruebas inequívocas de la autenticidad del diario, el agreste camino para la venta se abrió de par en par. Mientras zigzagueaba en los vericuetos de su mente, escuchó, detrás de él, el sonido seco del armado del martillo de una pistola.

Volteó con lentitud y vio como lo apuntaban con una pistola sig sauer 9 mm. En la punta del cañón, un silenciador se asomaba como la cabeza de una serpiente que, con los colmillos filosos, está a punto de inyectar su veneno.

—¡Jamás lo encontrarán! —Dijo con voz trémula. Tragó saliva.

Tres disparos consecutivos penetraron su pecho y cayó de bruces en el piso. Los proyectiles destrozaron su corazón que aún latía en espasmos disímiles. A su lado, el cigarrillo emanaba volutas que se diluían como el alma del muerto desprendiéndose de su cuerpo. Expelió su último aliento, viendo como la bota de su verdugo apagaba el cigarro. Otto Gebauer tenía razón, después de todo, jamás volvería a tener la sensación de frío en su piel o de hambre en su estómago.

El asesino se deslizó con agilidad hasta el cuerpo inerte, registró los bolsillos del pantalón y tomó el sobre con los diez mil euros. Registró toda la casa y encontró su agenda de anotaciones. La tomó y la guardó. Luego revolvió y desordenó todo el apartamento, llevándose algunos objetos de valor. Salió al pasillo, bajó por las escaleras y salió del edificio ruin. Se deslizó entre los recovecos de las veredas del barrio, asegurándose de no despertar sospechas entre los pocos transeúntes que caminaban. La noche berlinesa se tragó su rastro.

En el departamento, Valiente lamía el cuerpo inerte de su amo.

Rudolph Speer entró como una tromba en el cuartel general de la policía de Berlín. El lugar nació a la vida con su presencia. Los oficiales y los agentes correteaban por todos lados, en un intento de apartarse del camino de quien era el jefe policial berlinés. Un murmullo insufló el aire enrarecido entre las paredes del comando. “Llegó el jefe” “Ya llegó” “Está con el ceño fruncido” eran las frases que se escuchaban como martilleos lejanos de los miembros del cuerpo de seguridad. Todos experimentaron, en alguna oportunidad, los bramidos y el mal humor del jefe de la policía, por eso sus subalternos intentaban evitarlo a toda costa. Era un cascarrabias tozudo. Pero era una labor imposible apartarse del camino del gerifalte policial. Su memoria eidética era legendaria y su sagacidad era harta conocida. Rudolph Speer tenía el control total de su cuerpo policial.

Mientras caminaba por los pasillos, observaba a todos a quienes se encontraba a su paso y disparaba órdenes y contraórdenes. Los llamaba por su nombre o su apelativo. Los conocía a todos.

—Lahm ¿Qué pasó con las pesquisas del banco federal? —le preguntó a un detective.

—Ah, señor, buenos días jefe, precisamente iba a...

El hombre comenzó a contestar cuando Speer lo interrumpió y le dijo a una mujer que salía de una oficina:

—Eva ¿Está listo el informe que solicitó la Fiscalía?

—Sí, señor, Buenos días. Está sobre su...

Rudolph seguía avanzando y todos a quienes le dirigía la palabra se pegaban detrás de él como rémoras que escoltaban a un gran tiburón blanco.

Dafne ¿está listo mi café?

—Sí, señor, buen día, listo como siem...

De nuevo, Speer volvió a interrumpir a su interlocutor y siguió avanzando por las escaleras hacia su despacho, mientras que la hueste de agentes y funcionarios iban a su alrededor como las abejas escoltas de la reina de una

colmena.

—El oficial de guardia, ¿Dónde está el oficial de guardia? —vociferaba mientras subía con energía hacia su oficina —¿Qué alguien llame al oficial de servicio?

El grupo continuó avanzando y el jefe Speer, como también era conocido, avanzaba con zancadas largas por el comando. Con su metro noventa y cinco centímetros de estatura, el oficial de cabellos lacios y color castaño claro no pasaba desapercibido. Sus patillas encanecidas, su nariz aguileña, sus ojos azules atrapados en sus cuencas y su apostura serena, marcaban su estampa varonil. A pesar de que los años habían mellado su rostro, el inspector jefe conservaba resquicios de un Porfirio Rubirosa del siglo XXI.

Algunos incautos o amables efectivos le daban los buenos días. Él respondía con un saludo casi imperceptible entre sus dientes. Su boca, apenas se movía.

Al llegar a la puerta de la oficina, se detuvo y vio a todos los que lo rodeaban.

—¿Qué hacen aquí? —les preguntó —¡Vayan a trabajar! ¿Qué alguien me busque el oficial de guardia?

Todos se dispersaron de inmediato.

El inspector Jefe acomodó su abrigo en el perchero que bostezaba al lado de la puerta. Un efectivo bajo, con los cabellos rubios pinchos como un puercoespín, ingresó. Era el oficial de guardia. Speer lo vio de arriba abajo, pasando revista a su facha, no le gustaba su nuevo corte de cabello punk, se lo hizo saber con la mirada de desaprobación. Se sentó. El efectivo tragó grueso y le dio parte de la jornada.

—Inspector, tenemos el asesinato de un hombre, anoche. Fue encontrado en su apartamento en Lichtenberg con tres disparos de 9 mm en la región pectoral. El lugar era un completo desorden. El móvil, aparentemente, fue el robo. Investigamos el entorno de la víctima. Su nombre era Otto Gebauer y laboraba como investigador privado. Los vecinos reportaron que su gato no paró de maullar toda la noche, su cuerpo fue encontrado hace cuatro horas por una vecina.

El Inspector terminó de acomodar sus cosas. Apiló un cerro de papeles que tenía a un lado del escritorio. Se acomodó en su asiento y miró con acuciosidad al novato detective. Con un vozarrón espetó:

—Sí, es posible que haya sido un robo, pero recuerde que a veces lo más probable es lo menos probable.

El oficial le respondió:

—Era un pobre diablo, señor. Pero es verdad lo que usted dice, no hay que descartar ninguna teoría, inspector.

—¿Hay testigos? —inquirió con la mirada perdida en la puerta de la oficina.

—No, ninguno.

—¿Familiares de la víctima?

—Hasta los momentos no sabemos de nadie. Le repito, inspector. Parece un caso común de un robo a un pobre diablo.

Rudolph torció su boca, miró con fijeza los cabellos pinchos del oficial y expresó:

—Sí, quizá, pero mi experiencia me dice que no debe ser así. A veces los casos más sencillos se convierten en verdaderos dolores de cabeza para los investigadores.

El oficial asintió, miró su libreta de nuevo y dijo:

—En otro orden de ideas, inspector. Recuerde que tenemos que doblar la seguridad en el aeropuerto para la llegada del Papa dentro de dos días.

Speer cerró sus labios y movió la cabeza en una muestra clara de disgusto. Odiaba la política. La seguridad a eventos de ese tipo, lo irritaban. Lo suyo era la calle, el trabajo de investigación detectivesco. La seguridad a personalidades y políticos le dejaba más dolores de cabezas que satisfacciones. Además, rendirle cuentas al Alcalde de la ciudad, acerca de la seguridad papal, era una idea que no le agradaba. La relación entre ambos era tirante. Suspiró, tragó grueso y dijo:

—Sí, es verdad, dediquemos toda nuestra atención a esa actividad, no me gusta un carajo, pero debemos hacerlo. Luego intentaremos resolver este homicidio, llama a todos los jefes de Departamentos. Déjame el informe del occiso.

El Detective le dio una hoja de papel y salió a buscar al Subinspector y los jefes policiales. El inspector leía con atención el informe. Repasó los datos del crimen recién cometido. Parecía un robo, pero también un asesinato sin sentido. No le gustaban los crímenes sin un móvil aparente. Su experiencia policial le decía que todos los delitos tienen un objetivo, algunos ocultos, otros solapados; pero todos, sin excepción, tenían una motivación. Los asesinatos sin móvil aparente, eran de su desagrado, pues se convertían, invariablemente, en grandes dolores de cabeza.

Su secretaria, Dafne, una mujer baja y enjuta, con quien tenía más de veinte años trabajando, entró y le informó que los jefes policiales estaban afuera. Le dijo que los hiciera pasar. Los oficiales entraron y el asesinato de Otto Gebauer fue guardado en los recovecos de su mente. Invitó a sentarse a los efectivos. Eran siete avezados efectivos.

La seguridad del Papa era un asunto que le disgustaba. No le agradaba el Papa ni sus acólitos. En realidad, no le agradaba nada que tuviese que ver con la religión porque el inspector Speer era ateo. Sin embargo, su profesionalismo

apartó a un lado sus creencias ontológicas.

—Buenos días, señores. Los he reunido por la visita papal.

Hizo una pausa, miró su libreta de anotaciones y continuó.

—El Papa visitará Berlín dentro de tres días. Anoche estuve en la reunión de coordinación de alto nivel gubernamental donde estuvieron presentes los comandantes y jefes de las unidades de seguridad, además del personal de la Guardia Suiza. El itinerario del Papa en la ciudad es muy sencillo. Llegará al aeropuerto Berlín Tegel a las nueve de la mañana, de allí se trasladará en el Papamóvil hasta el *Reichstag*. Allí estará por un lapso de tres horas en una recepción con altas personalidades del mundo político, económico, empresarial y el clero. Posteriormente se trasladará de nuevo en el Papamóvil hasta la iglesia de Santa Eduvigis donde realizará una canonización y por último, en la tarde, se desplazará de nuevo hasta el Mercedes Benz Arena donde realizará una misa a la comunidad berlinesa. Al salir de allí, se trasladará al aeropuerto donde volverá a Roma a las nueve de la noche. Como ustedes pueden percatare, el itinerario es sencillo y sin complicaciones en la logística y los desplazamientos.

Dafne le trajo un vaso de agua y lo bebió de un trago. Todos lo miraban con agudeza, un despiste, una distracción significaba una reprimenda segura del jefe policial. Despidió a la mujer y agregó:

—A la Guardia Suiza le corresponde el primer anillo de seguridad alrededor del Papa. Al Grupo de Operaciones Especiales del Ejército le tocará el segundo anillo que estará ubicado dentro de las instalaciones donde él se encuentre. La policía de Berlín tiene la responsabilidad del tercer y último anillo de seguridad. Este corresponde a la seguridad externa de esas instalaciones y la ruta por donde se desplace el dignatario. Más adelante, me llegarán los pases de seguridad y los modelos de las identificaciones de los invitados para poder acceder a dichas actividades. Sólo utilizaremos armas de bajo calibre para el uso personal de los agentes. El escuadrón de francotiradores estará a nuestra disposición en los puntos críticos donde esté el Papa: el aeropuerto, el *Reichstag*, la iglesia de Santa Eduvigis y el Mercedes Benz Arena. Dos tercios de los efectivos de la policía estarán a disposición de la seguridad del dignatario y el resto estará previsto para el control interno de la seguridad de Berlín. Cada comandante y subcomandante de la policía tendrá la responsabilidad de la seguridad interna y ciudadana de su área de responsabilidad. El comando y control de todas las operaciones lo tendré yo. El puesto de comando principal será en las instalaciones del cuartel general y el puesto de comando alterno estará en cada punto donde se encuentre el Papa. Quiero, de igual forma, que hagan énfasis en las redes de información de cada uno de los sectores a fin de detectar posibles amenazas contra la población, el Papa y los invitados a los actos. ¿Alguna pregunta señores?

Una andanada de interrogantes se desató dentro de la oficina. Los directores de los departamentos y los comandantes de zona hicieron las preguntas pertinentes a cada una de sus áreas de interés e influencia. El inspector respondió, una a una, las dudas de sus subordinados. Todos quedaron satisfechos, Speer era un profesional competente. A las diez de la mañana, despachó a todos los jefes policiales.

Rudolph se recostó en su asiento agobiado por las responsabilidades. Llamó a su secretaria, Dafne, y le pidió que le trajera un café negro caliente. Ella asintió.

—El café ¿Lo quiere cómo siempre?

—Sí, Dafne, fuerte como para levantar un muerto y con media cucharada de azúcar.

La secretaria iba a salir, se detuvo y expresó:

—Disculpe, inspector, casi lo olvidaba, afuera hay alguien que quiere hablar con usted.

—¿Quién es? —espetó con el entrecejo fruncido.

—Su nombre es Abraham Giuseppe de la Interpol.

—¿Qué querrá ese “principito” de la Interpol? —dijo contrariado.

—No lo sé, pero pidió hablar solo con usted. Es un hombre raro, me da miedo.

—¿Te da miedo Dafne? Si a ti no te espanta ni un fantasma.

—De verdad jefe, ese hombre tiene un “no sé qué” que no me gusta.

—Hágalo pasar, pero primero me trae mi café.

La mujer salió. Dafne era la única persona dentro del comando que se atrevía a pasarse de la “raya” con su jefe. Sus años de servicio y su lealtad a morir, le permitían tomarse ese atrevimiento. Rudolph se introdujo en la página web de la Interpol y buscó el perfil de Abraham Giuseppe. “Mierda, qué tipo tan feo”, espetó a voz queda.

Speer odiaba a los funcionarios de la Interpol, pensaba que éstos solo se dedicaban a pasear por el mundo, buscando fantasmas, mientras que el trabajo duro de apresar delincuentes, lo hacían las policías locales. Los llamaba los “principitos” haciendo alusión al personaje literario de Exuperry. Dafne trajo el café y Rudolph se lo bebió de un trago.

—Tenías razón, Dafne... el tal Giuseppe es bien feo.

—Vio jefe, se lo dije. Él no para de moverse en su asiento y mira para todos lados como si estuviera medio loco.

—Hazlo pasar, por favor.

Dafne salió y un hombre de estatura media entró por la puerta enseguida. Era rechoncho, con una calvicie prematura en su cabello crespo negro. Su rostro

enmarcaba unos bigotes mal cortados y una barba andrajosa. Andaba vestido con una chaqueta marrón que no tapaba su prominente panza y un pantalón bluejeans. Era más feo que en la foto. El agente extendió la mano y Rudolph no respondió al saludo. Lo invitó a sentarse. Sacó de su bolsillo su identificación que el inspector verificó. Luego, preguntó a su colega:

—Agente Giuseppe ¿En qué puedo ayudarlo?

El agente de la Interpol se tomó los pocos cabellos con su mano izquierda, los llevó hacia adelante y le dijo:

—Inspector necesito hablar con usted acerca de un caso que investigo desde hace cinco años. Creo que en Berlín puedo obtener mucha información.

—Usted dirá —expresó con voz agreste, Speer.

El agente sacó su teléfono portátil, le quitó la batería y le pidió lo mismo al inspector, quien extrañado, le dijo de mala gana que su teléfono se cargaba en la oficina de su secretaria. En realidad lo tenía en su bolsillo.

Giuseppe cerró la puerta con cuidado. La paciencia de Rudolph se colmó. El confianzudo oficial de la Interpol no le agradaba, era un atrevido impertinente. Darle órdenes en su propia oficina, ¡Qué desfachatez! Se acomodó en la silla como pudo, alisó su panza y sacó de su bolsillo una vieja pipa color ocre y la mordió. Parecía un Sherlock Holmes de circo. Rudolph miró el piso para evitar reírse. Speer se percató que el dedo meñique de su mano izquierda fue mutilado a la altura de la falange.

—Inspector, ¿Usted ha escuchado hablar del Serafín?

—¿El Serafín? —preguntó con agudeza, Rudolph.

—Sí, ¿Ha escuchado de él?

—Sí, pero creo que es una historia fantástica de un personaje inexistente. En los pasillos policiales se rumorea, en ocasiones, acerca de este criminal. Cuando un crimen queda sin resolver, mis agentes bromean y dicen que fue obra del Serafín.

—Yo también creía eso hasta hace cinco años cuando comencé a trabajar en este caso.

—Entonces ¿Existe el tal Serafín? —expresó con cinismo.

—Sí, estoy seguro que es así. Es un asesino internacional que se ha ganado una reputación en el mundo criminal como buscador, escudriñador y sicario. Desde hace años estoy tras su pista, pero siempre se me escabulle. Es un profesional de la muerte.

La mirada filosa y silente de Speer invitó al confianzudo inspector a continuar con su perorata.

—El Serafín es el asesino perfecto. Es meticuloso y detallista, pero también elegante en su arte. No es un matón cualquiera. Ve lo que otros no observan, va a

donde muchos no se atreven, logra lo que nadie puede. Es implacable, inmisericorde y perfeccionista.

—¿Y tiene sospechas de quién es?

—No. La base de su éxito es su aguda inteligencia y su anonimato. Nadie conoce su verdadera identidad en los suburbios delincuenciales. Quienes lo contactan para realizar un “trabajo”, una búsqueda o una “limpieza”, preguntan en el bajo mundo por el Serafín. Él tiene oídos en todas partes y es él, quien contacta siempre al cliente. Se las arregla para ir un paso adelante y saber la intención y el historial de quien lo solicita. Con justa razón, se ha ganado el respeto y el miedo en el antro criminal donde trabaja.

—¿Es decir que podría ser cualquiera?

—No cualquiera. El Serafín es un asesino sin sentimientos.

Con el rostro pintado de duda y con la voz grave, Speer inquirió:

—Inspector, ¿No será que muchos de los casos no resueltos son achacados a este personaje?... Se lo comento porque una vez ocurrió un caso parecido en Múnich. Todos los crímenes sin resolver eran atribuidos a un malhechor de poca monta, cuando en realidad eran hechos aislados de distinta autoría.

El gordo italiano quitaba la pipa de sus labios y la volvía a morder cada vez que emitía un juicio. Era como si su mente navegara en los razonamientos más profundos de la criminología. Si Speer no lo hubiese visto con sus propios ojos, no lo creería. El inspector de la Interpol parecía un extraño personaje sacado de una historieta decimonónica.

—No lo tome a broma inspector. En una oportunidad, dos clientes disconformes por el precio de un “trabajo”, no le pagaron el monto acordado al Serafín; ambos murieron decapitados en sus camas. Hace tres años, en Tolouse, dos delincuentes franceses quisieron imitar sus métodos e hicieron trabajos de investigación y búsqueda, haciéndose pasar por él. Antes que terminaran la abyecta labor, desaparecieron. Dos semanas después, sus cuerpos podridos fueron encontrados, flotando en el río Sena. El Serafín envió un mensaje de excusa a los clientes, le devolvió el dinero pagado a los impostores e hizo el trabajo gratis. Su reputación creció. Su cartera de clientes aumentó y mejoró notablemente. Dejó de ser un matón de esquina y se convirtió en un verdadero artista del delito. No hizo más trabajos a jefes mafiosos ni a la delincuencia organizada y se dedicó a atender exclusivos ofertantes del orbe. El FBI, la CIA, el Mossad y la Interpol están tras su pista desde hace años, pero no tenemos indicios acerca de su identidad. Por eso el Serafín es el criminal más buscado del mundo. Él es el fantasma más famoso de la Tierra.

—Es un asesino letal, por lo que usted me dice —dijo Speer con notable extrañeza.

—¿Es más que eso, es un sádico narcisista que disfruta de sus crímenes a sangre fría!

—¿Por qué le dicen el Serafín? —inquirió el oficial.

—Todo empezó como un chiste en la oficina central de la Interpol, debido a la atrocidad de sus crímenes. Al principio de su carrera criminal, hace unos diez años, asesinó a un sacerdote católico en una iglesia de la isla de Malta. Después de haberlo estrangulado, lo vistió con una bata blanca y lo puso de rodillas frente al altar. Aparentemente, se quería mandar un mensaje al clero de la isla por su intromisión con la mafia de los puertos. Era un grotesco espectáculo sangriento. Un agente presente dijo que con ángeles y serafines como éste, nadie iría a rezar a los templos. El término “Serafín” lo escucharon otros agentes y se hicieron eco del símil. Desde esa fecha se le conoce con ese apelativo.

El Inspector Jefe miró la pequeña bandera de Alemania que tenía en su escritorio, tamborileó con sus dedos y preguntó:

—¿En qué puedo ayudarlo en el caso del tal Serafín?

—Creo, mejor dicho, tengo la certeza que el Serafín está aquí en Berlín. Ha dejado un patrón en sus últimos trabajos. Todos ellos apuntan que su próximo asesinato será en Alemania. Además, interceptamos varios correos electrónicos que usó en una oportunidad y en ellos se nombraba a Berlín.

—Es decir que usted le ha hecho seguimiento en todo el planeta —dijo, sarcástico, Speer.

—Sí —expresó sacándose la pipa de la boca y mordiéndose las uñas de su mano izquierda —luego inquirió —Dígame algo inspector Speer, ¿Ha ocurrido algún crimen extraño en estas últimas semanas?

—Bueno, todo crimen es extraño. Sea más específico.

—Bueno sí, tiene razón ¿Algún asesinato en extrañas circunstancias?

—No, ninguno.

El barrigón, se acomodó como pudo en la silla y acercándose al escritorio, dijo:

—Le diré una información que solo yo conozco. Por favor sea cauto.... Si en este tiempo me he acercado a la sombra de ese fantasma, se debe a que he sido discreto y he manejado la información sin compartirla con nadie.

—Bueno, si es así, no está en la obligación de decirme nada —expresó con voz adensada, Speer.

El fanteche oficial aspiró aire y dijo:

—Su única huella personal es que siempre ataca a sus víctimas de frente, nunca por la espalda. Creemos que lo hace para ver como mueren. No deja testigos. El Serafín tiene otra característica en sus asesinatos. Al matar con arma de fuego efectúa tres disparos muy cercanos en el pecho. Es un tirador muy

eficaz. Inspector ¿Ha habido algún asesinato con estas características en este tiempo?

Rudolph tuvo un momento de duda. No conocía a ese hombre y como policía de veinticinco años de carrera tenía una premisa: no confiar ni en su propia sombra. Pero aun así, le dijo al fofo efectivo:

—Hubo uno, pero estamos en plena pesquisa, aún trabajamos en la escena del crimen. Cuando tenga la investigación adelantada lo llamaré para compartir datos.

La secretaria del inspector tocó la puerta. Ambos voltearon. Rudolph le hizo un gesto con la mano para que esperase. Entonces Giuseppe, guardando la pipa ensalivada, dijo:

—No le quitaré más tiempo. Voy a estar en mi hotel. Aquí está mi tarjeta, por favor, llámeme al tener las pesquisas listas.

El italiano se levantó y se subió los pantalones cuyos ruedos llegaban al piso.

—Exactamente ¿Qué quiere saber? ¿La identidad del Serafín? —dijo Speer, reptando la figura jocunda del italiano.

—Su identidad es un misterio y no creo que usted lo resuelva. Lo que quiero saber es acerca del perfil de la víctima para conocer el próximo paso que dará ese vil asesino.

—Agente, apenas hace cuatro horas se cometió el asesinato, lo mantendré informado cuando las pesquisas estén más adelantadas.

—Si lo hizo el Serafín, ya usted se dará cuenta.

Se despidió, extendiendo la mano al inspector policial que ahora sí la estrechó. Su saludo fue tan fofo como su estampa. Rudolph vio como el pequeño fantoche se retiraba de la oficina. Se sentó en su silla y se apoyó hacia atrás colocando ambas manos detrás de su cuello. Su secretaria entró y vio su cara adusta. Le preguntó:

—¿Pasa algo, inspector?

Miró a la mujer, callado y pensativo. Arqueó ambas cejas. Luego espetó:

—Nada, pero creo que tendré más trabajo del que pensaba. Llámeme al Subinspector.

2

El hombre caminaba raudo por los pasillos oscuros del cuartel general de las SS. Sus pasos retumbaban como ecos secos entre las paredes mudas de concreto. A su paso, el aire quedaba enturbiado por su sombra. Parecía un fantasma con rostro de humano, pero en realidad era un humano con rostro de fantasma. El oficial llegó a su oficina. Guindó su abrigo dentro de un escaparate que, triste y mudo, se recostaba en una pared. Lo mismo hizo con sus guantes y una bufanda negra. Fue hasta su escritorio y se sentó, exultante. Una sonrisa sibilina se dibujó en su rostro. Vio la hora. Era la una de la mañana del 31 de diciembre de 1934.

Los nazis ascendieron al poder el año anterior, dejando a su paso un rastro de sangre y fuego. Pero fue ese año, 1934, cuando obtuvieron el control total de la voluntad de los millones de germanos. Un totalitarismo absoluto cayó en Alemania como las virutas de nieve que cubrían el exterior del cuartel general de las SS ubicado en el nº 8 de la *Prinz-Albrecht-Strasse*, en Berlín. El frío tenebroso del nazismo llegaba a todas partes y cubría todo, al igual que el gélido invierno de ese diciembre. Nadie, dentro de los límites del país ario, escapaba de las garras de acero de los nuevos hegemones alemanes.

Los nazis estaban de júbilo y él era uno de ellos, pero no era cualquier nazi, él era el amo y señor de las *Schutzstaffel*. Su nombre era Heinrich Luitpold Himmler. Ese hombre de mediana estatura, de cabellos castaños, de bigote recortado, de gafas redondas, de ojos grisáceos, de piel lívida que parecía más un sacerdote franciscano que un funcionario de Estado, era el monarca indiscutible de las SS y su mirada de basilisco determinaba quien vivía y quien moría en la Alemania nazi; siempre, en nombre de su amado *Führer*, Adolf Hitler.

De apariencia asceta, Himmler era el arquitecto que había fraguado todos los detalles para el incendio del *Reichstag* y la posterior purga de enemigos políticos del régimen a principios de 1933; también maquinó la *Nacht der langen Messer* o Noche de los cuchillos largos cuando los nazis domaron a las SA de Ernst Röhm, asesinaron a los últimos adversos al nazismo y el *Führer* se cobró venganza de viejos e incómodos críticos de su proyecto político. El camino se despejó para nuevas conquistas. Y la ambición desmedida de Hitler ya posaba su mirada sobre el resto de Europa, desde el Mediterráneo hasta el Océano Atlántico, desde el Mar Negro al Cáucaso, desde el Adriático hasta el mar Báltico.

A esa hora, la mayoría de los jefes nacionalsocialistas celebraban con pompa,

fiestas y bacanales, su hegemonía en Alemania. Muchos de ellos faroleaban en sus nuevas mansiones o clubes exclusivos, vitoreando sus triunfos en la cima del poder. Los acompañaban viejos camaradas o compañeros de partido que avizoraban un ascenso indetenible del nazismo en Europa. Otros más sabios, o quizá más acertados, se unían a la corte de aduladores que hacían cola en *Berghof*, la casa de veraneo de Hitler, para asistir a la exclusiva celebración del año viejo. El *Führer* era la fuente prístina de autoridad y quien giraba más cerca de su amado líder, más poder tenía. No importaba el cargo que ostentara un nazi, por alto o grandilocuente que este fuese; si el seguidor del nacionalsocialismo no giraba en la elipsis de la órbita interna de Hitler, su poder era nulo.

Pero mientras la mayoría de los nuevos gerifaltes alemanes comían de las migajas que lanzaba, desde la mesa, el líder de Alemania, el *Reichsführer-SS* se ocupaba de otros asuntos. Hace apenas una hora, había recibido en la sala de conferencias del cuartel general a dos oficiales de las SS que misionó seis meses antes. Los dos eficientes efectivos retornaban de un viaje a París. Himmler al saber de su regreso, canceló una cena familiar que tenía esa noche en su casa y se dirigió al cuartel general a recibirlos. Era una conducta atípica en él. El *Reichsführer-SS* era un hombre de familia.

Los dos nazis tenían sus rostros macilentos y demacrados por el largo viaje. Sin embargo, a pesar de su agotamiento, se levantaron con energía de sus asientos y saludaron al jefe de las SS cuando este se presentó en el salón. La puerta se cerró y los oficiales detallaron los alcances de su misión. Himmler escuchó con avidez sus planteamientos. Al final de la exposición le entregaron un manuscrito al *Reichsführer* que los felicitó y les ordenó retirarse. Luego, se dirigió a su oficina donde sentía, en sus labios, el dulce elixir de la victoria.

Sentado en su escritorio revisaba el documento. Pasaba sus páginas con una pinza. El manuscrito, deteriorado por los años, estaba escrito en francés y tenía más de un siglo de existencia. Los ojos diminutos del *Reichsführer-SS* se perdían entre las líneas garabateadas a puño y letra por el autor. Con un diccionario de francés-alemán intentó traducir las primeras hojas. El jefe de las *Schutzstaffel* solo pudo traducir pocos párrafos, pero lo que leyó, le entusiasmó. Parecía un niño con un juguete nuevo. No debía perder tiempo. En su mente borboteaban ideas que no podía dejar disipar por la niebla del cansancio o la modorra. Fue hasta la caja fuerte y sacó su diario personal. Leyó con parsimonia.

Berlín, 14 de diciembre de 1934.

Los planes del Führer deben pasar de la palabra a la acción. Todo lo que él desea para Alemania está escrito en su brillante libro “Meim Kampf”. Hitler es un gran visionario y necesita de la ayuda de las SS para implementar un programa para el mejoramiento de la raza aria y su expansión por toda Europa. Las características físicas e intelectuales de los alemanes son superiores a otras razas. Los arios somos descendientes directos de los primeros pobladores de Europa y, por tanto, tenemos en nuestra sangre la clave para la refundación de una nueva sociedad europea.

Los arios pertenecemos a un eslabón superior en el género humano. Charles Darwin, en su teoría de la selección natural de las especies, afirmaba que solo el más apto sobrevive en los ambientes hostiles. Siguiendo este precepto, las SS crearán las condiciones necesarias para que la raza superior esté libre de la contaminación judía. Se eliminarán todos los factores creados por esa ralea humana. Tomé las acciones necesarias para tratar de manera adecuada este incómodo asunto. Un grupo de expertos y científicos evalúan los cálculos necesarios para la limpieza de este germen en Europa.

En cuanto a la refinación, purificación y expansión de la raza aria he pensado en aplicar una eugenesia natural donde las SS jugarán un papel primordial. Los oficiales de mi organización son limpios de cualquier contaminación judía desde el siglo XVIII. Ellos tienen una sangre impoluta que imprimirá el impulso necesario para la creación de una nueva generación de alemanes.

De acuerdo a la teoría de Darwin, las hembras de las especies son importantes para el desarrollo de su teoría. En sus vientres se transmite la información genética de las especies, su capacidad física e intelectual. Las mujeres alemanas que aportarán sus vientres para esta causa deben tener buenas caderas, contextura muscular adecuada, senos voluminosos y un ferviente espíritu nacionalsocialista. En el plan inicial, se instará a los matrimonios nazis a la fecundación espontánea para comenzar a monitorear los resultados iniciales. El partido nacionalsocialista deberá propiciar encuentros con otras organizaciones donde haya mujeres como la liga de muchachas alemanas, las universidades y grupos de voluntarias. Se crearán unas instituciones donde se garantice a la madre la buena gestación durante su embarazo. Serán casas cunas provistas de todas las comodidades para las parturientas y sus hijos. Un ejército de médicos, enfermeras y elementos logísticos estarán a disposición de estas casas. El nombre que he escogido para este proyecto será “Lebensborn” o fuente de vida.

Heil Hitler.

Heinrich Himmler.

Sus ojos relamieron cada palabra de esa última anotación de su diario. Su aliento tibio resopló en la fría oficina como el bramido de un animal que está a punto de ser liberado. Era como si las ideas que revoloteaban en su mente, intentaban salir por sus fosas nasales. Su cabeza era un hervidero de pensamientos que discurrían en el río caudaloso de su entendimiento. Sus oídos sintieron el silencio hueco de su oficina tétrica. Tomó una pluma fuente y convirtió en frases sus imágenes sevicias.

Berlín, 31 de diciembre de 1934

Hoy regresaron de París, dos oficiales de las Schutzstaffel que misioné el 31 de mayo en esta misma oficina. El capitán Rüdiger Millman y el mayor Volker Sprenger. La misión de ambos hombres era encontrar indicios del código vaticano.

Siempre me obsesionó la figura de Napoleón. Él había conquistado el mundo conocido y me fascinaban cada una de sus acciones para obtener el poder absoluto. Este hecho me llamó la atención y decidí investigar un poco acerca del códex y su relación con el corso. ¿Para qué quiso Napoleón los códigos? ¿Por qué se extraviaron estas páginas tan importantes? Meses después de tener esa idea en mi cabeza, hablé del tema con uno de los mejores historiadores del partido nacionalsocialista, el doctor Mario Kurz.

Él me preguntó qué pensaba yo acerca de las fuerzas que acompañaron a Bonaparte en la conquista de Europa y de cómo ayudaron a su éxito. Cuando yo respondí que fueron sus ejércitos, sonrió. Me llevó a un lado del salón, donde nos encontrábamos, y me comentó que más allá del filo de sus bayonetas, la pólvora de sus cañones o las cargas de caballería, Napoleón Bonaparte conquistó Europa debido a que supo rodearse de fuerzas sobrehumanas que le abrieron las puertas de todo el continente. Yo pensé que desvariaba y, entonces él, con una gran seriedad, me relató que cuando Napoleón Bonaparte conquistó la península itálica en 1797 y como represalia por la posición crítica del Papa Pio VI a sus campañas militares, el corso saqueó la biblioteca del Vaticano y entre otras reliquias importantes, se llevó el códice.

Este documento es una referencia importante de la iglesia católica y uno de los manuscritos en donde se basa la actual biblia. Una vez que Bonaparte fue derrotado por las tropas de Wellington, el códice fue regresado al Vaticano, pero faltaban muchas de sus páginas, desde el libro de los Hechos de los Apóstoles

hasta el Apocalipsis.

El doctor afirmó que existía un manuscrito de un coronel de artillería francés llamado Naiked Hinault que daba cuenta de las fuerzas que acompañaron al corso en su ambición de poder y explicaba el uso que le dio Bonaparte al códice. Le pregunté acerca de ese documento y él me respondió que escuchó acerca de su existencia en una conferencia en París a finales de los años veinte. Aparentemente, ese manuscrito permanecía en manos de un millonario parisino de nombre Pierre Courtois, quien desconocía su relevancia e importancia.

Hace un año, ordené a dos empleados de la embajada alemana en París que investigaran la existencia de este hombre y si aún mantenía en su poder el manuscrito mencionado. Un mes después, ellos me informaron que el francés había muerto, pero que dejó como herencia una biblioteca de muchos escritos a su viuda y su hija, quienes vivían en París.

Era posible que aquel manuscrito estuviese entre esa miríada de libros. No obstante, las dos mujeres no querían venderlo, prestar o siquiera permitir que alguien viese parte de la biblioteca. Entonces ideé un plan.

Envié a París a dos oficiales de las SS que hablaban el francés fluido. Se acercaron a ambas francesas y, con sus dotes de casanovas modernos, conquistaron a la madre y la hija, pudiendo tener así, acceso a esa biblioteca. El plan funcionó a la perfección.

Los oficiales lograron ingresar a esa mansión. Después de registrar, en secreto, durante más de cuatro meses la biblioteca y todos los rincones, pudieron dar con el mencionado manuscrito sin más costo que no fuese las noches de placer dadas a unas francesas ávidas de amor.

Hoy tengo en mis manos ese documento. Consta de cuarenta páginas escritas a puño y letra por el coronel francés. La historia que relata es lo más interesante que he leído en mis investigaciones desde que estoy a cargo de las SS. Al inicio del documento él indica que fue misionado por Napoleón Bonaparte en el año de 1797 para supervisar un proyecto llamado “El Ejército oscuro”. El manuscrito hace referencia a otras palabras y hechos que son incomprensibles para mí. Desde mañana comisionaré a los mejores científicos, traductores e historiadores alemanes para que evalúen y analicen este escrito.

Si logro amalgamar esta historia que tengo en mis manos, con la teoría de superioridad aria por encima del resto de las razas del mundo y mi visión de la germinación de una nueva generación de alemanes en mi proyecto Lebensborn, el mundo estará a nuestros pies. La germanización del resto de las naciones será más rápida. Pronto seremos un planeta donde sólo habitarán arios perfectos. He decidido llamar a esta idea el Proyecto T. Desde mañana dirigiré todas mis

energías a esta trinidad de ideas. Estamos en el camino correcto de la redención alemana. Heil Hitler.

El *Reichsführer-SS* cerró su diario y lo guardó en la caja fuerte junto al manuscrito traído por los dos oficiales. Se asomó por la ventana y vio la noche blanquinegra de tinieblas y nieve. «Haremos temblar a la humanidad, no habrá fuerza de este mundo o del otro que pueda detenernos», pensó Himmler, sonriente. Y tenía razón, el mundo jamás volvería a ser el mismo.

3

Antonella se despertó sobresaltada. Su cuerpo, húmedo por el sudor, empapó su pijama de seda y las sábanas aterciopeladas que cubrían sus piernas. Su pecho se expandía y contraía en espasmos incontrolables. No podía respirar bien, le faltaba el aire. Sus ojos, abiertos y desorientados, buscaban algún resquicio para saber dónde se encontraba. «¿Estoy soñando? ¿Estoy en mi habitación?», pensó.

Miró a los lados y sus pupilas dilatadas se acostumbraron a la oscuridad reinante. Distinguió un rosario fluorescente guindado en la pared frente a ella. Volteó hacia su derecha y vio las luces verdes del reloj electrónico que marcaban las cuatro de la mañana. «Estoy en mi habitación», espetó. Se apoyó en sus codos y se irguió con un poco de dificultad. Sin perder tiempo, encendió la lámpara que escoltaba su cama. Los haces de luz constriñeron sus pupilas adormecidas. Abrió la gaveta de su mesa de noche y tomó un cuaderno y un lápiz que guardaba en su interior. Comenzó a escribir.

Anotaba rauda. Sus pensamientos hurgaban en los recuerdos difusos del sueño que permanecía humedecido en el tornasol limpio y reluciente de su memoria. Con su mano diestra y hábil, movía sus dedos y su muñeca a un ritmo trepidante. Una mezcla de grafito y sudor quedaban impregnadas en sus páginas con letras difusas y tembleques. Con la misma rapidez que un hábil dibujante trabaja en un boceto, la mujer llenó con destreza cinco páginas de su cuaderno con una letra ininteligible.

Cuando la última imagen del sueño fue plasmada en las líneas núbicas, paró. Miró la fecha en su reloj de pulsera: 30 de abril. Aguzó la mirada. Un pensamiento travieso arribó a la pista inerte de su memoria. Ladeó la cabeza en señal de contrariedad. Sus dedos largos retrocedieron varias páginas en su cuaderno. Sus pupilas hambrientas leyeron lo escrito el 30 de marzo. Comparó con sumo detalle ambas anotaciones. Se sorprendió. Tuvo ese mismo sueño, hace un mes. Era la misma descripción, los mismos acontecimientos. Un «Dios mío» salió de sus adentros y rebotó en las paredes mudas de su cuarto.

Sin perder tiempo, tomó el teléfono y marcó un número. Repicó varias veces. Esperaba impaciente. Cuando pensó que no iban a contestar, escuchó:

—¿Sí?

—Mario, es Antonella.

—¿Antonella? —Contestó una voz ronca que tardó en despertarse —Ah sí, Antonella ¿Qué hora es?

—Son las cuatro.

—¿Las cuatro? ¿Qué pasó? ¿Acaso no duermes?

—Debemos reunirnos con urgencia, tuve el mismo sueño en la misma fecha.

Un espeso mutis emergió del otro lado del teléfono. Su interlocutor se sumergió en un ominoso silencio.

—¿Mario?

—Sí, aquí estoy —respondió con la voz adensada.

—¿Estás segura Antonella?

—Estoy convencida, revisé mi cuaderno de anotaciones y así es.

Hubo una nueva pausa, esta vez más corta.

—Okey, amiga, ¿A qué hora te puedo visitar?

—Lo más temprano posible, ¿Te parece a las siete de la mañana?

—Sí, perfecto. Allá estaré a esa hora.

—Aquí podrás desayunar.

—Gracias, prepárame tus ricas panquecas —Dijo el hombre para cortar la tensión existente.

—Te las prepararé. ¡Qué descansas! —Expresó con voz seca.

—Gracias. Hazlo tú también.

—Tú sabes que no podré.

La llamada se terminó. La italiana colocó el teléfono en la mesa de noche. Los detalles del sueño aletearon de nuevo en su mente como una andanada de mariposas salvajes en el medio del desierto. Leyó sus anotaciones y quiso asegurarse de que todo fue plasmado con exactitud. No faltaba nada.

Apagó la luz. Intentó dormir, pero no podía. Las imágenes vívidas del sueño la tenían encadenada al mundo del insomnio.

Antonella Luccioni era una clarividente. Tenía la capacidad de soñar y prever hechos del futuro. A diferencia de muchos videntes que adoraban saber que preveía el futuro, ella detestaba este don.

En la oscuridad de su cuarto, recordó el trágico sueño que cambió su vida, muchos años antes. Era la pasajera de un avión. Todo marchaba con normalidad hasta que de pronto miró aterrada como las personas gritaban y lloraban. Observó a dos pasajeros con rasgos árabes que acuchillaban al piloto y una aeromoza. La nave giraba, subía y bajaba con violencia. Antonella se aferraba a su asiento con fuerza. Tomó el rosario que llevaba prendido en su pecho y lo besó. Rezaba con intensidad. Escuchaba los gritos de los hombres en el idioma árabe y no comprendía nada. Miró por la ventanilla y vio la Estatua de la Libertad. Entre gritos y sollozos, exclamó: «¡Dios, ayúdanos!» Escuchó una voz oscura que emergió desde un lado y sentenció: «¡Dios no está aquí!» Volteó y miró a un niño pelinegro y con intensos ojos verdes que la miraba con una

sonrisa torcida. Sintió su aliento maloliente. El avión aumentó su velocidad de descenso y los gritos fueron en aumento. Luego escuchó decir a su derecha: «¡Antonella despierta!» Giró su cabeza y miró el rostro de una pelirroja afuera de la ventanilla del avión. Era de unos intensos ojos azules. Pero no pudo saber más, en ese momento se despertó.

La impresionó lo real del sueño. El lloriqueo de la gente por doquier; los gritos desesperantes, reventando sus tímpanos; la sangre tibia, chispeando todo. Se lo contó a una amiga, quien la escuchó y no le prestó mucha atención. Era uno de los tantos sueños extraños de Antonella. Con el pasar de los días, su rutina diaria eclipsó su preocupación. Se olvidó de aquellas imágenes oníricas hasta que un mes después, tuvo el mismo sueño. Se intranquilizó. Le contó su preocupación a otra amiga. Ella le recomendó que hablara con un psiquiatra para que la aconsejara. No lo hizo. Inquieta, anotó lo soñado para ver si se repetía más adelante. Un mes más tarde, almorzaba con su compañera de cuarto, cuando un amigo la llamó para decirle que encendiera el televisor. Pudo ver, a través de las pantallas, como dos aviones se estrellaban contra las torres gemelas de Nueva York. Recordó lo soñado, fue por su cuaderno y se percató de que su sueño fue premonitorio. Quedó estupefacta.

A partir de entonces, decidió anotar los sueños extraños que tenía, donde todo parecía tan vivo, tan real. Con el pasar de los días, se percató de que los sueños que se repetían en la misma fecha, pero en meses diferentes, se cumplían. Tenían una exactitud de reloj suizo.

Antonella odiaba este don. Las premoniciones solo dejaban preocupación antes de suceder, y dolor, al cumplirse. Una de las profecías más reales fue la del Tsunami en el suroeste asiático en diciembre de 2004, cuando más de doscientas mil personas perecieron. La premonición le mostró un mar bermejo con miles de cadáveres, flotando por doquier, debajo de un cielo de plomo. Olas gigantes arrastraban cuerpos que pedían auxilio con desesperación. Pudo percibir en el sueño, el olor nauseabundo de la muerte.

La italiana le contó a Gilberto, su mejor amigo, quien se casaría en los siguientes días e iba a tomar un viaje a Tailandia con motivo de su luna de miel. Le comentó que algo grande iba a suceder en el mundo, algo nefasto, una tragedia. Él le respondió, bromeando, que por eso se iría de Europa para poder escapar del apocalipsis que sucedería. Gilberto se casó y partió hacia su luna de miel. Él la llamó en la víspera de la navidad, para desearle lo mejor del mundo en esas fiestas. Fue la última vez que supo de su amigo. Dos días después, desapareció, junto a su esposa, en el océano índico, en el Tsunami que arrasó el sudeste asiático. Lloró muchísimo su muerte.

Antonella se percató de que su don era único. Por alguna ironía de la vida,

esta virtud sobrenatural no podía utilizarla para su beneficio. A pesar de que veía todo tan real, nunca soñaba premoniciones acerca de su vida.

Acudió a distintos especialistas, en un intento vano de canalizar mejor sus premoniciones oníricas y sacarle provecho. Se entrevistó con psiquiatras, parapsicólogos, nigromantes, hechiceros. Ninguno de ellos supo cómo ayudarla. Solo al conocer a Mario, supo cómo canalizar ese poder.

Antonella no podía dormir. Vio su reloj de nuevo. Eran casi las cuatro y media. Se levantó con agilidad, se desnudó y fue hasta el baño. Se introdujo en la tina con agua caliente. Intentó distraer su mente, alejarse de las imágenes oníricas que la atrapaban. Observó sus senos pequeños flotando en el agua. Se irguió un poco y notó que se caían más de lo debido. Debe ser el agua caliente, o tal vez mi cuerpo está sintiendo el peso de mis cuarenta y dos años, pensó.

Salió de la bañera y se miró en el espejo ínvado de su baño. Con su mano arrugada por el efecto del agua tibia, limpió el vapor impregnado en su superficie. Miró sus cabellos negros mojados que como grandes cascadas de agua caían en sus blancos hombros atiborrados de pecas. Sus ojos aguamarina contrastaban con sus finos labios bermejos y su nariz erecta. Antonella temía envejecer y cada día que se deshojaban las hojas de su árbol del tiempo, se esclavizaba frente a su soledad.

Se miró por largo tiempo, mientras intentaba buscar rasgos de juventud en su rostro y su cuerpo. Los encontró en su boca. Cuando sonreía parecía una mujer, diez años menor. Su sonrisa la embalsamaba en una belleza adolescente. Pero ella dejó de sonreír hace muchísimo tiempo, el mismo lapso que dejó de creer en el amor.

Se dirigió a su cuarto, donde se vistió y luego se peinó. Vio su rostro, de nuevo. Su cabello negro dejaba escapar algunas canas que ya se notaban con facilidad. Soy bella, seré una vieja hermosa. A las seis y cinco, estuvo lista.

Fue hasta la cocina donde preparó el desayuno. Cocinó unas panquecas, huevos a la plancha, queso manchego fundido, unas rodajas de jamón serrano, una tarta fría que le quedó del día anterior y unos panes tostados. Un delicioso café con leche acompañaba esta copiosa comida. Sirvió la mesa. Terminó de arreglar el interior del departamento, esperando la llegada de Mario Latorraca. A las siete de la mañana sonó el timbre del departamento. Antonella abrió la puerta:

—*Bongorno*, Mario.

—*Bongorno*, Antonella.

Se saludaron con efusividad. Dos besos y un fuerte abrazo los atrapó por un instante. Mario se quitó la bufanda, los lentes oscuros y el saco. Su pantalón negro, su camisa clerical y el alzacuello blanco denotaban su sacerdocio. Era

un hombre de cuarenta y un años. Sus ojos color café y su boca ancha le daban un aire latino. Su cabello negro crespo se incrustaba en su tez morena dándole un aura hippie. Una barriga mediana se salía de sus pantalones que se acomodaban por debajo de la cintura.

—¡Llegaste pronto!

—Sí, el padre Alberto me trajo en su auto. Me dejó enfrente del edificio. Tengo muchísima hambre. Debo comer rápido porque a las ocho y treinta debo ir al Vaticano.

—Todo está listo, he preparado tu desayuno preferido.

Ambos entraron a la cocina.

—Siéntate. Empecemos, yo también tengo muchísima hambre.

El padre bendijo los alimentos y luego, Antonella sirvió los platos. Mientras comían, él recordó el día que se conocieron en la clase de postgrado de la Universidad de Roma. Mario era su alumno y ella una erudita profesora. Muchas clases pasaron antes que tuvieran una conversación informal fuera del aula. Un día se ofreció a acompañarla al metro y charlaron acerca de Venezuela, el país de donde era oriundo Mario. Antonella, una ávida y hambrienta investigadora, adoraba conocer otras culturas y nada mejor que hacerlo de boca de un nacido en esa tierra. Al momento de investigar acerca de una cultura, las vivencias de un oriundo valen más que cualquier libro, afirmaba. Allí nació su amistad.

Mario se convirtió en su gran amigo y en su confidente. Él supo de sus sueños premonitorios que la atormentaban. La instó a que escribiera cada sueño y los detallara en una especie de diario. Mientras bebía su taza de café, la vio desde el otro lado de la mesa y notó su cara pintada de preocupación. Intentó distender el ambiente al preguntarle:

—¿Cómo están las clases amiga?

—Bien, en la Universidad de Roma hay más trabajo que el Vaticano. Me gusta dar clase allá. En la ciudad santa es más complicado porque no es sencillo darle clase a personas tan idealistas y radicales como los sacerdotes.

Mario sonrió y espetó:

—¡No todos somos así!

—Sí lo son, tú también lo eres. Para ustedes los dogmas son incuestionables y cuando yo explico un hecho de la historia que hiere o lacera la dignidad “impoluta” de la iglesia, me encuentro con sacerdotes que me ven como una bruja que debe morir en la hoguera.

—¡Ja ja ja! Antonella estás exagerando un poco.

—No, amigo, no exagero —luego agregó —¿Cómo está la feligresía Mario?

Mario se sirvió otra panqueca y llenó su taza de café.

—Bien amiga, ha habido mucho trabajo en estos días. Después del ataque

terrorista en Barcelona, la gente tiene muchísimo miedo a morir en un atentado. He tenido que officiar varias bendiciones de hogar, muchos bautizos y comuniones extemporáneas. Los fieles tienen miedo de morir e irse en pecado. No hay mayor aliciente para redimirse en la vida que el miedo a la muerte. Los feligreses siguen las leyes de Dios, más por miedo que por amor.

—¡Bueno! pero creo que eso es bueno para la iglesia y para ti.

—Sí, en parte. Empero, lo importante es acercarse a Dios por amor y no por temor. Si los feligreses se confiesan y luego salen del confesionario a regar chismes, siguen en pecado. De nada le sirve a un cristiano pedir perdón por las ofensas, comulgar en misa y luego, salir del templo para cometer adulterio con un amante. Las intenciones, sino se acompañan con acciones, no tienen validez ante los ojos del Señor.

—Es verdad, opino igual que tú, Mario. ¡Por eso ser salvo es tan difícil!

—Es verdad, pero con la gracia del Señor todo es posible. Lo importante es acercarse a él para estar en su paz misericordiosa.

Bebió un sorbo de café, untó con mantequilla un pan tostado e inquirió:

—Por cierto ¿Cómo va tu nuevo libro?

—Bien adelantado. He conseguido obstáculos insalvables en las investigaciones, pero he trabajado mucho los últimos meses. Creo que a finales de este mes pudiera terminarlo. El editor y mi agente literario me presionan para que sea antes. El último libro tuvo mucho éxito y los lectores demandan una nueva publicación.

—Será todo un éxito, Antonella, tu pluma es maravillosa.

Ella asintió y se ruborizó. Continuaron comiendo hasta que quedaron ahítos. El padre dio las gracias. La mujer de los ojos claros parecía haberse olvidado de sus preocupaciones. Ofreció llenar de nuevo la taza de café del cura y se sirvió también en la suya, bebió un sorbo y lo colocó en la mesa. Luego, dijo con voz trémula:

—¡Tengo miedo, Mario!

—¿Qué sucede amiga?

—Este sueño fue diferente a todos los anteriores que he tenido.

—No te preocupes, Antonella. Recuerda que estás protegida por Dios. Este don es para su uso correcto. Siempre para el bien —expresó el sacerdote, colocando la taza un poco más lejos de él.

—Este sueño fue distinto a todos los demás. Las otras premoniciones las vivía como una testigo omnisciente. En éste, yo era la protagonista. Fue tan real, tan vivo. Yo nunca he visto mi futuro, pero esta vez sí lo vi.

Mario veía con firmeza sus ojos aguamarina. Le dijo:

—Tranquila, amiga, cuéntame qué soñaste y luego veremos qué tan real

puede ser tu premonición y cómo ayudarte.

Ella se acercó y pudo observar las grietas de la vejez prematura en el rostro del sacerdote. Ató su mirada a la suya y espetó:

—¡Tú también estabas allí!

El padre llevó su tronco hacia atrás, recostándose en la silla. Aguzó sus pupilas, le tomó las manos y con voz grave, le inquirió:

—¿Qué soñaste, Antonella?

La mujer se soltó, tomó un cuaderno viejo que bostezaba a un lado de la mesa y lo abrió. Lo hojeó y comenzó su relato:

—*Ambos caminábamos por un largo pasillo en penumbra que nos llevó a una puerta de madera inmensa. Parecía el portón de un templo. Arriba, una gran cúpula verde descansaba sobre seis pilares y una base triangular esculpida. Yo te dije que no quería entrar, pero tú insististe. Lo hicimos. Ingresamos a un salón que estaba iluminado con velas. En el centro, en una especie de altar, había un gran círculo de oro, dentro de éste dos grandes letras doradas simétricas. La primera parecía una D invertida y a su lado una gran D del mismo tamaño que la anterior. Encima de éstas se asomaba una gran águila bicéfala, cuyas cabezas miraban en todas las direcciones. Emitía chillidos cada vez más fuertes. A ambos lados de esa especie de altar, se levantaba un gran espejo donde me miré reflejada, detrás de mi imagen, dos hombres de espaldas: uno vestido de negro y el otro de blanco. Tú me dijiste que debía escoger, yo te pregunté qué debía elegir. Tú me expresaste que lo hiciera pronto, que no quedaba tiempo. Yo miré a ambos hombres y éstos sin voltear me dijeron a la vez: «somos dos, pero somos uno». Volteé y tú me dijiste qué Dios era la salvación. Luego, las paredes del salón comenzaron a llenarse de luz solar y al fondo, en la pared, vi pintado con letras rojas XIV XIII XIV. Mientras más se iluminaba la habitación comencé a escuchar vítores y aplausos que iban en aumento hasta que el ruido era ensordecedor. Te vi y tú me gritabas desesperado, pero no podía escucharte. La luz aumentó hasta el punto que me dolieron los ojos y dejé de ver. Luego, todo fue silencio. Pensé que había despertado y estaba en mi habitación, pero no era así. Me levanté y miré alrededor y entonces observé millones de cadáveres que me rodeaban. Gritos espantosos de dolor emergían de todos los rincones. Grité desesperada, pidiendo ayuda, nadie me escuchó. De pronto, me encontré de nuevo frente a un espejo donde me vi reflejada pero con la imagen difusa y las letras Σμιαζά . Una mujer pelirroja de ojos azules me dijo: elegiste mal y entonces, desperté.*

Antonella cerró el cuaderno. Sus ojos se enrojecieron. Se mojó los labios y, lánguida, miró a Mario. El sacerdote enarcó sus cejas, no salía de su asombro y

dijo:

—Este sueño no tiene parangón con los otros que has tenido...y... ¿estás segura que es igual al que tuviste en esta misma fecha hace un mes?

—Sí, Mario, aquí está todo anotado. De hecho, cuando soñé la primera vez me pareció que era irrelevante por su complejidad. Lo anoté porque nunca sé cuándo se puede repetir. Hasta me reí en aquella oportunidad, pero esta vez tengo miedo. Nunca fui la protagonista directa de una premonición.

—Lo intrigante es mi presencia en el sueño —agregó el cura.

—Sí, Mario, eso también me aturde. Jamás había soñado contigo.

—¿Qué será lo que debes escoger?

—No lo sé, pero lo que me asombra es que me dijiste que tenía poco tiempo. Si se toma literalmente, entonces estamos perdiendo los minutos.

—No nos desesperemos, en los sueños nada se puede tomar de forma literal. Yo voy a escribir todos los detalles del sueño y hablaré con el Padre Rhode, quien es especialista en las profecías.

—¡Por favor, Mario, hazlo, estoy muy asustada!

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

Antonella le dictó el sueño. Cuando terminó, el padre se levantó y le dio un beso en la frente. Ella lo miró con sus ojos sumidos en preocupación. La tomó de la mano y le dijo:

—Recuerda que Dios no nos abandona. Este don que tienes te fue otorgado por el Señor. No hay nada de qué preocuparse.

Mordió sus labios y lo miró con sus ojos rubicundos y húmedos. Su boca intentó pintar un bosquejo de sonrisa.

—Gracias.

—¡Cuando tenga algo importante, te llamo!

El hombre se colocó la bufanda, los lentes y salió de prisa. Antonella sentía que se le iba a salir su corazón, esta premonición era distinta a todas. Tomó el rosario que tenía en un bolsillo y se santiguó. Comenzó a rezar. Buscaba relajarse en la paz que encontraba en la oración, pero su preocupación rebotaba en su corazón como un grito sordo, como las mismas voces que deliraban en el sueño. Cerró los ojos y oró con más fuerza.

Mario tomó el metro de Roma. Se apeó en las cercanías de la ciudad del Vaticano. El sol de la mañana, que emergía por el horizonte, como un gran globo, besaba su piel. Hacía frío a pesar de que la primavera picoteaba Roma. El sacerdote miró las columnatas imponentes de la plaza de San Pedro, símbolo universal del catolicismo. El sueño de Antonella alteró su agenda. Dejó a un lado el resto de sus obligaciones eclesíásticas y cruzó las columnatas hasta que se internó en el corazón de la ciudad santa.

Estaba tan preocupado por su amiga que omitió una reunión que tenía con otros sacerdotes del Rectorado del Vaticano. Avanzó con zancadas amplias por los pasillos centenarios y llegó a la oficina del Padre Rhode. Se anunció con su asistente, una vieja monja. Ella le dijo:

—El Padre Rhode lo atenderá a la brevedad... está reunido en este momento.

Sacó su libreta de anotaciones que guardaba en el bolsillo de su saco. Se sentó en uno de los cómodos muebles de la sala de espera. Repasaba cada línea del sueño de Antonella y mientras más se sumergía en esas imágenes oníricas, sus pensamientos se imbricaban desordenadamente. No encontraba por donde comenzar.

La puerta de la oficina se abrió y una monja enjuta y arrugada como una pasa que vestía unos hábitos grises salió acompañada por el padre Rhode. Ella lo miró soslayo y le dio los buenos días al sacerdote venezolano y salió. Mario se puso de pie.

—Padre Mario, bienvenido —Dijo una voz jovial. Un cura con el pelo encanecido de estatura media, delgado, de piel nívea y unos ojos azules detrás de sus lentes de carey, le salió al paso. Su agilidad no se concatenaba con los años que llevaba encima, más de sesenta.

—Padre Rhode, qué gusto verlo —expresó el presbítero, abrazándolo.

—Estás muy bien, jovial, buenmozo; de no haber sido sacerdote seguro estuvieras en Hollywood.

—No exagere, Padre, no exagere —dijo, soltando una carcajada.

—Pero ven, pasa muchacho, sentémonos en la oficina.

—No, Padre Rhode, prefiero que demos un paseo por los jardines, necesito preguntarle algunas cosas, si tiene tiempo. Son temas que no deben ser escuchadas por las paredes del Vaticano —expresó con un tono de voz más grave que solo escuchó Rhode.

La monja que archivaba unos documentos, se hizo la desentendida por el comentario. El padre, que hasta ese momento tenía una sonrisa dibujada en su rostro, cambió de actitud. Esa última frase, él se la había enseñado al sacerdote venezolano. Rhode afirmaba que las viejas paredes del Vaticano tenían oídos y que las estatuas milenarias de sus alrededores tenían ojos vivos. Carraspeó su garganta y le dijo:

—Un viejo como yo siempre tiene tiempo para escuchar la juventud, me gusta ayudar a los jóvenes ¡Ven, caminemos! —lo tomó por el brazo y avanzaron en dirección al largo pasillo.

En el camino hacia los jardines, el padre Rhode le preguntó a Mario por su país, Venezuela. Éste le contestó que tenía más de siete años que no viajaba hasta allá, desde la muerte de su padre. Le dijo además que, apenas hace unos cuatro

meses, su anciana madre lo visitó en Roma. El sacerdote asentía mientras lo escuchaba. El padre holandés le dijo que noticias terribles de ese país llegaron a sus oídos. El hambre, el miedo, una economía enferma, unas mafias enquistadas en el poder y un gobierno tiránico aderezaban a un país que un día fue inmensamente rico y próspero. El padre Mario le afirmó todos estos planteamientos.

—¡Es lamentable lo que sucede en mi país! Mis coterráneos mueren en manos del hambre, la delincuencia y la corrupción del gobierno. Allí hay una guerra espiritual del bien contra el mal.

—Es así. Pero no te preocupes hijo, ninguna guerra espiritual ha sido ganada por el mal. Al final, siempre los hijos de la luz triunfan.

—Amén a sus palabras.

Ambos callaron al llegar a los jardines. Caminaron morosos.

—Sentémonos, muchacho, ya mis huesos están corroídos por el tiempo.

Se posaron en un banco debajo de un gran árbol que dejaba una sombra como un gran parasol. El astro rey alumbraba todo el jardín y calentaba el ambiente frío que se apertrechó silente durante la noche.

—Padre, usted es especialista en profecías bíblicas y quiero pedirle consejo acerca de un sueño que tuvo una amiga que tiene el don de la premonición.

—Claro hijo, cualquier consejo a la juventud es bueno, soy un libro andante. Mejor dicho soy un viejo libro andante.

—Padre ¿Usted recuerda a Antonella Luccioni?

—Sí, claro, aquella joven que me dijiste que tenía sueños reveladores.

—Sí, padre. Tuvo uno que se repitió y que es complicado de interpretar. De verdad, le he dado vuelta a la cabeza y no sé por dónde comenzar.

—Padre Mario, cuénteme, trataré de ayudar a mi mejor alumno en el seminario.

El sacerdote sacó su libreta de anotaciones y comenzó a relatar el sueño. El viejo escuchaba con atención. Al terminar, el padre Rhode permaneció en silencio, escrutando sus pensamientos. Luego dijo, con voz adensada:

—Es un sueño bastante extraño, bueno en realidad todos los premonitorios lo son, pero este es en verdad muy particular.

—Sí, padre, opino igual que usted.

El padre Rhode se llevó una mano a su quijada, la presionó con suavidad hacia adelante. Se abstrajo por un momento y luego dijo:

—Las premoniciones son muy particulares, padre Mario, éstas suelen ser engañosas en muchas oportunidades. A veces, se interpretan de una forma, pero sus significados suelen ser diametralmente opuestos. Con asiduidad, las premoniciones o profecías suelen llegar a través de un canal que puede ser un

sueño, una inspiración, un presentimiento o un pensamiento. La persona que tiene la premonición es llamada el mensajero. No todas las imágenes oníricas son canales y no todos los soñadores, mensajeros. Por eso el poder de la profecía y los profetas es único. Ellos tienen la capacidad de ver el futuro desde su perspectiva. En muchas ocasiones, quien tiene la premonición no sabe su significado. Es allí donde nos encontramos con los interpretadores. El intérprete es como un políglota, él conoce de todos los idiomas oníricos y su función es darle un significado lógico y coherente a las imágenes vistas por el mensajero. En la historia han habido grandes profetas e interpretadores. En la Biblia hay buenos ejemplos. José, hijo de Ismael, fue un gran interpretador de sueños, pero no soñaba profecías. Daniel fue un gran soñador y profeta. El mayor mensajero de este tipo de fenómenos fue el apóstol Juan, quien nos dejó el apocalipsis bíblico. De más reciente data está el profeta Nostradamus, quien mostró a través de versos codificados sus revelaciones... Sé que el clero cree poco en las premoniciones, pero yo soy un fiel creyente de su utilidad.

Mario avivó la mirada y espetó:

—El mundo de las profecías e interpretaciones es complejo.

—Sí, lo es. Ahora bien, en el caso particular del sueño de esta joven pasan varias situaciones que no podemos pasar por alto.

—¿Por qué, Padre?

—Porque cuando el mensajero suele ser el protagonista hay una gran conexión entre el hecho premonitorio y él. Eso hace que la premonición sea variable, es decir puede cambiar de acuerdo a los acontecimientos.

—Entonces quiere decir que puede variar.

—Sí, en lugar y momento, e incluso puede llegar a no cumplirse si el mensajero tiene una alta influencia en los hechos a futuro. A veces, las premoniciones emergen para evitar algo y no para cumplirse. Son muchos los factores que inciden. La historia lo ha demostrado en oportunidades y la iglesia lo sabe, lo que pasa es que los profetas son vistos como unos fanáticos dementes por muchos.

—Yo no lo creo, padre.

—Sí, lo sé hijo, pero mis superiores piensan que estoy un poco tocado en el cerebro por tratar de interpretar profecías.

Ambos se rieron, luego el Padre Rhode le dijo más serio:

—Hay algo muy importante que debes averiguar si quieres que interpretemos con exactitud la premonición de Antonella.

—¿Qué, Padre? Lo que usted diga.

—Debes averiguar quién es ella. Conociendo todos los detalles de su vida lograremos establecer el vínculo con la profecía. ¿Tú, de verdad, la conoces tan bien como dices?

—Sí, bueno eso creo. Todo lo que yo le he contado, es lo que sé. Es una mujer italiana, soltera, con estudios de historia, docente universitaria.

El sacerdote holandés acomodó sus gafas gigantes.

—De todos modos es importante que averigües acerca de sus padres y las condiciones de su nacimiento.

—¿Las condiciones de su nacimiento?

—Sí, Mario, las condiciones del nacimiento en cuanto a lugar y fecha son muy importantes. Quienes tienen ese don poseen rasgos especiales que son determinados por su nacimiento. Me dijiste que ella vio una imagen en un idioma extraño. Muéstrame por favor la imagen que reflejó.

—El padre Mario mostró la imagen Σειμαζά.

El padre de los Países Bajos afiló su mirada. Su rostro se avinagró. Luego dijo:

—¿Estás seguro que es esa la imagen?

—Sí, padre. ¿Sucede algo?

—No, padre, bueno... puede ser. Mejor debo estar seguro antes de decirte lo que pienso.

—¿Qué le preocupa, Padre?

—Después te lo diré, primero debo estar seguro. Puedes dejarme las notas del sueño.

—Sí, por supuesto. Tome —dijo entregándole las dos hojas que garabateó.

Ambos se levantaron y se despidieron. Prometieron verse tan pronto como obtuvieran la información requerida. El padre Mario marchó raudo a su cita. Rhode volvió con lentitud a su oficina. Se sentó con cuidado, mientras sus manos permanecían inquietas. Sus dedos se frotaban contra las palmas de sus manos. Su mente era un hervidero. La conversación con el padre Mario lo intrigó. Tomó la biblia con cuidado, la hojeó y estuvo leyéndola por unos minutos, fue hasta el libro de Génesis. Luego buscó en una de sus gavetas un cuaderno viejo de anotaciones. Era su agenda personal que llevaba consigo desde hace cuarenta años. La abrió y revisó las páginas con lentitud. En un momento, detuvo la búsqueda y se abstrajo en sus pensamientos. « ¿Será posible? », pensó. Su rostro cambió, se quitó los lentes y se levantó de su asiento.

—¡No es posible! —susurró.

Tomó el cuaderno, sus gafas y salió como un tornado de la oficina.

4

Un cielo borrascoso arrojaba a Núremberg. Un manto de nubes vespertinas se dibujaba en el horizonte como grandes bolas de algodón plomizo. Era el 15 de septiembre de 1936. La temperatura seductora acariciaba la piel de la ciudad como el canto dulce de una soprano. El otoño deshojaba los árboles y la vida de los bávaros. La urbe, orgullo de Alemania, se vistió de gala para recibir a los prosélitos del partido obrero nacional socialista alemán. Cientos de miles de fanáticos se refocilaban entre guirnaldas coloridas, cruces esvásticas, banderas bermejas del partido y retratos del hegemón germano. Con el pasar de los años, la historia y el mundo olvidarían el nombre original de este partido político, pero jamás su apelativo: los nazis.

Alemania era Hitler y Hitler era Alemania. Los germanos entregaron sus vidas, sin dilaciones, a las manos de este gerifalte de mediana estatura, cabellos lacios y negros, mirada granítica, rostro adusto, voz estentórea y bigote recortado. El *Führer* era una deidad para los germanos, un dios cuya ambición no tenía límites.

Adolf Hitler hechizó a los alemanes con el *Fingerspitzengefühl* o «toque de la yema de los dedos», que era el astuto sentido de oportunidad que el hábil líder demostró ante las circunstancias cambiantes de una Alemania inestable. Él supo sacar rédito político a las más insospechadas circunstancias.

Los envarados hombres y mujeres nazis caminaban por las calles de la ciudad como rebaños mansos que volvían al redil de su amo. Había una razón justa para estar allí. Era la concentración anual del partido. Un chauvinismo exacerbado brotaba por la piel de los nacionalsocialistas que, vestidos con sus uniformes vistosos, recorrían sus calles medievales. Según las palabras del propio *Führer*, los alemanes habían nacido para cambiar el mundo. La teoría de Adolf Hitler versaba que la raza germana era impoluta, libre de contaminación de subespecies humanoides. Los “arios” estaban llamados por la providencia para poblar el espacio vital del *Lebensraum* y asegurar así, el futuro de la humanidad. Si lo decía el jefe supremo indiscutible del Tercer *Reich*, entonces, era una verdad incuestionable para los alemanes.

Un mercedes benz negro descapotado se deslizaba silencioso por una de las calles a baja velocidad. En su interior, el chofer manejaba con calma, tratando de no pasar por las imperfecciones del suelo. En el asiento de atrás, un oficial de las SS, con el grado de mayor, miraba a los lados con detenimiento. Sus ojos acezantes penetraban las almas de los transeúntes que, con respeto y miedo, lo

miraban de soslayo. El miembro de las *Schutzstaffel* portaba el uniforme negro característico de la organización más temida dentro de las fronteras alemanas y poco tiempo pasaría para que las SS tejieran un manto de terror en toda Europa, Escandinavia, el Mar del Norte, el Mediterráneo, el Océano Atlántico, los desiertos de África, y parte de Asia.

El auto redujo su velocidad hasta que se detuvo en las cercanías de un hotel fatuo, engalanado con las banderas nazis. Dos grandes concertinas impedían el paso vehicular y de los transeúntes. Uno de los guardias movió el obstáculo. El carro avanzó y se estacionó frente a la edificación. Con rapidez, el chofer abrió la puerta del automóvil y el hombre se apeó. El oficial respiró profundo y observó, con ojos aguzados, la fachada.

Una jauría de soldados armados de las SS resoplaba a los alrededores del hotel como lobos hambrientos que rodean una presa herida de muerte. El oficial se estiró el uniforme, acomodó su brazalete con la cruz esvástica y se quitó los guantes de cuero negro. Una gorra con el símbolo nefario de las *Schutzstaffel* — una calavera con dos tibias cruzadas —descansaba sobre su cabeza. Un capitán acudió a su encuentro. Lo recibió con el saludo nazi. El taconeo espoleó el silencio, y la energía de su brazo erguido, hendió el aire. El mayor respondió con el mismo ardor nazi.

—¿Todo está listo?

—Sí, señor.

El mayor caminó hacia el interior del recinto. Los pasos secos de sus botas bataneaban los adoquines como grandes martillazos. El lobby adormitaba vacío. El personal de empleados del hotel se retiró antes del mediodía por órdenes del oficial. El mayor ingresó a un salón amplio y auscultó el trabajo hecho por el oficial subalterno. Su mirada abarcaba todos los detalles. Las ventanas rectangulares permanecían cerradas. Unas banderas rojas con la esvástica nazi servían de cortinas. El piso fue forrado con una alfombra limpia. Retratos de Adolfo Hitler adornaban las paredes, mientras que varios muebles y sofás impolutos fueron dispuestos a lo largo de todo el salón. Una gran águila de bronce, símbolo del nazismo, escrutaba el lugar como si fuese su territorio de caza. Al fondo, una gran bandera negruzca de las SS abrazaba toda la pared. Unas generosas mesas de vino, jamones, caviar, salmón, salchichas y quesos bávaros holgazaneaban por todos los rincones. El salón parecía dispuesto para realizar un festín romano.

El mayor sonrió con sus labios pequeños, casi invisibles. El capitán, que miraba con una timidez soterrada a su superior, respiró aliviado cuando el mayor le dio el visto bueno. Cumplió su deber. El *Reichsführer-SS*, Heinrich Himmler, comandante supremo de las tropas SS, dios de la Gestapo y señor omnipotente

de los campos de la muerte se complacería con la eficiencia que su orden fue cumplida.

—¡Capitán, traiga al personal! —dijo imperioso, el mayor.

El efectivo salió raudo. Segundos más tarde, diez oficiales de las SS uniformados de negro ingresaron al recinto. Todos se colocaron en una fila, hombro con hombro, del lado derecho de la habitación. Cuando su orden cerrado estuvo listo, los nazis levantaron su brazo derecho y al unísono dijeron:

—¡*Heil* Hitler!

El mayor respondió el saludo. Luego, marchó por delante de ellos y con ojo acucioso les pasó revista. Eran perfectos. Todos tenían los rasgos exigidos de un oficial de élite de las SS: altos, de cabezas largas, con las caras estrechas, sus cabellos rubios, las narices perfiladas y finas, sus ojos claros y las pieles blancas. El mayor felicitó al capitán dándole el visto bueno. Le ordenó que buscara el resto.

Enseguida, once mujeres de la Liga de Muchachas Alemanas ingresaron al salón. Uniformadas con sus faldas negras, unas camisas blancas con mangas que morían en sus codos, sus corbatas negras a medio cerrar y sus mocasines del mismo color, se alinearon, al igual que los oficiales de las SS, pero a la izquierda del salón, frente a los apolíneos nazis. Con más dificultad e indisciplina que los hombres, terminaron de ordenarse e hicieron el saludo fascista. El mayor también le pasó revista a cada una. Eran perfectas. Altas, con los senos grandes y voluminosos, las caderas anchas, las piernas largas, sus pieles lívidas y los ojos claros. La mayoría eran rubias, pero también se asomaban algunas pelirrojas y dos con el cabello negro. Parecían una valkirias, las deidades femeninas de la mitología nórdica. Cuando el oficial llegó hasta donde se encontraba una pelirroja membruda de pechos turgentes, la miró de arriba a abajo. Saboreó su belleza con sus ojos hambrientos.

—¿Usted es Eva Müller? —inquirió con un tono de voz oscura.

—Sí —respondió, trémula.

Los iris azules de la alemana titubeaban, su respiración se entrecortaba, su rostro se enrojeció. El mayor escaló y descendió de nuevo con sus ojos abyectos por las curvas de su cuerpo. Dejó de verla, se sonrió y volvió al centro del salón. Felicitó al capitán de nuevo y le ordenó que se retirara. El oficial salió pletórico de orgullo militar por el deber cumplido. La puerta del salón se cerró y un silencio glacial ahogó sus paredes. El mayor se dirigió a los presentes que, impertérritos, parecían monolitos de concreto.

—¿Todos ustedes son fieles seguidores del nacionalsocialismo?

—¡Sí, señor! —dijeron al unísono, los nazis.

—El *Führer* espera lo mejor de ustedes. El Tercer *Reich* vive momentos de

lucha y de sacrificio que necesita del esfuerzo de todos sus hijos. Ustedes son la élite de las SS y la Liga de Muchachas. Han sido seleccionados entre los mejores por representar el ideal ario de la raza alemana. Ustedes están llamados por la providencia para ser el génesis de una nueva generación germana que poblará la tierra por siglos, hasta los confines del mundo conocido. Ustedes son los salvadores de la humanidad.

La arenga del mayor caló en lo más profundo de su nacionalsocialismo. El oficial caminaba delante de ellos y los taladraba con su mirada acerada. Los hombres levantaron más sus quijadas y llevaron sus hombros hacia atrás. Su porte militar se afiló. Sus pechos se abotargaron por ser lo mejor de lo mejor de la raza germana. Las mujeres nazis, exultantes de ser las simientes de una nueva Alemania, levantaron sus pechos, con tal fuerza, que sus blusas parecían explotar y dejar salir sus senos.

—¿Ustedes son fieles seguidores de nuestro *Führer*?

—¡Sí, señor!

—¿Ustedes saben por qué están aquí y lo que el *Führer* les ha ordenado?

—¡Sí, señor!

—¡Entonces, procedan!

Los leales oficiales de las SS y las fervientes integrantes de la Liga de las Muchachas Alemanas comenzaron a quitarse sus ropas. Se desnudaban con lentitud, despojándose de sus camisas, sus guerreras y pantalones, los zapatos, los mocasines y sus corbatas. Los colocaban ordenados en unas mesas, detrás de ellos. Se formaron dos largas filas de ropa bien ordenada.

Al finalizar de desvestirse, los nazis volvieron a sus puestos en las filas, sin más cubierta en sus cuerpos que sus cabellos y el vello púbico de sus sexos. El mayor, desnudo como todos ellos, levantó el brazo derecho y dijo con verdadero espíritu nacionalsocialista:

—¡Heil Hitler!

—¡Heil Hitler! —respondieron todos con paroxismo.

El mayor se dirigió a Eva Müller, la tomó de la mano y ella lo siguió. Su respiración intermitente movía su esternón. La llevó a una esquina donde la acostó con delicadeza en un mueble y, sin mediar palabras, abrió sus piernas y comenzó a hacerle sexo oral. La mujer, con los ojos cerrados, no opuso resistencia.

El resto de los oficiales seleccionó a sus parejas y se acomodaron en el salón. Comenzaron a cumplir la orden del *Führer*. Una andanada de quejidos, gritos, murmullos, mordiscos, jadeos, suspiros y golpeteos hendió el ambiente. La francachela emulaba las orgías imperiales de la antigua Roma. Era un verdadero festín de sexo.

Cada oficial de las SS penetraba, con fiereza, a su pareja. Debían cumplir con el sagrado deber de salvar a la humanidad. Las valkirias, con una nobleza sin parangón, abrían sus piernas dóciles para dejar entrar los penes nacionalsocialistas seleccionados entre los mejores oficiales de las tropas élites. Todo fuera por el futuro del Tercer *Reich*.

El capitán permanecía en el lobby de la recepción. Miraba la hora con atención. Cuando llegó el momento, se dirigió hasta la sala de espera del hotel. Posó su mano en la aldaba de la puerta, tragó grueso, lanzó una mirada estentórea al techo y empujó la puerta. Una mujer de mediana estatura salió a su paso. Su cara permanecía cubierta por sus cabellos azabaches. Apenas la punta de sus orejas se asomaban entre la frondosa cabellera. Vestida con una bata blanca, caminó descalza por el lobby de la recepción. El capitán sintió como los cabellos de su nuca se erizaban. Un hombre que parecía una mole humana, caminaba a sus espaldas. Negro como un abismo y con un cuerpo apolíneo, parecía un demonio.

Los tres caminaron en dirección a la puerta donde se llevaba a efecto el saturnal. El capitán abrió la puerta y los dos inesperados visitantes ingresaron al salón como sombras soterradas. Los guardias SS y las chicas se encontraban tan distraídos en cumplir con el deber “sagrado” de salvar la raza aria que apenas se percataron de su presencia. Ambos se ubicaron entre las sombras de un rincón del salón donde ella se desnudó. El esperpento hombre la tomó y la sentó encima de sus gruesos hombros. La extraña pareja hablaba en un idioma extraño. Sus manos se contorneaban y parecía entrar en una especie de éxtasis. El gigante dio la vuelta en los alrededores del salón con la mujer en volandas. Caminaban dentro del salón, mientras el festín sexual continuaba. Su estada fue como un celaje. Ella se vistió y ambos salieron por la puerta, ante la mirada, ahora sí, alhelada de los presentes. Solo el mayor, que continuaba penetrando a la pelirroja, sabía con exactitud quienes eran ellos y qué hacían allí.

Los nazis furibundos siguieron con su delicada labor de salvar a la humanidad. De vez en cuando, hacían una pausa y reponían fuerzas alimentándose del caviar, los vinos y los quesos que perecían por doquier. Cada hombre tuvo que realizar un esfuerzo único y llegó a copular más de cuatro veces. El Mayor, para dar el ejemplo, tuvo coito siete veces con la pelirroja.

Cuando los machos nazis no podían más y a las hembras les dolían las caderas, el oficial superior dio la orden de parar y ordenó a todos vestirse. Lo hicieron con la misma frialdad, rapidez y orden como se habían desvestido. Se acomodaron sus uniformes y se alinearon en sus puestos de las filas. El mayor, ya uniformado, pasó una libreta y un lapicero donde cada pareja que tuvo coito anotó sus nombres. Al finalizar, levantó el brazo derecho y pronunció el saludo

fascista. Todos respondieron con el mismo entusiasmo. El oficial los felicitó por su patriotismo y les ordenó que se retiraran. Los voluntarios salieron por la puerta del hotel en grupos dispares y en completo silencio. Se diluyeron en la oscura Núremberg.

El mayor se dirigió a la oficina del gerente del hotel. La abrió y se sentó en la silla del escritorio. Tomó el teléfono y marcó un número telefónico. Repicó dos veces.

—¡Con el *Reichsführer-SS!*

—¿*Quién lo llama?*

—El Mayor Karl. Él espera mi llamada, dese prisa.

La espera fue corta. Una voz adensada, pausada y negruzca, espetó:

—¿*Todo salió de acuerdo a lo planeado?*

—¡Sí, señor!

—¡*Bien... Muy bien!... Siga con lo estipulado en el proyecto.*

—¡Sí, señor!

La llamada finalizó. El mayor con una sonrisa pintada en su boca fue hasta el gran salón y tomó una botella de champaña de una de las mesas y la destapó. Sirvió dos copas. Invitó al capitán que acudió raudo a su llamado.

—Lo felicito. Ha hecho usted un excelente trabajo. Himmler está muy satisfecho.

—Gracias, mayor.

—¿Usted tiene los datos de todos los voluntarios?

—Sí, señor.

—Bien, muy bien. Me comunicaré con usted. Tome una de las copas.

El capitán la tomó y vio a su superior que tenía levantada la suya. Preguntó a su superior:

—Disculpe, mayor, ¿Por qué brindamos?

El oficial SS miró el gran águila nazi de bronce. Sus ojos encendidos refulgían como una hoguera en la mitad de la noche, de esas a la que los nazis eran tan fanáticos. Una sonrisa aguda se pintó en sus labios. Luego, con un frenesí sin par, expresó:

—¡Por el inicio de una nueva era!

—¡Por el inicio de una nueva era! —Respondió el joven oficial. Ambos golpearon sus copas y bebieron por el elixir de la victoria.

5

Un hombre delgado arrojaba cotufas a las palomas frente a la catedral de Notre Dame, en el centro de París. Su rostro níveo se dibujaba en una circunferencia craneal rapada. Unos lentes oscuros cubrían sus ojos. La catedral, que parecía haberse quedado paralizada en el tiempo, se antojaba enhiesta e inveterada en una París primaveral. Una cúpula azul, con pinceladas de cirros argentos, envolvía a la ciudad luz a esa hora, las cuatro de la tarde. El murmullo de autos y personas, paseándose en los alrededores de la añosa estructura, se desgranaba entre las calles centenarias y el zurear de las palomas.

El sujeto vestía una camisa blanca por fuera de sus pantalones marrones. Unos mocasines negros terminaban de pintar su estampa juvenil. Sintió la vibración de su teléfono y lo sacó. Revisó el mensaje entrante, «Estoy cerca». Guardó el aparato y volvió a su labor de altruismo plumífero. Inclino su tronco hacia adelante y terminó de arrojar las últimas cotufas mientras las aves, hambrientas, se acercaban a él para atarugarse de alimento. Algunas, más atrevidas, se acercaron hasta su mano para devorar los últimos granos de maíz. Al acabarse el alimento, se irguió y avanzó hasta la catedral.

Ingresó hacia el interior de la centenaria estructura. Caminó a través de su nave norte, con un paso pausado. Llegó a la Capilla *Saint Ferdinand*, donde se santiguó y luego de una genuflexión, comenzó a orar. Con los ojos apretujados y el rostro contrito movía la comisura de sus labios con rapidez, pronunciando, a voz queda, sus oraciones y letanías. El cuchicheo de los feligreses y los turistas que deambulaban por dentro de la catedral, no desconcentraban al calvo que, con sus ojos constreñidos, se entregó a sus plegarias. Estuvo así por diez minutos. Al finalizar, se levantó, limpió su pantalón y se quedó de pie frente al busto del santo.

Las personas caminaban a sus espaldas. El ruido murmurante que se escuchaba en el interior del templo asemejaba el bisbiseo de las conciencias polutas de los feligreses. El calvo permanecía impertérrito frente a la efigie. Entonces, como un soplido repentino, de la nada, apareció una mujer de una larga cabellera negra y de piel bruñida. Se acercó por detrás y le dijo:

—Aquí estoy, Jean Pierre.

Él, sin voltear, respondió:

—Sígueme.

Ambos caminaron por la edificación sin pronunciar palabra. Cuando llegaron a la nave central, el hombre miró con agudeza a la chica y escudriñó su

vestimenta. Llevaba puesto un bluejean con una blusa gris manga larga que disimulaba sus curvas. A pesar de ir vestida de este modo, no podía ocultar el sex-appeal que irradiaba y que, aun en ese santuario, la presentaba deseable, exquisita.

Se sentaron juntos en un banco desocupado. El francés se quitó los lentes y los guardó en uno de los bolsillos del pantalón. Ambos miraron hacia los lados y luego, dirigiendo sus rostros hacia el centro del templo, iniciaron una conversación.

—¿Hiciste el trabajo? —expresó el calvo.

—Sí.

—¿No dejaste rastro alguno?

—Ninguno.

Se hizo una pausa. Tres ancianas beatorras, vestidas de negro y con rosarios en sus manos, pasaron frente a ellos con paso amainado, como si arrastrasen tras de sí, las cadenas pesadas de sus pecados. Cuando se retiraron, el hombre dijo:

—Frida, el Comendador te asignó una nueva misión.

La mujer volteó y miró a Jean Pierre como una sierpe en guardia, buscó las almendras de los iris del francés con sus ojos color violeta.

—¿Estás lista para actuar?

Ella atravesó sus pupilas, lanceando una mirada de piedra.

—He estado lista desde que nací, Jean Pierre.

La frase vehemente heló al hombre que no esperaba esa respuesta. Ambos se conocían desde hacía treinta años y él sabía de la determinación de Frida Bruni, pero esta vez sintió una voluntad afilada que irradiaba en todo su ser. Su rostro cambió cuando inquirió:

—¿Dónde es la misión?

—Nueva York.

La mujer aguzó su mirada. Jamás había cruzado el Atlántico en el cumplimiento de una misión. Jean Pierre agregó:

—El Comendador quiere impartirte instrucciones personalmente.

—¿El Comendador quiere hablar conmigo? ¿Lo conoceré? —Expresó con voz palpitante.

—Sí, el Comendador quiere hablar contigo en persona, su consejero me informó. Quiere darte instrucciones precisas para que la misión no falle. Toma este sobre Frida, aquí está tu pasaporte con tu nueva identificación, diez mil dólares en efectivo, los pasajes aéreos y una memoria flash con todas las indicaciones de tu nueva identidad. Partes mañana desde Charles de Gaulle.

Jean Pierre le entregó el sobre, ella lo abrió, revisó su contenido y lo guardó en su bolso. Miró de nuevo al hombre y espetó:

—No entiendo, si salgo mañana temprano, ¿Cuándo veré al Comendador?

—Esta noche a las ocho en *Sacré Coeur*.

—¿El Comendador está en París?

—Sí, no llegues tarde a tu cita.

—Pero ¿Cómo lo reconoceré?

—No te preocupes, él te reconocerá.

El calvo se levantó, se santiguó y se iba a marchar cuando Frida lo tomó por la mano y le dijo:

—¡Cuídate, Jean Pierre!

—Lo haré —dijo y dio dos pasos. Luego volteó y le expresó —Cuando vuelvas a París hay algo importante que debo decirte.

—¿Por qué no me lo dices ahora?

Jean Pierre miró el techo de la Catedral, buscando la frase correcta. La encontró y la soltó con desgano:

—Porque nunca debo decir algo de lo que no estoy totalmente seguro.

Ella lo conocía a la perfección, no mentía. Jean Pierre cuando afirmaba algo era porque tenía la completa certeza de sus aseveraciones.

—¡Volveré pronto, apenas finalice! —dijo vehemente la mujer de los ojos claros.

—Te esperaré. Al llegar, hablamos.

La miró con un dejo de dulzura en unas imperceptibles milésimas de segundos. Enseguida se recuperó; su rostro petrificado volvió a emerger. Salió de la catedral como el viento silbante de París. Frida, cavilosa, miró el altar principal de la catedral, se levantó con energía y se esfumó entre la miríada de personas presentes.

Tres horas después, la francesa se bajaba del metro en la estación cerca de Montmartre, uno de los barrios más antiguos y bohemios de París. No quería llegar tarde a su cita con el Comendador. Las agujas marcaban las siete y treinta de la noche. Miró su reloj de pulsera, estaba ansiosa por ese momento esperado por mucho tiempo.

El cielo aureolaba colores naranjas vespertinos. La avenida, atiborrada de turistas a esa hora, se abría a su paso. Muchos ingresaban y salían de las múltiples tiendas de suvenires y restaurantes que proliferaban en una de las barriadas más antiguas de París. Frida se adentró entre las calles añosas y el bululú de gente como un ciervo temeroso en las estepas frondosas de África. Llevaba ambas manos dentro de los bolsillos de su pantalón. Caminaba de este modo cuando el nerviosismo la invadía. Era un tic de su infancia.

Mientras marchaba, sus ojos hambrientos miraban alrededor, buscando un rostro conocido, una mirada que la siguiera de más o una figura que se pareciese

a la imagen que tenía del Comendador. Siempre permanecía alerta a reaccionar. Lo aprendió en la orden de los protectores a la cual pertenecía desde que tenía catorce años de edad. En aquel tiempo, era una muchacha frágil, insegura e ingenua. ¡Cuánto había cambiado! Ahora era una mujer intrépida, ágil y pertinaz.

Llegó hasta las escaleras que daban a la colina, donde se veía, suntuosa, la basílica de *Sacré Coeur*. Vio una gran fila de personas para acceder al funicular y decidió subir por las escaleras. Eran muchas escalinatas para sus más de cuarenta años, pero en su gran estado físico no sería difícil ascender. Se equivocó. Cuando llegó arriba, jadeaba como un lobo después de una cacería. Su frente, barnizada de sudor, comenzó a brillar con los últimos rayos de luz que relamían a París. Se secó con un pañuelo mientras recuperaba el aliento.

Miró a su alrededor. Una recua de fieles y turistas la rodeaban. Encontrar al Comendador no sería una tarea fácil. Apenas tenía una imagen vaga de él. Buscaba a un hombre de edad madura que ya hubiese pasado la sexta década de vida. Nadie se le parecía.

El Comendador, el Jefe Supremo de la Orden de los Protectores, era venerado por sus seguidores sin dilaciones. Todos los dictámenes que cumplían los «protectores», emanaban de su voluntad. Él era el defensor de los principios de la fe de esta orden secreta de la iglesia católica. Resguardaba, además, los preceptos de los doce apóstoles de Jesús desde los orígenes del cristianismo y defendía a la humanidad, de la conjunción de la Trinidad maligna: el Anticristo, la bestia y el falso profeta. Heredero de las tradiciones centenarias de antiguos Comendadores, el prelado era un completo enigma para los soldados de la orden.

La mujer de los ojos claros amaba la orden y los preceptos que defendía, a pesar de no poder develar la identidad de este sibilino gerifalte.

Frida integraba la orden desde hace más de dos décadas. Se unió a los «protectores» porque odiaba el mal en todas sus formas. Ella misma sintió en su propia piel, los arañazos perversos de la maledicencia. Frida Bruni percibía el mal como una entidad viva, como una energía emanada desde el interior del averno. Un ente que manipulaba los hilos de la humanidad y se alimentaba del dolor humano, del llanto y del miedo, de la desesperanza y el desasosiego.

Frida caminó sin rumbo frente a la Iglesia, divagaba entre los transeúntes en un intento de que el arcano personaje la viera. Eran las ocho de la noche y el prelado de la orden no aparecía por ningún lado. Ingresó al templo y atisbó a los lados y hacia atrás, buscando algunos ojos que la miraran. Pero fue en vano. Salió de la basílica y miró el horizonte. La noche se desplomaba sobre la ciudad luz como un telón negruzco. Miró su reloj, eran las ocho y quince. Sus manos comenzaron a sudar. Aspiró profundo. Necesitaba encontrar el resbaladizo

dirigente de la Orden de los Protectores. Recordó la frase de Jean Pierre «Él te encontrará ». Se detuvo e intentó calmarse.

Sintió un jalón en sus pantalones. Un niño de mediana estatura y con la cara sucia le ofreció un papel que tomó con precaución. El chiquillo se esfumó tan rápido como apareció. Abrió el papel arrugado y leyó:

Place du Tertre.

Frida caminó hacia la famosa plaza que quedaba a escasos metros de *Sacré Coeur*. Mientras avanzaba, los recuerdos punzantes de su adolescencia asaeteaban su mente.

Las remembranzas eran lejanas y difusas. La evocación de aquellos días la ponía de mal humor. Los momentos vividos en su pubertad rodaban en su memoria como una película vieja. Intentaba borrarlos a diario y tapizarlo con otras vivencias para poder seguir adelante. Empero, siempre estaban allí, flameando como una hoguera en su corazón, alimentando la aberración y la ira que sentía por la maldad pura, esa que juró combatir aunque se le fuese la vida en el intento. ¡No te vayas hija, no te vayas!, repetía su madre, entre sollozos. El recuerdo rebotaba en su mente como un eco seco en la mitad de la nada. ¡No, madre, me voy!

Place du Tertre era una plaza de París conocida por tener siempre pintores y retratistas que laboraban al aire libre. Frida se acercó con mesura y observó una gran cantidad de artistas que ofertaban sus servicios a los visitantes. Rodeó la plaza con paso cauteloso y taciturno. Muchos pintores le ofrecían sus pinceles. *Merci, Je ne veux pas* le decía a cada uno que le ofrecía su talento. Ella buscaba al Comendador y nadie se le asemejaba. « ¿Quiere un retrato señorita? », le decían en francés, inglés, español, italiano y cualquier otro idioma que se le ocurriese a los pintores. La mujer de los ojos violetas, mortificada, hacía caso omiso. Terminó de dar la vuelta a la pequeña plaza y de nuevo el gusanillo de la decepción subió por sus tobillos. Cuando estuvo a punto de darse por vencida e irse, un pintor se le acercó por su costado izquierdo y le dijo:

—Señorita, quiero hacerle un hermoso retrato.

—No, gracias —dijo e intentó seguir.

—Insisto, será un bello retrato para el Comendador.

Ella, sorprendida, asintió. El desconocido la invitó a tomar asiento en un banco ubicado delante de un atril destartalado. La tomó de la mano y la ayudó a sentarse. Ella sintió sus dedos melindrosos. Lo detalló. No era lo que se imaginaba. «¿Será el Comendador? No puede ser, es demasiado joven», pensó. Vestido con un pantalón rojo, un chaleco beige, una camisa verde y una boina

negra, pasaba como otro pintor bohemio. De tez blanca y de cabellos crespos color tizne, el desconocido usaba unos lentes grandes que disimulaban sus ojos y una barba en forma de candado que se cerraba alrededor de sus labios anchos.

—Póngase cómoda que le voy a hacer un retrato. Levante la quijada, los hombros hacia atrás...eso es, muy bien...perfecto.

El hombre tomó un creyón que guardaba en el chaleco y empezó a trabajar en el lienzo. Frida no se movía, anonadada por la duda. No llegó hasta ahí para hacerse un boceto y mucho menos para discutir con un fantoche, quizá el Comendador la buscaba y ella perdía el tiempo con ese zoquete. Pero, ¿Cómo sabe de...? Tiene que ser él... no, no creo. El pintor se afincaba en su labor, mirándola y haciendo trazos en el lienzo.

—¿Es usted el Comendador?

—No lo soy, Frida, nadie ve al Comendador —dijo sin mirarla.

—Bueno, pero sucede que yo vine a entrevistarme con él —expresó con voz pétrea.

Se iba a levantar cuando el pintor le dijo:

—¡No se levante! A Jean Pierre se le informó que él vendría, pero no vendrá, yo soy su consejero, Phillippe. Él me mandó a darle instrucciones precisas acerca de su misión. Por favor disimule, quizá nos observen.

—¿Quién? ¿Quiénes? —inquirió, curiosa.

—La orden tiene muchos enemigos Frida. Hay muchas personas que desean extinguirnos, ellos prefieren que nosotros no existiésemos, pero estamos aquí para defender a la humanidad. ¡Présteme muchísima atención!

Ella se calmó un poco, su rostro se tornó lívido de nuevo. Fijó su mirada en los anteojos del hombre.

—Usted fue escogida por el Comendador para cumplir esta misión. Jean Pierre la recomendó. Desde hace mucho tiempo el líder de la Orden ha observado su trabajo, usted es una de nuestras mejores protectoras. Es disciplinada, fervorosa seguidora de la fe y obediente. Además, usted habla el inglés con fluidez.

Frida ni parpadeó con las adulaciones. Desconfiaba de él, pero debía mantenerse firme. El pintor continuó:

—Usted debe saber muchas cosas antes de partir a Nueva York. Allá la esperará Cosette Villadiego, una protectora que la guiará en su labor de entrar en el círculo íntimo de Arthur Dubront. —El pintor dejó de trazar y mirándola con fijeza, inquirió —¿Ha escuchado hablar del señor Dubront?

—Poco, muy poco. Solo sé que es alguien de poder —dijo con voz dubitativa.

Phillippe taladró sus ojos y le dijo:

—Arthur Dubront es más que poder Frida, es un hombre inmisericorde. Se enfrentará a una persona que no tiene en su léxico palabras como piedad, perdón, amor. La orden lo define como el poder detrás del poder. Muchos gobiernos de países se han visto beneficiados de los favores de sus consorcios. Es un magnate con una gran influencia en cualquier país, en especial en Europa y los Estados Unidos. Además, creemos, desde hace mucho tiempo, que realiza prácticas de magia oscura para beneficiarse de las actividades comerciales ilegales que tranza. Su corporación D c.a domina el mundo de las finanzas sin enemigos ni rivales a su alrededor. Él, definitivamente, es alguien que ve el dinero como un instrumento para obtener objetivos más altos, más específicos.

—¿Qué objetivos tiene él? —interrumpió, con curiosidad, Frida.

—El poder absoluto

—No comprendo, Arthur Dubront es un magnate, un hombre de dinero.

—Hasta hace unos pocos días era así, pero hoy todo cambió. Mr. D, como es conocido por su círculo íntimo, tiene aspiraciones políticas.

—¿Alcalde de Nueva York?

—No, Frida, él aspira a convertirse en candidato presidencial de los Estados Unidos de América. Ayer inscribió su candidatura en el partido republicano. Por esa razón todo el escenario cambió y el Comendador quiere actuar lo más pronto posible. La joven Cosette ha hecho un excelente trabajo y le ha allanado el camino. Usted se presentará ante él como Caroline Le Blanc, una empresaria exitosa que le proporcionará al señor Dubront una oferta para invertir en un negocio.

—¿Eso es todo? —dijo con una sonrisa soterrada.

—No. Él tiene en su poder unos códices que pertenecen a la Iglesia Católica. Estos pergaminos no pueden estar en manos de alguien como el señor Dubront. Su misión es regresarlos a donde pertenecen.

—¿Cómo reconoceré los códices?

—Están escritos en griego antiguo, en letras unciales y en formato scriptio continua. Son sesenta y cinco folios ¿Usted reconoce el griego antiguo, domina ese idioma?

—Lo reconozco por sus letras, pero no puedo traducirlo.

—Perfecto. Eso servirá. Los pergaminos que usted buscará, pertenecen a la iglesia católica, son parte del código vaticano, la primera referencia bíblica de la humanidad. Es una antigüedad que desde tiempos ancestrales perteneció a los seguidores de Jesús. Estos códices no pueden estar en manos de una persona abyecta.

—¿Fueron robados por el señor Dubront?

—No, la mayoría del código está resguardado en la biblioteca del Vaticano

desde el siglo XIV, pero faltan algunos pergaminos del nuevo testamento. Los folios desde el libro de los hebreos hasta el apocalipsis. Napoleón Bonaparte se llevó el codex a París en el siglo XIX junto al resto de los archivos del Vaticano. En ese lapso se perdieron muchos documentos, entre ellos los folios que le nombré. No se supo más de estos pergaminos por mucho tiempo hasta que el año pasado se obtuvo la información de que varias de estas páginas fueron subastadas en una sesión privada en París. No supimos de su comprador hasta hace una semana. El señor Arthur Dubront fue quien lo hizo.

El pintor seguía hablando y de vez en cuando, hacía trazos en el lienzo.

—¿Y para que los quiere ese señor?

—Qué sé yo, por vanidad, para ampliar su altísima colección de arte que ya tiene. O quizá para fines más tenebrosos. Tenemos la sospecha que los ha utilizado para el uso de magia negra. Los símbolos sagrados de la iglesia no deben ser utilizados para fines paganos.

—Comprendo —expresó con vehemencia la protectora. Philliphe tocó su fibra más sensible. Frida aborrecía a las personas que se dedicaban a la práctica de las artes oscuras.

—Debes traer de vuelta esos pergaminos a la orden, Frida. ¿Crees que puedas hacerlo?

—¡Por supuesto! —dijo sin cortapisas.

—¡Terminemos tu retrato!

El pintor laboraba en el lienzo, mientras ella, con el aliento contenido, rebobinaba en su cabeza todo lo dicho por Philliphe. Viajar a Nueva York era uno de los sueños de su vida y ahora iría a la gran manzana, pero no como una turista, sino a recuperar uno de los tesoros de la humanidad.

Frida volvió a ver al artista con detenimiento. Una de sus mayores virtudes era ser una muy buena observadora. Su mirada se fijó en sus manos limpias y bien cuidadas, sus uñas relucientes y bien cortadas. No parecían ser de un hombre de trabajos manuales, sino de una persona que vive detrás de un escritorio o de alguien que no hace nada. Su voz tenía un acento que no reconocía pero que, con absoluta seguridad, no era francés. Su piel era bruñida y bien cuidada. El ayudante tenía gestos atildados y sus eran modales finos. Parecía un dandi.

—Listo, Frida —Expresó con voz triunfante Philliphe; tomó el bosquejo y se lo entregó a la mujer que lo auscultó, asombrada. Esperaba ver unos garabatos mal dibujados, pero, por el contrario, el retrato fue bien hecho. Una firma ininteligible, la fecha y el lugar se recostaban tímidas en uno de los bordes.

—Gracias, está muy bonito.

—Consérvelo, es un obsequio.

Frida se levantó e intentó despedirse del artista, pero éste no le prestó atención y enseguida se dirigió hasta otro transeúnte para ofrecerle sus servicios. Ella comprendió el mensaje. La conversación había terminado.

El avión se deslizaba con suavidad entre las nubes níveas del Atlántico, como una saeta que penetra el aire enmohecido. La gran ciudad de Nueva York lo esperaba en el horizonte, a lo lejos. El capitán de la aeronave comenzó el descenso del avión de Air France.

El viaje de siete horas agotó a la espigada Frida que trataba de acomodar sus largas piernas entre los asientos. Viajaba en clase turista y sin nadie a su alrededor. Era una suerte que pocas veces se le daba. Recostada, intentaba dormir. La noche anterior no pudo hacerlo. Empleó su poco tiempo disponible en embalar su equipaje de viaje y luego, buscar en la red toda la información disponible acerca de Arthur Dubront, su objetivo. Lo que encontró la llevó al irascible reino del insomnio.

Iba pegada a su ventana. Su vista se perdía en las nubes que flotaban, como grandes bolas de algodón, sobre el espacio aéreo de los Estados Unidos. El avión discurría con suavidad entre ellas como un halcón real en su territorio de caza. Mientras sus ojos se hendían entre el lívido paisaje, memorizaba todos los aspectos importantes de la vida de ese poderoso magnate.

Arthur Dubront nació en los Estados Unidos de América en la década de los años cuarenta. Poco o nada decían los medios acerca de su infancia, su juventud y parte de su madurez. Su vida pública comenzó con sus coqueteos en el negocio de la venta de armas al ejército americano. Los Estados Unidos, inmiscuidos en la guerra de Vietnam, necesitaba vendedores de armas y él obtuvo ganancias ingentes como «perro de la guerra». Al finalizar el conflicto se dedicó al negocio de las bienes raíces. Fundó su propia compañía y explotó todas sus cualidades como hombre de negocios. Implacable, pertinaz y confrontador, a Dubront le gustaba aplastar a sus rivales hasta que pidieran clemencia. No le importó llevar compañías a la quiebra, desmembrar empresas y dejar sin trabajo a los empleados. Tenía entre ceja y ceja un solo objetivo: poder y más poder, dinero y más dinero.

Su vida privada era un total misterio. No se le conocía pareja, a pesar que la prensa rosa siempre le acomodaba una nueva amante.

Está en el cenit de su carrera, es un rival de cuidado, no es cualquier persona, es un hombre con mucho poder. No será pan comido, pero no tengo miedo. Encontraré esos códigos y los llevaré de vuelta a la orden, donde pertenecen,

pensaba la espigada mujer de ojos color violeta.

El capitán de la nave anunció el descenso.

La francesa miró de nuevo por la ventana y observó el océano Atlántico en todo su esplendor. « Hija no te vayas ». Frida vio con frialdad a su mamá. Jamás en su vida la miró de esa forma. Salió por la puerta de su casa con destino desconocido. Así era Frida, pasión y firmeza en sus acciones. Cuando amaba, lo hacía como un volcán en erupción y si odiaba, podía secar, con la fuerza hercúlea de su voluntad, la savia de las ramas de un árbol.

La joven Frida caminaba por las calles de *Les Halles* a las dos de la mañana. Vio unos policías delante, en su camino. Se alejó de allí. Desesperada, hambrienta y con frío hasta los tuétanos, se dirigió al único lugar donde olvidaba sus problemas: los alrededores de la Torre Eiffel. Llegó hasta Trocadero, al frente de la monumental estructura, y se sentó en uno sus bancos. Cruzó las piernas y los brazos. Con los ojos sumidos en lágrimas observó la magnificencia y el esplendor del monumento parisino. El juego de luces dibujaba a la Torre como una imagen onírica e inalcanzable. ¿Por qué Dios mío? ¿Por qué? Mi vida se ha derrumbado. Odio la maldad que hay en el mundo. La aborrezco, la detesto. Su respirar se hizo frenético. Los sonidos de una sirena, a lo lejos, llegaban a sus tímpanos. Me repondré, saldré adelante. A partir de hoy, nada ni nadie me hará daño. Juro solemnemente que dedicaré mi vida a combatir el mal. De pronto, a su izquierda vio acercarse una figura, se puso de pie para irse, no quería ser molestada, cuando escuchó decir «no te vayas, por favor», se detuvo.

—Por favor, señora, me entrega la bandeja —Frida escuchó decir a la azafata. Se la entregó con rapidez.

Miró el reloj y lo ajustó a la hora neoyorkina. Revisó en sus pensamientos todo lo dicho por Jean Pierre y Phillippe acerca de los datos más relevantes de su misión. Sacó una hoja de papel del sobre entregado por el francés y leyó su nueva identidad. Se presentaría como Madame Le Blanc, una exitosa empresaria francesa dueña de un nuevo consorcio comercial que quiere invertir en los Estados Unidos. Amante del arte, en especial del barroco. Apasionada por la música de los Beatles. Madre soltera y con residencia en Niza. Aprendió rápido, tenía una memoria fotográfica.

La orden cubrió todos los pormenores logísticos de su ingreso a los Estados Unidos. Su estancia en el hotel Walford Astoria, el dinero cargado a las tarjetas de crédito, las cuentas bancarias de la empresa fantasma, sus búsquedas en internet, su ruta en la ciudad junto a otros empresarios. Nada fue dejado al azar. Los protectores era una organización muy eficiente.

Frida llevaba casi treinta años de su vida en la orden. Era una soldada eficaz, pero debía ganarse la vida de algún modo. Ser parte del ejército de Dios no daba

buena paga. La misma logia de «los protectores» influyó para que ingresase en la Fuerza Aérea francesa y se graduase como oficial y piloto, donde estuvo por espacio de quince años. Sus conocimientos militares y su capacidad para estar varias partes en un corto periodo de tiempo, le permitió a la orden utilizarla como una fachada para sus acciones. Se retiró de las Fuerzas Armadas y se dedicó a un oficio que le apasionaba: la botánica. Tenía un vivero a las afueras de París donde sus plantas cubrían todo. Regenteaba el lugar con un ayudante que nada tenía que ver con sus escapadas para defender al mundo del mal.

« ¡No te vayas, por favor! », la voz suave solazó su agrio momento. Ella volteó y vio a un muchacho, de más edad, que se acercaba con una *crêpe* en su mano. ¿Quieres? Le preguntó. Frida sentía como su espinazo se pegaba contra el estómago, volvió hacia él y sin decir palabra la tomó y devoró *la crêpe*. Al principio, lo hizo con delicadeza, pero luego, cuando sus jugos gástricos se dispararon en su duodeno, comió con avidez. «Soy Jean Pierre», expresó con gentileza el adolescente. « mi nombre es Frida», masculló. A partir de entonces, se hicieron inseparables amigos, Jean Pierre se convirtió en el hermano que nunca tuvo.

Esa noche llegaron a una casa atávica en las afueras de Juvisy en la *Île de France* donde el muchacho vivía con otros dos jóvenes. Al principio, Frida tenía temor por estar con unos desconocidos, no obstante, se percató de que los chicos tenían sus mismos problemas. Eran unos fugitivos de sus hogares. Detrás de cada uno existía una historia de decepción, abuso o desamor que justificó su fuga. Sobrevivieron, haciendo mandados, tocando guitarra en las estaciones del metro o cantando a las faldas de la torre Eiffel.

Fue un tiempo duro para Frida, una adolescente acostumbrada a todos los lujos. Pero su determinación y su voluntad se impusieron a las adversidades. Ella no huyó para convertirse en una indigente, sino para buscar su lugar en el mundo. Un mundo que se presentaba implacable con las personas inocentes e ingenuas.

Un día, mientras vagaba junto a Jean Pierre por la plaza de la Concordia, se encontró con una mujer madura que les ofreció alimento en un refugio a las afueras de París. Ellos, desconfiados, la acompañaron y comieron como no lo habían hecho en muchísimo tiempo. Se hartaron de comida. Al finalizar, el encargado se les acercó y charló con ellos. Les ofreció refugio, educación y sustento, a cambio de nada. A pesar de sus suspicacias, ambos aceptaron. Se mudaron ese mismo día.

Recibieron ropas nuevas, comenzaron a estudiar en el sistema educativo francés y tenían una habitación para cada uno. Frida, que era más perspicaz que Jean Pierre, se percató de que aquel lugar no era solo un refugio. Se dio cuenta

que se hacía hincapié en las condiciones físicas de los estudiantes y otras habilidades. La disciplina era inflexible y los estudiantes debían obedecer a sus superiores sin dilaciones. Además, en las clases que recibían se hacía mucho énfasis en la lucha del bien contra el mal, de la venida esperada del apocalipsis y de los principios de la religión católica.

Pero Frida era Frida, y comenzó a cuestionar todo el sistema. Al cabo de un mes decidió que su tiempo allí finalizó e intentó huir con Jean Pierre, pero fueron interceptados por los superiores. La rebeldía de la muchacha llamó la atención del maestro, nombre con el que era conocido el regente del refugio. Los llevó a ambos a la dirección y les expresó la verdad.

Ellos pertenecían a una orden denominada los protectores. Era una organización clandestina de la Iglesia Católica que tenía siglos de existencia. Llevados por la fe, sus integrantes hacían el trabajo oscuro que los sacerdotes y religiosos no querían hacer. La Iglesia Católica tenía muchos enemigos que querían tergiversar el legado de Jesús. La orden defendía a la humanidad del surgimiento de la Bestia, el anticristo y el Falso profeta, conocida como la trinidad abyecta. Ellos, los protectores, eran los soldados de Cristo, aquellos que defendían al mundo de la maldad de Satanás y sus acólitos. Combatían el mal con otros métodos aborrecidos por la humanidad. Utilizaban todos los medios disponibles para enfrentar a los seguidores de Lucifer. Combatían el mal con el mal.

—¡Señora por favor, colóquese el cinturón de seguridad!

Frida obedeció y volvió a mirar por la ventana. A lo lejos podía observar a la fastuosa ciudad de Nueva York, para muchos la capital del mundo, para la orden de los protectores, era la nueva Babilonia.

La adolescente escuchó la palabra del Maestro y sintió como dentro de su corazón se abría la bisagra de una puerta. Era el lugar donde ella necesitaba estar, era el momento que quería vivir. La explicación dada por aquel fornido francés fue suficiente para que la púber Frida decidiera unir su vida a la de ellos, esta vez, sin dilaciones. Le dijo sin aspavientos «Si es verdad lo que usted dice, yo seré la primera soldado de sus filas». Jean Pierre quien permanecía callado, le impresionó las palabras vehementes de su compañera y refrendó con su cabeza lo afirmado por la muchacha. « ¡Qué Dios los bendiga! » dijo el hombre.

El aeropuerto JFK era visible. Las aeromozas se sentaron para el aterrizaje. El piloto deslizaba el avión por el aire neoyorkino con una maestría única. Dos mil metros de distancia y cuatrocientos metros de altitud los separaban de la pista de aterrizaje.

Frida se encontraba junto a Jean Pierre y otros dos aspirantes a protectores en un recinto oscuro iluminado por velas. Transcurrieron cuatro años desde su

iniciación. Los tres grandes Maestros de la Orden y el de París se encontraban junto a ellos. Después de unos rezos y letanías llegó el momento de mayor clímax. Un hombre vestido con una bata azul entró. Una capucha cubría su rostro. No era posible ver los detalles de su cara. Era el Comendador. Todos lo reverenciaron. Llegó hasta el pulpito donde dirigió la ceremonia. Los cuatro aspirantes a protectores prestaron el juramento de lealtad: «juro ante Dios y todos los santos celestiales, la corte de ángeles y arcángeles, y delante de mis compañeros que usaré mi vida como escudo para resguardar el mundo de la maldad del Anticristo, la Bestia y el Falso Profeta, y de ser necesario, daré mi vida para proteger a la humanidad y el legado de los Apóstoles de Jesús». Sublimes, incólumes y vestidos de blanco, los cuatro nuevos protectores juraron su lealtad eterna. Frida halló su lugar en el mundo.

El avión tocó la pista y desaceleró de manera abrupta. El capitán de la nave anunció a través de los altoparlantes:

—Bienvenidos al Aeropuerto Internacional de Nueva York, JFK.

Su misión no era fácil, pero Frida encontraría la forma de cumplirla. Siempre lo hacía. Los rascacielos de la ciudad que nunca duerme se erguían envarados como gigantes en el medio de una gran batalla. Arthur Dubront, uno de los hombres más poderosos de la Tierra, permanecía atrincherado en esa jungla de cemento. Él representaba la misión más importante de su vida.

Arthur Dubront avistaba la ciudad desde el gran ventanal del edificio de su compañía. Tenía la vista perdida en el horizonte de Nueva York como un águila vigilando su territorio de caza desde la cúspide de una gran montaña. Erguido, desde las alturas, a más de trescientos metros, observaba los detalles de la gran metrópolis. El cielo neoyorkino se recreaba como una gran bóveda celeste que envolvía con colores grisáceos todos los rincones. Apenas el Central Park y el río Hudson aureolaban el paisaje citadino, el resto de la ciudad era un gran vergel de concreto, acero y asfalto. Desde la cúspide de su nido, Arthur contemplaba todo como un dios.

Incólume en su oficina, se sentía inexpugnable. Su cabeza giraba mientras observaba el panorama citadino. El ejercicio de la soledad absoluta era su actividad predilecta, solo superada por hacerle el amor a una mujer hermosa y ejercer a plenitud el poder para aplastar a quien osara enfrentársele. Las mejores ideas de su vida llegaron en momentos como ese: solo, meditabundo. Acompañado de la soledad, encontraba la paciencia frívola requerida para enfrentar cualquier situación que perturbara sus pensamientos y hoy, Arthur

estaba perturbado.

Vestido con un traje negro acabado a su medida, una camisa blanca impoluta y una corbata roja, lucía intachable en su porte y estampa. Delgado, con el pelo encanecido, se conservaba muy bien. Las cuencas de sus ojos se hundían en su cara; unas ojeras notables se distinguían con facilidad, sus cejas gruesas eran blancas, al igual que el bigote y la barba en forma de candado que cubría su mentón. Sus ojos azules eran vivos, poderosos, penetrantes. Pero no todo el rostro de Arthur era perfección, una notable cicatriz de diez centímetros se distinguía sobre su pómulo izquierdo. Nadie conocía el origen de esta marca facial. Todos los días a la misma hora, tres de la tarde, Arthur tocaba la cicatriz indeleble.

El hombre volteó y miró su lugar de trabajo, parecía un museo. Unas esculturas de Botero y Rodin adornaban las esquinas; cuadros de Rembrandt, Van Gogh, Picasso, Dalí y hasta un boceto del mismísimo Bocelli, flotaban en las paredes de mármol que rodeaban, en perfecta simetría, el escritorio de caoba que emergía en el centro del pent-house como una isla en un mar sereno. Su mirada se centró en un retrato suyo colgado en una de las paredes. Enarcó su ceja izquierda. Prorrumpió un gesto de disgusto. ¡Qué mierda! ¡Mi rostro tiene demasiadas arrugas, la devolveré al pintor para que la retoque!, masculló entre dientes. A pesar de que esta obra fue realizada por uno de los pintores más reconocidos de París, para él no representaba la perfección que anhelaba de una pintura.

Mr. Dubront adoraba el arte en todas sus expresiones. Artista frustrado, soñaba con tener su propia galería en París, pero sus dotes de excelso pintor nunca llegaron a sus pinceles. Simples garabatos y pinturas sin ningún valor artístico salieron de sus manos. Arthur no tenía el talento para ser un artista. Entonces dedicó sus esfuerzos para crear arte. Imaginaba algo y lo hacía realidad a fuerza de poder, dinero y miedo, sus herramientas más preciadas. La torre D, donde se encontraba, constituía su propiedad más preciada. Esbozó al proyectista de la edificación la mayoría de los detalles internos y externos de la estructura, a pesar de no tener conocimientos de arquitectura. Una D gigantesca permanecía cimentada en la azotea del edificio, como símbolo inequívoco de que allí funcionaba una de las empresas transnacionales más influyentes del planeta: D c.a.

Arthur sintió cuando se abrió la puerta de su oficina y entró su secretaria, Cinthya Banner. Era la única persona que tenía la posibilidad de ingresar donde estuviera sin anunciarse. Su mesura, discreción y temple de hielo, eran las virtudes de esta mujer que conocía todos los secretos de su jefe, a excepción, de la cicatriz en su rostro. Su lealtad era incuestionable. Ya casi pisaba la sexta

década de vida, pero su físico la hacía ver de menor edad. De cara redonda, nariz fina, labios en forma de corazón, pómulos convexos y ojos azules, era una beldad añosa. Portaba un vestido negro ceñido a su cuerpo. Su cabello teñido de rojo escarlata, lo tenía recogido hacia atrás. Su porte era impecable. Se acercó hasta el escritorio de Arthur y colocó unos documentos para su revisión. Se dirigió hacia la puerta. Cuando iba a tomar la manilla, escuchó el vozarrón de su jefe.

—¿Alguien me ha llamado?

Ella volteó y miró a través de sus gafas. Le contestó:

—No, Mr. D.

—¡Cuando lo hagan me pasa la llamada de inmediato!

—Así será, Mr. D.

Se volteó y salió rauda hacia la oficina contigua. El hombre permaneció inmóvil como una estatua de sal, su respiración corta y su mirada gélida lo acompañaban en el periplo de sus pensamientos. Miró el reloj y vio que eran las tres de la tarde. Tocó con suavidad su cicatriz, sintiendo con sus dedos viejos y arrugados la piel insensible de la marca. La acarició de arriba a abajo. Siguió observando la ciudad y los rascacielos que la adornaban. Su mirada se agudizó. En el laberinto de su memoria buscaba recuerdos escondidos. ¡Corre, corre sin parar, no te detengas! Escuchó decir. Sus piernas flacas y delgadas se movían con rapidez, tratando de alcanzar la carretera. Corría desesperado y escuchaba el silbido de disparos tras de él. Siguió corriendo, mientras sus pulmones se quedaban sin oxígeno. Desesperado, dio un salto arriba de un muro de alambre de púas, cayó y sintió desfallecer. Sintió el ardor en su rostro. Tocó su pómulo y vio sangre en su mano. Su instinto de supervivencia lo impulsó a levantarse y correr.

El sonido del intercomunicador telefónico rompió el silencio. Su secretaria dijo:

—Mr. D, lo llaman.

Arthur se dirigió a su escritorio, levantó el teléfono y preguntó:

—¿Todo está listo?

—Sí, señor Arthur —respondió una voz femenina aterciopelada.

—Iré para allá de inmediato.

—Lo espero.

Terminó la llamada sin despedirse. Enseguida, sacó su teléfono móvil y escribió un mensaje de texto.

—¿Hiciste contacto con el vendedor?

—Sí.

—Procede.

—Ok.

El hombre se dirigió hasta el boceto de Bocelli que se encontraba en la pared detrás de su escritorio. Lo apartó con sumo cuidado y abrió la caja fuerte. Tomó en su mano un sobre amarillo sellado. Cerró la caja fuerte. Llamó por el intercomunicador a su eficaz asistente. Se colocó el abrigo y sus gafas oscuras. Su secretaria entró.

—Señorita Banner, suspéndame todas las actividades que tenía previstas para el resto del día. No volveré hoy.

—Así será, Mr. D.

—Llame al chofer. Dígale que bajaré a la brevedad. Que tenga listo el mercedes benz.

—¿Le aviso a sus guardaespaldas?

—No, dígales que se retiren.

La mujer asintió y salió a cumplir la orden de su jefe. El viejo entró al ascensor. Miró su postura en los espejos del exclusivo elevador. Lucía impecable. Miró la hora. Eran las tres y treinta. Salió al sótano y se dirigió al auto encendido. El chofer le dio las buenas horas y le abrió la puerta trasera del vehículo como era costumbre.

—Yo conduciré, retírese —expresó escueto.

Arthur se introdujo en el auto. El chofer cerró la puerta. Mr. D arrancó. Imprimió toda la potencia de los caballos de fuerza del motor a los cauchos que chillaron al dejar una marca negra en el cemento. El empleado vio alejarse el automóvil, con un dejo de extrañeza.

Mr. Dubront intentaba conducir de prisa por la ciudad. Pero el tráfico se asemejaba a rebaños de Ñus apretujados en su éxodo por la sabana africana. Miraba su reloj con asiduidad. Los minutos se diluyeron al igual que el espeso tráfico vehicular. Arthur se internó en Queens. Al disminuir el volumen de vehículos, condujo con más cuidado.

Arthur miró el edificio ruin que tenía a su derecha y estacionó el auto. Se apeó, mientras el frío primaveral besaba su rostro. Se acomodó su ropa y subió unas escaleras que daban a la puerta de la edificación vetusta. Observó el intercomunicador y vio el nombre que buscaba. Iba a tocar el timbre, cuando vio salir a una vieja afroamericana con los cabellos platinados que lo vio de arriba abajo; perpleja, se alejó de él. El magnate entró de sopetón.

Los pasillos sucios y malolientes desentonaban con la figura intachable y pulcra de Mr. D. Subió las escaleras hasta el tercer piso donde encontró, al final del pasillo, el apartamento que buscaba. Tocó la puerta y esta se abrió, emitiendo un chirrido por el óxido de sus bisagras. Las penumbras arropaban todo como un gran celofán agrisado. Apenas la luz tenue de una vela en un rincón permitió a

Dubront guiarse para entrar. Una voz femenina le indicó que tomara asiento en un viejo sofá. Arthur se sentó con dificultad y percibió el olor añejo de todo el salón que, oscuro, ocultaba el rostro de su interlocutora. Ella, se sentó un viejo poltrón frente a él y le dijo:

—¿Tienes los códigos contigo?

—Sí —respondió.

—Debemos actuar rápido, si quieres que tus planes no sean estropeados.

—Lo sé, por eso acudo a ti.

Ella se acercó al poderoso magnate. El hombre sintió sus manos calientes y ásperas caminar por su rostro. Luego la mujer dijo:

—El tiempo es corto, muy corto. Tenemos una sola oportunidad.

—Sí, lo sé.

—¿Encontraste el diario de Himmler?

—Están tras su pista.

—Bien, pasemos. ¡Sígueme!

La mujer sopló la vela y el cuarto quedó tan negro como una noche en el Sahara. Sólo un débil hilo de luz se deslizaba por debajo de la puerta de un cuarto lejano. Tomados de la mano caminaron hasta allá.

El viejo, de cabello blanco y piel apergaminada, atravesó tambaleante la oscuridad. Adentro, en un pasillo ruin y de color mate que parecía el camino al averno, apareció un hombre de tez negra, corpulento como un gladiador y vestido con un pantalón y una camisa blanca de mangas largas. Tenía la cabeza rapada y brillante como la bola 8 del juego de billar. Sus labios eran gruesos como un balde, la nariz ancha, casi del mismo tamaño de la boca y los ojos verdes, como sargazos. Cuando el viejo lo vio, pensó que era un demonio. Sus hombros de cemento, sus brazos de acero y su espalda maciza lo dibujaron, en el imaginario de aquel anciano, como un cuerpo sin alma. El viejo, con voz trémula, le dijo:

—Me espera la Orquídea.

El moreno, sin hacer ningún gesto, abrió la puerta de inmediato. El poderoso hombre sintió su respiración ignívoma. Entró y se encontró en una sala con acabados de lujo. La pestilencia que envolvía el exterior dio paso a olores de hierbabuena y romero, la prángana reinante en los pasillos fue sustituida por adornos suntuosos y con finos detalles por doquier. Una mujer con rasgos amerindios le salió al paso. Tenía su piel aceitunada y el cabello negro como el abismo. Sus ojos de color café se enterraban en dos grandes ojeras que como

desiertos de su rostro se recreaban áridos y ardientes. Sus labios en forma de corazón hacían de su boca una fruta carnal que invitaba a ser devorada. Vestida con una bata blanca que le llegaba a las rodillas disimulaba su cuerpo, no obstante, la punta de sus pezones marrones y grandes se veían en el traslucido de la ropa.

La fémina se acercó hasta donde se encontraba el viejo y le invitó a ponerse cómodo. Impertérrito, se quitó el abrigo, se lo dio y ella lo guindó en un perchero. Luego, lo tomó de la mano y lo llevó hasta el cuarto principal. Una inmensa cama de dos metros cuadrados, vestida con sábanas y almohadas blancas de satén, pintaba el lugar de un erotismo sin par. La pelinegra se acercó al viejo y tomó su paltó, luego le quitó su chaqueta, sus lentes, su camisa, sus pantalones, sus zapatos, las medias y por último, sus calzoncillos. El hombre, silente, dejó que ella lo deshojara, sin protestar.

El cuerpo delgado, añejo y arrugado quedó al descubierto. Sintió frío. La dama terminó de acomodar su ropa sobre una mesa cerca de la ventana, cerró las cortinas y apagó la luz, después, imperturbable, salió por la puerta. La piel del anciano se erizó. Dio dos pasos hacia atrás, tratando de alejarse de la corriente de aire que se colaba por las hendiduras de la ventana.

La puerta se abrió detrás de él. Dejó de sentir frío. Escuchó unos pasos casi imperceptibles. A su derecha, apareció una mujer morena desnuda. Caminó hasta frente de él dándole la espalda, sus nalgas bamboleaban. Se detuvo y luego se volteó. Parecía una sombra del más allá. La penumbra dejaba ver su piel de ébano que se confundía con la sombras de la habitación, unas piernas torneadas y largas terminaban en una cadera amplia y redonda. Su sexo se escondía en una pequeña alfombra de vellos bien cortados en forma de diamante. Su cintura plana solo dejaba ver su ombligo pequeño. Unos pechos hinchidos con los pezones negros, pequeños, puntiagudos y erectos adornaban su tronco. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante, por lo que sus largos cabellos lacios y negros cubrían su rostro. Solo se asomaban, tímidas, las puntas de sus orejas.

La sombra permaneció inmóvil por casi un minuto mientras bajaba y subía su cabeza. Parecía que detrás de ese vergel de cabellos oscuros, unos ojos escondidos podían mirar el cuerpo senil del anciano. Con su caminar sensual, avanzó hacia él y se colocó a escasos centímetros. Su cabeza quedó a la altura de su pecho. El viejo sintió el aire caliente que espiraba por su boca. Olió su aroma adictivo, una mezcla de jazmín con cítricos. Ella llevó sus manos al frente, sintiendo el calor que emanaba el cuerpo flácido y arrugado del viejo. Sin tocarlo, recorrió con sus palmas todo su cuerpo, el pecho, el abdomen, los hombros, los brazos, la espalda y las nalgas adustas. Él sintió una sensación agradable. Al cabo de unos pocos segundos, los cuerpos cavernosos de su pene

se llenaron de sangre en una tímida erección. Su respiración se aceleró y cerró los párpados.

La mujer subió su cabeza y permitió ver vestigios de sus ojos a través de los cabellos. Él iba a bajar su rostro para verla, cuando ella, con su mano izquierda, tomó sus testículos y los apretó con fuerza. El hombre abrió sus párpados como grandes hoyos ante el dolor producido por la fuerte mano. Apenas podía respirar.

—¿Qué deseas? —Dijo.

Con la voz entrecortada y agria, el hombre expresó:

—Orquídea, quiero, quiero... que se me cumpla un deseo.

—¿Estás seguro? —expresó con frialdad, apretujando más sus pelotas.

—Sí, estoy seguro —Dijo él, viendo hacia el techo y arrugando la cara por el dolor.

—Es tu último deseo.

—Lo sé.

—Uno solo te queda. Te he convertido en alguien muy poderoso. Pero, recuerda que siempre hay un alto precio que pagar.

—Sí, lo sé.

—¿Qué deseas?

Él expresó a voz queda su deseo, casi como un murmullo. Ella lo soltó y dio la vuelta, caminó hasta el abrigo y tomó un sobre dentro de uno de los bolsillos y luego, fue hasta un rincón de la habitación. Allí, buscó un tótem con la forma de una cabra y un cuchillo filoso. Se acercó al viejo quien recuperó la respiración. Se colocó a espaldas del hombre y luego, habló en un lenguaje que el viejo no comprendía, recitando unas oraciones.

El viejo sintió dos arañazos en su espalda y espetó un gemido de dolor. Sintió como un líquido viscoso y caliente corría hacia sus nalgas. Ella tomó la cabra y la impregnó de su sangre. Luego, como una gata mimada, se deslizó hasta delante de él y se arrodilló, su cara cubierta quedó frente a su miembro. Lo tomó, pero esta vez con suavidad. Con una habilidad única le produjo una erección muy dura. Luego, apartando sus cabellos lo introdujo en su boca. Le practicó una felación. Su lengua maestra hacia delirar de placer al viejo. Al cabo de dos minutos con el miembro en su boca, el hombre eyaculó. La mujer tomó el semen con sus manos y lo impregnó al tótem.

Se levantó y fue hasta un rincón oscuro de la habitación donde se alzaba un altar con un pentagrama invertido dentro de un círculo. Encendió unas velas en los vértices. Expresó unas palabras ininteligibles, luego tomó el tótem y lo clavó en el centro del pentáculo. El viejo, con su cara exangüe, cayó de rodillas por el dolor que le producían las heridas en la espalda. Después de cinco minutos, volvió en sí. Sudaba a borbotones. Temblaba. Sus dientes titiritaban. Miró sus

manos pintadas de sangre. La espalda le ardía. Su pene manchado de semen se escondía diminuto entre sus piernas. Subió la mirada y vio a la mujer arrodillada frente a él con el rostro cubierto por sus cabellos.

—Tengo el precio

—¿Cuál es? —expresó jadeante.

Se levantó y se acercó al rostro maltrecho de su interlocutor, fue hasta su oreja derecha. El hombre sintió sus cabellos tibios, su aliento de fuego. Con voz susurrante le dijo:

—La liberación del ángel rebelde.

6

La enfermera Annika Rosenberg caminaba con paso presuroso hacia la oficina de la directora de la Casa Cuna *Lebensborn*, conocida como *Heim Hochland*. Era el 26 de mayo de 1937. Espigada y de cuerpo atlético, la mujer se movía con agilidad y finura por los pasillos del secreto mejor guardado del Tercer *Reich*. Vestida con sus ropas blancas, parecía un ángel desplazándose con sus alas por las campiñas celestiales, pero Annika no era un ángel ni pretendía serlo. Era una ferviente nacionalsocialista, convencida de que Hitler era lo mejor que le había pasado a Alemania.

Llegó a la puerta de la oficina, acicaló sus cabellos rubios, ajustó su moño, levantó el pecho, aspiró aire y cuando estuvo lista para presentarse, tocó la puerta con dos golpes secos.

—¡Pase adelante! —se escuchó desde el interior del recinto.

La mujer pasó y se encontró de frente con la directora de la casa cuna que, sentada detrás de su escritorio, parecía una reina asentada en su trono. Solo la tenue luz de una lámpara colocada encima del armatoste, iluminaba la gélida oficina. En la penumbra se distinguían dos sombras de unos hombres uniformados que, sentados enfrente de ella, la escoltaban. Parecía un conciliábulo terrorífico.

—Distinguidos oficiales, ella es *Frau* Annika Rosenberg, mi mejor enfermera.

Los dos militares voltearon y rastrillaron a la alemana con sus miradas afiladas. Era una mujer alta de unos vivos ojos color turquesa, sus piernas eran largas y musculosas, su tez blanca dejaba ver las azules venas que nerviaban su cuerpo, sus pechos pequeños le daban un aire garboso. El más alto de los oficiales se puso de pie y efectuó el saludo nazi, irguiendo su brazo. Annika con entusiasmo y fervor respondió.

—Tome asiento *Frau* Annika, por favor —indicó la dama con una amabilidad inusual.

La enfermera se sentó en la silla que se encontraba desocupada entre los dos oficiales. Se sintió intimidada por las miradas acuciosas que no dejaban de observarla. Los ojos de la rectora de la casa cuna brillaban, a pesar que era medianoche. Fría, calculadora y reacia a mostrar sus sentimientos, la directora se encontraba, extrañamente, de buen humor. Esa bonhomía no era parte de su personalidad agreste.

—Sé que le gusta el té, por favor está servido. Beba.

La enfermera tomó una taza dispuesta sobre el escritorio y bebió un sorbo.

—*Frau Annika*, ellos han sido enviados por el *Reichsführer-SS* para estar presentes en el trabajo de una parturienta. Quieren ver uno de nuestros frutos recién salidos de un vientre nazi.

La mujer bebió un gran sorbo de té.

—Directora, debo advertirle que la presencia de muchas personas al momento del parto pueden causar estragos en la madre y en el niño —refutó.

—Es una orden del *Führer* —dijo sin aspaviento la directora, con una sonrisa desdibujada y el rostro ladeado. Agregó —Los oficiales aquí presentes me garantizan que el niño y la madre no sufrirán daño alguno.

—Comprendo. Así será *Frau Weisz* —expresó Annika, bajando su mirada ante los ojos ígneos de la directora. Luego, preguntó.

—¿Qué le diremos a la madre acerca de los extraños?

Uno de los oficiales, el más alto, en medio de la penumbra, expresó con voz aviesa:

—De eso, nos encargaremos nosotros.

Annika preguntaba demasiado y lo sabía, enfrentarse a una directriz de las SS era como pelear en un cuarto oscuro contra una manada de osos. Podría ser devorada en cualquier instante, sin darse cuenta de donde vino el primer zarpazo. Calló y se mordió la lengua. Volvió a beber té. Para zanjar su error, dijo:

—En este momento hay una voluntaria que inició el trabajo de parto. Si desean pueden ir.

—Gracias, Annika, por su información, pero ellos están interesados en el fruto de una voluntaria en particular: Eva Müller. ¿La conoce?

—Sí, efectivamente, la pelirroja que llegó ayer. ¿Están seguros que quieren ver ese parto?

La mirada de hielo de la directora surgió como un témpano en el medio del mar.

—Sí, ¿Hay algún problema? —Respondió con sequedad, el oficial que parecía estar a cargo.

—No, ninguno, pero esa mujer, desde que llegó, no ha hecho otra cosa que llorar a borbotones, me informó una de las nodrizas.

Los dos SS se miraron de soslayo. Sus ojos de lobos hambrientos se encontraron en el medio de las sombras.

—Eso no es problema —expresó el oficial de menor estatura.

—¿Para cuándo está prevista su labor de parto? —Preguntó la directora.

—El doctor la auscultó esta tarde y estimó que mañana dé a luz. Pero hay algo importante que señalar. Está muy deprimida. Primero debe mejorar su estado de ánimo.

—Perfecto, esperaremos entonces —dijo el oficial más alto.

—Annika, los oficiales serán nuestros huéspedes mientras esperan. Por favor me informa cuando la voluntaria entre al trabajo de parto.

—Sí, *Frau Weisz*, lo haré.

—Puede retirarse Annika.

La rubia se puso de pie, dejó la taza sobre el escritorio y miró a ambos efectivos. Salió expedita de la oficina. Caminó por los pasillos de la casa cuna *Lebensborn* en dirección a su habitación. Llevaba consigo una andanada de interrogantes. Era un evento atípico. Sintió mucha curiosidad por lo que acababa de ocurrir. Una reunión a media noche, ¡Qué extraño!, la directora se encontraba de muy buen humor, esto es más raro aun. ¿Por qué quieren ver ese parto en particular?

Marchaba, cada vez más flemática, por la suntuosa y extensa instalación. La *Casa Cuna* era un edificio de tres pisos situado en las campiñas de *Steinhöring*, un pequeño pueblo a las afueras de Múnich. Allí llegaban las primeras mujeres que llevaban en su vientre la simiente de una nueva raza mundial. En ese recinto, las futuras madres recibían los cuidados necesarios para el advenimiento de los nuevos teutones. Ellos serían conocidos como los *niños de Hitler*.

El lugar era custodiado por un pelotón de las SS. Un grupo heterogéneo de médicos, enfermeras, nodrizas, cocineros, personal de limpieza y jardineros, cuidaban todos los detalles para que los niños y las madres recibieran los mejores cuidados en el ambiente más agradable. Eran tan buenas las atenciones de las casas cunas, que muchas de las mujeres que parían y entregaban sus hijos al partido nazi, se marchaban con la promesa de volver a embarazarse y regresar de nuevo con un nuevo ario impoluto en su vientre.

Annika, con apenas 23 años de edad, era una de las más experimentadas integrantes del proyecto *Lebensborn*. La rubia pertenecía a esa caterva de personas a cargo de la nueva raza alemana. Registraba con precisión y sumo detalle el nacimiento de los infantes. No era una labor fácil. Debía registrar, sin margen de error, todos los nacimientos, además de las condiciones del parto, la salud del niño y de la madre.

Desde que trabajaba en el proyecto, más de seis docenas de nazis habían sido atendidas. Todos los nacimientos, hasta esa fecha, se desarrollaron sin complicaciones. Al parecer, Himmler tenía razón. De acuerdo a su teoría, un padre ario puro y una madre alemana sin mácula, solo podían engendrar a un niño fuerte y vigoroso, inteligente y perspicaz.

La enfermera recordó que debía dirigirse al quirófano y cambió de dirección. Llegó a la antesala y se colocó una bata, los guantes y el tapaboca. Escuchó los quejidos de una parturienta y el lloriqueo de un bebé al nacer. Ingresó de golpe.

La madre, acostada en la camilla y con las piernas abiertas expulsaba la placenta. El médico se preparaba para coser la vulva dilacerada de la alemana. Dos enfermeras atendían al neonato. Era un varón que no dejaba de chillar. La madre con lágrimas en los ojos, dijo:

—¡Dios salve a Alemania, *Heil Hitler!*

Todos respondieron el saludo detrás de sus tapabocas y siguieron con sus labores como unos autómatas. Annika tomó nota de todos los detalles del parto, de la madre y del niño. Preguntó a la mujer que nombre le pondría. Ella respondió: «Adolf ». Ese era el nombre más popular entre los niños varones nacidos dentro del proyecto. Anotó la hora. Tomó nota de las medidas del neonato, su estatura, su peso, la circunferencia de su cabeza, el color de sus ojos y de sus cabellos. Su labor finalizó veinte minutos más tarde. Antes de salir vio como la madre, con el rostro lívido, alimentaba, con sus pechos inflados, al pequeño Adolf.

Annika fue hasta su oficina y se sentó frente a su escritorio. Era la una de la mañana y sus ojeras denotaban su cansancio. Recostada en el asiento, recordó lo conversado con la directora y los dos oficiales de las SS. El asunto cavilaba en su cabeza. Algo más se traen entre manos. La rubia era muy pertinaz y las respuestas de los oficiales y su jefa, no la convencieron. «Deja las cosas así, solo límitate a cumplir las órdenes», pensó. La inconformidad ante los desafueros era uno de sus mayores defectos. Se llevó el dedo índice de su mano derecha a la boca y mordió la uña. ¡Al diablo la directora! ¿Qué quieren los oficiales?

Fue hasta el archivador y buscó el expediente de Eva Müller. Abrió la carpeta y leyó su historial. «*Mujer soltera de veintitrés años, afiliada al partido nazi, residiada en Núremberg, miembro de la liga de las muchachas alemanas, de buena salud, libre de cualquier contaminación judía hasta cuatro generaciones de ancestros. De buenas proporciones femeninas, caderas anchas. Su menstruación tiene un ciclo normal. Sexualmente activa. Recomendada por las SS para servir al proyecto Lebensborn*». El informe era impecable.

Vio el número de la habitación donde se encontraba. Se levantó y se dirigió hasta el cuarto. Su corazón palpitaba presuroso, contradecir las órdenes de la directora e inmiscuirse en los asuntos de las SS, era una insensatez, pero una voz interna, más fuerte que su voluntad y sus razonamientos, le gritaba que debía averiguar qué sucedía con ella. Abrió la puerta con delicadeza y se acercó de puntillas hasta un lado de la cama.

Eva tenía su rostro tapado con sus rojizos cabellos. Su barriga prominente se elevaba entre las sábanas como un gran montículo blanco. Tomó la historia clínica. El médico ordenó sedarla. « ¿Para qué quieren a tu hijo? », pensó Annika. La miró con detenimiento. Su piel brñida brillaba en la oscuridad, sus

cabellos bermejos le daban un aire de inocencia salvaje. Dormía con serenidad. Parecía una dulce adolescente que dormitaba entre sus sueños de fantasía. «Parece estar todo bien», pensó. Dio la vuelta y se iba a retirar de la habitación cuando escuchó un delgado hilo de voz.

—¡Ayúdeme, por favor!

Volteó y vio a la mujer que, despierta, imploraba con voz suplicante.

—Shhhhi, duerme Eva, descansa —Bisbiseó. Colocó su mano en su frente y trató de tranquilizarla.

La parturienta se agitó más, apartó los cabellos de su rostro y miró con sus ojos azules a Annika. Era preciosa.

—¡Ayúdeme, por favor! ¡No quiero estar aquí! ¡No quiero entregar a mi hijo, me quiero quedar con él!

—Tranquila Eva, trata de dormir —musitó de nuevo.

—¡Le van a hacer daño a mi hijo! ¡Por favor no quiero que me lo quiten! ¡Ellos son gente mala, lo quieren para algo horrible!

—No le harán daño Eva —expresó Annika en un intento de tranquilizarla.

—¡Prométamelo!

—Te lo prometo, no le harán daño. Tranquila Eva, intenta dormir.

—¡Confío en usted! Es la única persona que me ha prometido que no le harán daño a mi hijo —expresó con voz vehemente mientras sus ojos se entornaban con intermitencia.

—¡Por favor, ayúdeme!

—Duerme...

—Por fa...

El cansancio y el efecto de los analgésicos hicieron efecto en su conciencia, de nuevo. Sus ojos inermes comenzaron a ceder ante la pesadez del agotamiento. Terminó de cerrar los párpados con lentitud, mientras intentaba hablar, pero solo producía sonidos guturales. Annika acariciaba sus cabellos y su cara, sus suaves manos la adormecían aún más. Al cabo de pocos segundos, Eva dormía a plenitud. La miró con detenimiento. Su rostro destellaba intranquilidad y desespero. Era la primera vez que la enfermera observaba una parturienta en estas condiciones. Annika le susurró «todo saldría bien». Observó cómo los labios herrumbres de Eva dibujaron una leve sonrisa.

La enfermera salió de la habitación. Se dirigió a las afueras del complejo. El frío cortante de la noche espoleó su piel. El brillo argento de la luna acariciaba su silueta esbelta. El viento seco que emergía desde el oeste hacía ondear, en lo alto de un asta, una bandera negra con los dos rayos plateados, símbolo de las SS. El sonido hueco de la nada era abrumador. Annika sacó un cigarrillo que tenía en una cajetilla y lo encendió. Intentaba ordenar sus pensamientos difusos.

La rubia miró la cúpula negra del cielo atravesada por los puntos luminosos de las estrellas. Intentaba buscar respuestas a sus interrogantes en el abismo del universo. El nombre de Eva Muller corcoveaba en su cabeza.

En el tiempo que llevaba en la casa cuna, la enfermera se percató de que todas las voluntarias que llegaban a parir, se mostraban felices y de buen semblante. Estaban orgullosas por ser parte del programa *Lebensborn*. No era para menos. Ellas recibían todas las atenciones necesarias para el nacimiento de sus hijos. Eran mimadas y bien alimentadas por una cantidad ingente de personas que las atendían las veinticuatro horas del día. Las nazis permanecían con sus hijos hasta que ocurría el destete que, por lo general, era cuando el niño alcanzaba el año de edad. A partir de ese momento, los chiquillos eran criados, alimentados y educados bajo la responsabilidad de las casas cunas hasta que el programa lograba ubicarle un hogar. Por lo general era un matrimonio nazi sin hijos o aquellos que ambicionaban recibir la subvención del partido para la manutención de los nuevos hegemones del continente.

El caso de Eva era atípico. Ella, contraria al deseo del resto de las parturientas, no quería entregar su hijo al nacionalsocialismo. No cuadraba con las teorías de Himmler. La nazi no debía mostrar miedo ni odio ni debilidad ni amor, solo sumisión y obediencia. El parto del niño podría ser un desastre y el resultado imprevisible.

La enfermera seguía abstraída en sus pensamientos. Por primera vez, en su corta carrera en el partido nazi, tenía dudas. Pero también tenía miedo. Annika aprendió que llamar la atención en la sociedad alemana era contraproducente. Hasta ese momento, la discreción fue su mejor aliada en su desenvolvimiento en el trabajo. Era prudente y una fiel cumplidora de las normas de la sociedad nazi. Pero Annika guardaba un secreto en lo más interno de su corazón. Una verdad oculta que nadie, ni siquiera su madre sabía: le atraían las mujeres.

Como toda nazi, convencida de su doctrina, conocía cuál era el destino de los homosexuales en la sociedad alemana: ser internados de por vida en un campo de concentración. Y eso era lo que menos quería.

Annika llegó tarde al nacionalsocialismo. Los alemanes que no fueron convencidos por la retórica de Hitler antes de las elecciones de 1933, eran vistos con recelo por aquellos que desde el *putsch* de 1923, en Munich, entregaron su voluntad al autor de *Mein Kampf*. Los nazis primigenios se autodenominaban “los viejos camaradas”, mientras llamaban al resto “advenedizos” y “oportunistas”.

Rosenberg se unió a las filas de los nazis el día después de la noche de los cuchillos largos. Entendió que Hitler y sus acólitos solo saldrían muertos del gobierno, no había fuerza en Alemania que los apartaría del poder. «Quemarán al

mundo y luego a su país antes de entregarse», pensó Annika. Sus palabras serían proféticas.

La enfermera comprendió que debía articularse en las filas nacionalsocialistas o sería descubierta y confinada a una cárcel o a un campo de concentración como el resto de los indeseables de la sociedad alemana: judíos, eslavos, homosexuales, lisiados, católicos, retardados mentales.

Se sintió a gusto dentro de las filas del partido. La militarización de Alemania y la jerarquización de la sociedad la enamoraron de los preceptos de Hitler. Ella, al igual que el resto de los alemanes, sufrió hambre en el tiempo de la entreguerras y este hombre de bigote recortado redimió a su país. La voz estentórea y el discurso pertinaz y disuasivo del *Führer*, acompañado de la expansión y resurgimiento de la economía alemana terminaron de enamorarla de la doctrina de los nazis.

Annika no compartía los métodos de los nazis para lograr sus objetivos, pero ella no se sentía afectada por los rumores que se tejían acerca de la Gestapo y las SS. Solo le importaba su trabajo y contribuir con el proyecto que daría a Alemania una nueva generación de arios perfectos.

Rosenberg descubrió, en su tiempo en *Lebensborn*, que amaba ser una enfermera y cuidar la germinación de la vida. Su labor al cuidado de las parturientas y los niños, la sensibilizó mucho. Se aferró a la idea de que el proyecto de Himmler era para el bien de Alemania y que los preceptos de “*La fuente de vida*” beneficiaban al desarrollo de la nación. Sin darse cuenta, Annika primaba ser enfermera a ser nazi. Anteponer cualquier otro interés a los del partido nacionalsocialista era un delito imperdonable. Los nazis adoctrinaban a la sociedad para seguir los lineamientos de Hitler, no para cuestionarlos. Sus prosélitos eran cumplidores de órdenes. Su premisa era obedecer, no pensar, y, Annika estaba pensando. La joven rubia jugaba con fuego.

Intentó apartar de su cabeza la promesa que le hizo a Eva Müller, pero era inevitable. Su rostro trémulo y su hilo de voz temblaque rebotaban en su mente. Barruntó que algo malo sucedería y ella debía evitarlo. Tenía miedo, jamás había desobedecido a nadie ni siquiera a su madre. Sentía como su corazón intentaba salir por su garganta.

Terminó de fumar el cigarrillo y entró de nuevo al recinto. Sintió un sopor que nacía desde su espalda y la envolvía en un sueño repentino. Nadaba en agotamiento. Sus párpados pesaban una tonelada. Pasó por la sala de enfermería y le indicó a la funcionaria que estaba de guardia que se retiraba a descansar a su habitación en caso de suscitarse alguna novedad. Se dirigió a su cuarto donde se acostó en su cama sin quitarse el uniforme ni los zapatos. Luego de cinco minutos, dormía como un lirón.

Annika escuchó un débil sonido que venía del exterior, ¿Estaré soñando? El sonido iba en aumento y no cesaba. Escuchó su nombre. Se despertó sobresaltada. Un golpeteo violento a su puerta no paraba. No conseguía equilibrar su mirada, se sentía más agotada que de costumbre. Vio el reloj. Eran las cinco y diez de la mañana. Como pudo, se levantó y giró la manilla. Una enfermera con el rostro lívido la miraba con fijeza.

—¡Venga pronto a la sala de parto, algo terrible ha sucedido! —Le dijo con voz trémula.

Somnolienta y con pesadez en todo su cuerpo, Annika caminó por los pasillos en dirección al quirófano. Recompuso su compostura con rapidez. Entró a la sala previa y se colocó la bata, los guantes, el tapaboca y el gorro. Mientras lo hacía, pidió parte a la enfermera.

—¿Qué sucedió?

—Una parturienta ha muerto.

—¿Cómo?

—Sí, acaba de perecer en el esfuerzo del parto. Se complicó.

—¿Por qué no me llamaron antes? —preguntó furiosa.

—Lo hicimos varias veces, pero usted no respondió al llamado.

—¿Qué?

—Sí, mi compañera y yo fuimos hasta allá a las dos de la mañana cuando comenzó la labor de parto, golpeamos su puerta con fuerza, pero usted no respondió.

Annika con los ojos desorbitados, no creía lo que escuchaba. Era muy puntual y tenía el sueño liviano. El ruido del vuelo de una mosca la levantaba. Era una falta gravísima quedarse dormido y no atender el llamado en caso de alguna emergencia, rezaba el reglamento de las enfermeras del proyecto *Lebensborn*. Sintió náuseas. Mi carrera está arruinada.

—El niño ¿Cómo está? —preguntó con desespero.

La enfermera bajó la mirada y luego dijo:

—Creo que es mejor que entre.

Annika empujó con fuerza la puerta y entró al quirófano. Lo que vio la dejó aún más perpleja. El aroma alcalino de la muerte giraba alrededor de las bombillas incandescentes. El médico, sentado en una silla, se quitaba su tapaboca y los guantes. La miró y bajó la cara. Las dos enfermeras, de espaldas, arreglaban los instrumentos de cirugía y no se dignaron a voltear. En la cama de parto permanecía el cuerpo inerte de una mujer con las piernas aún abiertas en los apoyos. Una sábana verde cubría su rostro. El resto del cuerpo permanecía desnudo. A un lado del quirófano, la figura fantasmagórica de la directora de la casa cuna se distinguía con claridad. Permanecía impertérrita, con las manos

unidas entre sí, detrás de sus caderas. Veía el cadáver como quien ve una roca. El corazón de Annika se le salía del pecho. Ella jamás bajaba al quirófano. El neonato no estaba.

—¡Lo siento mucho, *Frau Weisz!*, me quedé dormida —le dijo a la directora acercándose con lentitud.

La dama sin mostrar ningún tipo de expresión, miró a Annika y le dijo imperturbable:

—¡No debe volver a suceder!

La mujer avanzó a la puerta, Annika le preguntó:

—*Frau* ¿Dónde está el niño?

Ella se detuvo. La miró de soslayo y sin responder a su pregunta, siguió su marcha. La enfermera, anonadada y temiendo lo peor, le preguntó al médico con desesperación:

—Por favor doctor ¿Dónde está el bebé?

El hombre se puso la mano en la barbilla y le dijo:

—¡Se lo han llevado!

—¿Quién? ¿Quiénes? —preguntó, exacerbada.

—Dos oficiales de las SS.

Annika sintió como una bola de fuego subía y bajaba dentro de su estómago. Con rapidez fue hasta el cadáver y le destapó el rostro. Era Eva, la chica pelirroja. Su cara pálida y ausente de vida reflejaba el sosiego de la muerte. Tocó su frente, aún caliente. Los temores de la pelirroja se cumplieron. Pero era demasiado tarde. Un nudo se estrechó en su garganta y no la dejaba respirar. Sintió indignación. La enfermera salió del quirófano y sin quitarse la bata y el gorro fue hasta la oficina de la directora. La puerta permanecía abierta. Entró con violencia.

—*Frau Weisz* ¿Los SS se han llevado al niño?

—Sí —dijo la directora, parada detrás de su escritorio. Su mirada de témpano esperaba la reacción de la enfermera.

—*Frau*, al salir de aquí en la madrugada yo hable con la parturienta y me dijo que temía por su vida y la de su hijo. Y, fíjese, ahora ella está muerta.

—*Frau* Annika, el *Reichsführer-SS* ha ordenado llevar al hijo de Eva a un centro especial. Las órdenes de Tercer *Reich* yo no las discuto, solo las cumplo. ¿Acaso usted no? —Expresó. La interrogante la pronunció mientras taladraba los ojos de la enfermera.

—Sí, directora —expresó sumisa.

—Le recomiendo, *Frau* Annika, que se dedique a sus labores. Aquí hay mucho trabajo por hacer. Y usted, mi mejor enfermera, se ha quedado dormida y no atendió ese parto. Es una falta grave. Haré una excepción debido a su

impecable historial. Solo lo haré esta vez. Retírese.

Annika titubeante, espetó:

—Para los registros, necesito el sexo del niño.

—Este nacimiento no será registrado, *Frau*.

Annika se heló. Tartamudeó. Miró el piso. Aspiró aire, se mordió la lengua y luego salió por la puerta.

Marchaba con lentitud por el pasillo. Sentía que su corazón se detenía. Era una fiel nacionalsocialista, no obstante la vida de ese niño peligraba, un neonato sin el calor y la lactancia de su progenitora era presa fácil de la muerte. Volvió a la sala de parto y buscó a la enfermera más joven. La tomó por el brazo con fuerza. Ella se sorprendió y no supo reaccionar. Se la llevó al pasillo donde la recostó contra la pared y le dijo:

—Dígame qué sucedió.

La enfermera que apenas pisaba la segunda decena de vida, miró hacia los lados con los ojos trémulos, se mordió los labios y luego dijo:

—Me hace daño, *Frau Rosenberg*.

—No me importa, necesito saber qué demonios sucedió aquí.

La muchacha volvió a mirar hacia los lados y le dijo:

—Le contaré todo, pero no aquí, vayamos a un lugar más seguro —bisbiseó.

Annika, sin soltarla del brazo, la llevó a trompicones a su habitación. Cerró la puerta con llave y sin encender la luz le dijo:

—Cuénteme todo.

La enfermera, en la penumbra, jugueteó con las manos en un gesto infantil de nerviosismo. Hilos de la luz del pasillo se filtraban por debajo de la puerta.

—*Frau Rosenberg*, la directora, acompañada por dos oficiales de las SS y un médico que jamás había visto, ingresaron a las dos de la madrugada al pabellón. Ella nos informó que se realizaría una labor de parto. Le indicó a mi compañera que buscará a la paciente de la habitación seis. Nos asombramos, pero sus rostros duros nos hicieron temblar de miedo. Mi compañera y yo nos dirigimos a buscarla. Dormía profundamente. Después de pasarla a la camilla, mi compañera me dijo que fuera a levantarla a usted. Yo vine hasta acá y toqué no sé cuántas veces, pero no hubo ninguna respuesta. Cuando volví al quirófano la directora me informó que no nos necesitaría hasta que naciera la criatura. Nos ordenó que esperáramos afuera. En varias oportunidades mi compañera y yo volvimos hasta su habitación a tocarle, pero no nos respondió, su habitación parecía un cementerio. Cuando eran las cuatro de la mañana escuchamos los quejidos del niño. La directora lo sacó después de cinco minutos y nos ordenó que lo limpiáramos. Nos acompañaba también uno de los oficiales de las SS. Jamás se despegó de nosotras. Vestimos a la criatura y al cabo de unos veinte minutos

Frau Weisz lo tomó en sus brazos y volvió dentro del quirófano. Luego de diez minutos salieron los dos oficiales junto al médico desconocido. El de menor estatura llevaba el niño en sus brazos. La directora salió después y ordenó que la buscarán a usted y el médico de guardia. Fue cuando mi compañera fue a despertarla. Yo ingresé al quirófano y vi al cuerpo inerte de la parturienta. El médico de guardia llegó y trató de resucitarla, pero todo intento fue en vano. Diez minutos más tarde usted ingresó al quirófano.

Annika no podía dar crédito a lo que le decía la joven alemana. Respiró hondo e inquirió:

—¿Cuál era el sexo del niño?

—Era una niña.

—¿Cómo era?

—No nos dio tiempo de detallarla, pero era pelirroja como la madre y de ojos claros. Blanca como la nieve.

—¿Estaba saludable?

—Sí, pero la directora nos ordenó que hiciéramos todo de prisa y que no tomáramos ningún tipo de medidas o peso, como es costumbre.

Annika permaneció callada por un momento. La muchacha vio en la penumbra como la enfermera miraba el piso. La soltó y espetó, derrotada.

—Puedes retirarte.

—Por favor no me delate. Necesito este trabajo.

—No lo haré. Puedes salir.

La mujer abrió la puerta con sigilo. Cuando iba a salir al pasillo, volvió a la habitación y le dijo a Annika:

—Hay algo que olvidé decirle.

La enfermera desde la penumbra la miró.

—La niña tiene un lunar rojo grande en forma de S en la planta de su pie izquierdo.

—¿Estás segura?

—Sí. Fue lo que más me llamó la atención de ella.

—Gracias.

La mujer salió y cerró la puerta con delicadeza. Por primera vez, en el tiempo que llevaba en el proyecto *Lebensborn*, tenía dudas. Se debatía entre los preceptos de Adolf Hitler de crear una raza superior y el objetivo primario de su profesión que era salvar vidas. Era el deber contra la razón.

Enfrentarse a la monolítica maquinaria de las SS era un absurdo. Los que osaron desafiarlas murieron o pasaron al olvido en alguna cárcel. Empero, empeñó su palabra a la pelirroja de que nada malo le sucedería a su hijo.

En la oscuridad de la habitación, su mente revoloteaba entre lo correcto y lo

necesario. Aspiró aire, se llenó de fuerza y tomó una decisión... Sin perder tiempo, salió y volvió sobre sus propios pasos. Caminó apresurada y llegó hasta la oficina de la directora en un santiamén, empujó la puerta con violencia. *Frau Weisz* la miraba con sus ojos de hielo.

—Directora, le presento mi renuncia a la casa cuna y el proyecto *Lebensborn*.

—*Frau Rosenberg*, tome asiento —dijo con voz gélida.

—No me quiero sentar —Expresó con la voz enfurruñada.

—No le pido que se siente *Annika*, se lo ordenó —sentenció la directora.

Ella gesticuló e indicó con su mano derecha uno de los asientos. *Annika* se sentó y le volvió a decir con la voz un poco más calma:

—Directora, deseo renunciar a mi trabajo.

La mujer, entrada en años, se acercó y se colocó delante de *Annika*, apoyó sus nalgas sobre el escritorio. Cruzó sus piernas y colocó sus manos encima de su pubis.

—Usted no puede renunciar, *Frau Rosenberg* —le expresó con una voz de plomo.

—Directora, yo amo mi trabajo, es lo que más adoro en el mundo. Soy enfermera por vocación plena. Mi objetivo es salvar vidas o ayudar a hacerlo, por eso estoy aquí. Como fiel seguidora del nacionalsocialismo creo que debemos crear una raza superior para que el mundo sea mejor. Yo creo fervientemente en el proyecto *Lebensborn* porque aquí damos vida, no la quitamos. Pero lo que acaba de suceder es una abominación. La parturienta murió y el hijo fue sustraído por las SS.

La directora perforó con sus ojos su mirada y le dijo con voz tajante:

—Tenga mucho cuidado con sus palabras, *Frau Rosenberg*. La paciente murió por el estado complejo de salud que presentó al llegar y el niño fue llevado a un mejor lugar por las SS debido a su estado delicado. Pensar que no fue así, es ir en contra de la voluntad del *Führer* y eso, *Frau*, es peligroso para usted.

Annika se armó de valor para decir:

—Ese niño puede morir debido a...

—No se hable más del asunto *Frau* —Interrumpió, golpeando con su puño izquierdo la mesa.

Annika saltó del susto. La directora con la cara encerada, le dijo:

—Si no la convence mi argumento, *Frau*, entonces le recuerdo que los nazis somos implacables con aquellas deformidades de la naturaleza que amenazan la existencia de nuestra amada Alemania. Los homosexuales no tienen cabida en mi país —Dijo, aguzando la mirada y llegando hasta el pozo de los miedos de

Annika.

La enfermera se heló, su rostro se puso exangüe en los segundos donde la directora huroneó en la intimidad de su vida. No lo podía creer. *Frau Weisz* sabía de su orientación sexual, un secreto que ella le ocultó hasta a su mismísima madre. Pero ¿Cómo? Es imposible. Sentía que en su vientre bajaba un frío que le congelaba su existencia. Bajó la cabeza.

—¿Quedó claro, *Frau Rosenberg*?

Miró a la directora con ojos vidriosos y luego musitó:

—Sí.

—Retírese, vuelva a sus labores.

La mujer se levantó y sentía que el mundo le daba vueltas. Como pudo, avanzó hacia la puerta, salió al pasillo y tambaleando, llegó a su habitación donde se encerró. Se arrodilló y lloró. La directora la tenía amarrada a su voluntad. Su secreto, su debilidad, era conocida. Su carrera como enfermera, su libertad e incluso su vida corrían peligro. ¿Qué debo hacer?

En el mar soliviantado de sus sentimientos, las olas de la incertidumbre revoloteaban la orilla calma de su existencia. Se sentó en la cama, miró sus zapatillas y se fue tranquilizando. Sus pensamientos se imbricaron, uno a uno, como las tejas de una casa. La balanza que equilibraba su vida sopesó sus miedos y sus emociones, su voluntad y sus temores, su razón y su corazón... Expelió aire y luego dijo a voz queda:

—¡Debo encontrar esa niña, así me juegue la vida en ello!

Annika Rosenberg enfrentaría a las temibles SS.

7

El Padre Frank Rhode avanzaba raudo por los pasillos de la ciudad de Vaticano. A pesar de ser un hombre de más de sesenta años, conservaba unas condiciones físicas envidiables que las adquirió cuando fue párroco en la población suiza de Coira.

El, entonces, joven sacerdote, de treinta años, debía llevar la palabra de Dios a toda su feligresía, pero el terreno escarpado que rodeaba la población dificultaba su actividad, por eso Rhode desarrolló unas condiciones físicas óptimas. Los habitantes le colocaron el apelativo de la “cabra” de Dios. Ese mote no le gustaba del todo al Padre Rhode, pero con el pasar de los días, se acostumbró. Hizo caso omiso a sus preceptos ultraconservadores. Lo importante —decía— era que las personas se acercaran a Dios y si para eso me tienen que llamar como ellos quieran, bueno, que lo hagan.

El sacerdote ingresó al edificio de la congregación para la doctrina de la fe. Rhode pidió una audiencia con el prefecto, el Cardenal Ranieri. La atávica edificación trajo un tornado de remembranzas al sacerdote holandés. Mientras caminaba, recordó como esta congregación, de casi mil años de fundada, era la heredera directa de la Santa Inquisición de la edad medieval y moderna. Su recuerdo refulgía como la más grande mácula indeleble en la historia de la iglesia católica.

Una niebla de terror se posó sobre Europa, durante siglos, por el poder tétrico que tenían los preladados de la fe. Ellos fueron los dueños de la verdad, de la vida y de la muerte. Una sola palabra suya bastaba para enviar a alguien a la hoguera o sufrir las más espeluznantes torturas. Cualquiera podía ser presa de los inquisidores. Solo bastaba una acusación, para que los representantes de Dios en la Tierra llevaran a alguien al banquillo de los acusados. Una vez allí, los defensores de la fe cristiana utilizaban cualquier método, para arrancar una confesión de herejía. Decenas de miles de europeos murieron en la hoguera o en las mazmorras, por obra y gracia de los individuos encargados de mantener la fe católica a ultranza. Los inquisidores hicieron temblar, por siglos, a Europa.

A pesar de que la Inquisición había desaparecido, el prefecto de la congregación de la doctrina de la fe, era en teoría, el hombre más temido de la iglesia fundada por Pedro. El alcance de su mano llegaba a las más de mil millones de almas católicas en el mundo.

El Padre Rhode caminó hasta el despacho de su secretario, el reverendo Marcelino Ramos, de origen español. Era un hombre que, con cuarenta años a

cuestas, se veía más viejo de lo que era en realidad.

—¡Buenos días, Padre Rhode!

—Buenos días, Marcelino. Necesito hablar con su Eminencia.

—En estos momentos se encuentra ocupado con dos obispos indonesios. Cuando finalice, le informaré.

—Muchas gracias, Marcelino.

—Tome asiento Padre, por favor. Póngase cómodo.

El sacerdote holandés se sentó y revisó lo anotado en su libreta. El desconcierto avivaba su alma. Necesitaba hablar con el segundo hombre más poderoso de la iglesia. El Cardenal Ranieri era muy respetado en el mundo del sacerdocio. Su mano férrea guiaba el dogma de la fe en donde hubiese un católico. Puntual, preciso en su verbo y con una ética a toda prueba, Ranieri era considerado “el azote de Dios” por su implacabilidad para manejar los destinos de la Iglesia católica, el gran amor de su vida.

A pesar de ser tildado como un implacable prelado, el padre Frank Rhode le tenía un gran aprecio. Fue su alumno destacado en Roma durante la década de los noventa cuando coincidieron en la ciudad eterna. Profesaron una amistad inquebrantable a lo largo de los años. Desde su llegada al alto cargo de la curia romana, el Cardenal tomaba café con el padre Rhode casi todos los sábados por la tarde, cuando los numerosos y cada vez más exponenciales compromisos del príncipe de la Iglesia, se lo permitían.

La puerta de la oficina del prefecto se abrió y dos sacerdotes de rasgos asiáticos salieron. Sus rostros serios, no mostraban ninguna emoción. Se despidieron en italiano del secretario del Cardenal que se puso de pie e ingresó al despacho. Dos minutos más tarde, le indicó al sacerdote holandés que entrara.

Frank traspasó la puerta y se encontró con el purpurado que firmaba unos documentos.

—Su eminencia, buenos días.

—Buenos días, Frank, toma asiento —expresó parco, viéndolo por encima de los lentes que utilizaba para su trabajo de escritorio. Vestía la sotana negra con vivos rojos, un solideo del mismo color y la faja bermeja que lo distinguía como un heredero de los apóstoles de Cristo.

—Discúlpame un momento, déjame terminar de firmar este cerro de papeles y te atiendo a la brevedad.

El padre Rhode se sentó y lo detalló. Tenía casi la totalidad de su cabello encanecido, con algunas entradas oscuras que se disimulaban debajo del solideo rojizo. Era un hombre delgado con arrugas profundas en su rostro. Sus ojos azules, se incrustaban detrás de las bolsas de sus párpados. Su boca pequeña se escondía entre de los pliegues de piel de sus pómulos y la barbilla. Todo en él era

viejo.

—¿Cómo has estado Frank? —dijo el Cardenal, mientras continuaba firmando.

—Bien, su eminencia, con alguno que otro dolor estomacal. Las pastillas que ingerí por más de dos años para calmar la dolencia de mi espalda me causaron un daño irreversible en el estómago.

—Eso sucede con el pasar de los años. No somos eternos y más en estos tiempos, la occidentalización de nuestra alimentación nos quita años de vida.

—¡Pero usted se ve muy bien su eminencia!

—Eso es lo que reflejo, pero mis rodillas están destrozadas. Además, el insomnio me está matando con lentitud. Me cuesta muchísimo conciliar el sueño.

—Trate de beber té de manzanilla, su eminencia, eso le hará mucho bien.

—He bebido de todo, lo único que me permite dormir bien son las pastillas y me he hecho adicto a ellas...Listo, ya terminé.

El hombre se recostó en su asiento, soltó el lapicero, se ajustó los lentes y, tocando su anillo cardenalicio, le dijo al padre:

—Dime, Frank, a que debemos esta visita inusual, me imagino que es un asunto que no puede esperar hasta el sábado.

—Su eminencia, tenemos más de un mes que no lo hacemos.

—Sí, es verdad —expresó, enarcando las cejas —pero es que he estado muy ocupado con un asunto de la Pontificia Comisión Bíblica. Es un pedido de su Santidad y que debemos tener a tiempo. Este nuevo Papa está dando un giro vertiginoso a la Iglesia. Tiene mucha oposición, pero con voluntad y trabajo. Impondremos la voluntad de Dios.

—Lo comprendo, su eminencia.

—Dime entonces, Frank, ¿Cómo puedo ayudarte?

El sacerdote se acomodó en la silla y con su verborrea directa y frontal, le dijo:

—Su eminencia, cuando usted fue mi profesor en las clases de estudios teológicos avanzados, nos habló de *Shemiyaza*, el “vigilante” que lideró la rebelión de la Legión de doscientos ángeles contra Dios, al principio de los Tiempos.

El padre Rhode hizo una pausa. Con el rostro parco, el Cardenal asintió, luego agregó:

—Sí, Rhode. Es así, pero recuerda que estamos hablando del texto apócrifo de Enoc donde se hace referencia a ese nombre —expresó con un tono de voz más oscuro.

—Lo sé su eminencia, pero necesito consultar el texto de Enoc en la

biblioteca del Vaticano.

El cardenal agrió el rostro. Sin cortapisas, le dijo con voz gruesa:

—Para consultar el libro de Enoc sólo debes navegar por internet, hay muchas páginas que lo tienen.

—Necesito consultar la copia más antigua del texto. La que está en griego.

El cardenal se abalanzó sobre su escritorio y le dijo:

—Para autorizarte, necesito saber cuál es el motivo de tan extraño pedido Frank.

Rhode sacó su libreta y le dijo al Cardenal:

—Su eminencia, hay una feligresa que ha tenido un sueño.

—¿Un sueño?...

El purpurado se echó hacia atrás en su asiento, aspiró aire y espetó:

—¿Todavía crees en esas personas farsantes que revelan secretos? La iglesia es una institución demasiado seria como para basar sus acciones en esas barrabasadas.

—Sé que usted no cree en eso su eminencia, pero recuerde que soy un estudioso de los casos bíblicos de revelaciones y premoniciones.

—Lo sé y por eso no ha terminado la conversación, te ganaste un prestigio en base a estudios serios que, incluso, su Santidad ha mencionado en dos oportunidades.

El purpurado expiró un quejido, levantó ambas cejas y ordenó a Rhode que continuara.

—No creo que se trate de cualquier sueño su eminencia. La vidente vive aquí en Roma y además ya predijo eventos importantes en su vida. El don de la premonición es cada vez más fuerte en ella, además, tiene altas virtudes cristianas, según su confesor y amigo, un sacerdote que es de mi alta estima. Él fue quien acudió a mí, pidiendo ayuda. Déjeme leerle el sueño.

El Cardenal cruzó los dedos sobre su barriga cuando escuchó la última frase. El padre Rhode abrió su libreta y leyó. Al final del relato, el rostro del Cardenal ya no reflejaba el escepticismo de cinco minutos antes.

—Por esa razón necesito la copia más antigua de la biblioteca. La palabra Σημιάζα que significa *Shemiyaza*, está en el sueño —agregó Rhode.

—¿Qué buscas con exactitud, Frank? ¿Es lo que estoy pensando?

—Sí, su eminencia. Lo que usted nos relató en aquella clase.

—Lo que yo les relaté no tiene ningún fundamento teológico. Era solo una historia fantástica basada en hechos apócrifos que les conté para llamar su atención e iniciar la clase.

—Pero aparece en el libro de Enoc.

—El libro de Enoc no está reconocido por el Vaticano, no tiene la autoría de

Dios. Él no lo escribió ni inspiró.

—Pero y si es verdad lo que dice el texto... no cree usted que es grave.

El prelado expelió un suspiro con desgano. El padre Rhode era tan pertinaz como él. Se miraron con fijación y se retrajeron a aquel día cuando un joven y más enérgico Monseñor Ranieri ingresó al aula. Sus diez alumnos lo recibieron de pie. Luego de las buenas horas y del parte respectivo, el futuro Cardenal comenzó su clase:

—Padre Alberto Gómez, por favor, lea Efesios 6, 12.

El joven guatemalteco se puso de pie, tomó la biblia que tenía en su mesa y con voz clara expresó:

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”

—Muchas gracias, por favor tome asiento. Este relato nos indica, de manera clara, que existe un equilibrio de fuerzas universales del bien y del mal que mantienen una pugna por la supremacía. Las fuerzas celestiales de Dios son mayores, pero en los últimos tiempos fuerzas oscuras han tejido un manto envolvente en las regiones celestes a fin de llevar las tinieblas hacia la luz. Y nosotros sabemos que sucede cuando un objeto oscuro se interpone entre la luz y un observador...un eclipse. En la medida de ese objeto es más grande o está más cerca de la fuente de luz, la sombra y la oscuridad aumenta. Es de este modo que los ángeles de las tinieblas intentan ganar su lugar en las cercanías de la casa de Dios, las fuerzas del mal necesitan que la oscuridad llegue a la Tierra, para hacer de esta, su reino. Un gobierno de maldad plena. Una Sodoma y Gomorra moderna.

Los rostros ávidos de aquellos jóvenes sacerdotes quedaron embelesados por el verbo vehemente y llano de su instructor. En especial, el del Padre Rhode que adoraba los temas de demonología y angelología. Hacia él fue el siguiente planteamiento.

—Padre Rhode lea Génesis 6, 1-6.

El sacerdote holandés tomó su biblia, la abrió, ubicó los versículos y luego se levantó y leyó:

—*“Aconteció que cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas y tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas. Y dijo Jehová: «no contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años». Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes*

que desde la antigüedad fueron varones de renombre. Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón”

Monseñor se paseaba entre los alumnos, mientras el sacerdote leía. Cuando el joven holandés finalizó, se dirigió al estrado y dijo:

—El bien y el mal son fuerzas, diametralmente opuestas, que están presentes en la humanidad desde tiempos inmemoriales. El libro de Génesis se refiere a los ángeles que se rebelaron contra Dios. En el texto apócrifo de Enoc se hace referencia a este evento bíblico con mayor detalle. No tomemos la exactitud de las palabras de estos pergaminos apócrifos, sino la historia que desarrolla. En teoría, complementa lo mencionado en el aparte de Génesis que acabáis de escuchar. Tomó una hoja de su carpeta y citó el texto de Enoc:

—*Así sucedió, que cuando en aquellos días se multiplicaron los hijos de los hombres, les nacieron hijas hermosas y bonitas; y los Vigilantes, hijos del cielo las vieron y las desearon, y se dijeron unos a otros: «Vayamos y escojamos mujeres de entre las hijas de los hombres y engendremos hijos». Entonces Shemihaza que era su jefe, les dijo: «Temo que no queráis cumplir con esta acción y sea yo el único responsable de un gran pecado», pero ellos le respondieron: «Hagamos todos un juramento y comprometámonos todos bajo un anatema a no retroceder en este proyecto hasta ejecutarlo realmente». Entonces todos juraron unidos y se comprometieron al respecto los unos con los otros, bajo anatemas. Y eran en total doscientos los que descendieron sobre la cima del monte que llamaron «Hermon», porque sobre él habían jurado y se habían comprometido mutuamente bajo anatema. Estos son los nombres de sus jefes: Shemihaza, quien era el principal y en orden con relación a él, Ar'taqof, Rama'el, Kokab'el, -'el, Ra'ma'el, Dani'el, Zeq'el, Baraq'el, 'Asa'el, Harmoni, Matra'el, 'Anan'el, Sato'el, Shamsi'el, Sahari'el, Tumi'el, Turi'el, Yomi'el, y Yehadi'el. Estos son los jefes de decena.*

Los rostros de los sacerdotes se refocilaban, sus ojos se mostraban ávidos de saber más acerca de esta historia inédita. Monseñor Ranieri dejó de leer y continuó hablando:

—El líder de los ángeles rebeldes hizo un anatema que, como sabemos, es una imprecación contra Dios. Él asumió la responsabilidad de su rebelión en nombre de los doscientos ángeles. Este juramento fue su protección y su condena. Shemihaza era el más poderoso de los vigilantes de Dios y tenía poderes por encima de los cuatro ángeles guardianes: Uriel, Rafael, Miguel y Seriel. El resultado de la unión carnal entre estas legiones de ángeles y las humanas, fueron los gigantes, quienes luego se volvieron contra los hombres. El

diluvio universal cayó sobre la Tierra, eliminando a esos híbridos malditos. Cuando los ángeles, abandonaron los cuerpos, intentaron regresar al cielo, los cuatro Arcángeles intercedieron ante Dios para que fueran condenados. Los doscientos rebeldes fueron hechos prisioneros junto a su líder y llevados a una prisión eterna hasta el fin de los tiempos... Esta rebelión de los ángeles es muy importante en la historia de la angelología, debido a que existe la creencia equivocada que de ellos surgieron los demonios que son servidores de Satanás, pero no es así. Estos vigilantes no están en el infierno, ellos permanecen encerrados en su prisión perpetua.

Los estudiantes permanecían en silencio, las palabras del docente teológico los impactó. Monseñor Ranieri continuó:

—Bueno, jóvenes sacerdotes, ahora que he obtenido toda su curiosidad empezaremos con la clase de hoy referente a la divinidad y la maldad, los polos que mueven el mundo. Creo que he llamado su atención con la historia de los vigilantes rebeldes.

—Disculpe, monseñor, ¿Esa es toda la historia? —Preguntó un padre rumano de cabellos rubios.

—Sí, Padre... hay caminos ignotos que es mejor no recorrer. Hasta aquí llega mi relato.

—¿Se conoce el contenido de esa anatema? —preguntó el joven guatemalteco.

—No se conoce, recuerden que lo que les he relatado se basa en textos apócrifos.

—¿Pero pudiese ser verdad la historia? —preguntó uno de los dos sacerdotes italianos presente.

—En el libro de Génesis está plasmado, pero es en el libro de Enoc donde se especifica todo. Los nombres de los Ángeles y todo lo demás. La historia, a pesar de basarse en un texto apócrifo, tiene visos de verdad.

—¿Qué pasó con esos gigantes de la antigüedad? —preguntó un sacerdote africano.

—Murieron en el diluvio. Dios observó la maldad latente y quiso cesar el mal que hacían los hombres y los hijos de los ángeles. Juntos eran un ejército invencible, una raza superior que no podía ser derrotada por nadie.

—Monseñor y si se liberasen esos ángeles antes de tiempo ¿Qué sucedería? —Preguntó el Padre Rhode.

Monseñor caminó hasta su escritorio, se apoyó con ambas manos y dijo:

—Los resultados serían inimaginables. En la actualidad hay dos fuerzas encontradas: el bien contra el mal. Se desataría una tercera fuerza que distorsionaría el equilibrio que hay en la actualidad...Pero hasta aquí hablaremos

de esto señores, lo hice para llamar su atención. Recuerden que somos sacerdotes y ofrecimos nuestras vidas para coadyuvar a la iglesia de Jesús en la predicación de la palabra, no para cuestionar las decisiones divinas. Ahora, continuemos...

El Cardenal se levantó de su asiento y se dirigió hasta la ventana de su oficina. Colocó ambas manos detrás de su espalda, sus ojos nadaban entre los jardines perpetuos de la ciudad del Vaticano. Su voz espesa adardeó el silencio.

—Frank, nunca quise estar en esta oficina. Cuando fui tu profesor de teología, me imaginaba, a esta edad, como tú. Me agrada la forma como llevas tu vida, pasando tus días tranquilos detrás de un escritorio, leyendo e investigando. Yo lo que más deseaba era eso o, quizá, estar en una apartada parroquia donde pudiera atender, a diario, a las almas que tanto lo necesitan. Pero el Señor tenía otro camino para mí, el de defender su iglesia con mano dura. Este cargo de prefecto de la congregación de la fe es el más amargo de todos los que ofrece el Vaticano. Es estar detrás de las cortinas de su Santidad, defendiendo la Iglesia de Jesús de tantos enemigos visibles e invisibles. Me he enclaustrado detrás de esta oficina solo para descubrir que hay menos fe en el mundo y que el mal pareciese estar ganando la batalla contra nosotros.

Volteó y miró al Padre Rhode que permanecía sentado.

—Te aprecio mucho porque sé que eres de esos pocos hombres íntegros que defienden con su vida nuestra amada iglesia. Sé que la profecía es un don dado por el Señor a aquellas almas que lo merecen... ¿Qué te dice tu corazón Frank acerca de este sueño?

—Su eminencia creo que esta profecía es especial. No es cualquier sueño. La clarividente ha acertado hechos que han conmovido el mundo. La caída de las torres gemelas y el tsunami de Asia fueron predichas por ella, pero nadie les hizo caso.

—Pero estamos hablando de *Shemiyaza*, pocos laicos conocen de su existencia. ¿No será que ella es una fanática de la demonología?

—No lo es su eminencia. Es una académica que incluso da clases aquí en Vaticano.

—Ah sí... no lo sabía. ¿Cuál es su nombre?

—Antonella Luccioni.

El purpurado se dirigió hasta su escritorio y se sentó moroso. Miró con detenimiento a Rhode y, expeliendo un suspiro, sentenció:

—Te permitiré que revises el original del libro de Enoc y cualquier otro documento que necesites ver. Me mantienes informado del caso... por favor.

—Gracias su eminencia.

El Padre Rhode se acercó hasta el Cardenal y besó su anillo cardenalicio. Dio la vuelta y avanzó hacia la puerta. Antes de salir, el purpurado le exigió:

—Cuando interpretes la premonición me informas de inmediato.
—Lo haré —dijo y salió con energía.

Antonella actuaba con celeridad. Debo encontrar las claves de lo que soñé, se repetía a viva voz. No podía esperar que su premonición fuese interpretada por Mario. Ella debía hallar la respuesta a tan extraño sueño, por lo menos desde el punto de vista académico, su especialidad. Lo más importante era ubicar el lugar donde se desarrollaba. Debía aprovechar la imagen nítida de lo que soñó que aun retumbaba en su mente. Pensaba que podía hallar parte de su significado en los libros de su biblioteca, el internet o consultando algunos colegas. Era una académica y siempre la razón se imponía a su intuición.

Dos aspectos del sueño llamaban su atención. Las letras D invertidas y el águila bicéfala que emitía sonidos. Tenía ambas imágenes frescas. Se dedicó a investigar sobre estos dos tópicos del sueño.

Mientras revisaba los portales de internet y buscaba información, anotaba con sumo orden en su libreta, todos los aspectos que descubría. Borroneaba un mapa mental que solo ella entendía. Dios, ayúdame, decía para sus adentros con insistencia.

Antonella era muy devota. Tenía el convencimiento de que el paso de las almas por la tierra era temporal. Lo que hacemos durante nuestro camino por el mundo es solo el pasaporte para lo que viene después de la muerte, afirmaba. Ese pragmatismo de hacer el bien y ayudar al prójimo le dio muchos momentos de felicidad, pero también abrió su corazón al despiadado universo. Fue herida en muchas ocasiones por personas sin escrúpulos. Ya con varias decepciones amorosas y profesionales a cuestas, decidió dedicarse por completo a la docencia, la investigación histórica y lidiar con los sueños premonitorios que le eran asiduos. No tenía tiempo para los hombres. Todos ellos son un fraude, afirmaba.

Las horas pasaron rápido. Antonella trabajaba sin descansar en su estudio, solo con una taza de café y el teléfono a su lado. Olvidó comer. Una que otra llamada a algún profesor, historiador o especialista en heráldica, interrumpieron su ardua labor. La noche romana se tragó el día y a las once de la noche su teléfono sonó. Lo tomó con extrañeza y miró la pantalla. Era el padre Mario.

—Antonella, disculpa por llamarte a esta hora, pero debemos hablar. Es urgente.

Ella se recostó en su asiento y mirando hacia su ventana, con el corazón a punto de explotar, dijo:

—Mario, me asustas, ¿Pasó algo?

—No, pero debemos vernos. Estaré en tu departamento en quince minutos, iré con el Padre Rhode, el sacerdote que te mencioné.

—Ven, te espero —respondió con voz trémula.

Los quince minutos se hicieron eternos. En ese lapso, Antonella preparó un té, se lavó la cara, se cambió de ropa y arregló la sala para recibir a sus visitantes. La historiadora se paseó por mil teorías distintas acerca de las imágenes oníricas, pero ninguna de ellas se acercaría a la que el Padre Mario y su acompañante le mencionarían. El timbre sonó y Antonella abrió la puerta. Mario llegó junto al Padre Rhode. Vestían una sotana negra y una bufanda del mismo color envuelta en sus cuellos. El otro presbítero portaba, además, un sombrero negro. La imagen del sacerdote exorcista de la película homónima golpeó su entendimiento. Era como si aquel desconocido hubiese llegado a exorcizar sus demonios. Su corazón latía con fuerza.

—Antonella, buenas noches, él es el Padre Frank Rhode.

—Buenas noches, encantada.

—Encantado de conocerla *Signorina*.

—Pasen adelante, siéntense, he preparado un té, ya está servido. Será solo un momento.

—Gracias, Antonella, no te hubieses molestado

—Gracias —dijo el padre Rhode.

La mujer sirvió la infusión con celeridad en una bandeja. Acompañó las tazas con unas galletas de miel que horneó, días antes. Con sus rostros tensos y sonrisas fingidas, los tres bebieron apenas algunos sorbos. Mario rompió el gélido silencio.

—Antonella, el Padre Rhode es un especialista del Vaticano en profecías y premoniciones, ha consagrado la mitad de su vida a sus estudios y conoce muy bien los alcances de los sueños en los pasajes bíblicos y en la humanidad.

Lo miró con sus ojos turquesa. Permanecía recostado en su asiento y con la taza de té entre sus manos. Sus ojos danzaban traviosos detrás de sus gafas gruesas. Mario continuó:

—Esta mañana después de salir de aquí, fui hasta su oficina en la ciudad del Vaticano y le narré tu sueño, como te comenté. Él investigó algunas precisiones y quiere decirte algunas cosas.

El rostro de Antonella permaneció imperturbable. El Padre Rhode bebió otro sorbo, colocó el plato sobre la bandeja y mirándola con sus ojos vivaces, detrás de sus gruesas gafas, le dijo:

—*Signorina*, Mario me ha hablado mucho de usted, desde hace muchísimo tiempo. Me ha comentado de su capacidad para predecir hechos del futuro. Hoy

me contó del sueño que ha tenido en dos ocasiones en el último mes. Según lo que él me dice, cada vez que usted tiene un sueño repetido, este se cumple con una certeza matemática.

Antonella asintió. El sacerdote carraspeó y continuó.

—*Signorina*, iré por partes. Primero le explicaré qué es un sueño.

La italiana aspiró aire, miró a Mario con detenimiento y luego incrustó sus ojos en los del viejo sacerdote.

—Los sueños son como una gran fuente de agua. La mayoría de las personas estamos por encima de ese gran manantial y vemos la imagen distorsionada que se nos presenta. Nosotros solo vemos los reflejos que están encima de la superficie y no las que se proyectan desde el interior de esa fuente, por eso no comprendemos el significado ni la importancia de los sueños. No obstante, hay un grupo privilegiado de personas, un número muy selecto, que se introduce dentro de la fuente y logra ver la imagen desde dentro.

El padre hizo una larga pausa mientras Antonella esperaba con ansias. Por primera vez en su vida, alguien le hablaba con vehemencia acerca de los sueños. Rhode mojó los labios con su lengua y siguió.

—En los sueños hay dos grandes capas: El tiempo y la dimensión. El tiempo se refiere al momento terrenal donde se plasman las imágenes, es decir pueden ser instantes del pasado, del presente o del futuro... Y por último, la dimensión es la perspectiva donde está ubicado el sueño. Es decir, en la óptica terrenal o la divina.

El Padre hizo otra interrupción, tomó una hoja de su libreta y un lápiz. La mujer escuchaba cada palabra del cura con la atención de un niño a un relato de su madre. La forma didáctica como hablaba el sacerdote, la tenía muy entusiasmada, pero sentía un miedo terrible. Por primera vez, alguien encaminaba sus premoniciones oníricas.

—Antonella... ¿Puedo llamarla de ese modo? —ella asintió —El pluriuniverso es el espacio que abarca lo terrenal y lo celestial. Es el Cielo y la Tierra que nombran los sacerdotes en el púlpito. Contiene el mundo físico y el espiritual. Imaginemos el pluriuniverso como un gran reloj de arena de vidrio que contiene agua en vez de granos —dijo, trazando un dibujo. Continuó.

—Cada una de las grandes partes de ese reloj es uno de los mundos. El de arriba, es el celestial y el de abajo, el terrenal. La mayoría de las personas, durante su dormir, caminan por el exterior de ese reloj, pero no se introducen dentro de sus aguas. Usted sí lo hace, *signorina*. Navega dentro del líquido y conoce todos los aspectos que sus sueños revelan. Ahora bien, ¿Qué sucede con la parte superior de ese gran reloj? Lo mismo que abajo, pero en otra dimensión. Las extensiones de los sueños, por lo general, suceden en el mundo terrenal, pero

en el caso particular de su sueño, usted pasó a ese mundo celestial. Su sueño abarcó todo el pluriuniverso.

Las pupilas de Antonella se expandieron con la pausa que hizo el sacerdote. Con un tono de voz más grave, el holandés dijo:

—Ese líquido que está en el interior de ese pluriuniverso no está estático, por el contrario tiene un movimiento constante. Esa corriente de agua significa el tiempo ya que los videntes pueden ir al pasado, al presente o al futuro.

—¿Y la dimensión? —preguntó Mario.

—La dimensión es la óptica desde donde se ven las imágenes de ese pluriuniverso. La nuestra es la terrenal y la otra es la celestial. La yunta o unión de ese reloj de agua es el umbral que no permite el pasaje de seres desde un universo a otro. Por alguna causa desconocida, videntes privilegiados, como usted, logran traspasar ese umbral y volver.

Las cejas de la italiana se enarcaron. Rhode agregó:

—Lo que usted soñó no son simples premoniciones. Se conoce como un sueño plurivalente. Son imágenes oníricas que tiene una amalgama de interpretaciones, pero que sólo una es la real.

Antonella aguzó sus ojos.

—Hay otro aspecto importante a considerar, en los sueños de este tipo, donde el soñador o mensajero está involucrado, su accionar actúa como una especie de brújula de los hechos. Es decir, las predicciones podrán variar de acuerdo a lo que usted viva.

—¿Y qué significa lo que yo soñé?

El Padre Rhode suspiró y se apoyó hacia adelante en su asiento.

—Antonella, creo que interpreté la connotación de su sueño, pero es usted la que debe finalizar el significado. Usted está involucrada en los hechos importantes que están por desarrollarse, al igual que el Padre Mario.

—No comprendo, yo apenas soy una simple docente universitaria.

—No, Antonella. Usted es más que eso.

Ella movía sus manos trémulas y sudorosas.

—*Signorina*, en el sueño, usted cruza una puerta de madera de la mano de Mario. Las puertas representan umbrales que pueden ser en cualquiera de las capas que le comenté: tiempo o dimensión. Al pasar esa puerta tomados de la mano significa que el destino de ambos, a partir del cruce del limen, está atado para la fatalidad, o por la resolución del conflicto. Pero falta saber qué tipo de umbral investigamos y qué momento señala. Ese pase de la puerta puede significar el inicio del camino o el final... El salón, al cual ustedes llegan, es el espacio donde se realizarán los acontecimientos. Puede ser tomado literalmente o no. Hay que percatarse en qué tiempo del pasado, presente o futuro se

desarrolla. Todo indica que será a futuro, pero no podemos confiarnos. Las letras invertidas significan que hay un choque de fuerzas, es decir dos potencias opuestas que luchan por algo o alguien. La letra D puede significar muchas cosas, pero estoy casi seguro que tiene que ver con número, puede ser el cuatro en el alfabeto griego o quinientos en los números romanos. El significado del águila es supremacía, el chillido que está emite significa la inminencia de la profecía. Lo que no tengo claro es la bicefalia del ave.

Antonella interrumpió al sacerdote. Tomó su cuaderno de anotaciones y expresó:

—Padre, yo investigué acerca de mi sueño, quisiera decirle parte de lo que concluí.

—Adelante, soy todo oídos.

—El águila que soñé era un ave de plumas de color marrón oscuro, con sus patas anchas, escamadas con un color amarillento. Su cuello era corto. Su pico exhibía tres colores: el amarillo, el gris y el negro. No soy experta en ornitología, por eso busqué en internet las distintas especies que se asemejan a la soñada. La búsqueda no fue difícil, la imagen era de un águila real. Pensé que si conocía su distribución mundial esta me llevaría al lugar donde se desarrollará la premonición. El *Aquila Chrysaetos* tiene una distribución en América del Norte, Eurasia e incluso en el Norte de África. Es demasiado territorio. Decidí avanzar por un área donde soy más experta, la historia.

El padre holandés enarcó sus cejas ante la pausa. Ella pasó las hojas de su libreta y continuó.

—El águila fue adoptada por varios imperios y naciones como símbolo de sus escudos y estandartes. Esta ave se equipara al león en importancia y significa supremacía. El Imperio Romano, Carlomagno, los Cruzados, el Tercer Reich, entre otros, la utilizaron. Investigué acerca del águila bicéfala y me percaté de que esta fue adoptada por Carlomagno y significaba la unión del Imperio de Occidente y Oriente. Creo que el escenario podría estar en Eurasia. Es posible que la bicefalia signifique la unión de dos imperios o dos reinos.

—¡Interesante! —espetó Mario.

—También investigué acerca de la letra D. Esta podría tener varios significados. La letra D es el 500 en números romanos, también significa el 4 en numerología. Para los griegos, la D significaba un inicio o una puerta. Al estar ambas letras contrapuestas, creo que podría significar que dos fuerzas están en equilibrio o en choque. Eso es todo. Quizá lo ayude.

Ella cerró sus notas y miró de nuevo al sacerdote.

—Tiene lógica, Antonella —expresó Rhode después de escucharla con detenimiento.

El cura anotó todo lo acotado. Luego prosiguió.

—*Signorina*, hábleme de usted por favor. Necesito saber quiénes son sus padres y su historia familiar.

Antonella aspiró una buena bocanada de aire y expirándolo dijo:

—Padre yo nací en Firenze... bueno eso creo porque, en realidad, jamás conocí a mis padres. Fui criada en un orfanato. No tengo memoria de ese tiempo de mi vida porque a los tres años fui adoptada por una pareja de personas mayores que me dieron todo el afecto del mundo. Estudie en Roma y luego en París. Volví a la ciudad y he vivido aquí por quince años.

—No sabía que eras adoptada —dijo Mario con la cara agestada.

—Es un secreto de mi vida que no es fácil decir. Creo que no tiene relevancia, a no ser por el morbo de saberlo.

—Tienes razón, disculpa —dijo el sacerdote venezolano.

—Pero si tiene relevancia, Antonella, ahora sí lo tiene. ¿Usted tiene algún hermano o hermana?

—No, Padre.

—¿Sus padres adoptivos? ¿Viven?

—No, ellos murieron en un accidente de tránsito cuando yo tenía dieciocho años de edad.

—Y acerca de sus padres bilógicos ¿Sabe algo?

—En lo absoluto.

Ambos padres se miraron.

—¿Recuerda el orfanato, la dirección?

—Sí, ¿Por qué la pregunta?

—Le pregunto este aspecto porque su imagen reflejada en el espejo puede significar que usted o un familiar muy cercano está relacionado en esta premonición.

El sacerdote se mordió los labios y se arrimó hacia la punta del asiento. Antonella percibió que quería decirle algo más importante.

—Por favor, Antonella, présteme mucha atención a lo que le diré... Hay algo perturbador en este sueño. La palabra de la última imagen que vio es esta Σειμιάζα —dijo, señalando su libreta —Es una palabra del griego y significa ***Shemihaza*** o ***Semyazza***. ¿La había leído o visto antes?

—Jamás.

—Ese es el nombre de un ángel que lideró la primera gran rebelión contra Dios.

Los ojos de Antonella se abismaron. Su rostro se tornó lívido. El padre Rhode notó el cambio de su semblante. Continuó.

—Al principio de los tiempos, Dios le ordenó a un grupo de ángeles

llamados “los vigilantes” que observaran a la humanidad para que no se desviaran de sus caminos. Todo marchó bien hasta que los descendientes de Adán y Eva tuvieron hijas, estas crecieron y se convirtieron en hermosas mujeres. Entonces las almas celestiales pusieron sus ojos lujuriosos en ellas. Pero los ángeles no podían interrelacionar con los hombres. Para poder acceder a cuerpos humanos hicieron un anatema, una imprecación contra Dios, y pudieron bajar a la Tierra, y copular con humanas. Este hecho trajo dos consecuencias gravísimas. Del fruto de ese amor prohibido nacieron unas abominaciones gigantes llamadas en la antigüedad, los *Nephlim*, seres mitad humano, mitad celestiales. Eran invencibles y dominaron la Tierra por mucho tiempo. La otra abominación de esta desobediencia fue que los “Vigilantes rebeldes” le dieron a sus mujeres e hijos los secretos de la brujería, la magia negra, el corte de raíces, trabajar con metales y enseñarles sobre las plantas. Allí se sembró la primera malignidad en la Tierra.

El presbítero hizo una pausa ante los ojos atónitos de Antonella que preguntó:

—¿Qué sucedió entonces?

—Cuando la maldad de estos gigantes se extendió por toda la Tierra, Dios escuchó el clamor de su pueblo y lanzó el Diluvio para arrasar con esa raza híbrida maldita. El resultado del diluvio lo conocemos. Los ángeles insurrectos, junto a su líder, para no perecer, abandonaron sus cuerpos e intentaron subir al cielo, pero fueron tomados prisioneros por las legiones de los ángeles y fueron encerrados en una cárcel eterna hasta el juicio final.

—Comprendo, padre Rhode...pero aún no termino de comprender por qué soñé con ese nombre y su relevancia.

El sacerdote holandés dijo:

—Lo importante de esta historia es el anatema que juraron los ángeles. En el mundo celestial, Dios les otorga a los seres, unos poderes que no puede retirárselos. Es como los dones que usted y yo poseemos. Jamás los perdemos. Usted es escritora y lo seguirá siendo hasta el final de sus días. De este modo, estos vigilantes tienen sus poderes celestiales intactos. Si el anatema que juraron es encontrado, podría abrir la llave de la cerradura de la prisión de estos seres y liberarlos.

—Pero ¿Qué es un anatema? —preguntó la mujer.

—Es un juramento, una imprecación contra Dios. Fue una promesa firmada con sangre celestial por esas criaturas. La sangre celestial no puede ser rota de ningún modo. Esta promesa fue hecha por todos estos ángeles rebeldes, pero fue asumido por el ángel que la tomó y resguardó, *Semyazza*. Si ese juramento es abierto y leído, significará la liberación de los doscientos ángeles rebeldes.

—Yo soy estudiosa de la historia y del cristianismo y jamás escuché o leí algo acerca de este mito —expresó con voz trémula.

—Precisamente porque es eso, un mito. Una leyenda que se ha transmitido hasta nuestros días, de generación en generación, pero tiene visos de verdad. En el libro de Génesis se hace una pequeña acotación a este tema. Pero es en realidad en el texto apócrifo de Enoc donde está más especificado... Hoy fui hasta la biblioteca del Vaticano a revisar el texto original de Enoc. Pude hacerlo porque soy amigo del Cardenal de la congregación de la fe. Revisé ese libro, que en alguno de sus laterales, tiene la letra Delta del alfabeto griego en sus pergaminos. La asocié a la D de su sueño. La traducción original del libro tiene algunas frases y palabras que no concuerdan... Este texto fue transcrito con el griego actual y no del antiguo, por lo que debo estar muy seguro de toda su traducción... También leí acerca de la historia de este texto apócrifo y averigüé que en el Concilio de Nicea hubo un gran debate acerca de su inclusión o no en la Biblia, al final no se incluyó.

—¿Qué fue ese Concilio? —preguntó Antonella.

—El concilio de Nicea, celebrado en el siglo V, fue el primer sínodo de la iglesia católica. Fue inducido por el emperador Constantino para intentar unificar las distintas ramas del cristianismo en el imperio romano. La doctrina de Jesús era la corriente teológica dominante dentro de los límites del imperio, pero se ramificó en distintas vertientes que tenían un solo punto en común: Cristo había existido y era el hijo de Dios. Una miríada de pseudoreligiones interpretaban las viejas escrituras a su antojo. Esta diversificación del cristianismo primitivo hizo que los líderes de cada secta, ejercieran una especie de caudillaje religioso dentro de las fronteras del imperio. Era como si existiesen distintos Papas en todo el territorio. Esta situación era muy peligrosa para el emperador debido a que no los podía controlar como si hacía con el santo padre en Roma. La razón fundamental de este concilio fue el control político de la Iglesia Católica. El emperador razonó que si se controlaba a quienes tenían el poder sobre el alma y las conciencias, entonces se podía tener control sobre la población. El Concilio se llevó a cabo en la ciudad de Nicea, actual Turquía. Las ideologías religiosas presentes se adensaron en dos: una que afirmaba que Jesús era hijo de José y María y que el espíritu del Señor se posó en él, y otra que aseveraba que permanecía a la altura de Dios y nació de María Virgen para salvar a los hombres. La teoría del Jesús humano era muy peligrosa para la iglesia y para el imperio porque le quitaba parte de su poder divino. Ambas ideologías se enfrentaron y el emperador romano invirtió todas sus fuerzas y recursos para que triunfara la tesis del hijo de Dios a la misma altura de su Padre, como efectivamente pasó. Esta cristología triunfante hizo apócrifos todos

aquellos evangelios en los cuales Jesús era presentado como un hombre con defectos y debilidades, dejando la actual biblia con los evangelios que conocemos.

El padre terminó su perorata y Antonella se puso de pie, era demasiada información en tan poco tiempo. Hace unos instantes era una simple profesora de historia y ahora era la clave para descifrar una lucha milenaria entre el bien y el mal. La conexión entre el mundo terrenal y el celestial. Caminó en círculos, aspiró aire y preguntó:

—¿Qué debo hacer?

Los dos sacerdotes se pusieron de pie también.

—Debemos saber quiénes fueron sus padres. Es fundamental. Hay que averiguar acerca de tu historia familiar. Yo intentaré conocer los otros significados de su premonición para poder llegar hasta el final y descubrir hasta donde nos lleva todo esto —Expresó el padre Rhode.

—¿A dónde iremos? —Preguntó Mario.

—A Firenze. Padre Mario, necesito que mañana, usted se dirija con Antonella hacia ese orfanato para que averigüen quienes son sus verdaderos padres.

—Y luego ¿Qué? —preguntó ella.

—Si están vivos, hablar con ellos.

—Y ¿si no están vivos o si no llegamos a dar con ellos? —Preguntó Mario.

—Debemos averiguarlo Padre, es de vital importancia. No pueden fallar.

—¡Tengo miedo! Todo lo que me ha dicho supera mis fuerzas —dijo la mujer.

—Yo me quedaré contigo, Antonella.

—Gracias —expresó con el rostro compungido.

El padre Rhode, recogió su bufanda y dijo:

—Yo volveré al Vaticano. Debo terminar de atar algunas conjeturas. Mañana te llamaré. Quizá los acompañe a Firenze, pero primero debo amarrar algunos cabos sueltos.

Abrazó al sacerdote. Luego se acercó hasta Antonella que permanecía de pie con los brazos cruzados. Tenía la mirada perdida en un jarrón. Miró con los ojos acuosos al viejo sacerdote. La abrazó y le dijo:

—Hija mía, oraré por ti. Descubriremos a dónde lleva este atolladero.

La italiana acompañó al padre holandés hasta la puerta, la abrió. El padre salió y la cerró con llave. Miró a Mario y le dijo:

—Te mostraré donde dormir.

—No te preocupes, Antonella, puedo dormir donde sea, incluso en el sofá.

—Gracias por quedarte conmigo.

—A ti, por abrirme las puertas de tu vida y tu hogar.

Mario sintió un deseo irrefrenable de abrazar a Antonella, no sabía si por impulso de su alma caritativa o porque la testosterona de su cuerpo lo impulsaba a hacerlo. ¡Que importaba! Los ojos solícitos de la italiana, desarmada y tembleque, se lo exigieron. La abrazó. Sintió la tersura de su piel de melocotón y la tibieza de su cuerpo, palpaba como Antonella humedecía su pecho con sus lágrimas. El olor cimbreado de sus cabellos le perturbó. Como sacerdote, pocas veces se había acercado tanto a una feligresa. Sus manos la tomaron con fuerza. La delgada línea entre sus votos de castidad y sus necesidades de hombre se desvanecía. Cuando sintió que comenzaba a reaccionar como macho, se apartó de ella. La vio con dulzura. Sentía algo especial, pero había prometido su vida a Dios. Estaba seguro que Antonella no tenía idea de los sentimientos que comenzaban a germinar en su corazón. No podía permitirse perder una feligresa por la testosterona excesiva de su cuerpo. Sintió un impulso de besarla, pero su disciplina clerical se lo impidió. Fue hasta su frente y posó con suavidad sus labios en su piel nívea. La miró de nuevo y le dijo:

—Oremos, necesitamos la guía de Dios.

—Sí, Mario, tienes razón.

Tomaron sus rosarios y se sentaron separados. Él comenzó:

—*Jesús, mi Señor y redentor, yo me arrepiento de todos los pecados cometidos hasta hoy...*

8

—Subinspector, ¿Revisaron bien el apartamento de Otto Gebauer? ¿Encontraron algo de importancia? —preguntó Speer.

—Sí, ya lo revisamos, pero no encontramos nada importante, ese pobre diablo solo tenía un gato que trajimos para la comisaria y que no deja de maullar. Está muerto de hambre, lo hemos soltado en el sótano para que cace los ratones que están allí —Respondió el hombre joven que no llegaba a la cuarta década de vida.

—Entre los objetos personales del occiso ¿Encontraron alguna libreta de anotaciones o agenda?

—No se encontró nada, señor.

Speer apretó la mirada. Al frente tenía al Subinspector Boris, su novel ayudante, quien era el segundo comandante de la policía.

—¿Ya tienen el registro de las últimas llamadas?

—Sí, inspector. Hay varias a su anterior trabajo en uno de los museos de Berlín y tres de un número que no hemos podido precisar.

Speer ladeó el rostro. Le pedía respuestas a su subordinado.

—Estos tres últimos son de una línea telefónica que puede ser comprada en cualquier parte, ya está inoperativa. La hemos triangulado a través de las celdas telefónicas y lo sitúan en el centro de Berlín.

—¿El disco duro de su computadora arrojó algún resultado interesante? —siguió preguntando el oficial, mientras cascabeleaba sus dedos en el escritorio.

—Nada fuera de lo normal señor... bueno quizá algo, inspector... pero no estoy seguro.

Rudolph se recostó en el asiento, pidiendo que continuara. Asemejaba a esos antiguos prefectos romanos que, desde la majestuosidad de su silla, gobernaban a miles de súbditos.

—El señor Otto estaba muy interesado en la vida de Heinrich Himmler. El historial de su computadora indica que, casi a diario, revisaba todo lo concerniente al jefe de las SS.

—¿A diario? —interrumpió Speer.

—Sí, señor, todos los días buscaba información de Himmler, parecía ser otro fanático nazi.

El inspector miró la ventana, buscaba respuestas al extraño planteamiento que le hizo su segundo al mando. Luego, volvió a mirar al joven oficial y preguntó:

—¿Qué tan seguido?

—A diario, dos o tres veces al día.

Los ojos afilados del Inspector en Jefe auscultaron el rostro y el cuerpo de su segundo comandante. Boris sabía que esa revista nada tenía que ver con su porte o que estuviera mal vestido. Su jefe buscaba anudar todos los planteamientos que él le decía. La mirada acerada de Speer recorrió los cabellos castaños del joven oficial, sus ojos verde manzana incrustados en las cuencas cadavéricas, su boca aquilina, su piel nívea manchada de pecas, sus manos melifluas, su delgadez espectral y su estatura de un metro setenta centímetros. Speer se detuvo en el cuello de jirafa del joven oficial y le inquirió:

—¿Hay personal de custodia en el apartamento?

—Sí, por supuesto, están dos patrulleros y dos de nuestros mejores detectives, Hanna y Roderick, que continúan con las pesquisas.

El olfato detectivesco de Rudolph le picoteó el cerebro. Sus ojos se pintaron de certeza. Él tenía un instinto de sabueso que le permitía huronear en lugares recónditos sin conocerlos. Era una especie de halo que se deslizaba entre sus manos y le permitía ver más allá de lo que otros ojos veían. Era el espíritu del verdadero detective, ese que se basaba en la deducción, la lógica y la intuición. Esas dotes, al estilo de Hércules Poirot, le granjearon el ascenso a inspector jefe de la comisaria de Berlín. Él era una de las mentes más brillantes del cuerpo policial. Para Speer nada era producto de la casualidad, por eso le sorprendía la simpleza del caso. No le gustaba para nada.

Su experiencia le susurraba que los crímenes que se presentan sencillos al inicio, se complicaban. Algo le decía que debía ir al departamento. Un espíritu indomable de curiosidad le gritaba desde sus adentros que debía apersonarse en el lugar del crimen. Quizá algo hayan pasado por alto los experimentados inspectores policiales, algo que a él, Rudolph Speer no se le pasaría. Aspiró aire y dijo con vehemencia:

—Subinspector, quiero revisar la escena del crimen. ¡Acompañeme!

El oficial se sorprendió, era una actitud poco común de su jefe. Cuando él, en persona, revisaba un caso era porque la presión pública y gubernamental era aterradora o sus detectives fueron negligentes en las pesquisas. No veía ninguno de estos aspectos.

—Sí, señor, procedo.

El subinspector se retiró. Rudolph tomó su gabardina y entró a la oficina de Dafne donde le indicó que suspendiera todas sus actividades de la tarde.

—¡Regreso enseguida!

Dafne enarcó las cejas. Sabía que significaban los “enseguidas” de su jefe, debía esperarlo hasta que volviera. En una oportunidad le dijo lo mismo y lo

esperó hasta el amanecer del siguiente día. La secretaria y Speer tenían una relación de amor-odio de años. Parecían marido y mujer, peleaban, se contentaban, se ayudaban y se volvían a pelear. Ambos conocían muy bien los secretos del otro y podían hacerse daño, pero nunca lo habían hecho porque tanto Speer como Dafne tenían una virtud que el otro adoraba: se decían las más duras verdades.

—No me vaya a dejar aquí esperando como una tonta hasta el siguiente día inspector, mire que la última vez...

—Dafne, deja de quejarte, vuelvo pronto, te lo prometo, es solo algo de rutina —expresó Speer callando la boca de la mujer que frunció los labios y achicó los ojos enseguida.

El inspector avanzó por el pasillo. Salió al exterior del cuartel general donde lo esperaba Boris con una patrulla. El conductor abrió ambas puertas. Abordaron el vehículo policial y Rudolph dijo con un vozarrón:

—¡Conduzca rápido!

—Sí —respondió el espigado agente policial de tez canela.

En el apartamento de Otto, los dos detectives revisaban con olfato de sabueso todos los rincones. Roderick, un oficial cincuentón, gordo y blanco como un oso polar, tomaba fotografías al gráfico que señalaba el lugar donde fue encontrado el cuerpo del occiso, aún manchado de sangre. Mientras tanto, en el baño, la detective revisaba, con luz ultravioleta, las paredes, buscando algún rastro de sangre. Su mirada rastrillaba cada espacio de la ducha. Con el ceño fruncido, olfateaba cada centímetro de la escena del crimen. De aspecto atlético y de caderas estrechas, su rostro transmitía inocencia y juventud. Con dos trenzas en sus cabellos rubios, parecía una colegiala, una *Heidy* recién llegada de los Alpes bávaros. Muchos criminales se habían equivocado con esa estampa, pues ella era una de las policías mejor entrenadas del cuerpo.

Afuera, en el pasillo, dos agentes charlaban a voz queda. Su labor consistía en prestarles seguridad a los dos detectives y custodiar la escena del crimen. Ajenos a la responsabilidad de la investigación, hablaban entre ellos. El epicentro de su conversación no era el caso policial, en realidad era el partido de fútbol de esa noche, entre el Bayern de Múnich y el Real Madrid, en la UEFA Champions League. Fanáticos furibundos del equipo alemán, esperaban con ansias ese match definitorio para entrar a la final del torneo.

El taconeo de unos zapatos femeninos que subían por las escaleras, detuvo la conversación balompédica. Callaron. Una mujer de espectacular estampa emergió, contoneando sus caderas. Era una rubia, vestida con una minifalda y unas medias negras de invierno que dejaba poco a la imaginación. Los hombres la siguieron con sus ojos lujuriosos. Cuando ella volteó para verlos, metieron el

abdomen e inflaron sus pechos dentro de sus uniformes azules y los chalecos antibalas que portaban. La despampanante dama continuó ascendiendo hacia el piso superior. Los dos agentes estuvieron con el aire contenido hasta que el taconeo de sus zapatos murió en el espeso silencio, entonces, los dos policías se miraron y se sonrieron con picardía, mientras sus prominentes panzas volvieron a sus lugares acostumbrados. La detective Hanna salió y los sorprendió.

—¿Cuál es la causa de la risa? —expresó con reprimenda.

—Ninguna, detective —respondió el más orondo, reponiendo su compostura y sonrojándose.

—¡Estén más alertas! Me informaron de la comisaria que el inspector viene junto al segundo al mando.

—Sí, señora, discúlpenos. No volverá a suceder.

—¡No se descuiden! —Se volteó e ingresó al apartamento. Enseguida, regresó y le indicó al agente más joven —Baje hasta la patrulla y espere allí a los jefes. ¡Cuando lleguen, me avisa por radio!

—Sí, señora —expresó el hombre.

Pulsó el botón del ascensor, la puerta se abrió y bajó. El policía menos robusto quedó afuera de la escena del crimen, viendo el monótono pasillo. Esperaba que los minutos pasaran raudos para hacer el papeleo respectivo y disfrutar del partido en casa con su mujer y los amigos. Se recostó al marco de la puerta de entrada y escuchaba el murmullo de la conversación lejana de los dos detectives que ingresaron al cuarto principal. Intentó entender qué decían, pero hablaban demasiado bajo.

De pronto, escuchó la llegada del ascensor. «Mierda, llegó el inspector y el gordo Joseph no avisó», soltó entre dientes. Se irguió para adoptar un porte más marcial. Cuando la puerta del elevador se abrió, él hurgó con sus ojos en su interior. Tardó unos instantes en entender lo que sucedía. Esos escasos segundos determinaron el resto de su vida.

Su compañero tirado en el piso del ascensor, convulsionaba con las rodillas dobladas y con sus manos colocadas en su garganta, intentando frenar el flujo de sangre oscura y espesa que expelía su cuello. Su rostro, retorcido por el dolor, se presentaba lívido. Intentaba hablar, movía sus labios, pero el flujo de aire hacia sus pulmones fue cercenado por un corte preciso de degollamiento. El agente avanzó hacia dentro del ascensor para ayudar a su compañero. En ese instante, vio una sombra se abalanzaba sobre él como un celaje. Sintió el ardor de un objeto cortante que seccionaba su faringe en dos partes y dejó de sentir aire en sus pulmones. Llevó sus manos a su cuello y sintió como brotaba sangre y no podía respirar. No sabía qué sucedió, pero el Serafín, sí. El zarpazo de un escalpelo, como un celaje, atravesó su garganta.

El asesino tomó la boca del moribundo policía con su mano enguantada, impidiendo que emitiera algún sonido. La vida del agente se esfumó mientras hacía movimientos espasmódicos. El avieso criminal colocó el cuerpo con lentitud dentro del ascensor, al lado de su compañero que ya había dejado de respirar. Ambos efectivos jamás sabrían el resultado del match de fútbol.

En el cuarto principal del departamento, el detective Roderick, le preguntó a su compañera:

—Hanna ¿Escuchaste eso?

—Sí —dijo ella, barruntando que algo inusual sucedía afuera.

La detective llamó a ambos agentes y no obtuvo respuesta. Ambos detectives se miraron e, instintivamente, desfundaron sus armas. Con movimientos rápidos y precisos salieron al salón del apartamento. Apoyaron sus espaldas a la pared y marcharon con pasos laterales. Él iba delante. Los dos vieron el charco de sangre que se expandía en el suelo del pasillo desde la puerta del departamento. Sus rostros se tornaron níveos. Quitaron los seguros de sus armas. Un miedo cerval se apoderó de ellos, pero sus instintos policiales y su entrenamiento, los empujaron a seguir hacia adelante. Las puntas de los cañones de sus armas seguían sus miradas. Se miraron de nuevo. Cuando iban a pasar el umbral de la puerta para enfrentar lo que estuviera del otro lado, escucharon el repique del teléfono del departamento. Por instinto, ambos voltearon hacia el aparato.

Fue suficiente para que el Serafín entrara como una tromba, se abalanzará sobre Roderick, clavando un cuchillo en su garganta y partiera su cervical. Giró sobre él para evitar el disparo que había accionado. Con la otra mano, clavó el escalpelo en la arteria carótida de Hanna que disparó también sin suerte. El Serafín tomó su brazo diestro con su mano libre y sintió como perdía fuerza. Roderick, muerto, cayó de bruces. El criminal quitó la pistola Glock de la mano exangüe de la mujer que lo miraba con los ojos desorbitados. La sentó recostada a la pared y miró sus pupilas distendidas. Su último halo de vida se evaporó.

El Serafín no perdió tiempo, se quitó, con mucho cuidado, el impermeable que lo cubría. Luego se desprendió de los guantes y guardó ambos dentro de una bolsa negra que sacó de un bolsillo.

Con suma delicadeza, recorrió el apartamento. Revisó, con sumo cuidado, cada rincón. Luego, sus manos revolotearon por debajo de la cama mugrienta, quitó sus sábanas y auscultó el colchón. Fue hasta la biblioteca, tiró los libros al piso y los escrutó uno por uno. Se contrarió. No tenía tiempo que perder. Husmeó por todas partes y no encontró lo que buscaba. Se molestó de nuevo. Miró su reloj. Debía salir.

Se deslizó con agilidad por el departamento. Miró los cadáveres de los dos

detectives. Los revisó y se llevó sus libretas de anotaciones y uno de los radios policiales. Guardó los guantes y el impermeable dentro del bolso que portaba y salió al pasillo. Se colocó una gorra y unos lentes oscuros. Saltó por encima de la sangre de los dos agentes y se dispuso a bajar por las escaleras.

El jefe del cuerpo policial iba sentado en la parte de atrás del vehículo policial. El asesinato sin sentido de Otto Gebauer abstraigo todos sus pensamientos. No le gustaba. Su instinto policial lo perturbaba. Quería indagar más acerca de este crimen sin sentido. Quizá sus sabuesos no tomaron bien las pesquisas policiales o su impericia les jugó una mala pasada. Speer estaba de mal humor, sus obligaciones ordinarias, la visita del Papa y la inesperada entrevista con el regordete inspector de la interpol, lo atribularon. Este asunto le daba mala espina. Ordenó al conductor que acelerara. Quería llegar lo más pronto posible.

El Serafín en Berlín... ¿Por qué ahora? ¿Por qué en mi ciudad? Desconfiado como era, llamó a la sede de la interpol en Lyon y preguntó acerca del fantoche detective y su misión. Efectivamente —le respondieron— Abraham trabajaba en ese organismo internacional desde hace diez años y su misión en Berlín fue autorizada.

Su teléfono vibró. Tenía dos mensajes. Uno era de su hija Stephanie. Ella era su adoración y su debilidad. Le pedía dinero. Estudiaba ingeniería química en Ginebra y con apenas dieciocho años era una lumbrera en sus estudios. Él no escatimaba en darle todo lo necesario para su futuro. Le transferiría más tarde. El otro era de su exesposa para recordarle el aumento de su pensión. Este último mensaje le terminó de exacerbar el ánimo. El recuerdo de la mamá de su hija era como una llaga abierta en su espalda.

«Esta mujer parece una pepa en el culo», farfulló. Aspiró aire y soltó su enojo por las fosas nasales. Guardó el teléfono y su atención se volvió al caso.

—¡Estamos llegando al edificio! —dijo el conductor.

Speer miró a través de la ventana del auto. El conductor adormitó la patrulla frente al edificio. Pocos transeúntes caminaban por la calle en ese momento. El inspector se apeó junto a su subordinado de inmediato, ni siquiera cerró la puerta. Se paró en seco. Se quedó observando la patrulla estacionada al frente. La puerta del automóvil permanecía entreabierta. Era atípico que un policía cometiese ese error. Su olfato detectivesco lo llevó a decir:

—¡Subinspector, llame por radio a los detectives!

El cenecio oficial llamó dos veces al detective Roderick y no obtuvo respuesta. La cara de Speer se avinagró.

—Desenfunda tu arma, Boris. Agente desenfunde su arma —le dijo también al chofer.

Speer cerró la puerta del vehículo y le dijo a su segundo al mando.

—¿En qué piso está ubicado el apartamento?

—El cuarto, señor.

Rudolph oteó el edificio y las puertas de acceso.

—Boris, rodeé el edificio y cubra la entrada posterior. Agente, quédese aquí, alerta.

Los hombres obedecieron. Los dos comenzaron a avanzar. Boris entró por la puerta de acceso lateral y desapareció de su vista.

El inspector sacó también su arma y entró al edificio. Subió las escaleras con lentitud. Observaba y avanzaba. Sus pasos eran cortos, pero firmes. Al estar a pocas escalinatas de llegar al cuarto, vio como un riachuelo de sangre bajaba por los peldaños. Levantó su arma y avanzó, apuntando. Vio la imagen dantesca de los dos patrulleros degollados en el ascensor. Un «mierda» desde dentro de sus entrañas emergió por su garganta.

El Serafín salió a la calle, vio a los lados y evitó el ángulo de cámara de un restaurante que vigilaba desde la acera de enfrente. Observó cómo se acercaba, a lo lejos, una patrulla de la policía de Berlín. Caminó en dirección contraria, alejándose raudamente. Escuchó, el chirrido de los frenos del vehículo policial estacionándose frente al edificio. Su pulso no pasó de setenta y dos pulsaciones por minuto en el tracto desde que asesinó al primer policía hasta su huida.

El nefario asesino se contrarió y aceleró el paso. Estuvo a punto de encontrarse con el jefe de la policía de Berlín. Ya había escuchado de él en una oportunidad y sabía que este efectivo era diferente al resto de los policías que se había enfrentado. Este gigantón tenía un instinto policial que había hecho de la capital alemana una de las ciudades más seguras de Europa. Su caminar raudamente lo alejó de la escena del crimen.

Speer entró con violencia al apartamento y observó los dos cadáveres de los detectives. Sus rostros exangües y barnizados con un color gris de muerte le indicaron que no podía hacer nada por ellos. No tenía tiempo para pensar. Con el pulso acelerado, registró el departamento. Subió con rapidez hasta los pisos superiores. No encontró nada. Bajó a la patrulla y se encontró con el conductor.

—¡Agente, busque al Subinspector!

El hombre salió corriendo. Rudolph pidió refuerzos y unas ambulancias por radio. Al minuto regresó el subinspector y le informó lo que encontró. Boris no quería dar crédito a lo sucedido. Ambos subieron y el subinspector comenzó a vomitar. La mente del inspector daba vueltas en el laberinto de la duda. Un alemán asesinado en la noche con tres disparos en el pecho, sin motivo aparente y ahora, cuatro funcionarios muertos que custodiaban la escena del crimen. Sin duda, es el asesino que volvió por algo que se le olvidó, pero ¿Qué? ¿Cuál es la

importancia de esta persona asesinada? Vio, de nuevo, el rostro pálido de sus dos detectives y se llenó de ira y dolor. Ambos estaban casados y ella era madre. Speer conocía a todos sus hombres. A pesar de su fama de cascarrabias y jefe exigente, conocía muy bien las historias personales de cada funcionario. ¿Cómo explicarles a sus familiares estas muertes sin sentido?

Pero Rudolph no tenía tiempo para sentimentalismos, cuatro policías fueron asesinados y debía asir, con su mano policial, respuestas certeras a la prensa, la comunidad, y en especial a sus subordinados, de no ser así, podría desatarse el terror en la ciudad. Los policías encolerizados desatarían una sed de venganza en Berlín.

El sonido intermitente de las sirenas se escuchaba a lo lejos como chillidos de jauría que se acercaba. El inspector, tajante, le dijo a su subordinado:

—Boris, encárgate de bloquear y rastrillar todo en quinientos metros a la redonda. Llama a la gente del laboratorio de criminalística y que vengan a la brevedad. Yo me encargaré de esta investigación...encontraré a los malnacidos.

El Subinspector salió como una tromba. Speer se quedó en medio de la desoladora escena de muerte como un General que recorre el campo de batalla después de una cruenta lucha, y observa los cadáveres de sus oficiales caídos. Miró a Hanna. Ella era madre de dos niñas. Una sensación de desasosiego discurrió por su pecho. Ver morir a un compañero de trabajo era uno de los sinsabores de la carrera policial.

Sintió un fuego que lo consumía desde la boca del estómago hacia su garganta. Se arrodilló y tomó la mano inerte del cadáver. El frío de la muerte recorrió su espalda y erizó su cuero cabelludo. Sintió emerger desde el interior de sus entrañas un magma que no pudo contener. De su boca salió una frase que marcaría el destino del caso.

—¡Te vengaré, Hanna, te vengaré!

El Serafín estaba preocupado. Sus pensamientos eran como olas gigantes en un mar soliviantado. Una hora transcurrió desde que sus garras de acero tiñeron de sangre la escena del crimen de Otto Gebauer. Cualquier otro criminal estaría preocupado por el olfateo de sus pasos por parte de la policía berlinesa. Eso le tenía sin cuidado.

Podrían rastrearlo, pero jamás lo atraparían, él se encargaría de desviar su atención. Era su especialidad. Jamás sabrían su verdadera identidad. Tampoco le angustiaba el rastro de sangre dejado; no sentía resquemores por los policías asesinados. Odiaba a los defensores de la ley, los consideraba unos hipócritas

que protegían a una sarta de jefes corruptos y amorales.

El Serafín adolecía de cualquier tipo de sentimiento. Ni siquiera la imagen del rostro de la detective asesinada con su yugular borboteando sangre, su piel exánime y sus ojos desorbitados, rogando ayuda, alteró su estado de ánimo. Era un hombre que vivía del oficio de cercenar vidas y en su corazón, hueco como un abismo, no había lugar para la constricción.

Sentado frente a la pantalla de una computadora, esperaba que su cliente se conectase a la red. En su mano derecha, una lata de gaseosa fría medio vacía, expelía pequeñas gotas sobre sus paredes frías. Con su mano izquierda manejaba con destreza el mouse del ordenador.

Debía ser preciso en su actuación si quería conseguir el diario. Empeñó su palabra a su cliente y debía conseguir, a toda costa, su objetivo.

El sonido de la ventana emergente en la pantalla de la computadora indicó la conexión de su cliente. El Serafín escogió el nombre de Calígula.

Calígula: «surgió un problema».

Espartaco: «¿Cuál?»

Calígula: «Otto no tiene el diario».

Espartaco: «¿Aún puede conseguirlo?»

Calígula: «Sí».

Espartaco: «Seguimos con lo planeado. Date prisa».

Calígula: «Lo haré. Lo tendré a tiempo».

Espartaco cortó la comunicación. El Serafín observaba la torre de comunicaciones de Berlín en el fondo de pantalla de la PC. Este caso se complicaba más de lo debido. Descansó ambos codos en la base del teclado y con sus manos unidas apoyó su boca y navegó en sus recuerdos. Algún detalle pasó por alto. Caminó por los recuerdos de Otto en la cervecería. Revisó cada cuadro de aquel momento como si cada imagen fuera parte del fotograma de una película. Sus ojos se inyectaron de sangre. Se levantó con furia. Se percató de su error y lo enmendaría.

La calle que discurría enfrente del edificio donde vivió el occiso Otto Gebauer era un pandemónium. Una miríada de funcionarios, policías, bomberos y paramédicos rodeaban el lugar. Las patrullas, los autos oficiales y las ambulancias iban y venían como abejas de un gran panal. El edificio fue cercado, el tráfico desviado y una cinta amarilla separaba a las personas que se arremolinaban para saciar su morbo y curiosidad. Esa batahola reinante contrastaba con el silencio lúgubre que se expandía dentro del departamento

donde fueron asesinados los efectivos.

El jefe de la policía de Berlín llevaba cuatro horas en el departamento. Iracundo, bufaba como un maute salvaje. Él, junto a tres expertos detectives, voltearon patas arriba el antiguo hogar de Gebauer. Speer tenía tres grandes interrogantes. La primera se refería a quién asesinó a Otto Gebauer y porqué. Si lograban descifrar este enigma, quizá el más difícil, podrían responder las otras preguntas. ¿Quién realizó el festín de sangre con sus agentes? y ¿Si el Serafín, el tan nombrado asesino a sueldo del que el italiano de la Interpol le nombró, tenía algo que ver con este crimen? El inspector se comunicó con el agente desagradable y le pidió que viniese hasta el lugar de los asesinatos.

Los cuerpos de los policías muertos fueron retirados, pero los rastros de sangre aún permanecían como dos grandes manchas oscuras. El rompecabezas del caso seguía dispersándose y las piezas aumentaban. Uno de los detectives revisaba las gavetas de su escritorio.

—¿Qué has encontrado?

—Nada importante, inspector. Dos libretas de anotaciones sin llenar, dos pares de bolígrafos del museo de Pérgamo, un libro de los lugares turísticos de Berlín, una biblia y una biografía de Himmler.

Speer se acercó. Le advirtieron que el hombre tenía una obsesión con el jefe de las SS, era muy extraño. Tomó el libro y con suma paciencia hojeó con lentitud, revisó su contenido. Se percató de algunas palabras y frases subrayadas “*Lebensborn*”, “*Raza Superior*” “*Hedwig Potthast*”. Los ojos del inspector chispearon optimismo. Cerró el libro. Revisó la biblia y se percató de que algunos versículos del libro del apocalipsis fueron marcados con resaltador fosforescente.

El inspector en jefe, como un almirante en medio de la tormenta, continuó escudriñando el lugar con sus cinco sentidos. Sus ojos rastrillaron con insistencia cada rincón. Buscaba una pista que le dijera cuál era la importancia de Otto Gebauer para el asesino o qué ocultaba este personaje que lo hizo volver a la escena del crimen.

—Señor, el inspector de la Interpol ha llegado —dijo uno de los detectives desde la puerta.

Se asomó por la ventana y vio la figura del feo oficial recostado a un auto policial. Mordisqueaba su pipa. Llamó por radio a los policías que resguardaban la puerta del edificio y les dijo:

—Hagan subir al inspector Giuseppe.

Un minuto más tarde, la figura baja, rechoncha y poco agraciada del italiano, subiéndose los pantalones, ingresó por la puerta. Entró, mirando las manchas rojas y con su pipa en la boca. Observó el rastro bermejo en las paredes

ensangrentadas. Permaneció impertérrito. Luego, taladrando los ojos del inspector, inquirió:

—¿Cuándo sucedió esto?

—Hace cuatro horas.

El hombre subió de nuevo sus pantalones que se le bajaban cada vez que caminaba, acomodó su correa, sobó su panza y dijo:

—¿En qué lo puedo ayudar jefe Speer?

—Salgan todos —ordenó Rudolph a sus detectives que abandonaron con rapidez el lugar. Luego, con un tono de voz menos audible, le imploró:

—¿Quiero saber si el mentado Serafín tuvo algo que ver en esto?

—Muéstreme las fotografías de los occisos.

Rudolph sacó su smartphone y le mostró las imágenes de los asesinatos en su teléfono. Giuseppe las miraba con ojo acucioso, como un crítico que ausculta una obra. Las pasó varias veces. Su rostro cambiaba con cada imagen. Pasó del asombro, a la perplejidad y por último al convencimiento. Fue hasta donde se encontraba el rastro de sangre, se puso en cuclillas, miró con acuciosidad la sangre coagulada y se levantó de nuevo. Sacó la pipa ruin de su boca y dijo, sin rodeos:

—Es su estilo. Sin dudas, aquí estuvo el Serafín. Solo un sádico pudo haber realizado este tipo de asesinatos. Además, los muertos eran policías. Hombres entrenados para combatir a delincuentes y fueron vencidos con facilidad. Las heridas con arma cortante tienen sus características. Sin lugar a dudas, el asesino es el hombre que busco.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

Los ojos del inspector se inyectaron de sangre, apretó sus músculos maseteros y luego, inquirió:

—¿Y no actuaría junto a un cómplice?

—Jamás, el Serafín lo considera poco profesional. Él se ha ganado un nombre en el mundo delincencial y ha sobrevivido porque actúa solo. ¿Cuál fue el móvil del crimen?

—No lo sé. Eso quiero saber.

—Pero ¿porque vino hasta acá el Serafín? El nunca actúa al azar.

—En este departamento asesinaron, la noche anterior, a un hombre.

Giuseppe se sonrió con sarcasmo. Mirando el piso, dijo:

—¿El crimen que usted se negó a decirme?

Rudolph asintió. Su rostro se antojaba endurecido. Speer nunca pedía favores, pero la ira que le borboteaba de su interior era más fuerte que su orgullo. Atraparía al vil asesino de sus muchachos. La determinación se hizo verbo

cuando dijo:

—¡Ayúdeme a atrapar a ese desgraciado!

Giuseppe le respondió con la misma vehemencia.

—Por supuesto, lo haremos... pero no puede ocultarme nada de la investigación.

—Así lo haré. Pero quiero saber todo del Serafín. No descansaré hasta atraparlo.

Ambos estrecharon con fuerza sus manos. La caza del Serafín tomaría otro rumbo.

—¡Es un hombre peligroso! ¡Debes tener muchísimo cuidado!

Con esa frase lapidaria, Cosette recibió a Frida en los pasillos del aeropuerto. Esta advertencia era igual a la que le hizo Phillippe, el consejero del Comendador, pero ahora era distinto, la francesa se encontraba en Nueva York, el territorio de caza de Arthur Dubront. El aliento cálido del magnate bramaba desde la cercana Manhattan.

La delgada y pequeña mujer de ojos rayados tomó una de las maletas de la francesa y la instó a caminar rápido por los pasillos de la terminal aérea. Era muy inquieta, se movía constantemente. Sus manos nunca dejaban de agitarse. Sus ojos se rebullían en todas las direcciones.

Tomaron un taxi y se dirigieron hacia el hotel, situado en la *Park Avenue* de Manhattan. El conductor manejaba lento por el espeso tráfico citadino. Concentrado en el volante, iba delante de la ventanilla transparente que lo separaba de sus pasajeras. Detrás, la enjuta y joven Cosette, de piel aceitunada y ojos rayados, se acercó a Frida y expresó:

—Ya he hecho todos los arreglos para tu encuentro con Arthur Dubront. Será mañana a las ocho de la noche en el museo metropolitano. Habrá una exposición de arte de nuevos artistas que son financiados por el poderoso empresario. Él estará allí. Su secretaria tiene tus datos para el encuentro.

Frida asintió. Reconoció que el inglés de Cosette tenía un leve acento latino que trataba de disimular. La pequeña damisela seguía moviéndose sin parar, parecía estar nerviosa.

—Eres la segunda persona que me afirma que es alguien muy peligroso. Todo lo que dicen de él... ¿es tan cierto?

La pigmea mujer respondió sin dilaciones:

—Frida, no subestimes al señor Dubront. Quienes lo han hecho, les ha pesado mucho. Es un hombre muy observador, acucioso, detallista e implacable. Muchos dicen que es un sociópata, alguien sin sentimientos.

—¿Qué has investigado acerca de su grupo familiar?

—Es el aspecto más oscuro de su vida. Sabemos poco o nada de él. Jamás se casó, pero en los círculos de alta sociedad hay el rumor que es un picaflor empedernido.

—¿Tiene pareja en la actualidad?

—No, no tiene. Ha tenido amoríos fugaces, pero no tiene pareja estable. El magnate disfruta exhibir mujeres hermosas en su vida social, sin embargo, todo

cambió con el lanzamiento de su candidatura al partido republicano. Es más medido y su imagen es manejada por una de las mejores agencias de publicidad del país.

—¿Quiénes conforman su círculo íntimo?

Cosette se sonrió y dejó de mover sus manos.

—Buena pregunta Frida, porque creo que no tiene un círculo íntimo que sea de su entera confianza.

—Pero tiene que haberlo. Ningún hombre de dinero o de poder puede llegar a la cima o conservarse en ésta, si no tiene a su alrededor, personas que sean los confidentes de sus secretos, los guardianes rabiosos de sus debilidades. Todos los hombres de poder tienen a su alrededor una recua de acólitos mansos dispuestos a cumplir la voluntad de su amo sin dilaciones. Debe haber alguien.

La pequeña Cosette se percató de la innata inteligencia de Frida. Hizo una pausa, perdió la vista en el cabello negro de la espigada francesa y dijo:

—Puede haber alguien, pero es tan misteriosa como el mismo Arthur...

—¿Quién?

—Cinthya Banner, su secretaria y asistente personal. Es su compañera de trabajo desde principio de la década de los noventa.

Frida sonrió con sarcasmo.

—¿Se la tira?

—No creo. No hay prueba fidedigna. A él le encantan las mujeres cuarentonas con gracia y encanto, alguien así como tú, Frida. Creo que por eso te enviaron.

Frida arrugó la cara, nunca le gustó que la trataran como un objeto sexual, pero sin duda, su sex-appeal era una carnada apetitosa para los hombres lujuriosos y ella lo sabía.

—Pero se la pudo haber tirado hace años.

—Es posible, pero Cinthya no encaja en el tipo que le gusta al señor Dubront. Tiene un buen cuerpo y debió haber tenido unas curvas excitantes en su juventud, pero Mr. D no liga con empleadas. De eso, tengo certeza.

Frida, con el rostro suavizado, dijo:

—Sí, eso lo leí en el resumen que me entregó la orden. Me gustaría hacer énfasis en su asistente, a veces cuando los hombres de poder son inexpugnables, los asistentes, guardaespaldas o familiares cercanos son la rendija abierta para poder acceder a ellos. ¿Qué más me puedes decir de Cinthya?

—Es una mujer tan frívola como él. Yo la he visto en dos oportunidades, y es, incluso, más acuciosa que el mismísimo Arthur. Sus ojos no dejan de mirar todos los detalles de una persona, de percibir una situación o rastrillar un lugar.

—¿Hablaste con ella?

—No, solo hemos interrelacionado por correos electrónicos, pero los informes que me han llegado afirman que es peligrosa.

—¿Ella tiene pareja?

—Ese punto no lo investigamos, mi objetivo siempre fue el señor Dubront —expresó la pusilánime mujer mientras comenzaba a mover sus manos de nuevo.

—¿Dónde están los códigos? —inquirió Frida.

—Creo que están en la Torre D, el edificio de oficinas de D c.a donde funciona el consorcio de Arthur Dubront.

—Deben estar en su caja fuerte —dijo la francesa con vehemencia.

—Sí, es posible ¿Has planeado como extraerlos?

—No, primero debo conocer las debilidades del sistema, su CCTV, sus alarmas, los códigos de acceso.

—No será fácil.

—No, no lo será, pero todos los sistemas de seguridad físicos del mundo tienen vulnerabilidades... La información del edificio ¿la conseguiste?

—Sí, todo está en un archivo que te proporcionaré.

—¿Qué debilidades has visto en Dubront?

Cosette levantó ambas cejas, abrió los ojos y dijo:

—Las mujeres, por eso estás aquí. Tu perfil se ajusta al informe que envié a la orden. Recomendé para este trabajo una mujer alta, de ademanes suaves, inteligente, locuaz y que pasara de los cuarenta años. Verte es como dibujar un retrato de la descripción que yo remití.

—Eso pensé, pero quiero que sepas que no soy una puta.

—Lo sé. Pero debes tener cuidado, esa misma estrategia la utilizaron empresarios y gobiernos con anterioridad y no les funcionó. Los resultados fueron catastróficos.

Cosette hizo una pausa larga. Frida penetró sus ojos rayados.

—¿Qué sucedió?

—Hay el rumor que ellas desaparecieron.

Frida no se inmutó. Mientras más escuchaba hablar acerca de ese hombre, crecía su aversión hacia él. Era un ser despótico y malvado. Era el tipo de miserables que le gustaba enfrentar. Mientras más nefaria e inmisericorde era la persona que confrontaba, mayor era su empeño por vencerla. Frida se crecía en las circunstancias adversas. Para la francesa era como vengar el daño que conoció en su adolescencia, ese dolor que sintió en carne propia. La protectora sabía que debía cerrar esa herida de su pasado; pero no quería hacerlo, prefería el agreste y espinoso camino del rencor y la venganza.

—¿Cuánto tiempo tienes en la orden, Cosette?

La pequeña treintañera miró con intensidad a Frida.

—Sabes que no debo darte esa información.

—Lo sé, pero necesito por lo menos que me digas si tienes mucho o poco tiempo.

—El suficiente para que me asignen misiones investigativas de grandes proporciones, como ésta —dijo atribulada.

—No te molestes, Cosette, sé de nuestro código de conducta. No debemos proporcionarnos información personal. Sé que es por nuestra propia seguridad, si lo hice es porque me gustaría saber si has tenido solo trabajos investigativos o de otro tipo.

Cosette permaneció callada. Frida notó su incomodidad y cambió la conversación.

—¿Están listas las pantallas? —dijo cambiando la pregunta.

—Sí, todas. Hoy tienes una cena con dos empresarios argentinos que quieren invertir en el negocio de las telecomunicaciones. Y mañana, al mediodía, asistirás a un almuerzo con un alto ejecutivo del área de la construcción. Todos esos detalles y los de la seguridad del edificio los tienes en el archivo codificado de este pendrive.

Las pequeñas manos sacaron del bolsillo de su chaqueta un dispositivo de memoria digital que le entregó a Frida. El conductor del taxi, ajeno a la conversación y con unos audífonos puestos, se detuvo en una de las tantas colas de vehículos de Nueva York.

—Perfecto, muchas gracias. Leeré los detalles en el hotel.

—Yo estaré en la habitación contigua durante tu tiempo aquí en Nueva York. Recuerda que soy una “asesora” de negocios que te invitó a una rueda de negocios. El consorcio me conoce como Samantha Duarte, de origen mexicano. Te acompañaré en todas las citas, pero depende de ti que el señor Dubront esté interesado en saber más de tus proyectos.

—Lo sé. No te preocupes, lo haré a la perfección. Además él no es el objetivo, son los códigos. Por cierto, ¿Cuál es el origen de su cicatriz en el rostro del magnate?

—No lo sé, es un total misterio, nadie sabe de ello. Algunos dicen que es una herida de la guerra de Vietnam, otros que fue un accidente de tránsito. Pero tengo la certeza que es de mucho antes. Revisé las fotografías del anuario de Harvard y ya la tenía en ese tiempo. Debe ser de su adolescencia o infancia.

—Debo obtener esa información.

—Solo él lo sabe. Hay otro aspecto que debes saber. El señor Dubront o Mr. D, como es conocido por sus colaboradores más cercanos, ha tenido una conducta un tanto extraña, las tres últimas semanas. No es nada relevante, pero

creo que debes considerarlo.

—¿Qué conducta?

—De acuerdo al registro de vídeo de su sistema de CCTV que logramos hackear, Mr. D ha salido solo en su vehículo en varias oportunidades.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé. No hemos podido seguirlo, pero esta conducta es atípica. Arthur D nunca anda solo, siempre está acompañado por un ejército de guardaespaldas, asistentes y choferes.

—Algo raro se trae entre manos.

—Sí, estoy segura de eso... llegamos.

El taxi se aparcó frente al hotel Waldorf Astoria y un ejército de botones rodeó el vehículo para recibir a las dos mujeres que, con sus rostros estirados, comenzaron con su actuación. Se acercaron hasta la recepción donde una joven las atendió y verificó sus reservaciones. Se les asignaron las habitaciones 39b y 39c. Subieron a sus cuartos, junto a dos botones que las escoltaron con sus equipajes. Llegaron a las puertas y la pequeña dama dio la propina. Antes de entrar en ambas habitaciones, Cosette dijo:

—A las ocho en punto debemos salir a la cena con los empresarios argentinos. Tienes cuatro horas para prepararte.

—Estaré lista —expresó Frida y cerró la puerta con fuerza.

Entró a la habitación y se asomó por la ventana. Nueva York se veía esplendorosa con sus rascacielos enhiestos y soberbios y sus avenidas atiborradas de vehículos y personas. El río Hudson serpenteaba la gran manzana, a lo lejos.

Frida se sintió exultante al contemplar el esplendor de la Babilonia moderna; pero no tenía tiempo de romanticismos. Su misión aguardaba por ella. Se enfrentaría a uno de los hombres más poderosos del mundo y debía estar preparada. Tomó el pendrive que tenía en su cartera, buscó su laptop y la encendió. Se sentó en la silla adjunta a una pequeña mesa.

—¡Vamos a ver que tenemos por aquí!

Introdujo el dispositivo y vio una carpeta con el nombre de la misión: “Arturito”. Se sonrió por la ocurrencia de Cosette.

—El show debe comenzar, señor Dubront —farfulló.

Llena de adrenalina se sumergió en el lodo de documentos que le indicarían la estrategia de cómo enfrentar al poderoso Mr. D.

Arthur Dubront llegó al museo metropolitano de Nueva York a las ocho de la

noche. Lo acompañaba el sempiterno séquito de guardaespaldas, y su asistente, Cinthya Banner. El director del museo lo recibió en la puerta. Le agradeció su presencia, lo bendijo, lo felicitó por su precandidatura presidencial y lo declaró, desde ya, el próximo Presidente de los Estados Unidos. Una andanada de periodistas y fotógrafos acompañaron su llegada.

Mr. D odiaba a los lisonjeros como el lameculos director del museo. No obstante, y en contra de su voluntad, debía seguir los consejos de sus asesores políticos que le pidieron ofrecer una imagen más humana y cercana a las masas. Si quería ser Presidente del país más poderoso de la Tierra, debía ser querido por la gente. No importa lo que sienta sino lo que demuestre sentir, en la política no valen las razones sino las emociones, le decían sus asesores.

Mr. D agradeció el saludo del fantoche director del museo, con una sonrisa más amplia de lo normal. Entraron al vestíbulo entre las luces de los flashes y los reflectores de las cámaras de televisión. Vestido con un traje negro a la medida, una camisa blanca y una corbata roja, el presidente de D c.a. saludó a los ejecutivos de la institución artística.

Al finalizar, los periodistas lo abordaban con preguntas. Todas giraban en torno a su candidatura a la silla presidencial. El señor Dubront se vio obligado a dar una breve rueda de prensa donde contestó con serenidad y una verborrea de altura, cada una de las interrogantes. Se manejaba muy bien frente a las cámaras. Su apostura e inteligencia le ayudaban. Terminó excusándose con los medios, agradeció su presencia y se despidió.

El magnate se trasladó hasta la galería de los cuadros de sus pupilos. Lo acompañó un guardaespaldas que parecía un gorila albino, y su asistente, Cinthya, que permanecía a su diestra. El resto de los guardaespaldas se quedaron en las puertas.

El grupo fue recibido por los jóvenes artistas. Cuatro mujeres y cinco hombres conformaban el variopinto grupo. Formaron un semicírculo para abordar a su mecenas. Cinthya, se acercó mucho más a su jefe y le leía las fichas con los datos personales de cada uno de ellos, mientras Dubront estrechaba sus manos. Cuando terminó, un cántaro de adulaciones se derramó sobre Mr. D que agradeció a todos por el trabajo arduo que realizaban. Una de las chicas, la más joven, dio un discurso final en el cual lo bendecía y le deseaba la mejor de las suertes en su carrera presidencial. Arthur hizo una leve reverencia con su cabeza y sonrió agradecido.

El magnate comenzó a recorrer la sala de exposiciones con parsimonia. Arthur disfrutaba el arte. Iba lento, miraba con detenimiento cada cuadro o escultura y observaba todos los detalles. Cada artista presentaba sus obras, intentando agradar a su mecenas. No importaba cuanto se esforzara el pintor o el

escultor en mostrar sus obras, él sabía, con una sola ojeada si tenía un futuro promisorio en las artes. De vez en cuando, Dubront, le hacía algún comentario a su asistente que anotaba cada frase de su amo. Mr D terminó de recorrer el salón, agradeció a los jóvenes por su esfuerzo y se despidió. Tomó a Cinthya por el brazo y arrinconándola, le dijo:

—Hay dos damas que desde mi llegada, no han dejado de mirarme. La mujer alta con el cabello negro y su compañera pequeña de rasgos latinos que está a su lado. Están cerca de la escultura gigante situada en el centro de la galería. Averigüe quienes son.

La eficiente asistente respondió:

—La más baja es Samantha Duarte una asesora de negocios independiente, domiciliada en Nueva York y de origen mexicano. Ella nos contactó para hacer una cita con la señorita Caroline Le Blanc, la que está a su lado, quien es una inversora francesa y SEO de la corporación de telecomunicaciones “*Les oreilles de Dieu*”. Están interesados en asociarse con D c.a. aquí en América. Usted hace una semana aprobó incluirla en la agenda. El único momento disponible era éste. Se lo informé hace dos días, Mr. D

Arthur Dubront recordó lo sucedido cuarenta y ocho horas antes, cuando llevó los códigos a aquella mujer. Esta era su primera aparición pública desde aquel agrio momento. Aturdido por el pensamiento de la lejana tarde, le dijo a Cinthya con un tono de voz más suave:

—Nunca escuché de ambas. ¿Las investigaste?

—Sí, Mr. D, lo rutinario en este tipo de casos. Nada fuera de lo normal, toda la información que la señorita Duarte proporcionó, fue corroborada.

—¡Estos franceses si joden! —dijo mientras comenzó a caminar en dirección a las damas.

—Les daré cinco minutos.

—Entendido Mr. D.

Enmascaradas en sus nuevas identidades, Cosette y Frida esperaban que el magnate americano las atendiera. Todo había salido a pedir de boca, hasta ese momento. Las dos pantomimas, previas a la cita, salieron muy bien. Cosette se sorprendió con el encanto e histrionismo de la francesa. Era una mujer de mundo, su verbo era intachable, su carisma, único. Dejó boquiabiertos a los empresarios argentinos y al ejecutivo de la construcción.

—¿Seguro que está todo coordinado? —preguntó Frida que portaba un vestido rojo que resaltaba sus curvas y su piel nívea. Llevaba el cabello recogido.

—Sí —respondió Cosette que portaba un vestido color nácar, tipo coctel.

—¿Has pensado como abordarlo? —inquirió Cosette.

—Sí, he estudiado muy bien su personalidad. Y desde que llegó he corroborado todo lo que se dice de él.

El grupo giró por todo el salón de exposiciones. Frida no dejaba de mirar al poderoso empresario y su asistente. Al cabo de unos minutos, el magnate y la mujer se dirigieron hacia Frida y Cosette, mientras que el guardaespaldas mantenía a raya a los asistentes curiosos, en clara alusión que el grupo quería privacidad.

La señorita Cinthya las presentó. Las dos mujeres pintaron sus mejores sonrisas ante el rostro impávido de señor Dubront. El personaje de Samantha inició el diálogo.

—Señor Arthur, es un verdadero placer, poder conocerlo. Estoy muy agradecida por brindarnos unos minutos de su valiosísimo tiempo.

Mr. D pintó una sonrisa leve e hizo una inclinación con su cabeza. La pequeña mujer, más inquieta que nunca, dijo:

—Ella es la señorita Caroline Le Blanc, una inversora francesa representante de la empresa “*Les oreilles de Dieu*” quien tiene interés en invertir en los Estados Unidos y asociarse con las empresas del grupo D c.a.

Arthur, desde sus 1, 85 mts de estatura, miró a Caroline de arriba abajo. Frida sintió como sus ojos recorrían cada centímetro de su cuerpo y un brillo se asomaba en sus pupilas. La francesa aspiró aire para comenzar a hablar, cuando fue interrumpida por el magnate.

—¡Tiene cinco minutos para exponer su propuesta! —sentenció Dubront.

Miró su reloj de oro y acero, y fijó sus ojos graníticos en el personaje de Caroline. La francesa sonrió y con voz aguda, dijo:

—Señor Arthur, yo no he venido desde tan lejos para hablarle cinco minutos, creo que merezco un trato tan equitativo como el resto de las personas que atraen su interés. Usted puede estar interesado o no, en hacer negocios con nuestra empresa... esa es su potestad, por algo D c.a. es el consorcio más importante del mundo, pero aun así, en el cosmos de los negocios, nos debemos tratar de igual a igual... En algún momento de su vida, usted estuvo en mis zapatos y sabe lo que significa no ser atendido por alguien importante que antecedió su ego a los beneficios de su empresa... Su tiempo es tan valioso como el mío... Esta conversación no tendría sentido si pensara de otro modo... Mr. D, usted se ha ganado este apelativo por su sagacidad para saber cuándo se presenta una oportunidad. Si aspira ser Presidente de este país y no tiene la sensibilidad para atender a una dama, entonces ha sido un placer haberlo conocido y partiré de vuelta a Francia, de inmediato.

Una avalancha de silencio los apretujó a todos. Cosette sentía que su corazón se salía del pecho y subía por su garganta. Sus manos que se movían, inquietas, dejaron de hacerlo. Tartamudeo sin voluntad. Cinthya endureció sus ojos, iracunda. Nunca, en sus treinta años al servicio de Arthur, alguien tuvo el atrevimiento de hablarle de ese modo a su amo. «Esta perra es una atrevida», pensó. El gorila blanco, que permanecía a escasos metros del grupo, escuchó parte de la conversación y pareció inflarse mucho más, en clara señal de estar alerta para despachar a las osadas mujeres. Frida no dejaba de escrutar los ojos inexpresivos de aquel hombre que devolvía con la misma fuerza, su mirada

pétreo a la francesa. El magnate, impasible, dijo con voz meliflua:

—Es usted muy atrevida señorita Le Blanc y en vez de lengua tiene un látigo entre sus dientes...Pero me gusta... Ojala todos mis ejecutivos fueran como usted... Es astuta y usa su encanto para lograr sus objetivos. ¡Belleza e inteligencia!... una combinación letal, que usada de forma adecuada, tiene resultados imprevisibles.

Mr. D se sonrió. La impertérrita Caroline mostró un dejo de sonrisa y ladeó su cabeza. Enseguida, inclinó su cabeza hacia adelante en un claro gesto de reverencia y aprobación, al estilo de Arthur Dubront. Samantha, que aún le temblaban las piernas y sentía como su esfínter urinario colapsaría de un momento a otro, mostró con nerviosismo sus dientes. Cinthya permaneció imperturbable.

—Señorita Banner cancéleme las citas que tenga mañana en la noche y prepáreme una cena de negocios con tan “atrevida” dama. ¿Acepta usted señorita Le Blanc?

—¡Estaría encantada, Arthur —respondió de inmediato.

—¡Hecho! Mañana mi chofer la buscará a las nueve en punto. Mi asistente se encargará de todos los detalles. Y ahora si me disculpan, debo retirarme a otros compromisos. Que pasen buenas noches.

Mr. D hizo una pequeña reverencia a las dos y se retiró. Lo siguieron su asistente que miró con ojos afilados a la francesa y el guardaespaldas. De nuevo, la caterva de aduladores y curiosos siguió a Dubront como una manada de perros tras su amo. Cuando se perdieron de la vista de ambas, Cosette dijo:

—Me voy a desmayar, debo sentarme.

Con una sonrisa de triunfo, Frida la tomó del brazo y se dirigieron a la fuente de soda ubicada en un salón contiguo del museo. Se sentaron y ordenaron un vaso de agua para ambas. Cosette sufría de taquicardia. Tomo su vaso y lo bebió con sus manos temblorosas.

—Frida ¿Cómo lograste saber cuál era la forma de abordarlo? Yo pensé que enloqueciste, cuando le hablaste de ese modo a Mr. D.

—No estoy loca, me encontraba en mis cabales.

Bebió un sorbo de agua y luego agregó:

—Desde que me dieron la misión, escuché hablar de él. Estudie tu informe y todo lo escrito y difundido en la red. Me percaté de que es un hombre que no anda con majaderías, va tras lo que desea, no le gustan las charlas largas ni los aduladores. Él sabe que es poderoso y le gustan los retos.

—Pero tuviste que haber visto una debilidad en él, para atacarlo de ese modo.

—No observé ninguna, es invulnerable.

—Pero entonces ¿Cómo lograrás obtener los códigos?

—Él jamás me los dará ni que sea su perra por el resto de su vida.

Desconcertada, Cosette dijo:

—Y ¿Cómo lograrás obtenerlos?

—Creo que encontré una bisagra.

—No entiendo, me acabas de decir que no observaste ninguna debilidad.

—Es verdad, él no las tiene...pero encontré una rendija que me permitirá saber de los códigos —expresó pensativa.

—No comprendo.

—Mañana lo entenderás.

Los ojos violetas de Frida se perdieron en un facsímil del cuadro de Picasso que se recostaba en una pared. Había ganado el primer set al temido Dubront, o por lo menos eso creía.

Mr. D se montó en la limusina junto a Cinthya. Ésta le ofreció un trago de whisky como era su costumbre al finalizar un evento público. Mr. D se negó con la cabeza. A la señorita Banner le pareció extraño. El auto inició su desplazamiento. Arthur miraba, meditabundo, el paisaje citadino a través de la ventana del vehículo. Esa mujer de los ojos claro lo había impresionado. Llevó su mano derecha a la barbilla y acarició su barba agrisada. Miró a su asistente y le espetó:

—Quiero que investigues bien a esas dos mujeres... El consorcio, sus finanzas, todo acerca de ellas. Haz énfasis en la francesa. Quiero saber quiénes son, en especial la francesa. Hurga hasta sus médulas, rasguña sus huesos. Haz todo lo que esté a tu alcance para conocer quién es la tal Caroline Le Blanc. A mí no me engaña ni el mismísimo diablo.

—¡Así será, señor Dubront!

Mr. D no era fácil de engañar. El gran aparataje de D c.a. pondría a prueba a los Protectores, la organización más eficiente del mundo.

10

La iglesia católica berlinesa de Santa Eduvigis fue ornamentada para la ceremonia. El templo, con casi doscientos años de existencia y de fuerte tradición entre los católicos alemanes, se atisbaba espléndido esa noche. Una gran cúpula verde cubría la edificación y la envolvía como la palma de una mano gigante. En su exterior, cinco puertas en forma de U invertida se enclavaban entre seis columnas de mármol. En sus paredes, grandes ventanas descansaban entre las bases que, con vidriales ornamentados, incrustados en sus marcos, le proporcionaban un aire sobrio. Todo estaba dispuesto para el ritual que seguiría a continuación, pero los actos previstos no eran parte del cristianismo.

El santísimo sacramento del altar fue cubierto con una gran bandera nazi. La figura de Jesús crucificado fue tapada por un retrato gigantesco de Adolf Hitler. A ambos lados del púlpito adormecían dos grandes águilas de bronce posadas sobre esvásticas nazis. Las imágenes de los santos y la Virgen fueron cubiertas con banderas negras de las SS. Dos rufas de cobalto reposaban sobre el altar. Hordas de velas se esparcían por todo el templo, desprendiendo volutas de humo que, como grandes serpentinas grises, ascendían hacia el techo. Un silencio absoluto ceñía el interior del lugar. El resto de Alemania era un pandemónium.

Era la noche del 9 de noviembre de 1938. Los nazis estallaban en un éxtasis de odio exacerbado en Berlín y el resto del país. Las tropas de asalto de las SA, junto a huestes de civiles, se volcaban, iracundos, contra los judíos alemanes. Las sinagogas ardían producto de los incendios iniciados por los fanáticos nacionalsocialistas. Los negocios y los locales de los practicantes de la religión hebrea eran asaltados y saqueados por tropas nazis que, con palos, piedras y cualquier tipo de objeto contundente, rompían los cristales de las puertas y las ventanas. Los propietarios que intentaban defender sus bienes eran arrastrados por los nacionalsocialistas que los lanzaban al medio de las calles donde eran apaleados y apedreados. Nada que oliera a la cultura hebrea se salvaba del paroxismo colectivo que burbujeaba en la sociedad germana.

Ante la gravedad de los sucesos, las autoridades nazis tomaron cartas en el asunto y enviaron a la policía, las SS y la Gestapo a poner mano dura contra los responsables de tan abominable hecho: “los mismos judíos”. Quienes profesaban la religión hebrea habían perdido su condición de alemanes hace muchísimo tiempo. Para los nazis eran la bazofia del mundo.

Piquetes de agentes y soldados ingresaban en las casas de los judíos y se los llevaban detenidos. Camiones enteros fueron llenados de hebreos y fueron

deportados a los campos de concentración. El aullido de las sirenas, el griterío de los verdugos y las víctimas, así como también, el rugido de los motores de los vehículos, arropaban la noche germana. Esa jornada marcaría un punto de inflexión en la vida de los judíos alemanes. A partir de esa noche, ellos llevarían en sus frentes una impronta de vergüenza y sumisión.

La chispa que encendió este polvorín fue el asesinato de un funcionario nazi dentro de la embajada alemana en París, a manos de Herschel Grynszpan, un joven judío de apenas diecisiete años de edad. Los nazis vieron esta afrenta como un atrevimiento que no podía quedar impune.

Los padres del perpetrador lo habían enviado a Francia, años antes, por la ola de miedo que se adensaba en Alemania. El imberbe Herschel —así se llamaba el chico —escuchaba a diario los rumores de lo que sucedía en su país con los judíos. Ante tales desafueros, y en un esfuerzo de torcer la mirada del mundo, a las injusticias que se vivían en su país, asesinó al funcionario nazi en un arrebato de venganza ciega. El acto fue en vano.

Los gobiernos del mundo tenían sus propios problemas. Además, la Alemania nacionalsocialista ya se erigía como el país más importante del escenario mundial, por tanto, las naciones no iban a mover un dedo por la desquiciada represalia colérica de un adolescente.

Quién si tomó cartas en el asunto fue Adolf Hitler. Al conocer de la noticia, bramó y expulsó espuma por la boca como un animal herido. Era la forma de expresar sus acostumbrados arrebatos de ira, pero este desataría una espiral de violencia que casi exterminaría a todos los judíos de Europa, años más tarde.

Ordenó al líder del partido, Joseph Goebbels, que se presentara en su despacho para darle instrucciones claras. El escuálido funcionario nazi llegó a la cancillería y vio como el *Führer* propalaba una mezcla de palabras inarticuladas, sonidos guturales y gestos mefistofélicos que cualquier ser humano no hubiese podido comprender. Pero Goebbels no era un ser humano, pues carecía de sentimientos. El ministro de Propaganda comprendió los gestos y palabras soeces de Hitler. El líder nazi clamaba venganza y sangre y él le daría —a su amado dios —sangre y venganza. Se reunió en secreto con Himmler y coordinaron a la perfección la ejecución del pogromo.

De la mente retorcida de ambos líderes surgieron invectivas contra los judíos que fueron narradas por el mismísimo Goebbels en la radio. «Son la basura del mundo», «Ellos nos han robado nuestro futuro», «Ellos son subhumanos». Todo el día se escucharon tales improperios machacantes. Se incitaba a la población a volcar su odio contra los culpables de todos los males de la sociedad germana. Los alemanes, que escuchaban a diario esta teoría desde hace diez años, se desbordaron contra ellos en un frenesí avieso, sin parangón. Esa noche sería

conocida como *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos.

Mientras Alemania ardía en una gran fogata, la ceremonia, dentro de la iglesia de Santa Eduvigis, comenzaría pronto. Un selecto grupo de tropas SS rodeaba el lugar y prestaba seguridad en el perímetro. Bernhard Lichtenberg, el deán del cabildo catedralicio de Santa Eduvigis desde 1931, permanecía recluido en la sacristía bajo la “invitación cortés” de dos oficiales de las SS. Este sacerdote era uno de los más fieros opositores al nazismo dentro de Alemania.

Dentro de la basílica, una persona que no fue invitada a la ceremonia, titiritaba de miedo y frío...era Annika Rosenberg. La delgada enfermera temblaba de forma incontrolada en el pasillo superior que rodeaba la cúpula de la catedral. Permanecía escondida, esperando que se iniciara el ritual nazi. Su vida dio un giro inesperado desde aquella noche que decidió enfrentar a las abominables SS.

Hasta ese entonces, Annika fue una fanática empedernida del nacionalsocialismo y de los preceptos fascistas del *Führer*, pero la muerte de Eva Müller y el secuestro de su hija, diluyeron sus creencias nazis. Las SS no eran lo que ella pensaba, el proyecto *Lebensborn* era un fiasco y las palabras de Hitler se tornaron huecas en sus oídos.

Un año transcurrió desde que decidió encontrar la chiquilla y enfrentarse a las todopoderosas SS. El arriate fue agreste. Annika caminó, en ese tiempo, encima de una telaraña delgada que apenas podía soportarla. Cualquier otra persona hubiese caído en el intento, pero la espigada alemana era astuta como un zorro y pertinaz como una hormiga. Comprendió que si enfrentaba, frontalmente, a las SS, sería aplastada. Debía actuar con cautela y medida. Decidió hacer de su vida una gran pantomima.

La espigada alemana descubrió, la misma noche del secuestro de la niña, que la directora le dio de beber un somnífero en su taza de té. Por alguna razón que desconocía, las SS y la rectora de la casa cuna la querían dormida esa noche. ¿Por qué? Se preguntaba a diario.

La obstinada Rosenberg siguió con su trabajo de enfermera en la casa cuna *Lebensborn*. No volvió a contrariar ninguna orden de la directora. Sentía la sombra de sus amenazantes ojos. La mujer podía delatarla. Debía cambiar de estrategia.

Annika entendió que debía borrar todo vestigio de su homosexualidad delante de su superiora y decidió copular con un hombre para que se corriera el rumor de que era una buena amante, en un intento de esfumar cualquier comentario sobre su orientación sexual. El elegido fue el oficial al mando de la seguridad de la casa cuna. Annika se le insinuó y él, como todo un macho vernáculo, aceptó la propuesta. Su desfloración fue desagradable. El alemán fue

un inmisericorde y pésimo amante. Brusco y tosco, solo buscó su propio placer. Sintió una gran repulsión. El dolor por la ruptura de su himen adardeó su alma. A pesar de la desagradable experiencia y la aversión hacia el oficial, su actuación, como hembra heterosexual, fue espléndida. El joven teniente creyó que se ayuntó con la más experta de las meretrices parisienses.

El entusiasta amante la invitó a otro festín de sexo, pero ella se negó. No quería repetir la trágica experiencia. Puso su mirada en un capitán de la *Luftwaffe* a cargo de la estación meteorológica de la zona. El oficial quedó extasiado y, al igual que el SS, pidió más. Pero Annika se negó de nuevo.

La joven enfermera se percató de que los hombres eran fáciles de manipular con tan solo abrir sus piernas. Eran unos bobalicones en la cama. Los vernáculos apolos, en su afán de sentirse machos plenos y poderosos, le contaban secretos de su vida que ponían en riesgo su seguridad y la de otras personas. Hablaban de su trabajo, sus sueños, sus ambiciones, sus enemigos, sus esposas, sus hijos. Annika dio con la forma de cómo encontrar a la niña desaparecida: a través de su inteligencia y la humedad de su pubis.

El rumor acerca de las artes amatorias de la enfermera se regó entre el público masculino y en especial en las filas de las SS. Todos la deseaban y ella los fue complaciendo, pero con un objetivo claro: conocer el oscuro y bajo mundo de las *Schutzstaffel*. Cada amante dejaba entre sus piernas algo más que su masculinidad, ellos le proporcionaban la información requerida para encontrar a la hija de Eva Müller.

Las fuerzas dirigidas por Heinrich Himmler se presentaban ante los alemanes como los guardianes del nacionalsocialismo y cuidadores del *Führer*, pero los hombres de negro eran algo más que una guardia pretoriana. Las SS eran una industria del horror, un emporio del mal. Y Annika Rosenberg, ahora, lo sabía.

Cuando Annika decidió dejar entrar en su cuerpo a aquellos machos apolíneos supo más de los secretos de las *Schutzstaffel*. Se horrorizó de su demencia y fanatismo. Esa intimidad le permitió percatarse de que eran hombres comunes y corrientes como cualquiera, pero con una diferencia importante: para ellos Hitler no era un humano, era un dios. Si Hitler decía que el mar era de chocolate, ellos lo creían. No cuestionaban ninguna de sus órdenes, sus afirmaciones eran certezas matemáticas.

Cada amante, dejaba en su alcoba secretos de las *Schutzstaffel*. Todos menos uno: ¿Qué sucedió con la hija de Eva Müller? Pero cuando el último de sus amantes, el coronel de las SS, Alaric Lahm, quien era el oficial a cargo del proyecto *Lebensborn* en el estado de Bavaria, le escurrió una información relevante, supo que estaba tras las trazas de la pequeña.

El coronel de casi dos metros respiraba exhausto en la cama. Annika, a pesar

de medir un metro setenta centímetros se veía diminuta al lado del titán germano. El coronel sonreía de éxtasis.

—¡En verdad eres toda una diosa, Annika! —le dijo mientras intentaba recuperarse de cuatro coitos consecutivos.

Deslizándose como una serpiente, la nínfula alemana se contorneó como una gata buscando los mimos de su amo. Apoyó su barbilla en el regazo del toro alemán y le dijo:

—Y tú todo un Thor del sexo, mi Coronel.

Él volteó e intentó besarla en la boca, pero ella, con audacia y dulzura, desvió sus labios y lo besó en la frente. El coronel le preguntó:

—Annika ¿Cuánto tiempo llevas en el proyecto?

—Desde que se fundó, soy de las primeras enfermeras que fueron formadas en Berlín.

—Y ¿Por qué no te has embarazado?

Ella dudó por una milésima de segundo y dijo:

—Le sirvo mejor al partido cuidando a la nueva progenie.

—Es verdad, pero deberías pensarlo bien, eres una nazi pura y tienes los rasgos raciales de una alemana perfecta.

—Lo pensaré, mi Thor, lo pensaré —espetó y luego besó los pectorales del coronel.

El hombre miró al techo y por unos segundos se quedó callado. Era el momento que Annika esperaba con ansias.

—Mi coronel, mi bello Thor ¿Qué le preocupa? —Espetó con una voz suave como el aceite de los olivos.

El militar siguió callado, luego susurró:

—Nada, Annika, problemas de trabajo.

—Comprendo, mi Thor, ya se solucionará. Ahora cálmate y disfruta este momento.

La mujer acarició con sus senos pequeños el abdomen del semental alemán. Cuando otra erección se asomaba entre sus piernas, el hombre la tomó del tronco con delicadeza y mirándola, le dijo:

—Estoy exhausto. Sólo quiero hablar.

Annika paró sus prácticas de Mata Hari.

—Y yo sólo quiero escucharte mi bello Coronel.

Ella sabía cómo seducirlos y en especial, cómo sacarle secretos. Primero los agotaba en la cama. Mientras tenía sexo, los alababa, animando a los amantes a realizar verdaderas proezas sexuales con tal de complacer su insaciable apetito. El rumor acerca de su vitalidad sexual se corrió en los pasillos de las SS y todos querían dejar en su vientre, su impronta de macho. Cada hombre quería ser

mejor que los anteriores. En ese juego, donde Annika siempre tenía la iniciativa, los envolvía con cópulas consecutivas sin descanso que agotaba hasta el más dotado de los sátiros. Ella tenía una capacidad única de provocar nuevas erecciones a sus vigorosos machos. Su boca era de fuego. Todos caían rendidos de cansancio y luego llegaba el momento que esperaba: dejarlos hablar hasta que decían algo de más. El coronel mordió el anzuelo, también.

—¡Quédate conmigo el resto de la noche! —suplicó la mujer.

—No puedo.

—Por favor...

—No puedo. No puedo hacerlo.

—Está bien —dijo, endulzando su rostro como una traviesa adolescente.

—Si quieres desahogarte, soy toda oídos.

El hombre sonrió. Habló con lentitud al principio. Se quejó del General que era su superior, lo atiborraba de órdenes, algunas imposibles de cumplir. El tema de los judíos se complicaba. Los hebreos se rebelaban y a pesar de que las leyes promulgadas por Hitler los ahogaban, muchos de ellos conservaban aún, el poder económico en el país. Habló de lo sucedido en París y el asesinato del funcionario nazi en la embajada. Le dijo con una sonrisa posma que pronto las SS tomarían revancha de tal atropello.

—Quien ofende a un nacionalsocialista, ofende a toda la raza alemana.

Annika lo escuchaba con atención. Si un hombre siente que es el centro del universo de una mujer, entonces él hará de ella, el centro de su universo, afirmaba para sus adentros. Continuó hablando de su esposa en Dresden y sus constantes reclamos por sus largas ausencias. Habló de sus dos hijos varones y los ojos le brillaron.

—Los adoró, Annika, son todo para mí.

Ella sonrió. Habló del *Führer* y sus ojos volvieron a rutilar. Continuó mencionando temas superfluos mientras que Annika lo escuchaba con atención. Al final hizo una larga pausa. La rubia dijo:

—Tranquilo, mi Thor, eres el mejor, te aseguro que antes que finalice el año serás ascendido a General.

Él la miró con escepticismo y luego masculló:

—Pero para eso debe salir bien lo de Santa Eduvigis.

Annika se hizo la desentendida. Él miró de nuevo el techo. Annika expresó con disimulo:

—Ese asunto tan importante de Santa Eduvigis... lo hará bien mi coronel.

Él se sonrió.

—Debo hacerlo bien, hasta el mismísimo Himmler estará allí.

—Debe ser muy importante para que vaya el *Reichsführer-SS*.

—Sí, creo que lo es. Por eso debo irme esta misma noche a Berlín y no puedo acompañarte, mi bella Annika.

Al terminar de decir estas últimas palabras buscó con su boca los labios de la enfermera que, ahora sí, respondió con un apasionado beso mientras frotaba el escroto del oficial. Sintiendo como su pene se enheataba, la mujer comenzó de nuevo sus proezas sexuales. El nazi sentía el cosquilleo de la sangre llenado los cuerpos cavernosos de su verga mientras que Annika, con los ojos abiertos, pensaba que debía estar mañana en Berlín en la iglesia de Santa Eduvigis.

Esa mañana había llegado en tren a la capital. La enfermera pidió dos días de licencia a la directora que no pudo negársela, a pesar de sus trabas. En su tiempo en el proyecto *Lebensborn*, jamás hizo uso de sus vacaciones.

En la capital ya se sentía el ambiente de desasosiego e ira por el asesinato del nazi en París. Al pasar por algunos locales judíos, marcados con la estrella de David, observó a ciudadanos frente e ellos y gritar improperios contra sus ocupantes; en otros, un grupo de miembros de las SA se apostaron frente a los locales e impedían que las personas compraran en los negocios. Con cartelones en sus pechos y espaldas, le indicaban a los transeúntes que fueran a otro comercio. Frente a las sinagogas, un grupo importante de fanáticos nazis vociferaban a los hebreos que salían o entraban en su templo, nerviosos. El ambiente era tenso. Cuando la enfermera llegó a la iglesia, al mediodía, pocos feligreses pululaban en su interior. Fingiendo ser una devota católica más, se paseó por todos los rincones del templo, buscando respuestas a su interrogante de la niña desaparecida. « ¿Qué quiere Himmler aquí? » pensó.

Mientras caminaba por el pasillo central escuchó una batahola afuera del recinto. Miró por una de las ventanas y vio como cuatro camiones militares se acercaban al edificio. «Annika piensa, piensa ¿Qué hago? » La mujer miró una escalera retráctil que se recostaba en uno de los laterales y finalizaba en el rellano de la cúpula. Subió rauda mientras observaba como salían los pocos feligreses de la iglesia. Al llegar arriba, retrajo la escalera y se ocultó en el muro que bordeaba la cúpula. Enseguida, un piquete de soldados SS ingresaron.

El deán salió a reclamar al teniente por dicha intromisión y se encontró con la culata de su fusil en la frente. El sacerdote cayó de espalda. Annika, oculta, escuchaba el alboroto, mientras su respiración se aceleraba y su corazón bamboleaba dentro de su pecho. Al cabo de treinta minutos de gritos, golpes, movimientos y pasos, la calma y el silencio volvieron. La enfermera se asomó con cautela y vio el escenario macabro que crearon las SS adentro del templo. La información era cierta, algo importante se llevaría a cabo en ese lugar.

«Llegué a tiempo», pensó. Pero Annika no sabía que había llegado demasiado pronto a la ceremonia. Transcurrirían seis horas para que comenzara.

La agotada y hambrienta mujer permanecía acostada en el rellano perimetral interno de la cúpula. Sentía retortijones de hambre, su vejiga estaba a punto de estallar y le dolían todos los músculos. Su escondite no despertaba ninguna sospecha a los guardias que ni siquiera miraban hacia arriba. A lo lejos, escuchaba un griterío inusual. El pogromo en contra de los judíos había comenzado.

Escuchó el chirrido de la puerta de la basílica al abrirse y con mucha dificultad se levantó y posó sus rodillas en el suelo. Se asomó.

Dos soldados de las SS se dibujaban impertérritos, como monolitos, en ambos lados del altar que tenía encima cuatro tótems que descansaban sombríos en sus vértices. Al frente, un almohadón blanco descansaba en el piso. Un coronel de las SS ingresó por la puerta principal y caminó hasta el tabernáculo. Annika lo reconoció, él estuvo dentro de ella hace menos de veinticuatro horas. El oficial saludó la imagen del *Führer* y se quitó su gorra, fue hasta la puerta principal y entraron dos oficiales de las SS. El coronel les salió al paso e hizo el saludo nazi. Los tres se dirigieron hasta delante del altar donde se quitaron sus gorras. Annika reconoció a uno de ellos, era Himmler. Permanecieron de pie frente al tabernáculo. La mujer se arrastró a gatas para buscar mejor visión de lo que sucedía abajo. Se situó en una de las esquinas. Se asomó de nuevo y pudo distinguir con mayor nitidez todo el escenario.

Vio como una enfermera entró con un niño cargado en sus brazos. Annika pudo ver el color de sus cabellos, eran rojos. Se alegró, podía ser la hija de Eva Müller. Luego observó algo inesperado que le heló la sangre.

Una mujer negra como el azabache, completamente desnuda, se materializó desde la oscuridad de una de las puertas. Su piel de ébano refulgía y sus cabellos, negros como el hollín, cubrían su rostro. Caminó con lentitud y llegó hasta el altar frente a los jefes de las SS. Los oficiales permanecían imperturbables. Annika respiraba con dificultad, el miedo brotaba por sus poros.

La enfermera colocó el infante encima del almohadón. El niño lloró. El *Reichsführer-SS* sacó de uno de los bolsillos de su uniforme unas hojas y se la entregó a la mujer morena que abrió los pergaminos y habló en un lenguaje extraño. Annika concluyó que era latín o griego. Luego, con una mano, tomó uno de los tótems del altar y con la otra, una vela. Ambos los colocó encima del infante que no paraba de llorar. Pronunció unas palabras ininteligibles en un dialecto que Annika no comprendió. Aumentaba el ritmo y la intensidad de las frases y, moviendo con fiereza su cabeza en todas las direcciones, parecía danzar. Sus nalgas y sus senos bamboleaban sugerentes. Parecía haber entrado en un éxtasis sobrenatural.

De pronto, paró. Giró hacia el altar y volvió a colocar la vela y uno de los

tótem encima. Annika observó como el cuerpo sudado de la mujer brillaba a la luz de las velas. Tomó al niño en sus brazos y lo levantó con ambas manos. Repetía, sin cesar, la frase: «*Tempus breve est*» «*Tempus breve est*». Mientras aumentaba la intensidad de sus latidos, la puerta principal de la iglesia se abrió con fuerza con un estruendo y entró un soplo que apagó todas las velas. El lugar quedó a oscuras. Todo era silencio. De pronto, las luces eléctricas de la iglesia fueron encendidas.

Annika se petrificó. La morena se contorneaba encima del altar en una especie de frenesí. El niño de pie, inmóvil, permanecía delante del almohadón en una especie de estado catatónico. Los oficiales de las SS realizaron cinco veces el saludo fascista y gritaban sin cesar: «Heil Hitler». La mujer pegó un brinco hacia atrás y cayó en el piso detrás del altar. Se arrodilló y posó su rostro en el piso. Enseguida un hombre tan negro como la mujer y con el cuerpo de una mole humana, se acercó hasta ella y la cubrió con una bata blanca. Se puso de pie y se marchó tan rápido como entró. El niño, que permanecía callado e inmóvil como un pequeño duende, fue tomado por la enfermera y lo introdujo en la sacristía. Himmler estrechó la mano del coronel y, sin mediar palabras, todos salieron de prisa de la iglesia.

Annika permanecía en shock recostada a la pared, la ceremonia era un absurdo religioso. Se asomó de nuevo por encima del muro. La iglesia se antojaba vacía. Con sumo cuidado bajó la escalera y se deslizó con agilidad. Caminó de puntillas y llegó hasta la puerta que daba a la sacristía. Entró con precaución. Un desorden reinaba dentro. Se encontró de espaldas al deán que arreglaba sus cosas. Al sentir su presencia, él volteó. Tenía un chichón amoratado en la frente. Molesto, le preguntó:

—¿Quién es usted?

Annika, atónita, balbuceó:

—Padre no se preocupe, yo no soy de las SS.

—En Alemania todos son de las SS. ¿Qué desea? —sentenció.

—Nada Padre, solo salir.

—Allí está la puerta —dijo, señalando con su dedo, el final del pasillo.

—Gracias.

La mujer iba a retirarse cuando el gusanillo de la curiosidad picoteó sus pensamientos.

—¿Puedo preguntarle algo?

El sacerdote no contestó y siguió arreglando el desorden dejado por los soldados.

—¿Qué tipo de ceremonia realizaron estos hombres aquí?

Él volteó y le dijo:

—No lo sé, pero tengo la certeza que no es nada relacionado con la santidad. Las SS actúan del lado de las tinieblas.

—El niño ¿sabe a dónde lo llevaron?

—Está afuera en el patio trasero de la iglesia, creo.

—¿Cómo?

—Creo que la enfermera sigue allí con dos soldados, acabo de verlos. Tenga cuidado. Son gente peligrosa.

—Gracias.

Annika sintió como un tornado subía desde su estómago hasta la garganta y bajaba. Caminó hacia la puerta, la abrió con cuidado y salió al patio trasero de la iglesia. Se encontró a la enfermera junto a dos soldados SS que fumaban bajo el amparo de un árbol. El niño no estaba con ellos. Los tres charlaban animadamente. Se escuchaban carcajadas. Annika miró en los alrededores y buscó señales de la presencia del niño. No encontró vestigios. Luego reptó con su mirada hacia debajo del traqueteo de las ramas de un árbol y vio un coche infantil. Se acercó con sigilo hasta el coche. Su corazón palpitaba con fuerza. Se asomó dentro del coche y vio a una niña pelirroja que dormitaba. Sin pensarlo la tomó entre sus brazos con sumo cuidado, intentando no despertarla. Sintió su calor, su piel tersa.

Luego quitó con cuidado sus medias y revisó sus pies. Los vio con detenimiento, uno de ellos tenía un lunar en forma de S. Su corazón latía con fuerza.

La criatura se despertó. Sus intensos ojos azules traspasaron su alma. Sus cabellos bermejos crespos flotaban sobre su cara. Le sonrió. Detalló su rostro. Su barbilla era prominente y al reírse, hundía dos huecos en el centro de sus cachetes. La niña balbuceó y tomó su dedo pulgar derecho. De pronto, escuchó el sonido agudo de un pito. Annika vio como corrían hacia ella, los dos guardias y la enfermera.

—¡Alto, quédese donde está! —gritó un guardia, mientras que la enfermera, azorada, decía:

—¡Suéltela!

La alífera enfermera debía tomar una decisión. Salir corriendo con la niña o dejarla allí. Colocó la niña en el coche, miró sus ojos azules y le dijo:

—Tranquila, bebé, volveré por ti.

Con una agilidad única saltó por encima de la barda de setos que rodeaba la iglesia. Cayó en el piso de bruceas y se levantó con agilidad. Comenzó a correr por la calle. Detrás, los dos guardias la seguían de cerca. La enfermera corría con todas sus fuerzas. Llegó a *Bebelplatz* y vio como una muchedumbre reunida, gritaba improperios en contra de los judíos, mientras apedreaban y saqueaban sus negocios. Annika miró para atrás y vio que los guardias estaban cada vez

más cerca. Se introdujo entre un cardumen de nacionalsocialistas que se apostaban allí. Los guardias SS hicieron lo mismo. La buscaban con frenesí. Ella se camufló entre el gentío.

—La maldita se escapó.

—¿Lograste distinguirla?

—No.

—Reportemos al coronel lo sucedido.

—Idiota y ¿qué le diremos? Que una mujer intentó robar la chiquilla mientras nosotros fumábamos. Nos mandarían a trabajar en un campo de concentración.

—Y ¿qué haremos?

—Nada, esto nunca sucedió. Vámonos.

Ambos dieron la vuelta y se dirigieron hacia la iglesia. Annika vio cómo se retiraban. Se acercó hacia el centro de la plaza y vio como un auto negro se estacionó frente al templo de Santa Eduvigis y tres sombras se introdujeron dentro. El auto pasó al frente de Annika y siguió avanzando entre el paroxismo de los nazis. La imagen de la chiquilla volvió. De sus entrañas surgió una frase:

—¡Te encontraré nena, te encontraré! Lo juro por mi vida.

La noche de los cristales rotos siguió su curso entre un coctel de odio, lloros, dolor y muerte. Entre tanto, el corazón de la rubia que había decidido enfrentar a las SS, ardía como la misma noche berlinesa.

Al día siguiente, Annika volvió a la casa cuna en Heim Hochland. Se puso al día en el trabajo de su oficina. Pasó por la sala de partos y se percató de que hubo siete nacimientos en su ausencia. Actualizó los registros, supervisó dos partos y tomó nota de los registros de los infantes.

Al finalizar la tarde, Annika salió a devorarse sus dos cigarrillos acostumbrados. Cada aspiración de humo llenaba sus pulmones de nicotina e insuflaba su ánimo. Expelía miedo, rabia, ira, desesperanza, pero también frialdad.

Desde hace tiempo, su cabeza era un hervidero para tomar el camino correcto para dar con la pequeña. Ya la había encontrado, pero sabía que dentro de las cuatro paredes de Heim Hochland jamás podría dar con su paradero de nuevo. Debía ingeniar un plan. Cuando terminó de fumar su último cigarro, Annika Rosenberg tenía el azimut para encontrar una salida. Lanzó la colilla al piso y la aplastó con la misma fuerza que la determinación que supuraba desde su corazón. «Lo haré», gritó desde el teatro agigantado de su corazón.

La noche tibia cayó como un gran telón y la casa cuna comenzó a dormitar entre sus pasillos silentes, las habitaciones de las parturientas, el retén de los neonatos y las oficinas administrativas. Solo la rectoría permanecía con la luz

encendida. La directora, una trabajadora incansable y ferviente nazi, terminaba de firmar unos documentos cuando escuchó que tocaban a su puerta. *Frau Weisz* indicó que pasaran.

—Buenas noches, directora —dijo Annika con voz meliflua.

La mujer, con el ceño fruncido, al ver quien era la inoportuna visitante se plegó hacia atrás en su asiento, soltó su pluma y colocó ambas manos en el asiento retráctil. Se sentía como una regente en su trono. La joven enfermera era muy eficiente en su trabajo, sin embargo, su carácter arisco y su lengua desenfadada tenía toda la atención de la directora que a raíz del incidente con la parturienta Eva Müller tenía asido en su mano a su jefa de registros. No le perdonaría ninguna intransigencia más a la disciplina acerada de las SS. Con voz pausada y espesa, espetó:

—Es inoportuna esta hora para una visita *Frau Annika*.

—Lo sé, disculpe.

—¿Qué asunto la trae a esta hora? —dijo, rastrillando su figura con ojos zalameros.

—Quisiera hablar con usted. Es que tengo un problema y quiero su consejo.

La directora desanudó su rostro adusto y señaló con su mano derecha una de las sillas delante de su escritorio. Annika se sentó con lentitud, juntó sus rodillas, ladeó su tronco y posó ambas manos en sus piernas. Su mirada se debatía entre el techo y el piso, buscando las palabras correctas. La directora notó su nerviosismo.

—Directora, yo he sido muy descortés con usted. Y quiero disculparme por mis impertinencias. Han sido muchas y sé que he causado problemas. En especial aquella noche de la parturienta Eva Müller.

—Le dije que ese asunto no debía nombrarse jamás. Esa mañana, esa mujer, esa niña, jamás existieron —tremoló con voz vehemente la directora.

—Lo sé y no quiero hablar acerca de eso.

La directora aspiró aire, hendió sus ojos pétreos en los de Annika, hizo una pausa y luego dijo con sequedad:

—¡Entonces no lo haga!

—Quiero hablar acerca del tema que usted tocó esa madrugada acerca de... mi sexualidad.

Weisz cruzó sus dedos con lentitud sobre sus piernas y dijo:

—Señorita Rosenberg, el lesbianismo no es parte de la sexualidad en los seguidores del Tercer *Reich*, es una aberración. Usted sabe cuál es el destino de quienes practican semejantes aberraciones. Una seguidora del nacionalsocialismo no puede sentirse atraída por otras mujeres. Creo que este asunto quedó suficientemente claro la última vez. Si no he reportado sus

“gustos” o como usted quiera llamarlo a la superioridad ha sido porque su labor ha sido impecable al frente de los registros y porque sé que en su tiempo aquí no ha practicado tales aberraciones.

La enfermera dijo, intrigada:

— ¿Cómo supo usted?

—Los nazis lo sabemos todo... Pero *Frau Rosenberg* no me ha mencionado el problema que tiene. Eso me dijo para venir aquí a estas horas.

Annika tomó una bocanada de aire y dijo con voz temblorosa:

—El problema que tengo es que no puedo contener mi gusto por las mujeres. Y lo que es peor... creo que me he enamorado de alguien que trabaja aquí en la casa cuna.

Estas últimas palabras cayeron como plomo en el mar del ánimo de la cincuentona que se puso de pie con energía. Se acercó con lentitud hasta la silla de Annika, se recostó en el escritorio y colocándose a escasos centímetros de ella, le dijo:

—Yo no puedo tolerar semejante desacato de disciplina, *Frau Rosenberg*.

Annika se puso de pie y quedó frente a la directora. La miró con ojos ferrosos.

—Lo siento, pero yo no mando en mi corazón.

Frau Weisz se acercó más y con sus intensos ojos, color malva, le susurró:

—¿Y se puede saber en quien posó usted sus ojos aberrantes?

—En usted.

La mujer se congeló de inmediato. Annika lo sospechaba desde hace tiempo, pero no había querido realizar esa jugada hasta que fuese necesario, hasta que existiesen las condiciones. Una lesbiana reconoce a otra lesbiana. Sabía que el único modo de acabar con la amenaza de la directora era de ese modo. Ella sospechaba de su orientación sexual desde hace tiempo.

Frau Weisz no pudo evitar delatarse. Sus ojos contritos, su respirar entrecortado y el rostro enrojecido abrieron la puerta que Annika necesitaba. El resto fue más fácil.

La directora no pudo evitar que la lengua de Annika se introdujese en su boca como un topo hurgando la tierra. Con habilidad, la espigada enfermera, arañó sus labios, su lengua y su paladar. Tampoco pudo impedir que las manos suaves de la enfermera despojaron el vestido gris que tenía puesto. No se resistió cuando Annika le quitó su brasier de algodón y succionó sus pezones envejecidos.

Intentando no gemir ni gritar para delatarse, la directora desdoblaba el rostro, sintiendo como su entrepierna se humedecía y desfogaba la pasión contenida por meses. Desnudó el cuerpo frágil de Annika y lo recorrió con sus manos hoscas.

Ambas se dirigieron a un sofá cómplice cercano a una de las paredes laterales donde la enfermera llevó a la directora al cielo, siete veces. Después de tener sexo por más de tres horas, las dos quedaron abrazadas en el sofá.

—He esperado tanto este momento, Annika.

Ella sonrió. La directora continuó.

—No he podido dormir bien desde que te conocí.

Annika permanecía enrollada entre sus pieles. La cincuentona siguió hablando.

—Debemos tener mucho cuidado. No nos podemos delatar ni permitir que nadie sospeche de nuestro idilio —espetó *Frau Weisz*, con voz grave.

—Voltéate —le dijo Annika con dulzura en su verbo.

La directora la miró con una sonrisa y luego se acostó de bruces en el sofá. Sus cabellos hirsutos tapaban su rostro. Annika recorrió con su lengua la espalda de *Frau Weisz* mientras se retorcía en el sofá.

—¿Te gusta?

—Sí, por favor no pares... no

—¿Quieres llegar al cielo?

—¡Sí, sí, sí!

—Irás para allá.

Al decir esta frase, Annika deslizó un cordón por el cuello de la mujer y descansando todo su peso en su rodilla apoyada en el tronco de la directora se apoyó hacia atrás, mientras ejercía presión sobre su tráquea. Ella emitió un sonido gutural seco, sus manos fueron instintivamente a la cuerda. Al no poder zafarse, movió sus manos hacia atrás en un intento de tomar a su atacante. Pero nada de lo que hizo la libraría de la muerte. Sus pulmones colapsaban. Annika apretaba con fuerza las puntas de las cuerdas y su rodilla ejercía más peso sobre su espalda. Sus brazos se cayeron hasta quedar inmóviles y sin vida. En menos de un minuto, *Frau Weisz* dejó de respirar.

Sin perder tiempo tomó un cinturón de cuero que cargaba y lo ató en su cuello, luego con mucho esfuerzo se apoyó en una de las sillas y pasó el cinturón encima de una viga que atravesaba las paredes. Allí, guindó el cadáver. Se vistió con prontitud. Revisó el escritorio de la muerta, buscando algún dato de la niña desaparecida. No encontró nada. Luego se sentó en el asiento de la directora, tomó su agenda e hizo unas anotaciones y, luego, escribió una carta de suicidio, indicando sus razones. Como epitafio plasmó:

... y sabiendo que mi homosexualidad no concatena con los principios del nacionalsocialismo, prefiero quitarme la vida antes que seguir viviendo en este oprobioso deseo irrefrenable. Debo ser castigada con severidad. Viva Alemania, Heil Hitler.

Annika había practicado la grafología de la letra de la directora desde hace tiempo. La imitación era perfecta. Dejó la carta encima del escritorio. Tomó su agenda personal e hizo unas anotaciones. Annika terminó de montar el escenario del suicidio. Finalizó todos los detalles y luego se dirigió a la puerta. Antes de salir, vio el cadáver desnudo de Frau Weisz y dijo, a voz queda:

—¡Maldita!

Salió por la puerta y se dirigió a su habitación. No pudo conciliar el sueño. No sentía remordimiento ni pena por haber asesinado a la directora. No tenía tiempo, debía salvar su pellejo y esconder su rastro de los sabuesos de la Gestapo. Repasó las respuestas y las actitudes que debía tomar cuando encontraran el cadáver.

El tiempo voló. A las seis de la mañana el ama de llaves entró en la oficina y vio la imagen dantesca. La casa cuna se convulsionó. La Gestapo arribó en una hora. Los sabuesos interrogaron a todas las personas. Cuando tocó el turno de Annika, se mostró segura en el interrogatorio y compungida por la muerte de su querida directora.

La investigación fue rápida. Varias de las enfermeras indicaron que la vieja era una perversa y que se les había insinuado a tres de ellas, reafirmando las palabras de la nota de suicidio. La Gestapo se convenció de su veracidad y al siguiente día se marcharon.

A la semana, una nueva directora arribó, proveniente de Berlín. Entre los asuntos pendientes que dejó la antigua regente en su agenda, destacaba el traslado a Berlín, de la enfermera, jefa de los registros, para que se capacitase en la escuela de enfermería de las SS. Esa tarde firmó su transferencia. El plan perfecto de Annika, apenas comenzaba.

11

El Padre Rhode llegó a su oficina y encendió la lámpara desgastada de su escritorio. Era más de la medianoche. ¡Qué día! Frank Rhode tenía muchísimo tiempo que no sentía esa sensación de agotamiento que tullía sus huesos. Se despojó de su bufanda y su sombrero. Se preparó un té y le agregó tres cucharadas de azúcar. Luego se sentó en su escritorio con la infusión en su mano y tomó su libreta de anotaciones. Una imagen de Jesús de la misericordia se erguía como un vigilante celoso de sus acciones desde la pared del frente. El sacerdote holandés era un devoto de ese cuadro basado en las visiones de sor Faustina y sus relatos inéditos.

El té calmó un poco el nerviosismo del sacerdote. Sentía que desde dentro de sus entrañas, un escalofrío recorría su columna vertebral y explotaba en su frente. Allí, en el silencio ensordecedor de la mitad de la noche, sentía como un temor seco y frío helaba su corazón.

Un miedo atizado le helaba el habla. Era una sensación de indefensión hacia una fuerza de proporciones inimaginables: el mal. No le mencionó toda la verdad a Antonella acerca de la interpretación de la profecía. Si lo hubiera hecho, ella estaría tan asustada como él. No le mencionó lo peor.

El Padre releyó en varias ocasiones sus anotaciones en el cuaderno y unió las yemas de sus dedos como una gran carpa circense sobre el escritorio. Utilizaba todos sus conocimientos para tratar de interpretar la premonición. Expelió un suspiro, en un intento vano de deshacerse de la impotencia que lo ataba a la frustración. Tomó de nuevo las anotaciones del sueño de Antonella y auscultó cada frase, palabra y oración de su relato. Intentaba darle forma a la plastilina gigante que tenía en sus manos. Cada vez que construía una teoría, esta naufragaba en el calor de la duda.

Revisaba las profecías bíblicas en el apocalipsis, las visiones de los santos a lo largo de la historia y todo aquello que pudiera atar los eslabones desordenados de su investigación. Estaba convencido de que la liberación del líder de los vigilantes era la esencia de la interpretación del sueño, pero ¿De qué modo?

Hojeaba la biblia. Pasaba con lentitud sus páginas y veía en la parte superior las abreviaciones de sus libros. De pronto paró. Una luz se encendió en las tinieblas de su entendimiento. Sus dedos vetustos se detuvieron en el libro de Isaías. Fue hasta su libreta de anotaciones y leyó un fragmento del sueño de la mujer. ...***Volteé y tú me dijiste qué Dios era la salvación. Luego, las paredes del salón comenzaron a llenarse de luz solar y al fondo, en la pared, vi pintado***

con letras rojas XIV XIII XIV..

—Dios es la salvación —farfulló.

Una sonrisa se trazó en su rostro. Recordó que esa frase, en hebreo, significa el nombre Isaías, uno de los profetas mayores. Claro, por supuesto, si soy idiota. Si se trata de una profecía, que mejor que enmascararla a través del más grande de los profetas bíblicos. 14, 13, 14 dijo entre dientes ¿serán capítulos o versículos? O... si... son ambos. No tuvo que revisar mucho en la biblia.

—¡Eureka! —dijo exultante.

Lo encontró. Isaías capítulo 14, versículo 13 y 14, reza:

“Tú que decías en tu corazón: subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo”

—Aquí estás, Luz caída —dijo con voz trémula.

La alegría que tuvo al descubrir el significado de los números y una frase del sueño fue soslayada por una preocupación mayor. Sus sospechas eran ciertas. Detrás de toda esa pantomima del sueño, un fin más aterrador y horroroso se asomaba silencioso. Esos versículos representaban algo más que un simple juego de palabras o frases, eran el epicentro de la lucha entre el bien y el mal. Isaías, el mayor de los tres grandes profetas de la biblia nunca erraba en sus profecías. Rhode sintió un escalofrío cerval. La noche oscura se hizo tenebrosa y el sonido del silencio se tornó aterrador. El padre tomó el rosario que tenía en el bolsillo derecho del pantalón y lo apretó con fuerza.

Se levantó de su asiento, la silla emitió un chirrido que terminó de asustarlo. Caminó hasta el sofá de enfrente, y se arrodilló frente al retrato del Jesús de la misericordia. Sus manos trémulas intentaban no soltar el rosario. El sacerdote comenzó a sudar profusamente a pesar de que un frío espeluznante envolvía la noche romana. Su corazón palpitaba con celeridad. El sueño de esta vidente italiana era más de lo que suponía, era la revelación del punto de inflexión en la lucha perpetua del bien y el mal. En el medio de la niebla de su temor más profundo, oró y suplicó por la ayuda de Dios. Si era verdad lo que suponía, debía tener a su lado a todas las legiones de ángeles del cielo.

Antonella y Mario se bajaron con celeridad en la estación de Santa María Novella, en Firenze. El lugar lucía atiborrado de personas a esa hora, nueve de la mañana. El barullo de los trenes, el sonido del altavoz, el siseo de las voces y el hablar rocambolesco de turistas, hacían de la “*termini*” un verdadero

pandemónium ciudadano.

El viaje en el súper tren desde Roma fue rápido, más raudo de lo que hubiesen imaginado ambos. La mujer de los ojos claros estuvo reticente a tomar el más veloz de los vehículos sobre rieles, pues sentía pavor por la velocidad. Mario usó el mejor de sus discursos persuasivos, para convencerla de la necesidad llegar rápido a la ciudad de Dante. El único modo era tomando el súper tren. Ella accedió a regañadientes.

Salieron a las siete y treinta desde la estación de trenes de Roma Termini. En el camino, ambos permanecieron encapsulados en su manto invisible de mutis. Apenas cruzaron palabras durante el trayecto. Las imágenes de la toscana italiana, a casi 200 km/h, no perturbaron las aguas turbias de sus pensamientos.

La pareja avanzó con celeridad entre el cardumen de personas de la terminal. Antonella tomó de la mano al sacerdote y lo haló entre el gentío para llegar con prontitud hasta la calle. Se sentía bien en Firenze, era su ciudad, su estepa. Conocía al dedillo la antigua villa de Leonardo Da Vinci. Salieron a la calle donde una brisa fresca besó sus rostros. El tráfico espeso parecía uno de los círculos del infierno de la Divina Comedia. El sonido de los claxon de los vehículos y el entorno de Firenze los arrojó de inmediato. Los taxis pululaban como moscas encima de una carroña. Tomaron uno de color plomo.

—*Spedale degli Inocenti* —dijo Antonella.

El taxi tomó la ruta hacia el hospital de los inocentes. Mario desorbitó los ojos y miró a su compañera.

—¿Estás sorprendido Mario?

—Sí, un poco.

—El hospital de los inocentes es una de las mayores joyas arquitectónicas de la ciudad y una de las paradas obligatorias de los turistas que visitan Firenze.

—Por eso me sorprende Antonella, pensaba que era solo un sitio histórico, no un orfanato.

—Ese orfanato fue el primero de su tipo en Europa. Es una joya de la arquitectura renacentista, en el edificio funcionan, aún, dos jardines de infantes, una guardería, tres casas de acogida de niños y algunas oficinas de investigación de la Unicef.

—No sabía, me alegra que aún haya gente con almas buenas.

—Sí, Mario, el mundo no ha terminado en un averno profundo por la bondad de muchas personas.

Mario acezó la mirada y le preguntó con curiosidad:

—Antonella ¿Tienes recuerdos de tus días en el orfanato?

Ella dirigió la vista hacia la ventana y dijo:

—Recuerdos muy difusos. Uno que otro, de alguna nodriza en un salón.

Algunos de niños jugando conmigo. Nada importante.

—¿Cuándo supiste que eras una niña adoptada?

Lo miró y sin dilaciones, dijo:

—Siempre lo supe. Mis padres me dijeron la verdad desde pequeña. Ellos me decían, a su manera, que me acogieron en el seno de su hogar para que yo llenase de luz sus vidas. Y en verdad fue así. Mis padres tenían casi cincuenta años cuando me adoptaron. No podían tener hijos. Yo llegué a sus vidas en el momento adecuado y de verdad que fue muy especial para todos. Para ellos y para mí.

—Pero debió ser difícil enfrentarte a tu verdad. ¿Alguna vez quisiste conocer quiénes eran tus verdaderos padres y por qué te abandonaron?

Antonella avinagró el rostro, hizo un ademán, enarcando los labios y, luego espetó:

—Esa pregunta me la hice más de adulta que de niña. En mi infancia no tuve tiempo de hacerme esa interrogante. Fue tanto el amor que me dieron mis padres adoptivos que no quise preguntarles jamás. Cuando murieron, emergió en mi conciencia el gusanillo de la curiosidad. Hace dos años hice un viaje desde Roma hasta la puerta del hospital de los inocentes para preguntar por mis orígenes.

La mujer cerró sus labios.

—Y ¿Qué sucedió?

—No tuve el valor de remover el pasado. A veces, cuando mueves las arenas movedizas del tiempo, encuentras respuestas que debiste dejar enterradas para siempre.

—En verdad, lo siento. Disculpa si esta situación nos trajo hasta acá, Antonella —Expresó, compungido, el Padre Mario.

Ella arreboló su rostro y con una sonrisa trémula, sentenció:

—Algún día debía pasar. Y que mejor momento que este, cuando el mundo depende de mí —dijo, irónica —estamos cerca, ya casi llegamos.

El taxi se detuvo en el hospital de los inocentes situado al frente de la *Piazza Santissima Annunziata*. Se apearon del vehículo. El cielo azul bizarro tenía en su cúpula, tímidas pinceladas de cirros y nimbos. Algunos turistas recorrían la plaza y tomaban fotografías en sus infinitas columnatas. La mujer expelió un suspiro y dijo:

—¡Vamos Mario!

Subieron las centenarias escaleras y recorrieron el pasillo que se amalgamaba con la fila de columnatas. Se internaron en el interior del hospital con paso presuroso y ágil. Soslayaron el extremo izquierdo del pórtico. Pasaron por frente de la “rueda”. Antonella dijo, señalando con su dedo:

—Esta es la famosa “ruota”. Es un torno de piedra que permitía a los padres abandonar a sus hijos frente al pórtico sin que nadie del hospital los viera. Solo tenían que tocar esa campana que está allí para que desde dentro del orfanato giraran la “routa” y el destino del niño fuera sentenciado. Jamás volvería a ver a sus padres.

—Un sistema práctico, pero cruel —dijo el sacerdote venezolano.

Antonella agregó:

—Todo el edificio es cruel, en un orfanato ninguna de las ornamentas alegra el alma; las paredes, por más dibujos infantiles que tengan, se convierten en muros infranqueables; los juguetes son cenizas con el paso de los días; la comida, por más deliciosa que sea, sabe a miseria. Los niños que viven dentro de un orfanato se sienten atrapados, es como si hubiesen nacido con la impronta de criminal en la frente. Han sido sentenciados a vivir en una cárcel sin siquiera haber cometido un crimen. Mis días aquí fueron olvidados, pero la sensación que se siente tras sus columnas queda prendida al alma como un gran tapiz de recuerdos indelebles.

El sacerdote bajó la mirada, avergonzado por la experiencia de su amiga. Antonella inquirió:

—¿Te fijaste en esos tondos cerámicos encima de cada columnata?

Mario volteó.

—Sí.

—Son niños en pañales sobre un fondo azul. Eran una especie de ruta que indicaba a las madres donde se encontraba la “routa”.

—¡Increíble!, era macabro. —dijo el sacerdote, expeliendo un suspiro.

—Sí, Mario, pero así funcionó por mucho tiempo, hasta el año de 1875. Dejaban a los niños como perritos —Antonella suspiró —Cuando te abandonan, te dejan igual que un viejo trapo que no necesitan. La forma no importa, la razón es la misma. No te quieren en sus vidas, no tienen el valor para asumir su paternidad.

Mario se percató de que Antonella tenía abierta la herida por haber sido abandonada. Esa grieta en su corazón no había cerrado del todo.

Entraron hasta la sala contigua a la dirección. Los retratos de la galería de las exdirectoras vigilaban silentes el lugar. Ninguna sonreía. Sus caras augustas daban miedo. Eran recordatorios ancestrales del legado de disciplina que debía regir el orfanato.

Ambos se anunciaron con la asistente de la rectora. La mujer, oronda como un barril y con el rostro petrificado, los miró de arriba abajo. Vestida con una toca negra y un hábito blanco, su figura pantagruélica se inflaba como una gran bambalina. Les informó, con una voz pausada, pero firme, que la madre

superiora no recibía visitas sin previo aviso. El padre Mario insistió.

—Venimos del Vaticano y nos urge hablar con ella.

—Ella no los podrá recibir, tengo instrucciones claras.

El padre dio un paso hacia adelante y expresó con voz más grave:

—Madre, por lo menos infórmele y luego nos dice si nos recibirá o no. Deje esa decisión en sus manos y no en las suyas.

—La madre superiora me dio instrucciones hace tiempo... sin previa cita no habrá entrevista.

La monja, que parecía una dirigente fascista de los años treinta, era inflexible. Mario casi se jalaba los pelos de la rabia e impotencia. Antonella intentó de otro modo. Con voz solícita, dijo:

—¡Por favor madre se lo suplico, yo fui criada en este orfanato, infórmele a la madre que una egresada de esta institución “ruega” una entrevista!

La rolliza mujer aflojó el rostro, se puso de pie y, como un búfalo macho persiguiendo a una hembra en celo, entró en la oficina de la directora. Ambos permanecieron de pie mientras la “cordial” asistente le informaba a su superiora. Los dos se miraron y un halo de duda emergió en forma de suspiros. Antonella barruntó malas energías. Mario permanecía callado. Al cabo de dos minutos, la monja salió con su rostro rubicundo. Con voz gruesa y agreste, expresó:

—Pasen adelante, sor Gianna los recibirá.

—Gracias —expresaron al unísono y entraron.

Ambos cruzaron el umbral de la puerta. Una monja con un rostro de finas estructuras y la piel acartonada los recibió detrás de su escritorio. Antonella la detalló. Su nariz era estrecha, su boca fina casi no tenía labios y sus ojos grisáceos se escondían detrás de unas gafas cuadradas. El velo negro que portaba indicaba su jerarquía de madre superiora. Un gran crucifijo de plata en su pecho brillaba delante del hábito. Los invitó a que tomaran asiento con sus dedos huesudos.

—¡Por favor, siéntense! ¡Bienvenidos!

Ambos visitantes agradecieron y se sentaron en las sillas vejucas dispuestas al frente. Antonella y Mario dibujaron sus mejores sonrisas. La monja colocó sobre la mesa el lapicero que portaba en su mano izquierda y, ladeando el rostro, salpicó una disculpa.

—Escuché el trato de la madre Caridad, me excuso en nombre de la institución. He hablado con ella miles de veces para que cambie ese carácter y mejore el trato con las personas, en especial, con los visitantes que, de a poco, nos deleitan con su compañía.

—No se preocupe Madre, imaginamos que solo cumple con su trabajo... Yo soy el Padre Mario y ella es la Doctora Antonella Luccioni. Venimos del

Vaticano, bueno de Roma en realidad. Solo queremos pocos minutos con usted.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Antonella, con voz melindrosa, expuso:

—Sor Gianna, yo fui entregada en esta institución al nacer. Al cumplir los tres años fui dada en adopción a unas personas maravillosas que me criaron con amor y dulzura. Ellos ya murieron. Hoy necesito saber el nombre de mis verdaderos padres. Sé que es una norma de la institución proteger a toda costa el nombre de quienes entregan a los niños, pero se lo suplico madre superiora, necesito saber el nombre de mis progenitores.

La Madre, atildada, subió los lentes sobre su tabique nasal y espetó:

—Hija, no puedo darles esa información.

El Padre Mario intervino.

—Madre superiora, sabemos lo delicado qué es esa situación para usted, pero debo decirle, con toda responsabilidad, que no buscamos retaliaciones con esas personas, solamente debemos conocer sus nombres para... —Hizo una pausa y se mordió los labios.

—¿Para qué, Padre? —dijo sor Gianna con el rostro petrificado.

—Sería difícil para usted entender las razones Madre —expresó y luego se mordió los labios de nuevo.

—Si no me las dice, jamás entenderé, de eso puede tener la certeza.

—Madre superiora, ambos somos religiosos y llevamos una vida ascética, usted sabe que no miento. No le puedo decir la razón que nos mueve, pero le aseguro que es para un fin supremo que incluso la involucra a usted.

—¡Madre, por favor! —suplicó Antonella con los ojos vidriosos.

Las palabras de ambos cayeron como una lluvia de ruegos en el alma de la Superiora. Su rostro rutiló y blandió una sonrisa. Luego dijo:

—Veré que puedo hacer.

—Gracias, Madre.

—Pasen dentro de tres días y les daré la respuesta.

Los rostros de ambos se avinagraron. Antonella expuso:

—Madre, no contamos con ese tiempo, por favor lo necesitamos lo más pronto posible.

—Señorita, no creo que pueda para hoy...

Mario, urgido y con el rostro enrojecido, expresó:

—Es urgente, no tiene idea de la urgencia —expresó el Padre Mario.

La madre superiora entornó los ojos y dijo:

—¡No pensaba que fuera tan urgente!

—Sí, Madre, lo es —dijo una nerviosa Antonella.

—Padre, asómeme por lo menos algo acerca de la necesidad que tienen, para

poder ayudarlo.

Mario se mordió los labios y miró a Antonella. Iba a hablar cuando la italiana se le adelantó y con una voz plana, dijo:

—Madre, le diré la verdad... —La superiora atrapó sus ojos —Yo soy una vidente y tuve un sueño premonitorio que estoy tratando de develar. Mis profecías siempre se cumplen. Es un sueño muy perturbador que implica fuerzas más allá de este mundo. En el sueño se revelan situaciones que comprometen el equilibrio entre el bien y el mal. Yo no soy una bruja ni mucho menos. Soy una católica convencida, pero tengo este don. El Padre Rhode, del Vaticano, nos está ayudando a interpretarlo. Él me pide saber acerca de mis orígenes, pues el sueño podría implicarlos a ellos o a algún familiar directo. ¡Por favor, madre superiora, ayúdenos!

La monja suspiró y se quitó las gafas. Llevó sus dedos a los párpados. Los estrujó. Era como si tanta información la hubiese cegado. Se colocó de nuevo las lentes y dijo:

—Con la verdad se abren las puertas más intrincadas... ¡Los ayudaré!

La monja pidió el nombre completo de Antonella. Lo anotó en un papel y salió por la puerta con una energía impropia para sus años. Ambos se miraron.

—¿Crees que nos den los nombres? —farfulló Antonella.

—Sí, por supuesto. Nos ha dado su palabra.

—Yo también creo que nos ayudarán.

—¿Tú crees que tus padres estén vivos? —inquirió Mario.

—No lo sé. Hay tantas preguntas que emergen en mi cabeza. Si tengo hermanos, tíos. Imagínate. Una familia...

—Cambiaría tu vida.

—Sí... ¿Tardarán mucho?

—Siempre tardan, no debe ser fácil tener todos los archivos de tantos niños abandonados y dados en adopción.

—El Padre Rhode ¿Te ha llamado?

—No.

Se escuchó el martilleo de unos pasos y el siseo de unas voces. El ruido y el silencio se mezclaban en lapsos intermitentes. Pasaron quince minutos hasta que la puerta de la oficina se abrió y la madre superiora entró con otra monja. Ambas tenían el rostro lúgubre. Avanzaron hasta el lado derecho donde ellos se encontraban.

—Señores, ella es sor Belinda, la directora de archivos de la institución. Temo que no podremos ayudarlos.

Los ojos de ambos se desaforaron por la sorpresa. No esperaban esa respuesta. La monja de tez morena, labios gruesos y ojos cetrinos dio un paso al

frente y dijo:

—Usted es Antonella Luccioni adoptada en el año de 1976 por Álvaro Luccioni y María Duce. Su adopción aparece registrada en este libro —dijo, señalando uno que portaba —No podemos ayudarla. Lamento informarles que hace poco hubo un hurto en los archivos de la institución y fue extraído su expediente.

—¿Cómo dice? —expresó el padre, inclinando su cuerpo hacia adelante — ¿Hurtaron el expediente de Antonella? Eso es ridículo.

—Por favor, Padre, no se sienta ofendido, yo sabía de esta situación, pero no pude imaginarme que se trataba de la señorita Antonella. Hace menos de una semana, alguien forzó la puerta de los archivos y cuando hicimos inventario faltaba ese expediente —expresó la madre superiora.

Antonella, que no salía del asombro, sintió un escalofrío recorrer sus tobillos y subir por su vientre hasta la boca de su estómago. Sintió arcadas en su abdomen y sus manos se adormecieron. Su mirada se perdió en las cortinas vetustas de la ventana de la oficina. Con voz suplicante, preguntó:

—Madre ¿No hay otra forma en que pueda ayudarnos?

—No —sentenció con vehemencia la monja morena.

Hubo un espacio de silencio entre el rostro de incredulidad del Padre Mario y las caras funestas de las hermanas. Antonella soltó la pregunta:

—¿Yo tuve otro nombre?

La madre superiora dijo con voz amainada:

—Sí, hija. ¿Estás segura que quieres saberlo?

Antonella asintió. Sor Belinda abrió el libro y leyó:

—Brigitte... Brigitte Marconi era tu nombre.

—¿Por qué no conservé mi apellido? —se aventuró a preguntar.

—Muy simple, hija, porque no debes dejar nada del pasado en tu nueva vida. Para efecto de nuestros registros se anota a la persona con el nombre del apellido de sus nuevos padres. Además en la mayoría de las oportunidades los niños que dejan, no tienen apellidos. Al ser abandonados, jamás sabemos de sus antiguos padres —dijo, sor Belinda.

Antonella se puso de pie y se dirigió hasta la ventana. Todos la vieron con atención, expectantes. Volteó y dijo:

—Sor Belinda, usted manifestó que cuando el niño tenía un apellido anterior era porque lo entregaron y no por abandono.

—Sí, es correcto.

—¿Yo fui abandonada?

—No.

—Y no sabe usted el nombre de la persona que me dejó aquí.

Sor Belinda dijo:

—No, hija, ese nombre no está...

—No, sor Belinda, es posible que esté —interrumpió la madre superiora con el rostro bruñado —El expediente desapareció, pero en el libro de visitas cercana a la fecha de su entrega deben estar los datos de las personas que visitaron el orfanato en esos días. Solo debemos cotejar las listas y podríamos encontrar un nombre.

Sor Belinda asintió. Un destello de esperanza emergió del rostro de Antonella.

—Pero la lista será kilométrica —expresó Mario.

—No lo creo, esos tipos de casos son excepcionales. Esos libros los tengo aquí. ¿Qué edad tiene usted?

—Cuarenta y tres años.

—Eso significa que pudo haber nacido en 1974. Busquemos con un margen de error de tres años. Rastreamos los libros correspondientes a los años 1973, 1974 y 1975. Por favor si me pueden ayudar, mis ojos apolillados no me sirven de mucho en la oscuridad de la oficina.

La madre superiora sacó una llave de su escritorio y se la entregó a sor Belinda quien abrió un archivador de madera inveterado que se encontraba en una de las esquinas del despacho. Siguiendo las instrucciones de sor Gianna, sacó tres libros que se encontraban en los casilleros de esos años. Los distribuyó.

Todos empezaron a rastrear el nombre de Brigitte Marconi con los dedos. Un silencio expectante adensaba la oficina. La madre superiora se paseaba de un lado a otro, intentando ayudar con su ánimo. Solo el murmullo lejano de los turistas en *la Piazza Santissima Annunziata* se escuchaba como testigo lejano desde el mundo exterior. Después de quince minutos de búsqueda, el padre Mario expresó, agostado:

—¡Aquí está!

Las mujeres lo rodearon y él leyó:

—Magda Udet, 5 de mayo de 1975. Niña de nombre Brigitte Marconi.

—¿Es mi madre? —preguntó Antonella.

—¡Es posible! —contestó sor Belinda.

Todos se miraron, sonriendo.

—Permítame, padre, por favor —dijo, sor Belinda, tomando el libro.

—Aquí hay un pie de página.

Todos miraron a donde señalaba el dedo flacuchento de la monja.

Berlín, Barrio Hansa, Estación del Ferrocarril Eléctrico de Tiergarten, Klaus Müller-Rehm, Gerhard Siegmann. Punkthaus.

—¿Es una dirección? —preguntó la madre superiora.

—No lo sé, pero debemos ir para allá —Mario tomó su teléfono y fotografió la dirección y los nombres.

—¿Berlín?

—Sí, Antonella. Debemos hallar a esa mujer en Berlín.

—Pero debe estar muerta.

—Eso no lo sabemos. Quizá es así, pero allá están las respuestas.

La madre superiora dijo:

—Espero que hayamos podido ser de su ayuda.

—Lo fue, Madre, no se imagina cuánto. Gracias, muchas gracias. Tomen mi teléfono, el de Antonella y el del Padre Rhode en Vaticano, si tiene otra información que nos ayude, por favor nos avisa —dijo y escribió en una hoja los números.

Ambos se despidieron de las monjas, que con los rostros lustrados de alegría, les dieron sus bendiciones. Esta vez fue Mario quien tomó a la anonadada Antonella de la mano para salir de la oficina, raudos. Llegaron a la plaza y tomaron un taxi.

Adentro del rectorado del orfanato, la madre superiora y sor Belinda se asomaron a la ventana y vieron partir a los extraños visitantes en un auto.

La monja morena le preguntó:

—Sor Gianna. ¿Para qué necesitan esos datos tan urgentes?

—No lo sé, solo espero que sepan lo que hacen. El pasado no debe removerse... si se hace, en ocasiones puede devorarnos.

La madre superiora agrió su rostro. Un recuerdo del pasado aleteó hasta su memoria. Volvió al libro. Con sus dedos esqueléticos caminó hasta el nombre de Magda Udet. Luego, abrió la gaveta de su escritorio y tomó su agenda, la leyó. Vio a la Madre Belinda con el rostro lívido.

—¿Sucede algo?

—Debo ver a alguien. Acompañeme por favor.

Las dos monjas salieron del rectorado del orfanato como si hubiesen visto un fantasma.

12

El salón principal de la sede del edificio de la policía berlinesa era un lugar lúgubre. El recinto se ahogaba en penumbras. Las luces tenues de las velas semidesnudas y las lámparas con luces aciagas ablandaban los rostros de los presentes. En el centro, cuatro féretros reposaban como monumentos luctuosos. Los policías y los familiares de los funcionarios asesinados enjaulaban, en sus rostros tétricos, una sed de retaliación irrefrenable que hendía el ambiente. Una sola palabra atravesaba el salón como un sonido seco... Venganza.

Alrededor de las urnas, legiones de familiares, parientes, amigos y compañeros de labores de los agentes iban y venían como cardúmenes de peces, parecía que el salón explotaría de un momento a otro. La capacidad de aforo fue rebasada. En los vértices de los ataúdes, cuatro policías vestidos de gala y con el arma al hombro, se presentaban impertérritos e incólumes con una presencia marcial impecable. Desde la inamovilidad de su porte veían desfilar las emociones más disímiles de los dolientes y compañeros de los asesinados. Los familiares explotaban de dolor ante las urnas de sus seres amados; los policías, iracundos e impotentes, juraban venganza ante sus cuerpos inertes, los reporteros gráficos hacían su festín ante las más variopintas escenas.

Los sonidos rompientes de una guitarra desnuda se deslizaban entre las paredes como un llanto lejano. Sus exquisitas notas barnizaban el duelo. El guitarrista arpegiaba las cuerdas con sus hábiles dedos que lanzaban unas notas melancólicas que apretujaban los corazones.

El inspector Rudolph Speer, de pie y recostado en una pared, se abstraía en sus pensamientos en una esquina del salón. Silente, observaba el velorio desde la mayor lejanía que podía. Quería pasar desapercibido. Era difícil pues los ojos de todos los presentes le pedían, suplicantes, justicia. Debía resolver el caso lo más pronto posible para devolver sosiego a la ciudad. Los ojos vidriosos de las viudas y huérfanos, los rostros acobardados de los compañeros de los policías asesinados y la voz iracunda del Alcalde de Berlín le pedían a gritos que resolviese el caso de inmediato.

A todos quienes se le acercaban y le pedían justicia, él solo asentía. Empero, Rudolph no tenía la más puta idea de cómo resolver el caso. Era un auténtico cangrejo. La investigación caminaba hacia atrás.

El inspector necesitaba del silencio de la soledad. Los casos policiales no se resuelven con ímpetu sino con lógica. Mirando los féretros centraba su atención en el rompecabezas de la muerte de Otto Gebauer. Para atrapar el Serafín debía

saber primero quién era. Según el inspector Giuseppe, para poder prenderlo, era necesario pensar como él, conocer sus peculiaridades y lo más importante, estar al corriente del motivo de su inoportuna visita a Berlín y cuál era su relación con Otto Gebauer. Debía resolver esas dos interrogantes.

Pero las preguntas en criminalística no son tan fáciles de responder. Otto Gebauer era un enigma. Solo conocía dos elementos ciertos del occiso: Era un detective privado y seguía de cerca la vida y obra de Heinrich Himmler, el ex Jefe de las SS.

El fofo inspector de la Interpol le recomendó que hiciera un rastreo al GPS del teléfono móvil de Otto para conocer de primera mano, cuál fue su itinerario en los últimos tres días. No encontró nada fuera de lo común, solo supo que estuvo por espacio de dos horas en las cercanías de *Alexandplatz*. Speer ordenó buscar los discos duros de los sistemas de circuito cerrado de los lugares cercanos a la plaza. Se recolectaron cincuenta y seis DVR. Era una tarea titánica. La mitad de los empleados de la policía que tenían labores administrativas, incluyendo a las secretarías, revisaban los cuadros de las grabaciones, en turnos, sin descanso. Buscaban la figura vetusta de Otto Gebauer. El equipo ya llevaba casi nueve horas continuas en esta agotadora faena.

Rudolph hizo énfasis en el disco duro de su computadora hallada en su departamento y la biografía de Heinrich Himmler encontrada.

Los dos mejores ingenieros en computación de la ciudad buscaban un patrón en las búsquedas de internet de este personaje. Le prometieron noticias, pronto.

Entretanto, dos historiadores tenían en sus manos la biografía de Himmler y buscaban cualquier pista que encarrilara la investigación. Era una labor más pausada, pero Speer tenía la seguridad de que rendiría sus frutos. Su intuición detectivesca se lo gritaba.

Un agente apareció por su lado derecho. El efectivo le informó que el cortejo fúnebre saldría en quince minutos. Él asintió. En ese mismo instante, su teléfono vibró. Era Boris, su segundo al mando. Atendió con voz queda.

—Inspector, creo que debe venir de inmediato.

—No puedo, el cortejo fúnebre saldrá en pocos instantes —expresó con dureza.

—Señor, creo que encontramos a Otto en un vídeo.

El Inspector hizo mutis. Al instante, reaccionó.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor. Se citó con un pelirrojo en la cervecería *Hofbrau Munchen* por casi una hora, cerca de *Alexanderplatz*.

Rudolph dudó por un momento y luego expresó:

—Iré de inmediato.

El inspector guardó el teléfono. Speer era un cascarrabias, pero era un extraordinario jefe que se preocupaba por sus subalternos. Con el rostro apesadumbrado, avanzó hasta los dolientes de los policías asesinados y les participó que debía retirarse. Con un nudo en la garganta se despidió de cada uno de ellos. Las esposas y los niños lloraban desconsolados. Todos lo vieron con los ojos lagrimosos. Se fue a excusar con la última familia, la de la detective Hanna. Su esposo era un patrullero de la policía. Abrazado al ataúd, sus brazos arrojaban la caja de madera donde reposaba el cuerpo de su esposa degollada. Speer llegó y el efectivo, un oficial atlético y joven, de espalda hercúlea y de la misma altura del inspector, se apartó de la urna y se acercó hasta su jefe hasta quedar a escasos centímetros de su rostro. Sus ojos inyectados de ramificaciones arteriales se posaron en sus pupilas. Con voz vehemente, espetó:

—Inspector, usted es el único policía en quien yo confío. Mi esposa lo admiraba tanto como yo. ¡Le suplico... le pido y... le exijo que su asesinato no quede impune!

El joven alemán hizo una pausa. Miró al piso, tragó una bocanada de aire y de nuevo miró a su espigado interlocutor.

—Inspector, el tal “Serafín” debe morir. ¡Prométamelo! ¡Prométamelo!

Rudolph aguzó sus ojos y le dijo sin pausa:

—¡Te prometo que si el Serafín asesinó a tu esposa, pagará por esto!

El joven policía expelió un suspiro y volvió al frío ataúd. Los ojos silentes de los testigos miraron la escena. Speer se abrió paso entre el gentío y se largó. Se dirigió hacia el comedor que fue transformado en una sala de vídeo.

Rudolph ingresó con el rostro pedrusco. Cuatro monitores se enfilaban en los vértices del salón. Las ternas de policías y empleados veían con detenimiento cada uno de los televisores. Los rostros demacrados de los efectivos resaltaban sus grandes ojeras y sus ojos henchidos de cansancio.

Boris se acercó a su jefe.

—Inspector, tiene que ver lo que encontramos.

—A ver, ¿Qué encontraron?

—Sígame —dijo, dirigiéndose a uno de los monitores.

—Jefe, creo que dimos con Otto Gebauer. Este es el vídeo de una cervecería donde presumimos que estuvo el occiso. Observe con atención.

El operario inició el video. Speer observaba como un hombre calvo se acercó hasta una mesa de la cervecería donde lo esperaba un pelirrojo, de espaldas. Gebauer se sentó frente a él. El extraño personaje tenía gafas puestas. Su cara lucía adornada con una barba y un bigote bermejo. Conversaron por un largo rato, intercambiaron papeles o algo así. Luego de media hora, el señor Gebauer se retiró. El pelirrojo quedó en la mesa por espacio de cinco minutos más, pidió

otra cerveza, la bebió y luego, pagó la cuenta y se fue.

—Es Otto Gebauer.

—Sí, jefe. Hay que averiguar quién es ese misterioso pelirrojo. Es posible que sea el Serafín

—¡A menos que esté disfrazado!

—¿Cómo dice, inspector?

—Es posible que sea un disfraz.

—¡Señor, pero esta es Alemania, el cinco por ciento de la población es pelirroja!

—Estoy hablando de que es una posibilidad. Al igual que los lentes y la barba, puede ser un timo. A veces, lo menos probable es lo más probable.

Boris asintió.

—Solo hay algo cierto en ese pelirrojo. Es de raza caucásica. Por allí comenzaremos —adicionó Speer.

—Eso mismo dijo Giuseppe.

El oficial berlinés espetó:

—¿Giuseppe estuvo aquí?

—Sí, señor. Usted lo autorizó para que se involucrara en la investigación.

—Es verdad, lo olvidé y ¿dónde está?

—No lo sé, estuvo aquí hasta hace un momento. Él fue quien nos ayudó a reconocer al señor Otto. Sin su ayuda no hubiéramos podido dar con él.

Speer asintió. Luego, agregó:

—Bien, ya tenemos un avance por donde comenzar.

—Señor, el personal está agotado, ¿Los mando a descansar? —pidió con voz suplicante el Subinspector.

—Aún no, busquen en los registros de los archivos de los criminales el rostro de ese hombre pelirrojo. Quizás tengamos un lechazo y demos con él.

La noticia cayó como una bomba desmoralizante en los agotados efectivos que no podían más. Speer no se conmovió. Alzó la mirada y viéndolos, les dijo:

—Sé que no pueden con su alma, todos estamos cansados. Pero afuera hay cuatro compañeros que claman justicia. Debemos encontrar al malnacido.

El inspector jefe se dirigió hasta su oficina. Se sentó y llamó por teléfono a los dos ingenieros que revisaban el disco duro de la computadora personal de Otto Gebauer.

—¿Ingeniero Kugler?

—Sí —respondió una voz aguda.

—Habla Speer, ¿Tiene buenas noticias?

—Sí, inspector, estábamos por llamarlo.

—Lo escucho.

—Inspector, el Señor Otto era un usuario normal. Sus búsquedas en Internet en los últimos seis meses arrojan datos que no salen de los cánones normales de una persona adulta. Noticias, facebook, estado del tiempo, twitter, correos electrónicos y algo de pornografía. No obstante, hay aspectos importantes que se destacan en sus búsquedas.

El hombre hizo una pausa. Speer le exigió que continuara.

—Al señor Gebauer le interesaba la vida de Heinrich Himmler.

—Eso ya lo sabía —interrumpió.

—Sí, pero es que hay más. Su búsqueda se centraba en tres elementos. El proyecto *Lebensborn*, la vida de Hedwig Potthast y su diario privado.

—Ingeniero y ¿Qué significa eso? No comprendo nada.

—Bueno, en este sentido no puedo ayudarlo mucho, porque yo soy ingeniero, no historiador. Lo que sé del proyecto *Lebensborn* es que fue una especie de eugenesia que aplicaron los nazis para la purificación de la raza aria. Con respecto a la señora Potthast, investigamos en internet y era su amante, y secretaria personal. Con respecto al diario privado, no tengo idea.

—Comprendo. ¿Cuáles eran los otros aspectos que me iba a decir?

—El señor Gebauer se interesó en alguien llamado Arthur Dubront.

—¿Arthur Dubront? Está seguro. El famoso magnate americano de las finanzas.

—Sí, ese mismo.

—¿Y qué buscaba de ese hombre?

—Todo, incluso guardaba fotografías de él, en especial las que aparecían en las páginas de farándula y negocios. Eso lo realizó por espacio de cuatro meses. Dejó de buscarlo hace ocho días.

—Y el último aspecto, ingeniero ¿Cuál es?

—Él buscaba ángeles.

—¿Ángeles? Los de alitas, nubes y arpas en la mano —inquirió curioso, Rudolph.

—Bueno algo parecido, él buscaba algo acerca de... déjeme ver... por aquí lo tengo escrito... tiene que ver con querubines... no aquí está... serafines. Sí, Serafín. Esa palabra la buscó muchísimo en estos dos últimos meses. Y hay otro asunto, quizá menos importante pero que creo que a usted le podría interesar.

La cara de Rudolph se agrió por completo.

—Dígame, por favor.

—La última semana, incluso ayer en la mañana, el señor Otto buscó el “Proyecto T”

—¿Proyecto T?

—Sí, lo investigamos en internet.

—¿Y qué resultados arrojó la búsqueda?

—Los más diversos y alocados, hay tesis con ese nombre y hasta una película francesa, pero no tengo ni idea.

Hubo un largo silencio. Speer anotó con rapidez en su libreta los datos que le daba el hombre. Hasta ese momento tenía dudas con respecto a la autoría de los asesinatos. El gordo de la Interpol le mencionó que ese patán era el autor de los crímenes, pero no tenía la certeza de que fuese así. Pero ahora no tenía dudas. El señor Otto Gebauer estuvo en contacto con el Serafín.

—¿Está al teléfono, inspector?

—Sí, aquí estoy. Disculpe. Hicieron un buen trabajo. Gracias por ese adelanto, más tarde pasaré por allá o lo hará un detective para el informe final.

—A usted, inspector. Estamos para servirle, ojala hayamos sido de mucha ayuda.

—Sí, lo fueron y mucho.

El inspector terminó la llamada. Se sentó en su asiento y se recostó por un momento. Lucía agotado, la noche anterior durmió dos horas, apenas. La impotencia y el trabajo titánico para encontrar trazas del caso lo trituraban. Su mente necesitaba descanso, pero el cascarrabias policía no quería descansar.

Cerró los ojos por un momento. Se centró en las nuevas evidencias que le dio el ingeniero. Otto parecía un fanático nazi más, pero Arthur Dubront, el magnate americano de las finanzas y un tal Proyecto “T” no cuadraban por ninguna parte en este intrincado rompecabezas.

Sabía, por experiencia, que los casos complicados se enramaban en caminos divergentes donde cada pregunta lleva a una evidencia y esta conduce a nuevas interrogantes. Era un espiral de investigación laberíntico. No podía desviar su atención de las dos preguntas fundamentales. ¿Por qué asesinaron a Otto Gebauer? Y ¿Por qué el Serafín mató a mis agentes?

Mientras sus pensamientos se deslizaban como mariposas espantadas en primavera, un sopor invadió todas las células de su cuerpo, sus músculos se distendieron, sus párpados se hicieron pesados, su respiración lenta. Se comenzó a quedar dormido hasta que el sueño lo atrapó por completo.

«Inspector» escuchó a lo lejos, más allá de los límites de su realidad. «Inspector» volvió a oír. Al escuchar el ruido de sirenas y el bullicio de su

oficina, volvió en sí.

—Disculpe inspector —dijeron por tercera vez.

Rudolph abrió los ojos. Enarcó las cejas, se apoyó hacia adelante y recuperó la compostura. Su secretaria permanecía de pie en la puerta de su oficina.

—Me he quedado dormido, disculpa Dafne.

—No se preocupe, inspector. Está usted muy presionado y no ha dormido nada.

—¿Qué sucede?

—El cortejo fúnebre ya salió y además llegaron los dos doctores en historia que analizaron el libro de Himmler. ¿Los hago pasar?

—Sí, sí, de inmediato. Me trae un café negro y también para los invitados por favor.

La mujer salió. Speer era adicto a la cafeína. Podía beber litros diarios de la infusión. Se sintió recuperado. Su agilidad mental volvió. No supo cuánto tiempo durmió. ¿Quince, veinte minutos? No lo sé. Pero recuperaré fuerzas. Me siento mejor. Siempre dormía poco, con dos o tres horas diarias más una pequeña siesta descansaba por completo.

Dos hombres ingresaron a su despacho. Uno era viejo, regordete, alto como una mole, con el cabello hirsuto de color grisáceo y de movimientos lentos. Parecía un luchador de sumo. Respiraba con dificultad como un perro bulldog. Llevaba el libro encontrado en el departamento de Otto en su mano izquierda. El otro era de estatura media, de unos ojos azules intensos, y su rostro y sus manos pincelados de pecas. De contextura atlética y... pelirrojo. Speer dejó escapar una leve sonrisa sorna. Se presentaron. El Doctor Lehrer, el de figura oronda y vestido con un traje que parecía sacado de un almacén chino y Ducke, vestido con un traje a la medida y con un corbatín azul en su cuello, el otro.

—Siéntense, caballeros.

Ellos lo hicieron y agradecieron el gesto con una sonrisa.

—Tome el libro, inspector —dijo el hombre de proporciones circulares, entregándoselo.

Enseguida ingresó Dafne con tres tazas de café. El inspector se bebió el suyo de un solo trago. Los otros dos sostenían sus tazas con ambas manos.

—Señores disculpen el tiempo de espera, pero he tenido unos días muy fuertes... ¿Revisaron el libro?

—Sí, inspector —respondió el Doctor Lehrer.

—¿Algo fuera de lo normal?

El hombre rollizo se acomodó en el pequeño asiento, colocó la taza en el escritorio y cruzó sus piernas. Con suma parsimonia lingüística, sentenció:

—Es una investigación muy precisa de la vida de Himmler, de las mejores

que se han realizado. Muy bien documentada. Hay poca subjetividad en las apreciaciones de la autora extranjera. Quizá por no ser alemana, ha sabido radiografiar la vida de Himmler sin distracciones chauvinistas. La mayoría de las biografías de los gerifaltes del Tercer Reich fueron escritas por germanos.

—¿Y qué importancia tiene que sea alemana o no, la autora?

—Cuando una biografía la realiza un coterráneo tiende a expresar elementos nacionalistas o de animadversión hacia el biografiado. Los autores plasman elementos subjetivos en sus historias. En el caso de las biografías acerca de los jefes nazis, los biógrafos alemanes tienden a ser muy subjetivos. Esta biografía no lo hace. Está muy bien realizada. Refleja la vida del *Reichführer-SS* muy bien.

—Mi colega tiene razón —dijo el pelirrojo con un tono de voz avivado —Yo tuve la oportunidad de leer ese libro hace mucho tiempo y es una de las biografías más precisas del jefe de las SS. Heinrich Himmler fue un asesino cínico e impersonal que está muy bien reflejado en estas líneas.

Rudolph Speer escuchaba atento. Su mente procesaba cada frase de los académicos.

—¿Y hay alguna observación importante que el occiso haya colocado o señalado en el libro? —Preguntó.

—Sí, inspector. El libro tiene subrayado todas las palabras *Lebensborn*, el programa nazi para una nueva raza aria. El hombre parecía estar obsesionado con eso, definitivamente —Explicó el gordo con su dificultad para respirar.

—Me percaté cuando lo hojeé...Doctor Lehrer...explíqueme el proyecto *Lebensborn*, por favor.

El Doctor Ducke carraspeó su garganta, llevó sus manos al pecho y dijo, con un tono de voz altisonante:

—Yo puedo explicarle mejor que mi colega, inspector. Escribí una tesis doctoral acerca de las casas-cunas *Lebensborn*.

El Doctor Lehrer bajó la pierna y cruzó los dedos de sus manos regordetas encima de sus muslos que parecían perniles. El Inspector en Jefe asintió. Ducke inició su perorata con el tono de voz ampuloso.

—*Lebensborn* o “fuente de vida” fue un programa nazi que nació el 12 de diciembre de 1935. Era parte de los propósitos pseudocientíficos adscritos a la oficina SS de Raza y Restablecimiento alemana. El objetivo era la eugenesia de la raza aria en Alemania y con posteridad, cuando la conquista de Europa fuera un hecho, de todo el continente. El proyecto se basaba en las leyes raciales de Núremberg. El fin supremo era crear una raza de alemanes con las características físicas del ario perfecto: alto, de cabeza larga, cara estrecha, cuello largo, nariz corta y fina, pelo rubio, ojos claros, piel nívea y figura atlética. A Himmler le

interesaba crear una recua de adonis y afroditas alemanes. Según su acepción, la belleza y la esbeltez física eran proporcionales a la inteligencia. Las estimaciones hechas por los pseudocientíficos de Himmler indicaban que para el año de 1965 habrían en el Tercer *Reich* más de 600 regimientos de alemanes “puros e impolutos”. Para realizar tan descomunal labor, Himmler ayuntó sus oficiales de las SS, arios puros probados, con la flor y nata de las mujeres alemanas.

El hombre hizo una pausa, acomodó su corbatín y prosiguió.

—De acuerdo a las acepciones del *Reichführer-SS*, solo los arios puros eran los portadores de la nueva simiente alemana. Había suficientes espermatozoides nazis para germinar a toda Europa. El problema se planteaba con las matrices, que eran insuficientes. Entonces Himmler tuvo una brillante idea. Los oficiales de sus fuerzas elites tendrían el “deber” de tener relaciones sexuales “extramaritales”, casuales” o “esporádicas” con cualquier alemana pura. Ellas fueron adoctrinadas para que su deber patriótico de copular con los “machos arios” estuviera por encima de sus apetencias personales. El primer grupo de recibir este adoctrinamiento fueron las muchachas de la Liga Alemana de Mujeres.

El pelirrojo bebió un sorbo de café, mojó su lengua y continuó.

—Los oficiales de las SS, ante esa obligación patriótica, hicieron a un lado, por un momento, sus deberes militares y se esforzaron por cumplir la orden de su *Reichsführer-SS*. Las mujeres respondieron, ofreciendo sus vientres fértiles al experimento. El resultado fueron los embarazos “patrióticos” de los llamados “niños de Hitler”. Las nazis que se apegaban al proyecto y salían embarazadas, no eran obligadas a casarse, el Estado Alemán consideraba “legítimos” a sus hijos. Las SS propiciaban una serie de encuentros y oportunidades para que se pudiesen dar “las cópulas nacionalsocialistas”. Estas prácticas se iniciaron con las concentraciones del partido en Núremberg en la década de los treinta. Con el pasar de los días, estas reuniones se delegaron en los comandantes de las SS de cada ciudad o pueblo, quien tenía el deber “patriótico” de organizar estos encuentros furtivos entre sus oficiales y las muchachas sanas en edad reproductiva. Himmler evaluaba la eficiencia de sus comandantes en base al número de embarazos que proporcionaba al proyecto.

El hombre detuvo su relato. Speer inquirió:

—¿Qué sucedía entonces?

—Una vez germinados los vientres “nacionalsocialistas”, las mujeres tenían acceso a las casas-cunas *Lebensborn* donde recibían todas las atenciones necesarias por parte de un verdadero “ejército” de nodrizas, enfermeras, médicos, veladores, cocineros y custodios. El ambiente para los nacimientos de

los “prometeos modernos” debía ser óptimo. El primer hogar *Lebensborn* abrió en 1936 en Steinhöring, un pequeño pueblo no muy lejos de Múnich. Cuando el niño nacía, la madre tenía dos opciones: quedarse con él o entregarlo a la institución donde sería criado, en inicio, y luego puesto en algún hogar sustituto. Al iniciarse la guerra, el proyecto fue extendido al resto de Europa, en especial en la península de Escandinavia. Noruega se convirtió en el país europeo donde hubo mayor cantidad de nacimientos de este tipo. Más de diez mil fueron registrados según los archivos encontrados después de la guerra. Las chicas noruegas fueron muy receptivas con los oficiales de las SS. Yo creo que fue, en parte, por la manera como se llevó a cabo la conquista de ese país: sin ninguna bala. Hubo menos resentimiento entre los pobladores hacia sus conquistadores.

—¿Y cuántos nacimientos de ese tipo hubo en total? —Interrumpió Speer. El doctor agrió su rostro.

—Inspector, no se sabe a ciencia cierta, pero se estima que más de cincuenta mil nacimientos, pero se registraron más de doscientos mil niños *Lebensborn*.

—No comprendo Doctor, más niños que nacimientos, ¿fueron acaso partos gemelares?

El buen Doctor Ducke se sonrió, quizá por la pregunta ingenua o por la ignorancia del policía. Siguió con su exposición.

—Bueno algunos fueron de ese tipo, pero la razón fue otra. Le explicaré con más detalle...Hubo resistencia por parte de las mujeres. Himmler veía la relación sexual como algo mecánico donde no era necesario el amor, el flirteo. Él pensaba que el sexo era para la procreación. Su cerebro, cuadrado y diminuto, no comprendía la resistencia de europeas a remozar la raza con sus “sementales” arios. Al darse cuenta que los números de partos no tenían la tasa de natalidad que él esperaba tomó una decisión drástica, pero también pragmática, para aumentar sus futuras legiones arias. Ordenó a sus hordas SS y las tropas Waffen, que se encontraban en los países ocupados, que “tomaran” a aquellos niños que tenían características raciales nórdicas y fueran enviados a Alemania para su germanización. Fue un proceso sistemático de secuestro de infantes a gran escala. Algunos de esos niños eran huérfanos, pero en su mayoría, fueron arrancados de los brazos de sus familias.

El inspector Speer expelió un pequeño suspiro.

—Estoy impresionado con el pensamiento abyecto de Himmler.

—No tiene usted idea, inspector —Interrumpió el Doctor Lehrer — Permítame continuar. El otro académico asintió.

El gordo, grandilocuente, inició su exposición.

—Para comprender los alcances de las SS, hay que saber quién fue Heinrich Himmler. Más allá de los datos biográficos que se puedan tener de su vida, hay

que señalar que el jefe de las SS fue la personificación de un “asesino de hielo”... Como muy bien expuso mi colega, el proceso de eugenesia de las SS pretendía imponer una raza suprema en Europa. Es importante decir que para que existiesen arios puros en la sociedad alemana, debían desaparecer los impuros: los judíos, los eslavos, los homosexuales, los discapacitados, los gitanos, entre otros. Las SS ejecutaron el consabido Holocausto.

—Increíble —dijo Speer con los labios fruncidos.

—Sí, inspector, pero hay más. Himmler era un enemigo jurado del catolicismo, a pesar de haber sido formado desde niño en esa religión. El jefe de las SS llegó a afirmar que ese dogma era el peor germen de la humanidad y que el Papa debía ser removido de su cargo y apresado. En Europa, el cristianismo y el judaísmo eran las religiones con más fieles. El jefe de las SS hizo del nazismo una nueva religión. Se consideró a sí mismo, una especie de sumo sacerdote del nacionalsocialismo. Creó ritos para iniciaciones, matrimonios con ceremonias neopaganas, adoraciones a runas totémicas, altares con llamas eternas y muchas otras desviaciones. Todo dirigido a ampliar su programa de Fuente de Vida.

—¿Y el programa funcionó? ¿Los niños eran perfectos? —preguntó un sorprendido Speer.

—No, en lo absoluto. Nacieron niños sanos, pero también con defectos. Pero el proyecto solapaba las malformaciones de los fetos, las enfermedades genéticas y la minusvalía física o mental de los “hijos de Hitler”. Cuando esto sucedía, los bebés eran apartados y no formaban parte de las estadísticas. Himmler, un fanático de la mitología y admirador de Esparta, la antigua ciudad griega, aplicaba las leyes que los habitantes de aquella ciudad guerrera endilgaban a los niños con defectos físicos al nacer. Así como los niños espartanos defectuosos debían morir desde el monte Taigeto, los “hijos de Hitler” que nacían con defectos físicos eran dejados a su suerte y perecían de inanición. Los médicos nazis, al igual que las matronas de Esparta, decidían quien podía vivir y quien debía morir. Según el *Reichführer-SS*, la aplicación de esta eugenesia astrosa, basada en un darwinismo tergiversado, aseguraría a Alemania, al cabo de pocos años, su supremacía mundial. De lo mejor solo podía nacer lo mejor, razonaba la mente cuadrada de Himmler.

Rudolph, que de pequeño se sintió fascinado por los nazis sintió náuseas. «Eran unos dementes y yo que pretendía ser como ellos», pensó. Se inclinó hacia adelante y dijo:

—Hay otro aspecto relevante en el libro que me iban a señalar.

—Sí, por supuesto. Me lo permite, por favor dijo el pelirrojo.

El inspector se puso de pie y se lo entregó.

—Acérquese. Fíjese en este detalle.

El hombre lo abrió en las últimas páginas. Señalando con su dedo índice, resaltó:

—En las últimas páginas del libro están escritas, con una línea muy tenue, casi imperceptible, varias mayúsculas.

El inspector revisó bien lo indicado por el Doctor en Historia y agudizó sus pupilas. Tomó papel y lápiz y anotó: T A D O S E T W I T H P H T.

—¿Significa algo para usted? —preguntó Speer.

—No, le iba a hacer la misma pregunta.

—No, inspector, no significa nada. Pero podría ser un anagrama.

Rudolph se volvió a sentar. Tomó el papel y recordó lo dicho por los ingenieros que revisaron el disco duro. Era un fanático de las sopas de letras y los crucigramas. Se prendió una llama en su cerebro. Hay demasiadas T en esas líneas. Tachó las letras, una por una, y al final, proclamó:

—Hedwig Potthast.

—¿Cómo dijo? —preguntaron los dos doctores al unísono.

—Las letras se presentaban desordenadas, pero si las ordeno me da este nombre.

—La amante del *Reichsführer-SS* —dijo el pelirrojo.

—Me puede hablar acerca de ella.

Ducke expresó:

—La señora Potthast fue la única mujer que el jefe de las SS amó. Fue su secretaria privada por un lapso de 7 años. Himmler era un trabajador compulsivo, vivía todo el día en su trabajo, era lógico que se relacionaría con ella. Además, Himmler se había casado con una mujer mucho mayor que él y no era feliz. Hedwig tuvo dos hijos con su jefe: Helge y Nannete. El mayor era un niño muy enfermizo nacido en 1942 mientras que la niña nació en el verano de 1944. Su vida después de la guerra es algo turbio, pues quiso desligarse del nazismo y de toda filiación con su amante. Hay teorías encontradas. No existen pruebas fidedignas acerca de su vida y la de sus hijos en la posguerra.

El otro hombre lo interrumpió.

—Esa es una de las versiones colega.

—Usted y sus versiones...absurdas —dijo, agriando el rostro.

—No son absurdas, en la ciencia y la investigación nada puede ser afirmado con ligereza —dijo el gordo académico.

Speer que veía como ambos historiadores discutían, los interrumpió.

—Por favor aclárenme bien este punto.

—Lo que dice el colega es cierto, en parte. La amante de Himmler, aparentemente, apareció después de la guerra. Se casó y tuvo una vida tranquila entre Alemania y Austria —dijo el gordo.

—Esa es una farsante que apareció y no hay pruebas contundentes de que fuera ella —refutó su compañero.

El inspector enarcó las cejas y pidió otro café a Dafne. Luego dijo:

—Una pregunta. ¿Ustedes saben algo de un diario privado de Himmler?

El Gordo permaneció impertérrito. El pelirrojo hizo mutis, pero después dijo:

—Himmler no escribió ningún diario. Los escritos que han presentado muchos investigadores es la recopilación de las notas tomadas por sus secretarias y asistentes. La mente de Himmler era la de un archivador, no tenía tiempo para llevar a puño y letra su vida privada que era un desastre. Él vivía atormentado por una esposa a quien no amaba y por la relación adúltera que mantenía con su asistente.

Dafne llegó con el café. Speer bebió la mitad de la taza esta vez, la colocó sobre su escritorio y dijo:

—Una última pregunta señores. ¿Qué saben ustedes de un tal Proyecto T?

Ambos investigadores se vieron las caras, incrédulos. Negaron con sus cabezas.

—¿Algún otro aporte?

—No —dijeron al unísono.

—Han sido de mucha ayuda. Muchas gracias.

—Estamos para servirle.

—A su orden —expresó Ducke.

Todos se pusieron de pie. El gordo se mostraba exultante, su rostro dibujaba una sonrisa. Le comentó a Speer que de pequeño quería ser policía, pero que su sueño fue frustrado por una lesión en su rodilla que le impedía correr. Le agradeció por haber contado con él para la posible resolución del caso. El pelirrojo tenía una cara más parca, se despidió con poco entusiasmo. Ambos traspasaron la puerta y el inspector se sentó y anotó los datos relevantes en su libreta de anotaciones.

A pesar que la tecnología avanzaba a pasos vertiginosos, Rudolph siempre anotaba todo a puño y letra. «Un buen policía toma nota de lo que observaba, lo que ve, lo que escucha, lo que huele, lo que palpa; ustedes no saben en qué momento ese dato o detalle que observaron le servirá para resolver un caso», les decía a sus oficiales y agentes. Mientras se concentraba en sus notas, percibió por su vista periférica que una silueta lo vigilaba desde su puerta. Era el Doctor Lehrer.

—Inspector.

—Dígame —dijo, extrañado.

—Lo que dijo el doctor Ducke no es del todo cierto.

—Siéntese.

El hombre se sentó, viendo hacia la puerta. Sus ojos destilaban una inquietud alucinada.

—¿Qué no es cierto doctor?

—La inexistencia del diario privado de Himmler.

El inspector aguzó la mirada.

—Lo que le voy a contar no es producto de un estudio investigativo ni existen pruebas fidedignas, pero si se basa en conjeturas históricas.

El hombre recostó su brazo izquierdo en su pierna y, acercando su tronco al escritorio, dijo:

—Hitler y los nazis fueron rodeados en Berlín en 1945. Los altos jefes querían rendirse. Era el *vox populi* entre ellos, pero el *Führer* no permitía que se hablase de esa idea ni siquiera en privado. Nombrar la rendición era considerada alta traición. Hitler se negaba a firmar un armisticio. Él jamás hubiese aceptado una capitulación. Él moriría con las botas puestas. Todo el alto mando nazi lo sabía y nadie se atrevía a mencionarlo siquiera.

El rollizo académico hizo una pausa. Speer permanecía impertérrito.

—Ningún jefe nazi se atrevió en pensar en rendirse. Pero hubo uno que si lo hizo. Heinrich Himmler. Él tenía el poder para desplazar a Hitler de la jefatura del Tercer *Reich*. Su poder se basaba en miles de hombres armados a su disposición y una maquinaria de inteligencia aceitada.

—¿Por qué no lo hizo? —inquirió el inspector con voz gruesa.

—Porque amaba al *Führer*... además no tenía ni la personalidad ni el temperamento para hacerlo, por eso el líder del Tercer *Reich* jamás se preocupó del poder gigantesco que le otorgó a Himmler al mando de las SS. Pero al final de la guerra, nuestro amigo pensó en salvar su pellejo y el de los seres que amaba. Intentó negociar un trato en Dinamarca y Suecia, con el conde sueco Folke Bernadotte, jefe de la Cruz Roja en ese país, a través de un amigo común: el General Schellenberg. Las negociaciones se comenzaron a hacer de manera muy subrepticia a principios de 1944. Todo marchaba bien. Si Himmler hubiese aceptado su culpabilidad en los crímenes nazis, quizá la negociación se hubiera llevado a cabo, pero él tenía una concepción errada de sí mismo. Tenía el convencimiento de que los aliados lo veían como el salvador ante la amenaza del comunismo. Afirmaba que el armisticio solo funcionaría si él quedaba al mando del nuevo Estado alemán. Según su visión, solo él podría salvar a Alemania de una debacle comunista. Pensaba, erróneamente, que los Aliados le permitirían dirigir un gobierno de transición. Él no sabía que su destino fue decidido, desde hace mucho tiempo, en las conferencias de Yalta y Postdam. Cuando el Ejército Rojo y los aliados occidentales descubrieron los oprobiosos campos de concentración, la poca credibilidad e imagen que tenía en el exterior, se

derrumbó. Himmler continuó con las negociaciones hasta que su plan fue descubierto por Hitler, a pocos días de la caída final. El *Führer* ordenó detenerlo y fusilarlo, pero él huyó a un paradero desconocido hasta que Hitler se suicidó y el almirante Donitz firmó la capitulación. Cuando intentó huir al lado americano fue capturado por los ingleses que lo reconocieron. En pleno interrogatorio, el otrora todopoderoso jefe de las SS, masticó una cápsula de cianuro que guardaba en su boca y murió al instante.

Hizo una pausa, miró hacia la puerta y después afirmó:

—Se cree que Himmler llegó a un acuerdo con el gobierno de Roosevelt a cambio de salvar la vida de su amante, Hedwig Potthast y los hijos que tuvo con ella. Himmler entregaría su diario personal a cambio de la vida de ellos. Todo indica que ese acuerdo se dio. Ellos desaparecieron después de la guerra. Se cree que fueron enviados a los Estados Unidos de América por un tiempo y volvieron a Alemania, luego. La otra teoría es la que dijo mi colega, jamás hubo tal diario.

Hizo otra pausa, cruzó las piernas, tragó saliva y continuó:

—Desde la muerte de Himmler han aparecido miles de diarios con la supuesta autoría del jefe de las SS, de hecho en Rusia apareció uno con miles de hojas de escritos y notas personales del *Reichführer-SS*, que la misma hija del jerarca alemán confirmó su autoría. Todos ellos son falsos. Yo creo que el diario personal de Himmler existe.

—¿Nannete fue la hija que avaló ese diario que apareció en Rusia?

—Ella no, la legítima, Gudrun Himmler, su “muñequita” como él la llamaba.

—¿Por qué negoció con los americanos y no con los ingleses?

—Porque los americanos sabían, desde hace tiempo, del programa *Lebensborn*, el pervertido proyecto de Himmler para crear una raza superior, los ingleses lo desconocían. El jefe de las SS llevaba un registro muy acucioso de los resultados de ese programa y lo tenía plasmado en su diario. Este tema interesó mucho a los americanos.

—¿Himmler entregó el diario a los estadounidenses?

—Sí, pero solo una parte. Himmler era muy desconfiado, entregó solo algunas copias de las primeras páginas. En su empeño por salvar el pellejo, cedió estas hojas como parte del trato inicial a través del conde Bernadotte y ellos aceptaron. Entonces, su amante y sus dos hijos fueron rescatados por las tropas de Patton en Dresden y la llevaron a los Estados Unidos bajo un estricto secreto, donde más nunca se supo de ellos.

Con ojos de lince, el inspector interrogó al hombre:

—Pero si es algo tan secreto ¿Cómo lo sabe usted?

—En la comunidad científica hay dos tipos de investigadores: los que persiguen la verdad, a través de hechos; y los que la buscan, siguiendo los

rumores. Yo soy de estos últimos, nunca me he conformado con los libros o los documentos, siempre voy más allá. No quise decirle delante del doctor Lehrer porque se hubiese reído de mí, él es un positivista. El rumor del diario privado de Himmler lo escuché por primera vez cuando estuve en Oslo hace veinte años e investigaba acerca del proyecto *Lebensborn*. Luego, leyendo las notas de algunos testigos que vivieron junto a Himmler, los últimos días de su vida, supe que el *Reichführer-SS* escribió, en efecto, un diario personal.

—Y ¿Para qué sirve ese diario?

—No lo sé, su valor histórico es nulo, quien lo tenga lo que podrá descifrar son los recovecos de la mente siniestra de un sociópata. Pero recuerde que en el mundo hay muchas personas que no saben qué hacer con el dinero. Hay adoradores del nazismo que son capaces de pagar un dineral por tener una media podrida de Hitler... o tal vez el diario tenga escrito algo que desconocemos.

—El señor Otto investigaba acerca de él. Si lo mataron por obtenerlo debe tener un valor agregado que desconocemos.

—No sé qué decirle, inspector. ¿Algún otro asunto más donde pueda ayudarlo?

—Acerca del Proyecto “T”. ¿Sabe algo?

—No nada, pero le aseguro que si existe algún vestigio de ese proyecto es en el diario de Himmler.

—¿Por qué afirma eso?

—Porque a Himmler le gustaba dar nombres estrambóticos a sus proyectos más lunáticos: a *Lebensborn* lo llamaba también proyecto “L”. La oficina del *Ahnenerbe* investigó acerca de la búsqueda del Santo Grial y llamó a ese programa *Ewigesleben* o proyecto “E”. El *Reichsführer-SS* tenía una gran imaginación para nombrar sus investigaciones. Si el proyecto “T” existió debe haber evidencia en ese diario porque debió ser algo muy secreto o personal. ¿Alguna otra inquietud, inspector?

—No, muchas gracias. Me ha ayudado mucho.

—Sí sé otra cosa del diario le informo.

El hombre salió, viendo a todos lados. La entrevista con los académicos encaminó su investigación. Escribió en su libreta de anotaciones lo dicho por el pelirrojo y al final colocó en mayúsculas “PROYECTO T”. Llamó al Subinspector Boris. Ingresó de inmediato, arrastrando su cuerpo agotado. Su rostro reflejaba el cansancio acumulado de las últimas horas.

—¿Qué más han encontrado acerca de Otto Gebauer? ¿Familiares? ¿Amigos? ¿Trabajo? ¿Oficina?

—Tenemos poco señor, pero creo que es sólido.

—Dime, Boris.

—El occiso trabajaba desde su casa, no tenía oficina ni lugar donde recibir sus clientes. Los pocos vecinos, que aceptaron ser entrevistados, dijeron que era un hombre muy solitario que salía muy temprano y regresaba a altas horas de la noche, incluso, en ocasiones, se ausentaba por largos periodos. El otro aspecto es que el señor Otto adoraba a su gato, él le daba a su mascota todas las atenciones posibles.

El joven policía miró a su jefe que lo increpó:

—No me has dicho un carajo Boris, eso no es de relevancia.

—Sí es de relevancia señor. Se me prendió el bombillo y fui a buscar el gato en el sótano y tomé su collar. Por la parte interna tiene grabado un nombre, observe.

Boris sacó de su bolsillo el collar del felino y se lo entregó a Speer. Este lo miró y vio que la parte negra del interior del collar, el nombre de Magda Udet fue escrito con un creyón blanco.

—¿Quién carajo es esa mujer? No se te ha ocurrido que puede ser la anterior dueña del gato.

—No lo sé señor, apenas subía por las escaleras cuando usted me ordenó presentarme.

Speer arrugó la boca.

—Usted nos ha dicho siempre inspector que no descartemos nada de una investigación.

—Tienes razón, dale la orden a tres detectives que investiguen quién es esa mujer y que lo hagan pronto.

—Así será, señor. Cuente con nosotros, pronto resolveremos este caso.

—Lo importante no es resolverlo, sino encontrar al malnacido que asesinó a nuestros policías, el desgraciado Serafín.

—Y... Señor... ¿Qué busca?

—Ya creo saber de qué se trata —expresó Rudolph, llevando sus manos detrás de la nuca.

—¿Aún estará aquí en Berlín?

—Sí, claro que sí, mientras no obtenga lo que busca, no se irá.

El inspector tenía razón, el Serafín caminaba por las calles de Berlín. Con paso ágil, se desplazaba por las cercanías del *Checkpoint Charlie*. La brisa gélida hacia mella en la ciudad y disminuía los grados de la sensación térmica. El asesino miraba para todos los lados con sus ojos acuciosos, en su costumbre frenética de no ser seguido. Sintió que su teléfono vibraba. Se paró en seco. Solo una persona tenía ese número. Lo tomó y atendió.

—“Sí,... aún no... okey... ¿Cuándo? ...allá estaré... no se preocupe... como siempre... envíeme los datos. Le informaré cuando el trabajo esté hecho”.

Colgó la llamada y vio la hora.

Tenía que darse prisa, alguien en el mundo debía morir y debía ser pronto.

13

Una brisa templada entró por la ventana, acariciando y arremolinando los cabellos canosos del Comendador. Recostado en un sofá que parecía tan viejo como él, respiraba con lentitud. Cada bocanada llevaba el oxígeno suficiente para mantener vivo el cuerpo vetusto que llevaba como una cárcel portátil. Su mente era ágil, pero las células de su cuerpo envejecían a un ritmo más alífero que sus neuronas. Pero para alguien de su edad y su poder, la agilidad y la destreza de su físico no era una necesidad, por el contrario, era la adarga perfecta para ocultar su brillantez y perspicacia.

El poder que blandía como jefe absoluto de los Protectores solo necesitaba de su agudeza mental, no de su fortaleza física. Su intuición felina le permitía saber dónde, cuándo y cómo, dar los pasos correctos para la consecución de los objetivos supremos de la orden que lideraba.

En sus manos viejas y ruines, un libro lamía las yemas de sus dedos que, con fuerza decrepita, lo mantenían quieto como un amo sostiene a su mascota. El Comendador escuchó el martilleo de unos pasos desde el pasillo. Levantó con lentitud su mirada y vio aparecer la estampa de Philliphe, su fiel asistente.

—¡Buenas noches, su excelencia!

—Buenas noches, fiel amigo, volviste pronto —expresó con su voz ancha y espesa.

—Sí, su excelencia, fui rápido y regresé como usted me indicó.

El anciano asintió.

—Señor, tengo noticias de Nueva York.

El Comendador cerró el libro y lo colocó en su inglete, se quitó los lentes desgastados que portaba y miró a su perro fiel.

—Frida ya hizo el primer contacto con el señor Dubront. Fue un éxito, hoy en la noche tendrán una cena de negocios. Si todo marcha según lo planificado, tendremos los códigos lo más pronto posible.

El Comendador asintió dos veces.

—No me equivoque al elegirla, sé que logrará su cometido —dijo con voz suave como un murmullo.

—Sí, su excelencia, Frida es una mujer muy hábil y capaz. Cuando le di instrucciones en *Sacré Coeur* me pareció un tanto briosa e impulsiva, pero, en verdad, es muy sagaz.

—El protector Jean Pierre me dio muy buenas referencias de ella. Sé que regresará con los códigos. ¿La protectora Cosette sigue a su lado en la misión?

—Ella fue la que me informó de todos los detalles. Ha cerrado muy bien todos los aspectos logísticos de la misión.

—Me satisface mucho. Ella también ha hecho un gran trabajo... ¿Ataste todos los detalles de sus identidades y la empresa?

—Sí, su excelencia, no dejé espacio para la duda o grietas que puedan ser vulneradas, hicimos un trabajo perfecto.

—Debe ser así, es posible que el señor Arthur sepa que queremos los códigos.

—Su excelencia, construimos una gran tramoya invulnerable a los hombres de Mr. D.

—Más nos vale, la vida de esas dos jóvenes está en juego. Cuando vuelvas a tener noticias de ellas, me informas de inmediato. Si el Señor lo permite y nos ayuda, tendremos esos pergaminos lo más pronto posible. No podemos permitir que Mr. D obtenga el poder que emana de ellos.

—Sí, su excelencia, lo mantendré informado. ¿Alguna otra cosa se le ofrece?

—No, gracias, Phillipe puedes retirarte.

El hombre se dirigió hacia el pasillo, pero se detuvo en seco cuando escuchó al Comendador preguntar:

—¿Atendiste el problemita que te dije?

—Sí, su excelencia, está resuelto.

—Muy bien, espero que sea así. Debemos proteger nuestra orden milenaria de cualquier amenaza.

Phillipe asintió y se introdujo en la negrura del pasillo, el taconeo de sus pasos fue diluyéndose en la espesa noche. El Comendador quedó solo con los fantasmas de sus recuerdos y los espectros de su pasado. Desde el lejano horizonte de su ayer, las figuras silentes de momentos memorables acudían a su memoria. En todos ellos, uno, en especial, emergía como el magma desde los intestinos de la Tierra.

“Recuerda que ante todo debes defender el legado de tu padre” decía su madre. “Sí mamá, te lo prometo”.

El Comendador tomó el libro que tenía en sus manos y lo colocó en la mesa redonda situada a su lado. Se puso de pie. Mientras lo hacía, buscaba en los recovecos de su memoria esos momentos indelebles que antecedieron su llegada a la cúspide de la organización de los Protectores. “Recuerda... lo más importante es tener el control, el poder”. Controlar, administrar y dirigir la orden conllevaba una mano férrea, un carácter de concreto y una sapiencia a toda prueba.

Desde hace cuarenta y tres años dirigía a los Protectores. En ese tiempo, le tocó sortear las más inéditas situaciones y escenarios difíciles. Era un trabajo

ingrato. La jerarquía eclesiástica de la Iglesia Católica jamás aplaudía sus esfuerzos. No importaba, él continuaría trabajando desde las sombras.

Los Protectores procuraban evitar la propagación del mal, en todas sus formas. Para ello utilizaban los métodos que fuesen necesarios para combatirlo. Los integrantes de la logia no podían actuar por su cuenta, necesitaban una orden “divina” emanada del Comendador quién era el único que tenía la potestad para decidir cuándo y dónde actuaban “los protectores”. Estos servidores del “bien” tenían tres reglas que jamás podían ser violadas. Infringirlas, significaba firmar su sentencia de muerte.

La primera regla era jamás desobedecer un mandato del Comendador. La segunda era no tener hijos, los protectores dedicaban su vida a proteger al mundo del mal, no podían tener vástagos que ataran sus deberes. Y la última era develar la existencia de la organización a alguien fuera de la orden.

El Comendador pasó por delante de un espejo ruin que bostezaba desde una pared. Auscultó su rostro, se percató de que era viejo como el viento, como los chismes y las excusas. Los años no pasan en vano.

Volvió a su habitación. El Comendador llegó hasta un pequeño desván. Recorrió las aldabas de las gavetas con sus dedos fantasmagóricos, hasta que se detuvo en la última y la abrió. Tomó su agenda personal y hojeó sus páginas con lentitud. Removió unas hojas amarillas y luego llegó a la cuartilla que buscaba, se mojó los labios y leyó, con voz templada:

—“*Tempus breve est*”

El lobby del hotel Waldorf Astoria destilaba elegancia. Sus ocupantes se deslizaban como bambalinas fulgurantes entre sus paredes de color perla. El reflejo de la luz plateada de las lámparas arrojaba todos sus rincones. El piso de mármol, exquisito como un espejo de marfil, reflejaba a los transeúntes en una mezcla de imágenes que parecían oníricas. Los vidriales, como zafiros azules tapizados en las paredes, dejaban colar parte de las luces atontadas de la noche neoyorkina.

Cosette y Frida, sentadas en uno de los sofás grises situado en una de sus esquinas, auscultaban la rotación perfecta de la aguja segunda del gran reloj asentado en la pared principal. La pequeña mujer de piel aceitunada y ojos rayados vestía una braga negra con botones dorados. A su lado, la garbosa de Frida llevaba puesto un vestido corto de color melón, ceñido a su cuerpo atlético. En la parte superior de su tronco, un descote dejaba entrever sus pechos

turgentes que, como dos manzanas, sobresalían desde dentro de su anatomía y apretaban su piel contra la tela suave de la pieza. Unos zapatos plateados de tacones altos combinaban con la cartera del mismo color que llevaba en su mano. Su cabello azabache llovía sobre sus hombros desnudos como un manantial divino que emanaba del centro de la tierra y caía en las arenas blancas de su piel.

Ambas mujeres esperaban la llegada del vehículo de Arthur Dubront quien prometió recoger a la francesa —en realidad a su alter ego, Caroline Le Blanc — a las nueve de la noche para ir a cenar. Faltaban diez minutos.

—El señor Dubront es en extremo, puntual. Odia la impuntualidad.

—Lo sé, Cosette, por eso quise estar lista con mucha anterioridad.

—Me he hecho una pregunta, Frida, que quisiera consultarte, sé que no es de mi pertinencia, pero ¿Cómo reconocerás los códices? y ¿Cómo sabrás que están completos y que no falta ninguno?

—Los códices son unos pergaminos que están escritos en griego antiguo, en letras unciales y en formato scriptio continuo. Las letras unciales son todas mayúsculas. Este formato no utiliza espacios entre las palabras ni los párrafos. Es fácil de reconocer.

—Y ¿Cómo sabrás que no falta ninguno?

—Tendré que unirlos todos como un gran rompecabezas y verificarlos, uno a uno.

—Pero no tendrás tiempo para ello.

—Quizá, pero no creo que el señor Dubront tenga separados los códices, debe tenerlos todos juntos.

—¿Porque estás tan segura?

—Antes de venir hasta Nueva York, investigué acerca de ellos. No pude profundizar, pero leí un artículo escrito hace dos siglos por un autor francés que me inquietó.

La fantasmagórica figura de Cosette se estrujaba dentro de su ropa, parecía que aquel cuerpo frágil y huesudo desaparecería dentro de la indumentaria de un momento a otro.

—El investigador afirmaba que las páginas perdidas del código fueron tomadas por órdenes de Napoleón Bonaparte cuando llevó la biblioteca del Vaticano desde Roma a París. Según afirmaba este autor, el código tiene una fuerza sobrenatural que da a su poseedor una invulnerabilidad a toda prueba.

—¿Tú crees en esas idioteces Frida?

—El mal existe Cosette y lo sabes, nuestra orden lo combate. El señor Dubront es un hombre muy supersticioso y ha practicado la magia negra para obtener dinero y poder.

—Sí, eso dicen en los altos círculos sociales de Nueva York. Es alguien de perversiones abiertas.

—Es increíble que gente tan refinada y chic, que se llaman a sí mismos, los dueños del mundo, crean en supersticiones de hace siglos. Pero hasta hoy sucederá de este modo porque estoy segura que el señor Dubront quiere limpiar su imagen de un hombre frívolo y despiadado, necesita la aceptación del público para su campaña política.

—¿Cómo unos pergaminos pueden otorgar poder a alguien?

—Cosette, en este mundo hay fuerzas desconocidas inimaginables. Yo he visto la maldad desde dentro. Las fuerzas malignas tienen un poder que no puede ser ignorado.

La pequeña mujer llenó sus pulmones de oxígeno, buscando fuerza para expresar:

—Lo sé, Frida, por eso ingresé a la orden. De pequeña, abusaron de mí y cuando fui captada por uno de los “hermanos” no dude ni un instante para enfrentar la maldad. Odio a la gente maledicente. El día más feliz de mi vida fue cuando fui juramentada por el mismísimo Comendador. ¡Qué hombre tan sabio y bueno!

Frida vio con ojos de hermana mayor a la indefensa Cosette.

—Es cierto, es muy sabio... Sabes que estuve a punto de conocerlo.

—¿Qué? ¿En verdad ibas a conocer al Comendador?

—Sí, pero al final no pude. Pero estuve a un tris de hacerlo. Su asistente principal, que se identificó como Phillippe, me recibió, y fue él quien me dio las instrucciones precisas de esta misión.

—¿Tienes un plan para conocer dónde se encuentran los códigos?

—Primero debo tener la certeza que los tiene.

—Él los tiene, es la información que hemos manejado desde la orden.

—Pero te has preguntado Cosette, que es posible que todo haya sido una cortina de humo para desviarnos del lugar o la persona que los guarda en realidad.

La diminuta mujer enarcó las cejas.

—Tienes razón, pero de ser así, todo cambiaría, comenzaríamos de cero.

—No necesariamente...

—No comprendo, Frida.

—Arthur Dubront es todo, menos un advenedizo. Es un hombre que siempre está un paso por delante de las personas. Si yo le asomo el tema de los códigos, se espantará y conocerá mis verdaderas intenciones. Debo ser muy cuidadosa. Si logró llamar su atención e ingresar a su oficina, estaré un paso por delante de él.

—Ayer me dijiste que encontraste una rendija por donde podrías ingresar al

mundo de Arthur. ¿Es verdad lo que me dices?

—Sí, por supuesto, creo que su asistente es más de lo que aparenta ser. Ella puede saber de los códigos.

—Espero salga todo bien, he estado muy estresada, necesito unas vacaciones, urgente. Siempre he querido conocer París, ¿En verdad es tan bella como dicen y pintan las fotografías?

—Sí, Cosette, es la ciudad más hermosa del mundo. Cuando terminemos esta misión te invitaré a que pases dos semanas conmigo en París. Me caes muy bien.

—Tú también, Frida.

—Mantén el teléfono encendido, en caso de cualquier eventualidad.

—Lo tendré. Creó que llegaron a buscarte.

Un hombre alto como una torre subió por las escaleras de la entrada del hotel. Era el gorila blanco que el día anterior escoltaba al señor Dubront en el museo. Reconoció a ambas mujeres. Se acercó hasta ellas y preguntó:

—¿Señorita Le Blanc?

—Sí.

—La limusina del señor Dubront está afuera. Si desea acompañarnos, por favor.

Frida se puso de pie y, sin despedirse de Cosette, lo acompañó. El suspiro gélido de la noche arañó las piernas y los hombros desnudos de Frida al salir. El hombre abrió la puerta del auto y la espigada dama se introdujo con gracia y delicadeza. El gorila blanco se sentó en el asiento delantero. El vehículo arrancó.

La fingida señorita Le Blanc intentaba ver en la densa oscuridad de la limusina. Desde dentro de la oscuridad del auto, como un aullido que brota en la mitad del bosque, escuchó una voz que reconoció:

—Buenas noches señorita Le Blanc.

Era la voz de Cinthya, la asistente de Arthur Dubront.

—Buenas noches —expresó la francesa, haciendo un esfuerzo supremo para no delatar su nerviosismo.

En el centro de la limusina, como un gran faro en la mitad de un mar oscurecido, la lámpara se encendió e iluminó el pequeño espacio donde la francesa iba sentada. La efigie de la mujer se veía en la penumbra. Banner vestía un vestido negro corto, ceñido a su talle, sus piernas esbeltas las cubrían unas medias negras que torneaban su figura. Su cabello recogido y unas gafas en forma de lágrimas atildaban su rostro. Cruzó las piernas y expresó con voz espesa:

—Disculpe que la reciba de esta forma, pero el señor Dubront me ordenó que la acompañase hasta el restaurante.

—Muchísimas gracias por su gentileza, en verdad me siento más segura con

su compañía. Es mejor que ir acompañada de los dos gorilas que van delante.

—Cómo usted comprenderá, el señor Dubront tiene muchos enemigos... ellos están aquí por su seguridad... disculpe mi descortesía ¿Desea tomar algo?

—Sí, por favor. Un whisky en las rocas.

La mujer sacó del bar un vaso y sirvió un whisky, lo acompañó con tres cubos de hielo. Ella se sirvió un Martini. El auto avanzaba con lentitud por el espeso tráfico de la gran manzana. Afuera, las luces de la ciudad se deslizaban como grandes serpentinas.

—¿Dónde será la cena? Señorita Cinthya.

—Es una sorpresa. Es un lugar de ensueño, exclusivo y único en la ciudad — dijo, dejando un espacio donde notó el nerviosismo de la francesa, luego agregó —Por cierto, ayer Mr. D quedó muy impresionado con su actitud en el museo. No se la esperaba y yo tampoco.

La francesa bebió un sorbo del whisky para llenarse de bríos y espetó:

—Tuve que jugármela con el señor Dubront. No tenía de otra, si hubiese escogido el camino que han recorrido todas las personas que han intentado hablar con él, seguro estaría caminando por las calles de París en este momento.

—¡Es usted muy astuta! —dijo la asistente con voz correosa.

Banner bebió un sorbo de licor. Frida hizo un análisis preciso de la situación. No era lo que ella esperaba. Por lo general, alguien con tanta jerarquía y caché la hubiese acompañado todo el trayecto si tenía un verdadero interés en ella. Si él quería galantearla, debió hacerlo.

Bruni razonó tres explicaciones: la primera y la más simple, era que Arthur Dubront era un hombre *sui generis* que tenía costumbres extrañas de cortejo. La segunda era que esa mujer, cual perro guardián, tenía la orden de averiguar que se traía entre manos la impetuosa empresaria francesa antes de cenar con su amo. La última y más terrorífica era que la cita jamás se llevaría a efecto.

—¿Cuánto tiempo lleva usted con el señor Dubront?

Cinthya dejó escapar una leve sonrisa que fue atrapada por Frida.

—Toda una vida señorita, lo suficiente para cuidar sus espaldas.

—Sí, eso lo sé, de no ser así, usted no estuviese aquí.

—Señorita Le Blanc... cuénteme de usted. ¿Dónde trabajaba antes de hacerlo con su actual compañía?

—Yo laboré en Ginebra por espacio de cinco años en una proveedora de repuestos para satélites espaciales.

—Qué bien, ¿Le gustó su trabajo?

—Sí, por supuesto, pero Ginebra es una ciudad muy aburrida y yo extrañaba las noches de juerga en París.

—Sí, es verdad, en París no provoca dormir. Uno quiere estar despierto las

veinticuatro horas del día.

Sin dejar de verla, Cinthya agregó otro cubo de hielo al vaso de la francesa, luego preguntó:

—¿Cómo líder de su empresa estaría dispuesta a financiar parte de la campaña presidencial del señor Dubront?

—Bueno... eso depende, primero debe ganar la postulación de su partido.

—¿Y usted duda que eso sucederá?

—No lo dudo, pero puedo observar que en el partido republicano hay políticos avezados que tienen mucha más experiencia que su jefe.

—¡Subestima usted al señor Dubront, señorita Le Blanc!

—No lo subestimo, pero prefiero ver los toros desde la barrera como dicen en Francia.

—Yo le aseguro, señorita, que el señor Dubront será el próximo presidente de esta nación.

—Eso no lo niego, pero yo no estoy aquí para tratar con el próximo presidente de este país, yo viajé para hablar con el magnate de las telecomunicaciones.

—Y lo hará, señorita Le Blanc.

—Me puede decir Caroline, me siento como una solterona cuando me habla de ese modo —dijo mordiéndose la lengua. Recordó que Cinthya jamás se casó.

Ambas mujeres bebieron un trago mirándose a los ojos. Frida era una gran actriz y se adaptó al papel definido por la orden para intentar obtener los códigos. Había estado en situaciones peores, ella no se arredraba con facilidad.

—¿Por qué usted quiere hacer negocios con el señor Dubront? —espetó con sorna la asistente de Mr. D.

Frida ladeó la cabeza, dejó una larga pausa mientras bebía otro trago. Dejó entrever su incomodidad.

—No quisiera ser grosera e impertinente, pero creo que esa interrogante solo se la contestaré al señor Dubront. Como le dije a su jefe, el día de ayer, señorita Banner... No he viajado desde tan lejos para hablar con la asistente del señor Dubront. He venido a hacer trato con él, sólo con él.

La asistente de Mr. D colocó la copa en el portavaso de la puerta de la limusina y, dirigiendo toda la fuerza de su mirada a través de la penumbra, le dijo, sin tapujos:

—Señorita Le Blanc, mi presencia aquí obedece a que el señor Dubront nunca recibe a alguien sin antes tener un escrutinio de su personalidad y rasgos. Para un hombre de la importancia de Mr. D es necesario saber las peculiaridades de cada persona que es de su interés. Yo no debería decirle esto, pero ya que usted ha hecho énfasis en sus preguntas y dilaciones, se lo explico o mejor dicho,

se lo recuerdo... porque estoy convencida que usted es muy astuta y sabe que mi presencia obedece a cuidarle las espaldas al señor Dubront.

—¡Como un buen perro guardián!

—El término que usted quiera darle, no importa. Usted no me ofende, pero sí, es verdad, soy su última línea de defensa.

—Y hace muy bien su papel, señorita Banner —expresó la francesa en un tono más arrogante.

—¿Qué es lo que usted pretende con el señor Dubront?

Frida tragó grueso y, actuando con rapidez, respondió:

—Como bien le dijo la señorita Samantha Duarte, mi compañía...

Banner apoyó sus codos encima de ambos muslos, echó el tronco hacia adelante y pronunciando bien cada palabra, la interrumpió.

—Déjese de falsedades señorita Le Blanc, ambas sabemos que la compañía que usted representa existe solo en su mente. No es la primera mujer que llega hasta los pies del señor Dubront e intenta, de alguna forma, acercarse a él del modo que lo ha hecho: con un cuerpo seductor, un rostro de ángel y un vestido hecho para hacer burbujear su testosterona.

Frida sintió como el auto aceleraba y las luces del exterior de los vidrios oscuros de la limusina se movían como brasas de fuego tiradas por el viento.

—No comprendo, señorita Banner. ¡Usted me ofende!

—Deje la hipocresía... Usted es tan falsa como los senos postizos que tiene. Su identidad y la de la señorita Duarte fueron bien trabajadas. Las cuentas bancarias y toda la información de su empresa fueron maquetadas casi a la perfección. La sede principal en París, las referencias, su itinerario, todo ese engaño fue bien solapado. La felicito a usted y su compañera. No es el trabajo de una sola persona. Solo una gran organización pudo realizar semejante artilugio. Para nosotros no fue fácil encontrar la verdad, pero lo hicimos. No fue fácil hallar grietas en el edificio de mentiras que construyeron, pero hay algo que ustedes olvidan... El señor Dubront es poderoso y D c.a. tiene ojos y oídos en todas partes. Usted, señorita Le Blanc no es la señorita Le Blanc... Podría decirme ¿Quién es realmente? ¿Para quién trabaja? Y lo más importante ¿Qué desea?

Frida aguzó sus sentidos. La atraparon. Se sentía como una mariposa enredada en las redes de una telaraña. El corazón de la francesa explotó en una andanada de golpes que contraían su pecho de manera incesante. Su respiración se aceleró como las chimeneas de vapor de un tren. Su misión corría peligro y ella también. La limusina avanzó a mayor velocidad. Colocó su tragó en el portavasos de la puerta y luego, afinando su mirada en Banner, inquirió:

—¿El señor Dubront no asistirá a la cita?

—No, señorita, no lo hará.

—Él no sabe lo que se pierde. Tendré que buscar otro socio para mis inversiones en América —expresó cínica.

—Señorita, usted jamás invertirá en América. ¿Quién es usted?

Frida dejó salir desde dentro de sus entrañas:

—¡Alguien que usted no desea haber conocido jamás!

La mujer la miró con ojos de águila.

—¿Quién la ha enviado? y ¿Para qué?

Frida taladró con sus ojos a Cinthya y le dijo:

—Ni sacándome el alma, le diré quién soy.

—Imaginé que diría eso, por eso vine preparada con un Plan B —expresó con cinismo.

—Y ¿Cuál es el Plan B señorita Banner? —espetó Frida Bruni con una sonrisa que se le escapó de sus labios. Sus cinco sentidos se afilaron para reaccionar.

—Mi Plan B se llama Peter.

Como un lince que salta del arbusto para atrapar a su presa, un hombre fornido salió detrás del asiento de Frida y se abalanzó sobre ella, tomándola con sus brazos anchos y fuertes. Una de las manos la tomó del cuello y la otra colocó un pañuelo impregnado de triclorometano en la nariz y la boca de la francesa que con todas sus fuerzas intentaba librarse. Los ojos de Frida se agrandaron, masculló e intentó gritar y librarse de las fuertes manos que como grandes tenazas se aprisionaban sobre su cara. Las manos blancas y venosas de la mujer intentaron zafarse. El aire comenzó a faltarle, no quería respirar porque sabía que el cloroformo la desmayaría. Luchó con todas sus fuerzas como una fiera atrapada en la trampa del cazador. Sus piernas golpearon la puerta y la ventana blindada con fuerza, pero todo esfuerzo de soltarse fue en vano. Respiró. El efecto depresor del líquido se esparció en su sistema nervioso central y lo bloqueó. Sus ojos violetas dejaron ver sus escleróticas. Lo último que captó su conciencia fue la frase:

—¡Ya puedes soltarla, se ha desmayado!

El aire irascible era casi irrespirable. Una neblina azul registraba cada rincón como una serpiente hambrienta, buscando a su presa. Volutas grises emanaban del fuego tenue de las velas semidesnudas que iluminaban las paredes con sus haces torpes. Una resolana somnolienta traspasaba la habitación, dejando ver las virutas de polvo que, mezcladas con el humo, parecían haber paralizado el

tiempo. Un mantel raído cubría la mesa donde una mujer, oscura como el ébano, tenía apoyadas sus manos abiertas.

La Orquídea tenía el rostro cubierto con sus cabellos. Respiraba con lentitud. Parecía una momia viviente. Aletargada entre el mundo de los sueños y el real, respiraba con dificultad. Tenía las piernas abiertas debajo del mantel. Frente a ella, de pie, como una estatua de sal, la Pantera, ese monstruo humano que la cuidaba de día y de noche, se erguía incólume. La miraba con fijeza, presto a actuar, a lamer las manos y los pies de su ama y señora, a protegerla con su vida. Vivía por ella.

La cabeza de la Orquídea giró en movimientos cortos, pero precisos. Exhalaba aire con fuerza. Una andanada de sonidos guturales emanaban desde lo profundo de su garganta como explosiones de lava en un volcán. Su cabello se movía como una palmera cubana mecida por un huracán caribeño. Sus manos emanaban gotas de sudor que se quedaba impregnado en el mantel de la mesa como un tatuaje húmedo. Parecía estar en una especie de éxtasis. De pronto, calló. Bajó la cabeza y quedó inerte. La Pantera había visto caer a su ama en esos estados catatónicos en innumerables ocasiones. Pero esta vez no fue igual.

La mujer levantó la cabeza con fuerza.

—¡Nooooooooooooo!.... —gritó con una voz que provenía del averno de su alma negra.

El hombre de tez morena se acercó y se arrodilló a su lado como una mascota que escucha el llamado de su amo.

—Orquídea, mi señora ¿Qué os sucede? —dijo con su voz agreste.

La mujer exhalaba e inspiraba aire con fuerza.

—¡No! ¡No! , ¡Nooooooooooooo! —volvió a gritar.

Explotó del trance y se puso de pie, su cuerpo chorreaba sudor como un témpano de hielo en un mediodía de verano.

—Mi señora, ¿Qué os sucede?

—¡Quita el mantel!

El hombre obediente lo hizo.

—Trae la bola del destino.

La Pantera fue hasta un diván viejo que se escondía en una esquina de la ruin habitación y tomó una bola de cristal que contenía unos fragmentos de huesos. La Orquídea la tomó, la colocó sobre la mesa y dijo unas palabras en un idioma ininteligible, luego tomó los huesos dentro de la bola y los lanzó. Se quedó paralizada, viendo el rompecabezas de fragmentos que se formó. Luego dijo, exasperada:

—Alguien nos amenaza.

—¿Quién señora? Dígame para quebrarle el pescuezo.

—Debemos actuar pronto. No podemos dejar pasar esta oportunidad.

—Dígame dónde está.

Ella volteó hacia su vasallo moreno, lo tomó por el pecho y le dijo:

—Necesito hablar con el jefe de los discípulos. Ve pronto.

El hombre se levantó y sin decir palabra, salió raudo por la puerta como un demonio que busca el alma de un condenado.

Frida entró en el salón principal de su casa. La ausencia de una profesora decretó que los alumnos fuesen enviados a sus hogares con dos horas de antelación. Unas amigas la sonsacaron para que ir a *Champ de Mars*, pero Frida, solícita, dijo que no. Quería ir a su casa a descansar.

Se paseó directo a la cocina donde bebió un vaso de leche y tomó tres galletas de la despensa. Se moría del hambre. Se sentó en el sofá del salón donde se recostó mientras degustaba las galletas. Tomó la última edición de la revista *Elle* y la comenzó a leer. Escuchó un sonido seco en el piso superior. Unas voces acompañaron el golpe. ¡Qué extraño! ¡Mis padres están trabajando! No debe haber nadie en casa.

Subió las escaleras con lentitud, mientras escuchaba risas y quejidos. Los sonidos provenían del cuarto principal. Sintió miedo, pensó llamar a la policía, pero la curiosidad pudo más que su instinto de seguridad. Dando pasos estrechos y lentos se acercó hasta la puerta de la habitación. Estiró la mano, tomó la manilla y la giró con lentitud. Dudó. La soltó. La volvió a tomar y esta vez la giró con fuerza y decisión. Abrió la puerta de un sopetón. Se quedó sin aliento, las piernas le temblaban.

Dos parejas, desnudas y de rodillas, rodeaban a una joven en cueros que con los brazos y piernas abiertas se encontraba en el centro de un gran círculo con una estrella invertida dibujada en el piso de la habitación. La chica se presentaba como el dibujo del hombre de *Vitruvio* de Leonardo Da Vinci.

Frida sufría un shock. No reconoció a sus padres en una de las parejas desnudas. Su madre se percató de su presencia y se levantó. La llamó por su nombre. Su padre, con el rostro lívido, bajó la mirada. Ella corrió despavorida hacia su cuarto y se encerró. Se tiró en la cama, agarró una almohada y lloró con amargura. Afuera, se repetían sin cesar, las protestas y los ruegos de su madre para que le abriera.

Los recuerdos se diluían mientras recuperaba la conciencia, de a poco. A lo lejos, en un lugar muy distante, entre el sueño y la realidad, escuchó decir:

—! No sabemos quién es ella!

Frida discurría entre el estrecho límite de la realidad y la fantasía. Sentía como salivaba en exceso. Abrió los ojos con lentitud y se sintió desorientada. Sus pupilas dilatadas —por el efecto del analgésico que aspiró— permitían una mayor entrada de luz que la cegaba. Era como si una gran bombilla incandescente la tuviera atrapada en su interior. Movi6 su cabeza a los lados y vio dos siluetas humanas difusas que no lleg6 a distinguir.

S6lo cuando escuch6 una voz femenina decir su nombre, record6 lo sucedido. Era Cinthya Banner.

Respir6 profundo y tuvo una visi6n m6s clara de lo que sucedía. Instintivamente, trat6 de levantarse y ponerse de pie, pero se percat6 de que tenía sus manos amarradas detr6s de su espalda, al igual que sus tobillos. La tenían atada a una vieja silla. Mir6 alrededor y vio al gorila blanco que le abri6 la puerta del carro, sin el flux y la corbata y con las mangas de su camisa arremangadas. Del otro lado, se presentaba la figura de un hombre moreno y orondo. Supuso que era Peter, el “plan B”. Al frente suyo, se elevaba la figura de Cinthya. Manipulaba su tel6fono.

Hacía frío, sus pies desnudos ardían con el contacto del piso helado. Olía a gasoil. Intuy6 su cercanía al mar porque escuch6 a lo lejos el chillido de la sirena de una embarcaci6n. Cuando recuper6 por completo su agilidad mental y la percepci6n de sus sentidos, dijo con sarcasmo:

—Bonito lugar, solo falta la m6sica y los mesoneros.

Cinthya se sonri6 y le dijo:

—¡Hasta en esta situaci6n adversa, usted conserva el cinismo y el humor negro!

—Si piensa que voy a temblar, est6 equivocado.

—No s6 si temblar6 señorita, pero s6 s6 que est6 en tremendo lio del cual no podr6 salir. Dígame... ¿Qui6n es usted?

—Nadie, yo soy nadie.

—Los nadie siempre mueren por tercetos. Le recomiendo que piense en otro nombre, otro que le sirva para salir bien de este embrollo.

Frida mir6 de arriba a abajo a la asistente de Dubront y con cizaña le dijo:

—Y su jefe ¿D6nde est6? Acaso tiene que guardarse bajo las faldas de una mujer para poder protegerse.

—El señor Dubront es alguien muy ocupado. No est6 para estos asuntos triviales. El trabajo que ustedes han hecho es impecable. Hasta su tel6fono est6 bien diseñado para esta situaci6n. ¿Para qui6n trabaja? Esto no es obra de un día ni de una sola persona.

—Gracias, pero deme todo el cr6dito a m6. ¡Yo trabajo sola!

Cinthya sonri6. Intent6 palpar qu6 la sujetaba y se percat6 de que era una

cinta de embalaje. Sentía las manos frías, las tenía muy apretadas.

—¿Qué desea con el señor Dubront?

—Fumarme un cigarrillo con él, perdón, no recordaba que dejó de fumar hace diez años.

Los ojos de Cinthya se posaron sobre todo el cuerpo de la francesa, observó los amarres.

—El señor Dubront me decepciona, es un cobarde.

—No soy un cobarde, señorita —escuchó a sus espaldas.

Frida reconoció la voz de Arthur Dubront detrás de ella. Un escalofrío cervical recorrió su espina dorsal. Los vellos de su piel se erizaron. Los dos gorilas dirigieron sus miradas encima de su cabeza y, atendiendo la orden de su jefe, se retiraron. Frida escuchó a lo lejos cuando una puerta se abría y se cerraba. Sintió como una mano, caliente y rústica, acarició su espalda y sus cabellos. Una sombra avanzó a su izquierda y se colocó entre ella y Cinthya. Era Mr. D. El viejo vestía la misma percha del día del museo. Colocó ambas manos en los bolsillos de sus pantalones. Con un tono de voz oscura, le dijo:

—Seré preciso para no quitarle el tiempo. ¿Quién es usted?

Ella miró los ojos fríos de su interlocutor. Eran impenetrables como el hielo. Intentó taladrarlos con su mirada, pero fue inútil. Él no se inmutó.

—Señorita comprenda algo, si usted no nos dice nada, empeorará las cosas.

—Estoy viva porque no he dicho nada. Si hablo, mi sentencia de muerte se cumplirá al momento.

—¿Eso cree?

Los párpados de Frida se redujeron y una mirada crispada se escapó.

—¿Encontraron a la otra mujer? —Preguntó el magnate.

—No, Mr. D, escapó del hotel, no hemos dado con su paradero.

Frida expiró un leve suspiro, sintió un alivio. Arthur volvió a centrar su atención en ella, se puso en cuclillas y la tomó por las rodillas. La francesa sintió repulsión. El viejo se acercó a su oído y le susurró:

—Señorita, si no me quiere decir quién es, la dejaré en manos de mi asistente, ella es menos indulgente que yo.

El rostro de Frida se palideció. Miró de cerca los profundos ojos de aquel hombre calculador. Sintió su frialdad cortante, su gélido corazón, el averno de su alma. Su mirada era hueca, sin esencia de vida. Se puso de pie, sacó un pañuelo, se estrujó las manos y las limpió. Su teléfono vibró. Un mensaje de texto se deslizó en la pantalla.

—*Lo de París ya está listo.*

—*Ok. ¿Fue un trabajo limpio?*

—*Sí, como siempre.*

—*Vuelve a Berlín con lo solicitado.*

—*Ok.*

Dubront vio a la francesa que permanecía con los ojos ignívoros y la boca temblorosa. Se acercó a Cinthya. Le susurró algo al oído. Ella asintió. El magnate volteó a ver a Frida que parecía un barril de gasolina a punto de explotar. Soltando una sonrisa y con sus ojos color tiniebla, se despidió:

—*Au revoir ma Cherie, Je ne la verrai jamais.*

Luego se retiró. Frida volvió a escuchar la puerta abrirse. Los dos gorilas volvieron al recinto con cuerdas y cintas en sus manos. Se sentía indefensa como el toro de lidia que ve el brillo de la espada del torero; su muerte solo era cuestión de tiempo. La francesa escuchó el encendido de un carro y su desplazamiento. Los dos hombres se deslizaron a su lado, la asistente se puso enfrente y le dijo:

—¡Vamos a dar un paseo!

Frida iba a protestar cuando uno de ellos sacó un trapo y se lo colocó en la boca, mientras que el otro con agilidad, le colocó una cinta que selló sus labios. El corazón de la francesa crujió. «¡No puedo acabar así, yo he salido de peores situaciones! », gritó en su mente.

Sus ojos se expandían como dos grandes abismos. La tomaron por los brazos y la levantaron, ella se movía como un atún gigante fuera del agua, tratando de zafarse. La sujetaron por la espalda y las piernas. Salieron al exterior. Frida sintió el aire gélido marino en todo su cuerpo como el roce del aliento tenebroso de la muerte. Cinthya abrió la cajuela de la limusina y los escoltas la acomodaron dentro. Ella quedó de bruces. Se volteó y contempló las siluetas difusas de sus captores en la oscuridad.

—Lo siento, preciosa, te quisiste pasar de lista —sentenció Cinthya, encendiendo una linterna y fluctuando el haz de luz por el cuerpo de la francesa. Al llegar a sus pies, la apagó.

—Vámonos —dijo tajante.

Uno de ellos cerró con fuerza la puerta de la cajuela. El mundo de colores de Frida se tornó oscuro como la selva amazónica en una noche de luna nueva. Escuchó el encendido del vehículo como una bestia hambrienta a punto de engullir a su presa indefensa y herida. Sus pensamientos se abstraeron a uno solo «! Voy a morir! »

El hombre caminaba expedito por uno de los paseos laterales que bordean la orilla del río Sena. El viento templado de París pellizcaba su piel. Sentía que lo

seguían, miraba hacia atrás y a los lados de vez en cuando. Pasó por el edificio del instituto del mundo árabe, atravesó el puente de *Sully* y abordó uno de los botes que serpenteaban el Sena. Se bajó cerca del boulevard Henri IV y volvió a marchar raudo entre el rebaño de personas que caminaban al mediodía por las calles parisinas. Desbordó la plaza de la Bastilla y se internó en la *Rue de la Roquette* hasta que llegó a su objetivo: el cementerio de *Père-Lachaise*.

Traspasó sus muros añosos y se encontró con una necrópolis atravesada por desiguales arboledas. El camposanto permanecía vacío a esa hora, uno que otro turista, que se paseaba con parsimonia entre las tumbas, interrumpían su soledad. Volvió a voltear hacia atrás y se percató de que nadie lo seguía. Se sintió un poco más calmo. Caminó por la avenida circular y llegó hasta la tumba de Eloísa y Abelardo.

Giró hacia los lados y no vio a nadie sospechoso. Apenas, a lo lejos, se dibujaba una pareja de jóvenes que se arrancaban besos rabiosos. El francés se internó en el monumento de los sempiternos amantes. Metió su mano en la parte superior de una de las losas triangulares, donde se encontraba una apertura en forma de trébol y apartó con cuidado un falso ladrillo. Una pequeña apertura saltó a sus ojos. Sacó de su bolsillo un paquete y lo colocó en su interior. Volvió a poner el falso ladrillo y salió tan rápido como pudo del monumento luctuoso.

Sintiéndose un poco más seguro y tranquilo, caminó hasta la estación del metro más cercana y bajó por sus escaleras. Compró un tique y se dirigió a la línea 2 con dirección a *Porte Dauphine*. Una miríada de personas esperaba el tren. Seguía volteando para todos lados, intentaba reconocer algún rostro conocido que lo estuviese siguiendo. El vagón tardaba más de lo debido.

De pronto, un río de almas bajó por las escaleras hasta que atiborró la estación. Se escuchó el sonido del vagón que se acercaba desde el túnel como un gusano gigante que hiende el aire subterráneo. El metro arribó, pero con dirección contraria a la que tomaría el calvo. Miró hacia su derecha y observó las luces de su vagón que se acercaba desde el otro túnel. La máquina ferroviaria frenó con lentitud. Sintió el aire tibio de los frenos que movían las ropas y los cabellos de los usuarios. La gente se concentró alrededor de las entradas al vagón. El tren se detuvo por completo, las puertas se abrieron y una avalancha de individuos invadió el andén. El francés, para evitar que lo tumbaran, se apoyó en el borde de la puerta. Sintió en el lado externo de su mano derecha un pinchazo. Instintivamente la apartó e intentó ver qué lo picó, pero no pudo. Enseguida, la corriente de pasajeros lo empujó hacia el interior del vagón. Como pudo se acomodó de pie. Vio su mano y observó una pequeña gota de sangre que corría por su piel nívea. «Un maldito clavo», pensó.

El Serafín había llegado a París esa mañana en un vuelo procedente de

Berlín. Regresaría a la capital alemana antes del anochecer. Tenía dos misiones. Debía ser rápido, eficaz y certero. Revisaba a cada momento los datos y la fotografía de su próxima víctima. Su cliente quería que lo eliminase lo más pronto posible, sin dejar evidencias de un asesinato. Pero atisbó un problema, el objetivo era una persona rápida y astuta, volteaba sistemáticamente para ver si lo seguían. Comprendió que no era un ciudadano común.

Solo alguien que milita en algún cuerpo de seguridad o en el mundo delincriminal, tiene ese comportamiento arisco de mirar a todos lados para ver si lo siguen. En dos oportunidades lo despistó y casi pierde el rastro. En Trocadero, cuando abordó uno de los botes y la otra en el Cementerio de [Père-Lachaise](#). En la primera, el Serafín tuvo que tomar una bicicleta de alquiler y seguir la ruta del bote a través del Sena para no perder de vista al objetivo, en la otra, el asesino llegó hasta el cementerio y debió elevarse en uno de los árboles para encontrar el rastro.

Cuando retomó su pista se percató que el objetivo bajó por las escaleras de la estación del metro de *Père-Lachaise*. Había un gentío. Era una ventaja para poder entre los transeúntes. Fijó a su víctima al igual que un leopardo se acerca sigiloso a su presa. Estaba a sus espaldas. Cuando el bululú se acumuló en el andén por la llegada del vagón, se ubicó diagonal a su víctima, su plan era sencillo.

Debía pinchar alguna parte de su cuerpo con la jeringa que tenía en su mano. El metro llegó y un cardumen de personas salió. El Serafín empujó al calvo hacia la puerta que no tuvo otra alternativa que apoyar su mano derecha en la entrada del vagón. Con un movimiento rápido y certero clavó la jeringa diminuta. Dos centímetros cúbicos de Hemotóxina se inocularon en el torrente sanguíneo del calvo. Se colocó a dos metros de la víctima y observaba de soslayo su reacción al veneno. El objetivo debía estar muerto antes que el tren arribase a la próxima estación.

El vagón inició su marcha, mientras que el hombre sobaba su mano con dureza. Sentía como una especie de ardor subía por su extremidad en dirección a su brazo derecho. El veneno de una mamba negra, uno de los más mortíferos del mundo, rodaba por su torrente sanguíneo. Sintió como le faltaba el aire, sus manos se adormecieron, sudaba profusamente y su pecho comenzó a dolerle como si un gran elefante lo pisaba. Tenía los síntomas de un infarto fulminante. Sus rodillas se doblaron y cayó al piso sentado. No sabía qué le sucedía, pero se percató de que pronto moriría. Caminaba por el pedregal cercano a la muerte. Una de las mujeres le preguntó si necesitaba ayuda, pero él no podía hablar.

Balbuceó unas palabras ininteligibles y se recostó con lentitud en las piernas de uno de los señores que permanecía sentado. Quiso levantarse, pero cayó.

Cerró los ojos y perdió la conciencia. Un minuto más tarde su corazón dejó de latir. Una mujer gritaba desesperada. Un anciano pidió ayuda. Los usuarios del metro clamaban por la presencia de un doctor. Un parisino vino desde el final del vagón y se acercó, empujando a las personas y se arrodilló delante del calvo que tenía la piel exangüe. El tren se detuvo. La puerta se abrió. Varios pasajeros gritaban, pidiendo auxilio. Unos soldados del ejército francés corrieron hacia el vagón.

El Serafín pasó al lado de su objetivo y vio sus uñas violetas y su rostro lívido, supo de forma inequívoca que había muerto. Cumplió su misión. Salió del vagón con prisa entre la manada de personas que salían despavoridas del transporte parisino. Subió las escaleras del metro y salió a la tarde fresca de París. Sacó su teléfono y envió un mensaje de texto a su cliente. “Objetivo cumplido”. Al minuto recibió la respuesta. “Ok, busca la caja de Pandora, tu segunda misión”. Vio su reloj. Tomó un taxi y se dirigió a Saint Michelle.

La llegada de Annika a Berlín no pudo haber sido en mejor momento. Ni aun planificándolo durante años, hubiese logrado acertar todas las circunstancias favorables que acompañaron su arribo a la capital alemana. Corría el mes de diciembre de 1938 y Hitler se imbuía cada vez más, junto a su Alto Mando Militar, en la planificación de la conquista de Europa. Esta situación dejó mucho más tiempo al afanoso Himmler de poner a punto su proyecto *Lebensborn*.

La llegada de Rosenberg coincidió con la ampliación del programa de preparación pediátrica del personal que atendía a las parturientas y sus retoños. Annika destacó por su profesionalismo y al diplomarse, seis meses más tarde, quedó reasignada como instructora en el centro educativo nazi. Era la oportunidad que la rubia esperaba, pues en Berlín se encontraba el centro de poder del nazismo y mientras ella estuviese en su elipsis podría encontrar el rastro de la hija de Eva.

Entre tanto, *Lebensborn*, no funcionaba a la perfección. Con casi un lustro de ejecución, los desaciertos superaban a los aciertos en el programa. El proyecto, desde el punto de vista operativo, era perfecto. Las uniones carnales entre “machos arios” y las mujeres alemanas se repetían sin cesar en encuentros que dejaron de ser furtivos y se convirtieron el “vox populi” de la sociedad alemana. Las mujeres quedaban encintas e iban a parir sus “crías” en las casas cunas. No obstante, el programa no probaba, en la práctica, las teorías de eugenesia de Himmler.

Una alemana sana y un ario perfecto debían engendrar —de acuerdo a los teoremas del jefe de las SS— un niño vigoroso y sano, sin imperfecciones en su cuerpo, inmune a las enfermedades y con desarrollo óptimo. Pero algunos vástagos nacían con síndrome de Down, otros con problemas de locomoción y algunos se enfermaban con asiduidad. Pero la situación más apremiante de *Lebensborn* era la muerte prematura de los infantes. Su número crecía de forma exponencial.

La mayor tasa de mortalidad era entre los niños criados por las enfermeras desde su nacimiento. Las madres los abandonaban al siguiente día del parto. El jefe de las SS, al enterarse, hizo unas visitas a varios de los centros *Lebensborn* y constató, *in situ*, las condiciones favorables e idóneas para el nacimiento y crianza de los nuevos hegemones del continente europeo. El *Reichsführer-SS* tomó cartas en el asunto y ordenó una mayor capacitación del personal, pues pensó que debía aumentar el entrenamiento de las enfermeras.

Pero la tasa de mortalidad siguió en aumento y Himmler tuvo que dar su brazo a torcer. Otra debía ser la razón. Volvió a recorrer las casas cunas e indagó entre los médicos y las enfermeras acerca de las causas probables de esas muertes prematuras. El personal le comentó al *Reichsführer-SS* que muchos de los niños apartados de sus madres parecían haber perdido las ganas de vivir. Ellos pensaban que el desprendimiento prematuro de la criatura de la mamá, causaba un shock emocional en el bebé que incidía en su muerte.

Himmler aceptó a regañadientes estas sugerencias, pues él diseñó una industria de bebés, no un maternal. En vista de tantos testimonios, le indicó al jefe del programa *Lebensborn* que formara y capacitara a todo el personal para atender con más sutileza y mimos a los recién nacidos. El oficial dictó órdenes a su estado mayor y al director de la escuela de enfermería para encontrar soluciones inmediatas.

El director de la escuela se reunió con varias enfermeras —entre ellas Annika— y pidió recomendaciones. Rosenberg fue tajante, le dijo sin tapujos: «los niños mueren por falta de amor. Hay que darles más cariño y menos trato castrense». El oficial puso a la rubia al frente de un programa piloto en una casa cuna situada en las afueras de Berlín. Bajo su liderazgo, el grupo de enfermeras se esmeró en mejores tratos maternos a los niños y usó leche materna, “ordeñada” a otras madres, en los neonatos con los bebés que habían sido separados de sus madres. Los resultados fueron asombrosos, los índices de mortalidad de los niños se redujo casi a cero. La noticia se regó como pólvora y el director de la escuela ordenó que se “ordeñaran” a todas las madres disponibles de todas las casas cunas. La espigada rubia supervisaba directamente ese programa de “lactancia y mimos”.

Los días pasaron y Annika continuaba en la escuela de enfermería, impartiendo clases y, con periodicidad, realizando visitas a las casas cunas para verificar el progreso del programa de “leche y besos” como también fue conocida su iniciativa. La carrera de la enfermera iba en franco ascenso.

No obstante, el vacío y la zozobra que la enfermera sentía por el incumplimiento de la promesa hecha a la madre de la pequeña, la desquiciaba. Cuando se iba a dar por vencido de buscarla, un hecho cambió todo: el estallido de la guerra.

Los alemanes invadieron a Polonia el 1 de septiembre de 1939 y Francia e Inglaterra le declararon la guerra. Al principio, Annika miró de soslayo aquel hecho, pues pensaba que las fuerzas alemanas eran superiores a cualquier ejército del mundo. La rendición incondicional del gobierno polaco en Varsovia, un mes después, le dio la razón. Berlín siguió con su vida bohemia y derroches por doquier. Ella y el resto de los germanos pensaron que el conflicto no

afectaría sus vidas. Pero se equivocaban. Al finalizar la guerra, habrían muerto o desaparecido más de dos tercios de la población alemana, el país estaría en ruinas y Alemania sería dividida en dos partes. Pero las mieles del triunfo no permitían pensar en el futuro. ¡Qué importaba el mañana! Lo importante era saldar las viejas cuentas de la “gran guerra” y el hombre del bigote recortado que había prometido venganza y redención comenzaba a darle a los alemanes lo que tanto clamaron por dos décadas.

Hitler era cada vez más poderoso, el ejército alemán se asomaba invencible y el reino de las SS expandió su territorio a horizontes situados más allá de las fronteras germanas.

Después de haber borrado a Polonia del mapa de naciones, el *Führer* ultimó la preparación de su ejército para aplastar a Francia. Era un secreto a viva voz. Los franceses, altivos y arrogantes, se refugiaban detrás de su “inexpugnable” línea Maginot esperando con ansias a los germanos para derrotarlos de nuevo del mismo modo que lo hicieron en la primera guerra mundial. Francia pagaría un alto precio por su ingenuidad.

Hitler, a sabiendas de que los franceses serían más difíciles de derrotar que los polacos, necesitaba de todos los oficiales disponibles. Dio la orden de que aquellos que ocupasen cargos superfluos fuesen trasladados a unidades operativas del ejército o las SS. De este modo, el coronel director de la escuela de enfermería, fue trasladado a un nuevo destino en el frente francés. El jefe del proyecto *Lebensborn* tuvo que reemplazarlo y Annika fue la designada para ocupar la dirección.

Desde ese nuevo cargo se ampliaron las relaciones sociales y laborales de la enfermera, que dejó de ejercer su profesión y se dedicó a dirigir la institución. Desde allí, tuvo una relación directa con la jefatura del proyecto.

Situada en ese balcón de poder amplió el alcance de visión de las SS y quedó horrorizada con la visión tenebrosa de Himmler. Annika sentía temor y ansiedad al estar tan cerca del pináculo de la jerarquía nazi. Sabía que, desde el cargo que ostentaba, era seguida y vigilada por los miembros de la Gestapo. Fue más cuidadosa, dejó de abrir sus piernas y solapó la búsqueda de la chiquilla.

Cada vez que se reunía con el jefe de *Lebensborn* o tenía que acompañarlo a la sede de las SS, sentía el mismo ambiente funesto y de desasosiego que percibió aquella noche en la catedral de Santa Eduvigis. Annika tenía el convencimiento de que fuerzas oscuras rodeaban el mundo de las SS.

Llegó el año de 1940 y la guerra con Francia explotó. Alemania destruyó, con su *Blitzkrieg*, a las fuerzas armadas galas y al cuerpo expedicionario británico.

La guerra relámpago germana puso de rodillas a los franceses y sus aliados

ingleses, en menos de dos meses. Combinando unas fuerzas blindadas ligeras, una infantería móvil y un apoyo aéreo eficaz, los alemanes lograron que su esvástica ondeara arrogante en la cima de la torre Eiffel.

El 22 de junio de ese año, mientras los berlineses se concentraban en la puerta de Brandenburgo para celebrar la capitulación francesa en Rethondes —en el mismo lugar donde años atrás los alemanes se rindieron ante los franceses— Annika fue llamada por su jefe a la sede del proyecto *Lebensborn* en la ciudad bávara. Tomó el primer tren disponible y llegó hasta la sede de la “fuente de vida”.

Un cielo azul bañado de un sol incandescente, aureolaba a Múnich. Los vítores de la gente alborozaban la ciudad. Annika decidió recorrer a pie el camino hacia el edificio sede de *Lebensborn*. Un paroxismo colectivo embriagaba a los muniquenses. Cuando estaba a punto de ingresar al edificio, un soldado del ejército que corría con una esvástica, en dirección contraria, se paró delante de ella y sin mediar palabra la tomó por los hombros y la besó en la boca. Iracunda, lo abofeteó tres veces, pero el soldado en vez de molestarse, siguió berreando por la calle en búsqueda de una nueva alemana a quien besar. Ella limpió su boca y llena de ira, siguió su marcha hacia la oficina del director.

Llegó diez minutos después. Tuvo que calmarse antes de tocar la puerta. Al entrar, su jefe, un coronel de las SS de mediana edad, la recibió exultante. Sin mediar palabra la tomó por los brazos y le dijo:

—¡Vencimos a los franceses! ¡Los vencimos!

«Que no me bese porque lo abofetearé y me despedirán», pensó, luego respondió con desembozo:

—¡Sí, coronel, hemos derrotado a esos engreídos franceses, por fin vengamos la humillación que nos hicieron pasar desde 1918!

Él la abrazó con efusividad. Annika enarcó sus cejas mientras él lo hacía, pues el coronel era un hombre muy parco que poco mostraba sus emociones. Después que el nivel de adrenalina bajó de su torrente sanguíneo, el oficial le pidió que se sentase. Afuera continuaba el barullo de la celebración. El oficial repuso su carácter tosco y dijo:

—Annika, le ordené que se presentara aquí porque el *Reichsführer* ha ordenado una reunión del proyecto *Lebensborn*, mañana en Berlín, en la jefatura de las SS. Me llamó esta mañana, estaba muy emocionado y de buen humor por nuestra gran victoria. Me dijo, que en vista de este gran avance en el plan de dominar a Europa, el *Führer* quiere ver los adelantos del proyecto. Lo alegró la noticia de la reducción de los índices de mortalidad de los niños menores de un año. Él sabe que usted ha sido el baluarte del programa de “mimos y amor”. Él quiere que estés mañana en esa reunión. Quiere conocerte.

—Me alegra, señor —expresó mientras un filoso escalofrío rasgó su espalda. Las pupilas de Annika se distendieron, su rostro se enrojeció, comenzó a respirar con dificultad y su pulso se aceleró. Un nerviosismo ignoto se asomó en su rostro. —¿Por qué quiere conocerme? —inquirió con un dejo de duda.

—Le hablé de tus aportes y tus recomendaciones y él quiere preguntarte personalmente de esos novedosos métodos... ¿Estás nerviosa?

—Sí, un poco, señor —espetó con la voz trémula.

—No tienes por qué preocuparte. El *Reichsführer-SS* no come gente.

«No se la come, la mata», pensó Annika. La mujer movió la comisura de sus labios, dejando escapar una sonrisa exacerbada. Cruzó las piernas, vio sus manos y luego dijo, vehemente:

—Yo no le temó a Himmler, estoy nerviosa por lo que esta reunión significa para mí. Es un gran honor estar al lado del hombre que ideó este plan maravilloso de pureza aria.

El coronel, que la miraba con los ojos afilados desde el otro lado del escritorio, expresó:

—No se hable más, mañana a las dos de la tarde debemos estar en la jefatura de las SS.

—Así será, señor.

Al siguiente día, el auto recogió a Annika en la sede de la escuela de enfermería a la una de la tarde. Ella vestía una falda negra y un bléiser blanco. Debajo del conjunto, una blusa roja ajustaba su tronco. Portaba un sombrero, color púrpura, de medio lado y recogió su cabelló rubio. El coronel, al verla, le dijo, con sarcasmo, que portaba los colores de la bandera esvástica. Ella se sonrió. En realidad, Annika escogió esa indumentaria porque era la última moda de París, no por razones chauvinistas.

Mientras el vehículo se deslizaba por las calles cementadas de Berlín, la mujer miraba a través de la ventana. Acurrucada en la cómoda tapicería, iba silente y escudriñaba el paisaje citadino. Cuadrillas de limpieza recogían los confites, los papeles y las banderas que quedaron dispersos en la ciudad, por la celebración de la anexión de Francia al Tercer *Reich*. París, la orgullosa capital de los franceses, donde reposaban los restos de Napoleón Bonaparte, era ahora, una provincia alemana.

El sol angulado de verano achicharraba a los berlineses. El calor era asfixiante. Las banderas nazis ondeaban por doquier. Era un espectáculo grandilocuente donde el púrpura, el negro y el blanco aureolaban la ciudad de un totalitarismo pleno. El jefe de Annika, sentado a su lado, iba con su semblante acostumbrado, parco y silente. Revisaba, acucioso, algunos documentos que llevaba a la reunión. Entre tanto, la joven alemana se paseaba por las orillas del

mar de sus recuerdos. No podía dejar de pensar en aquella noche en la iglesia de Santa Eduvigis cuando Himmler estuvo en la ceremonia pagana con la niña que ella buscaba. Las imágenes de la mujer desnuda, danzando frente a la chiquilla, helaban su respirar y los vellos de sus brazos se erizaban. Fuerzas oscuras adensaban su miedo.

Annika temía descubrir qué significaba aquella ceremonia y sus implicaciones en la vida de la pequeña de los cabellos rojos ensortijados. Las garras de Himmler, aquel hombre de gafas redondas y de bigotico recortado, se cernían sobre la pequeña.

El *Reichführer-SS* pertenecía al anillo de poder que rodeaba al *Führer*. Ese séquito era hartamente conocido por los germanos. Los alemanes habían reído y llorado; amado y odiado; esperado y celebrado, con aquellos gerifaltes que acompañaban, desde siempre, a Hitler como rémoras pegadas a un gran tiburón blanco. Annika, como la mayoría de los alemanes, sabía de todos ellos.

El más popular era Herman Göring. Orondo como un barril y aparentemente alegre, el as de la aviación alemana, durante la primera guerra mundial, era, según su propio criterio, el más cercano a las masas. «Hitler está demasiado ocupado en la planificación de la guerra y el pueblo necesita alguien más cercano a quien puedan tocar, sentir, palpar y amar, para eso estoy yo», decía. Los alemanes siempre hablaban de él, ya sea por sus esperpénticos gustos, su vida sibarita, su paladar insaciable, su afán infinito de acumulación de poder, sus frases más disparatadas o sus uniformes aperchados de más condecoraciones que tela. De más de ciento cuarenta kilos de peso, uniformado con sus vistosos y exclusivos trajes, parecía una especie de rey Momo. Pero el jefe de la *Luftwaffe* distaba mucho de ser un payaso. Era un guerrero valiente y hábil. Göring era, además, el presidente del *Reichstag*, y en teoría, era el heredero al trono de Hitler. Animoso y combativo, amaba las riquezas, el poder y la buena comida, pero por encima de todo, amaba al *Führer*.

La otra figura que siempre acompañaba a Hitler para todas partes, era diametralmente opuesto al jefe de la *Luftwaffe*. Era pequeño y escuchimizado, su rostro templado no transmitía el histrionismo del gordo Göring. De movimientos lentos y precisos, el pequeño hombre necesitaba, a veces, de un taburete o un banco para poder ver los desfiles de pie o hacerse notar por las masas. Los alemanes pocos hablaban de él, lo veían como un endeble pequeñín que, de un momento a otro, el viento se lo llevaría. Pero a Joseph Goebbels poco le importaba su débil musculatura o lo que los alemanes pensarán de él, porque ese debilucho e indefenso hombre, manipulaba a la población a su antojo como un titiritero hace con sus muñecos de tela. Él era el ministro de la propaganda nazi y no necesitaba fuerza física para enfrentar a sus enemigos dentro y fuera del

nazismo. Solo le bastaba con su brillante cerebro. Este gerifalte manipulaba, con maquiavelismo, todos los hechos que se sucedían, dentro y fuera de Alemania. Era, quizá, el más más brillante del séquito hitleriano y el único académico de su corte. Era la mente sevicia que tergiversaba todos los hechos que sucedían, para sacarle rédito político y perpetuar en el poder al único ser humano que amaba: Adolf Hitler.

Joachim von Ribbentrop integraba, también, este grupo variopinto de alemanes que rodeaban al todopoderoso *Führer*. De rostro ario y modales finos, alto y con garbo en sus ademanes, parecía un dandi. Pero Ribbentrop era todo, menos un fantoche mariposón. Si una palabra definía a este hombre era la perfidia. Con su habilidad políglota y su conocimiento del comercio internacional, del cual provenía, manejaba la diplomacia nazi con maestría. Con una mano estrechaba a sus colegas cancilleres y con la otra los apuñalaba. Era el hábil gestor de todos los tratados y alianzas que hizo de Alemania, la nueva potencia europea. Era quizá, el único del grupo cercano al *Führer* que no lo idolatraba, sin embargo, conocía a la perfección que todo el poder real emanaba de él y cumplía bien su rol en la corte de aduladores. En apariencias, amaba a Hitler.

Alfred Rosenberg, el llamado filósofo del nazismo, creía, a su manera, que era un pensador de la talla de Sócrates o Descartes. De profesión arquitecto, era hijo de un zapatero y, se dedicó a darle explicación científica a cualquier afirmación que hiciese el *Führer*. Bajo su pluma y su verbo zafio, trató de darle forma académica a las ideas antisemitas y los iracundos discursos de su amo. Inventó absurdas teorías filosóficas que dejaban atónitos a quienes las escuchaban. No obstante, el supremo líder alemán las adoraba e hizo de él, el traductor oficial de su credo racial de superioridad aria. Fiel a sus creencias, afirmó en una oportunidad «Hitler es mi razón de vivir», dejando rodar una lágrima por sus pómulos. Al igual que todos los de su séquito, lo amaba.

En las sombras, se ocultaba Rudolf Hess, el vicescanciller, quien se distinguía por ser el fiel lacayo de Hitler desde sus inicios. Hombre moroso y anodino, era el único, de todos los que rodeaban al *Führer* que no tenía apetencias personales ni ambiciones mezquinas. Fue el transcriptor de *Mein Kampf* en la cárcel y era, en teoría, el asesor de mayor confianza del líder alemán. De cejas gruesas y ojos enclavados en grandes cuencas profundas, el rostro de Hess, de apariencia sibilina, reflejaba sus creencias absurdas en taumaturgos, hechiceros, nigromantes y astrólogos. Daba una explicación esotérica a todos los hechos y no tomaba decisiones importantes, sin consultar a sus asesores de las pseudociencias. Era el esclavo del *Führer* y lo amaba con locura. Pero este amor que sentía por su amo, sería su perdición, pues lo llevaría a tomar una decisión

catastrófica, meses más tarde. Impulsado por las adivinanzas de uno de sus asesores e interpretando mal un discurso de Hitler, se montó en un avión y se lanzó en paracaídas sobre Escocia en busca de un armisticio con los ingleses que pusiera fin a la guerra. Fue apresado hasta su muerte, que sucedería décadas después de haber finalizado la guerra.

Y por último, se asomaba Heinrich Himmler, el emperador de las *Schutzstaffel*. Era alguien que despertaba escalofríos entre los alemanes. Su imagen de cartujo, de hombre anodino y atildado, unido al gran poder que manejaba, hacía de él una figura que inspiraba miedo. Los alemanes sabían poco o nada de él, como de las mismísimas SS. Estas fuerzas policiales eran un mundo aparte, una Alemania dentro de Alemania. El verdadero reino de las *Schutzstaffel* y sus códigos solo lo conocían quienes vivían dentro de sus paredes de acero.

Annika, como miembro de las SS, palpó de cerca el alcance de las tenazas de acero de los aviesos efectivos de negro. En su tiempo como miembro del proyecto *Lebensborn*, supo de los valores que manejaban estos hombres y mujeres: una ambición desmedida, un chauvinismo pleno y una fiereza implacable. Por su *Führer* harían cualquier cosa. Matarían y morirían por él.

En Alemania había surgido una nueva religión: el nazismo; con un nuevo dios: Hitler y el sumo sacerdote que servía de conexión entre el mundo terrenal y su deidad era Himmler. Y dentro de pocos minutos, Annika tendría la oportunidad de conocerlo. Sus dientes titiritaban. No todos los días se conocía al arquitecto del imperio de la muerte.

Acomodada en su asiento, vio cómo se acercaban a la jefatura de las *Schutzstaffel*. El edificio de cuatro niveles, era el antiguo *hotel Prinz Albrecht*, confiscado a unos judíos en 1933. Por fuera, la fastuosa fachada lucía unos grandes ventanales encajados entre columnas y balcones. En su ápice, un gran reloj y el nombre del hotel, transmitían una imagen de un lugar diseñado para el descanso y el confort. Solo un par de banderas negras con dos S plateadas en forma de relámpagos gemelos, ondeando encima del nombre del hotel, indicaban que allí funcionaba el cuartel general del terror. Desde ese allí se tejería la matanza sistemática más grande que conocería la humanidad.

El auto se detuvo y ambos se apearon. Annika alzó la mirada. El sol llameante quemó sus ojos. Con su mano izquierda tapó el flujo de rayos solares y observó de cerca el fastuoso edificio. Parecía un antiguo templo romano.

Ingresaron por la puerta principal, escoltada por dos guardias rubios, impertérritos. Ellos adoptaron la posición firme al paso del coronel. Al entrar, se encontraron con una recua de efectivos de las SS que, con el uniforme negro, pululaban por doquier. Las paredes de caoba pintaban un manto de sobriedad y

el piso de mármol negro pulido reflejaba las figuras de quienes caminaban. Annika miró como esas sombras reflejadas en el piso parecían espectros ígneos que se paseaban en un mundo alterno y onírico. A pesar de haber muchas personas, el ruido de las voces era soterrado. Los efectivos conversaban a voz queda. En el mundo de las sombras de las SS no se hablaba, se bisbiseaba. Los secretos, conspiraciones y las informaciones se tejían con el hilo fino de las tinieblas y el susurro.

Annika sentía como los ojos de los hombres de negro la seguían. No supo distinguir si era por sus ajustadas curvas, el exceso de testosterona de los arios “perfectos” o porque los SS intentaban hurgar en ella cualquier indicio de amenaza.

Los dos visitantes subieron por las escaleras hasta el último piso. Se encontraron con tres efectivos que hicieron el saludo nazi al oficial superior. Era la antesala para poder acceder al despacho principal del *Reichsführer-SS*. El coronel explicó el motivo de la visita. El teniente solicitó la identificación de la mujer y la auscultó, de pie a la cabeza, con las cejas enarcadas y los ojos de hielo. Luego hizo una llamada telefónica. Colgó.

—El *Reichsführer-SS* los recibirá a las dos de la tarde.

Ambos asintieron. El oficial devolvió los papeles y luego, los llevó hasta un salón. La espera fue tortuosa, parecía que esos minutos, eran dispuestos para que las personas que iban a ver a Himmler, atizaran sus temores más profundos y llegaran derrotados al encuentro con el jefe de las SS. Las manos de Annika y su espalda expelían sudor. Los dedos de sus pies le dolían y la piel debajo de las uñas de sus manos se teñían de azul.

Cuando un reloj lejano marcó la primera campanada, a las dos de la tarde, una mujer de mediana estatura, cabellos castaños como las almendras, ojos azules, piel bruñida y ademanes sutiles, ingresó al salón. Iba vestida con una sencilla camisa blanca con corbatín, y una falda azul marino. Con voz casi inaudible, dijo:

—El *Reichsführer-SS* los recibirá. Por favor, acompañenme.

Los tres ingresaron al despacho de Himmler. Los invitó a tomar asiento en las sillas dispuestas delante del escritorio de caoba.

—El *Reichsführer-SS* está en la habitación contigua, en un instante estará aquí.

Annika escuchó como la voz susurrante de la mujer parecía emerger desde una distancia lejana y cosquillear sus tímpanos. Permaneció de pie, impávida, al lado de ellos. El silencio espeso, el calor veraniego y la cara impertérrita de la acompañante hicieron insoportable los tres minutos que tuvieron que esperar la entrada de Heinrich Himmler. La oficina era sobria y elegante. Todo estaba en su

sitio.

La puerta de la habitación se abrió y el jefe de las SS entró con parsimonia. Los visitantes se pusieron de pie y de *ipso facto* hicieron el saludo fascista. Himmler, que parecía no haberse percatado de la visita, paró su marcha y lamió sus cuerpos con una mirada de acero. Con una voz meliflua, respondió:

—Heil Hitler.

La mujer, de la voz sosegada, espetó:

—*Reichsführer-SS*, el Coronel Frick, jefe de *Lebensborn* y *Frau Rosenberg*, directora de la escuela de enfermería del proyecto.

Himmler asintió y continuó su marcha hacia su silla. Los dos visitantes permanecían enhiestos con el brazo derecho levantado. Una vez que se sentó, les ordenó descansar y tomar asiento.

—Muchas gracias, *Frau Hedwig*, puede retirarse —expresó con una voz adensada.

Ella salió sin casi emitir ruido, Annika apenas pudo escuchar el taconeo continuo que disminuyó hasta desaparecer como un martilleo agonizante. Himmler tomó una agenda que tenía del lado derecho de su escritorio y la abrió. La revisó con acuciosidad y luego escribió algo en una de sus hojas. Levantó su cabeza y los miró a ambos de nuevo, entre el espeso silencio que reinaba como una tiniebla invisible de miedo.

—Gracias por venir.

—A usted por invitarnos y poder darle personalmente la felicitación por este triunfo contundente de Alemania sobre los arrogantes galos. Si no hubiese sido por las SS, la labor que usted desplegó con las SD y su gran visión de estadista, el *Führer* no hubiese podido completar esta tarea titánica y el ejército no hubiera obtenido esta victoria aplastante sobre los británicos y los franceses —dijo un adulante Coronel.

Himmler, acostumbrado a las palabras incensadas, asintió con un movimiento casi imperceptible de su cabeza. Annika se sorprendió, el coronel Frick no era un lameculos o por lo menos eso pensaba ella hasta ese momento, cuando escuchó a su jefe reptar, como un animal rastrero, alrededor de las piernas de su amo.

—Coronel ¿El programa marcha según lo previsto?

El hombre sacó de su portafolio una andanada de documentos. Explicó los alcances del programa y las estadísticas favorables de uniones biológicas, la reducción del nacimiento con enfermedades genéticas, el promedio de altura de los pequeños, sus pesos, las estadísticas de niños con los ojos azules, el número de cabellos rubios y decenas de patrones absurdos. El oficial detalló que esa semana ingresó a una casa cuna, la primera voluntaria que tendría su cuarto hijo para el programa. Todo un logro.

Himmler escuchaba atento. El coronel no paraba de hablar y Annika que parecía una sombra, lo auscultaba silente.

Miró el aspecto frágil y timorato del jefe de las SS que se escondía sus ojos azules grisáceos, detrás de su bigotico recortado y sus gafas redondas. Parecía un sacerdote. Annika detalló su físico. Sus manos blancas, atravesadas por venas azules, descansaban sobre su ordenado escritorio. Parecía afable, su voz era casi infantil y recortada, sus movimientos eran lentos, pero precisos.

Pero Heinrich Himmler no era lo que su estampa física presentaba. Era un implacable burócrata que tenía bajo su poder a miles de hombres armados, fanáticos seguidores del nacionalsocialismo que sostenían al Tercer *Reich* bajo el principio de un Estado dentro del Estado. Las SS eran una fuerza arrolladora de individuos que no rendían cuenta a la ley ni al pueblo alemán ni a sus conciencias. Solo obedecían y respondían de sus actos, al único dios a quien

juraron lealtad eterna: Adolf Hitler. El *Reichsführer-SS* era la personificación del asesino clínico e impersonal. Era un basilisco moderno con rostro humano.

Más allá de los aspectos físicos que detalló, Annika buscaba en él, un indicio de humanidad, un intersticio que le permitiera afirmar que ese ser, era humano. Su rostro templado no reflejaba ningún tipo de sentimiento ni emoción ni temor. El recuerdo de aquella noche en Santa Eduvigis borboteaba en su memoria. El aire se tornó irrespirable, su corazón se aceleró y sus manos expelían pequeñas gotas de sudor. Respiraba con dificultad e hiperventilaba para intentar calmarse.

El hombre que tenía al frente, era el segundo más poderoso de Europa. No podía perder el control, él no la había mirado a los ojos todavía y su nerviosismo podía hacerle pasar una mala jugada. Y delante de Himmler, nadie se podía equivocar. Las palabras del coronel, golpeaban como grandes mazazos el silencio de la sala, ella lo escuchaba desde lo lejos, desde la abstracción de sus pensamientos. Su esfuerzo por tratar de mantener la cordura fue interrumpida, cuando escuchó:

—¿Y usted es... Annika Rosenberg, la directora de la escuela de enfermería de *Lebensborn*?

Annika salió del laberinto de ensimismamiento y respondió con un «Sí» inmediato. Los ojos grisáceos y acezantes de Himmler adardeaban sus pupilas.

—La felicito por la labor que realiza, su teoría de... como lo llama... mimos, caricias y atenciones con los niños ha dado resultado, al igual que la efectividad de la leche materna en los bebés cuando las madres se marchan.

Ya recuperada de la emoción inicial, respondió con una voz más vehemente.

—Gracias, *Reichsführer-SS*.

—Es usted muy joven. ¿Qué edad tiene?

—Cumpló treinta años en septiembre.

—*Frau Annika* es muy joven, pero muy capaz señor. Usted no se equivocó al aprobar su ascenso —agregó el coronel. Annika olvidó su presencia. Himmler no prestó atención al adulador oficial.

—¿Es usted soltera?

—Sí, señor.

—Revisé su expediente y supe que usted trabajó con la directora Weisz.

—Sí.

El rostro de Annika se avinagró. Himmler la miró con agudeza. Sus ojos grisáceos hurgaban sus gestos, su mirada, su respirar y sus reacciones.

—¿Esa fue la directora que se ahorcó en su propia oficina?

—Sí —respondió el coronel, tosiendo —Una imagen dantesca y una mancha para el programa.

Himmler asintió. Luego, cerró su agenda y se recostó en su silla. Buscó las

palabras adecuadas y comenzó su exposición, balanceando su mirada entre los visitantes.

—La planificación y ejecución del proyecto *Lebensborn* ha sido un éxito, no obstante, los resultados, en cuanto al número de nacimientos, no llenan la expectativa que teníamos al principio porque hubo un hecho con el cual no se contaba: la guerra... El conflicto bélico ha dejado demasiadas bajas. Estas han mermado considerablemente la expectativa de vida de nuestros jóvenes. La guerra contra Francia e Inglaterra, a pesar de haber sido exitosa, nos ha dejado un número de bajas importantes que no fueron previstas. Ayer, en medio del jolgorio del triunfo, le expuse al *Führer* este problema y él me dijo que diera con la solución lo más pronto posible. He tomado medidas que serán aplicadas a partir del día de mañana. Entre ellas, la más importante es la obligatoriedad de que cada miembro de las SS tenga un mínimo de cuatro hijos para optar por un ascenso. Como ustedes deben saber, yo creo que el matrimonio es una excusa amoral de la iglesia católica que ha traído infelicidad a sus miembros. Yo creo más en las uniones carnales, a lo que yo denomino “matrimonios biológicos”. Para mi concepto, estos son los que dejan a la posteridad una semilla para el desarrollo de la sociedad alemana. Una unión sin hijos es estéril, inútil. Otra de las medidas que tomaremos será con las mujeres alemanas que estén en edad reproductiva. Ya está listo el edicto para la obligatoriedad de procrear y unirse con los oficiales de las SS. El otro aspecto que tomaremos, a partir de hoy, es la ampliación del programa en los países conquistados. Noruega, Bélgica, Polonia, Francia y Holanda serán unidas al *Lebensborn*. Ya he dado la orden a mis soldados de estimular sus relaciones con las jóvenes de esos países que ven en nuestros hombres a verdaderos Adonis. De este mismo modo, coronel hay otro aspecto que he considerado y después que el *Führer* lo apruebe se ejecutará al pie de la letra.

—Usted dirá, *Reichsführer-SS*.

—En los territorios conquistados hay muchos niños que quedaron huérfanos y abandonados. Muchos de ellos tienen un valor racial importante para nuestro programa. Considero que estos niños deben ser reubicados en familias alemanas para que tengamos, de este modo, un mayor número de nuevos hegemones. Ellos deben ser menores de siete años. Esta es la edad límite para poder germanizarlos. Serán ubicados en sus nuevos hogares alemanes. Las SS darán ayudas en especies a estas familias.

—Sí, señor, yo ya he realizado los censos respectivos y tengo los hogares previstos. Cuando usted de la orden procederé a cumplirla.

—Muy bien.

El coronel tomaba nota de cada palabra que pronunciaba su jefe.

—Puede retirarse, coronel —dijo, secamente, Himmler.

Ambos se pusieron de pie. El oficial introdujo los documentos en su portafolio, mientras que Annika colocaba la correa de la cartera en su hombro.

—Usted no, *Frau Annika*.

La alemana se congeló. Se sentó con rapidez. El coronel se hizo el desentendido y después de hacer el saludo nazi se retiró de la oficina. Los alveolos pulmonares de la mujer intentaban tomar más oxígeno del necesario. En un esfuerzo vano de no mostrar su nerviosismo, Annika acomodó su bléiser para disimular su hiperventilación pulmonar. Una gota de sudor bajó por la espalda de Annika, cuando el *Reichsführer-SS* dijo:

—Necesito hacerle unas preguntas.

—Lo que usted diga, *Reichsführer-SS*.

Himmler sacó de la gaveta de su escritorio un expediente. Lo abrió. Revisó algunos documentos con detenimiento, mientras que Annika intentaba ver con disimulo de que se trataba. Se percató de que era su expediente personal. Estar, cara a cara, con Himmler era una cosa, pero estar sola con el hombre que a diario decidía quien vivía y quien moría en Alemania, era otra.

—Su expediente es impecable *Frau Rosenberg*. Entró tarde a las SS y al partido nazi, pero eso no es una falta. Su desempeño al frente de la escuela ha sido el esperado. Se desempeñó como la enfermera jefa de registro y control de la casa cuna *Heim Hochland*, nuestro primer centro *Lebensborn*, donde la directora *Frau Weisz* hizo muy buenas evaluaciones de usted. Además, el expediente investigativo de la Gestapo no indica ningún problema doméstico, no tiene denuncias de ningún tipo. Es una ciudadana ejemplar y una fiel seguidora del nacionalsocialismo. La felicito.

—Gracias, *Reichsführer-SS*.

El hombre cerró el expediente y espetó:

—Hábleme del Programa de “mimos” que usted lleva adelante.

Ella carraspeó y dijo:

—*Reichsführer-SS*, en mi tiempo en la casa cuna me percaté del problema que sucedía con algunos niños que eran dejados por sus madres en custodia del programa. Algunas enfermeras trataban a los niños de forma inusual, como objetos, como mercancías. Esos pequeños presentaban desgano e inactividad, a pesar de estar bien alimentados, dormir las horas necesarias, estar cobijados, hacer los dos paseos al día, tener los medicamentos disponibles y la atención médica adecuada. Era como si no les importase vivir. Tomé datos estadísticos y me percaté que, en el primer año de vida, la atención cuidadosa, la leche materna y los mimos y caricias, eran muy importantes. Los niños que recibían estas consideraciones no formaban parte de las estadísticas de mortalidad. Después,

cuando estuve en la escuela de enfermería, estudié los datos suministrados por otras casas cunas y llegué a la conclusión que era un comportamiento específico en el programa. Le recomendé al director de la escuela tomar las acciones que le mencioné y él me dijo que se las pasó a usted quien ordenó ponerlas en práctica en *Lebensborn*... los resultados están a la vista porque ha sido un éxito.

—Así es. *Frau Rosenberg*. Sus aportes han sido efectivos —Luego, con una voz susurrante, dijo —¡Necesito de su ayuda!

—Usted dirá —expresó, curiosa, la alemana.

—Necesito que vea a un niño nacido bajo el programa que presenta los síntomas que usted me ha dicho y que de ser posible, le aplique la metodología que ha usado en su programa.

—Con mucho gusto, señor. Cuando usted me indique, así lo haré.

—En este instante. Afuera la espera mi chofer y mi secretaria, que la acompañarán.

Sonó la campanilla que tenía a un lado y entró la menuda mujer de la voz inaudible.

—Ella es mi secretaria, la señorita Potthast. Tiene instrucciones de llevarla con el niño.

Annika se puso de pie y dio dos pasos, su nerviosismo casi omitió el saludo nazi. Lo hizo y Himmler asintió. Miró de nuevo los ojos escondidos detrás de los cristales del *Reichführer* y por un momento pensó que eran blancos. La luz que se refractaba en ellos, le hizo una mala jugada, o tal vez, vio el reflejo de su alma hueca.

Salió del despacho y afuera la esperaba un mayor de las SS. Los tres salieron del edificio donde abordaron un mercedes benz protocolar de la fuerza de seguridad. Salieron. En el camino, solo hubo una neblina de intenso silencio entre los pasajeros del vehículo. Después de veinte minutos, el auto llegó a una casa situada en las afueras de Berlín. Las tres personas fueron recibidas por una enfermera de más de cincuenta años de edad que saludó con frialdad al mayor, con dulzura a la secretaria y con recelo a Annika. Todos pasaron dentro del salón principal y entonces, Hedwig preguntó con su voz tersa:

—¿Cómo está?

—No ha querido comer mucho —respondió la mujer.

—¿Duerme?

—Sí, acaba de acostarse.

—Ella es Annika Rosenberg, el *Reichsführer-SS* la envió. Por favor, toda la colaboración con ella.

—Así será, *Frau Potthast*.

Annika se percató del gran respeto de la enfermera hacia la secretaria de

Himmler. El mayor permanecía en mutis.

—Esperaremos entonces hasta que despierte —bisbiseó Potthast.

—Me gustaría verlo. No lo levantaré, pero quiero ver su dormir. Es muy importante, insisto. Me gustaría estar a solas con él —dijo una impaciente Annika.

La boca de la vieja se transformó en el hocico de un pastor alemán rabioso. No obstante, el gesto de aprobación de la secretaria hizo que dijese a regañadientes:

—Sígame.

Las dos enfermeras se dirigieron a un pasillo largo y oscuro que terminaba en la puerta cerrada de una habitación. La enfermera más vieja la abrió con cuidado. Annika interrogó, a voz queda:

—¿Cómo se llama?

La mujer expresó, con sequedad:

—Beatrice.

—¿Es una niña? —preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Dos años

Annika entró y sintió como detrás de ella la puerta quedaba entreabierta. El lugar permanecía en penumbras. Grandes banderas de las SS cubrían las ventanas. Un retrato de Adolf Hitler gigantesco se erguía encima de una cuna que emergía en el fondo. En las esquinas, dos grandes águilas de bronce resaltaban con su incandescencia. No le gustó lo que observó. A una niña no la pueden tener así.

Se acercó a la cuna y vio como unos cabellos bermejos solapaban el rostro de la chiquilla. Dormía profundamente. Annika se sorprendió. Con las manos temblorosas apartó sus cabellos y emergió el rostro níveo y la cabeza redonda de la criatura. La pequeña tenía la piel escamosa y sus párpados oscurecidos. Los ojos de Annika se abrieron como dos grandes círculos. ¿Será posible?

Su corazón palpitaba con fuerza. Con sumo cuidado quitó ambas medias. Ahora no tenía dudas. En la planta del pie izquierdo un lunar en forma de S manchaba la blanca piel de la niña. Annika expiraba aire con fuerza y una sonrisa se pintó en su rostro. Una lágrima bajó vertiginosa por su pómulo derecho, otra más pequeña quedó atrapada en el maquillaje de su ojo izquierdo. La sonrisa volvió a su vida. Colocó las medias de nuevo con delicadeza y luego, acariciando el rostro de la infanta y acercándose a la cuna, le musitó:

—¡Te encontré!

15

—Sí, cariño, cuando tenga un tiempo libre estaré contigo.

Hubo un largo silencio del otro lado del auricular.

—Espero que estés para mi cumpleaños, papá. Es lo único que te pido —dijo la voz juvenil.

—Sí, hija, así será. Tu cumpleaños es un día después de la visita del Papa a Berlín y ya debo estar libre, para ese momento. El caso de los policías muertos y la visita del Papa me tienen de cabeza, Stephanie.

—¿Atraparás a los asesinos?

—Sí, hija, eso espero. Para eso no he cesado en mis labores. Es mi deber con mis hombres, mi país y con gente como tú que esperan que el crimen no quede impune. Yo siempre cumplo mis promesas.

Hubo una pausa. El cascarrabias y tozudo policía se volvía un tierno y comprensivo hombre cada vez que hablaba con su hija. Los agentes sabían de ese hábito diario de su jefe e intentaban hablar con él después de esas largas y melindrosas conversaciones, pues sabían que el tosco carácter de Speer derivaba, por minutos, a uno más flexible.

—Confío que lo resolverás. Eres el mejor. Yo viajaré a Berlín. Me pondré en contacto contigo al llegar. Estaré en casa de mamá.

—¿Te busco al aeropuerto?

—No, mi madre lo hará.

Rudolph miró por encima de su hombro y vio que alguien se acercaba a su despacho.

—Papá ¿Por qué te quedas callado cada vez que hablo de mi madre?

—No, no es nada hija, es que estoy ocupado. Te llamo luego.

Del otro lado del auricular se escuchó un chasquido metálico. Rudolph sabía que su hija se molestó. Ella heredó su carácter arisco. Algunas de sus conversaciones por teléfono con ella terminaban del mismo modo: en una discusión. Aspiró aire, intentó calmarse y luego expelió la ira que lo envenenaba. Recordó el rostro de su hija —era verlo a él con peluca rubia y larga —y se calmó.

—Jefe, tengo la información, hay buenas y malas noticias —expresó un detective de unos treinta años de edad.

A Speer le molestaba que le dijeran “jefe”, pero a Willie, se lo aceptaba. Dudaba si era porque ya se había cansado de exigirselo y jamás lo cumplía, o porque su gran eficiencia detectivesca le permitía tal abuso.

Willie era un alemán de ascendencia africana, de pelo afro, bigotes anchos y

labios gruesos. Siempre andaba de buen humor y lucía sus dientes como una vidriera abierta. Vestido con unos pantalones vaqueros y una franela blanca, parecía más un estudiante universitario que un sabueso de la investigación. Pero, en su trabajo era el mejor. Su especialidad eran las pesquisas.

Speer no recordaba la orden que le dio. Rudolph emitía directrices a cualquier efectivo que tuviera a su lado en un momento determinado. Eran tanta las órdenes que daba a mansalva que, en ocasiones como esta, no recordaba sus pedidos.

—¿Qué averiguaste? —inquirió el inspector con el rostro pedregoso.

—¿Las buenas o las malas?

—Sabes que me gusta primero el sabor amargo del café para quitármelo luego con un dulce.

—Las malas noticias es que el señor Arthur Dubront es todo un misterio. Es un hombre de negocios y precandidato presidencial de los Estados Unidos. De él se sabe poco o nada antes de los veinte años de edad. Es implacable y muy poderoso, aparentemente está metido en negocios sucios. Su corporación D c.a. es una de las mayores del mundo. En Alemania hay tres filiales de su empresa. El Señor Dubront no ha estado en la Unión Europea desde hace más de tres años.

Se recostó en el filo de su escritorio y cruzó los brazos. Recordó las órdenes dadas.

—¿Y qué más? ¿Eso es todo? ¿Acaso piensas que estoy jugando? —Speer odiaba el carácter afable de su funcionario.

Con voz suave y el rostro distendido, y enseñando sus dientes incisivos, le dijo:

—Jefe, la buena noticia es que al indagar el círculo cercano del señor Dubront supe que su séquito es muy reducido, apenas dos personas de confianza. Su asistente y su jefe de seguridad que arribó a Berlín, esta semana. Y la mejor noticia es que... adivine...

El hombre dejó el espacio suficiente para que Speer se abalanzara hacia adelante. Si Willie no hablaba en los próximos dos segundos le sacaría la información, jalando su lengua con la mano.

—...Es pelirrojo. Su nombre es Richard Chastain.

El moreno entregó al jefe de la policía berlinesa una fotografía impresa. Speer expulsó, en un bramido, su ira contenida y el color rojo de su rostro se disipó. Tomó la imagen y la auscultó.

—Realmente se parece al hombre de la cervecería, señor —agregó.

Speer auscultó la fotografía y sin perder tiempo tomó la que congelaron del vídeo. Las comparó.

—Se parecen, jefe. ¿Verdad? Se parecen mucho.

—Sí, algo. ¡Idiota!

El moreno agradeció, con una sonrisa, la “deferencia” de su jefe. Cuando Speer le decía “idiota” a alguien era porque había hecho bien su labor. El inspector tomó su teléfono y llamó a Giuseppe. Estaba apagado.

—¡Este italiano, bueno para nada, no contesta nunca mis llamadas! ¡Dafne ven acá!

La secretaria se pintaba la boca y espolvoreaba el rostro, ya lista para salir de su trabajo; se tragó la pintura de labios y corrió con pequeños pasos hasta la oficina de su Speer.

—¿Para dónde vas?

Las palabras tétricas del inspector y su cara de ogro la enmudecieron. Con un tono de voz minúsculo, dejó escapar un leve murmullo.

—Para ninguna parte, señor...solo me pintaba.

—¡Yo no te pago para que te pintes... lo hago para que seas eficiente; Hoy tenemos demasiado trabajo, te quedas conmigo. Te pagaré el sobretiempo.

Dafne tenía sus manos recogidas sobre sus piernas, los hombros hacia adelante y el rostro metido en el cuello. Asintió varias veces como una gallina picoteando el suelo.

—Comunícame con el inspector Giuseppe. Ubícalo donde esté. Necesito hablar con él, urgente.

—¡Sí, señor!

—Retírate.

La mujer salió cabizbaja, maldiciendo con los labios a su jefe. Imitaba sus ademanes burdos cuando Rudolph la vio.

—¡No me remedies, Dafne!

Willie estuvo a punto de reírse, pero cuando vio los ojos filosos de Speer, se tragó la sonrisa.

—¿Qué más me tienes?

—Busqué en los archivos criminales y el señor Chastain no tiene registros de ningún tipo. Es una especie de fantasma. Está limpio.

El inspector arrugó sus labios.

—Intentamos averiguar los números telefónicos del teléfono de Otto. Aún no tenemos pistas, pero las tendremos pronto.

—¡Lláname a Boris!

—Sí, señor —respondió Willie. Al instante salió.

Speer miró la fotografía de Chastain y la del hombre pelirrojo de la cervecería. Notó el gran parecido de ambos. Si este era el Serafín, no cejaría en sus acciones hasta ponerlo tras las rejas. Que sea un protegido de Dubront, me importa un rábano. Sacó su libreta de anotaciones y escribió con rapidez. Las

ideas más brillantes acerca de un caso van y vienen —afirmaba— por eso todo lo que se intuye se debe escribir de inmediato. Al instante, como un soldado en pie de guerra, llegó el Subinspector.

—Boris, ¿Qué averiguaste acerca de la tal Magda Udet?

—Señor, es como buscar una aguja en un pajar. Hay cuarenta y cuatro mujeres con ese nombre en Alemania...

—Dame las de Berlín.

—Tengo a cuatro. Una es una niña de siete años...

—Descártala.

—Otra es una anciana de setenta y dos años que vive al norte de Berlín. La otra es una mujer de cuarenta y tres años que vive cerca de la estación de policía y la otra...no jefe

—Dime ¿Qué pasa?

—Es una mujer de 107 años. Una verdadera momia.

—Comienza con esa.

—¿Con quién jefe? ¿Con la muerta viviente? —expresó con los ojos abiertos como grandes hoyos.

—Sí, comienza con ella. Averigua todo acerca de ella. Dirección, teléfono, número de zapatos, nombre del odontólogo, número de seguro social, todo... recuerda mi premisa. Ah y algo importante, coteja sus datos con la base de datos que tenemos del nazismo. Recuerda que...

—Sí, jefe, “a veces lo menos probable es lo más probable”.

—¿En cuánto tiempo crees que tengas la información?

—Treinta minutos.

—En quince, te quiero aquí.

El subinspector salió raudo de oficina. No comprendía por qué debía investigar a una mujer que, probablemente, estuviera muerta. Speer vio su reloj de pulsera. Eran las siete de la noche. Tenía hambre.

—Dafne, ven acá por favor.

Dafne acudió a la oficina. Vio a su jefe un poco más relajado. La cara ígnea dio paso a una más ablandada.

—¿Tienes hambre?

—Claro, jefe. Es tarde. Mi estómago se redujo como una uva.

—Ordena unas cuatro pizzas y yo las pago.

—¿Cómo la desea?

—Como siempre, con peperoni y champiñones.

—Al instante llamo y las pido, inspector.

—¿Aun nada del gordo de la Interpol?

—No, señor, he llamado, pero...

—¿Me llamaba? —expresó una voz desde la puerta de la oficina. Ambos voltearon. Era la figura rechoncha de Giuseppe con su pipa babeada entre sus labios.

—¿Dónde diablos ha estado?

—Hice unas investigaciones por mi cuenta. Tengo unos resultados interesantes.

—Me retiro —dijo Dafne, saliendo del despacho y mirando con repulsión al fofu detective.

—Creo que debe sentarse, inspector. Hay mucho de qué hablar —Dijo Giuseppe acomodándose en la silla con su oronda barriga. Rudolph permaneció de pie, se recostó en su escritorio y cruzó los brazos sobre su pecho.

—He averiguado varias cosas que son de vital importancia para esclarecer la identidad del Serafín.

—¿Por fin? —dijo Rudolph con una salpicadura de sarcasmo.

—Sí, Berlín ha sido de mucha ayuda.

—Lo escucho.

—Después de haber visto el vídeo donde figuraba el pelirrojo con el señor Otto, hice varias llamadas a la central de Lyon y pedí una base de datos de los hombres con cabello rojo que eran sospechosos de haber cometido algún crimen o están solicitados por la justicia internacional y ¿adivine qué?...

—No me gustan las pausas ni las interrogantes inspector, se lo advierto —dijo un agreste Speer.

—Está bien, disculpe...la lista es larguísima, así que solicité los de Alemania, entonces el número se redujo a tres. Lo más interesante es que pedí las fotografías de esas tres personas y me las enviaron. Me parecieron muy extrañas pues todos ellos se parecen mucho. Hablé con un técnico en la central y pedí que verificará los puntos más importantes del rostro y las semejanzas están por encima del noventa por ciento. Es muy probable que hablemos del mismo sujeto. Observe —dijo Giuseppe, mordiéndose la pipa y sacando unas fotografías del bolsillo del pantalón.

El inspector Speer las tomó y las comparó con las que él tenía. Sus ojos brillaron y su boca se torció. Al instante, su rostro se petrificó.

—Pero además hay otras cosas aún mejores. Todos estos delitos se perpetuaron en instalaciones de... ¿adivine quién?...disculpe inspector, recordé que no le gustan las interrogantes... D C.A. la empresa del señor Arthur Dubront, el hombre que está registrado en la búsqueda de la computadora del señor Otto. Y hay otro dato. Investigué el círculo íntimo de Mr. D, así lo llaman, y hay alguien que es pelirrojo y tiene un gran parecido con los sospechosos de las fotografías... es su jefe de seguridad, su nombre es...

—Richard Chastain —completó Rudolph.

—¿Usted ya lo sabía?

—Llegué a esa misma conclusión por otras vías.

—Entonces navegamos en el mismo barco y con viento a favor.

—Es posible, inspector Giuseppe, pero en esta profesión ninguna prueba es concluyente, por lo menos para mí. Son indicios. Indicios fuertes y sólidos, pero no concluyentes.

—Inspector yo respeto su forma de trabajo, pero no la comparto. Yo seguiré esta pista y me adentraré en esas aguas, tengo la corazonada de que estoy en el camino correcto. Si usted ya llegó a esa conclusión, sabe entonces que el señor Chastain se encuentra en Berlín y ha estado aquí desde hace tres días. Si la pata es de cerdo, el rabo es de cerdo, la trompa es de cerdo... hablamos, indefectiblemente, de un cerdo.

El rostro flemático de Speer no asomó ningún ápice de juicio a la teoría criminal disparatada del rollizo detective de la interpol.

—Voy a ir tras esta pista. Le mantendré informado. ¿Necesita algo más?

Hubo una pequeña pausa, pero lo suficientemente larga para que los ojos de Speer reptaran cada centímetro del inspector de la interpol.

—Sí —expresó con acritud.

—¿Usted dirá?

—Hábleme de usted, inspector. ¿Por qué tanta obsesión con el Serafín? ¿Usted tomó el caso? ¿Se lo asignaron? O acaso el Serafín le hizo un daño personal —dijo con voz acuciosa.

El hombre alisó sus bigotes maltrechos, miró hacia el techo, sacó su pipa ensalivada, tomó aire y luego con una sonrisa arcana, respondió:

—No es obsesión inspector, es justicia. Mientras el Serafín está en la calle, asesinando, el mundo es inseguro. Fíjese... usted mismo sufrió, en carne propia, las sevicias actuaciones de este desalmado asesino. Cuatro de sus hombres fueron cazados como presas de un safari, incluyendo a una mujer.

—No necesito que me lo recuerde, desde sus muertes no he hecho otra cosa que pensar en esa sabandija. Pero debe haber algo más, inspector. Si el Serafín es tan peligroso como usted dice, no debería intentar poner sus esposas sobre él de la forma como lo está haciendo. Totalmente solo.

El efectivo aspiró una bocanada de aire como un náufrago a punto de ahogarse, posó sus manos sobre las rodillas y, mordiendo su pipa, masculló:

—Muchos compañeros de la Interpol perdieron su vida mientras me acompañaban en esta lucha. Tres de ellos en un solo año. No es necesario que le diga las ganas que tengo de atrapar a ese maldito.

—Y ¿seguro que es un hombre?

—Por supuesto, no ha de ser un animal.

—No me refiero a eso, inspector Abraham. No ha pensado la posibilidad de que sea una Serafina en vez de un Serafín.

El agente peinó de nuevo sus bigotes que parecían una brocha sucia y espetó:

—No puede ser una mujer. Los asesinatos han sido cometidos por alguien que tiene una fuerza física enorme y una destreza única con el cuchillo.

—¡Usted no conoce a mi exesposa!

Giuseppe rió a carcajadas. Speer asomó una leve sonrisa. Cuando el italiano retomó su semblante, Rudolph inquirió:

—¿Cuánto tiempo de servicio tiene usted en el servicio de la Interpol?

—Tengo veinte años como funcionario de la agencia. Antes, fui policía en Verona, mi villa de nacimiento. Allá resolví un caso emblemático que parecía atascado y pude dar con los asesinos de toda una familia que fue acribillada en las cercanías de la Arena de Verona. Eso me catapultó hasta la Interpol... Y usted, inspector, ¿Cuál es su historia?

Speer agrió la cara, mostrando su incomodidad. No le gustaba responder preguntas.

—Yo tengo treinta y cinco años de servicio en la policía de Berlín, quizá por eso soy su jefe. Conozco a la capital alemana como mi taza de café. Nada de lo que sucede en esta ciudad me es ajeno.

—Increíble...por eso sus hombres le temen.

—¿Me temen? —preguntó, entornando los ojos.

—Eso es lo que he podido observar.

—No lo sé, yo solo hago mi trabajo y ellos deben obedecerme. Intento ser un buen oficial. Si quisiera ser un demagogo fuera político. ¿Usted es casado, inspector? ¿Tiene familia?

El pantagruélico detective sacó su pipa humedecida y, crispando su rostro, dijo con voz gruesa:

—Tuve familia. Mi esposa y mi hija fueron asesinadas, —sus ojos enrojecieron y tragó saliva —ese caso emblemático del que le hable, ese que me catapultó a la fama y fue mi trampolín para ingresar a la Interpol, destrozó mi vida. Yo metí mis manos donde no debía y toqué intereses de gente poderosa. Ellos asesinaron mi familia.

—Lo siento —dijo Rudolph con voz adensada. Luego preguntó:

—¿Cómo perdió su dedo meñique?

El fofo agente engrosó la mirada y dijo con voz estentórea:

—Cazando al maldito Serafín. En una oportunidad dejó un rastro en una casa de veraneo en la isla de Mallorca y yo fui con unos agentes de la interpol para hacer el levantamiento de las pesquisas. Entre las pertenencias que dejó,

destacaba una caja de aluminio que yo pensé que era inofensiva, cuando en realidad tenía una pequeña carga explosiva que estalló en mi mano. Mutiló mi dedo y dañó otros dos.

—Lo siento. Ahora entiendo su aversión hacia ese asesino. Su rivalidad es personal.

—Lo es. Al final prevalecerá uno de los dos.

Rudolph expelió una sonrisa. Abraham al ver su gesto, continuó con voz espesa.

—Yo sé Inspector que usted cree que soy un payaso vestido de policía. Lo he visto en sus ojos y en los de sus hombres que me ven como un bufón de oficio, y no hablar de su secretaria que cree que soy un indigente. Me ve con asco. — Abraham mordió su pipa —Y tienen razón de pensar así, al ver mi facha de gordinflón desaseado. Lo que pasa es que desde la muerte de mi familia, perdí la fe en el mundo y en la vida. Cuando se pierde todo lo que se tiene, las ganas de vivir se esfuman como las brizas del trigo en primavera. El asesinato de mis seres queridos marcó mi vida. Engordé, me descuidé y dejé de preocuparme por las superficialidades. Vivo como quiero sin pensar en mañana. Muchos de los criminales que atrapé fueron por mis acciones alocadas y casi suicidas. Le perdí el miedo a la muerte. Un día era igual que otro hasta que... el desgraciado Serafín apareció en mi camino. Él le dio sentido a mi existencia de nuevo, y desde entonces, no he cejado en mis intenciones de apresarlo. No sé qué haré cuando lo atrape o lo asesine.

Rudolph permaneció callado por un momento y luego dijo con voz afable.

—Lo siento mucho, pero usted, al igual que yo, sabemos que esta profesión tiene sus riesgos y en ocasiones trastoca lo máspreciado por nosotros.

—¿Algo más? —dijo Giuseppe, visiblemente recuperado.

—No, por ahora, nada.

—Bueno inspector, ahondaré en la pista del tal Chastain, aquí en Berlín.

El hombre se levantó con dificultad de su asiento. Ajustó su panza y acomodó sus pantalones, luego salió por la puerta de la oficina de la misma forma fantasmal que ingresó.

Speer se quedó guindado en el relato del inspector italiano. ¡Qué extraño personaje!, pero su historia lo conmovió. Supo, por el olor a peperoni, que el repartidor de pizzas había arribado. Tenía demasiada hambre. Se levantó de su asiento y fue a la oficina de Dafne y, abriendo una de las cajas, tomó un triángulo y se lo devoró en un santiamén. Le pagó al joven repartidor.

— Llévalos dos a los muchachos de la sala de vídeo.

Boris entró como un celaje con unas hojas en sus manos. Excitado, le dijo al inspector:

—Tengo noticias.

—¡Agarra un pedazo, Boris! —dijo, mientras arrancaba otro triángulo de pizza y lo masticaba.

—No me va a creer señor, investigué todos los datos de esa señora de más de cien años con el nombre de Magda Udet. De estar viva, tendría ciento siete años de edad como le dije. Cotejé su nombre con la base de datos de los nazis, como usted me ordenó y no está registrada.

—Pero entonces ¿Cuál es la gran noticia?

—Que prácticamente es un fantasma, no hay nada acerca de ella, ninguna multa, ningún registro de seguro social, ninguna cuenta en un banco. Parece nunca haber nacido. El único dato que existe fue antes de la caída de Berlín, por parte de la policía secreta. Por eso pude hallarla.

Speer dejó de masticar.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y tiene dirección?

—Sí encontré una en un viejo archivo que tenía en la antigua policía secreta de la RDA, la *Volkspolizei*.

—¿Cuál es la dirección?

—La dirección es en el *Barrio Hansa, cerca de la Estación del Ferrocarril Eléctrico de Tiergarten, Klaus Müller-Rehm, Gerhard Siegmann. Punkthaus.*

—Vamos, pero esta vez que nos acompañen tres patrullas.

—Sí, señor.

El inspector limpió sus manos con una servilleta, fue hasta su oficina en busca de su arma y salió. Dafne le preguntó:

—¿Lo espero?

—Te puedes ir Dafne, quizá llegue muy tarde.

Ella asintió mientras veía como el inspector salía de su despacho con su arma y su chaqueta de cuero negra. Llevó a su boca un trozo de pizza y se dirigió con las dos cajas hacia la sala de video.

La noche berlinesa era argentada por la luna que, en su último día de cuarto creciente, lucía guindaba en el cielo ceniciento como una gran bambalina. Las cuatro patrullas atravesaban la ciudad, hendiendo el aire a su paso. Con las sirenas encendidas marchaban raudos por las calles de la capital alemana. A pesar de que eran casi las ocho de la noche, un tráfico infernal se espesaba.

Las patrullas y los vehículos se colaban entre los autos. Pasaron a través de los esqueletos petrificados del muro de Berlín y llegaron al lado oriental de la capital. Llegaron a una hilera de edificios de más de cincuenta años de construcción. Era una edificación monstruosa que parecía una pequeña ciudad.

Los agentes se bajaron del vehículo y ocuparon las entradas de la torre siete. Speer acompañado por Boris y cuatro efectivos policiales ingresaron por las escaleras y subieron hasta el cuarto piso, donde una puerta al final del pasillo se presentaba enmohecida y oxidada con tres grandes candados enclaustrados en unas sólidas aldabas.

—¿Estás seguro que esta es la dirección?

—Sí, inspector.

—Evidentemente que aquí no vive nadie.

La puerta del apartamento adjunto se abrió con una parsimonia lastimera. Ambos policías apretujaron sus armas que tenían en sus cinturas. Una anciana enjuta se asomó como un espanto. Sus greñas blancas parecían el algodón de azúcar de una feria. Sus lentes rayados le aumentaban años a su aspecto fantasmagórico. Apoyada en un bastón, tan viejo como ella, miró a los intrusos que perturbaban el silencio de su noche. Bajó y subió, con sus ojos desgastados, por las siluetas de los policías, que enfundaron sus armas al percatarse que ella no era una amenaza. Speer habló:

—Disculpe señora, soy el inspector jefe de la policía de Berlín. Necesito saber quien vive en ese departamento.

La mujer lo miró, espabilada, por unos segundos. Rudolph creyó que la anciana no le comprendió. Movi6 su cuello como una tortuga, intentando buscar los ojos del hombre alto que tenía enfrente. Rudolph vio sus visibles cataratas prematuras.

—Allí no vive nadie —respondió con una voz astrosa.

—¿Desde cuándo? —interrogó, Boris.

—Uyyyy, hace años que allí no vive nadie. Esa puerta tiene cerrada más de dos décadas.

—Y el anterior dueño. ¿Lo conoce?

—Ay, me pregunta usted de alguien que ya olvidé... déjeme recordar... ah sí, creo que recuerdo... era una mujer... una mujer mayor. Era muy solitaria y no hablaba con casi nadie.

—¿Recuerda su nombre?

—No recuerdo bien, pero creo que comenzaba con M.

—¿Magda? Le suena.

—Sí, sí ese era el nombre. Magda...No se sabe que fue de ella. Un día, dejó de venir. Muchos vecinos pensamos que ella había muerto dentro del departamento y pedimos a la policía que lo abriera. Ellos entraron, no encontraron nada y clausuraron el lugar. Ellos colocaron esos candados. Usted es policía, debería saberlo.

—No es tan sencillo como usted dice, señora. Después de la reunificación de

Alemania hubo una época de transición donde muchas cosas pasaron al olvido, archivos se extraviaron y casos quedaron sepultados para siempre.

La mujer permaneció impertérrita.

—Gracias por su ayuda, señora.

—Gracias a usted, tenía casi un mes que no hablaba con nadie.

La vieja entró con la misma parsimonia a su departamento y cerró la puerta.

—Boris ordena traer un corta cizallas.

Al instante, uno de los patrulleros trajo el instrumento. Como un guerrero, blandiendo su espada, colocó la herramienta en los tres candados y los cortó.

El subinspector iba a empujar la puerta cuando Speer le dijo que se cerciorará si estaba cerrada. Al girar la manilla, esta gruñó. El chasquido producido se escuchó como el vahído de un animal malherido que es arrastrado en la maleza. Entraron. Enseguida, un olor a humedad y mohín enclaustrado los envolvió. Un abismo negro se asomaba como los laberintos mefistofélicos del averno.

—Muchachos, esperen aquí. ¡Boris, entra conmigo! —expresó tajante.

Los dos hombres tomaron sus linternas y las encendieron. Los haces de luz danzaban en la negritud como la luces de unos faros en el medio de la tormenta marina. El olor a humedad se intensificó. El aire tupido de volutas de polvo y hedentina hacían insoportable su avance. Rudolph sacó su pañuelo y lo apretujó a su nariz para tratar de respirar con menor dificultad. El subinspector lo imitó. Boris subió los interruptores de electricidad, pero no había fluido eléctrico.

La sala se antojaba vacía. El piso desgastado tenía una capa de polvo sobre su superficie que indicaba su inhabitabilidad por muchísimos años. Las paredes se atisbaban envejecidas y corroídas con un color cetrino impregnado a sus tapices. Pasaron por la pequeña cocina. Algunos utensilios se atisbaban enterrados en las gavetas semiabiertas de la alacena. Una licuadora de fabricación soviética se posaba desgarrada y ruin sobre una pequeña mesa. En un rincón, una nevera permanecía silente como un armatoste de museo.

Llegaron al pasillo y se encontraron con una puerta cerrada. Boris la abrió y ambos avinagraron sus rostros por un olor fétido que se desprendía de su interior. Ambos apergaminaron sus rostros. Era el baño. Speer alumbró y el cadáver de una rata abombada, del tamaño de un gato, se arregostaba en una bañera.

—Sácala, Boris.

El rostro torcido del subinspector pareció inquirir si su jefe hablaba en serio.

—Hazlo rápido —dijo imperioso, el inspector.

Mientras el subinspector realizaba tan desagradable tarea, Speer llegó a una habitación semiabierta. Una cama en cueros se mostraba solitaria como una isla flotante en el medio de un lago negro. En el closet, algunas prendas de vestir de

mujer permanecían guindadas como grandes murciélagos de cabeza en una cueva. Boris regresó. Speer salió y notó su cara nauseabunda. La luz de la linterna apuntó hacia una última puerta, al final del pasillo.

—Ábrela —le indicó con aspereza.

Boris intentó abrirla, pero estaba atascada. Speer le dio indicaciones que la empujara con fuerza. El delgado hombre se abalanzó y lo único que logró fue magullarse el hombro y soltar un quejido de dolor. Speer agrió su rostro y se lanzó contra la puerta con sus ciento diez kilos de peso, partiendo la cerradura. Una polvareda en forma de una gran neblina parda cegó al inspector. El rocío del polvo añoso se incrustó en sus pulmones haciéndolo toser de forma incontrolada. Cuando se disipó la niebla gris, Rudolph, inspeccionó el lugar con su linterna.

Un viejo escritorio dormía apoyado a una pared, encima, unos libros desordenados parecían atornillados en su superficie. Los hojeó. No encontró nada importante que no fueran ácaros y hongos entre sus hojas apolilladas. La ventana fue tapizada con periódicos pegados a sus vidrios. Speer se acercó y vio la fecha, 13 de julio de 1975. Se escuchó un murmullo afuera de la vivienda. El inspector se hizo el desentendido. Rastrilló encima de un escaparate, recostado en detrás de la puerta, y encontró los restos de lo que debió ser una manzana. Cuando iba a abrirlo, escuchó:

—¡Inspector! —dijo uno de sus agentes desde la entrada del departamento.

—¡Inspector, es urgente!

—¡Maldición! Le dije a esos agentes que no me interrumpieran. Boris, ve hasta allá y dime qué quieren.

El subinspector marchó raudo hacia la puerta, sobándose el hombro. Speer auscultaba los recovecos de la habitación.

—¡Señor, debemos irnos! —escuchó decir al subinspector que regresó de inmediato.

—Otro día, Boris —dijo, mientras le daba la espalda, en la oscuridad reinante.

—¡Señor, esto no puede esperar!

Speer volteó y con su linterna alumbró al subinspector que bajó la mirada y tapó su rostro de los rayos de luz.

—¿Qué ha sucedido?

—Un hombre pelirrojo volvió a atacar, la situación es confusa, creemos que es el Serafín.

—¡Mierda! ¿Dónde?

—En el hotel Titanic.

—¿Ya tienen el área cercada?

—Sí, señor.

El cuero cabelludo de Speer se movió como una marejada.

—Boris, acordona este lugar. Séllalo y colócale un candado. Que nadie entre en este cuarto, quiero revisarlo personalmente. Da instrucciones y alcánzame. Atraparemos a ese maldito.

Speer emergió del departamento y corrió por las escaleras y bajó raudo hacia su vehículo. Le indicó a uno de los patrulleros que lo acompañara. El conductor encendió el vehículo y Rudolph entró al asiento delantero con agilidad. Cerró la puerta con fuerza.

—¡Al hotel Titanic a toda velocidad! ¡Imagina que allá te espera un premio de lotería!

—No se preocupe jefe, tengo sangre de Michael Schumacher en mis venas.

El chirrido de los cauchos al contacto con el pavimento perforó la noche. Las ansias de prender al Serafín se irradiaban en los ojos afilados del Inspector Rudolph Speer. Las calles de Berlín se abrían temerosas a su paso.

16

—¿*Llevaste la caja de Pandora a Berlín?*

—*Sí.*

—*Algo surgió. Tienes otra misión. Te envió los datos.*

—*Ok. ¿Y el diario?*

—*Sigue vigente, pero esta misión es sencilla.*

El Serafín se contrarió. Él era muy capaz, pero este cliente lo tenía hartado. No le gustaba su forma de trabajar.

Los datos llegaron y apreció las precisiones y las fotografías de su nueva misión. En teoría, era sencilla. Pero él era un profesional excelso del oficio de la muerte y le gustaba preparar, con sumo detalle, los trabajos que le eran encomendados. La eficiencia de su labor dependía de una planificación detallada y una ejecución perfecta.

Para asesinar una persona, el Serafín necesitaba, por lo general, tres días de estudio de la víctima, pues debía conocer los detalles importantes que giraban en su esfera de vida: sus rutinas, sus fortalezas, sus debilidades, y sus horarios. Requería saber lo que sucedía en el ambiente físico donde se desarrollaría el trabajo, las cámaras de video, las salidas, la vigilancia y las rutas de evacuación.

Estos aspectos determinaban el modo, la hora, el lugar y el arma que utilizaba para asesinar. Sus asesinatos eran rápidos y “quirúrgicos”. Necesitaba que sus “misiones” pudiesen lo más pronto posible.

Su actual cliente lo angustiaba porque no le daba el lapso suficiente para preparar bien el campo para la ejecución de una muerte “limpia”. Él era un artista de la muerte, no un matón de algún puerto de segunda. No se podía dar el lujo de exponer su identidad por la impetuosidad o la mala planificación. Continuaba con el trabajo porque había recibido por adelantado una fuerte cantidad de dinero y en el acuerdo inicial, el cliente le advirtió que podían surgir complicaciones. Otro aspecto lo mantenía atado a la misión: el prestigio del cliente era muy alto. Era uno de los hombres más poderosos del planeta y podría ser, algún día, el más influyente del mundo.

Los datos eran precisos. Lugar, hora, transporte, vestimenta, nombres y características físicas. El Serafín contó con dos horas para preparar su misión. Las aprovechó al máximo. Sentado en el asiento de su vehículo esperaba agazapado como una sierpe en el desierto. Miró su reloj de pulsera y calculó que su “misión” arribaría de un momento a otro. Al igual que París, él solo debía

ejecutar a la perfección su oficio. Apretó las manos sobre el manubrio, aspiró aire y lo expulsó con fuerza. Se relajó, en cualquier momento haría lo que mejor sabía hacer: matar.

La calle oscura, como el negro averno, se antojaba vacía. Dos vehículos estacionados a unos cuantos metros del suyo, como bestias dormidas en la estepa, dejaban abierta su vía de escape. El aire frío y espeso de la noche se arremolinó como latigazos secos sobre las hojas de los árboles que rodeaban la calle, dejando a su paso, el roce de las ramas en un acorde de traqueteos.

El Serafín vio, por el espejo retrovisor, el asomo tímido de las luces de un auto que se acercaba con lentitud por el cemento de la calle. Aguzó su mirada y se percató de una tercera luz que se asomaba triste encima del carro. “La misión llegará en taxi”, rezaba el mensaje de texto que recibió horas antes.

Como el escorpión que roza sus tenazas antes de tomar a su presa, el apocado asesino ajustó los guantes de cuero negro que cubrían su instrumento de muerte: sus manos gruesas y fuertes. El auto pasó al lado suyo con pesadez. Se aparcó hacia la derecha, delante de él. La puerta trasera se abrió. El Serafín afiló sus sentidos. Asesinaría de nuevo.

El Padre Frank Rhode no pudo dormir. El sueño de Antonella espantó su tranquilidad. La angustia lo carcomía. Las siguientes dos horas las pasó sentado en su escritorio, perdido en el posible desenlace. Su cuerpo invernaba mientras sus pensamientos intentaban resolver el rompecabezas.

Cuando las hebras del alba se filtraron por la ventana de su oficina, sintió que su cuerpo se llenaba de energía, de nuevo. Los haces de luz penetraron en sus retinas y tuvo la fuerza necesaria para envalentonarse. Se puso de pie y se dirigió a su habitación donde se aseó, se cambió de vestimenta y se bañó en agua de colonia.

Sin perder tiempo, se dirigió hasta la biblioteca del Vaticano. Abriría a las ocho y cuarenta y cinco, pero él tenía un permiso especial del promotor de la fe, y podía ingresar antes de esa hora. En la entrada, un guardia de seguridad le solicitó la autorización, la revisó y se la devolvió. Rhode pasó por el umbral de la puerta y se internó por los laberínticos pasillos de la edificación añosa. Las hileras interminables de libros guardados en los anaqueles enhiestos, se presentaban como vigilantes silentes de algunos de los secretos más importantes de la iglesia.

El sacerdote holandés conocía que ciertas rocas del Vaticano no debían ser removidas, pues el polvo agrisado y cobre que emanaba de tales remociones,

abrían heridas en el clero y la feligresía. Rhode sabía que la fe de la Iglesia fundada por Jesús, no debía ser mancillada, especialmente por alguien que vestía sotana.

Caminaba con lentitud y casi de puntillas, intentando no enturbiar el ambiente impoluto de miles de años, sin embargo, entre tanto silencio, sus pasos huecos dejaban una estela de inquietud en los pasillos vacíos. Llegó hasta el escritorio del curador, un sacerdote tan viejo como los pergaminos que allí se guardaban, y le pidió el texto de Enoc. El anciano se puso de pie y caminó encorvado, balanceando su tronco ruin hacia uno de los pasillos en penumbras. Al cabo de unos minutos, volvió con un atávico pergamino.

—Cuídelo como una flor, es un tesoro de la iglesia —dijo con un tono de voz espeso.

El padre holandés se dirigió hacia una de las mesas donde tomó asiento y encendió una luz que servía de faro a los lectores. Tenía en su poder un diccionario de griego antiguo y una lupa que le ayudarían a interpretar mejor el texto. Absorto en su trabajo, tomaba nota de sus apreciaciones. Escribía todo lo que, a su juicio, tenía un valor significativo.

Los minutos transcurrieron como el caudal espeso de un río en la llanura, silente y constante. Concentrado en su labor, sus vellos se erizaban mientras desgranaba el documento y amalgamaba su teoría. Sintió que su corazón iba a estallar cuando escuchó, detrás de él:

—Frank, en verdad estás interesado por este caso.

Mientras sus pulsaciones se disparaban, sus pupilas se distendían y su respiración se entrecortaba, el padre holandés volteó y miró la figura envarada del cardenal Ranieri. Se puso de pie, se quitó los anteojos y espetó:

—Su excelencia, no esperaba encontrarlo aquí.

—Yo tampoco, Frank, pero tranquilízate, solo daba un paseo y el curador me informó que estudiabas el libro de Enoc. Pero por favor, siéntate.

El sacerdote se sentó y el cardenal tomó una silla y se posó con suavidad. La luz de la bombilla servía como una gran farola que avivaba la luminosidad de sus pensamientos.

—Imagino que sigues imbuido en la interpretación del sueño de esta joven. ¡Te pedí que me mantuvieses informado del caso, Frank! —le dijo en un tono increpador.

—Sí, su excelencia es cierto, pero no quería hablar con usted hasta estar seguro de lo que tengo entre manos.

—Y... ¿tienes algo seguro? —expresó con trazas de una sonrisa posma.

—Su excelencia, hemos interpretado parte del sueño de la mujer y lo que he descubierto es bastante... diría yo... inquietante.

—¿Inquietante?

—Sí. Lo que más me llama la atención del sueño son los números que se repiten, el catorce en dos oportunidades y el trece entre ellos. Esos números me taladraban la cabeza y no encontraba su significado. Pero después de darle vueltas, una y otra vez, me percaté de que la frase que precedía a estos números es “Dios es mi salvación”. Recordé entonces que ese es el nombre de Isaías en hebreo. Y claro, que mejor forma de esconder una profecía que con el nombre del mayor de los grandes profetas.

—¿Qué quieres decir? —dijo con el rostro acartonado el príncipe de la iglesia.

—Su excelencia, hurgué en el libro de Isaías y combiné estos números entre los capítulos y versículos y encontré algo escalofriante.

El padre Rhode tomó la biblia que tenía con él y leyó:

— *“Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo”*

El sacerdote cerró el libro sagrado, hizo una pausa, se quitó los anteojos y miró el rostro crispado del purpurado.

—Su excelencia, usted sabe de qué se tratan estos versículos.

Los ojos acuciantes del Cardenal se desorbitaron, su boca se torció y perdió su mirada en la bombilla de la lámpara.

—Sí, su excelencia, a eso me refiero.

El cardenal se echó hacia atrás sobre la silla, tamborileó con los dedos la superficie de la mesa y luego inquirió:

—Frank ¿Tú crees que un simple sueño de esta señora, chica, no sé cómo se llama, pueda abrir espacio a cosas mayores?

—Recuerde que el sueño no abre nada, ella nos advierte y señala los posibles hechos del futuro. La mujer es una clarividente poderosa. De acuerdo a lo dicho por su mentor, el padre Mario y las afirmaciones de la joven, siempre acierta en sus visiones cuando se repiten en la misma fecha. Como le dije, ella registra sus sueños en un libro y no ha fallado en las anteriores visiones. En otras palabras, parece ser o mejor dicho es una vidente infalible. Además, su excelencia, la aparición de la palabra *Shemihaza* es perturbadora, ya sabemos lo que este ángel rebelde significa en la angelología, es el líder de una rebelión contra Dios y por tanto su liberación puede dar paso a un desequilibrio de fuerzas.

El príncipe de la iglesia perdió su mirada en los interminables estantes de la biblioteca. Rhode lo miró con acuciosidad y agregó:

—Hay algo más su excelencia... Podríamos estar en presencia de la

actuación de un enemigo antiguo de la iglesia. Los “discípulos”

El purpurado agrió el rostro y espetó:

—Frank, los discípulos no son más que unos fanáticos del diablo que usan sus conciliábulos para terminar en francachelas.

—Quizás su excelencia, pero recuerde que hay una parte de ellos que debemos tomar en serio.

El purpurado volvió a golpear rítmicamente la mesa con sus dedos e inquirió:

—¿Cómo se llama la joven?

—Antonella. Antonella Luccioni y no es una mujer tan joven. Debe tener más de cuarenta años de edad.

Los ojos del Cardenal se afilaron. Con voz adensada, preguntó:

—¿Dónde está en este momento?

—Está viajando hacia Firenze, en compañía del padre Mario. Buscarán información acerca de sus orígenes. De acuerdo a su afirmación, ella fue adoptada y desconoce la verdadera identidad de sus padres. Ese es otro de los problemas que plantea el sueño.

—¿Por qué?

—Porque ella se ve reflejada en un espejo y eso podría significar que un familiar muy cercano esté involucrado. Podría ser su madre o un hermano.

—¿Lo crees?

—Sí, estoy seguro.

El Cardenal arqueó la ceja izquierda. Expelió un bramido silencioso y sentenció:

—Debemos protegerla. ¿Qué tanto sabe ella de lo que me has contado?

—Ella solo sabe que su sueño es importante y revela situaciones que tienen que ver con el ángel rebelde.

—Debe continuar así. No le digas nada, podría aterrorizarse y sería peor para todos. Frank tomaré en serio lo que me dices. Has sido mi amigo desde hace años y creo que estás detrás de algo que supera nuestras capacidades. Por el momento, lo único que puedo ofrecerte es proteger a esta joven, mientras tú interpretas las imágenes oníricas. Cualquier cosa que necesites, pídemela. Mi ayudante se encargará.

—Gracias, su excelencia.

—¿Quién más sabe de este asunto?

—Solo usted, la vidente, el sacerdote venezolano y yo.

—Debe continuar así. Más nadie debe saber.

—Sí, su excelencia.

El cardenal vio el techo atávico y luego inquirió:

—Y ¿qué haces aquí si ya has interpretado parte del sueño?

—Busco algún resquicio que indique donde y como hallar el anatema de los ángeles rebeldes.

—¿Crees en realidad que se pueda encontrar algo así?

—De eso se trata su excelencia, no creo que el anatema sea algo material, sino inmaterial.

—Debes tener mucho cuidado Frank, caminas por la delgada cornisa que separa lo divino de lo esotérico.

—Yo creo que camino por la cuerda floja que separa el bien del mal.

El purpurado se puso de pie, Rhode hizo lo propio.

—Mantenme informado —expresó, ofreciéndole su anillo. El padre Rhode lo besó.

—Sí, su excelencia, lo haré.

Vio cómo se alejaba la figura pimpante del purpurado. Abrió su cuaderno de anotaciones. Leyó algunas líneas que tenía escritas. Se abstraigo en sus pensamientos. «Debo revisar el internet», pensó. Se levantó con agilidad y se dirigió hasta donde se encontraba el sacerdote que parecía una momia viviente. Le devolvió los pergaminos y caminó hacia la puerta de salida por los interminables pasillos de la biblioteca. Una oscuridad se adensó cuando uno de los bombillos explotó y la negrura se apoderó del ambiente. Sintió un escalofrío que le recorría el torso, pasaba por la nuca y erizó su cuero cabelludo. Se paró en seco. Por su vista periférica sintió que una sombra resoplaba a sus espaldas. Volteó con rapidez y solo observó los estantes repletos de folios, libros y documentos.

—Ave María purísima —expresó y salió del recinto con celeridad.

El reloj de la estación de trenes de Roma marcaba las cuatro de la tarde cuando Antonella y Mario arribaron al lugar. El súper tren de Firenze hizo el recorrido en menos de una hora y treinta minutos. Ambos se bajaron del vagón entre el rebaño de personas que se apretujaba en la puerta. De vez en cuando, chocaban con los transeúntes que caminaban a contracorriente. Mario tomó la mano de la espigada mujer y hendió la muchedumbre con prisa. El calor externo parecía sofocar los círculos del infierno de Dante. El sacerdote y la vidente aceleraron su paso para salir al exterior.

Llegaron a la calle y caminaron hacia donde se encontraba la línea de taxis. Los pies de ambos marchaban presurosos.

—¿Dónde está? —preguntó Antonella.

—Debe estar cerca.

El padre Rhode les salió al paso.

—¡Vamos, no perdamos tiempo! Abordemos un taxi.

Se introdujeron dentro de un vehículo color plata conducido por un hombre rollizo, de barba rala y cabello plateado que portaba una boina de color azul. Antonella se sentó en el medio de ambos en el asiento trasero.

—Al aeropuerto, por favor. Lo más pronto posible —expresó el holandés.

El chofer ajustó sus manos en el volante como un conductor de la escudería Ferrari a punto de acelerar en la largada. Los cauchos chillaron y avanzó a cuatro mil revoluciones.

—¿Por qué tanta prisa Padre? —preguntó Mario, a voz queda.

—Roma dejó de ser segura.

Los ojos de Antonella se abrieron como las fauces de un pejesapo.

—¿Por qué lo afirma, Padre? —inquirió el venezolano con la cara lívida.

—Se los diré al llegar al aeropuerto.

—No comprendo, Padre, necesito que me explique —dijo una nerviosa Antonella.

—*Signorina*, como le comenté a Mario por teléfono, hace una hora, es necesario que viajen hoy mismo a Berlín.

—¿Usted nos acompañará? —interrogó ella.

—Sí, por supuesto, pero no conseguí vuelo para hoy. El mío sale mañana, temprano. El de ustedes saldrá a las siete de la noche. Aquí están las reservaciones. Toma Mario.

El sacerdote les entregó dos hojas impresas. El chofer, un hombre bonachón y con una sonrisa pintada en el rostro, encendió la radio. Su pie derecho era más pesado de lo normal, la presión que ejercía sobre el acelerador del auto los desplazaba a más de cien kilómetros por hora.

—Mario, por favor, dígame lo que averiguaron en el orfanato.

—Padre, como le comenté por teléfono, Antonella fue dejada en Firenze por una mujer de nombre Magda Udet. Poco se sabe de ella. El expediente de Antonella fue robado y no pudimos obtener una información fidedigna. Sin embargo, supimos dos hechos relevantes. La mujer dejó una dirección en Berlín y supimos el nombre real de Antonella: Brigitte Marconi —tremoló Mario.

—¿Qué edad tenía al ser abandonada?

—No pudimos acceder a esa información. Pero fue antes de los tres años.

Antonella tenía los dedos apretujados como una cadeneta que asemejaba un nudo gordiano de piel y huesos. Miraba a ambos sacerdotes mientras se desarrollaba la conversación. Sus manos sudaban. Su cuello se enrojeció.

—¿Tú no recuerdas nada de esa mujer, Antonella?

—No, padre.

—¿No has vuelto a soñar?

—No, tampoco. No he podido pegar los ojos desde que estoy en este embrollo.

—Si lo vuelves a hacer, me informas de inmediato.

—¿Usted cree que consigamos respuestas en Berlín? —preguntó Mario.

—Por supuesto, estoy seguro que allá podremos terminar de descifrar la premonición.

—Comprendo.

—¿Eso es todo padre? —preguntó ella, con voz entrecortada y ojos suplicantes.

—No hija, no es todo. Hay algo más, pero se los diré en el aeropuerto.

Los tres pasajeros del vehículo dejaron de hablar, se recostaron en sus asientos y miraban como el auto se tragaba la carretera. El conductor maniobraba el taxi con habilidad. Al cabo de quince minutos llegaron al aeropuerto Leonardo da Vinci. Se apearon y se dirigieron hacia un café desolado ubicado en la zona de restaurantes. Pidieron tres capuchinos. El Padre Rhode comenzó la conversación.

—*Signorina Antonella*, quiero ante todo darle las gracias por aceptar mi ayuda para interpretar su sueño. Es de valientes lo que usted hace.

Ella no respondió. Sus ojos abiertos como grandes hoyos solo pedían respuestas. Ya no podía esperar más. Su visita a Firenze, la turbó. El sacerdote holandés expelió aire, mojó sus labios con la punta de la lengua y enarcó las cejas. Entornando los ojos, le dijo a la italiana:

—Hay algo que no le he dicho del sueño...

—¡Algo más padre!, creí que usted me lo había contado todo.

—Era así, Antonella, pero he interpretado una parte que cambia todo.

—¡Ay, Padre!, me asusta —expresó con voz cansina.

—Yo también lo estoy hija. Por favor preste mucha atención —expresó, inclinándose hacia adelante y repartiendo su mirada trémula, entre ambos.

—Desde pequeño fui un fanático de los ángeles y los demonios. Creo que esa fue una de las razones por la cual llegué al sacerdocio, adoraba conocer lo que había más allá de este mundo. Después que fui ordenado, me interesé mucho más por este tema. La persona que me introdujo, en esa afición, es el actual promotor de la fe y mi amigo, el Cardenal Ranieri. Hace mucho tiempo, en una clase, él me habló acerca de la rebelión de los vigilantes y *Shemihaza*. Un relato suyo, durante una clase, despertó mi curiosidad académica de la angelología y la demonología. Al principio, lo tomé como un hobby, pero en la medida que me introduje en sus aguas profundas, me convertí en un investigador académico del tema y, con el tiempo, en una autoridad.

Carraspeó y siguió:

—Al incoar mis investigaciones, me topé con muy poca documentación disponible. La mayoría de la información que obtuve fue en los textos apócrifos de la iglesia y los rumores de pasillo y los relatos que escuchaba, tras bastidores, en charlas, conferencias, encuentros y reuniones del mundo sacerdotal... Fue en uno de esos encuentros, que tuvo lugar en Budapest, cuando escuché por segunda ocasión el inquietante relato de *Shemihaza*. Un padre franciscano húngaro me contó que en el siglo XV, en pleno apogeo de la Inquisición en Europa, fueron llevadas a juicio tres mujeres jóvenes por haber sido encontradas *in fraganti* en el desarrollo de un aquelarre cerca de Budapest.

El sacerdote interrumpió su discurso ante la llegada de los cafés. El mesonero sirvió con eficiencia las infusiones y se retiró. Rhode bebió un imperceptible sorbo y continuó.

—El juicio, como era de esperarse, fue rápido y el veredicto, implacable. Fueron condenadas a morir en la hoguera. Lo relevante de esa historia, era que, ante el asombro de los asistentes al juicio, aquellas mujeres no negaron adorar a Satanás y practicar la magia oscura. Las tres relataron que fueron poseídas por el demonio para liberar a *Shemihaza*. Por ocasión primera, fue escuchado su nombre en un tribunal de la Inquisición en toda Europa. Nadie en la sala comprendió el significado de aquellas palabras. Creían que deliraban o mentían. Cuando las brujas se encontraban en la pira y el fuego consumía sus pieles, ellas gritaron hasta morir el nombre del ángel rebelde.

Antonella y Mario se vieron con sus ojos aguzados. Rhode acomodó su taza de café y continuó.

—El inquisidor, ante tan extraña conducta, envió a Roma un reporte completo de todo lo acontecido. La respuesta del Vaticano fue enviar a un comisionado de la Santa Inquisición. El hombre entrevistó a todos quienes intervinieron en el juicio de las tres brujas confesas. Volvió a Roma donde escribió un informe. Dos meses más tarde, una horda de salvajes atacó el pueblo donde se desarrollaron los acontecimientos y todos los implicados en el juicio murieron. Nunca más se supo del inquisidor y su informe desapareció. No quedaron vestigios históricos de aquel hecho insólito, pero aquel suceso quedó en el folclore de Budapest y se transmitió, generación tras generación, hasta el siglo actual.

El sacerdote hizo una pequeña pausa. Los rostros níveos de Antonella y Mario parecían dos estatuas de cera.

—La otra ocasión que supe del líder de los ángeles rebeldes fue hace pocos años. Yo era un “abogado del Diablo”, el más amargo de los cargos de la congregación para la doctrina de la fe, pues yo debía objetar todas las pruebas de

un candidato a la santificación. Como promotor de la fe, en un proceso de Santificación de una joven, fallecida veinte años antes, al sur de Italia, realicé entrevisté a la madre de la postulada. Ella me comentó acerca de la integridad moral de su hija y su capacidad para tener premoniciones. Sorprendido, porque ese era mi campo de investigación, pude corroborar cada una de esas afirmaciones premonitorias de la joven con los pobladores y vecinos. La adolescente tenía la capacidad única, al tocar a una persona, de ver fragmentos de su futuro. Era una gran vidente. Pedí ver la habitación donde murió. Revisé con suma delicadeza todas sus pertenencias y noté que en una pared, un garabato se presentaba como un símbolo ininteligible en un idioma extraño, el mismo símbolo que usted soñó Antonella, Σειμιάζά. Le pregunté a la madre acerca del origen de esas letras y me afirmó que su hija las escribió, días antes de morir. Lo sorprendente de la historia era que la joven era analfabeta. Recomendé en mi informe, la canonización de la joven italiana. El relato incluía el pasaje del nombre del vigilante rebelde. Inexplicablemente, este proceso se quedó rezagado en los archivos de la congregación de la fe y jamás volvió a ver la luz.

El padre tomó un nuevo sorbo de café e invitó a sus oyentes a que lo hicieran. Ellos salieron del estado casi catatónico en que permanecían envueltos y bebieron. Prosiguió.

—Con estos dos hechos pegados como rémoras en mi curiosidad teológica, comencé a hacer preguntas acerca del ángel rebelde. Encontré muchas tornas en mi investigación, en especial, dentro de la propia Iglesia. Era un tema tabú. Los días pasaron y al año recibí una llamada telefónica anónima. Una mujer que no se identificó, me pidió una reunión en la más absoluta confidencialidad para hablar acerca de las investigaciones demológicas que yo realizaba desde hace años. Con mucha reserva, accedí a reunirme con ella en el panteón romano... Era invierno, el más frío que recuerdo. Casi daban las seis de la tarde, cuando, frente de la atávica estructura y en medio de una caterva de personas, me encontré con una mujer vestida con una gabardina beige, un sombrero, unos lentes oscuros y una bufanda que disimulaban su rostro añoso. La desconocida, que no quiso identificarse, me expresó con voz amainada que dejara a un lado mis investigaciones acerca de *Shemihaza*. “Su vida corre peligro”, sentenció finalmente. Me paralicé del miedo.

Rhode tomó otro sorbo. Acomodó sus lentes y prosiguió:

—Ella me dijo que supo acerca de mí, en el pueblo de la joven vidente italiana. La vieja, al igual que yo, seguía la pista de esta vidente. Yo dudaba de su relato y llegué a pensar que deliraba, pero lo que me dijo luego, me aterrorizó. Ella perteneció a un grupo de fanáticos de Satán conocido como los “discípulos”. Esta logia no era una simple recua de satánicos que se reunían para

recitar letanías y tener orgías. Era una organización secreta ancestral que pocas personas conocían de su existencia. Estos discípulos eran liderados por una sacerdotisa conocida como la “Luz Oscura” que esperaba, pacientemente, las condiciones favorables para la liberación de *Shemihaza* y el ascenso de la Trinidad del Mal al trono de Dios. La liberación del ángel rebelde rompería el equilibrio en la balanza eterna entre el bien y el mal. La mujer, con voz sinuosa, me explicó que ella perteneció a esa orden, pero había desertado. Su cabeza tenía un precio.

Al decir esta última frase los labios de la italiana se emblanquecieron. Mario la invitó a que tomara café. Ella se negó y pidió que le trajeran un vaso de agua. El sacerdote venezolano lo pidió y el mesonero lo trajo de inmediato. Antonella lo bebió hasta la mitad, secó sus labios y dijo:

—Discúlpeme, padre, pero es mucha información junta. Continúe, por favor.

—La comprendo. Yo navegaba en el mar del escepticismo por lo afirmado por aquella desconocida que parecía haber salido de un manicomio. Me dijo que la orden de los discípulos buscaba desde hace tiempo a una clarividente poderosa que abriera el anatema. A lo largo de los tiempos se ha intentado, sin éxito, encontrarlo y liberar el ejército oscuro de los ángeles rebeldes. “Padre dejé de investigar. Su nombre ha comenzado a sonar como tañidos en la orden de los discípulos y si continua con su búsqueda será borrado del mapa”. Fue lo último que ella me dijo. La desconocida se despidió y quedé helado hasta los huesos, más por lo me dijo que por la temperatura que reinaba. Aquella vieja parecía desvariar, pero su locuacidad y la vehemencia de sus argumentos eran convincentes. Esa noche dudé acerca de dejar de investigar del tema o continuar; pero el empujón final lo encontré en la portada del periódico del siguiente día que mostraba la fotografía de la suicida, lanzándose al tren. La reconocí de inmediato por su ropa, era aquella extraña.

—¡Padre, no sé qué decirle, es aterrador!

—Sí, hija, lo sé, por eso preferí no decirte nada antes —expresó mientras entremezclaba sus dedos.

—Padre, yo pensaba que los discípulos eran un mito falso del satanismo —agregó Mario.

—No, no lo son —dijo con acritud —Para mal del mundo, no es así.

—¿Y usted qué hizo? —espetó Antonella.

—Yo abandoné la afición a los ángeles y demonios, y la cambié por “las profecías bíblicas”. Esta área, más aceptada por el común denominador de la Iglesia, me permitió realizar investigaciones certeras y bien documentadas acerca de las premoniciones. Me convertí en una voz reconocida. Era muy requerido por las autoridades eclesiásticas en simposios, congresos y sínodos.

No obstante, en mis noches de soledad, volvía a aquella fría tarde frente al Panteón. Diez años transcurrieron desde aquella extraña entrevista hasta que tú, Mario, me relataste el sueño de Antonella. La sola idea de enfrentar a los “discípulos” me aterra.

—¿Por qué? —interrumpió Antonella.

—Son una hueste de maldad que, desde tiempos inmemoriales, esperan la elevación del maligno al trono de Dios. Y los seguidores del diablo son, en ocasiones, peores que él.

—Le creo —sentenció Mario —El mayor logro de Satanás en el mundo es que la gente dejó de creer en su existencia. El demonio se convirtió en una especie de mito como el minotauro, el cíclope o las sirenas. Con la falta de temor por el poder del maligno, muchos hombres transitan el peligroso mundo del ateísmo, la adoración del mal, la brujería, la magia negra y todas las abominaciones que nacen en su nombre.

Antonella bajó la mirada. El sacerdote holandés, viéndola, le dijo:

—Debes tener mucha fortaleza. Esta madrugada descubrí algo importante de la interpretación. El sueño hace alusión a los números 13 y 14, además de la frase “Dios es mi salvación”. Recordé que en hebreo, esa frase se traduce como Isaías, el mayor de los profetas bíblicos. Busqué en el libro del profeta los versículos y capítulos con los números 13 y 14 y me llevó a una sección terrorífica que menciona los cinco propósitos de Satanás para destronar el reino celestial. Cinco objetivos definidos. El primero: *subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios*. El segundo es *levantaré mi trono*. El tercero es el que dice *en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte*, el cuarto expresa que *sobre las alturas de las nubes subiré*, y el último dice que *seré semejante al Altísimo*.

Hubo un gran mutis entre todos.

—¿Qué significan cada uno de ellos? —Preguntó Antonella.

—No puedo precisar cada uno, pero en teoría, los cinco juntos buscan el reinado de Lucifer en la Tierra. Te puedo afirmar que se avecina una guerra espiritual y los “discípulos” son su primera orden de Batalla. Su líder, la sacerdotisa conocida como la “Luz Oscura”, necesita una mentalista, una gran clarividente y tú lo eres Antonella. Con casi toda seguridad, ella sabe del sueño que tuviste y está buscándote. De ser así, todos corremos peligro. Esa gente no cejara en sus intenciones hasta obtener su objetivo.

—Es peor de lo que nos comentó al principio —agregó Antonella von voz posma.

—Sí, lo es. Por eso debes obtener la información de quienes son tus padres. Conociendo tus orígenes terminaremos de interpretar la premonición... La

llegada de ese ángel rebelde podría significar el inicio de la gran tribulación señalada en el apocalipsis. Es decir, el reinado de la bestia, el anticristo y el falso profeta, la trinidad del mal. Es un tiempo nombrado en la Biblia en los libros de Daniel, los evangelios y el apocalipsis.

Antonella miró a Mario de nuevo, quien tomó con fuerza sus manos. Rhode agregó:

—A partir de este momento, no debemos confiar en más nadie. Los tres corremos sumo peligro. Por eso deben abordar ese avión a Berlín y tratar de ubicar a esa mujer. No anden solos y siempre permanezcan en espacios donde haya mucha gente.

Antonella intentó tomar la lágrima que se derramaba por su párpado, pero era demasiado tarde, ya se deslizaba por su mejilla, como una roca en un desfiladero.

—Tranquilícense, es necesario que estén serenos para afrontar lo que viene —agregó Rhode.

—Aquí tienen diez mil euros para gastos. Me los facilitó el Promotor de la Fe. Yo me reuniré mañana con ustedes temprano. Al llegar a Berlín les telefoneo. La reserva del hotel ya está pagada. Yo aprovecharé esta noche para averiguar acerca del anatema y los propósitos de Satanás.

—Gracias, Padre Rhode, sin usted estaría perdida —dijo la italiana con voz cortada.

—Tranquila, hija, gracias a ti por permitirnos ayudarte. Qué Dios los acompañe en Berlín.

El sacerdote se despidió con un abrazo al padre Mario y dos besos en los pómulos a Antonella. Ella le agradeció con una escueta sonrisa. El sacerdote miró la intensidad y profundidad de sus intensos ojos aguamarinas. La soltó y se perdió entre el gentío.

Antonella no podía más. Sentía que sus piernas le temblaban, que el aire se hacía espeso y que su mundo se desmoronaba. Mario se puso de pie y la abrazó.

—Todo saldrá bien —dijo mirándola y luego la abrazó. Era la segunda vez que lo hacía.

Sintió su suave piel y percibió el aroma de su esencia de mujer. La quería, no sabía si de la forma correcta, pero la quería. Cuando sintió que su corazón se aceleraba, recordó que era sacerdote, antes de ser hombre. La soltó. La miró de nuevo. Ambos tenían los rostros enrojecidos y sus respiraciones se entrecortaban.

—Se hace tarde, ¡Vámonos!

Ella asintió. Los dos salieron en dirección a la línea aérea.

Seis horas más tarde la pareja iba en el asiento trasero de un taxi en Berlín.

El viaje los agotó. Amodorrada en su asiento, Antonella veía como las luces de la ciudad berlinesa se esparcían como cenizas ardientes en el exterior. La mujer de los ojos aguamarina veía el rostro dormido de Mario tras la cortina oscura del interior del auto. Observó sus cabellos negros crespos. Escuchó un ronquido furtivo que se escapaba de la garganta del sacerdote. Se sentía segura a su lado, Mario era su único amigo y quizá su amor platónico —si no fueras sacerdote te hubiera enamorado —le decía entre bromas cuando compartían momentos alegres. El sacerdote se reía a carcajadas de esta afirmación y le decía que jamás se hubiera podido enamorar de ella porque era muy ordenada y él muy olvidadizo. Nuestras vidas juntas serían un desastre.

Se sentía un poco más tranquila que en Roma. Las últimas horas en la ciudad eterna desgranaron sus miedos. Las palabras que prorrumpió el anciano sacerdote, atizaron sus temores como plomo derretido. Escamaba a las personas que pasaban, pues pensaba que podía ser un “discípulo” que venía por ella. Hasta que el avión no despegó, no se sintió mejor.

Durante el trayecto en el aire, intentó dormir, pero no pudo. Un hilo de terror recorría su espina dorsal como una corriente eléctrica. Tenía miedo de volver a soñar.

Al llegar a Berlín, salieron con rapidez y tomaron un taxi plateado. Mario le indicó al conductor el nombre del hotel. El auto se deslizaba con suavidad por las calles de la capital alemana. Ella hablaba el alemán con fluidez y se sentía a gusto entre los germanos, a pesar de la frialdad en el trato de alguno de ellos. Tumbada en su asiento, Antonella recordó su última visita a la capital alemana hace cinco años, durante la presentación de uno de sus libros, el más exitoso de todos los publicados. La crítica literaria y el público amaron su opúsculo, al punto que debió quedarse en la capital más tiempo del previsto.

Pero esta vez no sentía esa felicidad desbordante. Un escalofrío le recorría la espina dorsal y se internaba en su torrente sanguíneo. Antonella se encontraría con su pasado, con sus orígenes. Pero eso sería a partir de mañana, hoy su cuerpo no daba para más. El automóvil redujo su marcha.

—Llegamos —prorrumpió el taxista.

La mujer vio hacia el lado derecho de la calle y observó las luces núbicas que refulgían la fachada del hotel.

—¡Mario, llegamos! —le susurró al sacerdote que abrió los ojos y enarcó las cejas, la miró y dijo:

—Me quedé dormido. Vaya día.

—Sí, ha sido agotador. Hemos llegado.

El auto se detuvo por completo. Mario observó el monto del taxímetro y sacó efectivo de su pantalón. Le pagó al hombre con un billete de cincuenta euros y le dijo que se quedara con el cambio.

Mario abrió la puerta que daba hacia el hotel y salió primero, luego lo hizo Antonella. El auto arrancó enseguida. Ambos miraron con fijeza la fachada del recinto.

—¡Es muy bonito!

—Sí, en verdad lo es —respondió Mario con una sonrisa.

—¡Lo que no me gusta es su nombre! —dijo Antonella.

—¿Por qué? Me parece genial. Destila elegancia y sobriedad.

—Titanic no es nombre para un hotel, es sinónimo de tragedia.

—Vamos, no creerás en esas cábalas.

—Disculpe, señorita.

Ambos escucharon una voz oxidada que provenía de sus espaldas. Los dos voltearon y vieron a una figura masculina pelirroja vestida con una gabardina negra con las manos en ambos bolsillos. Enseguida, dijo:

—Se le ha caído el pasaporte —expresó, señalando el piso con su mano enguantada.

Antonella bajó la mirada y hurgó el cemento, intentado buscar el documento. Escuchó como un golpe silbante rompía el aire, acompañado de un sonido gutural de ahogamiento. Miró instintivamente a Mario.

El sacerdote se llevaba las manos al cuello. Sus piernas flaquearon y un manantial de sangre emanó de su tráquea cercenada. Antonella, tardó unos segundos en comprender qué sucedía. Sintió un frío cerval que le recorría el cuero cabelludo. Mario cayó de rodillas, mientras que ella, paralizada por el miedo, no podía moverse. Ordenó a su cuerpo ayudarlo, pero no pudo. Hiperventiló sus pulmones. Volvió sus ojos hacia el rostro del pelirrojo. Pero lo que vio fue una gran mancha blanca. No podía distinguirlo, la adrenalina de su

cuerpo bloqueó su entendimiento. Percibió como el hombre volteó hacia ella. Gritó para sus adentros «Voy a morir »

El Serafín alanceó la garganta del sacerdote con maestría. Solo necesitó dar un paso hacia adelante y sacar con violencia su mano izquierda en dirección al nudo de Adán de su cuello. Su mano asesina palpó el instante exacto en que el escalpelo rompía las membranas blandas de la tráquea de aquel hombre. El corte fue preciso y con la profundidad necesaria para cortar también las cuerdas vocales y no permitir que su víctima gritase. El rostro exangüe del cura y una pequeña línea roja que precedió a la hemorragia violenta, le indicaron al Serafín que pusiera su atención en la mujer que, con el rostro lívido, no podía moverse. Giró hacia ella. Precisó su siguiente movimiento. Pero en ese instante, vio por su vista periférica como una gran masa se lanzaba sobre él por el costado izquierdo.

El Serafín sintió los dientes filosos de un pastor alemán que mordían su brazo izquierdo. Con fuertes sacudidas, el canino movía su extremidad como la de un espantapájaros. El perro gruñía mientras sus afilados dientes penetraban su piel. Cayó de rodillas por la fuerza de la mordida. Emitió un quejido de dolor. Trató de zafarse. Golpeó varias veces el hocico del animal, pero todo esfuerzo fue en vano. El perro, enfurecido, no lo soltaba. Con frialdad y sin perder la calma, sacó un garrote de su gabardina y lo clavó con fuerza en la cabeza del canino. El perro soltó un quejido y cayó en el piso, aturdido. El Serafín se puso de pie. A pesar del dolor que sentía, debía culminar el trabajo. Miró el cuerpo inerte del sacerdote en el piso apoyado en posición fetal, las manos en la garganta y un charco de sangre a su alrededor. Era un cadáver. La mujer se esfumó. Oteó la calle y escuchó gritos dentro del hotel.

Tomó la decisión de salir de allí de inmediato. Fue hasta el auto, abrió la puerta con dificultad, lo encendió y se esfumó en la negrura de la noche. Observó, por el espejo retrovisor, como un grupo de personas salían del hotel. Espetó una maldición. Era la primera vez, en su dilatada carrera criminal, que fallaba.

La oscuridad era absoluta. El tiempo se detuvo dentro de la cajuela del auto y el aire se tornó espeso como el mercurio. Frida sentía sus manos adormecidas por la presión que ejercían sus ataduras. Sus pies fríos le dolían. Intentaba zafarse, pero era en vano. Vivía su pesadilla más temida, estar a merced de otra persona.

La francesa se paseaba por las hipotéticas soluciones para evadir a sus captores. Ninguna terminaba bien. Tenía las extremidades atadas, sus secuestradores estaban armados e iba encerrada en la cajuela de un auto en plena marcha.

Saltar cuando el auto pare, pero ¿cómo? Golpearlos con mi frente. Imposible. Frida sentía como el vehículo se desplazaba con rapidez por las calles, el tiempo transcurría y su fin se acercaba. Ni siquiera podía calcular su posición por las paradas o las aceleraciones del auto. No tenía idea de donde se encontraba. Encorvada y en posición fetal con las manos detrás de su espalda, se jugaba su vida en manos de los esbirros del señor Dubront, uno de los hombres más poderosos del mundo.

En ese momento de soledad y angustia recordó a Jean Pierre. Él siempre tenía la palabra adecuada para la situación correcta. Era ese oráculo emergente que le susurraba en silencio, la frase pertinente para salir de un atolladero. Y siempre, su querido Jean Pierre, tenía razón.

«A veces Dios actúa de forma misteriosa» le decía el francés, un devoto protector. Pero Frida no era tan creyente. Tenía una relación especial con su hacedor. Creía en él, pero a su manera. La francesa oraba poco o quizá, nada. Ella creía más en las acciones que las oraciones. Odiaba a esas beatorras y feligreses que se daban golpes de pecho, rezaban en las iglesias con sus rostros compungidos, caminaban de rodillas en los templos y nombraban a Dios para todo. « Gracias a Dios» « “Dios mediante» « “Dios proveerá» « Si Dios quiere», eran frases que la protectora aborrecía. Para ella, los santurrones eran unos hipócritas que buscaban la compasión humana y no la de su creador. Frida veía a Dios como ese amigo invisible que permanecía siempre a su lado. Hablaba con él, le contaba sus problemas, sus ilusiones y le agradecía las cosas buenas que le pasaban. Pero también lo increpaba, discutía y se ensañaba contra él, cuando algo malo le sucedía. «La tienes agarrada conmigo» le decía siempre que sus planes eran estropeados o algo salía mal. Y esta vez no fue la excepción.

Mierda Dios, estoy jodida. Poco te pido, pero si puedes ayudarme que sea

pronto porque el tiempo se me acaba. La mujer buscaba un resquicio que le indicase qué acción tomar. Pero el tiempo transcurrió y nada pasó. El auto se detuvo y Frida no pudo hacer nada, solo romperse la piel de sus muñecas y sus tobillos. Escuchó como las puertas de la limusina se abrieron y cerraron, y los pasos de sus verdugos golpearon el piso. Su pulso se aceleró y sus sentidos se amolaron. Una llave se introdujo en la cerradura del auto y la cajuela se abrió. Frida sintió como una brisa gélida arropó su piel. Sus pupilas se dilataron en un intento de ver qué sucedía. Reconoció la voz de Cinthya decir:

—¡Sáquenla!

Todo era silencio, varias hileras de árboles rodeaban el lugar que parecía un bosque o un parque. La noche aún danzaba en el cielo, traviesa. Una combinación de miedo y frío erizaron los vellos de la francesa. Los hombres la sujetaron por los hombros y los pies, sacándola del maletero. La colocaron en el piso, donde quedó apoyada en sus nalgas con los pies delante. El suelo era agreste.

Reconoció a sus esbirros y se aterró. Vestían unos impermeables del mismo color que los verdugos del patíbulo: negros. Vio a Cinthya, hierática y arrogante. Se erguía como una ejecutora de sentencias. La mujer se arrodilló y quedó al frente de Frida que vio cómo su vestido lucía hecho harapos. Parecía un espanto.

—Señorita Caroline, por última vez... dígame su verdadero nombre y ¿Qué desea del señor Dubront?

La francesa escupió la cara de Cinthya que no se inmutó. Sacó un pañuelo y se limpió. La asistente de Dubront sorteó una sonrisa que, aun en la oscuridad, Frida pudo atajar.

—En verdad la admiro... nunca vi a alguien tan valiente e idiota como usted, incluso hasta el final.

—Váyanse al infierno...

Frida cerró los ojos y aguantó la respiración. Cuatro detonaciones seguidas quebraron el silencio. Los dos gorilas espetaron quejidos guturales. Uno de ellos, “el plan B”, cayó de bruces al lado de la francesa. Frida pudo ver la muerte en sus ojos desorbitados. El otro cayó de rodillas e intentó ponerse de pie, a la vez que tomaba su arma. En ese instante, se escuchó un quinto impacto que atravesó el parietal izquierdo del hombre con un chasquido, dejándolo muerto en el piso. Cinthya se paralizó, no podía reaccionar. Cuando lo hizo y gateó para alcanzar el arma de Peter, escuchó:

—¡Perra! No te muevas. Ponte de rodillas y coloca tus manos detrás de la nuca.

La asistente de Mr. D obedeció. Una figura diminuta se acercó desde la penumbra. Era la voz de Cosette. Frida no podía creerlo. Vestida con la misma

ropa que tenía esa noche en el lobby del hotel Waldorf Astoria, la flacuchenta mujer se acercó con una pistola en su mano izquierda, apuntando a la asistente de Dubront, le ordenó:

—¡Desátala!

La rubia platinada, que permanecía arrodillada en el piso, con los ojos desorbitados y el rostro bermejo, se puso de pie y comenzó a desatar los pies y las manos de Frida.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Eso no importa en este momento.

Cinthy termino de liberar a la francesa. Frida tenía las piernas engarrotadas y se puso de pie con dificultad. Cosette ordenó a la americana que se arrodillara con las manos detrás de la nuca, mientras que recibía un abrazo de su amiga.

—Gracias, llegaste a tiempo. Me salvaste —dijo, besando su frente.

Frida volteó y vio a Cinthy con ambas manos detrás de la nuca. Una furia incontenible subió desde su estómago y llegó a su puño derecho que, como una saeta, golpeó su pómulo izquierdo.

—¡Perra! —alcanzó a decir mientras miraba como escupía sangre.

—¡Amárrala! —le dijo Cosette.

Frida tomó las mismas sogas, que aún permanecían tibias, y ató las extremidades de Cinthy que se quejaba. Su pómulo comenzaba a hincharse.

—Ahora ¿Quién tiene el control? Dime ¿Quién lo tiene?

Banner, desafiante, le dijo:

—Cometes un error.

—No, el error lo cometiste tú, al no matarme cuando pudiste.

Frida esbozó una sonrisa sorna. Ella, ahora, era quien tenía la vida de Cinthy en sus manos. Dedicó todas sus energías a inmovilizar a la neoyorquina, mientras que Cosette revisaba los cuerpos inertes de los dos hombres. Encontró las llaves del auto y lo abrió. Lo revisó, luego tomó una botella de agua del bar y se la dio a Frida que la bebió desesperada. Parte del líquido se derramó sobre sus hombros y su cuello.

—¿Qué hora es? —preguntó la francesa.

—Las cinco y treinta. Ya casi amanece.

—Cosette ¿Tienes un Plan?

—No, la de los planes aquí eres tú, Frida.

Cinthy supo entonces los verdaderos nombres de ambas. Con los ojos acezantes, las detallaba. Su pecho se movía como un acordeón agitado.

—Primero debemos salir de aquí.

—Y ¿qué hacemos con ella? —preguntó la diminuta mujer.

—La llevaremos con nosotras, ya pensaré en algo. Métela en los asientos traseros de la limusina.

Cosette levantó a la asistente con fuerza y, arrastrándola, la metió dentro del auto. Cinthya cayó de bruces y soltó un quejido.

—¡Vámonos! —dijo Cosette.

—No, aún no.

—¿Qué sucede?

Frida registró a la asistente de Dubront. Sus ojos emanaban chispas. Bramaba con fiereza. Encontró su teléfono dentro de su abrigo. Intentó usarlo, pero estaba codificado.

—¿Cuál es la clave?

—¡Perra, jamás te la diré!

Frida la cacheteó con fuerza en el pómulo lastimado. Cinthya dio un alarido.

—Aquí podemos estar todo el día, pero te quedarás sin dientes.

Banner con recelo, le dictó los cuatro dígitos.

—Ahora sí, vámonos. Yo conduciré —espetó Frida, cerrando la puerta con fuerza.

—Pero tú no conoces Nueva York.

—No importa. Tú me guías. Pienso mejor cuando manejo. ¿Desarmaste los cadáveres?

—Sí, lance las pistolas entre los árboles y aquí tengo sus identificaciones.

Abordaron el vehículo. Frida dio la vuelta al auto con destreza y aceleró. Un bosque de pinos se abría a su paso. Con celeridad llegaron a la avenida principal, donde Cosette le indicó que girase hacia la derecha. Lanzó las identificaciones de los muertos por la ventana.

—¿Cómo supieron tu verdadera identidad? —preguntó Cosette.

—No lo sé. Pero nos descubrieron.

—Me imaginé.

—¿Cómo supiste de mi situación?

—Después que te fuiste del hotel, dos hombres se adentraron en el lobby y me observaban con detenimiento. Pensé que nos habían descubierto y me las ingeníé para evadirlos e ir tras tu pista. Supe que jamás te llevarían a ningún restaurante.

—Y ¿cómo diste conmigo?

—Hay dos lugares en Nueva York que alquilan limusina. Fui a uno de ellos y me las arregle para ver el mapa de GPS actualizado que tenía la pantalla. Allí vi que solo tres autos habían sido alquilados y uno de ellos permanecía por las cercanías de los muelles. Llevaba allí más de una hora, no era normal. Me dirigí

hasta allá, me infiltré por una ventana y vi cómo te tenían atada. No era el momento de intervenir. Así que los seguí hasta ese bosque y llegué a tiempo.

—Gracias —volvió a decir Frida. Luego preguntó —¿Hacia dónde fue Dubront?

Cosette negó con la cabeza.

—¿Qué te hicieron? ¿Te lastimaron?

—No, eso no importa en este momento, luego te contaré.

—¿Qué haremos ahora Frida? Nos han descubierto, con suerte tenemos poco tiempo para salir de los Estados Unidos. Tengo los pasajes a la mano y los pasaportes falsos.

Frida dejó un espacio de tiempo, aspiró aire y llenó sus pulmones de determinación para decir tajante:

—¡No nos iremos sin los códigos, Cosette!

—Y ¿cómo los obtendremos?

—No lo sé.

—Y ¿Cómo lo averiguarás?

Frida hizo mutis. Miraba, absorta, hacia la carretera. El alba se enarbolaba en el horizonte.

—¿Cuánto falta para llegar a Manhattan?

—Como veinte minutos.

—¿Tienes el teléfono de Cinthya?

—Sí, aquí está.

—Yo creo que Dubront no tiene los códigos con él, si fuera así, los habría nombrado al interrogarme. Estoy segura que otra persona los tiene. Es allí donde ha ido en estos últimos días solo. Revisa el teléfono y busca los últimos números marcados o recibidos ayer y hoy.

Cosette movió sus dedos con agilidad. Luego expresó:

—Hay veinticinco números. Es imposible.

—No lo creo Cosette. ¿Cuándo fue el día que me dijiste que Mr. D salió solo sin escoltas?

La diminuta mujer miró hacia adelante y expresó:

—Hace cuatro días.

—Coteja los números que están en ambos y si hay coincidencia, allí debe estar el contacto que tiene los códigos.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque Cinthya es la lameculos de Dubront. Ella sabe todo acerca de él. Cualquier movimiento o acción que realiza, lo sabe. Es la rendija que te mencioné.

—¿Y ella sabrá?

—Es posible, pero jamás nos lo dirá.

La pequeña mujer buscó la información requerida y luego de cinco minutos, dijo:

—Tienes razón, aparte del número de su jefe y la oficina, aquí hay otro número que es repetido varias veces, ambos días.

—Comunícate con alguien de la orden y solicita la dirección de ese número. Haz que lo inhabiliten.

—Pero seguro Dubront tendrá nuestros teléfonos intervenidos.

—Los nuestros, pero el de Cinthya no, vamos, hazlo. Tenemos una o dos horas antes que comiencen a buscarnos.

Frida se equivocaba. No pasarían una hora o dos antes que su cacería comenzase, sería menos, mucho menos. Ella no sabía de las rutinas de Mr. D. Él siempre se levantaba a las cinco de la mañana a hacer ejercicios, ya sea en su caminadora o en el gimnasio de su mansión. En contadas ocasiones, como esa mañana, nadaba por espacio de una hora. Pero siempre esperaba la llamada de Cinthya, a las seis de la mañana, que le indicaba la agenda del día. A esa hora, con la mente lúcida y con su flujo sanguíneo atiborrado de adrenalina y endorfinas, producto del ejercicio, le daba indicaciones a su fiel vasalla.

Cada brazada del espigado magnate golpeaba el agua con suavidad, sus manos se introducían en el líquido con la técnica correcta. Las patadas del estilo *crawl* espumaban la superficie líquida, impulsándolo con soltura a través de la piscina de su mansión. Casi no chapoteaba agua. Su estilo de nado era perfecto. Las luces internas de la piscina temperada iluminaban y guiaban su desplazamiento. Después de nadar los últimos veinticinco metros, se detuvo en el borde. Hizo diez respiraciones y recobró el aliento perdido. Se quitó los lentes y vio el reloj que marcaba las seis y tres minutos. Llamó al guardaespaldas, un moreno de casi dos metros y de cuerpo robusto como un rinoceronte, y le indicó que le pasase una toalla y el teléfono. El viejo secó sus manos, descodificó el móvil y vio que Cinthya no lo había llamado. Se extrañó. Llamó al teléfono de su asistente.

En el vehículo, Cosette espetó con fiereza:

—Phillippe me dijo que el teléfono ya fue inhabilitado.

—Buenas noticias.

—Sí, muy buenas. Intentan ubicarlo.

Se escuchó el repique del móvil, pero con otro tono, uno muy distinto.

—Atiende.

—No es mi teléfono es el de ella —lo tomó—. Mierda, es Mr. D. —dijo Cosette con el rostro lívido al ver la pantalla.

—¿Qué? Acaso ¿Ese tipo nunca duerme? —atizó la francesa.

—¿Qué hago Frida? —expresó con voz temblorosa.

Una de esas ráfagas de brillantez se cruzó por su mente. El teléfono repicó otras cuatro veces, antes que Frida dijese:

—Pásame el teléfono, le responderé.

—¿Qué? ¿Estás loca? En cuestión de minutos nos habrán cercado.

—Confía en mí.

—La última vez que me dijiste eso, casi nos atrapan.

Cosette le pasó el aparato a Frida con su mano tembleque. La francesa, con parsimonia, esperó el siguiente repique y atendió.

—Mr. D es una lástima que no pudimos cenar.

Un silencio rebotó en la línea telefónica. En la piscina, el empresario no salía de su asombro. Se movió dentro del agua como un pez que no consigue salir de su pecera. Su mente ágil, fría y calculadora se activó. Se detuvo al lado de la escalera y dijo:

—Señorita Caroline o cómo se llame. Creo que la he subestimado.

—Mr. D escúcheme bien. Necesitamos hablar.

Hubo un mutis. Luego, el magnate inquirió:

—¿Y por qué cree usted que yo quiero hablarle señorita Caroline?

—Porque tengo a Cinthya, su mano derecha.

Una risa escurrió por la línea telefónica. El poderoso anciano espetó:

—¡Haga lo que usted quiera con ella! Me buscaré a otra asistente.

Frida no esperaba esa respuesta. La desarmó, no obstante, pensó que quizás era una estratagema de Mr. D. Esperó unos segundos y aseveró:

—Ella es muy valiosa para usted y lo sabe. Conoce todos sus secretos.

—Ella ya está muerta, si no lo hace usted lo hago yo, por fallarme.

—No, Mr. D, usted miente, yo sé cuánto la necesita a ella. La mataré a menos que un Jet privado nos espere en un aeropuerto dentro de una hora. Sólo debe estar el piloto. Nada de policías ni guardias.

—Si no lo hago ¿Qué sucederá?

—Jamás volverá a ver los códigos que ya tenemos en nuestras manos. Ese es el trato, nuestra libertad por el códex y su asistente. Usted ganará y mucho.

Hubo un largo mutis del otro lado del teléfono. Cosette no podía creer el atrevimiento de la francesa. Era muy sagaz.

—¿Qué garantía tengo de que usted los tiene?

—La misma que tengo yo de que usted no atentará contra nuestras vidas.

Frida sentía la respiración pesada del hombre como un depredador que huele a su presa desde cerca.

—Si usted obtuvo los códigos, ¿Para qué quiere devolverlos?

—Porque soy una buena samaritana.

Hubo un largo silencio.

—¡Señorita, váyase a la mierda usted y su amiga! ¡Hagan lo que le dé la gana!

Dubront terminó la llamada. Sin perder tiempo, Frida preguntó:

—¿Tienes la dirección?

—Sí, me la dieron. Es en Queens.

Frida lanzó el teléfono de Cinthya por la ventana ante los ojos incrédulos de Cosette.

—Si es cierto lo que tú me dijiste, él intentará comunicarse con ese teléfono y al no poder hacerlo, se dirigirá al lugar a donde están los códigos. Debemos estar preparadas —espetó la francesa.

—¿Lo crees tan tonto? Y no se te ha ocurrido que con una simple llamada a otro número sabrá que no lo tenemos los códigos.

—Es posible, pero creo que Arthur maneja esta información con mesura y discreción. Con el teléfono inhabilitado no sabrá si es cierto lo que le dije. La duda lo carcomerá.

—Si lo encontramos allí, estará con un ejército —le recordó la diminuta mujer.

—Quizá los de más confianza, pero creo que Dubront, por alguna razón que desconocemos, maneja el tema de los códigos con la mayor confidencialidad.

—¡Debemos tener cuidado es un hombre peligroso!

—Lo sé Cosette, pero en este momento es vulnerable. Él cree que tenemos algo que necesita y se la jugará.

—Ojala estés en lo cierto, Frida. De no ser así, jamás conoceré París.

—Lo estoy, esta noche dormiremos en París. Vivas o muertas, pero estaremos allá.

Cosette sonrió con los labios doblados. No era de mucho consuelo lo que le decía la francesa. Nunca en su vida había estado tan asustada.

—¿Qué haremos con su asistente?

—Por los momentos estará con nosotras.

El auto aceleraba a toda velocidad, mientras que las luces matutinas, de la ciudad que nunca duerme, se avistaban en el horizonte neoyorquino. Frida pisaba con fuerza sobre el territorio de caza del todopoderoso Dubront. Era una apuesta de ganar o morir.

La mansión de Mr. D cobró vida. Todas las luces se avivaron. Los empleados se movían en todas las direcciones, los choferes encendían los autos y el personal de seguridad no dejaba de hacer llamadas. Mr. D caminaba con parsimonia. A pesar de estar enfadado por lo que sucedía y la desagradable noticia que le dio la atrevida francesa, se dirigió a su habitación para cambiarse

con la mayor serenidad del mundo. Se vistió con el sempiterno traje negro, una camisa blanca y una corbata roja. Su mente bullía en las posibilidades que le ofrecía la astuta francesa. Su ira lo carcomía, esta mujer lo fastidiaba. Al cabo de diez minutos salió de su habitación. Llamó a uno de los choferes y le dio indicaciones. Se acercó hasta el estacionamiento de los vehículos y pidió su auto mercedes benz negro. El chofer lo trajo y el magnate le indicó que se bajase.

—¡Yo manejo!

Mr. D tomó las riendas del volante y aceleró a toda prisa. Llamó varias veces y no contestaban. Quizá sea una tetra lo que dice la francesa acerca de los códigos, pero debo estar seguro, no debo correr riesgos. Su pie imprimía mayor potencia al robusto vehículo que se internaba en las entrañas de Nueva York.

El Comendador tenía su mirada perdida en el crucifijo que guindaba en la pared. Absorto en sus pensamientos, auscultaba la figura de Cristo crucificado. Se sentía igual que él, con los pies clavados en la madera y con las manos atravesadas por los hierros. No podía hacer nada para proteger o ayudar a las dos mujeres que intentaban rescatar los códigos, en Nueva York.

Su cara adusta reflejaba su preocupación. Era la primera vez que delegaba, exclusivamente, una misión de este tipo, a dos protectoras. Por lo general, un hombre lideraba, este tipo de operaciones. No obstante y por recomendación de Jean Pierre, Frida fue seleccionada para obtener tan delicados objetivos. No fue sencillo tomar esa decisión, sin embargo, la fama de Playboy de Arthur Dubront, le indicó al líder de la orden de los protectores que sólo una mujer podía acercarse con efectividad al magnate. Un hombre hubiese sido triturado en el solo intento de rozar el círculo íntimo de Mr. D.

Sentado en su lugar de descanso vespertino, el Comendador prevaleció esta misión a otras de la organización. Los códigos tenían una prioridad absoluta. La iglesia necesitaba que volviese a sus estrados, el Vaticano clamaba para que retornase a su Biblioteca. El valor de estos pergaminos era incalculable, su importancia histórica lo hacía único. Pero estos documentos atávicos tenían una importancia aún mayor, un valor que pocas personas en el mundo conocían. Una de ellas era el Comendador que esperaba impaciente las noticias de Nueva York.

El silencio imperante fue interrumpido por la llegada de su leal asistente, Phillippe. El hombre de mediana edad entró con el rostro agestado y lívido. El anciano con su bonhomía habitual, le indicó que se calmase.

—¡La misión está perdida! Descubrieron las identidades de las dos protectoras. Con suerte, lograron escapar. Pero la misión fracasó. ¡No podremos

recuperar los códigos, su excelencia! Ya preparé todo para su extracción.

A continuación, el asistente resumió el informe de Cosette acerca de su situación. El Comendador, recostado en su silla se irguió en su asiento. Echó su tronco hacia adelante y luego, respondió:

—¿Ella te solicitó el rastreo de un móvil?

—Sí

—Entonces es posible que no hayan completado su misión, que aún tengan una oportunidad de conseguir los códigos.

—Es posible, pero ella no dijo eso. Estoy seguro que Arthur Dubront y sus secuaces ya habrán comenzado su cacería.

Con la voz calma, el Comendador le dijo:

—No nos precipitemos. Dejemos que ellas resuelvan.

—Su excelencia, la vida de estas dos mujeres corre peligro. Arthur Dubront es un hombre peligroso, sabemos del alcance de su brazo y de cómo cobra sus deudas.

Con voz tajante, el Comendador espetó:

—Ellas son protectoras de la humanidad y saben de los riesgos de su juramento. Además, según los informes que nos entregó Jean Pierre, ella es muy competente. Ella regresará bien, Philliphe. Dejemos todo en manos del Señor. Él las traerá a ambas con bien. Cuando tengas noticias de nuevo, me informas por favor.

—Así será su excelencia —expresó con la voz más calmada.

—¿El protector Jean Pierre está en cuenta de lo que está sucediendo en Nueva York?

—No, señor, no sabe nada. Él me llamó ayer en tres oportunidades para saber de los alcances de la operación, pero no he soltado prenda.

—Mejor así, gracias Philliphe, mi fiel y leal asistente.

—Estoy para servirle su excelencia.

El ayudante se retiró con una parsimonia forzada. El Comendador se puso de pie y, arrastrando sus huesos corroídos por el tiempo, caminó por el pasillo, se dirigió hasta el patio y miró hacia el cielo aureolado de un azul índigo que penetró su alma. Contempló las dispersas nubes cimarronas que adardeaban la tarde. UniÓ sus manos y oró. «Necesitamos de tu ayuda mi Señor» clamó desde el fondo del pozo de su fe. «Trae a nuestra Frida, cuídala en la delicada misión que tiene sobre sus hombros, alivia su carga y ve delante de ella contra sus enemigos, los nuestros y los de la humanidad». La fe del Comendador en su Señor era invicta y pronto daría frutos.

Arthur Dubront llegó al mismo edificio, en Queens, donde estuvo días atrás. A pesar de tener a su disposición un ejército de guardaespaldas, fue solo. Necesitaba comprobar que los códigos estuvieran a salvo. Se apeó con cautela y miró a su alrededor. Apenas dos transeúntes, desde el otro lado de la calle, caminaban con parsimonia. El alba ya había arrojado todo el paisaje citadino y los haces de luz rojizo se impregnaban en las paredes de los edificios como tatuajes gigantes. Se dirigió con prisa hasta la puerta de entrada y se percató de que permanecía cerrada. Fue a la puerta trasera de la edificación. Rodeó el lugar y se encontró con un indigente acostado en el piso, arrojado con algunos cartones. El hedor del hombre le causó náuseas. El desdichado ni siquiera se enteró de su presencia.

Mr. D buscó, persistente, la entrada trasera hasta que la encontró inserta en una pequeña puerta de madera maltrecha. Tomó la perilla, la giró y está cedió. Ingresó a los pasillos oscuros. Encendió su teléfono móvil para guiarse entre las tinieblas. Se tropezó dos veces hasta que encontró las escaleras. Con dificultad subió los tres pisos que lo separaban del apartamento que buscaba. Tocó la puerta con fuerza tres veces. No hubo respuesta. Volvió a golpear en otras cinco ocasiones. Se encendió una luz que se filtró por la hendidura y lamió el piso. Detrás de la puerta, una voz femenina y añeja se escapó.

—¿Quién es?

—Es Arthur.

—¿Qué deseas?

—Necesitamos hablar.

—¿A esta hora?

—Sí, es urgente.

La cerradura restalló. La puerta se abrió y la figura de una anciana apareció. Vestida con una bata blanca y unas sandalias negras y arrugadas, la mujer salió al paso de Arthur. Sus cabellos platinados enmarcaban un rostro arrugado y lívido. Sus ojos azules flameaban dentro de sus cuencas. Su piel tenía indicios de una ictericia aletargada. El viejo entró como una tromba y sin esperar a que ella cerrara la puerta inquirió:

—Te he llamado y tu teléfono sale desconectado.

—Mi teléfono está bueno.

—¿Tienes los códigos contigo?

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Estás segura?

—Sí, claro. Están en el mismo lugar. Los acabo de ver.

El rostro de Arthur Dubront se enrojeció. Fue birlado por una mujer. Enseguida entendió la razón por la cual, la tal Caroline Le Blanc le mencionó

que tenía los códigos y él, uno de los hombres más astutos del mundo, cayó en la celada. Miró hacia el pasillo, la vieja tenía en su mano izquierda la vieja perilla. Espetó con vehemencia:

—¡Cierra la puerta!

Al mismo tiempo que terminaba de decir la oración, Cosette y Frida entraron como dos tifones al departamento. Frida empujó con tal fuerza que la puerta golpeó la pared de un sopetón. La anciana lanzó un ¡Ay! de dolor. Cosette apuntó el rostro de Dubront con una pistola Glock. Mr. D se cementó. Iba a llevar su mano derecha a su cicatriz, cuando Frida lo increpó:

—¡No se mueva, señor Dubront! No haga ningún movimiento. Cierra la puerta, Cosette.

La pequeña mujer cumplió la orden. Frida, entretanto, registró a Mr. D que perdía su mirada granítica en el techo del apartamento. La vieja de ojos azules tenía los labios níveos y su piel clorótica. Frida despojó a Arthur de su teléfono móvil y las llaves de su auto. Después de cachearlo, vio a la anciana que le imploró desde detrás de la cortina de su alma que no la tocara. No lo hizo.

—¡Siéntese Mr. D!

El Hombre posó su añejo cuerpo en un sofá, tan vetusto como él.

—Señora, tome asiento, por favor —Le indicó Cosette.

La anciana con dificultad se sentó en una silla cercana a la pared. Las dos perpetradoras permanecieron de pie. Cosette apuntaba con el arma a Mr. D.

—Haremos esto rápido, señor Dubront. Entrégueme los códigos.

El magnate, impertérrito, le dijo a Cosette:

—Señorita, deje de apuntarme con el arma.

Cosette hizo caso omiso. Frida volvió a decirle al viejo:

—Entréguenos los códigos. No me haga perder más tiempo.

—Señorita Le Blanc o cómo se llame. ¿Quién le pagó? Yo le ofrezco el doble de lo que le han dado para que me deje en paz.

Frida se sonrió y, cruzando los brazos, le dijo al magnate:

—Está equivocado si piensa que soy una ladrona.

—¡Es una ladrona! Me está quitando algo que no le pertenece.

—A usted tampoco le pertenece, señor Dubront.

Arthur taladró el piso con los ojos y luego, alanceando a Frida con su mirada, le dijo:

—Usted no sabe lo que dice señorita. Usted no tiene idea qué son y qué significan estos códigos y porque los tengo en mi poder.

—Sí lo sé, son un tesoro de la humanidad que pertenece a la iglesia católica. A ella deben volver.

—¿Eso cree?

Frida hizo mutis. Con sus ojos afilados, buscaba un resquicio de duda en el magnate. Su mirada oteaba el departamento. Sabía que disponía de poco tiempo. Se jugaba su libertad y quizá hasta la vida en ello. Con vehemencia le dijo a Cosette.

—Ve y busca los códigos, mientras yo los vigilo. Dame el arma.

—Yo no sé cómo son los códigos.

—Sí sabes, ya te los describí, al encontrarlos los reconocerás.

Cosette entregó la Glock a la francesa y comenzó a registrar todo el departamento como un sabueso.

—¿Dónde está mi asistente?

—Su asistente está a salvo en el auto, si eso le preocupa.

—Debe entregármela, usted me dijo que la canjearía por los códigos.

Frida no respondió. El ruido de los movimientos convulsos de la pequeña mujer, registrando el departamento, se escuchaban como arañosos crujientes. Parecía que destruía el departamento.

—Señorita incógnita, dígame algo ¿Usted de verdad cree que saldrá de Nueva York a salvo? —interrogó un iracundo Dubront.

Ella lo miró con sus ojos de tempano y le dijo:

—Claro que sí y usted me ayudará.

—Frida creo que los encontré —expresó Cosette desde la habitación principal.

—Ven, tráemelos.

La pequeña regresó con un libro que contenía unos manuscritos viejos.

—Toma el arma. Déjame revisarlos.

—¡No se lleve los códigos señorita! En ellos hay fuerzas incomprensibles para usted —espetó la vieja con voz meliflua.

La francesa vio a la señora de soslayo e hizo caso omiso a su comentario. Frida tomó los pergaminos añosos, amarillentos y casi traslucidos. Eran los códigos. Los revisó con acuciosidad y los contó. Eran sesenta y cinco.

—¿Están completos, amiga?

—Sí, eso creo —dijo Frida.

—Levántese, señor Dubront.

—Ya tiene los códigos, ahora déjenos en paz.

—Aún no hemos terminado Mr. D. ¡Cosette, trae a Cinthya!

La mujer obedeció y salió. Frida vigilaba a sus dos rehenes, apuntándolos. Los códigos se esbararon de su mano y cayeron en el piso. Ella intentó recogerlos con su mano libre. Los recogía cuando sintió como la anciana, de pie, la tomó con fuerza de su brazo y le dijo:

—¡Estás jugando con fuerzas que no conoces y estás del lado incorrecto!

Frida la miró instintivamente. Quiso reaccionar, pero no pudo. Vio la determinación a través de sus ojos azules, insertos en sus cuencas insondables. Pero sintió algo más, una sensación que la turbó.

Mientras la vieja la tomaba con fuerza y ella tenía en su mano los códigos, su voluntad cedió y una neblina oscura y turbia cubrió su entendimiento. Era como si por fracciones de segundo se trasladara a otro momento y a otro lugar.

Todo era penumbra. Vio unas escaleras y un gran altar. Al lado de este, un hombre vestido de negro y de espaldas, se arrodillaba. Arriba de unos pináculos, emergía una gran puerta por donde emanaba una luz incandescente que quemaba los ojos. Ella bajó la mirada y emitió un ¡Ay! de dolor. Luego, miró hacia donde se encontraba el Altar y vio a una mujer desnuda acostada. Frida caminó hacia ella despacio, hasta que la sangre se le heló. Era ella misma. ¡Date prisa!, escuchó decir. Luego unos gritos espantosos de dolor emergieron de todos los rincones. Detrás de ella, emergió una pelirroja que le susurró al oído: ¡No te equivoques!

Enseguida volvió a la habitación con la vieja que la miraba con sus ojos de piedra.

Frida sentía que le faltaba el aire. La vieja le sonrió con sus dientes amarillos. Intentaba zafarse de aquella mano, pero no podía. Sintió una gran debilidad y turbación. Escuchó, una voz lejana. Sacudió su brazo y se soltó de la anciana, retrocedió para evadir que la volviese a tocar. Quiso apretar el disparador del arma, pero la turbación por lo sucedido, la sacudió. ¿Fueron los códigos? ¿Fue la anciana? En el ínterin de confusión que la arremolinaba, vio como Dubront y la vieja intercambiaban algunas palabras. Ella, obnubilada, no comprendía. El tiempo bamboleó en la habitación como un gran péndulo que iba y venía. Frida perdió la noción del tiempo.

—Frida, Frida ¿qué te sucede? —escuchó decir a Cosette que ya se encontraba en el departamento.

La francesa seguía ofuscada por la sensación que percibió. Lerda y con la mirada perdida apenas escuchaba a la diminuta Cosette.

—¿Qué te sucede?

La miró con los ojos desorbitados. A su lado, Cinthya permanecía con las manos unidas detrás de su nuca.

—¡Amárralos, Cosette; —dijo, trémula.

Dubront que permanecía impávido, la miró desde su altura y le dijo:

—Es su última oportunidad de no arruinar su vida. Deje los códigos aquí.

La punta del cañón se incrustó en el intercostal derecho del magnate y lo instó a callarse. Cosette los amarraba con una cinta de embalaje. Los ojos seguros y acezantes de Frida, dieron paso a unos que brotaban miedo e

inseguridad. Los zafiros azules de la anciana se incrustaron en su alma. Frida le dijo a Cosette:

—Tapa sus bocas, pero deja de último a Dubront.

La pequeña mujer obedeció.

—¡Te volveré a ver, Perra! —espetó Cinthya antes que sellaran sus labios.

Frida miró a Mr. D.

—Señor Dubront, necesito que llame a la persona que le dio instrucciones del avión que le pedí y le indique que no haya nadie, a excepción de los pilotos... ¿A quién llamo?... Sin trucos, señor Dubront.

Arthur enarcó sus cejas y respondió:

—Llame al señor Peter Griffith.

Frida marcó el número y cuando se percató que contestaron, puso el modo altavoz.

—¿Peter el avión que te pedí está listo?

—Sí, señor. *En el Hangar dieciséis como siempre en el aeropuerto de Newark-Liberty.*

—*Irán para allá dos mujeres. Sólo deben estar allí sus pilotos. El resto del personal de seguridad que despeje el área.*

—Sí, señor.

La francesa cortó la llamada.

—¿Estás lista, Cosette?

—Sí.

Frida colgó, se acercó al magnate que con el rostro impávido la miraba.

—Señor Dubront, gracias por su hospitalidad, lamento no haber podido cenar con usted.

—Señorita, esta no será la última vez que nos veremos, se lo aseguro. Tenga cuidado a quien da esos códigos. Usted no sabe a quienes enfrenta.

Cosette terminó de tapar la boca del hombre y salió del departamento. Cuando iba a hacerlo Frida, sintió un deseo irrefrenable de ver a la anciana. Miró sus ojos azules de nuevo. Estuvo tentada de desatarla y preguntarle qué le pasó, pero se detuvo. Alejando sus sentimientos de su acción, salió y cerró la puerta con fuerza. Llegaron a la calle y abordaron el vehículo de Dubront.

Treinta minutos más tarde, se encontraban en el aeropuerto. Llegaron al hangar 16. Se bajaron del auto y vieron a los lados, todo se veía en orden. El avión se encontraba listo para despegar. Saludaron a los dos pilotos quienes les pidieron sus identificaciones. El capitán preguntó el destino y Frida respondió París.

—Pueden esperar en el avión mientras controlamos la salida con la torre de control e inmigración.

—No hace falta

—Pero...

—Vámonos —les dijo sacando su arma

Los dos hombres, atónitos, no daban crédito a lo que sucedía. Obedecieron. Abordaron el avión. El piloto encendió el avión y rodaron por la pista del Taxiway. El piloto colocó la aeronave en cabecera de pista y pidió autorización para comenzar el despegue. Cuando recibió la autorización de la torre de control sintió como un objeto frío y hueco se posaba sobre su sien.

—No digan nada, ni hagan nada tonto. Salgan de la cabina —expresó Frida.

Los dos salieron de la cabina. La quijada despegada de Cosette indicaba su incredulidad de lo que sucedía.

—¡Abra la puerta! ¡Salten!

La cara granítica de determinación de aquella mujer con acento francés dio el empujón final a los dos hombres que saltaron del avión.

—Cierra la puerta Cosette. Y ven a la cabina

La pequeña mujer obedeció mientras pensaba que Frida se chifló.

—*Vuelo 121 ¿qué sucede? Veo dos personas salir del avión* —se escuchó a través del radio.

—*No está autorizado para despegar* —se escuchó decir al controlador aéreo.

Las protectoras se sentaron en la cabina.

—¿Tú sabes volar Frida? —preguntó una nerviosa Cosette.

—Claro amiga. Fui piloto de la Fuerza Aérea Francesa.

La voz del controlador indicaba, insistente, la negativa autorización para despegar. Frida miraba como tres vehículos de seguridad salían desde el área de carga con dirección a la pista. Aceleró la nave.

—¡Te dije que hoy estaríamos en París!

—Tengo miedo.

—No te preocupes, Cosette, volar es lo que mejor hago.

El avión comenzó a avanzar. En menos de un minuto se elevaba por los aires. La aeronave se estabilizó y avanzaba como una saeta por los aires. Era verdad lo que decía Frida, volar era lo mejor que hacía. Desplazaba con maestría el avión por el cielo límpido, sin embargo el firmamento borrascoso de su mente se atoraba con lo sucedido en el departamento. Tendría mucho tiempo, el mismo que la separaba de Europa, para pensar en ello.

El jefe de los discípulos llegó hasta la vieja puerta donde lo esperaba la Orquídea. Antes que la tocará, esta se abrió. La Pantera le salió al paso con sus

dos metros de estatura y sus ciento veinte kilos de masa muscular. El hombre cruzó el umbral que resguardaba a la mujer de tez morena. Caminó con su paso blando y sereno. Ella lo esperaba sentada con su bata blanca, cubriendo su piel de ébano. Sus cabellos negros cubrían su rostro y arañaban sus pechos grandes y turgentes. Encima de su cuello y sobre sus senos, unos collares coloridos la envolvían como serpientes corales con vida propia. Tenía las manos colocada sobre la mesa y, frente a ella, una bola de cristal se erguía apoteósica.

La Pantera cerró la puerta y se quedó detrás del jefe de los discípulos. Ella lo miró a través de las hendiduras de sus cabellos. Era viejo como la envidia. Sus cabellos encanecidos enmarcaban el rostro momificado de piel vetusta. El hombre se sentó.

—¿Me llamaste? —bramó con su voz espesa.

—Sí.

—¿Qué sucede, Orquídea?

—Hay alguien que está detrás de nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sentí y yo nunca me equivoco.

—He percibido su presencia, ella ha recibido las claves para la libración del ángel rebelde.

—Pero... ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Pero está sucediendo. No encuentro explicación.

—Tomaré las acciones pertinentes.

—Debe ser rápido. Hemos esperado demasiado tiempo para lograr nuestros propósitos y no debemos fallar.

—Lo sé.

—No está sola. Hay otras dos personas que quieren impedir el ascenso de la Trinidad.

—Iré detrás de ellos.

—Debes eliminar todo obstáculo que se interponga entre nosotros y nuestro objetivo.

—No habrá piedad con ellos.

—Actúa rápido. Ve y hazlo pronto.

La mujer anotó un nombre en una hoja y se lo dio al hombre. Este se puso de pie y salió de la habitación. La Orquídea quedó a solas con la Pantera. La bestia se acercó hasta su regazo y se arrodilló delante de ella como un niño a las faldas de su madre. Ella tocó su cabeza limpia, rapada y brillante como un amo acaricia a una mascota.

—Estamos muy cerca mi Orquídea.

—Sí, por eso tengo una misión especial para ti.

—Lo que usted ordene.

La mujer escribió un nombre en un pedazo de papel. Le dio indicaciones precisas de qué hacer.

—Ve y haz tu cometido.

La Pantera se puso de pie y salió a cumplir las órdenes de su ama como un perro en busca de su presa.

La mañana en Berlín lucía pintada de plomo. Efluvios de neblina adormecían a una ciudad que tenía resaca de tantas victorias. El aroma del triunfo y la gloria se respiraba desde la Puerta de Branderburgo hasta el Elba. Transcurría el mes de abril del año de 1941. Los alemanes se dejaban seducir por la divina aura de la invencibilidad.

El *Führer* cumplió su promesa. Los germanos, humillados, desde el tratado de Versalles, se sentían hieráticos y envarados por ser, ahora, los hegemones del mundo. Hitler puso a Europa a los pies de Alemania. Sus verdugos de otrora, comían el polvo de la derrota.

La avasallante *Wehrmacht* conquistó, a punta de pólvora y terror, desde 1939, todos los países que se atravesaron en su camino. Los ronquidos espeluznantes de los panzer alemanes, danzando por las campiñas del viejo continente, les terciaban a los europeos que un nuevo amo mandaba en sus destinos. Los aviones de la *Luftwaffe* zumbaban como abejas gigantes por el firmamento europeo rompiendo las siluetas de las nubes y recordándole a los habitantes de los países conquistados que debajo del Sol una nueva deidad arrojaba la vida de todos, un dios de bigote recortado y mirada de acero. En el mar Mediterráneo, el océano Atlántico y el mar del Norte, la jauría de submarinos de la *Kriegsmarine* tenían en vilo a los buques mercantes y las naves de *Royal Navy*, la única fuerza que aún subsistía; solo era cuestión de tiempo para que los ingleses troquelaran la bandera blanca de la capitulación.

En ese Berlín ahíto de victorias y ebrio de triunfo, un alto oficial nazi, vestido con el uniforme negro de las SS, ingresó por la puerta principal del edificio sede de la fuerza de seguridad del Estado alemán. Entró como un tornado, arrollador y seguro de su poder. Con la quijada levantada, los ojos acechantes, viendo a todos lados, y las zancadas largas, el oficial se deslizaba, impetuoso y gallardo, a pasos agigantados.

Mientras caminaba raudo, todos se apartaban de su paso. Era el hombre más temido en Alemania y en Europa, incluso por los mismos nazis. Su nombre era Reinhard Tristan Eugen Heydrich.

Según los patrones de las leyes de Núremberg, este enhiesto oficial tenía todos los atributos del ario perfecto. No era pantagruélico como Göring ni bajo y con el pie equinvaro como Goebbels ni de cabellos negros como Rosenberg ni de ojos en cuencas profundas como Hess ni de vista corta como su mismísimo jefe, Himmler. El aspecto físico de Heydrich coincidía con el estereotipo ideal

del ario perfecto: alto, rubio, esbelto, de ojos azules, y atlético. Su gracia física era envidiada por el séquito de Hitler que le temía. Pero Reinhard Heydrich no ascendió en el partido nazi gracias a su rostro de macho ario y su cuerpo apolíneo. Una ambición desmedida, un olfato político sin parangón, una implacabilidad acerada y una desconfianza plena en todos y en todo, fueron las herramientas que hicieron de este alemán, uno de los mejores efectivos de Hitler.

Reinhard era el arquitecto de la inteligencia y la contrainteligencia de las SS. Entrevistado por Heinrich Himmler en 1931, cuando las *Schutzstaffel* estaban en pleno proceso de expansión, el Reichsführer-SS quedó impresionado por la capacidad intelectual del joven Heydrich. Hombre decidido, de gustos refinados, amante de la música y del esgrima, se convirtió, en apenas dos lustros, en el todopoderoso señor del espionaje político en la vida de los alemanes. Ostentaba el grado de *SS-ObergruppenFührer*, *General der Polizei* y era el jefe de la RSHA (Oficina Central de Seguridad del Reich) organización que aglutinaba a la temida Gestapo, a la *Kriminalpolizei*, y al *SD*.

Alto y con garbo en su caminar, el *SS-ObergruppenFührer* marchaba presuroso hacia la oficina de Heinrich Himmler. El alto oficial llegó hasta el despacho y se anunció con el ayudante de campo. Este lo saludó y le dijo:

—Pase adelante, el *Reichsführer-SS* lo espera.

Uno de los dos soldados de las *Waffen-SS*, que escoltaba el despacho principal, abrió la puerta con sigilo. El *SS-ObergruppenFührer* ingresó con brío. Con paso firme, llegó hasta el escritorio de Heinrich Himmler y con energía, golpeó sus tacones e hizo el saludo fascista.

Heydrich, con sus más de 190 cms de estatura miró a su jefe que, sentado, lo miró por encima de los lentes.

—Buenos días, *SS-ObergruppenFührer* Heydrich —Espetó con su voz suave, el jefe de las SS.

—Buenos días, *Reichsführer-SS* —expresó la voz chillona, casi femenina que lo caracterizaba.

—Tome asiento, por favor.

—Gracias.

El *Reichsführer-SS* miró a través de los cristales de sus gafas al brioso oficial que permanecía impertérrito. Era el único hombre a quien le temía. El corazón se le helaba con su sola presencia. Ese terror que Heydrich le producía ni siquiera lo sentía al estar al lado de Hitler durante sus coléricas corcoveadas de rabia.

El General Heydrich era su lugarteniente, a su lado logró imponer el régimen de terror en Alemania, y luego, en la Europa conquistada. Era el más eficiente de sus efectivos y el más letal. Pero Himmler sabía que tenía como subordinado a una fiera amarrada que debía domar. Era tanta su ambición y la sed de poder de

esa bestia rubia —epíteto con el cual también era conocido —que Himmler tomó acciones que le aseguraron su amansamiento.

El *Reichführer-SS* tenía con él una relación especial, un trato que se basaba en el terror mutuo. Reinhard Heydrich era muy angurriente y su jefe percibió que, tarde o temprano, aspiraría a ocupar su cargo. Así que debía detenerlo de algún modo, y Himmler utilizó el método preferido de las SS: la mentira. El *Reichsführer* creó un expediente secreto donde se relataba una aparente aventura homosexual de Heydrich mientras fue oficial de la Marina alemana. Hizo que dicha información llegase a los oídos de su lugarteniente, quien se incomodó. Lo tenían agarrado por los testículos.

El *SS-ObergruppenFührer*, lejos de acobardarse, contraatacó de una forma más contundente y peligrosa. Hizo investigar la línea genealógica de Himmler y averiguó, o mejor dicho, inventó el rumor, que sangre judía nadaba en la progenie de su jefe, un crimen imperdonable para cualquier alemán y en especial para un Alto Jerarca Nazi.

De este modo, ambos tenían una espada de Damocles secreta. Solo bastaba una imprudencia del otro para que fuesen hundidas en el cuello de su contrincante. Por esta razón jamás se habían hecho daño, no podían, aun queriendo hacerlo. Ambos se respetaban, se temían, pero también se necesitaban. Himmler se bebía la audacia, el ímpetu, el temple de acero y la inteligencia de su subordinado mientras que Heydrich obtenía, a través de su jefe, lo que más anhelaba en su vida: poder.

—Heydrich, tengo una misión que necesito que cumpla a cabalidad.

—Ordene usted, *Reichsführer-SS*, cualquier orden que usted dé, será cumplida al término de la distancia.

—Lo sé, por eso lo he llamado a usted, mi mejor hombre...

Himmler hizo una pausa, acomodó sus quevedos y continuó:

—Ya derrotamos a todos nuestros enemigos en el frente occidental. Polonia nos sirvió de campo de entrenamiento. Pusimos de rodillas a los franceses, los holandeses y los belgas. Conquistamos Checoslovaquia y Austria sin un solo tiro. La península Escandinava es nuestra. Los ingleses pronto claudicarán o serán encerrados en su isla de por vida. Rommel está a punto de vencer en África. Pero, la guerra apenas comienza. Como usted sabe, el *Führer* realiza los últimos preparativos de la operación Barbarroja para aplastar a los soviéticos y conquistar el *Lebensraum* que hay detrás de los montes Urales. Según mi opinión será una lucha dura y larga.

—El *Führer* no opina igual —prorrumpió.

—Lo sé, él considera conquistar Moscú antes que el invierno aparezca, pero sin cuestionar al *Führer*, creo que debemos prepararnos para vencer al enemigo

con las mejores armas. Y debemos tomar medidas para ello.

Himmler se puso de pie con lentitud y acomodando el lápiz que se antojaba fuera de su lugar en el escritorio, dio dos pasos a la izquierda. Tomó un cuaderno y le leyó a Heydrich, moroso. Le explicó su teoría de los hechos por venir, de cómo ganar la guerra y cómo hacer de los arios, la única raza sobre la Tierra. Cuando terminó, miró a su subordinado y dijo:

—*SS-ObergruppenFührer*, usted conoce mi convencimiento de la influencia de las fuerzas oscuras en la política y en la guerra. Usted, mejor que nadie, sabe que desde mi llegada a la Jefatura de las SS he impulsado la investigación y la enseñanza sobre la herencia ancestral alemana a través de la *Ahnenerbe*. Los resultados de tales investigaciones han sido asombrosas.

Himmler hizo una pausa, se sirvió un vaso de agua, le ofreció a Heydrich que se negó. Bebió la mitad del contenido y miró de nuevo a la “Bestia rubia” que permanecía impertérrito con su mirada de acero.

—Hace algún tiempo obtuve una valiosa información. Necesito un objeto.

—¿De qué objeto estamos hablando? —espetó Heydrich.

—Por eso está usted aquí. No sabemos qué aspecto tiene, ni su conformación ni su tamaño. Es un anatema.

Himmler le explicó con sumo detalle el origen de ese anatema, luego se sentó. Su lugarteniente lo miraba sin exteriorizar ningún tipo de sentimiento, su rostro era una roca. El *SS-ObergruppenFührer* escuchó atento. Ya con anterioridad tuvo que oír, en ocasiones, las más absurdas teorías que emanaban del cerebro de Himmler, pero nunca embistió alguna de esas ideas. No comulgaba con su jefe en los métodos, él era un hombre muy pragmático, más fiero; para Heydrich, la forma de doblar las rodillas de sus enemigos era a través del acero de las bayonetas y el plomo de las balas. El jefe de las SS cruzó los dedos de sus manos y las apoyó sobre el escritorio. Con voz firme, pero serena continuó su diatriba:

—General, mis investigadores me han informado de la importancia de hallar lo que le he solicitado con la mayor premura posible. Usted, General, tendrá a su disposición los dos mejores arqueólogos berlineses, tres historiadores especialistas en la prehistoria y todos los recursos necesarios. Heydrich asintió.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —Inquirió.

—Seis meses. Para eso tiene al personal más calificado bajo su mando.

—Comprendo.

—Tenga sumo cuidado *SS-ObergruppenFührer* se encontrará con fuerzas jamás confrontadas.

—Lo tendré.

—Tome todas las medidas necesarias para que lo conversado sea

resguardado en el más grande de los secretos. Solo usted y yo debemos saber qué buscamos con exactitud.

—Así será, *Reichsführer-SS*.

Himmler le entregó a Heydrich todos los datos de su investigación en una carpeta negra adornada con la cruz esvástica en el centro. El General ario la tomó, la revisó con rapidez y se puso de pie con energía, saludó y se retiró como una tromba.

El todopoderoso jefe de las SS miró la puerta con fijeza. El dios omnipotente de los campos de la muerte se levantó y fue hasta su caja fuerte, marcó la combinación y sacó un cuaderno. Era su diario personal. Himmler llevaba un registro detallado de todas las actividades que llevaban a efecto las SS, en él plasmaba cada detalle importante de lo que sucedía dentro de sus tenebrosas paredes. Los experimentos de sus médicos con cobayas humanas en los campos de concentración, las investigaciones pseudocientíficas llevadas a cabo por un grupo de arqueólogos alemanes en busca del Atlántida, la búsqueda exhaustiva de los antepasados de la raza aria en el medio oriente, los enemigos reales o imaginarios del Tercer *Reich* que debían ser eliminados. Pero en especial, el líder de las SS llevaba un registro meticuloso de tres aspectos que disfrutaba mucho.

El primero eran las barbaridades, indiscreciones y debilidades de los altas jerarcas del partido. Anotaba, con sumo detalle, todos aquellos elementos que, en algún momento, podría utilizar contra aquel que osase enfrentársele o que, por órdenes del *Führer*, debía ser sometido al escarnio público. Allí fueron transcritas las numerosas amantes de Joseph Goebbels en el ambiente cinematográfico alemán, las indiscreciones con el alcohol de Robert Ley y las aventuras extramaritales de su infiel esposa, la adicción a la morfina de Hermann Göring y su saqueo metódico de obras de arte en toda Europa, el enriquecimiento ilícito de Joachim von Ribbentrop, a costa de sus influencias en Inglaterra y Noruega, los devaneos parapsicológicos de Hess con nigromantes y adivinos de poca monta, las indiscreciones pasionales de Rosenberg; en fin, toda aquella información, cierta o falsa, que pudiera usar como cuchillos filosos contra los mismísimos jerarcas nazis, cuando se presentara la ocasión.

Otro asunto, de especial interés para Himmler, era el proyecto *Lebensborn*. En algún lugar de los recovecos helados de su mente desarrolló una teoría alocada de eugenesia. Una nueva raza poblaría a Europa. Su fuente eran las relaciones sexuales de los mejores hombres de las SS con las más hermosas y fértiles mujeres europeas. Según su criterio, en ciento veinte años, solo habría en Europa, pobladores rubios, altos, de ojos claros, de tez blanca, atléticos e inteligentes. Sería el elíseo de la humanidad.

Pero la niña mimada de sus ojos era el proyecto “T”, el más avanzado y

atrevido de todos los planes que Himmler había tenido. Combinaba los elementos que el *Reichführer-SS* adoraba: la historia, los textos bíblicos, la angelología, las fuerzas oscuras, la mitología nórdica y un toque de siniestra audacia, esa que tanto le fascinaba al jefe de las SS. Pero este proyecto era de difícil realización, necesitaba de todos los recursos de las *Schutzstaffel* y la inteligencia de sus mejores hombres. Por eso, para amalgamar su idea con la realidad, confiaba en su mejor oficial. Él debía cumplir con su deber. Estaba convencido que lo haría a cualquier costo.

Sentado en su escritorio, los recuerdos del pasado llegaron al piso de su realidad como la lluvia espesa de una tarde de otoño. Las gotas de sus remembranzas formaron un chapuzón en su conciencia de color marengo.

El pequeño Himmler caminaba de la mano de su madre por una de las calles de la ciudad alemana de Landshut. Sus pasos cortos no le alcanzaban para seguir el ritmo raudo de su progenitora. Iba con el corazón acelerado.

Sus ojos agrisados, escondidos detrás de unas gafas pequeñas y redondas, miraban el piso para tratar de no tropezarse con su superficie. La mano le dolía. Su mamá le tenía tomado con tal fuerza que sus pequeños dedos níveos se enrojecieron.

Era su primer día de clase. La mañana se había aureolado de colores primaverales para dar la bienvenida a los pequeños de esa ciudad de la Baviera oriental. Su madre no dejaba de hablar. Su verbo prorrumplía indicaciones acerca de cómo debía ser su comportamiento en la escuela. Las premisas iban desde su proceder en el aula de clase, sus relaciones con sus compañeros, el respeto y sumisión hacia los maestros, su aseo e higiene durante los recreos, la comida que le preparó, su agradecimiento a Dios por ese momento, sus oraciones al iniciar las clases y toda una andanada de recomendaciones que nadie, en su sano juicio, hubiese podido memorizar; menos él, un chiquillo de ocho años. Heinrich veía a su madre de vez en cuando y asentía, tranquilizando a la mujer que parecía estar más nerviosa que su pequeña criatura.

Al llegar a la ribera del río Isar y encontrarse con una arboleda, dieron vuelta en una esquina y Himmler, atónito, vio como una máquina que hacía un ruido espantoso se deslizaba por la calle. Nunca había visto algo parecido. Tal fue la impresión que le produjo la novedad mecánica que no vio un adoquín levantado que sobresalía del piso y tropezó. Se fue de bruces y se golpeó contra el suelo.

—¿Hijo, qué te ha pasado? ¿Te has hecho daño? —inquirió su nerviosa madre.

Heinrich no respondió. Su mamá lo levantó de un jalón y lo puso de pie. Acomodó su traje gris, acicaló su corbatín gris y limpió sus manos y sus rodillas con un pañuelo blanco. Impresionado por el extraño artefacto, quiso preguntar a

su madre qué era esa cosa tan escalofriante que rodaba por el medio de la calle. Lo hizo de la única manera que sabía, señalando con la mano y el dedo hacia lo que quería preguntar. Heinrich era demasiado tímido para hablar en la calle. Su mamá, una alemana de tez brñida, cabellos negros y agradable rostro, vio su gesto y respondió:

—Eso es un auto, Heinrich... Dicen que sustituirán a los caballos y los carruajes. Yo no creo. Jamás me montaré en una máquina de esas que seguro fueron traídas por el mismísimo demonio. ¡Tú nunca te montarás en una máquina de esas, hijo! ¡Prométemelo! ¡Prométemelo!

El pequeño Himmler asintió, moviendo su cabeza a la par de sus cabellos castaños y lacios. La mujer se santiguó en tres ocasiones y obligó que él lo hiciera igual número de veces. Su madre terminó de acicalarlo. Traspasando sus ojos, con su mirada granítica, le dijo:

—Hijo, ahora que vas a ir a clase, debes ser más comunicativo, debes tratar de hablar más. Si no hablas, jamás sabrán tus pensamientos.

Esa frase la recordaría Himmler todos los días de su vida, si no hablo jamás sabrán qué pienso. Miró a su mamá, a través de sus ojos impávidos, y asintió con tibieza. La mujer se levantó y lo tomó de la mano de nuevo. Continuaron su marcha, pero esta vez con más lentitud. Eso le permitió sentir como el viento templado de la primavera lamía su rostro y aderezaba su ánimo. Su mirada acuciosa reptaba por las aguas marrones y caudalosas del río. En su superficie, se podían distinguir algunas embarcaciones, atiborradas de hortalizas y vegetales, que calaban en su ribera.

La arboleda que discurría por la orilla del río permeaba los rayos del sol gigante que se asomaba por el horizonte y calentaba la vida de los pobladores. Ambos siguieron marchando. Su madre, profiriendo oraciones y hablándole a Heinrich de Dios, y él, escuchando sus letanías y observando el paisaje citadino. Y así, entre las palabrerías de su madre devota y su oído distraído, llegaron a su destino.

La escuela lucía atestada de personas. Entre las alamedas que encuadraban el lugar, muchos de los niños marchaban con sus rostros acicalados y alegres; otros más tímidos, se escondían tras las faldas de sus madres para evitar lo inevitable: su ingreso a clase. Algunos pequeños, más extrovertidos y sociables, dejaron atrás a sus padres y ya conversaban entre ellos. Un ruido murmurante revotaba entre las paredes de la edificación y se colaba entre el viento y los rostros de quienes fueron a despedir a sus críos.

La señora Himmler, con su hijo aún tomado de su mano, pasó entre el gentío y se dirigió hasta las escaleras que bordeaban la entrada a las aulas. Un hombre con el rostro agestado, vestido con un traje azul plomo y unas gafas redondas en

su ovalado rostro se presentaba como el personaje principal de una obra de teatro. Su bigote y barba lacia, en forma de diamante, le imprimían un aire intelectual. Su porte era enhiesto y su mirada altiva le tremolaba una apostura sin parangón. En su mano derecha, una pipa humeante, emanaba virutas serpenteantes que se elevaban sobre su rostro atildado e ígneo. Su presencia arrogante dejaba entrever que era el director de la escuela. El pequeño Heinrich tragó dos veces saliva, al verlo. Su lengua se secó al instante. La señora miró desde su pequeña estatura al hombre que sentenció:

—¡Llegaron tarde!

La madre, sin aspavientos, refutó:

—Nuestro hijo se cayó en el camino. Se sorprendió al ver un automóvil, esas máquinas del infierno que quieren destruir nuestras vidas.

Sus ojos se inyectaron de sangre y, blandiendo la pipa en su boca sin labios, espetó:

—¡Anna María, aquí en la escuela, él no es mi hijo, es un alumno más! ¡Recuérdalo!

La mujer bajó la cara y vio al pequeño Heinrich que, con la mirada impávida, los observaba. Su padre volvió a aspirar una bocanada de humo.

—Gebhard, no puedes ser tan severo. Él te necesita. Ya cumplió ocho años y apenas habla. Vive callado, sin pronunciar palabra. Él requiere de tu atención, tú eres su padre.

Aspirando otra bocanada de tabaco, y desechando el humo por la boca y sus fosas nasales, expresó:

—Anna María, he tenido suerte de conseguir este trabajo como director de esta escuela y si pretendo ser un hombre justo con todos, no puedo permitirme debilidades con nadie y eso incluye a nuestro hijo.

—¿Cómo puedes decir eso? Él es tu hijo y necesita de nuestra ayuda.

—No puedo ni debo ni quiero, Anna. Aquí soy el director, en la casa soy su padre.

—Pero es que ni en la casa te ocupas de él.

—Nadie me guió de pequeño, todo lo aprendí y lo hice sólo. Hoy le agradezco a mi padre su severidad —dijo con aire de triunfador.

Ella soltó a Heinrich y se acercó a su esposo que, instintivamente, retrocedió para mantener la distancia que requería su cargo de director. Se sentía como Zeus en el Olimpo.

—Gebhard, estoy preocupada. Nuestro hijo apenas habla. Todo el día está callado.

Mordiéndola la pipa con sus dientes amarillos, el señor Himmler expresó:

No debes preocuparte Anna, estoy seguro que él será un gran hombre. Los

niños que guardan un gran silencio están destinados para grandes cosas... Quizá sea como Télefo...

Esa última frase se apoderó de la atención del pequeño Heinrich que escuchaba la conversación de sus padres y los miraba con agudeza. A su alrededor, las madres y padres se despedían de sus hijos que, con las caras apocadas y compungidas, se regaban al interior de la escuela como becerros destetados, entrando en los corrales. Adentro, los maestros y profesores los organizaban en filas dispersas.

—¿Quién es Télefo? —preguntó la madre con el rostro parco. El pequeño se abstraía en su padre.

Masticando la pipa entre sus dientes, el hombre le dijo, con aspereza:

—Télefo es un personaje mitológico, hijo de Hércules, que fue abandonado por su madre en el bosque y fue amamantado por una cierva. Fue llevado por unos ganaderos ante el rey Córigo quien se encariñó con él. Télefo era muy inteligente y perspicaz, pero era tomado por un tonto por los demás. Esa era su mejor arma. Un día, al alcanzar la mayoría de edad, fue hasta el Oráculo de Delfos quien le indicó su verdadero origen. Entonces, el joven Télefo hizo una promesa de silencio de no volver a hablar hasta vengarse, encontrar su madre y convertirse en Rey de Misia. El voto de silencio de Télefo lo llevó a cumplir sus promesas. Aquel joven, que era visto como un idiota, los dominó a todos. Nuestro hijo podrá ser como él.

Las palabras de Gebhard cayeron como plomo caliente en los oídos católicos de Anna María que se santiguó en cinco ocasiones. No entendía un rábano de aquellas palabras rebuscadas y del lenguaje ampuloso de su esposo. Ella solo creía en la fe de su religión y el fanatismo que se desprendía de esta.

—¿Tú crees acaso que lo que dice la mitología se cumple en realidad? Te he dicho una y mil veces que deseo que nuestro hijo sea criado en un ambiente católico pleno. Solo así se formará un verdadero hijo de Dios. No me gustan para nada esas idioteces de la mitología.

—No son idioteces Anna María. La mitología está presente en nuestras vidas. La cultura occidental está influenciada por ella. No creer en los mitos es como no creer en Dios.

—Por Dios Gebhard ¿Cómo puedes decir eso?

—La mitología abre los corazones y llena de fantasías las almas de las personas. Sus virtudes trazan arriates que seguir, sueños que alcanzar.

—Gebhard, no quiero que llenes la cabeza de nuestro pequeño de esas cosas. Te lo pido por favor.

El padre apartó la mirada de su esposa enfurecida y miró a su alrededor. Empero, aquel relato fue el deleite del pequeño Himmler que dejó escapar una

sonrisa entre sus labios casi finos.

—¡Ya es hora, despídete de tu hijo, debe ir a clase! —sentenció el hombre con un vozarrón.

La mujer sintió como un nudo se ató a su garganta y sus manos temblaban, se arrodilló y besó con fuerza la cabeza de su pequeño. Le hizo la cruz con sus dedos en su boca, su frente y su corazón. Heinrich la miraba, impertérrito, detrás de sus gafas redondas. Anna le dijo con voz casi inaudible:

—Hijo, hoy debes ser un buen niño, aprende todo lo bueno y llena tu corazón de amor. Dios siempre estará a tu lado.

Lo volvió a besar y se puso de pie ante la mirada insípida del pequeño. Dos hilos de lágrimas bajaron por el rostro de Anna María Himmler.

—Mujer, ni que se fuera a ir al otro lado del mar, dentro de seis horas estará de vuelta.

El padre tomó al chico por el hombro. El pequeño miró su apostura intachable. Heinrich amaba ese rostro altivo e inalcanzable de su padre. El hombre lo llamó por su nombre y le dijo:

—Heinrich, recuerda siempre que eres el dueño de tu destino. Lo que tú decidas ser, lo serás. Haz que el mundo siempre esté a tus pies.

El pequeño sintió la palmada de su padre en el hombro. Era el acercamiento más íntimo con su progenitor en su corta vida. Su padre jamás lo tomaba en cuenta ni le hablaba.

Sus palabras insuflaron su ánimo. Comenzó a caminar en dirección hacia el interior de la escuela. Después de dar unos cinco pasos, volteó y vio el rostro apesadumbrado y compungido de la madre que le lanzó un beso con sus manos y labios. Luego centró sus ojos en la mirada férrea y la cara adusta de su Padre. Dio la vuelta. Antes de dar el primer paso, un pensamiento borboteó en su cabecilla redonda. La frase «El mundo estará a mis pies» aleteó desde su mente, quebró el celofán de su alma y se clavó en lo más profundo de su corazón. Ese día, en ese momento, Himmler decidió dejar su impronta indeleble en la historia.

Las remembranzas de aquella mañana se evaporaban del piso de su memoria y recubrían las paredes de su ambición cada vez que daba un paso para poner el mundo a sus pies. Y hoy, otro gran salto lo acercaba a su objetivo. El *Reichsführer-SS* tomó una pluma fuente y escribió en su diario:

“He ordenado al SS-ObergruppenFührer Reinhard Heydrich cumplir la misión más importante de las SS. Le entregué todos los datos recopilados. Es mi mejor hombre y estoy convencido que conseguirá lo solicitado. El proyecto T va por el camino correcto. Seremos invencibles”

Afuera, en el firmamento berlinés, el sol comenzaba a dibujarse como una mancha brillante en el cielo de ceniza. Himmler se levantó de su asiento y se

dirigió hasta una esfera gigante que tenía en uno de los rincones de su despacho. La tomó con ambas manos y la hizo girar con lentitud. Con sus dedos caminaba sobre la geografía terrestre. Se sentía omnipotente, invencible, como un dios contemplando al planeta desde el infinito. Llegó a su adorada Alemania. Sus pensamientos aleteaban la grandeza del Tercer *Reich*. Se sintió exultante. Ninguna fuerza en el Tierra se oponía a la voluntad del *Führer*. Y él lo había ayudado a forjar ese imperio. Si Heydrich cumple con su cometido, no habrá potencia en el universo que pueda con los arios, la raza perfecta. Venceré a quien nadie ha vencido, al que nunca ha sido derrotado... al mismísimo Dios. Los ojos de Himmler se llenaron de lágrimas.

Estuvo inmerso en la gloria de su futuro imaginario por casi quince minutos. Se secó el rostro con su pañuelo y recobró su compostura. Aspiró aire con fuerza y salió raudo de su ensimismamiento.

Escuchó como a sus espaldas se abrió la puerta de su despacho. La única persona autorizada para entrar sin anunciarse era Hedwig Potthast, su más fiel empleada y también, su amante. La miró y vio su abdomen abultado. Ella llevaba en su vientre el fruto de su amor prohibido. La mujer, a sus espaldas, no se movió. Ella percibió que su amante permanecía abstraído en esos, cada vez más frecuentes, momentos apoteósicos imaginarios del cual, era tan fanático. No era la primera vez que lo veía soñar despierto o llorar entre las lagunas frías de su imaginación retorcida. A Heinrich no le gustaba expresar sus sentimientos. Su deber patriótico de manejar la seguridad del Tercer *Reich* hacía improbable que pudiera expresar sus miedos, sus amores, sus anhelos. Empero, detrás de ese manto de invulnerabilidad y templanza, se escondía alguien timorato, inseguro, débil y falto de amor desde su infancia. Y allí, ella triunfó. Conquistó el corazón del hombre que, según los alemanes, no tenía corazón. Para los germanos, él era un monstruo sin alma, para ella era su pequeño Heinrich.

—¿Todo bien?

—Sí —dijo sin voltear. Himmler esperó que sus ojos acuosos tuvieran la temperatura gélida de su maquiavelismo. Entonces volteó.

La miró acuciante. Parecía un animalito indefenso, una perdiz perdida en el medio del bosque. Con ella se sentía feliz, a gusto en el mundo. Miró su reloj y eran las tres de la tarde. Desde hacía dos años, esa hora era sagrada. En la agenda que manejaba la oficina de la ayudantía, decía —salvo claras excepciones —que el jefe de las SS se reunía con la secretaria para tratar “asuntos de Estado”. Esas largas tertulias derivaron en el vientre abultado de ella.

—Debes descansar, Heinrich. ¿Te preparo un té?

—No, gracias, Hedwig, prefiero reposar un momento.

Himmler fue hasta el sillón negro situado en un rincón y se sentó. Se quitó los zapatos, desabotonó su uniforme, se aflojó la corbata y se recostó. La secretaria, como una odalisca seductora, fue hasta detrás del mueble y, colocando ambas manos en las sienes de Himmler, lo masajeó con delicadeza. Por diez minutos, las manos expertas de Hedwig relajaron al *Reichsführer-SS* que permanecía con los ojos cerrados. Luego, acarició su rostro y el cuello con la yema de sus dedos y sus uñas. Himmler sentía la calidez y la suavidad de su piel. Enseguida tuvo una erección que se hizo visible.

Abrió los ojos, tomó las manos de su amante y quitó su falda y su ropa interior. La mujer se montó a horcajadas, encima de las caderas desnudas de su Heinrich y comenzó a cabalgar. Himmler intentó controlarse, pero no pudo. Tuvo una eyaculación precoz. Era un pésimo amante. Ambos se vistieron y sin decir palabra alguna, se dirigieron hasta el escritorio, como todas las tardes.

Himmler dictó instrucciones de trabajo a su secretaria como si nada hubiese pasado entre ellos minutos antes. Ella tomaba nota en su libreta y a pesar que quería saltar y abrazar a su amor, el deber y la cara adusta del Jefe de las SS se lo impedía. Los siguientes treinta minutos fueron utilizados por el *Reichsführer-SS* para precisar acciones de las SS. Cuando hubo finalizado, miró el reloj situado en una pared lateral de la oficina y se percató que aún le restaban diez minutos con ella.

—¿Cómo está la niña? —preguntó.

—Bien.

—¿Ha presentado más problemas de salud?

—No. Ha mejorado mucho desde que está la nueva enfermera.

—Bien, debe continuar así.

Ella miró su vientre abultado y se le aguaron los ojos. Él lo notó.

—No debes afligirte, Hedwig, tú sabes que es por el bien del Tercer *Reich*.

—Lo sé —dijo entre sollozos.

—Entonces ¿Por qué lloras?

La mujer, con sus ojos húmedos, le dijo:

—Es que a veces pienso que te importa más esa niña que tu propio hijo que está por nacer.

—Tú sabes que no es así, los hijos que tengamos, cumplirán una misión especial.

—Tengo miedo, Heinrich, mucho miedo de que algo salga mal.

—Nada saldrá mal, ya he dado instrucciones precisas a Heydrich. Él nunca falla.

—Y mientras tanto qué haremos con la enfermera, se ha vuelto indispensable para la niña. Cuando estuvo alejada de ella por quince días volvió a recaer.

—Estará con ella mientras sea necesario.

—Y ¿después? No confío en ella.

—De eso me encargaré luego. Tranquilízate.

Él se puso de pie y besó su frente. La mujer lo miró con ojos aforados, quería decirle tantas cosas a su Heinrich, pero no pudo, su timidez no se lo permitía. Luego salió. Himmler se quedó pensativo.

Los pasmosos silencios del *Reichsführer-SS* eran como grandes témpanos en una noche sin luna en el mar del norte, sombríos y peligrosos. Sus pensamientos se centraban en el temor manifiesto de su amante. «A esa pequeña no puede pasarle nada», pensó. Debía dejar que la espigada enfermera continuara con la niña, al fin y al cabo, la salvó de una muerte segura. El hombre que no confiaba en nadie, debía confiar en Annika Rosenberg. Expelió un vahído de despreocupación y continuó con la labor de mantener el terror dentro del Tercer Reich.

A unos cuantos kilómetros del cuartel general de las SS, Annika paseaba a Beatrice Müller por los jardines de la casa de campo, tomadas de la mano. Se detuvieron frente a un banco y la niña señaló con su manita el columpio situado en el centro del jardín, balbuceó algunas palabras ininteligibles. Annika la subió con delicadeza y ella se agarró a ambas cadenas con fuerza. La mecía con suavidad, la niña reía a carcajadas. En cada ir y venir del balanceo, sus pensamientos hendían su memoria como los vaivenes del columpio.

Annika no sabía si fue la casualidad, el azar del destino, la fortuna de la providencia o su deseo irrefrenable de encontrar a Beatrice Müller, la causa de su encuentro. No importaba, jamás se apartaría de ella. La pantomima que sostenía resultaba cada vez más difícil de mantener, pero ella continuaría hasta el final.

La emoción que la embargó, aquel día de 1940, al ver a la pelirroja de cabellos ensortijados, casi le hace una mala jugada. Sus recuerdos revolotearon a aquella calurosa tarde.

Annika, después de ver a la pequeña, se calmó, arregló sus cabellos y se dirigió al salón donde la esperaban el mayor, la practicante de enfermería y la secretaria de Himmler. La flemática mujer dirigió su atención a la señorita Potthast. Annika sabía que, a pesar de que la meliflua Hedwig parecía un animalito tímido, ella era la que tenía el mando de la situación. Omitió la cara de pastor alemán de la enfermera y los ojos amolados del oficial de las SS.

—¿Qué opinión le merece la niña? —preguntó la secretaria de Himmler.

—Es muy hermosa, pero tiene síntomas claros de desnutrición y debilidad —
Respondió Annika.

—Claro, la pequeña no quiere probar bocado, lo único que come es nueces y leche —espetó la enfermera. Sus palabras parecían más un bramido que frases inteligibles.

—Pienso que la niña ha perdido las ganas de vivir —dijo la espigada enfermera.

—¿Usted cree que pueda hacer algo? —expresó el mayor.

Annika con toda la emoción puesta en sus cuerdas vocales, dijo:

—¡Le aseguro que se recuperará! ¡Pongo mi vida de garantía!

El mayor, la secretaria y la enfermera quedaron en una cápsula de silencio, sorprendidos por el ampuloso sentido del deber nazi de esa mujer. Rosenberg preguntó:

—¿Dónde está la madre de la niña?

—Murió —dijo a secas la enfermera que, parecía que de un momento a otro, jalaba por las orejas a Annika y la sacaba de la casa.

Ella, omitiendo la cara de miura en celo de la membruda alemana, le dijo a la secretaria de Himmler.

—Tengo órdenes de *Reichsführer-SS* de aplicar todos mis conocimientos para que Beatrice se sobreponga de esta situación anímica. Si se cumplen las condiciones mínimas que yo daré, la niña se recuperará en un tiempo perentorio de un mes o dos meses.

—Y ¿Qué necesita, señorita Rosenberg? —preguntó Potthast.

Tajante y sin dejar espacio a la duda, Annika dijo:

—Debo estar cerca de ella en ese lapso de tiempo. Debo acompañarla en todos sus quehaceres, sus comidas, sus baños, sus noches.

—Y ¿Qué pretende? ¿Acaso piensa ser su madre? —dijo la enfermera nazi con un tono de voz más tosco.

—Eso es, precisamente, lo que la niña necesita, una madre. Si no la tiene, debe haber una a su lado y yo tengo instrucciones precisas de *Reichsführer-SS* de aplicar mi programa con ella.

—Eso no será posible, las órdenes que yo tenía eran que usted daría especificaciones claras de cómo aplicar su programa, no que usted lo aplicaría —Expresó la enfermera que de haber tenido en ese momento un grado militar la hubiese mandado al paredón a la atrevida rubia.

—Sí, lo sé, pero es que esta niña tiene condiciones especiales. Es mayor de dos años, su estado de salud es delicado y está aislada. Con todo respeto, pero creo que la chiquilla está muriendo de soledad.

La enfermera tomó aire de nuevo para tarazar con su verbo a la espigada alemana. La oronda mujer se creía Hitler, solo le faltaba el bigote recortado. Pero sus ínfulas fueron detenidas en seco por la señorita Hedwig que, levantando su mano derecha con sutileza, domó a la bestia que mugía a su lado.

—Lo que usted diga, señorita Rosenberg. Las instrucciones del *Reichsführer-SS* es hacer todo lo necesario para salvarle la vida a la pequeña Beatrice. Todo lo que usted disponga será cumplido por el personal de la villa. Por favor mayor, encárguese de todos los aspectos logísticos para la comodidad y hospitalidad de nuestra invitada. Yo le informaré al *Reichsführer-SS* de todo. Mañana en la noche estaré aquí. Señorita Rosenberg, ¿Cuándo desea comenzar?

—De inmediato. Si es posible quiero estar con la niña cuando despierte.

—Mayor, acompañe a la señorita Rosenberg a la habitación.

Annika marchó rauda al paso del oficial de las SS hacia los aposentos de Beatrice. No pudo evitar escuchar lo dicho por la enfermera, mientras se retiraba. «Más le vale que la cure». Presentía que la vieja enfermera sería su mayor escollo en su estada en el lugar. En el camino, el oficial le dijo:

—Hay normas que usted debe cumplir aquí... son cinco... La primera es que está prohibido salir de las instalaciones sin autorización... la segunda, usted hará uso de permiso, un fin de semana, cada quince días... la tercera, están prohibidas las relaciones afectivas entre el personal... la cuarta, no se pueden escribir cartas dentro del recinto y la última, bajo ningún concepto, se podrá informar acerca de las actividades que se realizan aquí... ¿Comprendió?

Annika asintió. La mujer entró a la habitación de la chiquilla, se quitó el bléiser y arrimó una silla hasta la cuna. Allí permaneció en silencio, esperando que despertara. Sus ojos recorrieron cada centímetro del rostro redondo de la pequeña, de su piel cristalina y sus cabellos rojizos. Se enamoró de Beatrice al instante. La niña despertó y Annika sintió que su misión en la vida estaba atada a esa cara redondita y esos ojos azules como zafiros. Beatrice sonrió, dejando traslucir que agradecía su presencia.

Un año había transcurrido desde aquel instante y la espigada enfermera no olvidaba los detalles de aquel encuentro. La pequeña Beatrice se balanceaba en el columpio entre sus risas apretujadas. Los huecos en sus cachetes le daban un aire de ternura. De vez en cuando, se volteaba y clavaba sus ojos en los de Annika que no dejaba de pensar en todo lo vivido en ese tiempo.

La delgada alemana se mudó para la casa y pidió que le asignaran el cuarto contiguo al de la chiquilla. Himmler, ordenó que se nombrara de manera provisional a otra directora de la escuela de enfermería para que la señorita Rosenberg se dedicara con exclusividad al cuidado de la chiquilla. No obstante, aun con todos estos puntos a favor, la recuperación de su estado de salud no fue

tan rápido como Annika esperaba. La niña había pasado por muchos traumas que mellaron su estado de ánimo.

Dio la orden de adornar el cuarto de Beatrice con colores pasteles y motivos tiernos. La vieja enfermera se negó y pegó el grito al cielo, pero al final la señorita Hedwig aceptó. Imágenes infantiles y dóciles de animales y paisajes se pintaron en las paredes. La única novedad era que las figuras masculinas de todas esos dibujos eran el rostro de Hitler. Se abrieron las ventanas, se permitió que entrara aire fresco y luz, mucha luz solar.

Annika no se despegaba de la chiquilla, la cargaba, le hablaba, la acariciaba, a diario. Los ojos tristes de la niña dieron paso a unos más vivaces y ávidos de amor. Beatrice recuperó el apetito y ganó peso. Los dos médicos que tenía a su disposición y la enfermera jefe que no dejaba de seguir a Annika como un lobo acechante, quedaron boquiabiertos. Después de dos meses de cuidados y atenciones, la niña por primera vez en sus dos años de vida, lanzó una carcajada.

La señorita Potthast no dejaba de ir a la villa para verificar el estado de salud de Beatrice y pudo comprobar los avances en su recuperación. Le participó su complacencia y la del *Reichsführer-SS*. Durante este primer mes, Annika dedicó toda su energía de sacarla de ese estado catatónico donde permanecía sumergida, no tuvo tiempo ni disposición para preguntar por qué esa niña vivía allí y qué representaba para Heinrich Himmler. Fue después del tercer mes de su estancia en la villa que miró, con ojos más acuciosos, todos los detalles que rodeaban la vida de Beatrice Müller.

El lugar era un fortín, un pequeño cuartel de las SS. Estaba aislado entre un vergel de árboles y un denso bosque de coníferas. El personal de seguridad eran aviesos soldados que tenían decenas de batallas en su haber. Era imposible salir o entrar de la villa sin ser visto por las tropas. Todos los días, dos autos trasladaban el personal de apoyo logístico. Solo la enfermera membruda y Annika permanecían siempre allí.

Los días pasaban raudos, el dominio de Alemania parecía no tener límites, la ambición de Hitler era insaciable, el poder de las SS se multiplicaba y Annika tenía más preguntas que respuestas acerca del futuro de Beatrice.

Solo sabía tres aspectos: Hedwig Potthast, la insípida mujer de voz trémula e inaudible, era algo más que la secretaria de Himmler, era su amante. Su permanencia allí, dependía de la salud de la niña. Y por último, la animadversión y recelo que la vieja enfermera sentía hacia ella, se tornaba, cada día, insostenible.

La añosa asistente cuyo apellido —Schlieben— Annika no podía pronunciar bien, hacia todo lo posible para que cayera en desgracia. Pero Beatrice desarrolló una dependencia con su madre putativa que la mujer orangután no podía

deshacer. Los días de descanso de Annika, la niña perdía el apetito. La rubia se volvió indispensable para el bienestar de la chiquilla. Así pasó el primer año y su posición como nodriza de Beatrice se consolidó.

La pequeña —balaceándose en el columpio —volteó para tratar de ver a Annika y estuvo a punto de caer. La sujetó con firmeza y la bajó. La besó y la niña devolvió el mimo con una sonrisa. La llevó hasta el comedor donde le sirvieron la merienda y ella la devoró con mucho apetito. La entregó a la enfermera gruñona para su baño.

Annika tenía dos horas de descanso. Como casi todas las tardes, salió de los límites de la casa para su acostumbrado paseo por el pequeño bosque de pino que rodeaba el lugar. Necesitaba despejar su mente agotada. La rutina y el encierro en la villa, la estresaba mucho.

Comenzó a caminar entre las coníferas y pudo observar como los rayos solares se dispersaban. El aire templado dejaba entrever una sutil niebla que arropaba el camino por donde se desplazaba, pensante. Ensimismada, dio algunos pasos mientras sus ojos se perdían en la agrisada tarde. Había logrado dar con la niña, pero era como si no la hubiese encontrado. En vez de haberla liberado, ella entró en la cárcel de hierro y acero donde permanecía inserta. En su tiempo en la villa “Paraíso” —nombre del lugar —Annika fantaseaba mil planes para huir con la chiquilla. Todos ellos eran ingeniosos y con una pizca de imaginación, esa que caracterizaba a la joven enfermera. Sin embargo, todas estas intenciones utópicas de salir corriendo con la pequeña en sus brazos, se estrellaban en la dura pared de su realidad.

La mujer recordó que se encontraba en una Alemania donde nadie podía huir sin ser visto, nadie podía esconderse sin que lo delataran y nadie podía escapar sin que las garras del nacionalsocialismo lo estrujaran. Su única opción era permanecer al lado de la niña para intentar protegerla, mientras pudiera. ¿Protegerlas de las SS? Parecía un eufemismo, pero no veía otra forma decirlo.

El camino se abría entre los pinos gigantes que parecían tocar el cielo, un manto oscuro se permeó con los últimos haces de luz para dejar una penumbra clara que anunciaba que pronto la noche dejaría caer su velo. Annika decidió volver sobre sus propios pasos. Al caminar hacia la casa donde la esperaba Beatrice, veía como los árboles y sus hojas se tornaban como un laberinto inextricable que se asemejaba al que tenía frente a sí. No hallaba la forma de escapar de las garras de las SS con Beatrice en sus manos y salir airosa en el intento. Caminaba lerda y el intenso silencio continuó adensándose. De pronto, escuchó el crujido de unas hojas aplastadas detrás de ella.

Volteó y vio cómo una sombra se abalanzaba contra su cuerpo. Pensó que era un oso. Cayó de espaldas en la hojarasca y sintió como el cuerpo de su atacante la

presionaba contra el suelo frío. Bramaba y su respiración tosca y tibia indicaba el esfuerzo que hacía por dominarla. Pudo distinguir, entre la penumbra oscura, que su atacante no era un animal sino una persona. Ella intentó zafarse de sus fuertes brazos pero su esfuerzo fue en vano. El atacante tomó sus manos y las colocó encima de su cabeza. La sujetó con fuerza y Annika no podía moverse. Observó cómo su atacante introducía su mano libre en uno de los bolsillos de su chaqueta. El brillo plateado de un objeto filoso destelló en las pupilas abiertas de la enfermera que supo que iban a asesinarla. Su respiración se contuvo. Una voz femenina emergió de la sombra.

—¡La mensajera no debe vivir!

Concentró todas las fuerzas de su vida en su rodilla y golpeó dos veces la ingle de la agresora que soltó un quejido y cayó a un lado de espaldas. Esos dos segundos bastaron para que Annika se arrastrara en el piso a gatas y luego se impulsase a correr hacia la casa. Corría desorientada. Jadeaba por el cansancio y el temor que expelían sus poros. Pocos metros más tarde, tropezó con una rama de un árbol y cayó de bruces sobre la alfombra de hojas. Su instinto la impulsó a voltearse y vio cómo su atacante se abalanzaba sobre ella, de nuevo. Luchó con sus manos y sus pies, se defendió como una fiera atrapada en una red. La atacante, que ya tenía la daga en su mano izquierda, la alzó por encima de su cabeza y apoyándola en ambas manos, ya dispuesta a introducirla en el pecho de Annika, dijo:

—¡La mensajera debe morir!!El mal no puede surgir!

Dos detonaciones estallaron en alguna parte del lóbrego bosque. El pecho de la perpetradora se sacudió al sonido de las explosiones y Annika sintió como un líquido viscoso y tibio le roció la cara. Sus manos, ya sin vida, soltaron el arma que cayó a un lado. La gravedad impulsó el tronco de la mujer hacia adelante y cayó de bruces sobre Annika que escuchó como su último hálito de vida expiró por sus labios fruncidos.

La enfermera sintió como la sangre tibia que emanaba del pecho de la atacante le bañaba el torso. Intentó quitársela pero no pudo, pesaba demasiado. Escuchó, a lo lejos, unos gritos de los soldados y sus pasos estridentes. Los SS se acercaron hasta ella y quitaron el cadáver que la cubría. Annika, temblando y aún acostada, llevó sus manos abiertas delante su rostro y le faltaba el aire. Uno de los soldados de las SS, la ayudó a levantarse. Se puso de pie con dificultad.

Los gritos de las tropas de asalto rompieron el silencio, mientras que ella volvía del agreste camino del shock donde estuvo imbuida. Ya un poco más calmada, les dijo a los soldados —que no dejaban de preguntarle por su estado— que se encontraba bien. Empezó a tocarse, intentando buscar alguna herida. Estaba ilesa. Vio su uniforme níveo de enfermera manchado por el color bermejo

de la sangre. Escuchó cuando uno de los efectivos le dijo que buscaría al doctor y salió corriendo en dirección a las lejanas luces de la casa que se divisaban entre la niebla y la oscuridad. El otro soldado se alejó y rastreaba con la linterna el interior del bosque, en búsqueda de alguna amenaza agazapada.

Annika miró a su atacante. Se arrodilló y vio su pecho destrozado. Era una mujer joven, de cabello negro recogido y vestida con una gabardina negra. Jamás la había visto en su vida. Recordó las palabras dichas por ella —¡la mensajera debe morir! —Sintió que su vida corría peligro.

Revisó sus bolsillos, buscando respuestas. Encontró un sobre en el bolsillo interno de la solapa. Lo tomó y lo guardó. Al momento, llegó al lugar un teniente de las SS con dos guardias más y el médico. Preguntaron por su estado de salud y ella asintió. El oficial revisó el cadáver y abrió su gabardina, pero no encontró nada. Uno de los guardias la cubrió con una manta y la llevó hasta dentro del recinto.

Annika entró a la casa. Todo el personal que laboraba atiborró el salón. Sus rostros se sorprendieron al verla con sus ropas ensangrentadas, todos menos una. La cara de la vieja enfermera permanecía impávida.

Fue llevada hasta la enfermería donde el doctor la revisaba. Enseguida llegó el teniente de las SS que le preguntó por lo sucedido. Annika relató con voz calma los detalles. Sin embargo, omitió lo pronunciado por la mujer y el sobre que encontró. Vio el reflejo de las luces de unos vehículos que se acercaban a la villa. Un piquete de tropas de asalto llegó en dos convoyes y se desplegaron por todos los alrededores de la casa. Dos patrullas motorizadas rastrollaron el bosque en búsqueda de algún sospechoso. La casa hervía de actividad.

La guardia fue triplicada y las luces externas y los reflectores, que permanecían siempre apagados, se encendieron como grandes fogatas. Annika, preocupada por la niña, quiso verla, pero la férrea oposición de la señorita Schlieben fue inquebrantable.

—Debe esperar hasta mañana para poder estar con Beatrice —espetó.

Annika sentía miedo. Aconsejada por el doctor, fue hasta la cocina para comer. Mientras cenaba una sopa caliente, escuchó una barahúnda afuera. Pensó que era otra comisión de las SS. Supo de su equivocación cuando vio entrar por la puerta de la cocina al mismísimo Himmler. Ella, aun con un sorbo de sopa en su boca, y la cuchara en su mano derecha, se puso de pie e iba a realizar el saludo nazi, pero la mano enguantada del *Reichsführer-SS* le indicó que se sentara. Las dos cocineras salieron despavoridas y un oficial que permanecía en el pasillo, cerró la puerta. Annika quedó a solas con el impávido Himmler.

El jefe de las SS se quitó con sutileza la gabardina de cuero negro que portaba y la gorra, luego se despojó de los guantes. Los colocó en una silla

contigua. Quedó de frente a Annika, que aún tenía la sopa fría en su paladar. Tomó una silla y se sentó a escasos centímetros de ella. La enfermera se tragó la sopa y esperó que el *Reichsführer-SS* hablara.

—Me contaron del triste evento que acaba de suceder, señorita Rosenberg. Mis excusas en nombre de las *Schutzstaffel*. ¿Se encuentra bien?

—Gracias. Sí, señor, algunos rasguños, nada más.

—Esto no puede volver a pasar. Usted es muy importante para el bienestar de la niña Müller. No debe arriesgarse de este modo. Ya di instrucciones para que, a partir de mañana, usted tenga dos escoltas cuando se desplace fuera de las instalaciones.

Annika tomó aire para indicarle a Himmler que no se molestara. No quería sentirse invadida en su privacidad, sin embargo recordó que con el arribo de los nazis al poder esa palabra fue borrada del diccionario. Expiró un hálito y asintió con la cabeza.

—¿Usted tiene algún enemigo personal o conoce de alguien que quiera hacerle daño? —inquirió.

—No, nadie, *Reichsführer-SS*

—No hemos podido identificar a la agresora. Sus rasgos físicos parecen de una extranjera. Mañana debemos haber determinado quién era en realidad.

—Gracias por su diligencia y por su preocupación, señor.

—Quisiera preguntarle algo, pero necesito que sea lo más sincera posible.

Himmler espero unos segundos, dos o tres, mientras miraba los ojos de Annika, para lanzarle la pregunta. Su interlocutora, ávida y, tratando de no mostrar nerviosismo, esperó la interrogante. Era una vieja técnica nazi de interrogatorio.

—Uno de los guardias dijo que escuchó una frase de la mujer mientras la atacaba ¿Es cierto?

Annika comprendió la frase que le dijo su madre cuando era más joven «los nazis tienen ojos y oídos en todas partes». Tragó saliva y dijo con voz trémula:

—Sí, señor.

—¿Qué dijo?

—La mensajera debe morir. El mal no puede surgir.

Himmler acomodó sus gafas redondas.

—¿Por qué omitió decirle eso al teniente de las SS en su declaración?

Annika sentía que Himmler tejía una red que la cubría lentamente y debía salir con agilidad si no quería despertar sospechas.

—Lo olvidé señor, el shock del ataque y verme bañada en sangre no me permitieron recordar ese detalle.

Himmler asintió. Sus ojos de témpano batanearon las pupilas de Annika.

—Si recuerda alguna otra cosa, por favor me lo hace saber a la brevedad con la señorita Potthast, ella vendrá mañana como siempre. Ahora descanse. Debe hacerlo.

—Sí, señor.

El *Reichsführer-SS* se puso de pie e inclinando su tronco hacia adelante con levedad, se retiró. Annika pudo respirar con normalidad después que escuchó el auto arrancar. Cada vez que hablaba con Himmler sentía que un hueco se abría en su pecho y una vorágine de miedo le perforaba el alma. Sus piernas comenzaron a temblar sin control.

Annika se paró con dificultad y fue hasta su cuarto donde se quitó la vestimenta y se dio un baño. Observó su cuerpo y tenía unas magulladuras en sus rodillas y dos raspones en sus codos. Le ardía la piel de la espalda. Salió de la ducha con la toalla alrededor de su torso y volvió a su habitación donde vio la ropa manchada de sangre tirada en el piso. Entonces, recordó el sobre. Se arrodilló, lo extrajo de la falda y se sentó en la cama. Lo abrió y extrajo de su interior una foto postal de la catedral de Santa Eduvigis. Sus cejas se enarcaron cuando leyó por la parte trasera:

“El objetivo es de contextura delgada, cabellos rubios, ojos turquesa, nariz afilada y senos medianos. Normalmente va vestida de enfermera. Casi todos los días a las cinco de la tarde da un paseo por los alrededores de la casa de villa Paraíso. Cumple con tu deber”

El Comendador.

Las manos de Annika temblaban sin control. Leyó la postal de nuevo y farfulló «¿Santa Eduvigis?», la misma iglesia donde presenció, años atrás, aquella ceremonia pagana que no tenía explicación. Decidió hacer una visita a la catedral. «Mañana es mi día libre», pensó. Se recostó en la cama, con la toalla húmeda cubriendo su cuerpo. Esa noche no pudo dormir.

19

El auto se estacionó a escasos metros de la escena del crimen frente al hotel Titanic. Las luces rojas y azules de las patrullas titilaban y esparcían sus haces en todas las direcciones. El inspector Speer irruyó en el lugar, blandiendo su radio en una mano y la linterna en la otra, como un gladiador que entra con sus armas a la arena del Coliseo. El efectivo a cargo, que había arribado diez minutos antes, se acercó raudo a su jefe.

—¿Qué ha pasado? —inquirió con un baladro, Rudolph.

—Inspector, lo único que sabemos es que un hombre atacó y degolló a un sacerdote con un arma cortante y filosa. Por el corte, profundidad y la rapidez del asesinato parece que fue con un escalpelo. El cadáver tiene los mismos cortes de los cuatro policías muertos.

—¿Un sacerdote? Hay que ser un desalmado para matar a uno.

El inspector se acercó con lentitud hasta donde se encontraba el cadáver que cubría una sábana gris. Se colocó en cuclillas y apartó la cubierta, encendió la linterna y alumbró. Vio como el cuerpo degollado permanecía inerte sobre un charco de sangre coagulada. Vestido de negro clerical, tenía sobre su pecho las manos engarrotadas. Los ojos entreabiertos permitían ver las cortinas de unos ojos vidriosos. Las huellas de unas manos ensangrentadas tatuaron su piel lívida. El alzacuello fue retirado. Su garganta fue destrozada, con un corte preciso y frío. Speer supo que era el trabajo de un profesional.

—¿Cómo se llamaba?

—Mario. Mario Latorraca. Era venezolano, pero laboraba en Roma. Acababa de llegar en un vuelo desde allá. Tenía menos de dos horas en Berlín. Vino a morir hasta acá.

—No vino a morir, vino a que lo mataran —prorrumpió Speer.

—Es verdad, señor.

—¿Hay una testigo?

—Sí. Está dentro del hotel, en el lobby. Está con dos agentes femeninas.

Rudolph se puso de pie y miró el interior del hotel, a través de las paredes transparentes. Las figuras de varios policías dentro de la instalación adensaban el lugar. Las luces rojas y azules intermitentes de las patrullas bamboleaban centellantes en sus vidrios.

—¿Cuál es el nombre de la mujer?

—Antonella Luccioni. Es italiana y viajaba con él.

—¿Antonella Luccioni?, dijo —expresó, aguzando los ojos.

—Sí, ¿La conoce?

—No, pero he escuchado ese nombre con anterioridad, recientemente.

Sacó su libreta de anotaciones y echó un vistazo. Por ninguna parte vio este nombre. La cerró y la guardó.

—Me suena, me suena. He leído o visto ese nombre, antes —farfulló, luego soltó la pregunta —¿A qué han venido a Berlín?

—Señor, la mujer no ha hablado. Está en shock.

—¿Ellos tenían alguna habitación reservada en el hotel?

—Sí, señor.

—¿Revisaron el sistema de cámaras del hotel y otros lugares?

—Sí, señor y hoy en la tarde hubo una falla en el sistema y las cámaras externas dejaron de funcionar.

—¿Casualmente? No creo, esto fue obra de un profesional.

—Es verdad señor, yo pensé lo mismo. Están solucionando el problema, en estos momentos.

—¿Quién es ese hombre? —expresó Rudolph, señalando hacia un viejo que, arrodillado, acariciaba y sobaba la cabeza de un perro.

—Señor, él es el dueño del perro que atacó al asesino.

—Y ¿vio algo?

—No, señor.

—No me jodas, ¿Acaso es ciego?

Una breve pausa antecedió a la frase:

—Sí, señor. Lo es.

Speer expelió un vahído animal. Movié la cabeza hacia los lados y dijo:

—Primero hablaré con él. ¿Cuál es su nombre?

—Peter von Krosigk.

—Levanten el cadáver. Los vivos aportan más que los muertos en este caso. Hay que disipar la niebla de terror que se está sembrando en Berlín. Hay mucha gente asomada en los apartamentos cercanos. Háganlo rápido.

El inspector caminó hasta el invidente. El hombre, con los ojos desorbitados, debía tener unos sesenta años. Andaba vestido con una camisa blanca y un pantalón negro raído. Sus zapatos eran unas gomas azules. El perro, un pastor alemán, tenía las orejas caídas en señal de mansedumbre. El ciego acariciaba el pelaje azabache del animal.

—Señor Peter, soy el inspector Speer de la policía de Berlín.

—Un placer, inspector —Expresó con una voz ronca y gruesa.

—Uno de los policías me comentó que su perro atacó al asesino.

—Sí, señor. Lo lamento mucho, me informaron que asesinaron a un hombre. ¡Qué lamentable pérdida para la sociedad! Volvo atacó al perpetrador del crimen.

—¿Volvo? ¿Cómo los autos suecos?

—Sí, señor. Nací invidente y desde que he tenido perros guías les he puesto nombres de marcas de autos. Mercedes, Ferrari, Ford y este último se llama Volvo debido a que me lo regaló una amiga sueca.

Speer estiró los labios. Le pareció muy buena la idea de llamar a los perros por marcas de autos. Jamás se le hubiese ocurrido. El perro miraba a Speer con ojos mansos y jadeaba. Un hilo de saliva salía de su hocico y se depositaba en el piso, en un pequeño charco viscoso.

—Su perro es muy manso. ¿Está dispuesto que mis agentes revisen su boca para ver si tiene algún trozo de piel del atacante?

—Sí por supuesto, pero Volvo no es manso. Si alguien saca un arma o un cuchillo, lo atacará sin piedad. Está entrenado para eso. Yo caminaba con él y al cruzar la esquina se me soltó con fuerza. Luego escuché unos gruñidos, unos gritos, el acelerar de un auto y luego... bueno luego supe que alguien fue asesinado.

—Es un perro muy valiente.

—Sí, lo es. Le salvó la vida a una mujer, según me dijeron.

El policía miró hacia los lados y luego inquirió:

—¿Hay algún otro dato de interés que nos pueda aportar para la investigación?

—No inspector, a no ser que...

—¿Qué cosa?

—La voz. La escuché mientras luchaba con el perro.

—¿Qué dijo?

—No lo sé, pero era en otro idioma que no era alemán. No lo reconocí.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Speer enarcó ambas cejas. Su boca se frunció.

—¡Muchas gracias! —espetó Speer.

—Espero haber sido de mucha ayuda.

—Lo fue, señor Peter. Uno de mis agentes revisará al animal.

Speer dio la vuelta y traspasó la puerta del hotel Titanic. Del lado derecho, dos policías femeninas, que permanecían sentadas, se pusieron de pie al verlo. Con una señal de sus manos les indicó a las agentes que se retiraran. De espaldas al inspector, una mujer de cabellera negra permanecía sentada sobre un gran sofá mostaza. El policía rodeó la hilera de asientos y se situó al frente de ella. Desde sus casi dos metros de estatura, solo podía ver los cabellos negros tapando su rostro como grandes cortinas. Sus manos empuñadas y con rastros de sangre reposaban sobre sus rodillas. Ella permaneció impertérrita a su llegada. Solo el

vaivén de su pecho marcado y turgente indicaba que estaba viva.

Speer recogió la tela de sus largos pantalones y se sentó en el sofá situado frente a ella. Apoyando su tronco sobre sus codos en sus muslos, dijo con voz parca:

—Señorita Luccioni. Mi nombre es Rudolph Speer, soy el jefe de la policía de Berlín... lamento mucho lo que ha sucedido.

La mujer pareció no escucharlo. Desde la distancia, las dos policías observaban el trato humano de Speer. Enternecieron sus miradas. Su jefe podía ser un maldito cascarrabias, podía tragarse a sus agentes y llevarlos al límite de sus capacidades y resistencia, pero tenía dos grandes virtudes que, quienes trabajaban con él, adoraban: era implacable con el criminal, y sutil y protector con el débil. El inspector pidió a una de las policías que se acercara.

—¡Tráigame dos cafés por favor!

La agente se dirigió hacia el restaurante del hotel. El inspector Speer la miraba, buscando un resquicio por donde entrar. Esperó a que llegasen las bebidas. Los colocó en la mesa que se intercedía entre ellos y vertió un sobre de azúcar en el suyo. Luego preguntó:

—¿Uno o dos sobres?

No hubo respuesta. El inspector volvió a hablar.

—Señorita. De verdad lamento mucho lo que pasó y le aseguré con mi vida que atraparé al asesino de su amigo, pero necesito, por favor, que me responda algunas preguntas para adelantar el caso.

La estatua femenina continuaba inerte. Speer murmuró:

—¡Qué torpe soy! El café no la relajará. Pediré un vaso de agua con azúcar para que le dé energía.

El policía hizo señas a la misma agente que se acercara y cuando pedía el vaso de agua, fue interrumpido por una voz meliflua:

—¡Sin azúcar, por favor! ¡Solo un vaso de agua!

Al instante, el inspector corrigió la orden a la agente. Miró como la mujer quitaba el velo de sus cabellos que cubrían su cara del mismo modo que se corre las cortinas de una ventana. Tenía la piel lívida y brillante como una porcelana, sus párpados hinchados encerraban unos ojos rubicundos. En el centro de estos, los dos iris aguamarinas destacaban como esmeraldas pálidas. Ella mojó sus labios con la punta de su lengua y posó su mirada lacerante en el rostro tosco de Speer. La belleza de la dama abrió una grieta en el habla del jefe de la policía de Berlín que se pasmó.

La agente llegó con el agua y se la ofreció a la sobreviviente que la tomó con sus manos delgadas y largas. Bebió un sorbo. Colocó el vaso encima de la mesa y volvió a ver al inspector que, regresando del laberinto donde la belleza madura

de la dama lo ató, expresó con una voz tenue y apagada:

—Señorita, como le dije, necesito hacerle unas preguntas.

La dama asintió con el traslucir de sus párpados.

—Señorita Antonella ¿Cuál es su relación con el occiso?

—Éramos amigos.

Ella frunció los labios. Speer hizo una pausa hasta que la dama se recuperó de nuevo.

—¿Cuál es el motivo de su visita a Berlín?

—No puedo decírselo...

—¿No puede? —preguntó un sorprendido inspector.

—No.

—¿Por qué?

—Es muy privado.

Con voz altisonante, el oficial espetó:

—Recuerde que soy la autoridad y estamos en una investigación criminal.

—Eso no tiene que recordármelo. Mi mejor amigo ha muerto —dijo, lanzando una mirada de desprecio al policía.

Antonella odiaba a los hombres de autoridad, le parecían presuntuosos y tunantes. Para ella no eran de confiar. Este oso alemán parecía de la misma estirpe. Rudolph percibió como sus ojos se aceraron. Intentando enmendar el capote, dijo:

—Si no quiere decírmelo en este momento, no importa.

La mujer frotó sus manos y suspiró. Luego, fijando sus zafiros aguamarinas, como dos dardos envenenados, soltó:

—No confío en usted.

Rudolph respondió de inmediato:

—¡Tendrá que hacerlo!

La imperativa frase no le gustó a Antonella, de nuevo, que se lo demostró, bajando la mirada. Speer supo que había metido la pata.

—Disculpe, no quise ofenderla ni obligarla, es mi maldito carácter que, a veces, me traiciona...Señorita necesito que se abra conmigo por su bien y el de todos los demás...

Ella lo miró de nuevo, pero esta vez con frialdad.

—¿Es su primera vez en Berlín? —inquirió.

—No... He estado en la ciudad en varias oportunidades —dijo con voz áspera.

—¿Cuándo fue la última vez que vino?

—Hace tres años... creo... sí... tres años.

—¿A qué se dedica señorita?

La mujer bamboleó su mirada entre los ojos del inspector y el vaso de agua, hizo una pausa y miró con detenimiento a su interrogador.

—Soy profesora titular de la universidad de Roma y docente invitada del Vaticano.

—¿Usted o su amigo tienen enemigos?

—No creo.

Antonella tomó el vaso y bebió un sorbo, mayor que el anterior. Pareció tomar fuerzas. Luego, con mayor vehemencia, expresó:

—Inspector estoy muy turbada, mi vida está en peligro, pero yo no confío en usted.... aprecio lo que hace, sin embargo acaban de matar a mi mejor amigo y casi me matan. Compréndame.

—Bueno por lo menos en algo estamos de acuerdo. Es verdad que su vida corre peligro, señorita Antonella... dejaremos para luego esos detalles, hay otras cosas que necesito saber acerca del ataque. ¿Desea otro vaso de agua?

—Sí, por favor.

El inspector dio la orden de nuevo. La policía trajo, esta vez, un vaso y una jarra de agua. Ella bebió la mitad del contenido. El inspector se tomó de un sopetón el resto de su café hirviente.

Miró su rostro perfecto. Era preciosa. Speer se sentía atraído por ella, pero su profesionalismo le gritaba que era una víctima. No podía permitirse el lujo de delatarse, él era un profesional policial no un burdo mequetrefe. Hace mucho tiempo que unos ojos femeninos no atrapaban su atención. Se paseó por su cutis bruñido y su cabellera negra que hacía contraste con su piel nívea. Antonella, como una bestia apresada, reptaba con su mirada hacia el techo y el suelo e intentaba, en vano, buscar una salida, pero no la encontraba. Vivía el momento más álgido de su vida y necesitaba el consuelo de alguien, pero en cambio tenía en frente a un policía autoritario que la inundaba de preguntas. Volvió a tomar un trago de agua y posó sus pupilas en la cara agreste del efectivo. Cuando Speer vio que tenía su atención de nuevo, inquirió:

—¿Ustedes conocieron a alguien en el aeropuerto? ¿Alguna persona desconocida?

—No, llegamos aquí directo sin hablar con nadie.

—¿Quién más sabía de su viaje hasta Berlín?

—Un sacerdote del Vaticano.

—¿Cómo se llama?

—Frank Rhode, es un padre holandés. Vendrá a Berlín mañana. Él fue quien compró los pasajes de avión. Bueno, no él, fue el Vaticano.

—¿Usted confía en él?

—Lo conocí hace poco, pero hasta los momentos me ha demostrado ser un

hombre cabal.

Speer frunció el ceño y dijo:

—Su alemán es casi perfecto y sin acento. ¿Dónde lo aprendió?

—En Roma. Tengo facilidad para los idiomas. Hablo el italiano, el francés, el inglés, el alemán y el griego. Mis padres eran políglotas e hicieron mucho énfasis en mi educación lingüística.

El inspector hizo algunas anotaciones en su libreta y luego dijo con un tono de voz más sombrío.

—Me podría hablar acerca del ataque, por favor.

La mujer se recostó en su asiento, tomó aire y, cruzando los brazos, explicó:

—Solo recuerdo que nos bajamos del auto e íbamos a caminar en dirección al hotel y luego, alguien, a mis espaldas, me dijo que mi pasaporte se había caído. Ambos volteamos. Yo miré al piso, supongo que Mario también lo hizo y luego escuché como mi compañero comenzaba a luchar contra la hemorragia que tenía en su cuello. Me paralicé, hubo un lapso que no recuerdo nada, hasta que el perro atacó al asesino y cayó de rodillas. Corrí en dirección al hotel. Después no recuerdo más nada. Mi mente se obnubiló.

Antonella respiraba con fuerza. Su rostro se agrió. Dos lágrimas se vertieron por sus pómulos. Speer permaneció en silencio mientras la italiana se recuperaba. Tomó la jarra y le sirvió el resto del agua. Se la ofreció y ella tomó el vaso, pero apenas mojó sus labios.

—Es muy difícil, la comprendo. ¿Usted recuerda algún rastro o peculiaridad del atacante? ¿Color de cabello, de piel, ojos, contextura?

Antonella suspiró. El recuerdo de su amigo muriendo, corcoveaba en su mente. Tomó fuerzas y expresó:

—Sólo recuerdo haber visto sus cabellos rojos, creo que él era de mi tamaño. Era de tez blanca. Pero en verdad todo sucedió tan rápido que no recuerdo ninguna particularidad que pueda describir con certeza.

—¿La voz era de un hombre o una mujer?

—Inspector, en verdad no recuerdo bien, el shock del ataque no me permite precisar ese momento. Pero estoy casi segura que era un hombre.

—¿El atacante dijo algo mientras el canino lo mordía?

—No recuerdo... de verdad. Después que vi sangrar a mi compañero, mi mundo se hizo añicos. Luego del ataque, lo que recuerdo es haber aparecido aquí, sentada con dos hombres que me pedían reaccionar.

—Comprendo, señorita Antonella. Muchas gracias.

El inspector transcribía algunas palabras y frases claves en su libreta de anotaciones, cuando escuchó decir:

—¿Puedo pedirle algo?

—Sí, por supuesto, señorita —dijo, enarcando la ceja derecha.

—Necesito comunicarme con el Padre Rhode en el Vaticano. Yo no tengo su número de teléfono.

—Sí claro, intentaremos averiguarlo y cuando lo tengamos le facilitaré un teléfono.

—¿Qué pasará conmigo? —inquirió con los ojos suplicantes.

Speer cerró la libreta de anotaciones, se recostó en el sofá y, cruzando los dedos sobre sus muslos, expresó:

—Señorita Luccioni, debo serle franco, espero que la sinceridad que le voy a transmitir sea recíproca.

La mujer expelió un suspiro largo. Miró hacia el piso y llevó los hombros hacia adelante. Vio a su interlocutor.

—Dígame inspector, intentaré confiar en usted.

El jefe policial se inclinó hacia adelante. Con voz pausada y liviana, dijo:

—Tengo la sospecha que el ataque no fue al azar ni un intento de robo casual. Estoy casi convencido que ustedes fueron víctimas de un profesional del crimen, un asesino internacional implacable y sanguinario, apodado el Serafín... Alguien ordenó matarlos ¿Quién? No lo sé.

Antonella quedó pávida. Cerró sus puños delante de su boca y miró la jarra de agua. Las palabras del inspector la golpearon como un mazazo en su estómago. El olfato de sabueso de Rudolph percibió su reacción e intentó hurgar por esa rendija.

—¿Está segura que nadie quería atentar contra su vida, señorita Antonella?

Ella negó con la cabeza y luego permaneció callada por largo tiempo hasta que preguntó:

—Y según usted ¿Por qué él estaría detrás de mí?

—Eso no lo sé yo, usted debe decírmelo.

—Me refiero a que ¿cuál es la causa por la que usted investigaba a ese señor?

—Ese criminal a sueldo mató a cuatro de mis hombres y a un ciudadano aquí en Berlín. Todo esto sucedió en las últimas cuarenta y ocho horas. Según la información que manejo, el Serafín es uno de los asesinos más peligrosos del planeta. Nunca había fallado hasta hoy. A usted la ha dejado viva. Es la única persona que ha sobrevivido a un ataque suyo. No sé qué relación tiene este asalto con el caso que tengo entre manos. Necesito que usted me diga las causas reales de su visita a Berlín para resolver el caso. No hay otro modo que pueda ayudarla.

Antonella atrapó todo el aire de sus pulmones.

—Usted me pide que lo ayude cuando cuatro policías suyos murieron en las manos de este hombre. ¿Cómo podré sobrevivir? ¿Qué garantía me da usted?

Speer engrosó su voz y aguzó la mirada para decir:

—Señorita, no sé si esto le sirva, pero le diré que la primera vez que enfrentamos a este avieso asesino, yo lo subestimé, no obstante, esta vez, estoy preparado para enfrentarlo y atraparlo. A partir de este momento, su custodia estará bajo mi entera responsabilidad. Garantizaré su vida con la mía.

Las palabras agudas y cortantes de Speer zumbaron en los oídos de Antonella. La francesa aguzó la mirada sobre aquel hombre gigante de vozarrón y gestos toscos. Recordó las palabras del padre Rhode de no confiar en nadie. Pero qué podía hacer ¿Huir? ¿A dónde? ¿Esconderse? ¿Dónde?, ninguna de estas opciones era viable. No confiaba en este policía, pero tuvo la gentileza de ofrecer su ayuda. ¿Qué oportunidad tengo? Se preguntaba Antonella en los recovecos de su mente. Enseguida, dijo:

—Confiaré en usted, Inspector. No tengo opción por los momentos... Hace tres días ni hubiese imaginado estar en Berlín ni mucho menos presenciar la muerte de mi amigo Mario. Pero... no sé si usted se burlará de mí, me creará loca o lunática...

Antonella interrumpió su relato mientras apretujaba sus manos. Para darle tranquilidad, Speer le dijo:

—Señorita, usted no sabe las cosas que he visto u oído en esta profesión. Yo nunca desacredito una teoría o un argumento por más simple o errático que parezca. Sólo dígame lo que sucede y yo intentaré ayudarla. Confíe en mí.

Ella expelió un suspiro y dijo con voz tenue:

—Está bien, inspector, gracias...

Antonella tomó fuerzas en un nuevo suspiro y mirando con sus zafiros aguamarina al rudo efectivo, expresó:

—Yo nací con una virtud que pocas personas tienen, un don que me aterra poseerlo. He lidiado con él, toda mi vida.

Speer la miraba con ojos ávidos. Ella se sintió en confianza y soltó la frase:

—Yo soy una vidente. Tengo la capacidad de ver situaciones del futuro.

Antonella calló para ver en el inspector algún resquicio de burla o incredulidad. Pero el rostro duro e ígneo de Speer la persuadió de seguir.

—Yo tengo la capacidad de ver el futuro a través de los sueños. Le podría nombrar muchas premoniciones que tuve y que se cumplieron. Hace dos días tuve un sueño inédito. Me apoyé en Mario para tratar de interpretarlo y él, junto al padre Rhode, me ayudaron a conocer parte de su significado, pero... usted debe pensar que yo estoy loca.

Antonella cerró los ojos y llevó sus manos a la boca. Speer la miraba con fijeza, tosco e impertérrito. Ella lo vio y apartó la mano de sus labios temblorosos. Speer afiló la mirada. Era muy hermosa. Intentaba no fijarse en su

hechizante belleza, pero resultaba cada vez más difícil. Rudolph permanecía inmóvil. El inspector veía que Antonella se sentía como una ardilla acorralada por perros hambrientos. Su psicología policial le decía que la dejara hablar. Como buen detective, sabía que necesitaba darle confianza al interrogado. Ese nombre lo he escuchado o visto en alguna parte ¿Dónde?, pensaba en los entresijos de su mente. Ante la larga interrupción, expresó:

—No, señorita, no creo que esté loca, por el contrario considero que es muy cuerda. Una universitaria y docente que habla seis idiomas no dice estupideces ni desvaría. Cálmese y por favor continúe con su relato. Yo le creo. Por el alma de mi hija, que es lo que más amo en este mundo, yo le creo.

Ella lo miró con ojos crédulos y aspiró de nuevo una bocanada de aire que insuflaron sus pulmones y su ánimo.

—Esta profecía que soñé es inexplicable a los ojos de los hombres. Mi compañero y yo vinimos a Berlín con el motivo de buscar a una persona que significó algo en mi pasado. De acuerdo a lo dicho por el padre Rhode, lo que sucedió en mi infancia es crucial en la interpretación de esta profecía... Yo fui abandonada en un orfanato de Firenze cuando tenía tres años de edad. Antes de venir para acá fui hasta allá con Mario y tratamos de averiguar las identificaciones de mis verdaderos padres. Fue imposible. No obstante las hermanas nos dieron el nombre y una dirección aquí en Berlín.

—¿Cuáles es el alcance de esa profecía o premonición?

—Hasta los momentos no se ha precisado, pero es una lucha suprema entre el bien y el mal.

Hasta ese momento, Speer escuchaba con atención el relato de la italiana. Incluso cuando comenzó a hablar de sus visiones le dio cierta credibilidad porque hasta él, en ocasiones, dejaba a sus oficiales consultar a nigromantes y adivinos con tal de resolver un caso. Pero al referirse a la lucha entre el bien y el mal, pensó que la mujer tenía un toque de locura. Quizá tantos estudios le fundieron el cerebro. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no mostrar en su rostro algún ápice de duda e incredulidad a su relato. Si lo hacía, perdería su confianza. Como ateo convencido de la ausencia de un dictador universal, el inspector intentó no agriar su rostro. Los ojos claros de Antonella miraban con fijeza a su interlocutor, esperando una respuesta o una interrogante. Para salir del paso, Rudolph abrió su libreta de anotaciones y lanzó la pregunta:

—¿Cuál es el nombre de esa persona aquí en Berlín, señorita?

—Magda Udet —dijo con voz espesa.

En un primer momento, el inspector, que borroneaba en su libreta, escuchó el nombre como cualquier otro pronunciado en cientos de interrogatorios y entrevistas a sospechosos o testigos durante sus años como policía. Sin embargo,

el duendecillo de su inteligencia detectivesca se levantó y sonó una campanada en el muro de su memoria. Los tañidos de alerta crisparon su entendimiento. Miró a la italiana de nuevo y preguntó:

—Me podría repetir el nombre, por favor.

—Magda Udet —dijo Antonella que notó la reacción en el rostro y el cuerpo del hombre.

El jefe policial cerró la libreta. El eclipse de pensamientos que no le permitían precisar el nombre de Antonella Luccioni, se despejó. Fue como si de repente, aparecieran ante él todas las piezas armadas de un gran rompecabezas. A la par que recordaba que Magda Udet era la ocupante del departamento donde estuvo hace pocos momentos, también emergió el nombre de Antonella Luccioni como la autora de la biografía de Himmler encontrada en el departamento de Otto Gebauer. El halo de duda e incredulidad que tenía, se desdibujó. Tanta casualidad junta no podía darse ni en un millón de años. Le preguntó a la mujer:

—¿Usted es escritora?

—Sí. He escrito varios libros —respondió con la cara dubitativa.

—¿Qué clase de libros?

—He biografiado a varios personajes de la historia contemporánea.

—¿Usted escribió un libro de Himmler?

—Sí, por supuesto. “Himmler, más hombre que mito”... pero ¿Qué sucede inspector?

Speer pretirió la pregunta e interrogó:

—¿Usted tiene la dirección de la persona que vinieron a ver en Berlín?

—Sí, por supuesto —expresó, tomando su teléfono y leyendo la misma dirección donde él estuvo hace escasos minutos.

Speer quedó en un silencio lacónico. Miró a las dos agentes cercanas a la puerta del hotel, permanecían impertérritas. Llamó a una de ellas y pidió un vaso de agua. Antonella replicó:

—¡Yo no deseó más agua, inspector!

—El agua no es para usted, es para mí.

—¿Ha pasado algo? ¿Dije algo malo?

—No, señorita Antonella, pero necesito que me cuente el sueño que tuvo. Todo lo que pueda decirme, por favor. Es imperante.

—¿Por qué? —interrogó con el rostro lúgubre.

Speer hizo un mutis y luego le dijo sin aspavientos:

—Porque esa mujer que usted vino a ver a Berlín, es la clave para descifrar el asesinato de mis policías y del señor Otto Gebauer, el otro asesinado. Lo que le ha sucedido a usted y los crímenes acaecidos aquí en Berlín, no son producto del azar. Por favor, señorita Antonella, necesito que me diga con exactitud qué

soñó. Le creeré cada palabra y frase que me diga. Sé que con su ayuda llegaremos al final de todo esto.

Antonella, con ambos iris expandidos y abiertos como dos esmeraldas, expresó:

—Le contaré todo.

La policía llegó con el vaso de agua helada que el espigado inspector bebió de una sola tomada. Lo colocó en la mesa con sus ojos hambrientos de respuestas. Le pidió a Antonella que le contará el sueño premonitorio. Ella comenzó su perorata. Hablaba con lentitud y con un lenguaje ampuloso que, de momentos, Rudolph no comprendía. ¡Pero que importaba! A partir de ese momento, Speer no cuestionaría ninguna aseveración que le dijese la enigmática mujer de los ojos claros.

El Padre Rhode volvió a la Biblioteca del Vaticano después de dejar a Mario y Antonella. El sacerdote holandés caminaba de nuevo por los amplios pasillos que contenían los archivos de la ciudad santa. Con su paso vivaz y raudo, llegó hasta el escritorio del sempiterno curador de los tesoros de la iglesia. Lo saludó y recibió de vuelta una fría extensión de los labios acartonados del anciano sacerdote. Con su voz añosa y turbia, le inquirió:

—¿Desea el texto apócrifo de Enoc?

—No, padre. No esta vez. Necesito de su ayuda. Requiero de su conocimiento de las joyas textuales que se encuentran guardadas aquí.

El anciano, que parecía una reliquia más de la iglesia, le respondió con voz decrepita:

—En lo que pueda ser útil, con gusto lo ayudaré.

—Gracias, Padre.

El sacerdote abrió su libreta de anotaciones y luego de hojear algunas páginas, dijo:

—Lo que le voy a pedir es muy delicado. No quiero que infrinja sus deberes ni que rompa las normas que usted lleva aquí adentro.

Con el rostro impávido, el anciano prorrumpió:

—Con la cantidad de años que llevo encima, es más lo que puedo ganar con un favor que perder por no hacerlo. La edad es una liberación. Al saber que la muerte es una posibilidad cercana, poco importa no hacer favores. Siempre que estén dentro de mis códigos de ética.

Insuflado de ánimo por esta respuesta que no esperaba, el padre Rhode miró hacia los lados en un intento de ver si alguien los escuchaba, pero la única

compañía eran los estantes atávicos y los pergaminos añosos. Luego espetó, a voz queda:

—Padre, busco información pertinente de la Luz Oscura ¿Ha escuchado alguna vez este término?

Con vehemencia el anciano curador respondió:

—Sí, por supuesto. En algunos tratados de los tiempos de la inquisición aparece como una sacerdotisa. La suprema jefa esotérica de una orden maligna llamada los “discípulos”.

El padre holandés respiró hondo.

—Padre quiero que por favor me facilite todo lo que tenga de ella.

El sacerdote miró con sus ojos vidriosos y cansados a Rhode.

—Hay mucha información dispersa acerca de la Luz Oscura y los discípulos. Son montones de archivos, papiros y escritos donde se mencionan como un murmullo, como un rumor entre sus líneas. Pero el mejor tratado que hace referencia a ella es el escrito por un sacerdote francés del siglo XIX. ¿Desea verlo?

—Sí, padre pos supuesto —expresó con voz ávida y los ojos impacientes.

—¿Usted habla francés?

—No soy un Alejandro Dumas ni un Víctor Hugo, pero sí, un poco, lo suficiente para traducir.

El longevo sacerdote se introdujo en los laberínticos pasillos mientras que el Padre Rhode vio su reloj de pulsera. Eran las seis de la tarde. Al cabo de quince minutos, que parecieron horas, apareció el vetusto curador con varios folios. Rhode lo recibió y se dirigió a una mesa. Al abrir el archivo, el título de “*Les jours à Paris pendant Napoléon Bonaparte*” le salió al paso. “Los días en París durante Napoleón Bonaparte”, farfulló. El texto fue escrito por un tal Hervé Monjaret, un sacerdote de París, quien fue comisionado por el obispo de la ciudad para investigar acerca de una logia hereje llamada “los discípulos” que hacía estragos, con sus prácticas de hechicería, en los suburbios de París.

El padre Rhode leyó con rapidez las primeras hojas del documento. El texto se refería a los hechos macabros realizados en las periferias de París durante el tiempo de Bonaparte. No leyó nada que no supiera el sacerdote holandés acerca de la satánica organización. En ninguna de ellas se hacía referencia de la Luz Oscura. Después de haber recorrido sus pupilas cinco cuartillas, el sacerdote se encontró con un capítulo completo de casi seis páginas cuyo título era “*La lumière noire*” (la luz oscura). El padre Rhode afiló sus ojos.

“*Mi nombre es Hervé Monjaret y fui párroco coadjutor de la iglesia de San Eustoquio en les Halles. Fui designado por el Obispo de la Arquidiócesis de París para investigar acerca de unas actividades demoníacas que realizaron un*

grupo de fanáticos conocidos como los discípulos. Este es el informe final de todas mis investigaciones.

Mi esfuerzo por conseguir respuestas no daban resultado, pasó un año y lo único que encontré fueron algunos rumores de personas que, con temor en sus rostros y miedo en sus voces, me asomaban —en entrevistas informales— la existencia de un grupo de adoradores del demonio. Los discípulos eran como unos fantasmas, como un mito urbano; todos sabían que existían, pero nadie mencionaba haberlos visto.

Uní mis investigaciones con la policía que me reportaba a diario los más insólitos delitos —en un intento de descubrir algo nuevo y aterrador—, pero ninguno de los asesinatos que sucedieron en este tiempo, fueron motivados por una práctica de herejía. Pero un día todo cambió. Hubo un crimen, o mejor dicho, diez crímenes que fueron distintos a los anteriores. Fue conocido como el caso de los inocentes.

En una misma noche, desaparecieron diez niños en un Barrio en las afuera de París, cuyas edades oscilaban entre los cinco y los ocho años. Tres de ellos eran varones y el resto eran hembras. La única característica común que tenían los pequeños era que pertenecían a familias desposeídas. Todos eran hijos de prostitutas o de madres solteras y fueron secuestrados en sus casas, mientras ellas estaban ausentes.

El comisario de la comuna —un devoto católico de quien yo era su confesor y amigo— era un hombre serio y de gran sensibilidad. Él sentía una gran presión para dar con los pequeños. Las comunidades se manifestaron disconformes con los resultados de la investigación y comenzaron a rebelarse. Todo se complicó, pues Bonaparte sería coronado emperador y el alcalde de París no quería que ningún evento empañara el acto de entronización.

Los esfuerzos de la comunidad, la policía y los voluntarios, por encontrar a los pequeños, fueron en vano. Pasaron dos semanas y no se tenía rastro de los niños. Llegó la coronación del corso y aún no se tenían señales de ellos. Solo una guardia duplicada de soldados en la comunidad, donde vivían los pequeños, permitió controlar los conatos de disturbios.

Bonaparte fue coronado y esa noche, París se embriagó. Sin embargo, la farra dio paso a la indignación. Al día siguiente, los cuerpos mutilados de los pequeños aparecieron por las periferias de la ciudad. Unos, a las orillas del río Sena, otros en las entradas de París, algunos cerca de la plaza Concordia y una niña en el jardín de las Tullerías. Fueron hallados en sitios que no guardaban ninguna relación entre ellos. Todos los cuerpos presentaban marcas de flagelación, tortura y sodomía. La aparición de los cadáveres trajo consigo una manifestación de dolor y cólera de las clases sociales bajas de París. Este

conato de disturbio estuvo a punto de convertirse en una rebelión popular, de no haber sido por la acción coordinada del ejército bonapartista que aplastó a los manifestantes.

En el medio de este gran revuelo me dirigí hasta la gendarmería de París para ayudar al cuerpo policial en lo que fuese posible. Allí tuve que esperar al comisario por cuatro horas mientras regresaba con los cuerpos mutilados y vejados de los niños. Cuando llegó, su rostro compungido no podía ocultar su impresión ante tan abominables hechos. Me invitó a que viese los cuerpos en la morgue y pudiese orientar la búsqueda del sádico asesino o los criminales que estaban detrás de todo.

Llegamos a la morgue y encontramos, en las afueras del lugar, a las madres de los pequeños, acompañadas por un ingente número de personas. Sus rostros dibujaban la indignación y el dolor. A nuestro paso, nos gritaban improperios y exigencias iracundas de resolver el caso lo antes posible y llevar a los culpables a la guillotina.

Cuando ingresamos a la sala donde se encontraban los cadáveres, el olor nauseabundo de la muerte impregnó mi alma. Los diez pequeños fueron colocados en mesas contiguas y estaban tapados por sábanas blancas. El comisario y el forense, con sus rostros adustos, me dijeron que me impresionaría con lo que vería, pero yo no me intimidé. Mi tiempo como capellán en el ejército del rey, años atrás, me permitió presenciar escenas dantescas de asesinados en las más extrañas y atroces circunstancias. Pensaba que no me iba a turbar, pero ellos tenían razón, lo que vi, heló mi piel y mi corazón.

El ayudante del forense destapó el primero de los cadáveres. Era una niña. Sus ojos fueron extraídos, su lengua cortada de un solo tajo, sus manos fueron descoyuntadas. En el pecho y la espalda realizaron unas incisiones con un objeto cortante y sobre su piel blanca y exangüe dibujaron el satánico círculo con el pentáculo en forma de una estrella invertida de cinco puntas. En su abdomen escribieron, con un objeto filoso, una palabra en un idioma ininteligible para mí. Todas las heridas fueron perpetradas con los niños aún vivos. Estas imágenes me dejaron sin aliento, pero lo que me aturdió fue lo que me dijo el forense, todos los cadáveres no tenían una gota de sangre.

No pude ver más cuerpos. Las náuseas, el mareo y el aire enrarecido a muerte me obligaron a ir al baño donde vomité cuatro veces. Todos los niños fueron vejados del mismo modo. Cuando el comisario me preguntó acerca de las marcas hechas en sus pieles, fui tajante. Definitivamente eran prácticas de brujería realizadas por bandas satánicas.

El inspector me preguntó acerca de mis sospechas, no dude en afirmar que estos actos diabólicos fueron perpetrados por los discípulos. Con la información

de que estos abominables hechos eran manifestaciones de magia negra, la policía se dedicó a arrestar a los nigromantes, hechiceros, brujos y cualquier persona sospechosa de hacer prácticas de lo oculto. Se desató una cacería de brujas, literalmente. Los arrestos se llevaron en el más estricto secreto, a fin de evitar que los sospechosos fueran linchados por las masas enfurecidas que pedían sus cabezas en una cesta.

Yo estuve presente en los interrogatorios interminables que se desarrollaron. Todos los detenidos demostraron, de alguna manera, no tener que ver con los crímenes. Pero lo que yo buscaba no eran las pruebas que los absolvieran o los indicios que los inculparan, ese era trabajo del inspector, el mío consistía en conseguir datos que me pusieran tras la pista de los discípulos. Los interrogados fueron parcos al ser inferidos acerca de esta secta. Ninguno quiso colaborar. Con el pasar de los días me decepcioné, pero pronto todo cambiaría. Una de las detenidas fue la bisagra que sirvió para abrir la verdad de estos crímenes y conocer acerca de los discípulos y su lideresa, la Luz Oscura.

La mujer era una anciana francesa ochentona de piel encartonada y color cetrino, de cabellos platinados e hirsutos, nariz aquilina y con una prominente verruga en su tabique. Verla era imaginar a un bruja y ella lo era. Sentí un escalofrío en mi cuello pues jamás había estado delante de una verdadera adoradora del Demonio.

Ella, al contrario de los demás detenidos, que fueron evasivos en sus respuestas durante los interrogatorios, fue muy vehemente en su declaración. Afirmó ser parte de los discípulos. Mis ojos brillaron. Le hice mil y un preguntas acerca de esta organización, pero ella fue parca, quería que le garantizaran la vida y que le dieran una nueva identidad. Ante estas peticiones, imposibles de cumplir, el comisario desistió de conocer su testimonio.

Yo persistí, pero ella jamás cedió ante mis pedidos. Un día, al llegar a la comisaria, me encontré con la noticia que la mujer se ahorcó en su celda y había dejado una carta. He aquí su transcripción.

«Mis pieles se han podrido entre el olor a incienso y las velas de mis altares. Ha llegado la hora de mi muerte y ahora que no tengo nada que perder en esta vida, les contaré lo que sé acerca de los discípulos, la logia a la cual pertenezco.... Por mi nombre, no se preocupen, no es importante... lo que en verdad importa, es lo que les diré.

Ustedes deben dejar de buscar a los verdaderos culpables de los asesinatos de los niños en París... jamás darán con ellos. No sabrán sus nombres ni apellidos solo deben saber que fue obra de los discípulos, la secta que adora al Diablo y la cual yo milito o mejor dicho militaba porque he decidido irme de este mundo. Ustedes no tienen idea a quién o a qué se enfrentan. Los discípulos

son gente peligrosa, son gente de poder.

Los discípulos se originaron en Roma durante el tiempo del emperador Adriano. Fue una respuesta al embrionario movimiento de los cristianos que comenzaba a expandirse en Europa desde Palestina. En aquel tiempo, la religión politeísta romana comenzaba a hacer estragos en Roma debido a la palabra de un joven carpintero de Galilea, resucitado entre los muertos. Este hecho movió los cimientos de la filosofía de las deidades romanas.

El dogma de esta nueva religión fue un acontecimiento único e innovador. Antes para pedir un favor o un deseo a un dios pagano, solo se debía ir al templo correspondiente, en cambio, esta nueva religión —el cristianismo— permitía pedir todo a un solo Dios. Muchos de los hombres de poder, que veían amenazado sus intereses, indagaron acerca de esta nueva filosofía cristiana y se percataron que sus seguidores se proliferaban como moscas. Entonces, buscaron atacarla y para ello financiaron a este minúsculo grupo de fanáticos de Satanás, la antítesis del bien. Ellos pensaron que apoyando ese grupo, lograrían neutralizar la expansión de los seguidores de Cristo. Los persiguieron y martirizaron.

Los primeros cazadores de cristianos fueron miembros de los discípulos del mal. De allí, la saña y la maledicencia de esos crímenes. Pero a pesar de esas matanzas en masa, el resultado no fue el deseado. Los cristianos no mermaban. Mataban a diez y aparecían cincuenta.

Para ese momento, los discípulos se hicieron incontrolables. Los fanáticos del demonio ya no solo mataban cristianos sino que también secuestraban a niños, cometían crímenes y hacían grandes orgías. Todas ellas eran ofrendadas a su dios del mal. Con el pasar de los años esta organización resultó ser más peligrosa que los mismos cristianos para la élite romana. Los discípulos confrontaron a la alta sociedad del imperio y sus autoridades. Tenían todas las de perder.

En los tiempos de Nerón fue declarada como una organización proscrita. Ellos desaparecieron de la vida pública, pero siguieron existiendo como organización clandestina. Pasaron los años y sus actividades menguaron hasta que llegó el concilio de Nicea. La definición de los libros que integrarían la Biblia y en especial, la reafirmación del libro del apocalipsis, entre los textos sagrados, les dio a los discípulos un objetivo.

Los tiempos de la gran tribulación, nombrado en las visiones de San Juan, otorgaron a estos apóstatas su razón de existir. Ya no se trataba de adorar a Lucifer por sí solo, sino de crear las condiciones para su advenimiento a través de la trinidad del mal: la bestia, el falso profeta y el anticristo.

El apocalipsis se convirtió en el génesis de su libro de maldad. Donde los

cristianos veían destrucción, ellos miraban la construcción de su imperio maligno donde Satanás gobernaría en un paraíso adaptado a su medida.

Cuando la edad media y el oscurantismo tejieron su sombra en el continente europeo, los discípulos se expandieron al mismo ritmo que el cristianismo comenzaba su estancamiento en los tiempos de la Inquisición. La oscuridad que cubrió a Europa les permitió expandirse como la pólvora, siempre bajo el mayor de los secretos porque se sabían perseguidos por sus enemigos del catolicismo.

Este tiempo de sombras trajo consigo que los discípulos se organizaran casi a la misma medida que su contraparte, la iglesia católica. En vez de feligreses, ellos tenían apóstatas; sus sacerdotes eran los alguaciles de la palabra, sus obispos eran los dignatarios y su Papa era la Luz Oscura. La organización comenzó a reescribir la historia del mundo. A todo fenómeno y hecho que se sucedía le daban una explicación esotérica donde el demonio tenía su parte. Si era algo malo, el culpable era Dios y si sucedía algo favorable, era por obra y gracia de Satán.

Con una organización tan fuerte y con los recursos ilimitados de sus feligreses, que en su mayoría integraban las clases pudientes de las ciudades, los adoradores de Satanás se fortalecieron y dieron forma a su propósito de coronarlo en la cima del mundo. Se infiltraron en todas las fuentes de poder: la economía, los gobiernos, el clero y los ejércitos.

Lo que ustedes acaban de presenciar con el sacrificio de estos niños en París es algo más que una simple orgía de sangre, va más allá. Tengan mucho cuidado.

La Luz Oscura es el prelado principal de la orden. Se cree que es una mujer que nace cada doscientos años para ayudar a abrir el portal que dará paso a la trinidad del mal en el mundo. Para ello se necesitan tres elementos: el mar de maledicencia, la luna gigante y el altar de Dios.

Tengan mucho cuidado, ustedes pueden estar rodeados de discípulos y no lo saben. Recuerden que son gente de poder. Pregúntense ¿A quién beneficia la muerte de estos niños? ¿Quién es el hombre más poderoso de la Tierra?

La Luz Oscura es invulnerable, solo puede ser asesinada en el mismo momento que ella invoca a la Trinidad del Mal con sus tres condiciones: el mar de maldad, el altar de Dios y con la luna gigante. Ella siempre está protegida por un ser espantoso, la Pantera. Es un hombre mitad humano, mitad bestia.

Hoy, yo me arrepiento de haber formado parte de esta organización y espero que no haya vida después de esta vida, pues mis pecados son muchos y si existe Dios, poco se apiadará de mi alma».

El comisario y yo quedamos estupefactos con esta información. Lo que sucedió después de aquel día fue más extraño aun. El comisario recibió una

orden directa del comandante de la guarnición de París para que cesaran las investigaciones acerca de la muerte de aquellos pequeños. Los culpables nunca fueron encontrados.

No sé si lo dicho por aquella extraña mujer era cierto o no, lo que sí puedo afirmar, con toda certeza, es que el jefe policial cayó en desgracia tiempo después cuando fue acusado, falsamente, de un delito y yo fui trasladado a Lyon, seis meses más tarde. Era como si la mano oscura de los discípulos quisieron evitar, a toda costa, su desarticulación.

Comprendí lo que dijo aquella anciana: son gente de poder”.

El padre Rhode se recostó en su asiento y unió la yema de sus dedos con los codos apoyados en los asideros del asiento. Tenía poco tiempo, escribía en su libreta de anotaciones con sus manos trémulas y sudorosas, a un ritmo acelerado. Terminó y se dirigió hasta el curador de libros y devolvió el documento. El anciano sacerdote preguntó con su voz ajada:

—¿Encontró lo que buscaba?

—Sí, Padre, muchas gracias.

Rhode observó que tenía varias llamadas perdidas de un número desconocido en su teléfono y una de su despacho. Enseguida llamó a su oficina. Su rostro se agrió mientras escuchaba a su asistente.

—Voy para allá de inmediato.

Con paso vivo y raudo salió de la ancestral edificación.

El Serafín entró en su habitación. Se quitó la chaqueta con dificultad. El antebrazo, magullado y sangrante, le dolía. En el piso se vertían gotas de su sangre como un manantial bermejo. El perro clavó sus dientes con profundidad. Intentó mover los dedos de la mano herida y le dolió. Tomó una navaja con la otra mano y desgarró su camisa. Pudo ver entonces, el alcance del ataque del canino. Las mordeduras del perro rasgaron su muñeca derecha. Su antebrazo parecía aserrado.

Fue hasta el baño donde lavó el brazo en el lavabo. El agua fría bañó sus heridas y la porcelana blanca fue enturbiada por el color bermejo de su sangre. Tomó una toalla blanca y lo cubrió. Luego fue hasta su maleta y sacó un pequeño maletín donde tenía medicinas e implementos quirúrgicos.

Limpió sus heridas con alcohol, luego roció un analgésico en spray e introdujo la hebra del nylon en una aguja. Con suma dificultad punzaba las heridas profundas dejadas por los dientes caninos y molares del animal. Después de casi una hora de hacer malabares con su mano quirúrgica pudo completar la

faena

Tomó su ropa ensangrentada y la colocó en una bolsa negra. Agarró sus maletas y las guardó en el auto. Luego, con mucho cuidado tomó la caja de Pandora, el dispositivo de muerte, traído desde París y lo introdujo dentro del auto. Un solo paso en falso, una sola equivocación y moriría. Regresó a la habitación y colocó dentro del microondas un vaso lleno de alcohol y un trapo encima de él. Marcó cinco minutos. Luego rompió la tubería de gas de la cocina. Salió raudo del lugar. Encendió el auto y condujo por la avenida.

Cuando giraba en la esquina. Escuchó una explosión y vio por el retrovisor como se incendiaba el que había sido su refugio. Escuchó algunos gritos y el chillido de unas sirenas. Conducía lento por la capital alemana. Un amargo sabor se escurrió por su boca, sus ojos ígneos vomitaban fuego y sus manos, endurecidas, ejercían presión sobre el volante.

Enfurecido consigo mismo porque no debió haber hecho ese trabajo sin la respectiva preparación...se lamentó. Esa ingenuidad le costó su primera falla en su intachable carrera criminal. Debía enmendar el capote, del mismo modo que un torero, que ha sido corneado, debe desenvainar su espada y, con una nueva táctica, apuntar al corazón del toro de lidia. Debía actuar con celeridad, el tiempo jugaba en su contra. La policía, seguramente custodiaba a la mujer de los ojos claros y reforzó la guardia a su alrededor. Ese miserable inspector de pacotilla, que le seguía el rastro, desplegaría todos sus efectivos para ponerle los ganchos. Pero él era el Serafín, el mejor asesino del planeta. Encontraría el modo de escurrirse dentro de la seguridad y dar con la mujer de los ojos claros. Debía terminar su trabajo, su prestigio peligraba. Esta vez actuaría con sus normas y reglas, esas que lo hicieron un asesino infalible. Esta vez, no fallaría.

El vuelo desde Nueva Jersey a las costas francesas estaba por finalizar. El jet se había desplazado por más de seis horas y los instrumentos de navegación le indicaban a Frida que su amada Francia estaba cada vez más cerca. Cosette no paró de hablar en todo el camino. La francesa se percató de que la diminuta mujer parloteaba más de lo debido, creyó que lo hacía para no mostrar el nerviosismo que le afloraba en su interior. Le había confesado durante el vuelo que sentía miedo por las alturas.

El sonido punzante de la voz de Cosette se convirtió, con el paso de las horas, en una batahola. En los pequeños lapsos que ella se callaba, Frida recordaba la sensación que sintió cuando la anciana la tocó. Un escalofrío lacerante resoplaba en su nuca a la par de los recuerdos vividos en el departamento.

La francesa no creía en las percepciones ni en el esoterismo, era una mujer pragmática que había visto demasiadas barbaridades del mundo real, como para dejarse llevar por las corazonadas. Pero lo vivido en esos escasos segundos, en aquel departamento, escapaba de cualquier razonamiento. Intentó concentrarse en el vuelo y dejar para después las explicaciones a tan absurda sensación.

El cotilleo de la nimia protectora sirvió de bálsamo para paliar el hambre y la debilidad que sentía. Después de beberse toda el agua de la nevera del avión y comer algunos confites, su estómago comenzó a retortijar de nuevo.

La diminuta Cosette le reveló que en el tiempo dentro de la orden jamás asesinó a nadie, hasta ese día. Su especialidad era realizar informes acerca de personas y empresas. Cosette le confesó que nunca conoció una verdadera “protectora”, es decir, una agente de campo como ella, intrépida y pertinaz. La francesa se espabiló a carcajadas. Frida sintió una empatía especial por ella, quizá la veía como la hermana que nunca tuvo.

Afuera, un cielo gris marengo anunciaba la llegada de la noche sobre Europa. Un colchón de nubes blancas, como grandes bolas de algodón, fulguraban un espectáculo único. Con el rostro cansino, la pequeña mujer dijo:

—¡Nunca pensé que el cielo fuera tan hermoso!

—Por eso amo volar, los más bellos paisajes se ven desde aquí arriba.

Cosette miró los códigos, junto a la francesa y espetó:

—¡Así que estos son los códigos!

—Sí, son un tesoro de la humanidad y de la iglesia.

—¿Y para que los querría, Arthur Dubront?

—Magia negra o hechizos. Creo que tienen un poder supremo. Napoleón los arrancó de los originales. Tuvo alguna razón de peso.

—Debemos cuidarlos con nuestra vida hasta que lo entreguemos a la orden.

—Sí —contestó Cosette.

—¿Tú comprendes algo de este idioma?

—No, pero Jean Pierre es un experto en lenguas antiguas. Él lo hará.

—¿Confías en él?

—He puesto mi vida en sus manos varias veces y nunca me ha fallado. Al llegar a París lo buscaremos. Te gustará, es un tipazo.

—Necesito que me ayuden a retornar a Estados Unidos bajo una identidad falsa.

—Él te pondrá en contacto con el Maestro de París.

—A mí no me gustan los franceses, pero seguro me caerá de mil maravillas, por cierto, Frida ¿En cuál aeropuerto aterrizaremos?

La francesa hizo un largo silencio mientras manejaba el timón de la aeronave. Se acomodó los auriculares y el micrófono y luego, con sus ojos violetas la miró con firmeza.

—Aterrizaremos en la campiña francesa, en Normandía.

—¿Estás loca? Si hay tantos aeropuertos por qué nos arriesgaremos a estrellarnos —dijo con los ojos desorbitados.

—Porque si lo hacemos en un aeropuerto convencional la policía nos detendrá. ¿No lo has pensado? o es que acaso crees que Arthur Dubront no dio parte a la policía internacional del secuestro de su avión.

—¿El alcance de su mano es tan grande?

—No lo sé, pero no me arriesgaré. No todos los días se roban una aeronave.

La diminuta mujer se enterró en el asiento de copiloto. Su rostro se tornó exánime. Sus labios pintaron una sonrisa maltrecha.

—Definitivamente, algún día tú me matarás.

—No, no lo haré... Te protegeré siempre —expresó con voz cándida.

—¿Qué haremos con los códigos?

—Los entregaremos a Jean Pierre para que los lleve a la orden.

—Pero pensé que se los entregarías al asistente del Comendador. Él fue quien te misionó.

—Es cierto, pero no confío en él...

Su mirada acerada taladró los ojos de la pequeña.

—Abróchate el cinturón que comenzaremos el descenso.

Frida guió al avión entre las nubes y comenzó a perder altitud. Una mancha gris se situó enfrente de los vidrios de la cabina, anunciando la llegada de la noche. Con habilidad, la piloto desplazó el avión entre el bosque de nubes,

moviendo el timón y los alerones con agilidad. Después de unos minutos, el manto de neblina se despejó y la campiña francesa apareció en el horizonte. Pasaron el Canal de la Mancha y dejaron a la izquierda la península de *Contentín*, Frida se dejó guiar por una carretera que iba en dirección Oeste- Este. Las luces tímidas de las granjas titilaban como luciérnagas posadas en los árboles.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Aja, te tengo —expresó Frida en un monólogo.

Un río que discurría entre dos grandes campos, apareció de golpe.

—Debe ser el río Orne —volvió a monologar.

Frida avanzó en esa dirección. Debajo se veían las luces móviles de los vehículos que se desplazaban en la carretera. Cosette, nerviosa, inquirió:

—¿Sabes lo que haces?

—Sí, una vez tuve que aterrizar aquí de emergencia mientras realizaba unas maniobras en el canal de la mancha. El lugar de aterrizaje es perfecto. Sólo espero que no haya sido modificado.

—Buena acotación —expresó con una sonrisa torcida, volteando los ojos.

El avión continuó perdiendo altitud hasta que se situó a escasos mil doscientos pies del suelo. Con una maestría única, Frida se aproximó a un campo llano y pastoso.

—¡Ahí es! Agárrate fuerte —le dijo.

Frida sacó el tren de aterrizaje y el avión se posó con suavidad en un manto de trigo. Un temblor se apoderó del avión y de sus dos ocupantes. La francesa tomaba con fuerza la palanca de mando, intentando mantener el control. Su habilidad magistral detuvo el avión en el medio de la campiña. Apagó los motores y se levantaron de sus asientos. Frida abrió la puerta y el aire templado de la campiña entró en la cabina interna y besuqueó sus rostros. La negra noche aterciopelaba el cielo y el horizonte. Frida oteó el paisaje e intentó guiarse por los puntos cardinales. A lo lejos vio una luz titilante que refulgía a unos dos kilómetros de allí.

—¿A qué huele? —preguntó Cosette.

Frida olfateó el aire y dijo:

—Es gasolina, seguro se ha roto alguno de los tanques ¡Salta! Debemos alejarnos del avión lo más pronto posible.

La francesa tomó de la mano a la pequeña Cosette y saltaron sobre el pasto. Empezaron a correr en dirección al Oeste. La altura de la hierba y la oscuridad dificultaban su paso. Después de andar por casi diez minutos entre los matorrales, llegaron a la carretera.

—¿Hacia dónde vamos?

—A la granja que está allá —dijo, señalando hacia el final de la recta que trazaba la carretera —Está como a un kilómetro —agregó.

—¿En cuánto tiempo estaremos allá?

—Veinte minutos o media hora, pero será mejor que nos demos prisa. Con esta facha que llevo puesta parezco una puta.

—¿Y yo? estoy fuera de onda, se nota que no soy de aquí.

—¡Marchemos!

Las dos mujeres caminaron raudas por el borde de la carretera. Cuando veían acercarse las luces de un auto, se lanzaban al monte para ocultarse. Después de arrojar y levantarse unas siete veces, llegaron a la entrada de la granja donde fueron recibidas por una sarta de perros en la entrada. Ni las palabras rebuscadas de Frida ni las lanzadas de palos de Cosette, calmaron a las bestias que siguieron ladrando. A lo lejos se observaban las luces de las patrullas de la policía que llegaron hasta donde se encontraba el avión. Después de unos cinco minutos de un concierto de ladridos, una pareja de ancianos salió de la casa y se acercaron. Calmaron a los perros que comenzaron a jadear y jugar entre ellos. Frida se comunicó en francés. Cosette no entendía nada.

—Buenas noches. Andamos extraviadas. Nuestro auto se ha accidentado y necesitamos un teléfono.

Los dos ancianos miraron de arriba abajo a ambas mujeres y con sus caras agrías les preguntaron:

—¿Y dónde dejaron el auto?

—Está como a dos kilómetros de aquí.

—Ese carro suyo vuela —dijo con ironía.

—Por favor necesito llamar a un amigo para que nos recoja. ¿Cuál es el pueblo más cercano?

—El pueblo de Argentan queda a ocho kilómetros de aquí.

—No tenemos teléfono, pero si le podemos ofrecer que pasen aquí la noche y mañana temprano las llevaré al pueblo, para que solucionen lo más pronto posible —expresó el anciano que vestía una braga.

Frida le tradujo a Cosette. La pusilánime mujer la miró con los ojos suplicantes para quedarse a descansar. Frida iba a responder, cuando la señora rolliza y con las greñas platinadas, le dijo:

—Es un peligro que estén solas por allí toda la noche. Quédense, el cuarto de mis hijas está desocupado, ellas están en la universidad en Avignon.

—Muchas gracias —respondió Frida.

El hombre abrió el portón de madera y ellas ingresaron. La casa se elevaba en una colina pequeña que se asomaba tímida en el oscuro horizonte de la campiña, su facha exterior era bucólica y sencilla, no obstante, al entrar, el calor

y la frescura de un hogar muy bien cuidado, las recibió con un cálido soplado. Se sentaron en una pequeña salita con dos muebles forrados de cuero. El anciano les ofreció café caliente que bebieron ansiosas. La anciana, mirándolas con fijeza, les dijo:

—Deben tener hambre.

—No, señora, gracias, no se moleste —dijo Frida.

—No será molestia, a nosotros nos visitan poco. Prepararé algo muy rápido. Siéntanse como en su casa.

Frida asintió, Cosette, que no entendía el idioma, miraba a la protectora para que le tradujera. Lo hizo y le rogó a Frida que accediese porque se moría del hambre. La señora tenía razón, hizo una copiosa comida en apenas media hora. Se la devoraron.

Las atenciones de la pareja de ancianos, tenía de muy buen humor a ambas. El baño reparador que siguió, el cambio de ropas y las camas hospitalarias donde se enfundaron, le dieron vigor a las dos protectoras. Al apagar la luz y estar en los brazos de las almohadas, Cosette le dijo a Frida:

—¿Crees que la policía nos busque?

—No, no lo creo. No hay pruebas que los conduzcan hasta acá, además nuestros pasaportes tienen otra identificación a la dada por Dubront a la policía.

—Confiaré en ti, porque estoy agotada.

—Mañana estaremos en París, la ciudad más hermosa del mundo. Mañana la conocerás.

—Gracias, Frida, me alegra estar contigo, eres la mujer más valiente que he conocido.

—Descansa, mañana espero que sea más calmado que hoy.

Cosette cerró los ojos y al cabo de unos minutos dormía profundamente, entretanto Frida miraba el techo de madera y perdía sus pensamientos en el momento vivido en el departamento en Nueva York. Sintió miedo. Quizá era cierto que los códigos manejaban fuerzas extrañas más allá del entendimiento humano, tal vez por ello, los ocultó Napoleón y los tomó Dubront. No lo sabía. Mañana será un mejor día, pensó. Cerró los ojos y caminó con rapidez a la isla distante e infinita de los sueños.

Arthur Dubront se revoleteaba entre el gentío que discurría en la cena organizada por su director de la campaña presidencial. Personalidades del mundo político, deportivo, empresarial y las artes, se encontraban entre los asistentes que pagaron la —nada despreciable— cantidad de mil dólares para poder asistir

al encuentro con el futuro “Presidente de los Estados Unidos”. Su jefe de campaña tuvo que reacomodar su agenda, en vista de un pequeño “retraso” de una hora del precandidato presidencial. Arthur Dubront lucía intachable en su porte y presentación. Su apostura era espléndida. Sorprendió a todos, blandiendo una sonrisa, de oreja a oreja. Quienes lo conocían desde hace tiempo, reconocieron que se esforzaba en sonreír.

El hombre que afirmaba que nunca tenía tiempo, fue por todas las mesas y estrechó las manos de cada uno de los presentes, besó las manos de las mujeres, cargó a los niños y abrazó a los ancianos. Los invitados —que llegaron a un número de trescientos— se deleitaban con Dubront. La imagen que proyectaba el magnate era la del americano exitoso, trabajador, ególatra y líder. Según un periodista de Los Ángeles «No existía en toda América, un hombre con la visión y hambre de triunfo de Arthur». Era el alma viva de la reencarnación del norteamericano exitoso. Era la esperanza de muchos para revivir el “sueño estadounidense”.

A quienes lo llamaron por su apelativo —Mr. D— él les “suplicó” que, por favor, le dijeran Arthur a secas. Muchos de los prosélitos presentes, lo seguían por su exitosa carrera empresarial. Él levantó un imperio de la nada. Era el “arquetipo” del estadounidense perfecto. Un periódico de Boston, que comulgaba con sus ideas, publicó:

“Arthur Dubront representa el ideario del americano que todos deseamos ser. Mr. D es el padre a quien todos queremos seguir, el hermano de quien enorgullecemos, el esposo a quien amar, el amigo que apreciamos, el vecino respetuoso, el caballero de las mujeres, el padre amoroso. Es posible que el señor Dubront tenga algunas ideas radicales, pero fueron esas ideas radicales, las que fundaron y han mantenido por años, la gloria de los Estados de la Unión”.

El lema principal de su campaña —Los americanos primero y si queda algo, será también para los americanos —captó la atención del radicalismo estadounidense. Muchos de los norteamericanos, cansados de ver como su país se deshinchaba con el arribo de miles de inmigrantes extranjeros, querían ver relucir el verdadero espíritu de la Unión que fue forjado en los tiempos de independencia. El norteamericano puro, ese que afirmaba descender de Lincoln y Jefferson, de Washington y Franklin, de Wilson y Roosevelt, de Patton y Eisenhower, veía a Dubront como el defensor real de los Estados Unidos.

Arthur saludó a cada uno de los presentes. Su fotógrafo estuvo muy pendiente de realizar las tomas precisas que serían publicadas por los medios autorizados. Muchos artistas y deportistas de élite, presentes en la comida, solicitaron unos selfies para promocionarlos a través de las más penetrantes y populares redes sociales.

Al finalizar su paseo entre las personas, Dubront dio un breve, pero significativo discurso. Su epílogo sería reseñado por todos los medios de comunicación. *“... y yo, Arthur Dubront, un humilde trabajador de los Estados Unidos, he recibido de mi país muchas bendiciones que me hicieron un empresario exitoso y próspero. Hoy me veo en la obligación de retribuir a América parte de lo que ella me ha dado. Acompañenme en este camino y les aseguro que nos los defraudaré”.*

El precandidato se sentó en su mesa, junto dos grandes estrellas de cine, dos senadores del partido republicano, dos generales retirados del Ejército y su invitado especial de última hora, el nuncio apostólico. Arthur se desenvolvía como pez en el agua en el mundo de vanidad y poder. Dos horas bastaron para que el acaudalado hombre de negocios “hechizara” a todos los presentes.

Después de recibir su “baño” de pueblo, Dubront se dirigió a su oficina situada en lo más alto de la Torre D, allá lo esperaba su asistente Cinthya que no asistió a la cena. Arthur entró y se quitó su sempiterno bléiser negro y se aflojó la corbata roja. Su secretaria, permanecía de pie frente a un sofá que, como un león marino, se apretujaba a una de las ventanas. Un buen maquillaje disimulaba el moretón de uno de sus pómulos. Al fondo, una Nueva York, viva e indomable, se presentaba como un cuadro surrealista de Dalí.

Banner tenía el rostro bajo y marchito. Dio las buenas noches a Dubront que la invitó a sentarse. Ella lo hizo de inmediato. Le preguntó si deseaba un whisky. Ella asintió. Él sirvió dos vasos de escocés en las rocas y se sentó en el sofá. Servir un trago a su acompañante era una de las pocas cosas que Mr. D hacía con sus propias manos. Cinthya sacó su libreta de anotaciones e iba a hablar cuando Dubront levantó su mano izquierda. Ella se detuvo.

—¡Bebe tu whisky, Cinthya!

—Gracias, Mr. D —tomó el vaso y bebió un sorbo.

—No debes sentirte apenada por lo que sucedió esta mañana.

Con voz dubitativa, expresó:

—Yo quería decirle, señor Dubront, que de no ser por mí, esas malditas no hubiesen escapado.

—Tú no tienes la culpa de lo que sucedió. La responsabilidad es mía por haberlas subestimado, en especial a Frida... ¿Así se llama, verdad?

—Sí, señor, pero yo permití que se acercaran a usted.

—Tú hiciste bien tu trabajo. Eres la persona en quien más confío en el mundo. Empero detrás de ellas hay una gran organización.

El hombre bebió un buen sorbo de escocés. Agrió el rostro e inquirió:

—¿El evento de Queens fue bien solapado? ¿Te encargaste de ello?

—Sí, señor. Incluso lo sucedido en el aeropuerto fue silenciado por la prensa. Ningún dato de lo sucedido, salió a la luz pública. Nada afectará su imagen en los Estados Unidos y en el mundo.

—Bien, por cierto...ya apareció el avión en Francia, en Normandía. Las autoridades ya lo ubicaron en un área rural, en la campiña. Solo un experto piloto puede aterrizar un avión allí.

—¿La mujer es una piloto experta?

—Lo es. Averigüé acerca de la tal Frida y los datos que obtuve fueron muy reveladores. Es una botánica francesa, pero detrás de esa fachada hay una expiloto de la Fuerza Aérea Francesa, además de ser una atleta consumada. Fue campeona europea de natación y es diestra en las armas.

—Jamás me lo hubiese imaginado. Pero ¿para quién trabaja?

—Sólo dos personas en el mundo pueden estar interesados en recuperar los códigos perdidos de la iglesia. Uno de ellos es el Papa y el otro, es mejor no mencionarlo.

—¿Y por qué la dejó escapar?

—No la dejó escapar. Solo le di un poco de tiempo. Necesito llegar al fondo de este asunto. Solo, soltando las riendas de un animal, se puede seguir su pista hasta su madriguera. Una fiera libre siempre llegará a la puerta de la casa de su amo. Ya pronto tendremos noticias de ella.

—¿Por qué lo dice, Mr. D?

—Porque iremos a Europa. Hay un asunto que debo resolver allá lo más pronto posible. Un asunto de suma urgencia que no puedo posponer.

—¿Cuándo señor?

—Partiremos mañana al mediodía. Haz todos los preparativos. El itinerario debe incluir Berlín, París y Roma. Más tarde te diré las personas que nos acompañarán. Mi jefe de seguridad, el señor Chastain, está allá desde hace unos días y ha allanado el camino. Te daré detalles de todo lo concerniente al viaje más adelante. Aprovecharé mi estada allá para proyectar mi imagen y atender algunos asuntos. Haz las coordinaciones con el jefe de campaña que ya está en cuenta del viaje, para los detalles logísticos y el desplazamiento en Europa.

—Sí, señor. Lo haré.

—Hay otra cosa que debo pedirte. Sé que no debería hacerlo porque eres un monolito en tu fidelidad hacia mí, pero es mi deber hacerlo.

—Señor, daría mi vida por usted —dijo con voz subyugada.

Hubo un mutis donde Dubront bebió un sorbo de escocés.

—La señora que hoy viste en Queens... no existe. Jamás la viste, bórrala de tu mente.

—¿Qué señora? —inquirió con un dejo de sarcasmo.

—Gracias. Por eso eres la persona de mi mayor confianza. Ahora, por favor encárgate de todos los asuntos del viaje.

—Sí, señor.

La mujer bebió el último sorbo de licor y salió de inmediato, taconeando el piso. Mr. D se quedó viendo el cuadro de Botero con los dos gorditos sonrientes en el medio de la jungla y espetó un suspiro. Pero no era el arte de las figuras orondas del pintor colombiano lo que hizo emerger de sus entrañas esa expresión involuntaria. Era preocupación. Tomó su teléfono y comenzó un chat.

—¿Conseguiste los explosivos?

—No, aún no. Pero encontré el modo de obtenerlos lo más pronto posible.

—Cuando lo hagas me informas. No debes fallar en tu intento.

—No lo haré, jamás falló.

—Date prisa. Ahora más que nunca es necesario que lo obtenga. Muchas cosas han cambiado.

—Sí, lo haré.

Bebió un sorbo de Whisky y cruzó las piernas. Su pie izquierdo, apoyado en la rodilla derecha, se movía con intranquilidad. Sentía que los nudos con que tenía atado el asunto de los códigos se desanudaban con lentitud. Su mente corcoveó hasta los minutos posteriores a la huida de Frida del departamento en Queens.

—¿Puedes desatarte, Cinthya?

—Sí, señor. Las cuerdas no están atadas con fuerza.

—Hazlo.

Cinthya movió sus hombros con fuerza, mientras su rostro se tornaba bermejo. Expelió aire en varias oportunidades hasta que se zafó de las ataduras. Sus manos deshicieron los nudos gordianos de las sirgas que envolvían sus tobillos. Desató a Arthur primero y a la vieja después. Todos frotaron sus muñecas en un intento de estimular el flujo sanguíneo interrumpido hacia sus manos.

—¡Cinthya, ve por ayuda!

—Sí, Mr. D.

La mujer iba a salir cuando Dubront la sujetó por el brazo.

—¡Deja que escapen! De ellas nos encargaremos luego. Cuando esté abajo el auto, subes y me avisas. Nadie debe saber que estoy aquí y desde luego, la prensa menos.

—Sí, Mr. D.

El hombre aflojó el brazo de su asistente y ella salió despavorida. Mientras tanto, la anciana permanecía sentada en su austera poltrona con la vista perdida. Arthur se acercó, se arrodilló delante de ella y le preguntó:

—¿Estás segura?

Lo vio a través de sus desgastados y ruines párpados y le dijo:

—Sí, es ella.

—¡Pero eso es imposible!

—Tiene que ser ella. No hay otro modo de explicar lo que sintió. Ella se perturbó cuando la toqué y tenía en su mano los códigos. Tuvo una visión. Es ella, no hay otra explicación.

—Pero de ser así, estamos en peligro. Tiene los códigos.

—Sí. Debes viajar a Europa, no debes perder tiempo, recuerda que allá será la ceremonia.

—Sí, lo sé.

La mujer lo tomó de las manos y mirándolo a través de las persianas grises de sus ojos, le dijo:

—Has trabajado para ser el hombre más poderoso de la Tierra, no puedes desperdiciar esta oportunidad.

En ese momento, se abrió la puerta del departamento y Cinthya ingresó a la sala.

—Ya llegó el auto, Mr. D.

—Voy.

—No falles, Arthur —dijo la anciana.

—No fallaré.

El magnate bebió el último sorbo de whisky. Fue hasta su caja fuerte y la abrió. Sacó un libro, tomó un dinero en efectivo y su pasaporte. Cerró la caja y llamó por el intercomunicador a Cinthya. Ella llegó de inmediato.

—¿Hiciste todas las coordinaciones del viaje?

—Ya casi, señor.

—Bien, iré hasta mi casa. Partiremos mañana.

El hombre se dirigió al ascensor en compañía de su asistente. La puerta se abrió y Mr. D entró. Pulsó el botón para mantener abierto el ascensor.

—Se me olvidó decirte. Debes llevar un vestido negro protocolar y un velo del mismo color.

—Sí, señor, lo haré... disculpe la pregunta ¿Por qué ese atavío?

—Porque conocerás al Papa.

La puerta se cerró y Cinthya sintió como su quijada se desprendía del maxilar superior.

A las diez de la mañana del siguiente día, Cosette y Frida llegaron, a pie, a la estación del metro de Châtellet Les Halles. El aire immaculado matutino acariciaba el rostro refulgente de la diminuta mujer que, como una niña en un parque, disfrutaba los detalles más insignificantes de París. Desde que tomaron el bus en Normandía, hasta su llegada en las periferias de la *île de France*. Cosette pintó una sonrisa infantil que tenía de buen ánimo a Frida. Mirando el rostro lerdo de la pequeña “protectora”, comprendió lo que significaba anhelar ir a algún lugar y disfrutar de sus rincones.

Frida rastrilló a Cosette. Se encontraba encerrada en el elixir de su primer encuentro con París. Sus ojos irradiaban un sentimiento de paz y jolgorio, de alegría y simpleza, de dulzura y relajación. El vagón del metro se abrió y el gentío variopinto que se adensaba en la puerta salió expelido. Las dos mujeres entraron y se acomodaron entre las personas que pululaban a esa hora. El metro arrancó y las protectoras atravesaron las entrañas de París y llegaron con rapidez a Bercy. El bululú salió y ellas lo hicieron de últimas, dando chance que las personas se dispersaran entre los pasillos agrestes de la estación y sus escalinatas avejentadas.

Al emerger, sintieron como el sol picante pellizcaba la piel desnuda de sus brazos y sus rostros. Se adentraron entre las laberínticas calles de la ciudad y los cafés atiborrados de personas. El espíritu bohemio y perpetuo de París se deslizaba entre las sillas y mesas de los negocios. Parecía que entre los clientes

sentados allí, podría levantarse, de un momento a otro, Hemingway, Gauguin, Van Gogh, Rodin, Víctor Hugo, Curie u otro personaje que dejó su impronta indeleble en la vida parisense.

Marchando raudas entre los arcos vegetales que engalanaban la calle y dejándose tostar por el sol primaveral, Cosette le dijo a Frida:

—¡Qué hermosa es París!

—Pero, si no has conocido nada.

—Sí, pero lo que he conocido me parece maravillosa. ¿La Torre Eiffel está cerca de aquí?

—No, amiga, desde aquí no se ve, pero después de ir hasta el departamento de Jean Pierre, nos cambiaremos en mi departamento e iremos hasta Trocadero donde almorzaremos frente a la Torre Eiffel, símbolo de la ciudad. Seguro Jean Pierre nos acompañará.

—¿Es tan hermosa como dicen?

—Más de lo que expresan, es impresionante.

—Y ¿Podremos subir? —Miró con ojos suplicantes a Frida —Siempre he querido gritar desde arriba que soy la reina del universo.

Frida soltó una carcajada, asintiendo. Siguieron caminando cuando Cosette inquirió:

—¿Estás segura que tu amigo estará en su departamento?

—Sí. Cuando él no me contesta el teléfono es porque pasa largos períodos durmiendo en su departamento. Es muy hurón. Su trabajo como agente de seguridad le trae muchos desvelos y aprovecha esos largos periodos para dormir.

—Ustedes los franceses son gente agradable.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, los señores de Normandía se portaron muy bien. Nos dieron acogida y sin conocernos, nos alimentaron, nos dieron posada, ropa y nos llevaron hasta la estación de trenes.

—Sí, fueron muy amables. Normalmente no son así, fue un verdadero milagro. Los franceses del norte son menos abiertos y calurosos que los del sur.

—Bueno, en todas partes se consiguen personas amables y también muchos rufianes.

—Es cierto. Cambiando de tema, ¿Qué es lo que más te ha gustado de París?

Cosette enarcó las cejas y, blandiendo una mirada entre los parisinos que navegaban a contracorriente, dijo:

—La elegancia de las mujeres. Ahora comprendo el mito de la moda parisina. Parecen unos maniqués ambulantes.

—Menos yo que estoy vuelta harapos.

—¡Jaja! yo también, la ropa que nos dio la señora está pasada un poco de

moda.

—¡Jaja! bueno lo importante es que nos cambiamos y recuperamos energía.

El paso raudo de ambas las llevó a doblar en la esquina de un restaurante viejo que aún permanecía cerrado, a esa hora. Al cruzar la calle, discurrieron por el filo de la acera y Frida elevó la mirada hacia un edificio a la derecha.

—Es aquí.

La mujer de los ojos claros sacó un manajo de llaves que cargaba en su cartera y la deslizó en la cerradura. La puerta restalló y se abrió con el impulso fuerte que le dio la francesa. Entraron. Unas escaleras ajadas por el tiempo, con sus peldaños desgastados, las recibieron. Los pasos centellantes dispersaban el silencio que siseaba en el lugar. Al llegar al tercer piso, el rellano, sobrio y adusto, refractó dos viejas puertas que se veían entre sí como dos eternos enamorados que jamás han podido besarse. Frida pulsó el botón y el sonido oxidado de un timbre saltó detrás de la puerta.

La francesa miró a la pequeña mujer que la observaba desde la bajeza de su metro cincuenta. Frida volvió a pulsar el timbre y no hubo respuesta. Manoseó el manajo e introdujo una llave dorada en la aldabilla. No hubo resistencia. Frida agrió el rostro. Abrió con sutileza la puerta y la penumbra reinante en el interior cerró su vista. Encendió la luz de la pequeña sala y pudo ver lo que escondía la oscuridad.

El departamento estaba en completo desorden. Los muebles fueron volteados y rotos, sus coberturas rasgadas y las gavetas vaciadas. En el piso, los enseres y el mobiliario estaban regados como una hilera de muertos esparcidos en el campo. Parecía que un tifón pasó por el lugar.

Frida miró hacia la pequeña cocina y encontró el mismo caos. Con sumo cuidado, recogió un cuchillo del piso. Le dio indicaciones a la asustadiza Cosette que permaneciera fuera. La francesa anduvo por el pasillo y llegó a las dos habitaciones del departamento. Ambas puertas permanecían abiertas. Encendió las luces y miró el mismo desastre. Con el rostro bullido, regresó hasta la puerta del departamento. Los ojos ávidos de Cosette la taladraron.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé. No tengo idea. Pero definitivamente, algo malo ha sucedido.

—¿Quién pudo haber hecho esto?

—No lo sé —respondió Frida.

Unos pasos se escurrieron por las escaleras. Las dos mujeres se miraron y Frida salió al pasillo. Tomó a Cosette por un brazo y la puso detrás de ella. Su mano derecha escondía en su espalda el cuchillo. Las pisadas se hicieron cada vez más fuertes. Frida miró como un cuerpo se elevaba por los peldaños de la escalera. Dobló en el rellano y se aproximó hacia ella. Con mucha sutileza,

aflojó su mano, dejando caer el cuchillo en el piso.

Reconoció al anciano que vivía enfrente. Cargaba una bolsa de comida y un *baguette* debajo de su axila izquierda. El hombre llegó al penúltimo escalón y vio a la francesa que se proyectaba como una sombra tras las luces del departamento. El anciano rayaba la séptima década de vida. Ajustó sus lentes a su nariz gigantesca, acicaló su pelo ralo y grisáceo, y la miró con detenimiento.

—Señor Paul ¿Cómo está?

El viejo tardó unos imperceptibles segundos en responder.

—Estoy bien ¿Quién es usted?

Frida carraspeó. El viejo terminó de subir al rellano del piso. La francesa dijo con voz más pausada:

—Soy Frida, la amiga de Jean Pierre.

El parisino desdibujó del rostro los vestigios de acritud.

—Frida, no la reconocí. Discúlpeme.

—No se preocupe.

Detrás de ella, la figura espabilada de Cosette se asomaba como una sombra.

—Ella es mi amiga.

—*Enchanté.*

La pusilánime mujer sonrió.

Elle ne parle pas le français.

—*J'ai compris.*

Cosette sonrió desde la ignorancia de su desconocimiento de la lengua. El hombre aguzó la mirada y vio el chiquero del departamento y ladeó su rostro.

—Alguien se metió en el departamento y lo destruyó. ¿Usted sabe dónde está Jean Pierre?

El anciano miró con asombro a Frida. Sus labios se arrugaron, sus fosas nasales se abrieron como dos grandes abismos y sus ojos aletearon debajo de sus cejas enarcadas. Luego espetó con una voz lúgubre:

—¿Usted no sabe la noticia?

—¿Qué sucedió? —inquirió Frida vehemente y con el ceño fruncido.

Con voz pausada y penumbrosa, tremoló:

—Jean Pierre murió de un infarto en el metro, ayer. Su cuerpo está en la morgue en espera de que alguien lo reclame.

—¿Cómo dijo? Disculpe —dijo Frida de forma casi infantil.

El viejo palpó la reacción crispada de Frida, pero aun así, expresó:

—Lo siento mucho, ayer estuvo aquí la policía y tocó mi puerta y me informó acerca de esta lamentable noticia. Cuando ellos llegaron el departamento vieron el desastre. Lo siento mucho, señorita. Él era un buen hombre.

Frida reaccionó. Bajó la mirada y llevó sus manos a la boca. Sus ojos se enrojecieron y comenzó a sollozar. Se recostó contra la pared y dejó caerse con lentitud, quedando de cuclillas. Se arrodilló, mientras un lamento se escapaba por su garganta. Cosette, que no sabía qué sucedía, vio como el viejo intentó acercarse, pero su mirada iracunda lo detuvo. La pequeña mujer se arrodilló y envolvió los hombros de Frida con un abrazo solaz. El viejo entró en su casa con la cara compungida. El lloro de Frida pasó por el lamento inicial, siguió con un grito ahogado y terminó con un puchero. Los ojos de Cosette se aguaron. Entre los sollozos, Frida se atajó para decir:

—¡Lo mataron! ¡Lo mataron!

—¿Qué ha pasado Frida?

—¡Mataron a Jean Pierre! ¡Mi hermano! ¡Mi amigo! ¡Él era mi todo!

—¿Cómo?

—El señor ha dicho que de un infarto, pero yo no creo. Él era el hombre más saludable del mundo.

—¿Cuándo?

—Ayer. Su cuerpo está en la morgue de París.

—Te acompaño hasta allá. Vamos, ponte de pie.

Frida miró los ojos suplicantes de la diminuta mujer y su esfuerzo para tratar de levantarla. Ella se puso de pie e iba a dar el primer paso cuando se detuvo.

—¿Qué sucede, Frida?

—¡No debemos ir a la morgue! —expresó tajante.

—¿Por qué?

Frida miró, a través de las lagunas de sus ojos, a la pequeña Cosette y sentenció:

—Quién mató a Jean Pierre, también me quiere muerta.

—¿Por qué lo dices?

—La última vez que hablé con Jean Pierre me dijo que quería hablar conmigo. Me quería decir algo. Yo le exigí que me lo dijera, pero él insistió que debía estar seguro de algo que me diría. Prometió que hablaríamos al regresar.

—No crees que será mejor ubicar al Maestre de París de la orden, entregarle los códigos. Él debe saber qué sucedió con tu amigo.

—No, Cosette. No confío en nadie. Antes de entregar los códigos, primero averiguaré quien mató a Jean Pierre y por qué.

Frida le ordenó a la pequeña mujer que cerrara la puerta, fue hasta el baño y abrió la pila de agua caliente. Cosette la siguió y miró aturdida lo que hacía la francesa. Efluvios de vapor de agua inundaron el cuarto de baño. El espejo se empañó. Frida miraba con atención el espejo. Una A y una E, paralelas entre sí, aparecieron en la superficie del espejo como dos fantasmas que emergen del más

allá. Frida avinagró el rostro y miró a Cosette.

—A Jean Pierre lo mataron.

—No entiendo, Frida. ¿qué significan esas letras?

—Nosotros teníamos un código secreto. Cuando sentíamos que nuestras vidas peligraban o la misión podía fallar y no podíamos comunicarnos por ningún medio electrónico o personalmente, dejábamos en el espejo empañado las letras de A y E.

—¿Y eso qué significa?

—¡Qué debemos ir hasta la tumba de Abelardo y Eloísa!

—¿Quiénes son ellos?

—Los trágicos amantes franceses. Debemos ir al cementerio de *Père-Lachaise*. Allí me dejó el mensaje. ¡Vamos!

Las dos mujeres salieron del baño, pasaron entre los cuchitriles volteados y el caos. Dejaron el departamento y bajaron raudas por las escaleras. En la calle doblaron hacia la derecha y llegaron a la vía principal de Bercy donde tomaron un taxi.

—*Au cimetière de Père-Lachaise, S'il vous plaît.*

—*Ça va* —respondió el chofer, un viejo parisino con aire de Monet.

El auto recorrió raudo las calles de París. La mirada de Frida iba perdida en la ciudad luz. Sus ojos enrojecidos permanecían fijos en la nada. Mientras tanto, Cosette miraba a París con sus detalles más emblemáticos. Pasaron frente a la Torre Eiffel y la pusilánime mujer la miró igual que un niño ve los confites de una dulcería. Parecía una niña. Doblaron y subieron por los campos elíseos.

Después de veinte minutos llegaron a una de las puertas del cementerio. Apoquinaron veinte euros y se apearon del vehículo. Caminaron a través del camposanto. El sol permanecía guindado en la cúpula azul del cielo como una gran bambalina incandescente. El viento detuvo su paso arrollador y los haces de luz tostaban sus pieles. Pocas personas caminaban entre las tumbas a esa hora del día. Frida miró a Cosette que no dejaba de ver hacia todos los lados. Marcharon por los laberínticos espacios del cementerio. Con la voz cansina por el paso rápido, Cosette inquirió:

—La tumba, esa a la que nos dirigimos ¿Es importante?

—Sí, es un símbolo del romanticismo, a pesar que es una historia trágica de amor. Abelardo fue un filósofo francés de ideas renovadoras a principios del primer milenio. Después de crear su prestigio como educador y hombre de ideas, un cliente le encargó la educación de su joven sobrina. Lo inevitable pasó. Ambos se enamoraron, huyeron y tuvieron un hijo. El tío de la joven, iracundo y ofendido, contrató unos mercenarios que castraron a Abelardo. Éste, humillado, obligó a Eloísa que tomara los hábitos y más nunca se acercó a ella, aunque

mantuvieron una relación epistolar de antología, donde el amor y el dolor se solapaban. Lo hicieron hasta morir. En el siglo XIX los cuerpos de ambos fueron enterrados juntos, en la tumba que veremos.

—Vaya historia, me produce escalofrío.

—Así yo le decía a Jean Pierre. Es una historia de terror, no de amor. Pero él la adoraba. Estamos llegando.

Las dos mujeres arribaron al panteón de los trágicos amantes. Era una especie de pabellón de mármol gris con las efigies acostadas de los amantes sobre las tumbas. Frida se acercó y vio hacia los lados. Metió su mano en una de las losas triangulares situadas en el techo de la estructura. Apartó con cuidado un ladrillo y sacó de su interior una agenda. Volvió a colocarlo en su lugar y salió tan rápido como entró. Frida oteó el cementerio y buscó la sombra de un árbol donde sentarse. Lo encontró a unos pocos metros. Ambas se sentaron. La francesa abrió la agenda y vio una carta ológrafa de Jean Pierre, sus ojos se sumieron en sus letras.

“Querida Frida, si lees está carta es porque estoy muerto. Traté de comunicarme contigo por cualquier medio mientras permaneciste en Nueva York, pero fue imposible. No pude utilizar los canales normales porque me vigilaban. Cuando nos vimos por última vez en la catedral de Notre Dame, te dije acerca de un asunto importante del cual debíamos hablar, pero que no quería hacerlo hasta que estuviera totalmente convencido de la información.

Me conoces y sabes que eres lo máspreciado para mí. Hemos crecido juntos y dedicamos nuestras vidas a la orden de los protectores, la cual juramos defender. Hoy te afirmo, con toda certeza, que la orden está infiltrada. Desde hace más de tres meses tenía sospechas, pero, al día de hoy, las he comprobado.

Hace un año, la orden me ordenó investigar acerca de los pergaminos perdidos del código Vaticano. El Comendador me pidió, en persona, que averiguara todo lo referente a estos codex de la Iglesia extraviados en los tiempos de Bonaparte. Alguien los puso a la venta en el submundo del esoterismo. Mi investigación me llevó a conocer a un protector belga con quien comencé a intercambiar impresiones. Después de un tiempo, él me informó que una logia de maldad llamada los discípulos, querían, también, los pergaminos.

Mi búsqueda me llevó tras la pista de un alemán llamado Otto Gebauer quién conocía como dar el uso correcto a estos códices. Ubiqué a este hombre en Berlín y comencé a hacerle seguimiento. Era un hombre escurridizo y ladino. No era de confiar. Luego, el protector belga me acompañó hasta Lyon, donde están los archivos de la orden, para investigar un poco más acerca de los pergaminos y la logia de los discípulos. Encontramos información relevante.

Los discípulos son una logia con un fin claro: crear las condiciones para el

ascenso de la Trinidad del Mal. Nuestra organización perseguía evitarlo a toda costa. Razoné que era ilógico que ambas logias no hubiesen chocado en tanto tiempo. ¿Sería posible que los protectores estuvieran infiltrados? Me pregunté.

Ambos nos separamos e investigamos por separado sus pistas. La desaparición del protector belga confirmó mis sospechas de que estábamos infiltrados.

Desconfié entonces de la organización. Continué con mi investigación del señor Otto porque estaba seguro que él sabía el uso de estos códigos y su relación con los discípulos. Ubiqué al susodicho en Berlín, fui hasta su departamento, pero cuando quise conversar con él, Gebauer se me abalanzó, le disparé y lo asesiné. Revisé su departamento y encontré su agenda. Regresé a París y ese día hablamos por última vez.

Después que te fuiste, yo revisé la agenda y encontré una obsesión del señor Gebauer por un supuesto diario privado de Himmler, el jefe nazi de las SS. Un número telefónico se repetía muchas veces. Cuando intenté dar con el dueño de esa línea, comprobé que era de las empresas de Arthur Dubront, el empresario americano. No sé qué papel juega Arthur Dubront en todo esto ni la relevancia de este diario para la interpretación de los códigos.

Hay otra cosa Frida que debo decirte, algo que es muy importante. Siempre me hablaste de tus padres y lo importante que fueron en tu vida hasta que descubriste su verdadera naturaleza. Siempre tuve curiosidad de saber por qué ellos, siendo tus progenitores, pudieron haber hecho tanta maldad. En Lyon encontré la respuesta.

Me infiltré en los archivos de la orden y pude revisar nuestros expedientes. En el tuyo aparecía una investigación previa realizada por las personas que nos captaron. Allí se transcribía que tú eras adoptada. No sé cuál es la verdadera interpretación de este hecho. Es importante que conozcas a plenitud si esta información es cierta.

Frida, tú eres la mujer más inteligente que conozco y sé que descifrarás lo que sucede. Si encontraste los códigos, te pido que no los entregues a la orden, a menos que sea al Comendador, es la única persona en quien confío. Creo que el diario de Himmler, si existe, es crucial para resolver esta situación y saber su relevancia. En la agenda de Otto menciona que el diario está enterrado debajo del monumento de Udo Düllick, en Berlín.,

Si me mataron, tu vida corre peligro. No confíes en nadie.

Tuyo siempre y para siempre, mi Frida”.

Jean Pierre.

Un hilo de lágrimas brotó por los ojos violetas de la francesa y descendió por sus pómulos tostados y enrojecidos. Sus manos cerraron el manuscrito, lo

apretujaron contra su pecho que no cesaba de moverse en movimientos continuos. Expelió un suspiro desde sus adentros y perdió su mirada entre las tumbas añosas del cementerio. Cosette la tomó de una mano y la miró con fijeza. El silencio las envolvía, un mutis apretujaba el alma de la francesa. Su mundo se desmoronaba ante sus ojos. No quería creer las palabras manuscritas que les dejó Jean Pierre, pero debía hacerlo. Era la única persona en el mundo que jamás le mintió. Sí él decía que la orden fue infiltrada, era verdad. Si él afirmaba que ella era adoptada, entonces significaba que sus padres —aquellos que aún odiaba— no eran sus progenitores. Su muerte justificaba sus palabras.

Aceptar la verdad era difícil, pero era lo correcto. Si la organización fue infiltrada, los alcances eran inimaginables. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo comprobar la teoría de Jean Pierre? Solo existía una sola forma de averiguarlo. La voz infantil de Cosette llegó a sus oídos y el barulló fue inteligible. Volteó hacia ella.

—¿Qué te dijo? ¿Qué ha pasado Frida?

Con ahínco y determinación en cada palabra, letra y sílaba expresó vehemente:

—¡Debemos viajar a Berlín!

Tomó a Cosette de la mano, se levantó y caminó en dirección hacia la salida del laberíntico cementerio. La pequeña mujer le seguía el paso bajo una niebla de incertidumbre y asombro. Su visita a París, la bella ciudad de amantes y artistas, sería interrumpida. Asuntos más importantes aguardaban por ambas en la sombría y enigmática Berlín.

21

Reinhard Heydrich se asomó por la ventana de su despacho, situado en el castillo de Praga y vio como la ciudad se despertaba, somnolienta, a orillas del río Moldava. Rezumó una sonrisa soterrada en sus labios delgados. Era la mañana del miércoles 27 de mayo de 1942. El General de las SS llevó sus manos detrás de sus caderas anchas y cuadradas que parecían de mujer. Ese defecto físico lo heredó de su madre quien tenía una pelvis anchísima como la de un hipopótamo. La odiaba por esa razón.

Orgulloso de saberse el estereotipo del nazi perfecto, se relamía de placer al ver su imagen reflejada en las decenas de espejos que ordenó colocar en el castillo.

Meditabundo e imbuido en su gozo, miraba con sus profundos ojos azules a Praga, una ciudad que detestaba. Aborrecía sus calles estrechas, su gente campechana, su aire bucólico, su clima cambiante y sus olores inextricables. «Hoy estaré en Berlín», pensó. Volvió a sonreír. Recordó las razones de sentirse alegre por este oportuno viaje a la capital alemana.

«Vaya al Protectorado de Bohemia y Moravia y aplaste la Resistencia», le dijo un enfurecido Hitler, hace menos de un año y él cumplió, a cabalidad, la misión.

Checoslovaquia, un pequeño país situado en los sudestes de Alemania, fue reclamada por el *Führer* para ser anexado al *Lebensraum* en 1938. El proyecto político de Hitler, plasmado en el *Meim Kampf*, comenzaba a fraguarse. Alemania necesitaba expandir sus fronteras y la pequeña nación de eslavos fue la primera presa. El Tercer Reich exigió la entrega de los territorios de los Sudestes para “protegerlos” contra la amenaza del comunismo y otros enemigos. En una negociación, que no incluyó al gobierno de Praga, y a través de una diplomacia de gánster, las potencias occidentales, pasmadas ante la apetencia de poder de Hitler, cedieron a sus exigencias mafiosas. «Solo quiero esa pequeña porción de territorio —decía— y me conformaré». «El Tratado de Múnich traerá una paz duradera», afirmó. No obstante, la desmembración de ese país centroeuropeo no trajo la paz anhelada y fue el preludio de lo que le esperaba a Europa ante las ansias insaciables del dictador alemán. Pronto las potencias occidentales se darían cuenta de su error.

Los eslovacos y checos, sintiéndose traicionados por las otras naciones y subyugadas por el ejército alemán —que ocupaba su territorio— iniciaron una leve, pero firme resistencia que incomodaba a los nazis.

Hitler hubiese aplastado de inmediato a toda la población —como era su política —sin embargo, debía ser cuidadoso debido al talento especial de los habitantes del Protectorado. Para el *Führer*, los checos eran *Untermenschen* o “subhombres”, término usado para aquellas personas que no estaban a la par de los arios y debían esclavizar o eliminar de la faz de la tierra. Pero estos eslavos eran una mano de obra insustituible para la industria bélica alemana y el trato hacia ellos debía ser *sui generis*.

En vista de ese problema, Hitler le solicitó a Himmler que lo aconsejara qué hacer. El *Reichführer-SS*, sin titubear, le recomendó que pusiese al frente del Protectorado a su mejor efectivo, el temido e implacable Reinhard Heydrich.

El *SS-ObergruppenFührer* llegó a Praga y después de haber apresado al anterior *Reich Protector*, Konstantin Von Neurath, ejecutó, sumariamente, a más de quinientos checos de la intelectualidad praguense que eran sospechosos de integrar la resistencia. Una niebla agrisada de terror se apoderó de Praga.

No obstante, después de las ejecuciones, la mano de hierro del Carnicero de Praga —apelativo con el que era conocido —fue cubierta con un guante de seda y un mes más tarde, sorprendió y complació al país, al ordenar un aumento en la ración de manteca y otros alimentos. Era la política del “palo y la zanahoria” como el mismo Reinhard la llamó. El horror de sus acciones desanimaba a los líderes de la resistencia, mientras que los pequeños extras motivaban al ciudadano común. Ese vaivén de terror y recompensa determinó el destino de la Resistencia que fue, prácticamente, aniquilada. Los trabajadores checoslovacos aumentaron su producción en la industria bélica y dejaron a un lado sus ansias de libertad. Una nube de conformismo —con su invasor —los invadió. La táctica de Heydrich dio resultado y la “Bestia rubia” continuó, por largo tiempo, con su trato de doble filo con los checos. Los resultados fueron casi inmediatos. La producción industrial fue doblada y los praguenses no dieron más visos de querer liberarse. Hitler danzaba complacido.

La otra razón de su regocijo hacía relamer sus labios. Hitler lo había llamado a Berlín para que asistiese a una entrevista. Hasta ese momento, sus contactos con el *Führer* siempre fueron a través de su mentor, Heinrich Himmler. Heydrich sentía que a su jefe no le gustaba la idea de que él tuviese un canal directo con Hitler. La razón era muy simple, el *Reichsführer-SS* sentía un temor enorme de que su subordinado brillara delante del líder del Tercer *Reich* y de algún modo, considerara la posibilidad de reemplazarlo al frente de las SS. La preocupación de Himmler tenía asideros, pues en muchas ocasiones, Hitler llegó a afirmar, a su círculo íntimo, que admiraba la determinación y la fiereza de Heydrich.

Cuando él supo que su jefe lo había recomendado para dirigir el Protectorado de Bohemia y Moravia, estaba conteste que Himmler quería alejarlo de la elipsis

de poder de Berlín. Empero, Heydrich se las arregló para sacar ventaja de ello. Su triunfo indiscutido al frente del Protectorado y el aumento de la producción armamentista checa, eran su mejor aval.

Heydrich sabía más de su futuro que el mismo Himmler. Martin Borman, el secretario personal del *Führer*, le comentó, días antes, la verdadera razón de la entrevista. El líder del Tercer *Reich* consideraba la posibilidad de enviarlo para “apaciguar” la joya de las conquistas alemanas: la indomable Francia.

La Resistencia francesa era una fuerza militar importante y Hitler quería que su subordinado la destrozase del mismo modo como lo hizo con la checoslovaca. La entrevista era para ordenarle esta nueva misión. París sería su próximo destino. Su avance para convertirse en el segundo hombre más importante de Alemania, parecía indetenible.

Pero Heydrich no era tonto. No debía contar los pollos antes de nacer. Reemplazar a Himmler era cuestión de tiempo, no obstante, aún el *Reichsführer* tenía el apoyo irrestricto de Hitler. Debía actuar con mesura, audacia y sagacidad. Aún debía inclinarse ante el señor de las SS y tenía una deuda con él: encontrar el anatema.

Heydrich hizo lo impensable, lo que nadie había logrado, él encontró el anatema perdido. Haber cumplido con la misión y la satisfacción de librarse de Himmler, eran las otras dos razones de su complacencia y júbilo. La noche anterior llamó al *Reichsführer-SS* y le informó de su hallazgo. Un Himmler ansioso le pidió que se le presentara al llegar a Berlín.

El *Reich Protector* oteó, de nuevo, desde lo alto, la ciudad de Praga. Un pálpito le gritaba que sería la última vez que la vería desde ese balcón. Vio el río Moldava atravesar la ciudad y como el sol centelleante llenaba de color a la añosa ciudad con aire medieval. Complacido de haber cumplido su deber, se enfundó la gorra y tomó su portafolio.

Abrió la puerta de su oficina y marchó a través de los laberínticos y centenarios pasillos del castillo. A su paso, una estela de saludos, armas al hombro y reverencias se sucedían. Se sentía como un emperador romano cruzando la Vía Apia, al regresar de las campañas militares.

Bajó por las escaleras y dio al lobby principal, donde su guardia de cámara, le esperaba enhiesto con sus guantes y un vaso de agua en una bandeja. Lo tomó y bebió. Se enguantó y salió a las afueras del castillo donde su chofer abrió la puerta de su vehículo protocolar, un Mercedes-Benz 320, descapotable. Se sentó en el asiento trasero cubierto por piel de crin oscuro. El conductor cerró la puerta y se puso al volante. Encendió el vehículo y arrancó con suavidad.

La cúpula celestial de Praga estaba pintada de azul con algunos cirros grises arañando el horizonte en la lejanía. Un viento fresco discurría por la colina del

castillo. A lo lejos, se distinguían los puentes sobre el río Moldava que serpenteaba la ciudad, dividiéndola. El vehículo bajó por las calles empedradas de Praga. Heydrich observaba, con sus ojos amolados y su rostro agrio, a los pocos transeúntes que caminaban a esa hora. Todos bajaban la cabeza a su paso. Los praguenses, al ver el auto que transportaba a su verdugo, aumentaban su cadencia de marcha.

El *Reich Protector* pensaba que un miedo visceral desinflaba el ánimo de los habitantes del Protectorado. Era un terror que helaba sus intenciones de rebelarse. «Llega un momento que la bestia domada le teme tanto al amo que el animal no se atreve, siquiera, en hacerle daño a su señor» le decía a su séquito, en alusión al terror que logró infundir en los praguenses. Estaba convencido de que nadie se atrevería a atentar contra su vida.

Con el convencimiento de tener a los checos comiendo de la mano, Heydrich abrió su portafolio y auscultó algunos documentos importantes acerca del aumento de la producción bélica en el Protectorado. Tenía un plan para la entrevista con el *Führer*. Él asomaría esos números en el momento más álgido de la conversación. Le informaría, además, acerca del total aplastamiento de los últimos vestigios de la resistencia checa. Hitler se alegrará muchísimo. Eso será la estocada final para mi ida a París.

Heydrich iba muy concentrado en los documentos, las matemáticas nunca fueron su fuerte. Le costaba mucho acordarse de los números, fórmulas y porcentajes de las estadísticas de producción.

El sol relamía su piel nívea con los primeros rayos de la mañana. Sacó su pañuelo del bolsillo del pantalón y se secó el sudor que barnizaba su cara. El viento acariciaba sus cabellos. Sus pupilas volvieron a concentrarse en el abanico de hojas que tenía en sus piernas. Sintió cuando el automóvil redujo la velocidad en un cruce angulado.

—¿Qué es esto? —escuchó decir a su chofer.

Heydrich levantó la mirada y observó que en el medio de la carretera, frente al vehículo, un hombre de estatura media y vestido con un traje gris, tenía en su mano derecha una ametralladora Sten. Con la izquierda intentaba zafar el encasquillamiento de los cartuchos en la recámara. El rostro níveo y asustadizo del atacante mostraba su desesperación de tratar de solucionar el atascamiento del arma.

—Reduce la velocidad —gritó Heydrich al chofer que enseguida quitó el pie del acelerador.

Como un gladiador romano en su carroza por el medio del coliseo, Heydrich se puso de pie en la parte de atrás del vehículo y desenfundó su pistola Luger. Le disparó al perpetrador que, al escuchar los disparos, lanzó el arma en el piso y

huyó por una de las aceras de la calle. El chofer, de manera casi inmediata, detuvo el auto, se apeó, sacó su arma y le disparó también. Al ver que el atacante se escapaba, corrió detrás de él.

Entretanto, Heydrich, como un zorro viejo, afiló sus sentidos y buscó entre los transeúntes a los cómplices de aquel conato de atentado. Giró a su derecha y vio, como a unos tres metros, un hombre más joven que el perpetrador de la ametralladora, se puso tembleque al verlo. El *Reich Protector* le apuntó con su arma. El joven, sabiéndose descubierto, sacó dentro de su abrigo un objeto redondo y lo lanzó hacia él. Heydrich miró cómo rodó y se detuvo debajo de la carrocería con un golpe seco. El *Reich Protector* miró de nuevo a su atacante y aguzó la vista para dispararle en el pecho, elevó su arma y pensó en disparar, pero no pudo. Una luz incandescente acompañada de un gran calor, y una onda mecánica estruendosa, lo sacudió y lo tumbó.

Heydrich cayó de espalda sobre el asiento trasero, sin soltar su arma. Tardó un instante en comprender que una fuerte explosión se produjo debajo del vehículo. Iracundo, se puso de pie. Intentó abrir la puerta, pero la cerradura quedó inservible y emanaba un calor que le quemó los dedos, a pesar de cargar guantes. Saltó encima del auto y dio varios pasos, desorientado. Buscó a su atacante que corría en dirección contraria a su compañero de atentado. Intentó apuntar de nuevo, pero un dolor agudo que irradiaba desde su espalda hacia su abdomen, lo detuvo. Comenzó a respirar con dificultad. Vio su uniforme ensangrentado. Las piernas perdieron fuerza. En los últimos segundos de su conciencia, vio como, por su derecha, una checoslovaca se acercaba. El *Reich Protector* le iba a disparar, pero ya su mano, débil, soltó la Luger. Lo último que sintió fueron los brazos de la mujer que intentaban sostenerlo. A lo lejos, escuchó una frase lapidaria:

—¡Lo han matado!

El *Reichführer-SS* contemplaba desde su vehículo, hierático, a su creación más formidable: el campo de concentración de Auschwitz. Arriba, en un marco de hierro, se leía la frase «El trabajo os hará libre». El auto atravesó el gran portón del complejo y se asomaron, enhiestas, las barracas construidas simétricamente. Una escurridiza y kilométrica cerca de alambre de púas rodeaba el lugar como una gran serpiente de acero que avisaba a los prisioneros del campo, la extinción de las palabras: esperanza, libertad y humanidad. Himmler observó la humareda que se elevaba desde la gran chimenea, irruyendo en el cielo azul de Cracovia, como una gran mácula negra. Un olor a carne

chamuscada hizo que tomara su pañuelo perfumado y lo llevara a sus fosas nasales para evitar las náuseas que se arremolinaban en su estómago. De a poco, se acostumbraría, durante la visita, al olor de la infamia. El auto siguió su curso y llegó hasta el interior de las paredes ruines y ladrillosas donde lo esperaba la comitiva que regentaba el campo.

Himmler lucía una leve sonrisa en su rostro ígneo. La noche anterior, su lugarteniente y mejor hombre, Reinhard Heydrich lo llamó por teléfono desde Praga y le dio la noticia que esperaba desde hace casi un año: encontró el anatema celestial. El jefe de las SS no tenía idea de cómo ni de qué forma, el oficial logró hallar tan significativa y rara pieza. No importaba, la “Bestia rubia” ya tendría tiempo de explicarle, esa tarde, cuando llegara a Berlín. La cita sería a las seis. Con el anatema, el proyecto “T” tomaría un nuevo impulso y la invencibilidad del régimen sería un hecho irrefutable. Pero se concentraría en ese asunto al volver a la capital del *Reich*, entretanto, debía disfrutar de la visita al Campo de Auschwitz donde el interés morboso de conocer, *in situ*, los métodos de la *solución final*, para el asunto judío, lo motivaban casi igual que el programa *Lebensborn*. Himmler se sentía como un dios, decidía quien moría y quien vivía en Europa.

El auto se detuvo, el chofer abrió la puerta y el jefe de las SS se apeó de inmediato. Guardó su pañuelo y observó el patio rectangular del complejo, lucía impecable. Un silencio ensordecedor atrapó sus oídos. No se escuchaba ni siquiera el vuelo de alguna mosca.

Un Teniente Coronel de las SS lo recibió. De facciones distinguidas y finas, ojos claros y aguileños, y mentón levantado y cuadrado; el oficial Rudolph Höss lucía acartonado con su uniforme de gala. Su apostura lo hacía ver como un artista de cine alemán, pero tanta distinción y clase no contenían la verdadera naturaleza humana del comandante del campo de concentración más grande y extenso del Mundo. Höss era un sádico narcisista.

El oficial hizo el saludo fascista y Himmler respondió con una leve inclinación de su cabeza.

—Bienvenido, *Reichführer-SS*, es un verdadero honor tenerlo en el campo de Auschwitz.

—Muchas gracias, comandante.

El Teniente Coronel les presentó, uno a uno, a sus oficiales a cargo que, correctamente alineados, extendían sus brazos, orgullosos de ser nazis. Himmler los saludó con la misma frialdad. Pero cuando llegó al último de ellos, el jefe de las SS asomó una sonrisa.

—Nuestro médico del Campo, el Doctor Joseph Mengele.

Himmler recordó el informe enviado por el comandante Höss acerca del

cerril y flemático médico. “*El Doctor Mengele realiza extraños y, cada vez más cruentos experimentos con los prisioneros del campo. Se cree una especie de doctor Frankenstein que juega a ser Dios. Me resulta imposible controlarlo*”. Pero lo que el comandante Höss no sabía, era que Himmler adoraba la anarquía y el caos donde se movía el médico. Su experimentación con seres humanos, llamaba su atención al igual que el dulce atrae las fauces hambrientas de una mosca.

—Un gusto conocerlo, Doctor.

—Igualmente, *Reichführer-SS* —dijo el hombre de bata blanca que parecía todo, menos un médico. Sus ojos desorbitados, sus cabellos hirsutos y mal peinados, y sus manos sucias, lo hacían ver como el sombrerero loco de Alicia en el País de las Maravillas.

—He leído con atención sus informes y quedé impresionado con todas las investigaciones que usted lleva a efecto.

—Lo hago por el beneficio y engrandecimiento del Tercer Reich.

—Lo sé. Me gustaría que ampliara su explicación de todos esos experimentos que usted realiza.

—Será un placer.

—Comandante, el Doctor nos acompañará en la visita al Campo —dijo Himmler, viendo a Höss.

—Por supuesto, *Reichführer-SS* —respondió el oficial.

El Doctor Mengele sonrió, dejando ver sus incisivos separados y agradeció con una reverencia.

—Tengo poco tiempo, comandante. Necesito que hagamos la gira lo más pronto posible.

—Sí, de inmediato comenzaremos.

—Quiero conocer la efectividad del campo para la “*solución final*”

—Sí, señor. He preparado una exposición en mi oficina.

—Me gustaría que me explicara, mientras caminamos hacia el laboratorio del Doctor Mengele.

—Como usted diga, señor.

—Por aquí *Reichführer* —dijo el médico, señalando con su mano y avanzando a paso vivo.

Himmler y Höss lo acompañaron. El comandante inició su exposición, mientras los pasos marciales de la terna bataneaban los adoquines irregulares del patio.

—Como le comenté en mi último informe, el Campo de Auschwitz-Birkenau se ha convertido en el más efectivo ejecutor de la “*solución final*”. Recibimos a diario, cinco “cargamentos” de “mercancía” de toda Europa. Cada tren trae, en

promedio, cuatrocientos judíos que, al llegar, son separados en cuatro grupos. Los niños, ancianos y minusválidos son llevados directamente a las “duchas”. Ellos son “eliminados” a la brevedad. Seleccionamos entre los hombres a aquellos que puedan ejercer un trabajo físico forzado para las labores dentro y fuera del campo, el resto va a las cámaras de gases. De las mujeres, escogemos aquellas que pueden ejercer una función especial en la enfermería, la cocina, la agricultura o la manufactura. Y por último, está el grupo “especial” que es cribado por el Doctor Mengele. Son aquellos que tienen un “interés especial”.

—¿Y a cuales selecciona, Doctor?

Mengele carraspeó y con voz altisonante, al igual que un científico se enorgullece de su trabajo, expresó:

—Mi interés se basa en la pureza racial o los fenómenos. Los gemelos tienen prioridad. Además, están las mujeres de caderas anchas, las personas con cabezas grandes, los que tienen heterocromía en ambos iris, los enanos, los que sufren de hipertrofia de crecimiento, en fin, todos aquellos que pudieran aportar, un grano de arena a la ciencia.

—Comprendo —dijo Himmler, mirando al piso —¿Y cuánto tarda ese proceso desde que la mercancía llega hasta que “desaparece”? Comandante Höss.

—*Reichführer*, me siento orgulloso de decir que hemos reducido todo el proceso a tres horas, desde que arriba un tren, hasta que los judíos se hacen humo.

—¡Es mucho tiempo!

—Sí, sé que es mucho tiempo, pero hay pasos que no se pueden saltar.

—¡Explíqueme mejor, comandante!

—Una vez que el tren llega, bajamos a la mercancía. Es un proceso que hemos tratado de agilizar, pero que siempre dura de quince a veinte minutos. Los *Kapos*, que son prisioneros judíos que colaboran con el proceso de la solución final, ayudan a separar las familias y los grupos. En muchas ocasiones debemos emplear la violencia debido a que las madres, en especial, se oponen a separarse de sus críos. Si las familias fueran separadas, en su sitio de partida, mejoraríamos este proceso. Este aspecto lo he hablado con el comandante Adolf Eichman, pero él me comentó que es imposible realizar esa tarea desde los puntos de salida. También hay otro aspecto. Durante el viaje, los más débiles y enfermos mueren y entonces otro grupo de *Kapos* deben recoger los cadáveres de los vagones... Luego que hemos logrado separar los grupos, el proceso es un poco más rápido, pues los trasladamos a las “duchas” para realizar la gasificación. Ahí se desvisten y una vez dentro de las cámaras, se necesitan veinte minutos para que el ganado judío muera. Aquí comienza lo más difícil,

pues los *Kapos* deben cargar los cadáveres en remolques hasta la zona de los hornos. Empleamos a más de cincuenta “ayudantes” por ducha para agilizar el proceso, pero aun así, ha sido imposible reducir los tiempos. Cuando los cadáveres se encuentran en la zona de los crematorios, son despojados de todo lo valioso. A las mujeres se le rapa el cabello largo y sano, extraemos los dientes de oro, así como tomamos los zarcillos y anillos que no se quitaron. Luego, la basura judía es arrojada a los hornos calientes donde son incinerados. Tardan una hora en hacerse cenizas.

Himmler ajustó sus lentes y preguntó.

—¿La efectividad del Zyklon-B es tan buena como dicen sus informes?

—Sí, es de lo mejor. Es mucho más efectivo que el monóxido de carbono que usábamos antes.

—Eso pensé, Eichman me informó acerca de su letalidad... comandante ¿Qué acción usted ha tomado para evitar que algunos de estos *Kapos* escape y logré develar lo que sucede aquí?

—Cada tres meses, los *kapos* son llevados a las cámaras de gases y los sustituimos, sistemáticamente.

—Veo que no ha dejado nada al azar.

—Nada, señor. En el campo todo funciona con una espléndida sincronización, como un reloj suizo.

—Muy bien, comandante... Me gustaría comentarle que en los campos de Bergen-Belsen y Ravensbrück han habilitado unos burdeles con las mercancías judías en mejores condiciones. Este empleo ha traído beneficios económicos al campo, permite una buena salud mental de los *Kapos* y proporciona fetos y niños para las experimentaciones.

—Muy buena idea —comentó Mengele quien abrió los ojos como un depredador que ve una presa —siempre necesito neonatos y en especial, placentas para mis experimentos.

—Entiendo, señor, ordenaré la habilitación de uno, aquí.

—Estamos llegando, *Reichführer-SS*. Es aquí al doblar —dijo Mengele.

Los tres hombres se atajaron frente a un edificio derruido de ladrillos escarlatas y negros, cuyas ventanas fueron cubiertas por cortinas. Una puerta de hierro se asomó, imperante.

—Comandante necesito que visualice la construcción de más duchas y hornos para agilizar el proceso de “solución final”. Según mis cálculos, antes que finalice la década debemos haber erradicado el germen judío de Europa.

—Sí, *Reichführer-SS*, hoy mismo iniciaré el proyecto.

—Me gustaría continuar la visita solo con el doctor Mengele. Puede retirarse, comandante Höss.

El Teniente Coronel enrojeció su rostro e intentó refutar lo pedido por su superior, sentía que el Doctor Mengele ocupaba parte de las esferas de sus atribuciones. Pero de inmediato irguió su brazo, juntó sus tacones y se retiró.

Mengele sacó un manajo de llaves y escogió una de dientes dobles. La introdujo dentro de la vieja cerradura y esta restrelló. Empujó la pesada puerta con fuerza y ambos entraron. Un pasillo oscuro con apenas una bombilla al final, indicando el camino, se apareció ante los ojos de Himmler que pensó encontrarse en el castillo del personaje de Mary Shelley.

—Está un poco oscuro, pero más adelante hay luz suficiente. Sígame, *Reichführer*.

El doctor caminaba como un carcelero dentro del cadalso. Llegaron hasta el final del pasillo y una puerta entreabierta, que se interpuso en su camino, dejaba escapar por un lado una luz que hería la oscuridad y se proyectaba en el piso. El doctor la empujó y entraron. Una cortina verde fue apartada por el médico y un quirófano rudimentario se asomó a los ojos de ambos. Dentro, unas enfermeras vestidas con sus batas blancas, los tapabocas y los guantes, preparaban varios instrumentos quirúrgicos. Dos de ellas ayudaban a vestirse a cuatro hombres que parecían ser médicos.

—Esta es la sala de esterilización —expresó con voz sinuosa, Mengele — aquí aplicamos la infertilidad a las judías que no van a las “duchas”.

—¿Cuántas realizan en un día?

—Antes, hacíamos apenas cincuenta diarias, pero a raíz de una nueva técnica, inventada por dos de mis mejores colaboradores, hemos podido hacer diez veces ese número.

—¿Y cómo lograron este avance tan significativo?

—Empleamos un método donde desistimos de la anestesia e introducimos un químico en las vaginas que destruye su matriz. Los resultados han sido asombrosos.

—¡Interesante! —dijo Himmler —¿Y en el caso de los *Untermenschen*?

—Además de la castración que realizamos con regularidad, hemos empleado un método de radioactividad en sus testículos. Las pruebas posteriores corroboraron su esterilidad.

—Excelente.

—*Reichführer-SS* he preparado una demostración de una esterilización de veinte submujeres para que usted observe la destreza de nuestros médicos.

—Perfecto.

El Doctor dio indicaciones a una de las enfermeras para que comenzaran con la demostración. Una puerta lateral se abrió y el ganado judío ingresó. Eran mujeres cuyas edades oscilaban entre los cuarenta años y adolescentes que no

llegaban a los quince. Marchaban desnudas. Algunas de ellas cubrían, con sus brazos y manos, sus senos y sus pubis, mientras que sus ojos timoratos miraban hacia todos los lados. Sus rostros reflejaban miedo y horror. A ambos lados de la fila, las guardias SS, ataviadas con uniformes negros, y portando unos rolos de madera, le gritaban improperios y las apuraban. Las cobayas humanas se terminaron de alinear frente a Mengele y Himmler, que permanecieron impertérritos al fondo del quirófano.

Enseguida, los cuatro médicos se situaron en los extremos. Dos de ellos a la derecha y dos a la izquierda de la fila, así mismo, dos enfermeras acompañaban, silentes, a ambos grupos. Las mujeres que se encontraban en las esquinas comenzaron a temblar incontrolablemente y sus rostros palidieron. Los doctores tomaron unos espéculos y dieron indicaciones a las guardias que se encontraban en los extremos. Una de ellas comenzó a gritar y varias la imitaron. Las guardias, de inmediato, se acercaron y las golpearon a mansalva en los senos y el abdomen. Les gritaron y amenazaron. Dos guardias tomaron por ambos hombros a las mujeres de las esquinas, mientras que otra las forzaba a abrir sus piernas. Cuando lo hicieron, los galenos introdujeron el instrumento médico en sus vaginas y enseguida, una enfermera les pasó una inyectadora larga y gruesa llena con un líquido viscoso azulejo y los doctores lo vaciaron dentro de ellas. Con un movimiento rápido, sacaron ambos instrumentos, mientras ellas caían al piso con los rostros retorcidos por el dolor. Las siguientes judías fueron forzadas a tomar su turno. El procedimiento se realizó con cada una de ellas. Al final, todas quedaron en el piso retorciéndose, gritando y quejándose en murmullos que parecían aullidos felinos. Sus piernas fueron enceradas por el líquido viscoso y fétido, y algunas tenían una visible hemorragia, bañando sus piernas. Las guardias las obligaron a levantarse, entre sus lloros y penas, y fueron sacadas del quirófano con la misma rapidez que entraron.

El rostro de Mengele refulgía y su sonrisa grotesca dejaba ver los incisivos separados que lo caracterizaban. Himmler permanecía impávido.

—Diez minutos apenas, *Reichführer*. Es un método rápido, barato y efectivo. En los vientres de esas mujeres no podrá germinarse el judaísmo.

—Lo felicito, Doctor.

—¿Quiere otra demostración?

—No, está bien, es suficiente...Explíqueme los aportes científicos que han obtenido de la experimentación, para los combatientes alemanes.

—Los experimentos abarcan muchas áreas. Hemos logrado precisar los efectos del agua de mar en los seres humanos al tener aislados a prisioneros durante un tiempo determinado. Hemos concluido que el agua salina es imbebible, su ingesta es mortal para los pilotos o los marineros del Reich.

Experimentamos con una cámara de baja presión para conocer los efectos en los pulmones de los pilotos. Las pruebas arrojaron la altura límite para soportar las bajas presiones a grandes alturas. Ese informe lo enviamos a la *Luftwaffe*. Hemos determinado el tiempo de aguante a bajas temperaturas. Un cuerpo humano puede llegar a soportar más de tres horas y volver a reaccionar media hora después. Hemos precisado que el mejor modo de entrar en calor para un hombre congelado es el mismo calor humano de mujeres desnudas, incluso puede tener reacciones sexuales a los estímulos —dijo sonriente al final.

Lo que no le comentó Mengele a Himmler era que más de dos tercios de los prisioneros utilizados en esos experimentos murieron o quedaron mutilados.

—Muy bien, doctor.

—Si me permite, le mostraré mis más avanzados aportes de genética. He experimentado con los gemelos y los resultados han sido sorprendentes. Vamos al edificio que está al frente y allí le mostraré los progresos que he realizado.

Himmler asintió y ambos salieron por el pasillo húmedo. Llegaron a la puerta de hierro y al salir se encontraron con el comandante del campo de concentración acompañado por dos oficiales, el chofer y el auto encendido. Sus rostros adustos no daban buena espina.

—¿Qué sucede, Comandante?

—*Reichführer-SS*, la cancillería se ha comunicado con nosotros y Martin Borman ha pedido su regreso de inmediato a Berlín. —dijo Höss con el rostro parco.

—¿Qué sucedió?

—Han atentado contra la vida de Reinhard Heydrich en Praga.

Himmler, sin mostrar ninguna emoción, preguntó:

—¿Está vivo?

—Sí, pero está muy grave.

El jefe de las SS aleteó sus pestañas, miró su reloj y dijo:

—Señores ha finalizado mi visita. Después continuaré. Asuntos más importantes esperan por mí. Gracias, Doctor, estaré expectante de los informes de sus de sus experimentos.

Mengele asintió. Himmler se montó en el vehículo y pidió al chofer que se dirigiera lo más rápido posible al aeropuerto. Llegaron en diez minutos. Los pilotos, que fueron avisados por un emisario del campo, tenían el avión encendido. Himmler entró y el copiloto cerró la puerta del Messerschmitt Bf 110.

—Señor, estaremos en Berlín en menos de una hora —dijo el piloto

—No iremos a Berlín —expresó con voz lapidosa.

—¿Cuál es el destino?

—Praga.

Reinhard Heydrich sobrevivió al atentado. Fue trasladado en una furgoneta de reparto al hospital de Bulovka, donde sería operado de emergencia de inmediato, pero su empeñada terquedad, de solo ser atendido por médicos alemanes, retrasó la urgente intervención quirúrgica.

Aún convaleciente, Heydrich ordenó a su lugarteniente, Karl Frank, que azotará la ciudad en búsqueda de los atrevidos miembros de la resistencia que intentaron matarlo. Pero el oscuro personaje no necesitaba de las órdenes de Heydrich para comenzar la caza de los hombres en todo el Protectorado. Toda la maquinaria nazi afilaba sus garras para asolar a Praga y las ciudades aledañas.

Los médicos le decían al *Reich Protector* que la intervención quirúrgica no se podía posponer, pero él, se negaba con tozudez. Solo cuando llegaron de Berlín unos médicos, se dejó auscultar. Horas más tarde, fue operado. Su médula espinal no había sufrido daños, pero las esquirlas destrozaron su bazo que tuvo que ser extirpado. Una andanada de restos de hierro, metralla y crin de caballo del asiento trasero, se insertaron en su tronco.

Tres días más tarde, Heydrich se encontraba en su habitación en el hospital, recuperándose de las heridas. Recostado en las almohadas de su cama, tenía el rostro enrojecido, sus ojos inyectados de sangre e intentaba sonreír sin éxito. Había recuperado la conciencia hace una hora. Tenía una vía pegada al brazo derecho y dos bolsas de suero goteaban líquido y medicinas a su torrente sanguíneo. Lo acompañaba su esposa, Lina y su padre Bruno. La habitación permanecía a oscuras con una sola luz tenue encima de la cabecera de la cama. La puerta se abrió e ingresó un hombre sombrío, con la cabellera rubia, de bigote al estilo gaucho Marx y con la espalda encorvada. Era el médico personal de Himmler.

—Soy Karl Gebhardt, he venido de Berlín para hacerme cargo de la recuperación del *Reich Protector*. Traigo buenas noticias.

Los rostros de los tres se tornaron blandos para recibirlas.

—Su médula espinal no ha sufrido ningún tipo de daño, volverá a caminar al salir de aquí.

Lina tomó la mano de su esposo y sonrió. Heydrich preguntó con voz serena:

—Doctor Karl ¿Por qué la fiebre no cede ante las medicinas?

—Es normal por el efecto de las esquirlas en su cuerpo. Dejé una gran infección en los órganos, pero la tratamos con sulfamidas. Ya mañana, no debería tener fiebre ni de qué preocuparse.

—Gracias, Doctor. Y la extirpación del bazo ¿Tendrá consecuencias importantes?

—El bazo es un órgano productor y almacenador de sangre en el organismo, pero el cuerpo puede funcionar perfectamente sin él. No se preocupe Reinhard, usted estará recuperado dentro de tres semanas.

—Doctor, tengo lagunas mentales acerca de lo sucedido y de días antes. ¿Recuperaré la memoria?

—Cuando hay este tipo de traumas, la mente humana se bloquea por completo, creando un escudo protector para no aumentar el estrés del ataque. En la medida que usted se recupere de las heridas, las capas que cubrieron su memoria se disiparán y recobrará los recuerdos de esos momentos.

—Gracias, Doctor.

—Debe descansar, Heydrich. Su recuperación plena dependerá del descanso y de su dieta.

El *Reich Protector* asintió. El doctor hizo algunas anotaciones en la historia médica y luego salió de la habitación. Lina se puso de pie y besó en la frente a su esposo que se apoyó por completo en la almohada, buscando descanso. Cerró los ojos. Diez minutos más tarde, la puerta se volvió a abrir. Lina y su suegro observaron cómo se deslizaba hacia adentro del cuarto, Heinrich Himmler. Uniformado de negro, se quitó la gorra y secó su rostro con un pañuelo que tenía en su mano. Lina, con los ojos humedecidos, avinagró el rostro y sollozó. Se acercó hasta ella y la abrazó. Reinhard seguía con los ojos cerrados, inmutable. La mujer se separó del *Reichsführer-SS* que le ofreció otro pañuelo para que se secase las lágrimas. El padre de Heydrich permanecía con los brazos cruzados. Himmler y Lina se retiraron hasta una esquina de la habitación e iniciaron una conversación, a voz queda.

—Discúlpeme, *Reichsführer-SS*, pero estoy muy alterada con lo que le pasó a mi marido.

—La comprendo, *Frau* Heydrich. Trate de calmarse, él la necesita en este momento más que nunca.

—Lo sé, por eso he permanecido a su lado todo este tiempo. Sé que se recuperará. Gracias por enviar a su médico personal.

Himmler asintió.

—Él me informó que está en franca mejoría, me dijo que mañana ya no debería tener fiebre.

—Así nos dijo. Hay algo que me preocupa.

—¿Usted dirá?

—Mi marido repite incesantemente, cuando delira, la palabra *¡Nicolaítas!*

Himmler estiró sus párpados.

—Seguro delira sin sentido. Ya veremos de qué se trata.

El padre de Heydrich que permanecía con los brazos cruzados y con el rostro como un candado, prorrumpió:

—Este crimen no debe quedar impune *Reichsführer-SS*.

—No quedará impune señor Heydrich, de eso tenga la certeza. Los nazis tomaremos venganza de la forma como estamos acostumbrados.

La vehemencia de sus palabras desatornillaron el rostro del padre del *Reich Protector* que, como buen nazi, le preocupaba más la retaliación contra los atacantes que la salud de su hijo. Himmler acomodó sus gafas, miró a Lina de nuevo, y con un tono más apesadumbrado, dijo:

—Hay un tema de suma urgencia que debo tratar con el *Reich Protector*, necesito estar a solas con él, unos diez minutos. Cómo usted comprenderá, la urgencia del asunto no puede esperar. Sin querer incomodarla a usted y su suegro, le pido la consideración de concederme ese tiempo, a solas, con Heydrich.

—Comprendemos, *Reichsführer-SS* —expresó Lina tomando de la mano a su suegro.

Ambos salieron de la habitación en silencio. Himmler se acercó hasta la cama y con voz pausada, espetó:

—Heydrich.

El paciente despertó de su somnolencia y abrió los ojos. Intentó moverse, pero Himmler lo tomó del hombro y le dijo:

—Tranquílcese, Reinhard. Debe estar calmado para recuperarse pronto. Lamento lo sucedido. Para su tranquilidad, le informo que ya estamos tras la pista de los perpetradores de tan abominable hecho. Lo importante ahora es su recuperación.

—Gracias *Reichsführer-SS*.

—Heydrich, el médico me informó que usted ha tenido una pérdida de memoria. Pero quisiera preguntarle algo.

—Usted dirá, señor.

—Usted me telefoneó el día anterior del atentado informándome acerca de que había encontrado el anatema. ¿Recuerda?

El *Reich Protector*, intentó subirse y acomodarse mejor en la cama, pero el dolor en la espalda se lo impidió. Incrustó su mirada en la oscuridad de la habitación y buscó tras la niebla de sus recuerdos. Luego, dijo:

—Sí, señor. Creo recordar algo de esa conversación que tuvimos y la razón por la cual lo llamé.

Himmler asintió.

—Necesito que me diga dónde está el anatema.

—Recuerdo que tenía todo anotado en mi maletín.

—El maletín explotó y se quemó. No quedo nada.

Heydrich traslució a través de la oscuridad de sus recuerdos, buscando las respuestas a la interrogante del *Reichsführer-SS*. Cuando encontró una rendija por donde entrar, empezó su relato. No fue fácil para Himmler. Heydrich desvariaba. Iba y venía en su relato. Siempre terminaba con la frase: ¡*Nicolaítas!* ¡*Nicolaítas!* ¡*Nicolaítas!*

Diez minutos más tarde, Himmler salió de la habitación y se encontró con *Frau Lina*.

—Está dormido, se recuperará. Gracias por su tiempo y deferencia.

—A usted que nos ha dado todas las atenciones.

—Estamos para servirle. Debo volver a Berlín. Estaré pendiente de la salud del *Reich Protector*.

Himmler se iba a retirar, cuando vio a su lado derecho al padre de Heydrich que lo saludaba con energía, él inclinó la cabeza. Se internó por el pasillo del hospital y bajó las escaleras. Salió por la puerta principal donde lo esperaba su chofer que le abrió la puerta de su automóvil, un mercedes benz negro blindado. El escolta cerró la puerta. Himmler se quitó la gorra y se recostó en su asiento. Acomodó sus gafas y dijo:

—¡Heydrich debe morir!

—Sí, señor —respondió, sin cortapisas, el doctor Karl Gebhardt, su médico personal, sentado a su lado.

—Su muerte debe ser producto de sus heridas, no debe haber ninguna sospecha de negligencia médica u otra causa.

—Sí, señor. Le pasaré placebos en vez de las sulfamidas.

—¿Cuánto tiempo durará?

—Si comienzo hoy mismo, mañana entrará en Shock y en menos de cuatro días habrá muerto de una septicemia generalizada.

—Perfecto. Hazlo con prudencia

—Sí, *Reichsführer-SS*.

El hombre se bajó del carro, caminó en dirección al hospital como un ángel de la muerte. El chofer de Himmler se subió al auto y lo encendió. Arrancó con dirección a Berlín escoltado por dos vehículos con ametralladoras. A su paso, los soldados de las SS y los asustadizos praguenses hacían el saludo fascista, con la misma energía que los plebeyos romanos saludaban a su emperador por las vías de la ciudad eterna, cuando este regresaba de sus conquistas. El *Reichsführer-SS* los miraba con desdén, como se ven a las personas que no significan nada.

Cuatro días más tarde, las radios de Praga anunciaban la muerte del *Reich Protector* Reinhard Heydrich, producto de las heridas del atentado criminal de

un grupo de facinerosos. La venganza de los nazis sería implacable. Adolf Hitler ordenó la ejecución de diez mil checos. Los alemanes se aplicaron a la tarea y en menos de cinco días, mil treientos praguenses fueron asesinados.

El nueve de junio, diez camiones con policías de seguridad de las SS, bajo el mando del capitán Max Rostock, rodearon la aldea de Lídice. Se sospechaba que sus pobladores colaboraron con los perpetradores del atentado. Las casas fueron peinadas y sus habitantes congregados en la plaza del pueblo. Cuando los hombres regresaron de las cercanas minas de hierro y carbón, fueron detenidos y metidos en graneros. Al día siguiente, fueron sacados en grupos de diez, se les alineaba contra la pared de la taberna del pueblo y los fusilaron en presencia de los familiares que gritaban desesperados.

Después de que ciento setenta y tres de ellos fueran fusilados, el capitán decidió que los este método llevaba demasiado tiempo. Los restantes fueron encerrados en un granero y se les prendió fuego. De las ciento noventa y cinco mujeres del pueblo, muchas de ellas fueron enviadas a prisión, las embarazadas fueron obligadas a abortar y el resto, trasladadas al campo de concentración de Ravensbrück en Alemania. Los más de doscientos niños fueron enviados al campo de la muerte de Gneisenau de Polonia. Solo seis de ellos fueron adoptados por familias alemanas por sus características raciales.

Al igual que en los tiempos de Atila, la aldea fue quemada, arrasada y se regó sal en sus campos para que no creciera la hierba. Mientras tanto, los perpetradores, que se refugiaron en una iglesia ortodoxa, fueron rodeados por más de quinientos miembros de las SS que vengarían a Heydrich. El último germen de la Resistencia Checa fue aniquilado en un combate desigual. Los atacantes no le dieron el gusto a los alemanes de ser asesinados por sus balas. Usaron sus últimos cartuchos para suicidarse.

El protectorado de Bohemia y Moravia recibió su escarmiento bajo una niebla de miedo y terror. El resto del mundo era testigo de lo que le sucedería, si alguien se atrevía a desafiar a los todopoderosos nazis.

Himmler mostró un rostro apesadumbrado durante las exequias en el cavernoso *Kongresssaal* del museo *Deutsches* de Múnich. El lugar fue ornamentado para tan fastuosa y aciaga ocasión. Al fondo del salón, el cuerpo del mejor hombre de las SS, reposaba en un ataúd de caoba cubierto con la bandera esvástica nazi. A su alrededor, un grupo de efectivos, vestidos con el lúgubre uniforme negro, lo escoltaban. A ambos lados, dos efectivos sostenían en unas almohadillas las condecoraciones, grados y títulos del otrora todopoderoso Heydrich. Un poco más separado de ellos, en ambas esquinas, dos grandes pebeteros refulgían llamaradas. Detrás, una hilera de soldados de las *Schutzstaffel* sostenían las banderas negras de la organización. En el centro,

detrás de la urna, se erguía, vigilante, un águila nazi dorada con las alas desplegadas y sus garras sosteniendo la cruz esvástica.

El comentario general de los asistentes al velorio era que el *ReichFührer* perdió a su mejor hombre, que las *Schutzstaffel* estaban debilitadas y que sería difícil encontrar un sustituto para Heydrich. Todos esos rumores tenían sin cuidado al líder de las SS. Él, mientras más débil parecía, más fuerte era.

El jefe de las SS se acercó a la viuda de Heydrich, le dio un beso solaz y su condolencia. Mientras sus manos frías y venosas sostenían a la viuda, dentro de los entresijos arcanos de su corazón se revoloteaba la idea de haberse librado del más peligroso candidato a sucederlo en la jefatura de las SS. Tenía, además, el anatema y podía usarlo para dar rienda suelta a su plan de hacer del mundo su feudo. Volvió a besar a la mujer y se despidió de ella con su rostro adusto y gélido. Golpeó los tacones de sus botas y se dirigió a una esquina del salón, desde donde avizó un mundo, en el cual, él era el líder de una nueva generación. Se permitió escurrir una sonrisa ladina en sus labios invisibles. El futuro era ahora y él no tenía ninguna duda que el camino para la consumación de su “Proyecto T” estaba libre de cualquier amenaza.

Las dos protectoras iban enlatadas en el interior del autobús en pleno corazón de Europa. Cosette, del lado de la ventana, rastrillaba los pocos detalles del exterior que se asomaban en la noche boreal. A su lado, silente, Frida, la despampanante mujer de dientes perlados tenía dibujada en su cara los retazos gélidos de la impavidez. Sus conversaciones motivadoras y entretenidas con la diminuta mujer, permutaron en un silencio sepulcral entre ambas. El autobús marchaba raudo en dirección a la capital alemana. En su marcha, ya había recorrido más de seis horas de viaje desde su salida a las orillas del río Sena.

Ensimismada en sus pensamientos, Frida Bruni trataba de darle forma al caleidoscopio de confusiones que la agobiaba. Si la organización de los protectores estaba infiltrada, todo cambiaba. Ella vivía para la orden, se enroló en ella para cumplir el fin supremo de su vida: luchar contra el mal. Pero si era cierto lo dicho por Jean Pierre su vida se agrisaba como los colores penumbrosos del interior del autobús. Existía un solo lugar donde averiguarlo: Berlín.

Otra preocupación discurría por el río de sus pensamientos, el malnacido Arthur Dubront. No era casualidad que Jean Pierre lo hubiese nombrado en la carta y que él tuviese sospechas fundadas de su participación en el asunto de los códigos. Frida sintió arcadas en su estómago. Si ese maldito tuvo que ver con la muerte de Jean Pierre, lo mataré con mis propias manos, así sea lo último que haga en esta vida. Averiguaré si ese maldito tiene sus cochinas manos metidas en este embrollo.

La protectora miró de soslayo a Cosette y tomó su mano. Ella volteó y le agradeció con una sonrisa.

—Disculpa por no poder recorrer París como querías.

—Tranquila, Frida, al volver, seguro la conoceremos.

—La muerte de Jean Pierre me afectó muchísimo. No te imaginas cuánto.

—Lo sé. Percibo que lo querías mucho. Los amores que llegan al corazón, jamás se olvidan.

Frida separó la mano de Cosette y le dijo con voz suave, pero sobria.

—No fue lo que tú piensas. Jean Pierre y yo jamás tuvimos algo. Nos conocíamos desde que éramos unos adolescentes y él jamás me vio con otros ojos que no fuera los de un hermano. De mi parte, siempre admiré ese respeto, esa caballerosidad. Aunque hay gente que no lo cree, entre un hombre y una mujer pueden haber sentimientos que no impliquen el deseo, el sexo o el amor.

Cosette bajó la mirada al piso del bus. Luego, le dijo:

—La carta que te dejó te alteró muchísimo.

—Sí —dijo a secas.

—¿Qué te dijo? ¿Qué te perturbó tanto?

Frida escuchó en sus adentros la voz de Jean Pierre que golpeaba las paredes de su entendimiento como fuertes mazazos «No confíes en nadie ».

—Cosette, en Berlín averiguaremos todo. Hay cosas que no están claras.

—Pero ¿Qué haremos en Berlín, Frida?

—Jean Pierre, en su último trabajo, ubicó a un hombre que tenía en su poder las claves para encontrar un diario.

—¿Un diario?

—Sí, pero no cualquier diario. El diario privado de Himmler.

—¿Himmler? ¿Quién es él?

—No sé mucho acerca de ese hombre, creo que fue el jefe de la policía secreta de los nazis.

—Y ¿qué puede contener ese diario que dé respuestas a tus interrogantes?

—No lo sé.

La francesa miró el velo de oscuridad que envolvía el interior del autobús. Quería decirle a la pequeña Cosette el contenido de la carta, pero no debía. Si lo hacía, y estaba equivocada, ella podría denunciarla en la orden, por alta traición y eso sería más grave. Miró el portafolio y tanteó los códigos Vaticano. Allí también, tenía la carta y la agenda de anotaciones de Otto Gebauer. El pensamiento acerca de la duda de sus verdaderos padres retumbaba en su cabeza. Frida, al saber que esas personas le mintieron, los odió mucho más.

A la par, la imagen vivida en el departamento de Nueva York revoloteó en su cabeza. La frase «estás del lado equivocado» pronunciada por la anciana, clavó una daga de duda en su corazón. La muerte de Jean Pierre y sus sospechas acerca de la infiltración de la orden daban vida a las palabras de la vieja. Volviendo al autobús, dijo:

—Solo confía en mí, Cosette. No te he fallado hasta el momento. Creo que la confianza que me has depositado te la he retribuido. Debemos encontrar ese diario. Esa es la prioridad.

—Te entiendo, Frida, confío en ti, pero solo te pregunto por dónde vamos a comenzar.

—Hay una dirección. Un lugar por donde empezar. El monumento de Udo Düllick.

—¿Quién es él?

—Un mártir de la guerra fría. Uno de los tantos alemanes que se opusieron a la división de su país y trató de cruzar el muro de Berlín impuesto por el comunismo.

—¿Cómo sabes que debemos iniciar por allí?

—Jean Pierre me indicó que comenzará por allí. Él dejó una agenda perteneciente a un alemán donde se indica ese nombre varias veces. Lo busqué en internet y sé dónde es. Es en pleno corazón de Berlín, por las riberas de un río. Aquí tengo anotado el nombre.

—Mañana habrá que levantarse temprano.

—No lo haremos mañana, lo haremos hoy mismo, al llegar.

—¿Al llegar? Es de noche y todo se dificultará.

—Por el contrario, en la noche podremos buscar sin temor de que nos molesten.

—¿Y si las cosas se complican? Ninguna de las dos hablamos alemán.

—Es cierto, pero no se complicarán. Además el inglés es el idioma universal. En Europa hay más personas que hablan inglés que los mismos ingleses.

El autobús siguió su marcha suave por el asfalto. Al cabo de una hora, el vehículo ingresó a la terminal terrestre de la capital alemana. Al bajarse, sintieron el frío teutón, arañando sus pieles. Un gentío pululaba en los alrededores.

—¿Por qué hay tanta gente, Frida?

—Por la visita del Papa, es mañana, lo leí en las noticias.

—Sí, debe ser por eso.

Las dos salieron del terminal y sintieron como el frío berlinés escalaba por sus pieles erizadas. A pesar de que la primavera moría, se podía sentir en el aire, los vientos lejanos del invierno. Cosette paró un taxi que rondaba en las periferias. Ambas ingresaron al auto y la francesa le dijo al chofer:

—Al puente *Oberbaumbrücke*.

El taxi inició su marcha. Cosette se asomó por la ventana y veía las luces de la capital. Frida la vio y sus ojos se medraron.

—Pareces una niña en un parque.

La diminuta mujer volteó y la miró. Asintió y sus labios se abrieron y sus incisivos brillaron.

—Es mi primera vez en Europa. Es muy bella, me encanta, espero disfrutar a Berlín, un poco más que París —expresó volviendo a mirar afuera.

—Lamento que tengas que conocerla en estas circunstancias.

Cosette posó sus ojos en ella y tomó su mano. Le dijo:

—No te preocupes. Tendremos más tiempo para disfrutarla.

Su semblante cambió y lanzó la frase:

—¿Estás segura que el diario está en el lugar que dijiste?

—Creo que debe ser así. ¿Para que este anotó en su agenda el nombre de Udo Düllick?

—Pero es casi improbable, Frida. En Berlín habrán decenas de hombres con ese nombre y apellido.

—Tengo una corazonada, Cosette. Cerca del puente hay un monumento a este muchacho que murió asesinado cuando intentaba nadar desde Berlín oriental a la otra ribera.

—Lo que no comprendo Frida es qué hacemos aquí exactamente. Si obtienes ese diario ¿Qué relevancia puede tener?

—No lo sé, pero Jean Pierre murió por lo que contenía. Me dijo que lo buscara. Que allí sabría toda la verdad.

El auto siguió su marcha por la noche berlinesa, atravesó la ciudad sin pausa. Cosette miraba a través de la ventana, abstraída en las luces germanas. A lo lejos, se podía distinguir la emblemática torre de comunicaciones. Frida conocía bien la ciudad y Berlín era de cuidado. A pesar que la policía berlinesa tenía un gran control sobre los delitos y crímenes, la capital alemana era una metrópolis oscura, dominada por mafias enquistadas en sus rincones más remotos.

A lo lejos, se divisaban las luces del puente *Oberbaumbrücke*. El auto pasó delante de *East side gallery*.

—¿Este es el muro? —preguntó una curiosa Cosette.

—Sí —adelantó a decir el chofer que, hasta ese momento, había permanecido callado.

Cosette bajó el vidrio y sintió como el aire de la ribera del río Spree rozó su rostro.

—Y pensar que hubo un tiempo que la ciudad estuvo dividida.

—No solo la ciudad, Cosette, hubo un tiempo que el mundo estuvo partido en dos. La guerra fría partió al planeta en dos grandes bloques que se tragaron la historia.

Cosette soltó un suspiro. Frida no sabía si era de alivio o de miedo. El conductor señaló que se acercaban al puente nombrado.

—Déjenos cerca del monumento de Udo Düllick.

El chofer respondió afirmativamente en alemán. El vehículo atravesó el puente, y ellas pudieron ver el negro río que parecía un abismo de terror. Arribaron a las cercanías del monumento. El vehículo se detuvo.

—¿Es ese? —dijo en un tono peyorativo Cosette.

—Sí, señorita.

Se apearon del auto. Cosette preguntó el monto de la carrera, eran 30 euros, le pareció un abuso. Discutió con el chofer, se acercó hasta su puerta y habló con él un rato. Frida oteaba la orilla, la ribera y el río. Buscaba algún resquicio que permitiese saber de la ubicación del diario. El lugar lucía desolado. Una decena de árboles cubrían el monolito, el viento gélido sacudía sus ramas y creaba un

concierto de traqueteos. El río Spree, al fondo, se antojaba negro y silente. Sus aguas bravías invitaban a no acercarse mucho.

Una placa rectangular que nacía desde el suelo hasta una altura de dos metros se elevaba en la ribera. El piso de piedras cementadas amalgamaba el monolito conmemorativo de la muerte del infausto berlinés nadador. Cosette despidió al chofer y llegó, refunfuñando. Se quejó del alto precio de la carrera. Cuando estuvo un poco más calma expresó:

—¡Abusador de mierda!

—Tranquila, hagamos nuestro trabajo.

—No creo que haya sido buena idea venir hasta acá a esta hora Frida. Tengo miedo —dijo Cosette con voz temblona.

Frida la tomó de la mano y se acercaron al monumento. Encendió su teléfono móvil y ayudada con la luz de la pantalla, lo detalló. Este no tenía nada de especial, solo una alegoría a la hazaña frustrada de este joven berlinés escrita en un monolito de baquelita transparente. El monumento fue ultrajado con grafitis estafalarios.

—¿Y ahora, Frida?

—Amiga observa en los alrededores para ver si hay algún resquicio de algo anormal. Algo que no encaje en este escenario urbano.

—Bueno, Frida, pero que sea pronto porque tengo miedo.

—Debiste tener más miedo en Nueva York cuando mataste a los gorilas.

—Fue distinto, estaba en un país que conocía y un idioma que habló a la perfección.

—Cosette, hablemos menos y hagamos más. Busca algo —dijo Frida, imperiosa.

Ambas se separaron, Cosette buscó, con la luz de su teléfono encendido, en los alrededores del monumento, mientras que ella lo hizo cerca de la ribera. Sus ojos otearon todo el paisaje cercano, el suelo, el pasto, el piso de cemento, los árboles, pero ninguno de ellos dio resultado. Todo esfuerzo fue en vano, pues no se asomaban indicios acerca de donde se encontraba el diario de Himmler. El río bullía. Indicaba con su paso que los filos de sus aguas podrían engullir a quien osase hundirse en ellas.

—¿Encontraste algo, Frida?

—Nada ¿y tú?

—No nada... espera un momento —susurró.

La francesa fijó la mirada donde se encontraba la flacucha mujer. Cosette alumbraba con su teléfono unas plantas, que por el color de sus hojas, contrastaba con otras que la rodeaban.

—Estas matas parecen recién sembradas Frida.

—Déjame ver.

Frida se acercó y vio. Cosette decía la verdad, aquellas plantas fueron sembradas hace poco tiempo. Incluso el suelo se sentía blando aún. Sin perder tiempo, se arrodilló y comenzó a desenterrarlas con sus propias manos.

—Busca agua para que la tierra ablande más rápido, Cosette.

La pequeña protectora buscó un vaso en la basura. Fue hasta el río y trajo agua, varias veces. Frida terminó de desprender las raíces con mucho cuidado. Sacaba tierra con sus manos. Cosette se arrodilló para ayudarla. Después de diez minutos de cavar un hoyo de casi treinta centímetros, Frida dijo:

—Encontré algo.

La mujer sacó con fuerza una bolsa negra enterrada y amarrada con unos

cordeles. Frida los desprendió con fuerza y sacó su contenido. Era otra bolsa, esta vez más compacta que contenía un objeto rectangular.

—¿Es lo que buscas?

—Creo que sí, veamos.

Lo sacó de su envoltura con más cuidado que el anterior. Al terminar de hacerlo emergió una especie de cuaderno de cubiertas de cuero. Frida lo abrió con cuidado, en un intento de no ensuciarlo con sus manos llenas de polvo y tierra.

—¡Alumbra, por favor!

Cosette encendió su teléfono y ambas vieron las dos primeras páginas. Era un manuscrito en alemán.

—¡Tiene que ser!

—Sí, Cosette, creo que lo encontramos.

—¡Vamos!

—No, espera, debemos sembrar las plantas.

Las mujeres lo hicieron.

—¡Sobrevivirás! —le dijo Frida al vegetal al terminar.

—Lavémonos las manos Cosette.

Se acercaron al río. Frida colocó el diario en el piso mientras se acercaba al agua y se lavaba, sentada en el suelo. Veía con cuidado la corriente que era rápida. Cosette se puso de pie.

—Debemos encontrar a alguien que nos traduzca el contenido del diario, Cosette. Debó conocer lo que dice. Pedimos un taxi y allá buscaremos en internet un traductor que nos permita conocer lo que contiene.

—Ya lo pedí, Frida —soltó la pequeña mujer, guardando el teléfono en el bolsillo.

Frida terminó de limpiarse y se levantó, fue hasta donde dejó el diario y notó que no estaba. Miró a Cosette y notó que lo revisaba. De pronto, la diminuta mujer llevó el diario a su boca y lo besó. Frida no sabía qué sucedía. Logró ver como el rostro de su compañera se turbaba. Se acercó a un metro de la francesa. Cosette la miró desde arriba, debido al desnivel de la ribera. Con la voz quebrada, le dijo:

—No sabes cuánto tiempo esperamos este momento, pensamos que jamás lo encontraríamos.

Frida estrujó todos sus sentidos, ladeó su cabeza y con sus pupilas fijas en la taimada mujer, le inquirió:

—¿Qué dices, Cosette?

La diminuta dama llevó su mano izquierda atrás de sus caderas y sacó un revólver. Llevó hacia atrás el martillo y le dijo con vehemencia:

—¡Arrodíllate!

—¿Qué sucede, Cosette? ¿Qué está pasando? —preguntó Frida con los ojos desorbitados y su rostro pintado con un dejo de extrañeza.

—Te dije que te arrodilles —expresó con mayor fuerza la voz esperpéntica de la pigmea.

La francesa sin saber que sucedía, se arrodilló.

—¡Coloca ambas manos detrás de tu cabeza!

Frida obedeció. Su rostro cambió de la sorpresa a la ira. Su ceño se frunció, sus ojos se torcieron, sus labios temblaban y su pecho se levantaba y bajaba con rapidez. La mujer colocó el diario en su axila izquierda y tomó el teléfono. Marcó un número telefónico.

—¡Tengo el diario! El objetivo está conmigo... sí, donde nos dejaste... búscanos.

Cosette cortó la llamada y guardó el teléfono. Luego colocó el diario en una bolsa plástica de cierre hermético junto a la agenda de Otto. Apuntando a la francesa, tomó el portafolio donde se encontraban los códigos y los colocó también dentro de otra bolsa hermética.

—Te pensaba más lista —dijo la diminuta mujer.

Frida la miraba a los ojos, pero también analizaba la situación. La pregunta que se hacía la francesa era ¿Para quién trabaja? No me desea muerta porque si fuese así ya lo estuviera. Su entrenamiento en la orden y en *l'armée de l'air* le indicaba que debía dejar que ella hablara y que se tuviera confianza. Debía esperar un descuido para poder actuar. No podía estar sola, esa arma no pudo haberla llevado en el avión. La persona con quien habló, debe ser el taxista. Él tuvo que haberle proporcionado el revólver cuando fue a pagarle y discutió con el soquete.

Frida sabía que Cosette era capaz de matar, a pesar de su corta estatura y su cuerpo resquebrajoso. Los dos guardaespaldas de Arthur probaron su furia.

—Me engañaste, te felicito. No sé quién eres ni qué deseas, pero te aseguro que cometes un error.

—Frida, conmigo no vas a utilizar esos trucos de circo que utilizas con otras personas, incluyendo el tonto de Dubront. Si algo aprendí en el tiempo que estuve a tu lado, fue conocer tus debilidades y fortalezas —Expresó con una sonrisa taimada.

—¿Quién desea el diario? Estás infiltrada en la orden, pero ¿desde cuándo?

—¡Ay, Frida! no sabes nada. Eres una tonta, una gran tonta, no tienes idea de lo que sucede. Ni porque estás en Berlín ni la importancia del diario que tengo en mis manos... Ni de los códigos. Sin ti, jamás hubiésemos encontrado los pergaminos perdidos y el diario. Tú eres la pieza que faltaba, la más importante

en este gran juego.

Las palabras de la pequeña Cosette caían como una lluvia fría en el temperamento hirviente de Frida. El rostro de pequeño ángel se transfiguró en un maledicente demonio que expresaba todo su odio e ira acumulada. Las luces de un automóvil iluminaron la oscura ribera. El chofer se bajó y se acercó raudo. Frida lo reconoció, era el mismo hombre que las recogió en el aeropuerto.

—Tardaste mucho —lo increpó Cosette.

—Hubo un accidente.

En ese instante, una luz intensa nació del río e iluminó todo el lugar donde ellos se encontraban. Cosette y el taxista fueron encandilados. Una voz masculina se escuchó desde una alta voz.

—*!Hoch ist der Cop!*

Frida, de espaldas, se percató que era el instante que esperaba. El hombre fue quien primero reaccionó.

—Mierda, es la policía, vámonos.

Dio la vuelta enseguida y corrió hacia el automóvil. La pequeña Cosette hizo lo mismo. Cuando iba a subir por la pendiente, Frida se abalanzó sobre ella y logró alcanzarla con su mano, en su tobillo derecho. La pequeña mujer cayó de bruces. Cuando intentó darse la vuelta, Frida tomó su mano izquierda y la golpeó contra el piso varias veces hasta que soltó el arma. Se escuchaban las voces en los altoparlantes de la patrulla fluvial.

La francesa intentó quitarle el diario, pero la protectora luchaba como una fiera. La policía encendió la sirena del bote patrulla y daba, incesantemente, la voz de alto en alemán e inglés, mientras se acercaba. Cosette mordió la mano de Frida. El dolor de la mordedura apartó a la francesa a un lado; luego, apoyó toda su fuerza en su rodilla y golpeó su vientre. Frida soltó un grito de dolor. La pequeña mujer fue por el arma. La francesa se recuperó de inmediato. El bote se acercaba a la orilla donde se desarrollaba la fiera lucha. Cuando Cosette intentó tomar el arma, Frida se abalanzó sobre ella de nuevo, pero con más fuerza. Esta vez la golpeó en la cara con el puño cerrado, Cosette se turbó y Frida tomó el diario de su mano. El hombre bajó para ayudarla, tomó el arma y apuntó a la francesa que corrió. Se escucharon varias detonaciones.

—No, no le dispaes —gritó Cosette.

Frida, no lo pensó dos veces, se lanzó en las frías y oscuras aguas del río Spree. Cosette y el hombre subieron hasta el auto y huyeron a toda prisa. Unos policías se bajaron de la lancha orillada y salieron tras ellos.

Frida sentía como el agua fría flagelaba su piel como mil cuchillos afilados. El gélido líquido le infringía un dolor terrible. Usó todos sus conocimientos y entrenamientos como nadadora para intentar mantenerse a flote, pero no era

fácil, una cosa era nadar en una piscina con un traje de baño y otra, nadar vestida en un río turbulento con una fuerte corriente y en plena noche. Frida movía sus manos y piernas. No debo perder la calma.

Era buena nadadora, pero el agua fría y la corriente fuerte mermaban sus fuerzas. Cuando sintió que comenzaba a desfallecer, vio un salvavidas anaranjado que apareció de la nada, a su lado. Lo tomó. Fue halada por los oficiales de la policía de la lancha. Al cabo de un minuto descansaba en la proa del bote patrullero, temblando por la hipotermia. Uno de los policías alemanes la cubrió con una manta. Ella tocó sus nalgas y sintió la bolsa plástica que contenía el libro. «Lo tengo», pensó, pero ahora sus problemas eran otros.

El Padre Rhode llegó a la *piazza* Navona en el corazón de Roma. Una miríada de personas se paseaba, a esa hora, entre las dos fuentes y los tugurios que se arremolinaban en el rectángulo de la plaza. El sacerdote pasó como una saeta y se dirigió a un pequeño hotel que se asomaba en uno de los edificios que desembocaba al frente de una de las fuentes. La tarde romana moría en un cielo de colores flavos.

El padre ingresó y saludó al empleado de la recepción. Era un hombre rollizo y bonachón que destilaba empatía con una sonrisa gruesa. Sus ojos grises eran expresivos y magnos.

—Padre ¿Cómo ha estado?

—Bien, Vito y tú ¿cómo estás? ¿Tu esposa y tus hijos?

—Bien, Padre. Todo bien, la mujer cocina cada día mejor y los niños crecen cada día más. El mayor creo que será futbolista. Entró en el equipo infantil de la “Lazio”

—Me alegra mucho. ¿Podrías facilitarme una computadora? —expresó con velocidad en sus palabras

—Sí, por supuesto, tome la número tres.

—Tenía muchísimo tiempo que no venía hasta acá.

—Es verdad.

El Padre Rhode iba siempre a ese lugar apartado de la ciudad del Vaticano cuando quería hacer búsquedas en internet retirado de los controles de la guardia suiza. El padre se sentó frente a la pantalla. Enseguida, Vito le trajo una taza de café que agradeció, asintiendo. El italiano nunca vio tan nervioso al sacerdote. El padre bebió un sorbo y sacó su libreta de anotaciones. La abrió y leyó el sueño de Antonella.

Su cabeza no daba para más. Este asunto lo consumía. Se recostó hacia atrás

en su asiento y bebió otro sorbo del café. Sintió como la cafeína hacia efecto en sus glándulas suprarrenales. Se sintió eufórico. Vio la hora en su reloj de pulsera, eran las siete y quince de la noche, Antonella y Mario debían estar en el cielo europeo. Abrió la página del buscador de internet y colocó la frase: “iglesias de Berlín”. Enseguida aparecieron en la pantalla los resultados de la búsqueda. Una pieza importante le faltaba en su rompecabezas y él pensaba que la encontraría en google. «Aquí estás» susurró. Vio la pantalla con detalle y tomó nota. Al terminar de hacerlo, recordó lo acontecido en la tarde.

Al salir de la biblioteca del Vaticano recibió una llamada telefónica que lo inquietó. Se dirigió hasta la oficina del Cardenal Ranieri. Le urgía hablar con él. Supo, por su ayudante, que se encontraba en el despacho papal. Se dirigió, entonces, hasta su oficina. Al entrar, vio una monja, tan vieja como una momia. A su lado, una oronda hermana con cara de perro celador la acompañaba. Su secretaria le informó que desde hace media hora lo esperaban. El sacerdote holandés, extrañado, las hizo pasar, pero solo la de mayor edad se puso de pie y entró. La mujer de hábitos blancos y una toca negra portaba un crucifijo delante de su pecho que la distinguía como madre superiora de alguna congregación. Su rostro vetusto era atildado. Unos lentes de carey terminaban de perfilar su rostro ovoide. Ambos se sentaron.

—Buenas tardes, padre. Usted no me conoce, yo soy sor Gianna, madre superiora del orfanato de *Spedale degli Innocenti* en Firenze. Hoy tuve la visita de un sacerdote y una mujer que pidieron una información.

—Sí, claro, por supuesto, el Padre Mario y Antonella.

—Sí, correcto así dijeron llamarse.

—Ellos me dejaron su número telefónico en caso de emergencia. También me dejaron el de ellos, pero ha sido imposible comunicarme. ¿Usted tiene idea donde puedo encontrarlos?

—Ellos están en un vuelo con dirección a Berlín.

La monja enarcó las cejas y encogió los labios.

—Sí, recuerdo... ellos me dijeron que iban a ir para allá, pero no me imaginé que fuera tan pronto.

—Era perentorio ese viaje, por eso abordaron el primer avión disponible hasta la capital alemana.

—Sí, lo note cuando ellos salieron de mi despacho. Lo hicieron con suma urgencia, no querían perder tiempo...

La madre superiora inclinó su tronco hacia adelante y continuó:

—Bueno, padre, como usted se habrá dado cuenta soy una mujer muy mayor, pero he venido hasta aquí porque las circunstancias me lo exigen.

—Soy todo oídos, madre superiora, ¿Cómo puedo ayudarla?

Tomó aire y después de expelerlo por sus fosas nasales, dijo:

—La razón que me sacó de mi despacho y me hizo venir hasta acá, es la visita de Antonella y el Padre Mario. Ella buscaba saber el nombre de sus padres.

—Es cierto, es necesario saber sus nombres —interrumpió el sacerdote holandés.

—Sí, ellos no me comentaron por qué... Y sucedió que, al buscar su expediente, nos percatamos que fue hurtado. Intentamos encontrarlo, pero fue imposible, no obstante, logramos dar con los datos de una mujer con una dirección en Alemania.

—Sí, es verdad toda esa información. Ellos me la proporcionaron antes de salir su vuelo.

—Pero luego que ellos se fueron, me quedé sola en mi oficina y con la inquietud de tantas casualidades en este caso, recordé una vieja conversación que tuve, años atrás, con la Madre Teresa, una monja de casi noventa y cinco años que vive con nosotros, retirada de toda actividad. Ella, a pesar de su longevidad, tiene una memoria prodigiosa y una luminosidad en su hablar. Me comentó acerca de la niña, de nombre Bigitte Marconi, y de su importancia. Cuando yo le comenté acerca de la entrevista de esa tarde, su rostro se tornó sombrío. Ella pidió que le trajesen una vieja caja que tenía guardada y sacó un sobre. Me explicó que lo guardó durante casi cuarenta años y que el destinatario era Antonella, es decir Brigitte. Cuando le pregunté por qué lo guardó tanto tiempo, me dijo que las instrucciones que tenía de parte de la persona que le entregó el sobre era que si algún día, la niña pedía saber acerca de sus orígenes, se lo debía entregar. La Madre Teresa fue muy enfática en hacerlo de forma expedita a Antonella. Por eso he venido hasta acá a traérselo.

La monja sacó de uno de los bolsillos de su hábito un sobre amarillento y apolillado. Se lo dio al Padre Rhode.

—Es necesario que se lo entregue a Antonella lo más pronto posible.

—Así lo haré, yo mañana viajaré a Berlín y se lo entregaré.

—Gracias, Padre.

La monja salió tan rápido como entró. Los dedos viejos de Rhode movían el ratón de la computadora y abrieron una página. Sus pupilas se avivaron detrás de los lentes. Su respiración se entrecortó. Fue hasta el gordo recepcionista y le pidió unas hojas blancas y un sobre. Caminó hasta una mesa desnuda y escribió. Al terminar de hacerlo preguntó:

—Necesito un favor tuyo Vito, un favor vital. Es de suma urgencia.

—El que me pida, Padre.

—Necesito que envíes un fax a este número.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—Sí, claro, Padre. Cuento con eso.

El sacerdote se despidió del hombre y salió a la plaza Navona donde el viento nocturno, frío y seco, relamió su cara. El número de personas presentes se había duplicado. Con paso decidido, atravesó la plaza en dirección al castillo de San Ángel. Necesitaba ir hasta el Vaticano y prepararse para el viaje a Berlín. Mientras caminaba entre el gentío, observaba la cara de los transeúntes. Escuchó una explosión a su lado derecho y vio como un niño lloraba por su globo estallado. Su rostro se puso lívido. Apresuró su marcha y dejó detrás el bululú, el ruido y las luces. Las calles se oscurecieron y los transeúntes mermaron en la Roma nocturna.

De soslayo, vio una sombra en la puerta de una casa. Percibió el mismo escalofrío sentido en la biblioteca Vaticano. Ajustó sus desgastados ojos y no vio a nadie. Su miedo le hizo una mala pasada, de nuevo. Tenía mucho temor. Miró hacia los lados y vio que dos mujeres caminaban en dirección contraria.

Sus pies presurosos marchaban lo más rápido posible. Miró hacia atrás, de nuevo. Las calles se tornaron vacías. A lo lejos, observó como la figura del castillo de San Ángel emergía entre las viejas casas romanas. Marchó por la ruta que bordeaba un brazo salido del río Tíber. La calle se dibujaba oscura, solo las bombillas nocturnas, como pequeñas luciérnagas, iluminaban, de a poco, el camino.

Como un roedor que quedó al descubierto, el padre Rhode caminaba raudo en dirección al Vaticano con ahínco. Miraba hacia todos los lados y no veía nada sospechoso, recorrió los primeros doscientos metros y se sintió un poco más seguro. Divisó el castillo de San Ángel, más cerca. A lo lejos, vio un par de enamorados, pero sus sentidos se alertaron. Redujo su marcha e iba alerta. La pareja miró al padre. Pasaron de soslayo y siguieron su marcha. Apenas unos cientos de metros lo separaban de la ciudad Santa. Llegó al puente sobre el río. Miró hacia atrás y no vio nada. Se sintió a salvo.

De pronto, sin haber podido preverlo, una figura humana salió de un auto que se encontraba estacionado a los lados. Iba vestido de negro. Sin mediar palabra tomó al sacerdote holandés y lo agarró con sus manos anchas y fuertes. El padre, en un intento de zafarse, tomó sus manos y dobló uno de sus dedos, pero el hombre, como una sombra en las tinieblas, no se inmutó. El cura sintió como lo arrastraba con su peso y lo llevó al borde la cornisa del puente. El rostro del padre se languideció. Lo levantó con fuerza como un saco de lastre y sacó de su bolsillo un cuchillo filoso. El Padre Rhode vio el brillo de la muerte en el arma. En ese instante, las luces de un automóvil reflectaron en la piel negra del

hombre que volteó. El sacerdote movió su brazo con fuerza y se zafó de las manos gruesas, dejándole su chaqueta. El padre vio el zarpazo circular que lanzó su atacante para destripar su abdomen. El arma rompió las telas de su camisa negra. El padre sintió un ardor en su piel y un dolor que lo privó.

El atacante lanzó el arma de nuevo con un movimiento circular como si fuese una guadaña, pero el sacerdote, ya se había desbalanceado y cayó en las oscuras aguas del río. El hombre se asomó e intentó ver algún rastro del padre. Solo observó cómo su brazo intentaba moverse en su superficie. Sin perder tiempo y ante la cercanía del auto que lo despistó, se metió dentro del automóvil, lo encendió y arrancó su marcha. El chirrido de los cauchos al quemar el asfalto dejó una estela de humo en el lugar. Se perdió como un espectro en la noche romana.

23

—¿Me cree inspector? —inquirió Antonella con un tono de voz seco.

El relato de la italiana fluyó como un río revoltoso que se abre paso por una ribera. Su voz pausada, los ademanes de sus manos y los gestos de su rostro, así como la entonación adecuada de su verbo, en cada uno de los pasajes que le tocó relatar, punzó el entendimiento de Speer. Parecía un relato sacado de una película hollywoodense. Rudolph permanecía perplejo, no sabía qué decir. Como policía combatía las realidades de su profesión con su arma y el uso legítimo de la violencia. Sus enemigos no eran ángeles ni demonios, ni seres de ultratumba, eran asesinos y rufianes que buscaban un entresijo para cometer un crimen.

El inspector miraba a Antonella y buscaba una palabra elocuente en su argot policial que no hiriese a la historiadora italiana. No era muy bueno para la oratoria. Cuando se combate a pillos, narcotraficantes y ladrones, poco importa la delicadeza del paladar ni el conocimiento de la semántica. La volvió a mirar. Los ojos cansados de la escritora y sus cabellos mal peinados no borraban un ápice de su belleza. Rudolph, un hombre que había olvidado lo que era sentirse atraído por una mujer, luchaba por no dejar escapar algún indicio en su comportamiento que indicara su simpatía hacia la italiana. El profesionalismo policial se impuso a su testosterona, por ahora. El policía enarcó sus cejas, expiró un suspiro mudo y luego espetó con un baladro que le salió desde sus entrañas.

—¡Sí, claro que le creo, señorita!

Ella tomó el vaso vacío que tenía a su alcance y Speer, en un movimiento de caballerosidad tempranero, tomó la jarra y le sirvió agua. Antonella bebió. Humedeció su boca y su garganta. Luego, la italiana colocó el vaso sobre la mesa y volvió a mirar al alto agente policial. Lo detalló, su rostro denotaba el desgaste de su dura profesión. Su cabello blanquinegro y los surcos de su piel dejaban entrever que la vida de aquel hombre, no era benévola.

Antonella sentía repulsión por los policías, los militares y toda aquella persona que representara una autoridad corrupta. En su opinión, eran abusadores que aprovechaban sus cargos para enriquecerse y beneficiarse a granel. El miedo y el terror que sentía por un delincuente o un criminal era el mismo que percibía hacia las fuerzas policiales y los militares. «Solo espero que en Alemania, los policías sean de otra calaña», pensó, mientras sus ojos escudriñaban al corpulento agente.

—¿Puedo llamarla, Antonella? —inquirió Speer, con voz suave.

—Como usted quiera, inspector.

El hombre tomó su libreta de anotaciones y escrutó sus páginas. Luego dijo:

—Antonella sé que está cansada y que el recibimiento que le ha dado Berlín no ha sido el mejor, pero requiero hacerle unas preguntas importantes. Unas interrogantes que no pueden esperar.

—Lo escucho.

—Antonella, yo me voy a confesar con usted. Yo soy una persona que he pasado más de la mitad de mi vida enfrentando a los criminales más implacables de Europa. En ese tiempo supe las causas y las motivaciones que llevaron a esos rufianes a cometer los más atroces delitos. Jamás, en mi tiempo de servicio, escuché semejantes historias. Yo era una persona muy escéptica de lo sobrenatural, de lo esotérico, de lo espiritual... hasta hoy. Quiero resolver este caso y cada vez se complica más y más. Creo que en todo esto, hay algo que supera mis capacidades como jefe de la policía.

Hizo una pausa. Luego, continuó.

—En el departamento del señor Otto Gebauer encontré una biografía que es de su autoría. “Himmler, más hombre que mito”

—Sí, yo escribí ese libro.

—El señor Otto tenía marcado en su libro, un anagrama de letras mayúsculas que indicaban el nombre de Hedwig Potthast.

—Ella fue la amante y secretaria personal del *Reichführer-SS* y además, madre de dos de sus hijos —prorrumpió la mujer.

—Él estaba muy interesado en el proyecto *Lebensborn*. ¿Usted conoce de alguna relación que puede existir entre ellos?

—No que yo sepa. De acuerdo a los documentos que yo pude tener en mis manos, la secretaria solo era su compañía, confidente y proporcionaba algo que Himmler detestaba: el sexo. No veo ninguna relación entre ella y ese proyecto.

—En las búsquedas de internet del señor Gebauer hay una fijación con el diario privado de Himmler. ¿Usted sabe algo de ese diario?

Antonella se apoyó detrás del sofá, cruzó sus manos delante de su rodilla derecha y luego dijo:

—No existe evidencia histórica de que Himmler haya dejado un diario privado o personal. La mayoría de sus actuaciones y registros están contenidos en los documentos que él dictaba a su grupo de secretarias y su asistente.

Speer iba a anotar en su libreta de nuevo, cuando la italiana, de ojos turquesa, espetó:

—Sin embargo...

Rudolph centró su atención en ella, de nuevo.

—Existe una leyenda, en los círculos históricos, de que Himmler dejó un

diario personal.

—¿Puede hablarme de esos rumores? , por favor.

La mujer mojó sus labios con la punta de su lengua y expresó con el rostro distendido.

—Es solo una leyenda. Los historiadores no coinciden en sus criterios. Las pruebas históricas no existen, pero hay rumores de que mantenía un registro muy preciso de algunas actividades extravagantes de las SS. Investigaciones que tenían un lado oscuro, misterioso y malévolo.

—¿Qué tipo de actividades?

—Los desmadres y abusos humanos que hizo al frente de las *Schutzstaffel*. Himmler moldeó las fuerzas policiales alemanas de acuerdo a las creencias que tenía.

—Por favor, sea más específica.

—¿Es necesario que le hable de todo?

—Sí, señorita. Quizá para usted no tenga importancia, pero para el curso de la investigación, podría tener un peso importante.

Ella tomó una bocanada de aire y comenzó su exposición.

—Himmler era un enigma, para los nazis y los alemanes de su época, parecía inhumano, un hombre sin alma. Muchos lo comparaban con un robot, con una máquina de matar, para otros era un ser de otro planeta, pero en realidad el *Reichsführer-SS*, como muchos de sus más íntimos sabían, era alguien común y corriente. Era inseguro y tímido.

Antonella hizo una pausa. Speer dijo:

—Eso no me dice nada.

—Déjeme seguir, no me interrumpa, por favor...Himmler creó las SS a su imagen y semejanza. Cada bloque de ese gran edificio representaba sus fuerzas, sus debilidades, sus fantasías y sus sueños. Por fuera, las *Schutzstaffel* parecían monolíticas, pero en realidad eran todo lo contrario. Como el propio partido nazi, las SS eran una laxa agrupación de departamentos semiautónomos cuyos jefes demostraban a su líder la misma lealtad que él, le manifestaba al *Führer*. Himmler, de pequeño, tuvo una gran influencia de parte de sus padres. Su mamá era una católica devota que practicaba el cristianismo hasta el cansancio. Era una fanática empedernida de las enseñanzas de Jesús. Su padre, por el contrario, era un hombre pragmático que fue maestro de escuela. Era un soñador incansable que vivía sumergido en las leyendas y mitos de la historia... De la fusión de ambas visiones del mundo, el pequeño Heinrich forjó su personalidad. Fue un niño introvertido que sufrió el acoso escolar y la discriminación por parte de sus compañeros y superiores. Al explotar la gran guerra, en mil novecientos catorce, el adolescente Himmler quiso participar, pero no tenía la edad suficiente para

empuñar las armas...Ironías de la vida... cuando él comandó la defensa de Berlín, años después, mandó a miles de adolescentes y niños a morir por él y Hitler...

Hizo una pausa, bebió agua y siguió:

—Al finalizar el conflicto, se convirtió en un seguidor sin líder que necesitaba a alguien a quien seguir e idolatrar. Entonces conoció a Ernest Röhm, el líder de las camisas pardas, y se convirtió en uno de sus lugartenientes. A través de él, conoció a Hitler. El futuro *Reichsführer-SS* quedó embelesado con su verborrea y atrayente personalidad. Los líderes nazis, una recua de alemanes desordenados, bocones y rufianes, lo recibieron con agrado por sus virtudes de administrador. El *Reichsführer-SS* era un oficinista, un excelente archivero y un implacable burócrata. Hitler vio en él, algo que el resto de los líderes nazis subestimó. El *Führer* nunca se equivocaba en su apreciación de los hombres. Himmler supo utilizar todas sus dotes para tejer una red de espionaje, chantajeo y distorsión de la realidad, para los fines de *Reich* y el suyo, propio. El séquito del *Führer*, preocupado por el juego de influencias que fraguaba alrededor de su líder, no tenía tiempo para archivar, metodizar, escribir y leer informes de todos los miembros del partido, del Ejército y de sus enemigos. Himmler sí. Disfrutaba su trabajo y lo hacía bien. Cuando Hitler le ordenó crear las SS, él las moldeó en base a las ideas de su mundo de fantasía, leyenda y mitología que retumbaban dentro de su cabeza. La policía secreta se convirtió en algo más que una fuerza represiva y de inteligencia militar y política. Fue, en la praxis, un conjunto de oficinas que perseguían una especie de alquimia pseudocientífica. Experimentos con seres humanos, eugenesia disparatada, búsqueda del santo grial, entre otros, eran parte de sus actividades... Además, llegaron a hurgar en los orígenes raciales y mitológicos de la raza alemana. Todo esto sucedió en paralelo al proceso de extinción sistemática de los judíos europeos. Nadie sabe cuál fue la motivación real de todas esas nefarias acciones y mucho menos qué había detrás de todo ese mundo irreal que borboteaba en su cabeza. Pero se cree que muchas de las causas y los resultados más secretos de esas investigaciones, están plasmadas en su diario privado que nunca salió a la palestra pública.

—¿Es decir que allí puede estar parte de los resultados del proyecto *Lebensborn*?

—Es posible, es una suposición válida. Ese programa fue una de las niñas mimadas de Himmler. Siempre le dio prioridad. Aun, cuando la guerra no podía ganarse, y los soldados alemanes no tenían nada que comer, las mujeres parturientas del proyecto reposaban, felices, en las casas cunas de Himmler.

—¿Qué sucedió con esos niños al finalizar la guerra?

—Ese fue un gran problema para todos, para los países, para los padres

irresponsables, para la sociedad y en especial para los niños inocentes que eran quienes no tenían responsabilidad alguna en su destino cruento. Al terminar la guerra, los hogares *Lebensborn* cerraron, por supuesto. Los niños del proyecto representaban la maledicencia del nazismo y su sola presencia incomodaba a la sociedad alemana y europea. Los “hijos de Hitler” fueron una incomodidad en los países liberados, ellos representaban una viruta incómoda de la otrora germanización. Algunas personas se conmovieron y aceptaron a los niños para criarlos; algunos padres y madres buscaron a sus hijos y se responsabilizaron de ellos, pero la gran mayoría de los niños fueron criados por instituciones de los Estados europeos. Todos ellos crecieron con la impronta indeleble de *Lebensborn*. Eran el resultado de un experimento.

—¿Es cierto que al final de la guerra, algunos gobiernos estuvieron interesados en el proyecto *Lebensborn*?

—Sí, por supuesto, aunque jamás lo reconocieron, la pseudociencia de Himmler caló en la comunidad científica. A pesar que todos consideraban que estaba loco de atar, algunos de sus proyectos tenían bases científicas sólidas.

—¿Y hay posibilidades reales de que el diario exista y esté en manos de alguien?

—Posibilidades siempre habrá, ahora bien, creo que las probabilidades son escasas. Siempre salen a la luz nuevos documentos de los líderes nazis que nos sorprenden. Berlín guarda, aún, muchos secretos debajo del suelo.

—Hay otro aspecto que deseo preguntarle ¿Usted sabe algo de un Proyecto T?

La mujer sucumbió ante la interrogante del inspector. Su rostro se ajó. Speer lo notó de inmediato.

—¿Dónde escuchó ese término?

—El occiso realizó muchas búsquedas de internet con ese nombre. ¿Significa algo para usted?

Antonella se abstrajo por un momento, miró el vaso sobre la mesa y luego dijo:

—Mientras realizaba las investigaciones de mi libro, me encontré con muchas tornas. No es fácil investigar acerca de la vida de alguien cuando hay muchas fuentes disponibles en distintos idiomas y con distintas ópticas. La vida de Himmler tenía varios enfoques: el alemán, el occidental y el soviético. Cada uno de ellos tenía una visión distinta acerca del jefe de las SS. Toda la vida de Himmler, antes de la guerra, está resumida en documentos alemanes y en especial, en declaraciones de su círculo íntimo. Pero una vez iniciado el conflicto, se entrecruzan las tres visiones. Para mí lo más difícil de investigar fue la muerte de Himmler.

La mujer dejó de hablar y miró el techo. Speer, impaciente, inquirió:

—¿Y qué relación guarda con el proyecto T?

—Según los registros oficiales, Heinrich Himmler fue capturado en un puente en las cercanías de Lüneburgo por oficiales de inteligencia británicos bajo un nombre falso. Nadie supo quién era hasta que admitió su verdadera identidad. Un médico, al revisar su boca, observó un objeto extraño, que resultó ser cianuro. Él la mordió y quince minutos más tarde murió. Según el médico que lo atendió, sus últimas palabras fueron *Projekt T*. Sin embargo, esta versión nunca fue confirmada por los altos oficiales británicos.

—¿Y usted no sabe nada acerca de este proyecto?

—Nada, en absoluto.

El inspector se quedó pensativo y anotó lo más relevante en su libreta de anotaciones.

—Cambiando de tema. ¿Cree usted que su sueño se llevará a cabo?

—Para eso primero debo interpretarlo. Los sueños son imágenes que no tienen un significado literal sino figurado. Lo que sí le puedo decir es que siempre que he tenido un sueño en la misma fecha, se ha cumplido. Pero ahora estoy desorientada. La muerte de Mario trunca parte de mi sueño porque él estaba en las revelaciones. No sé qué puede suceder ni cómo. Sólo esperaré al Padre Rhode para que me ayude. Él debe estar aquí mañana.

—Comprendo —expresó Speer que veía como los ojos de Antonella se volvieron a llenar de lágrimas.

El inspector cerró su libreta de anotaciones, sacó un pañuelo y se lo entregó a la dama. Ella limpió su rostro.

—Señorita —dijo Speer —le brindaré seguridad reforzada esta noche, mañana la trasladaremos a otro hotel donde diez agentes estarán a su disposición para su seguridad y descanso. De nuevo, le digo que lamento la muerte de su compañero y amigo. Sé que atrapar al asesino no mermará su dolor ni lo traerá de vuelta, pero le aseguro que lo capturaremos.

Antonella agradeció, entornando los ojos.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted?

—No gracias..., bueno sí. Necesito ir hasta la dirección de Magda Udet, la razón de mi viaje hasta acá.

Speer le expresó con voz seca:

—El departamento lo visité antes de venir para acá. Lo abrimos, parecía que tenía años sin ser ocupado. Lo vi vacío y desolado. Allí no ha habitado ninguna persona desde hace muchísimo tiempo. Creo que no hay nada que pueda encontrar allí.

—¿Podré verlo?

—Sí, claro. Mañana lo haremos, yo mismo la llevaré.

Antonella bajó la mirada, luego agregó:

—El número telefónico del Padre Rhode que le solicité. Necesito llamarlo.

—Ah sí, claro. Casi lo olvidaba. Aquí lo tengo. Me lo enviaron hace poco. Sí quiere, puede llamarlo.

Antonella asintió. Él marcó el número telefónico y ella lo tomó. No hubo respuesta. Lo volvió a hacer y tampoco obtuvo resultados.

—¿Qué va a pasar conmigo inspector? —expresó con ojos suplicantes.

—La vamos a cuidar, mientras aclaramos la muerte de su amigo. Luego la escoltaremos hasta Italia.

Ella aspiró aire y se inclinó para pararse. Ambos se levantaron de su asiento y avanzaron hasta la recepción donde él pidió la llave de la habitación. Subieron por el ascensor, escoltados con tres agentes. Salieron al pasillo oscuro y caminaron hasta la habitación 303. Speer abrió la puerta y la auscultó con ojo acucioso, mientras los demás esperaban afuera. Salió de nuevo, miró con fijeza sus ojos aguamarina y luego le dijo a la italiana.

—Espero que descanse. Tome mi tarjeta. Cualquier cosa me llama de inmediato. No dude en hacerlo. Afuera de la puerta estarán estos dos agentes.

—Gracias —dijo ella, ingresando enseguida. La puerta se cerró a su paso.

Rudolph espetó a los agentes:

—Esta mujer es muy importante. Es la única sobreviviente del Serafín en su historial criminal. Cuídenla con su vida.

Los dos agentes asintieron y tragaron saliva. No era fácil ser el protector del único testigo vivo del Serafín. Speer caminó acompañado por el otro efectivo en dirección al ascensor. Esperaron su llegada. Al tardar mucho, bajaron por la escalera. El inspector verificó el dispositivo policial de seguridad para la italiana. Comprobó todos los detalles. No dejó nada al azar. Tomó su teléfono y grabó el número telefónico de Antonella. Quedó impresionado. «Belleza e inteligencia es una combinación que pocas veces se da», pensó.

Su teléfono repicó. Lo sacó de su bolsillo y vio que era el alcalde de la ciudad. «Mierda, seguro quiere información del Serafín», murmuró entre dientes. Atendió. Escuchó el monólogo de su jefe. Le exigía que atrapasen al asesino ya que —según las encuestas hechas esa mañana —había bajado diez puntos en su popularidad. El burgomaestre, un político avezado, solo le importaba los réditos que pudiese sacar del control de la criminalidad en Berlín. Ni siquiera apareció en el velorio de los policías muertos debido a un acto de su partido político en Múnich.

Después de tres minutos de gritos, amenazas, dudas y sarcasmo del burgomaestre de la ciudad, Speer terminó con un «sí, señor, lo atraparé». Al

escuchar el chasquido metálico del otro lado de la línea telefónica, lo maldijo y espetó: «si eres tan macho, atrápalo tú mismo, parásito».

El alcalde de Berlín, de nombre Toni Reus, era un hombre de gestos atildados y ademanes propios de un dandi. Sus cabellos rubios, engomados con gelatina, le imprimían la estampa idónea de un político avezado en el arte de mentir, manipular masas y evadir responsabilidades. De verbo escurridizo y ambiguo, el ínvido burgomaestre de Berlín forjaba a su alrededor, una telaraña de intrigas e insidias que le permitían manejarse con argucia y destreza, en el intrincado mundo de la política. Esa naturaleza de ambivalencia y caradurismo, le granjeó un nombre en su partido político que ya lo comenzaba a considerar para cargos aún mayores, pero también instiló un sentimiento de animadversión hacia su jefe de policía, un hombre orgulloso e incorruptible, que no se apuraba en lanzar lonjas de adulación como el resto.

El político era un experimentado burgomaestre de la misma edad que Speer, pero era su antítesis. Mañoso, engreído, hipócrita, palurdo y bribón; detestaba a Rudolph. Él no era de su círculo de confianza, jamás fue de su agrado y lo desaprobaba por su altivez y eficiencia. El Alcalde buscaba una rendija en su trabajo para meter sus narices, pero el inspector, que cumplía a cabalidad su trabajo, nunca le dio pie para que se inmiscuyera en su labor de proteger a los berlineses.

El sentimiento de animadversión era mutuo. Los políticos no eran de su agrado, pero su jefe, en particular, era despreciable. Nunca estuvo interesado en formar parte de esa caterva de burócratas aduladores. Para el inspector, lo que tenía más valor en una persona era que su palabra y su accionar fuesen en la misma dirección del viento de su discurso. «Un hombre sin palabra es alguien sin honor, y sin honor, de nada vale la vida», afirmaba a sus subordinados.

Sacó un cigarrillo de su bolsillo y se lo llevó a la boca. Tomó el yesquero e hizo el intento de encenderlo, pero no lo hizo. Lo guardó, pero dejó el cigarro en la boca. Dejó el vicio de fumar hace más de seis meses y no quería recaer en sus viejas andanzas. Su cardiólogo se lo indicó la última vez que lo visitó. Sin embargo, cada vez que sentía presión o estrés, tomaba un cigarro y lo llevaba a la boca. Solo las palabras del médico —«Si no deja de fumar, usted sufrirá un infarto en menos de dos años»— hicieron mella en su deseo insaciable por la nicotina.

Miró hacia la ventana donde se encontraba la italiana y observó la luz encendida. Revisó su teléfono. No se asomaba ningún mensaje de texto ni llamadas perdidas. Speer debía permanecer alerta.

El cuádruple asesinato de los policías, en vísperas de la visita papal, y ahora la muerte de un sacerdote, tenía en ascuas a los cuerpos de seguridad. Todos iban

tras la pista del seguro culpable: el Serafín. Debía neutralizarlo antes de que pudiese ejecutar cualquier otro asesinato. El inspector jefe, se recostó en una de las motos policiales. El cansancio lo arrojaba como una gran frazada de plomo. Las patrullas se retiraron, una por una. Solo quedaron las dos que permanecerían esa noche para custodiar a la italiana.

Rudolph mordisqueaba el cigarro y percibía el irrefrenable deseo de fumar. De pronto, llegó un pensamiento cruzado, de esos que en otros momentos le ayudaron a resolver los casos criminales más difíciles. Marcó un número telefónico.

—Buenas noches, disculpe la hora. Es el inspector jefe de la policía de Berlín. Necesito comprobar si dentro de la lista de invitados a los actos con el Papa se encuentra el señor Arthur Dubront, empresario estadounidense.

Speer esperó un lapso antes de obtener la respuesta. Del otro lado del auricular le respondieron afirmativamente. Sus ojos se iluminaron.

—Muchas gracias.

Recibió la noticia como una bomba. Era demasiada casualidad. El magnate asistiría a los actos protocolares y religiosos. Las casualidades no existen, era una de las frases repetitivas que Rudolph les decía a sus subordinados, a diario. La visita del empresario le preocupaba. Si el asesino a sueldo trabaja para este hombre, seguro lo contactará de algún modo. Llamó por teléfono a Boris y le dijo que viniera hasta donde él se encontraba. Luego llamó al inspector Giuseppe. Al tercer repique contestó el desbaratado personaje que parecía salido de una historia de bar.

—Inspector Speer, sigo en el aeropuerto —dijo con voz gruesa.

—El Serafín volvió a atacar. Mató a un sacerdote en el centro de Berlín. Lo degolló —dijo, sin cortapisas, el inspector berlinés.

—Mierda ¿Cuándo fue eso?

—Hace dos horas.

—Si quiere voy para allá.

—No se preocupe ya hemos hecho todo. El levantamiento del cadáver y las entrevistas.

—Bueno, como usted quiera.

—Hay otro detalle, inspector Giuseppe. El criminal ha dejado un sobreviviente.

Hubo un mutis detrás del auricular.

—¿Está allí?

—Sí, inspector Speer, es que de verdad no lo puedo creer. ¿Y está herido?

—No el sobreviviente está bien. Está resguardado en el hotel por los agentes policiales. Pasará aquí la noche. Por cierto ¿Qué ha averiguado acerca de

Chastain?

Hubo una casi imperceptible pausa.

—El pelirrojo que vimos en el vídeo no pasó por inmigración del aeropuerto, vi las grabaciones de la aduana y no lo distinguí. Ese personaje escurridizo no ingresó a Alemania por esta vía. Si lo hizo, fue por tierra. De todos modos envíe a Lyon la foto para que lo cotejen con todas las aduanas de Europa.

Hubo una corta pausa.

—Inspector Giuseppe y si... es un funcionario diplomático que no fue registrado por las vías ordinarias de inmigración.

Hubo un silencio corto.

—Es posible, inspector, muy probable, jamás se me hubiese ocurrido. Revisaré esas cámaras. Lo llamaré en cuanto tenga noticias.

La llamada finalizó. El inspector guardó el cigarro. Se calmó un poco. Una patrulla se aparcó frente al hotel. Boris se bajó. Su cara reflejaba el cansancio acumulado de tantas horas de trabajo.

—¿Encontraron algo más relevante en el apartamento de la mujer?

—No jefe, absolutamente nada. Pero averigüé algo importante.

—Dime.

—Al verificar que las llaves del departamento estuvieron en manos de Otto Gebauer, pensé que era posible que el occiso haya sido policía en la extinta Alemania del Este. Y al revisar la antigua lista de funcionarios de ese cuerpo policial, el nombre de Otto Gebauer apareció. He ordenado buscar su expediente en los archivos viejos de la policía.

—Interesante. Eso explicaría porque Otto tenía acceso a tanta información.

Boris avinagró su rostro.

—Señor, recuerde que mañana a las seis debemos colocar el dispositivo en el aeropuerto para la llegada del Papa. ¿Es necesario desviar la atención con este caso?

—Sé que estamos atiborrados, pero es necesario. Algo me dice que ella es importante para todo lo que sucede.

—Comprendo, supervisaré todo, señor.

—¿Está todo listo para los dispositivos de seguridad del Papa?

—Sí, inspector, todo el dispositivo está listo.

—Yo estaré en el aeropuerto y tú en la ruta principal. Los dos estaremos en el Mercedes Benz Berlín y en Santa Eduvigis.

—¿Usted estará en el aeropuerto? —preguntó con extrañeza.

—Sí, cambié de planes. Voy a estar cerca de la seguridad papal desde el principio, no quiero que se escape ningún aspecto de seguridad. ¿Qué otra pista tenemos con respecto al Serafín?

El hombre apergaminó el rostro.

—Inspector, tenemos poco. Es un verdadero fantasma. Pero hay una serie de precisiones que me gustaría que usted escuchara.

—Soy todo oídos, Boris.

—Investigué a Arthur Dubront. Dos detectives detallaron y auscultaron su vida. Y no fue tarea fácil, señor. Es un misterio.

—Eso ya lo sabía, Boris.

—Sí, inspector, pero hay algo más. Revisé en la base de datos de la policía internacional y el FBI, la Scotland Yard, la Interpol. Y hay detalles importantes que no se pueden pasar por alto. Pregunté acerca de los crímenes sin resolver en los últimos dos años en Europa y Estados Unidos. Aquellos donde hubo una muerte inexplicable y algún funcionario policial muerto. Es decir, casos similares como el sucedido en Berlín. Cotejé siete crímenes en el último año. Tres en Estados Unidos y cuatro en Europa. En todos estos casos, al menos un funcionario de la empresa D c.a, fue declarado como indiciado o testigo de estos hechos.

Rudolph afiló sus sentidos. Interrumpió, preguntando:

—¿Estás seguro?

—Sí, inspector y lo más importante es que en todos esos casos que pude rastrear, los abogados de esa empresa defendieron a estos hombres.

—Entiendo tu punto ¿Qué me quieres decir? ¿Acaso Dubront es el Serafín?

—No, inspector y ¿Si el Serafín no existe? Si son una serie de serafines los que realizan estos crímenes para beneficio de Arthur Dubront. Él tiene los recursos, el dinero, la disposición para hacerlos.

—No pensé en eso.

—Sí, de hecho, el inspector Giuseppe me ayudó a compilar parte de esos datos y también le sorprendió esta teoría.

La cara de Speer se aliñó.

—Boris, nunca compartas una teoría de un crimen con alguien antes que conmigo.

—Disculpe, inspector, no volverá a pasar.

Rudolph movió sus piernas con nerviosismo y le dijo:

—Boris, el magnate de Dubront estará en Berlín, invitado por el Papa. Hay que mantener los ojos bien abiertos con él aquí.

—¿Cómo?

—Sí.

—Es mucha casualidad, señor.

—Lo sé, y para mí las casualidades no existen.

En ese momento vio que su teléfono móvil repicaba. Atendió.

—Inspector le tengo buenas noticias.

—Dígame, inspector Giuseppe.

—El Serafín dejó una pista. Atacará en Berlín pronto.

—¿Por qué lo dice?

—La interpol interfirió un mensaje codificado para un tal Jonas Monahan, indicándole que “cumpliera con lo acordado en Berlín, usar mismos métodos de limpieza”

—¿Y ese mensaje es confiable?

—Sí, lo es. Es la misma pista que me trajo hasta Berlín para seguirlo. Jonas Monahan fue uno de los seudónimos del criminal hace tres años en Sofía, Bulgaria.

—¿Y el diario de Himmler? ¿Ahora no lo busca?

—No sé, pero tengo la sospecha que el Serafín no es una persona, son varias personas.

—¿Cómo?

—Su segundo al mando y yo llegamos a esa conclusión. Pensé que él le mencionó el asunto.

—Bueno sí, él me asomó esa teoría...no sé.

—De ser así, hablamos de una organización criminal con fines ilícitos. Y tiene lógica. Creo que el señor Dubront tiene que ver con todo esto, inspector.

—Es posible, si tiene información relevante me llama, voy a estar en el comando policial.

Miró a Boris que permanecía, delante de él, expectante.

—Si Arthur Dubront va a estar presente en los actos del Papa, debe llegar a Berlín durante la noche, si no es que ya llegó. Boris encárgate de averiguar si el magnate ya está registrado en alguno de los hoteles de Berlín o si tiene reservación en alguno. De ser así, coloca unos detectives de civil para saber de sus movimientos.

—Señor, es peligroso. Él es uno de los hombres más poderosos del mundo.

—Lo sé, pero sospecho que tiene algo que ver con todo esto. Actúa con cautela y me mantienes informado, creo que la noche será larga, pero debemos estar alerta. Si tienes razón, quizá nos enfrentemos no a un Serafín sino a un grupo de Serafines.

Boris se metió en su patrulla y encendió el auto. El inspector expelió un suspiro. Tomó su teléfono y buscó en internet el perfil de Facebook de Antonella. Miró su fotografía. Sus labios dejaron escapar una sonrisa. Vio otras de sus fotografías. Se documentó acerca de sus conferencias dictadas, logros académicos y libros publicados. Era muy hermosa, verbigracia de tener una carrera como historiadora y expositora de alto renombre. Y tú, Rudolph,

pretendes que una mujer tan inteligente se fije en un burdo policía. Sonrió y vio hacia la ventana apagada donde ella descansaba. Se irguió y arrancó en dirección al comando policial.

Arthur Dubront se embarcó en su avión privado en la ciudad de Nueva York, lo acompañaba todo su séquito de confianza. Su sempiterna ayudante Cinthya lideraba, lo mejor de lo mejor, de su equipo de trabajo. El piloto del avión ya tenía listo el plan de vuelo, su destino quedaba a ocho horas: la capital de Alemania.

El viejo se sentó en su asiento, se colocó el cinturón de seguridad y le informó al piloto que despegara. Una de las aeromozas cerró la puerta y los motores del jet se encendieron. El avión avanzó por la cabecera de pista del Aeropuerto JFK de Nueva York y cuando obtuvo el permiso de la torre de control, despegó. Diez minutos más tarde, dejó atrás, el espacio aéreo norteamericano.

La aeronave se desplazaba a través del cielo abismal de la noche. Debajo, el océano Atlántico se presentaba como un gran manto ennegrecido, el cual de un momento a otro, podría engullir cualquier objeto que cayese en sus fauces. Arthur se desabrochó su cinturón de seguridad y le ordenó a una de las aeromozas que le trajese su bebida favorita, un Whisky doble en las rocas. Cinthya, que estaba frente a él, pidió un vino blanco. Cuando la azafata trajo lo solicitado, el viejo magnate le pidió a su asistente que se acercara un poco más.

—¿Cinthya se coordinó todo en Berlín?

—Sí, señor, todo está bien atado. El señor Chastain consiguió lo que usted solicitó.

—Bien. ¿Cuál es mi agenda mañana?

—Señor tiene la entrevista con el Papa al mediodía, luego la invitación a la beatificación del santo alemán a las tres y como usted me pidió, la noche estará libre.

—¡Qué bien! Excelente.

—¿Cómo voy en las encuestas señorita Banner?

La mujer sacó de su portafolio una hoja, la leyó y se la mostró a Arthur. El hombre apergaminó el rostro.

—No he mejorado mucho, ¿verdad?

—No, señor, pero estoy segura que subirá.

—Los números jamás me han importado. Al iniciar mi carrera, en el mundo de los negocios, nadie creía en mí y fíjate a dónde llegué. Estoy convencido que

destruiré a mis competidores, uno a uno, cuando comiencen los debates televisivos.

—Así será, señor.

—¿Trajiste el reporte del tiempo de Berlín que te solicité?

—Aquí está señor —dijo, entregándole otra hoja impresa.

El hombre revisó con rapidez la hoja y se la devolvió a su asistente.

—Gracias, señorita Banner. ¿Habrá luna llena?

—Sí, señor, pero no cualquier luna. Es lo que llaman luna gigante.

Arthur quedó pensativo. Luego dijo:

—Recuérdale al personal que nadie debe acceder a la sala privada del avión. Solo una de las dos azafatas puede entrar para las atenciones.

—Ya todos saben, señor.

—Intentaré descansar. Déjeme un momento a solas, si la necesito, la llamaré.

La mujer se retiró a la bodega de licores de la aeronave. Mientras caminaba, el magnate recordó que llevaba con ella veinticinco años...Y jamás ella le coqueteó. Su relación era solo de trabajo. Cinthya valía mucho más que una buena singada.

Dubront se asomó por la ventana y vio la luz titilante del ala derecha del avión. Mientras esta se encendía y se apagaba en la oscuridad sobre el océano atlántico, el anciano fue sumergiéndose en los laberintos de sus pensamientos más recónditos.

El joven había salido temprano de la universidad esa tarde. Un grupo de amigos lo invitó a tomarse una cerveza en un bar cercano, él aceptó. La proximidad de los exámenes lo tenía imbuido en una gran tensión. Mientras se charlaban y bebían, plácidos, una joven llegó con la cara lívida. Le preguntaron qué le sucedía. Ella se sentó y les pidió que se acercaran. La compañera de estudios se posó sobre la mesa mientras los demás la rodeaban. «Deben salir hoy mismo de la ciudad y cruzar la línea fronteriza» dijo. «Nos separarán esta noche y será para siempre». Ellos le preguntaron el origen de la noticia. Les respondió que su padre era un coronel del ejército y que le ordenó que no cruzara más la frontera, si lo hacía después de la media noche, quedaría atrapada del otro lado. Les pidió que solo se lo comentaran a sus seres más cercanos y que lo hicieran pronto. Muchos de los compañeros se rieron y no quisieron creerle. Ella se levantó y se fue. El muchacho si le creyó.

Llamó a su madre. Le dijo que recogiera todo y que se viniera para el otro lado en el punto de encuentro acostumbrado. Su mamá dudaba. «Solo hazlo», le dijo. Se encontraron media hora más tarde. Su madre, su hermana y él, comenzaron a caminar sin rumbo conocido. Llevaban cien metros cuando su mamá dijo: ¡Debo volver! ¡Debo volver! Él le indicó que era una locura, sin

embargo, la determinación de la madre lo obligó a acompañarla mientras su hermana permanecía del otro lado.

Llegaron a la casa y su madre tomó lo olvidado.

—¡La vida de tu hermana depende de esto! —dijo.

Salieron raudos por las calles en penumbra. Llegaron al sitio acordado donde debía estar su hermana. La vio dentro de una niebla de penumbra. Un hombre salió de la nada y la tomó por el cuello, tapó su boca y se la llevó. En ese momento, llegaron unas patrullas. Los soldados se apearon de los autos e hicieron disparos al aire. Los silbidos de los proyectiles y las detonaciones de los fusiles rompían el silencio y la oscuridad. Los gritos de los efectivos militares golpeaban contra las paredes de las casas. El joven corría entre las alambradas y las concertinas como un animal que está a punto de ser atrapado en una trampa. Al tratar de evadir una de los obstáculos, el filo de una púa cortó su pómulo. La sangre bañó su rostro. El muchacho volteó y vio cómo su madre era atrapada por tres soldados y montada en un camión. Sin perder tiempo, saltó la última torna y corrió a buscar a su hermana por la oscura calle que se abría a su paso, intentó hallarla. Pero no le encontraría ese día, ni el siguiente, ni todos los días de su vida. Jamás la volvería a ver.

Arthur tomó el vaso de whisky y lo bebió de un solo trago. Sus pupilas se centraron de nuevo en la luz titilante del ala que la oscuridad hambrienta de la noche intentaba tragar en vano. La incandescente emisión lumínica resplandecía con persistencia del mismo modo que sus recuerdos no lo dejaban en paz, cada noche, cuando el manto tiznado de su pasado caía en su memoria. Colocó el vaso al lado del asiento y cerró sus ojos. Intentaba callar los gritos silentes de sus remembranzas, pero era tarde, cincuenta años tarde.

La pantera entró por la puerta. La habitación permanecía en silencio y la oscuridad adensaba cada rincón. En el medio, la Orquídea permanecía, de pié, desnuda, y de espaldas a la entrada. Sus piernas abiertas y sus pies descalzos seguían las líneas del círculo diabólico con el pentáculo abyecto en su interior. Sus cabellos bañaban su tronco, dejando al descubierto su espalda de ébano sudorosa que rutilaba en la oscuridad.

La Pantera sabía que no podía interrumpir a su ama mientras se atajaba en un trance. Cerró la puerta y un manto de negritud pintó el ambiente. Olía a humedad añosa. Se arrodilló en una de las esquinas de la habitación y sus ojos se cerraron. Sus manos descansaron sobre sus muslos. Esperaba que su ama saliese del estado de trance. La habitación oscura y espesa se discurría tenebrosa. Al cabo

de un rato, la Pantera percibió, a través de sus párpados entornados, que la mujer encendió la luz de una vela. Se puso de pie y enseguida fue por su bata. Se la colocó. Ella se sentó en una mecedora destartada, al final de la habitación. Sus manos quedaron dormidas en los asideros de la silla. El hombre se arrodilló a su lado.

—Mi señora, el viejo sacerdote murió, lo lancé a las aguas de un río.

La mujer, que tenía su rostro cubierto por sus cabellos, se mecía con lentitud.

—Muy bien, ya no nos molestará más, se debe estar pudriendo en el lodo de magma del infierno.

—Tenemos todo listo para el ascenso del señor de señores.

—No todo, Pantera... aún faltan dos detalles.

—¿Cuál?

—La llave que los libera no la tenemos aún. El anatema.

—Es cierto.

—Este llegara a nosotros, el hombre que quiere el trono, me prometió que lo tendría listo para el momento de la liberación.

—Y ¿qué más hace falta mi señora?

—La clarividente. Ella es necesaria que esté en el momento de la ceremonia. No debe faltar a la cita.

—Él prometió que ella estaría allí.

—Perfecto.

—Este día lo ha esperado usted desde hace tiempo.

—Así es Pantera y esta vez no debemos fallar como ha sucedido antes, están dadas todas las condiciones para que sea de este modo.

—Debes salir, necesito descansar, mañana será un día muy largo. Tú también necesitas hacerlo. Ve a dormir.

La Pantera salió. Fue a la habitación contigua y se quitó su ropa. Su cuerpo bruno se introdujo en las sábanas blancas de la cama. Allí, acostado en las tinieblas de la noche, la Pantera cerró los ojos con sus sentidos afilados, como los colmillos de un lobo hambriento. Saltaría y degollaría a cualquier persona que osase hacerle daño a su señora, la Orquídea, la razón de su vida.

Las manos entumecidas de Frida le dolían. Sentía un hormigueo en sus dedos que se extendía hacia sus palmas. Tomó la manta que le dieron los agentes de policía e intentaba cubrirse, pero el agua fría la mantenía empapada y húmeda. Sus dientes tiritaron y no podía contener el temblor. Sentada en la borda de la patrulla fluvial, tenía recogidas las piernas. Sus brazos ataban sus extremidades

con fuerza. Intentaba mantenerse caliente. Los agentes policiales le hablaban en alemán y ella no respondía. No comprendía nada. Odiaba ese idioma, fue el único que no pudo aprender en la orden de los protectores. Uno de los policías tomó otra manta y se la colocó encima de la mojada. Sintió menos frío. Su mandíbula inferior dejó de moverse involuntariamente.

La lancha policial navegaba alrededor de la orilla del río. Uno de los policías manejaba el faro de luz e iluminaba todo el sector. Otro de los agentes, que parecía estar al mando de todos, daba indicaciones por radio en alemán. El bote dio tres vueltas en el sector del monumento del escapista alemán y aparecieron, en la orilla, unos policías con unas linternas que oteaban la zona. Los efectivos de la lancha le hacían preguntas a Frida que sin comprender el idioma, respondió en inglés, tres veces consecutivas.

—*I don't know speak Germany. I just speak English.*

El jefe de la patrulla pareció comprenderle. El bote se dirigió hacia la otra ribera del río para poder abarloar en un pequeño muelle que se asomaba tímido detrás de *East Side Gallery*. Después de maniobrar con destreza el timón y el motor, el efectivo dio la orden de colocar amarras en el muelle. La lancha se detuvo. Los hombres pusieron de pie a la mujer. Bajaron por las escaleras y pisaron las tablas del muelle que crujieron con su paso. Otros dos agentes de la policía los esperaban. Eran una rubia de la misma altura de Frida, pero más corpulenta y un alemán con nariz aguileña y de barriga prominente.

Los policías hablaron entre ellos. Frida miraba como las luces azules y rojas de la lancha alumbraba el río y las paredes de lo que fue un día, el muro de Berlín. El lugar era terrorífico. ¿Cuántos hombres perecieron en ese río intentado nadar hacia la libertad?

La mujer policía, machacando un inglés primitivo, le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Frida Bruni —respondió con voz ronca.

—¿De dónde es usted?

—Yo soy francesa.

—Deberá acompañarnos al comando de la policía para hacerle algunas preguntas, señorita Bruni.

La agente tomó por el brazo a la francesa y la condujo, junto al oficial masculino, hacia la calle donde se aparcaba un auto policial.

—Apoye las manos a la patrulla y abra las piernas —espetó la policía.

A Frida le disgustó la orden y lo expresó con un gesto adusto. Cumplió a regañadientes. Ella le quitó la manta que cubría su cuerpo. Sus cabellos húmedos goteaban sobre el vidrio del auto. Ella pudo ver su rostro reflejado en él. La mujer la cacheó. Comenzó con sus tobillos, luego sus piernas, la entrepierna. Al

llegar a la cintura, sacó el diario de Himmler y la agenda de Otto Gebauer. La policía colocó la bolsa en el piso, luego, sacó de uno de los bolsillos del pantalón de la francesa, su pasaporte y algunos billetes de cien euros. Introdujo todo en una bolsa plástica. Terminó de requisarla. El hombre abrió la puerta trasera de la patrulla, y la membruda agente tomó a Frida y la introdujo en su interior. Los dos agentes ingresaron a los asientos delanteros y el vehículo arrancó. Quince minutos más tarde se estacionaron frente al cuartel general de la policía de Berlín.

Los dos efectivos bajaron a Frida. La francesa observó con detalle la entrada del cuartel general. Pasaron un largo pasillo central que desembocó en un gran salón. En el centro, se asomaban dos policías sentados en un escritorio con los pertrechos para el registro y control de detenidos. Alrededor, se asomaban, tímidos, varios efectivos sentados en algunas sillas recostadas en las paredes. Tres mujeres permanecían sentadas en un rincón. Lucían unas faldas cortas y escote, sus ojos trazados con rímel y sus labios pintados de un rojo labial intenso. Una de ellas le lanzó un beso a Frida que reconoció de inmediato su oficio de meretriz. Un agente atravesaba el salón, escoltando a un hombre cuyos ojos, achispados y desorientados, intentaban ir al mismo ritmo que sus pies. Se detuvo frente a Frida y le sonrió con los escasos cinco dientes que quedaban en su boca.

Los dos agentes hablaron con los oficiales de guardia. Uno de ellos tomó el pasaporte de la francesa y lo anotó en uno de los registros que tenía sobre su escritorio. El otro se levantó y fue hacia el interior de una de las oficinas. Regresó enseguida con un policía pequeño. El efectivo tenía unas gafas puestas y los dientes incisivos sobresalían de su labio superior. Parecía una musaraña humana. Hablaba en inglés.

—Señorita, Buenas noches. Soy el agente Hall.

Frida no contestó.

—Ha sido reportada por un tiroteo a las orillas del río Spree. Tengo algunas preguntas qué hacerle. Acompañeme.

—Agente, necesito otra manta seca o me congelaré.

—Ya lo arreglaremos.

El hombre indicó con la mano el pasillo contiguo por donde debían avanzar. Ella iba delante. Pasaron por el parque de armas de la policía y él abrió la puerta de un salón contiguo. Entraron. El agente policial la invitó a tomar asiento en una de las dos sillas que descansaban debajo de una mesa que emergía como una isla solitaria en un lago volcánico. Frida vio un espejo encajado en un marco. Se percató de que se encontraba en un salón de interrogatorios. Vio su reflejo y detalló su tétrica facha. Una policía entró y trajo una jarra de café cuyas volutas

de humo serpentearon en el aire frío de la habitación. La mujer sirvió dos tazas de café. El policía le ofreció a Frida que la tomó con ambas manos. El calor de la infusión recorriendo su sistema digestivo, templó sus nervios y su ánimo. La agente antes de salir recibió unas indicaciones en alemán del oficial. Quedaron solos.

—Me comentaron los efectivos que usted es francesa.

—Sí, lo soy.

—¿Qué hace en Berlín?

Frida bebió otro sorbo de café, esta vez más grande. Evaluó sus opciones. Estaba en Berlín por una sola razón, encontrar el diario privado de Himmler, el documento por el que mataron a su mejor amigo, Jean Pierre. Lo tuvo en sus manos, pero ahora la policía lo tenía. Debía salir indemne de esa detención para poder leer su contenido. Luego iría tras Cosette y le quitaría los códigos Vaticano. La orden de los protectores era una farsa, había sido infiltrada y la pequeña mujer era parte de esa argucia. La respuesta a la interrogante del policía sería su baza o su ancla. Saldría a flote de esta situación o se hundiría en las aguas del olvido. Pensó en el abanico de oportunidades que tenía. La fuga, el engaño o la seducción rodaron como piedras por su entendimiento, pero al final, se decidió por la más inusual de las respuestas. Ella, acostumbrada a mentir, engañar y distraer, haría lo que nunca habría hecho en este tipo de situaciones: decir la verdad. Bruni carraspeó, bebió otro sorbo de café y dijo:

—Le diré la verdad agente, pero dudo que usted me crea. Por lo que necesito ver al comandante de la policía. A él se lo diré, en persona.

El policía la miró a través de sus ojos castaños, su lengua fue hasta su paladar y mojó sus dientes resacos expuestos al aire. Se inclinó hacia adelante.

—Señorita, usted no está en condición de exigir. Usted es nuestra detenida y hasta que no nos aclare qué hace en Berlín y porque estuvo involucrada en el tiroteo que hubo a las orillas del río Spree, no hablará con nadie.

Frida odiaba la autoridad, en especial si esta se mostraba abusadora. Por enésima vez, su impulsividad se impuso a su cordura.

—¡Con sus técnicas nazis no le diré nada!

Se mordió la lengua. El policía movió la taza de café buscando semillas de paciencia. La puerta se abrió de nuevo y entró la misma agente. Portaba una manta seca de color gris. Se la entregó a Frida que se quitó la que tenía húmeda y se cubrió con la frazada nueva. La mujer se retiró de nuevo.

—Señorita ¿Cuál es su ocupación? —espetó el agente después de exhalar un suspiro.

—Agente, no le diré nada hasta hablar con el jefe policial.

—¡Cómo usted quiera!

El hombre se puso de pie, avinagró su rostro y salió como un celaje de la sala de interrogatorios. Frida bebió otro sorbo de café. Miró alrededor de las paredes mudas que la miraban con desprecio. Enseguida la puerta se abrió y entraron dos agentes femeninas membrudas que se abalanzaron sobre ella. Frida intentó ponerse de pie y librarse de ambas gorilas, pero era tarde. Sintió la presión de las manos de ellas que la levantaron y la arrastraron hacia el pasillo. De nada valió la resistencia que puso la francesa. Las dos agentes eran demasiado fuertes.

—¡Suéltlenme malditas, suéltlenme! —gritaba.

Llegaron al rellano de unas escaleras por donde la bajaron a trompicones. Cayó en una oportunidad, para luego ponerse de pie. Bajaron al piso inferior y Frida vio a los calabozos que parecían bestias andrajosas con las fauces abiertas. Un policía abrió la reja de una de las celdas. Las dos policías empujaron a Frida hacia adentro y cayó de rodillas. Se levantó y volteó. Las dos mujeres se reían desde fuera de las rejas. El chasquido de la puerta corrediza se escuchó como un golpe seco que estrujó su ánimo.

—¡Cuando decida contarnos que hace una francesa en Berlín, saldrá de aquí! —espetó el policía musaraña, al borde de las escaleras. Se dio vuelta y salió en compañía de las dos agentes.

Miró la celda contigua y atrapó las sonrisas de las tres mondarias que había visto en el salón a su llegada al cuartel. La más alta le guiñó el ojo derecho y le dijo con voz zalamera:

—*¡Bienvenue à Berlín, Madame!*

Frida se sentó en el piso y recogió las piernas entre sus brazos. Escuchaba en la lejanía las sonrisas incordias de las pelanduscas. Supo que su destino era turbio y gélido como las aguas del río donde se había sumergido.

24

El Serafín atravesó raudo *Bebelplatz*, en el centro de Berlín. La noche fue embelesada por la gran luna que se veía en el cenit del cielo tizado, como una bambalina de plata gigante en el medio de un cuarto oscuro. El piso brillaba como un gran manto de agua color castaño. A los lados, los edificios iluminados por la luz bronce de las bombillas de la plaza, se erigían como guardianes silentes de la noche berlinesa. El viento gélido rozaba su rostro impertérrito. Sus ojos de basilisco se movían inquietos y palpitantes.

El asesino marchaba con precisión, todos sus pasos eran calculados con frialdad. Acurrucado en su abrigo gris, llevaba sus manos metidas dentro de los bolsillos de su prenda de vestir. Su cara iba enterrada dentro de las solapas levantadas del atavío. Sus pupilas de muerte miraban en todas las direcciones.

Su brazo izquierdo, remendado con puntos de sutura, le molestaba mucho, pero podía manejarlo muy bien. Se inyectó morfina para calmar el dolor. Pero las heridas que le proporcionó el perro, no dolían tanto como su orgullo lacerado por haber fallado en la misión anterior. Debía actuar rápido si quería cumplir con su cliente.

El Serafín continuó su marcha por *Bebelplatz*. Los coches pasaban raudos por las avenidas semivacías. Respiraba con lentitud. Su brazo mallugado, le estorbaba. Le ardían las heridas producidas por el canino. Los colmillos largos del pastor alemán penetraron hasta los músculos de su antebrazo. Apretaba sus dientes cada vez que llegaba el dolor punzante.

El asesino presentía que olían su rastro. Un informante le dijo que el inspector jefe de la policía de Berlín lo seguía de cerca con una tenacidad invencible. Se percató que era un oficial obstinado. Debía ser cuidadoso.

Bebelplatz se vestía de colores para uno de los mejores acontecimientos católicos de la ciudad: un alemán sería santificado por el mismísimo Papa. La misa se realizaría en la iglesia de Santa Eduvigis situada a las orillas de *Bebelplatz*. A esa hora, el personal de técnicos terminaba de instalar las pantallas de televisión en los alrededores de la plaza donde se reunirían una gran cantidad de feligreses para asistir a la ceremonia.

El fiero asesino se dirigió hacia la figura monumental de la iglesia de Santa Eduvigis que como un gran gigante con joroba verde se recostaba en la oscuridad de la noche berlinesa. Rodeó la catedral y llegó hasta la entrada de la sacristía situada en la parte trasera. El traqueteo del roce de las ramas de los árboles secos ocultaba sus pasos y su figura. Intentó abrir la puerta, pero

permanecía cerrada. Debía ingresar sin dejar secuelas ni huellas de su perpetración. Sacó una navaja y la deslizó por la cerradura con fuerza y empujó. La cerradura cedió.

El asesino entró con sigilo y aguzó su mirada en la densa oscuridad. La negrura era espesa y sacó de un bolsillo un visor nocturno. Las imágenes verdinegras del interior de la iglesia eran fantasmagóricas. Parecían un mundo paralelo que reinaba en el interior de la estructura. El asesino caminaba con paso lento y pausado. Pasó por la sacristía del Deán, luego dio vuelta hacia uno de los pasillos que lo arrojó a la nave principal de la iglesia. Allí pudo observar, a través del visor, el tono verdusco de las velas encendidas de los altares que rutilaban detrás de las estatuas de varios santos. Se quitó el aparato y tardó un momento en acostumbrarse a la penumbra.

Llegó frente al altar donde pudo observar toda la gran magnificencia de la iglesia. Cualquiera persona se sentiría abrumado por tal imagen, pero para él no significaba nada. No sentía nada, ni asombro ni miedo ni dolor ni alegría ni pena. Su respirar era sereno. Nada alteraba al Serafín. Sacó, de un bolso, la semilla de maldad que debía dejar en el lugar.

En un instante, por alguna razón que no comprendió, vio la figura de Cristo crucificado arriba del altar que enseñoreaba el templo. A pesar de que era oscuro y que la visibilidad era muy escasa, pudo ver los ojos contritos de la figura del carpintero de Nazareth. El Serafín quiso dejar de mirarla, pero los ojos magnéticos de la imagen religiosa lo retuvieron por un instante. Parecía que Cristo le suplicaba que no hiciese mal.

Para asesinar hay que tener un corazón de hielo que no pueda distraer al verdugo en las consecuencias de sus actos. Y el corazón del Serafín era de hielo, de una temperatura inferior a la bondad y la misericordia. Como destellos de memoria llegaron a su conciencia algunos retazos de su infancia, cuando de rodillas en la iglesia de su ciudad natal, le rezaba a la misma imagen que tenía enfrente en ese momento, lo había hecho con fe, con esperanza e ilusión, pero ese Dios no respondió a sus peticiones. El dolor y la muerte se apoderaron de su vida y él decidió, entonces, regar el mundo de muerte y dolor.

Un instante de humanidad afloró en su alma negra y poluta, pero fue solo eso, un instante. Aspiró aire con fuerza y dejó de ver el Cristo, se recuperó y volvió a ser el asesino frío y calculador. Miró lo que tenía en sus manos, era la “caja de pandora”, la semilla del dolor, la sentencia de ejecución de personas que morirían en escasas horas. Escudándose de nuevo en la adarga de la insensibilidad y la frialdad de su corazón de tímpano, procedió a actuar. Sembraría, una simiente de muerte.

El inspector Speer se bajó de su auto frente a la estación de policía. Cuando subía por las escaleras del cuartel general, el oficial de servicio le salió al paso y le dio parte de las novedades más importantes sucedidas en su ausencia. El agente Hall lo saludó, sacó su libreta de anotaciones y, farfullando, a través de sus incisivos salidos, le dijo:

—Señor, en su ausencia, hay pocas novedades en la ciudad. Tenemos tres prostitutas detenidas cerca de *Alexanderplatz*...

—Seguro son del clan de Tony —interrumpió el inspector, mientras subían las escaleras.

—Sí, señor, las mismas que atrapamos la semana antepasada.

—Déjalas retenidas hasta que se vaya el Papa. No quiero que los periodistas y los turistas se lleven una mala impresión de la ciudad.

—Sí, señor. Están abajo en las celdas.

—Continúa —expresó al pasar por el pasillo central. Caminaba a paso lento. Arrastraba el cansancio de toda la jornada.

—Señor, hubo un incendio en el motel “Enrique” a las afueras de la ciudad. Aparentemente fue provocado.

—¿Hubo víctimas mortales?

—No. El huésped abandonó la habitación minutos antes.

El inspector enarcó las cejas y caminó más lento.

—¿A qué hora fue el incendio?

—A las once de la noche.

El hombre paró en seco. Miró al agente y le ordenó:

—Que salga una patrulla a investigar todo acerca del incendio. Causa que lo produjo. ¿Quién fue la última persona que estuvo registrado en esa habitación? ¿Cuántos días estuvo alojado? Las llamadas que efectuó, si tenía un auto. Quiero que investiguen todo, agente Hall.

—Sí, señor. Saldrá una patrulla de inmediato.

Speer continuó su avance hacia su oficina, mientras Hall llamaba por radio a uno de los agentes de servicio para que se presentara. El inspector interrogó:

—¿Están preparados los relevos para los agentes que se encuentran en el hotel Titanic?

—Sí, señor, aquí tengo la lista, ellos duermen en el cuartel general. Saldrán para allá quince minutos antes de la hora fijada —expresó acercándose a su jefe.

—¿Qué los relevos estén a la hora prevista! ¿Alguna otra novedad Hall?

—Nada relevante, señor. Dos robos menores en un centro comercial y un tiroteo aparente a las orillas del río Spree.

—¿Tiroteo?

—Sí, señor. Los patrulleros fluviales no supieron precisar. Dieron la voz de alto a unas personas cerca del monumento de Udo Düllick, en el margen oriental del río. Ellos respondieron con disparos. Una mujer saltó al agua y los policías la rescataron.

—¿Está aquí?

—Sí, señor y no ha querido declarar nada. Es una francesa que dice que solo hablara con usted.

—¿Solo conmigo?

—Sí, señor. Solo con usted. Dice que solo hablará con el jefe de la policía.

—Pero ¿ella le disparó a la policía?

—No, señor, ella escapó de sus captores.

Speer vio su reloj. Eran las tres y quince de la mañana. Tenía demasiado sueño y cansancio acumulado y debía estar despierto en dos horas. Necesitaba un buen baño, una cama cómoda y dormir esas dos horas. El siguiente día sería muy largo.

—Mañana, antes de irme al dispositivo de seguridad, hablaré con ella.

—Entendido, señor.

—Hasta más tarde, Hall.

—Hasta más tarde, señor.

Speer levantó ambas cejas mientras se dirigía a su oficina. Entró y encendió la luz. Fue hasta la puerta contigua y la abrió. Era su habitación. El olor a humedad activó su pituitaria. «Mierda, está sucia», farfulló entre dientes. Tenía meses que no dormía allí. Encendió la luz. La habitación era triste y solitaria como el inspector. Solo una cama distendida con un cobertor azul y una almohada maltrecha imprimían vida al lugar. Una mesa de madera con una lámpara solitaria y una silla guardada en su interior terminaban de pintar el ambiente funesto de su lugar de descanso. El hombre se sentó en la silla y colocó sobre la mesa su pistola 9mm con los dos cargadores adicionales. Se puso de pie, se quitó la chaqueta y con paciencia se desprendió del resto de su ropa. La colocó encima de la mesa. Tomó su toalla y se duchó con rapidez. Sentía como el agua desprendía las costras gruesas de su cansancio. Salió del baño. Se sentó en su cama y escuchó el repique de su teléfono. Atendió.

—¿Dime, Boris!

—Inspector, el Señor Arthur Dubront llegó a Berlín, se está registrando en este momento en el hotel de Rome. Vino con una gran comitiva que incluye guardaespaldas. ¿Qué hago, señor?

—Deja unos policías que sigan sus pasos.

—Yo mismo me quedaré aquí, señor. Dormiré en el auto. Me acompañan dos

patrulleros. Nos estacionaremos cerca del recinto.

—Perfecto. Deben estar alertas. Yo intentaré descansar un poco. A las seis te llamaré.

—Estaré pendiente, señor. Que descanse.

—Si ese malnacido está involucrado en los asesinatos lo atraparemos, así me enfrente al mismísimo Canciller alemán para apresarlo. No me importan las consecuencias.

La llamada finalizó. El policía puso a cargar su teléfono y apagó la luz. Una oscuridad plena y un silencio fatuo envolvían el lugar. Speer sentía el agotamiento debajo de su piel. Cerró los ojos. Lo acaecido ese día regó el manto gris de su memoria. La imagen del sacerdote degollado frente al hotel Titanic lo perturbó. En su carrera policial, vio cadáveres más destrozados y crímenes más atroces, pero el cuadro del presbítero de rasgos latinos, asesinado, diluyó la última vela de su fe en Dios.

El agnóstico Speer respetaba la religión católica, pero odiaba a la jerarquía eclesiástica. La percibía corrupta e hipócrita. El silencio guardado ante los casos de pederasta de algunos clérigos, la corrupción de parte de la cúpula del Vaticano, la vida sibarita de altos jefes de la iglesia contrastaba con el mensaje de sumisión, fe, pobreza y esperanza que emanaba de sus líderes eclesiásticos. Esa doble moral de los presbíteros, obispos y cardenales le causaba náuseas a Speer, que condenaba, sin misericordia, a la Iglesia fundada por Pedro.

No obstante, a pesar de no creer en un ser supremo, el inspector profesaba la premisa cristiana de «dar a cada quien su justo merecido». Ese axioma siempre lo repetía en sus interminables peroratas dentro del cuerpo policial. Rudolph sentía una gran aversión hacia los delincuentes que violaban la ley y los derechos de los demás. Los criminales eran unos cobardes que se escudaban en sus armas, poder y dinero, para doblegar a las personas honestas. Su experiencia le gritaba que los mafiosos escondían detrás de sus fachas a unos cobardes. Cada vez que Speer los enfrentaba, lo hacía sin piedad. Siempre les daba una cucharada de su propia medicina. Les proporcionaba su justo merecido.

De a poco, la imagen del presbítero asesinado se diluyó entre las lanzadas despiadadas de Morfeo que se apoderaban de él con lentitud, pero con firmeza. El nombre del Serafín borboteó en el magma de sus pensamientos. Debía apresarlo. Le quedaba poco tiempo antes que el asesino se fuera de Berlín. Hacía un esfuerzo por colocar sus garras en él. Desde la muerte de los cuatro policías, Speer sentenció al criminal. Pero antes de que el alcance de su mano justiciera pusiera una soga en el cuello del sicario, el inspector debía saber quién era.

El Serafín era escurridizo y sin querer reconocerlo, Speer sabía que se enfrentaba al mayor rival que había tenido hasta entonces. Rudolph enfrentó a

rufianes de poca monta, asesinos convictos y fríos, violadores perversos, ladrones y rateros, mafiosos que los impulsaba el hambre de poder y dinero. Pero el Serafín era distinto, era un profesional del arte de matar, como lo describió el inspector de la Interpol. Parecía inhumano, un robot, un ser de otro planeta, un desalmado. «Para atrapar a un criminal hay que meterse en su mente» fue una de las primeras lecciones que aprendió en la escuela de detectives. Pero cuando ese hombre es una máquina de matar ¿Cómo puedes introducirte en su mente? La tarea parecía imposible. Quizá por eso Giuseppe había fallado tanto tiempo.

¿Y si el Serafín no es uno, sino muchos de ellos? ¿Si son una organización criminal a cargo de Arthur Dubront, el magnate americano? Esa teoría tenía peso y parecía lógica, pensaba Speer mientras el dios del sueño desprendía sus últimos rasgos de conciencia. Y entonces, como el vuelo de un ave serena en medio de un cielo azul y sin nubes, apareció la imagen de la mujer hermosa de los ojos aguamarina.

Antonella Luccioni trajo un enigma al caso. Speer no creía en Dios, pero tampoco creía en el Diablo. El inspector era un escéptico de todo lo que significaba lo sobrenatural, lo esotérico, la bujería y la santería. Su formación como investigador lo puso tras las pistas de criminales reales que con un arma en su mano se apresuraban en ser más listos que él y darle una puñalada traperera. Pero este caso volteaba todas sus cartas de entendimiento. La mujer era una académica, una profesora universitaria, una investigadora y una escritora. Difícilmente, alguien, con semejante currículum científico, pone su prestigio en entredicho con una sarta de sueños, visiones y premoniciones. La italiana hablaba con vehemencia y solidez. « Hay algo más en todo esto que supera mis capacidades», pensaba Speer, mientras sus parpados se cerraban. Por primera vez en su vida, el experto inspector de la policía de Berlín debía dejar entrar en sus pesquisas criminales a los argumentos intangibles del más allá.

Cuando Morfeo limpió su conciencia de todos los pensamientos y de los vestigios de los hechos sucedidos esa jornada, solo quedaron los ojos claros de la hermosa mujer italiana que, con sus pupilas abiertas, lo ataban con cadenas pesadas de embelesamiento. Ella fue su último pensamiento ese día y sin saberlo, ella sería su primer pensamiento, cuando despertara. Un minuto después, dormía profundamente.

La comitiva de Arthur Dubront esperaba la caravana que los trasladaría al hotel en las afueras del aeropuerto Berlín Tegel. Tres Mercedes Benz negros se

estacionaron frente a ellos. Los choferes se bajaron de los vehículos y abrieron la maletera donde metieron la pila de maletas que traían. Todos abordaron los carros. Mr. D y su asistente subieron al segundo automóvil. La fila de autos inició su marcha.

—Mr. D, bienvenido a Berlín.

El parco anciano ni siquiera escuchó el gesto. Mirando hacia adelante, expresó:

—Deme un informe detallado de todo, señor Chastain. Sea preciso y contundente, recuerde que no me gustan los rodeos —le dijo a su interlocutor que inclinado hacia adelante intentaba ver la cara del empresario. Cinthya, en el medio de ambos, iba con el tronco erecto para no interrumpir la conversación.

El hombre carraspeó. Estiró su cuello y dijo:

—¡Señor ha sido imposible dar con el diario! El vendedor, el señor Otto fue asesinado y con él se perdió la pista del manuscrito.

Arthur aguzó la mirada.

—Pero hay una pista que tengo y que de seguirla podría...

—Hazlo —expresó tajante.

—Sí, señor.

—Las armas ¿Están listas?

—Sí, señor, tenemos todas las armas y el personal fue contratado. Les serán proporcionadas al mediodía y deberemos tener el dispositivo listo.

—¿Conseguiste los explosivos?

—Sí, señor, ya los instalé dónde usted indicó.

—Bien

—¿Tenemos información de la seguridad del Papa?

—Sí, señor. Como siempre, el primer anillo de seguridad será proporcionado por la Guardia Suiza. Son cuatro, los guardaespaldas que estarán con él en todo momento. El segundo anillo de seguridad estará a cargo del grupo de operaciones especiales del ejército alemán. Ellos cubrirán un radio de cien metros alrededor del Pontífice y por último, el tercer anillo estará a cargo de la policía de Berlín. Tengo el plano de los posibles puntos donde se encontrarán los francotiradores de la policía. La cobertura aérea estará bajo responsabilidad del ejército alemán que sobrevolará la zona durante la visita papal. Habrá restricción del espacio aéreo durante el evento del Mercedes Benz Arena.

Dubront miraba por la ventana interesado por el pasaje ciudadano, parecía distraído de lo que decía su jefe de seguridad, sin embargo no era así. Enseguida preguntó:

—¿De cuántos hombres disponemos?

—Doce bajo mi cargo, señor.

—¿Todos son confiables y están entrenados?

—Sí, señor, todos tienen entrenamiento militar del más alto nivel. Yo revisé cada currículum y los entrevisté a todos. Son efectivos y confiables.

—Háblame de las comunicaciones.

—Señor, ese es el elemento más seguro. Se utilizará la banda VHF y UHF en un sistema de frecuencia indetectable para el barrido que empleará la unidad de guerra electrónica del ejército alemán. Además, tenemos una unidad de contrainteligencia que nos proporcionará la información de sus unidades. Yo tendré comunicación con usted a través del sistema auricular.

—No, yo no podré tener el control. Me detectarían inmediatamente por algún fotógrafo o alguna cámara de televisión. Yo daré mis instrucciones precisas antes de estar cerca del Papa y Cinthya procederá de acuerdo a lo indicado.

Richard Chastain hizo una pausa mientras veía a la asistente de Mr. D. La mujer aspiró aire y miró a su jefe que miraba, ahora, a través de la ventana del auto.

—No comprendo, señor —espetó el hombre.

—Tú no estarás a cargo de la operación. Tengo información que la policía de Berlín posó sus ojos en ti. Es posible que te tengan referido.

—Señor, pero ella no tiene ningún conocimiento militar ni experiencia en la toma de decisiones a este nivel.

—No importa. Ella tomará solo una decisión. Hacerlo o no. Y lo hará a mi señal.

—Entiendo Mr. D.

—¿Qué vulnerabilidades has palpado en el estudio de sus anillos de seguridad? —Preguntó el anciano.

—Ninguna, quizá... la poca experiencia de algunos miembros del segundo anillo de seguridad y de los miembros de la policía de Berlín.

—Eso es lo que interesa. La grieta que debemos encontrar está entre esos dos anillos.

El magnate miró a través de la ventana, otra vez. Observaba con atención todos los detalles de Berlín. Miraba embelesado las luces serpentinas que dejaban atrás. Era como si intentara buscar algo o a alguien en la mitad de la noche berlinesa.

—¿Verificaste la seguridad del hotel?

—Sí, señor. Lo acabo de hacer antes de venir a recibirlo.

—Bien.

—¿Alguna otra cosa, señor?

El precandidato presidencial de los Estados Unidos miró de nuevo a su jefe de seguridad. Esta vez lo hizo con ojos acerados.

—Sí, señor Richard. Tengo una misión especial para usted y esta vez no debe fallar.

—No lo haré, señor.

Sacó de su paltó, una fotografía de una mujer blanca, de cabello negro, piel nívea y unos hermosos ojos claros. Se la dio.

—¡Ella es tu objetivo!

Antonella no podía dormir. Sus ojos se abrían y cerraban en la negrura de la habitación. A pesar del frío reinante, sudaba profusamente. Sus cabellos envolvían su cara como la seda de una oruga. Cada sonido que provenía de la calle afilaba sus sentidos. Sus nervios aguzados drenaban adrenalina en su torrente sanguíneo. Su respiración se entrecortaba al mismo ritmo de sus pensamientos marchitos. La italiana se arremolinaba entre las almohadas, intentando conciliar el sueño, pero cada intento era en vano.

La imagen de Mario, ahogándose en su propia sangre, la mantenía aterrada. Las advertencias que el Padre Rhode le hizo acerca de los discípulos, la secta demoníaca que vigilaba el advenimiento de la trinidad del mal al trono de Dios, eran ciertas. Hasta el momento de la muerte del presbítero venezolano, Antonella escuchó los relatos del Padre holandés con preocupación, pero la muerte de su compañero era otra cosa. Los argumentos esgrimidos por el Padre Rhode, acerca de la relevancia de su sueño y la persecución de la cual podía ser objeto, la alteraron; pero ahora, con el asesinato de su gran amigo, todo cambiaba. Las amenazas se convirtieron en hechos tangibles, el alcance de su imaginación permutó a una realidad siniestra.

Tenía miedo, mucho miedo. Estaba en un país que no era el suyo y no tenía a nadie en quien confiar. El relato del jefe de la policía de Berlín, acerca de la posible autoría del atentado por parte del Serafín, un asesino a sueldo, atizaba

sus temores más profundos. El criminal, el más letal del planeta, mató a su compañero y falló en el intento de asesinarla. Era la única sobreviviente de su impecable historia criminal y ese privilegio, no era halagador, por el contrario tenía la certeza que el apocado sicario la buscaría de nuevo.

Ese miedo visceral la arrojaba sobre el camino ignoto de la incertidumbre. Antonella siempre tuvo el control de su vida; para ella, ninguna de las acciones que realizaba eran producto del albedrío, todas eran la consecuencia de su toma de decisiones. Para ella la casualidad no era parte de sus opciones de vida. Para la académica, la casualidad era la justificación de las personas que no tenían el control de su vida, y ella, en plena madurez profesional y personal, tenía el control de todo, hasta hoy.

El don de la clarividencia era la mayor torna de su vida. Su empeño por alejar esos sueños extraños y repetitivos fue imposible. Sin embargo, aprendió a convivir con ellos. Quizá por ese motivo se convirtió en una investigadora histórica de la corriente positivista. Para ella, los hechos debían ser avalados por pruebas irrefutables y tangibles. Si no existían documentos o testigos que avalaran un proceso histórico, Antonella lo hacía a un lado en sus investigaciones.

Predecir el futuro no era el resultado de un proceso científico y eso la avergonzaba. Ella tenía un nombre labrado, con letras de oro, en la comunidad científica. Si por alguna razón se supiera, en su círculo profesional, que la prestigiosa académica era una especie de pitonisa, se sentiría avergonzada ante sus colegas y alumnos.

Pero este sueño era distinto a todos. Se embarcó en esta empresa y debía seguir hasta el final, hasta que pudiera resolver el misterio de sus imágenes oníricas.

¿Qué paso dar a continuación? Era la gran duda que ahogaba a Antonella. Su motivo de viajar a Berlín era buscar a Magda Udet, la mujer cuyo nombre aparecía en los registros del orfanato donde fue abandonada en su niñez. El inspector de la policía le informó que no halló nada de importancia en ese apartamento. «¿Debía confiar en el tosco hombre alto a cargo de la policía de Berlín? » razonó. No le gustaba su mirada acuciante, pero debía dar el siguiente paso con él. Su amigo había sido asesinado y no podía comunicarse con el Padre Rhode.

Estaba en manos del jefe de la policía de Berlín. Se sentía segura o... tal vez no. ¿Esos diez efectivos serían suficientes para mantenerla a salvo del asesino que intentó matarla hace pocas horas? No lo sabía y tampoco quería distraer parte de su preocupación en esa situación.

Debía confiar en el inspector... « ¿Cuál es que es su nombre? », pensó.

Steve, Richard ... ah... ya recuerdo Speer, el inspector Speer. Era muy amable, profesional y serio. No tengo opción, mañana seguro llegará el Padre Rhode y podremos seguir la búsqueda. Él siempre tiene datos que aportar, su intuición y conocimiento son como una brújula que me guía en los oscuros caminos de la incertidumbre.

Antonella se paró y caminó hacia la puerta y escuchó la tibia conversación que mantenían los dos agentes, afuera, en el pasillo. Se tranquilizó un poco, pero el insomnio lamía sus párpados. Fue hasta la ventana, corrió el velo de las cortinas y vio las dos patrullas policiales que se encontraban estacionadas delante del hotel. Pudo distinguir, dentro de los autos, las siluetas de los policías que hacían guardia. Dos taxis llegaron en ese momento y se bajaron de los vehículos cuatro parejas. Fueron hasta las maletas de los autos y bajaron sus equipajes.

La italiana fue hasta el baño, encendió la luz y vio su rostro amainado y convulso. Sus ojos aguamarina se abotargaron, sus labios carnosos se resquebrajaron y su piel bruniada dio paso a las zanjas de unas arrugas precoces. Apagó la luz y se metió en la cama, de nuevo. Tomó su reloj y vio la hora. Eran las cuatro y treinta de la mañana. Sus ojos se cerraron de nuevo. Intentó pensar en el sueño, pero las imágenes se diluían en las arenas movedizas del asesinato de su amigo. « Piensa en algo bonito cuando no puedas dormir», le decía una amiga de la infancia.

Antonella se transportó a Venecia, su ciudad preferida del mundo. Se sentía feliz cada vez que iba hasta allá. Se situó por sus interminables canales, sus laberínticas calles, el olor de sus aguas, la brisa suave que volaba encima de la superficie marina. Mientras se adormecía, iba sentada en uno de sus emblemáticos *vaporetos*. Sentía el salitre del mar Adriático, tatuando su piel. La lancha pasó por el gran canal y, bordeando la orilla, dejó a un lado los gondoleros vestidos con su clásico sombrero de paja y sus camisas a rayas al mando de sus barcas que, como grandes manatíes domados, se dejaban guiar en las aguas color turquesa. La italiana se bajó cerca del puente Rialto.

La bruma de la mañana veneciana destilaba un desasosiego que embelesaba hasta el alma más dura. Mientras los primeros haces del sol se incrustaban en las ventanas añosas de la ciudad, las mujeres sacudían el polvo de sus alfombras vetustas y los niños corrían entre el gentío variopinto. Antonella miraba como las sombras de Marco Polo, Tiziano, el Veronés y Casanova, famosos habitantes de ese mágico lugar, se entremezclaban con los transeúntes que navegaban a contracorriente en sus calles eternas. Era como si el tiempo se hubiese paralizado entre sus pedregosas vías.

Subió hasta el puente Rialto y oteó el horizonte marino. Venecia era una

ciudad única en el mundo. La amalgama del mar, las casas, el sol y la historia hacían de ella el anhelo de artistas, escritores, amantes y turistas de cada latitud del planeta. Su sombra quedó atrapada en Venecia entre el volar de las gaviotas, los verduscos canales y los muelles bicolores.

La italiana perdió la conciencia y quedó atrapada en el silente e inerte umbral del sueño, sin saber que antes que el sol saliera en Berlín, irían por ella y esta vez, no tendría escapatoria.

No todo resultó como Annika anhelaba. La alemana tuvo que esperar dos meses para ir hasta la iglesia de Santa Eduvigis. Durante ese tiempo, muchas cosas pasaron. La guardia fue duplicada y el lugar dejó de ser apacible. La villa se convirtió, de la noche a la mañana, en un cuartel de las SS. Las tropas pululaban por doquier y los puestos de seguridad fueron reforzados. Nidos de ametralladoras fueron emplazados en los vértices de la cerca exterior y el atildado oficial a cargo, fue sustituido por un mayor que se creía más Hitler que el mismísimo *Führer*.

El acoso de la enfermera Schlieben, continuó. Sus esfuerzos por molestarla, le importaban poco. Ella no podía hacer nada para apartarla de la niña. Pero era una filosa agente nazi y Rosenberg debía andar con mucho cuidado en su presencia. Aunado a esto, Hedwig Potthast, la asistente de Himmler, dejó de ir, debido al avance de su estado de gravidez. Todos estos factores perturbaron el ambiente de trabajo de la residencia.

Mientras tanto, Beatrice aprendía a hablar con mayor fluidez, distinguía los colores y las formas geométricas de los objetos. Por las noches, Annika le leía cuentos de la tradición nórdica y germana que le encantaban a la chiquilla. La niña lucía muy unida a su mentora y eso favorecía su permanencia en la villa. Annika se refugiaba cada vez más en la pequeña para eludir el agrio ambiente que enrarecía la casa.

Un día, cuando menos lo esperaba, Beatrice la llamó «mamá». A partir de esa hora, la chiquilla dejó de ser la hija de Eva, que Annika juró proteger, y se convirtió en “su hija”, que jamás dejaría de amar.

Su amor maternal florecía, pero Annika tenía un asunto pendiente que no podía posponer más, la visita a la catedral de Santa Eduvigis. Aprovechó la calma reinante y solicitó una licencia especial de tres días. El oficial encargado se la concedió a regañadientes.

Annika fue hasta el departamento de una amiga en Berlín, se quitó su uniforme y salió vestida de paisana. Fue directo a la iglesia de Santa Eduvigis. En el trayecto, estuvo muy pendiente de percibir algún indicio de que alguien la estuviese siguiendo. Tenía miedo, los ojos que la miraron en el camino parecían advertirle que no fuera hasta allá, sentía que cualquiera de esos transeúntes que se cruzaron en su camino era un delator. Y Annika no estaba muy alejada de la realidad, pues en Alemania todos eran delatores, acusadores, jueces y acusados. Hitler había logrado su cometido, nadie confiaba en nadie y todos temían de

todos.

Llegó a *Bebelplatz* y caminó hacia la emblemática catedral alemana. El cielo azul berlinés dejaba sus persianas abiertas para que el sol avivara el color verdino de la cúpula catedralicia. Al acercarse a la edificación, sintió como la arropaban las imágenes dantescas del día que presencié la ceremonia pagana de los nazis

Las puertas de la catedral permanecían abiertas, pero nadie se asomaba en su interior. La constante perorata de Hitler de aversión hacia las religiones hizo mella en la sociedad alemana. Las mezquitas, iglesias y sinagogas permanecían abiertas todo el día, pero los alemanes no se atrevían a entrar. Ser religioso en Alemania era un sacrilegio, significaba que la persona tenía un dios más allá de Hitler y eso era inconcebible para un seguidor del nazismo.

La mujer caminó por el largo pasillo central y llegó hasta el altar. Fue hasta la sacristía que permanecía cerrada. Tocó la puerta con tres golpes secos. Del otro lado, se escucharon unos pasos. La puerta se abrió de sopetón, emitiendo un chirrido. Annika reconoció al Deán. Era el hombre con quien habló, años atrás. Era un alemán de ojos azules, cabellos canosos, de contextura cilíndrica, y quijada prominente; ese sacerdote se había convertido en uno de los más fieros adversos conocidos del nazismo.

El Deán Bernhard Lichtenber era la voz de todos aquellos germanos que querían, pero temían criticar a Hitler. Sus peroratas desde el púlpito de la iglesia, en contra de la persecución del nacionalsocialismo a los judíos, se ganó la atención del ministro de la propaganda. Goebbels solo esperaba un fallo del presbítero para dirigir todo el aparataje policial contra él y callar su voz para siempre. Torturado, vejado y encarcelado en múltiples ocasiones, jamás había dado su brazo a torcer. No tenía miedo a los nazis y ese sería el gran error de su vida.

El hombre de Dios, vestido con su sotana negra, la miró con curiosidad.

—¿Qué desea?

—Necesito hablar con usted —expresó Annika, con voz adensada.

—Si es para preguntar por servicios religiosos, estos se realizan a riesgo. La Gestapo ha cancelado los últimos diez que he tratado de realizar este mes.

—No necesito un servicio religioso.

—Entonces de no ser así, buenas tardes —prorrumpió el sacerdote e intentó cerrar la puerta con fuerza.

Annika la detuvo con su mano. Con voz vehemente, dijo:

—Usted es Bernhard Lichtenberg, el Deán del cabildo catedralicio, quizá no me recuerda, pero yo sí. Hablamos hace unos años, la noche de los cristales rotos.

La mujer sintió que la fuerza que se oponía en la puerta se desvanecía. El sacerdote terminó de abrirla y la auscultó de pie a cabeza.

—Yo me acerqué a usted esa noche. Lo vi aquí, mientras se recuperaba de los golpes recibidos. Le pregunté por una ceremonia que se llevó a efecto en este lugar... Por favor... Necesito su ayuda.

El Deán suavizó las líneas de expresión de su rostro.

—¡Entre! —espetó.

La mujer ingresó a la sacristía. El hombre se asomó al interior de la catedral y se aseguró que no hubiese nadie. Entró, cerró la puerta con llave y musitó:

—¡Sígame!

Ambos ingresaron por un largo y oscuro pasillo que los condujo a unas escaleras. Comenzaron a bajar por el vientre de la edificación religiosa y llegaron al sótano. Todo era oscuridad. Solo una pequeña apertura que daba al borde de la calle, permitía que algunos haces de luz penetraran la negrura y pintaran una resolana diagonal. El sacerdote tomó un candelabro de plata de una mesa bañada en polvo y encendió dos velas lloriconas que dormían apaciguadas. El olor agrio de la humedad reinante se mezclaba con el tufo viejo de añosos muebles tapados con unas raídas sábanas. El Deán movió dos sillas recostadas en una de las paredes y las limpió con un pañuelo. Colocó el candelabro en una mesita de noche y le ofreció una silla, aún empolvada, a la mujer. Él se sentó en la otra.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo susurrante.

—Sacerdote, mi nombre es Annika Rosenberg y trabajo en las SS —dijo con voz meliflua.

La mujer observó a través de la penumbra como el rostro del hombre se pasmó. El Deán recogió la tela de su sotana, como preludio de levantarse, pero Annika rompió su voluntad de hacerlo, cuando dijo:

—Padre, espere... ¡Yo no creo en el nazismo!

Annika quedó vacía al decir aquella afirmación que la tuvo atravesada en su alma como una espada filosa, durante años. La frase aleteó por el aire enrarecido hasta los oídos del Deán que no supo cómo reaccionar. Su rostro reflejó, al instante, incredulidad y sorpresa. Era la primera vez en su vida que escuchaba decir a alguien, tal aseveración. Ante la pausa de silencio que siguió, la enfermera agregó:

—Entiendo sus dudas. Soy una desconocida para usted, pero debe creerme. Lo que le he dicho es un delito que se paga con la privación de la libertad o hasta con la vida. Sé de la campaña de desprestigio contra la iglesia católica y contra usted por parte del ministro de la propaganda. Pero necesito hablar un momento. Necesito de su ayuda.

El sacerdote escrutó la mirada de la espigada alemana y auscultó sus facciones. Buscaba vestigios de falacia en su testimonio. Sabía que los efectivos de las SS eran especialistas en el avieso arte de mentir y traicionar. Su mente fría le gritaba que no confiara en ella y la despachara. Pero él era un hombre de Dios y leía los corazones. Taladró sus ojos y vio un destello de luz sobre las tinieblas. Observó una mezcla de miedo y valor, fundido en sus pupilas. O esta mujer era una gran actriz, digna de un premio cinematográfico, o decía la verdad.

—Por lo que le voy a decir, pueden matarme —agregó Annika.

—¡Dígame! —prorrumpió con un tono de voz más suave el Deán.

—¡No sé por dónde comenzar!

—Comience por donde le diga su corazón.

El rostro agestado del religioso alentó a la alemana para soltar prenda. Annika pormenorizó su militancia en el partido nazi y su ingreso al proyecto *Lebensborn*, además de su estada en la casa cuna en las campiñas de *Steinhöring*. Con los ojos sumidos en un océano de rabia y dolor, relató la noche de la muerte de Eva Müller y el secuestro de la neonata. Pretiriendo su lesbianismo, el asesinato de la directora y sus arcanas relaciones promiscuas con miembros de las SS, la mujer arribó, con un verbo llano y sencillo, a la noche de los cristales rotos y todo lo presenciado dentro de las paredes del templo de Santa Eduvigis. Describió con paciencia y precisión lo visto en la ceremonia pagana. Precisó el encuentro que tuvo con su interlocutor, en la sacristía, aquella noche.

Hizo una pausa. El Deán aspiró aire y su pecho se abotargó. Annika continuó. La enfermera relató su encuentro fugaz con la niña, en las afueras de la catedral, y el giro que dieron los acontecimientos cuando conoció a Himmler. Le habló de su rol de cuidar a la pequeña Beatrice. Para finalizar, le expuso todo lo sucedido dentro de los límites de villa Paraíso y el atentado sufrido hace dos meses.

Finalizó la perorata. Su rostro se encogió, frotó sus manos y sintió que el aire se encogía entre las paredes de aquel oscuro sótano. El Deán se mojó los labios arrugados con la punta humedecida de su lengua, infló sus pulmones y dijo:

—Has sido muy sincera. ¿Quieres confesarte?

—Padre, yo no soy católica, soy atea. Mi razón de venir hasta acá es aclarar el túnel donde estoy ahogada y salvar la vida de esa niña —expresó con los ojos constreñidos.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—¿Padre usted sabe algo acerca del significado de esa ceremonia?

—En absoluto.

—Dígame la verdad, por favor...

—¡Yo nunca miento! —interrumpió con el rostro rubicundo.

—Yo sé que usted sabe algo más de lo que me dice.

Annika sacó de su cartera la postal y se la mostró. Él la tomó y la leyó. Luego, mirando el piso, le dijo:

—¿Dónde consiguió esta postal?

—En el bolsillo de mi atacante.

El hombre aguzó la mirada, su rostro parco se tornó contrito. Revolvió los pesados baúles de sus recuerdos y, abriendo el más oculto de ellos, dijo a voz queda:

—Debe prometerme no revelar jamás lo que le diré. De su silencio dependerá su vida y la mía.

—¡Estaremos a mano! Ambos conocemos detalles ocultos del otro.

—Necesito que me lo prometa. Para mí, la promesa de una persona es un juramento del alma.

—Lo prometo —dijo, vehemente.

El Deán cruzó los dedos de sus manos y dijo:

—Existe una leyenda, una leyenda negra de la iglesia católica acerca de una organización secreta denominada “los protectores” liderada por un hombre que nadie sabe quién es ni donde está, llamado el “Comendador”. Estas personas, fanáticas convencidas de su ideología, combaten el “MAL” con las mismas herramientas de ellos: asesinatos, robos, secuestros, hurtos y pare de contar. Este grupo ha combatido la maledicencia desde tiempos ancestrales. Su misión principal es evitar el ascenso de la Trinidad del mal. Yo no he estado de acuerdo con estos métodos arcaicos y malévolos. Nunca se ha comprobado su verdadera existencia, pero estoy convencido de que existen.

Annika soltó un lamento silencioso a través de sus fosas nasales.

—¿La trinidad del mal?

—Sí. La bestia, el falso profeta y el anticristo que son nombrados en el apocalipsis bíblico.

—¿Los protectores son sacerdotes?

—No creo, son solo fanáticos religiosos que se salieron de control y ahora actúan por su cuenta. Los protectores han abusado de su poder ilimitado. Incluso, he escuchado que algunos sacerdotes han muerto en sus manos.

—¿Y por qué quieren matarme?

—No lo sé hija, no tengo idea.

Esta última frase paternal del Deán terminó de abrir el corazón de la alemana que le dijo:

—Hay algo que no le he contado acerca del ataque. La mujer que me abordó me dijo en dos oportunidades que “la mensajera debía morir y el mal no puede

surgir”. ¿Le suena ese término? ¿Qué mensaje debo llevar?

—No tengo idea, señorita... a menos qué...

El rostro del sacerdote se tornó adusto.

—¿Qué?

—Usted me comentó que la niña que cuida, secuestrada por las SS, tuvo un nacimiento oscuro y que su madre falleció. Y esa misma niña estuvo en la ceremonia pagana de la noche de los cristales rotos y tiene un significado especial para Heinrich Himmler.

—Es correcto.

—Y también me comentó que usted ha sido fundamental para la recuperación de la pequeña que estuvo a punto de morir.

—Sí, es así.

—Y si la mensajera no es usted... sino la niña.

El rostro de la mujer se tornó exangüe. Clavó sus pupilas abiertas en la luz infiltrada que brotaba de la ventana.

—Deán ¿Usted cree?

—Es muy posible. Sé de buena fuente que desde hace tiempo los nazis experimentan con fuerzas oscuras y festivos páganos. Lo que ellos hicieron aquí tiene un gran significado. Necesitaban de un lugar santo para realizar sus actos maledicentes. Además, la sangre inocente es usada en actos maquiavélicos.

Annika tragó saliva. Luego, inquirió:

—¿Por qué un lugar santo?

—Porque se necesita de la pureza para que el mal pueda surgir. El bien es como el agua, es pura, impoluta. Ella sirve de base para utilizarla con otros elementos. La maldad es como una impureza. El mal, solo, no sirve de nada. Necesita de otro elemento para poder surgir. La santidad siempre ha sido su canal.

Annika se mordió los labios.

—Me enfrento a fuerzas terribles. El nazismo y los protectores. ¿Usted qué haría?

—Su situación es difícil por lo que me ha contado. De un lado, los nazis la tienen como cuidadora de una niña que la necesitan para algo siniestro y por el otro, “los protectores” la buscan para asesinarla.

—Tendré que huir con ella.

—El alcance de las SS es en Europa, pero el de los protectores es en todo el mundo... No tendría opciones.

—Esto parece un túnel sin salida. Mientras no sepa la importancia de la niña para Himmler, no podré avanzar.

—Yo le recomiendo que siga protegiendo a la pequeña, usted debe hacerse

indispensable no solo para ella, sino también para Himmler.

—Y ¿Cómo lograré eso?

—Muy fácil, señorita, amé lo que él ama, cuide lo que él cuida, quiera lo que él quiere. ¿Usted lo ha llegado a conocer en este tiempo?

—No mucho, pero ese hombre ama pocas cosas, pero... yo conozco a lo que él más ama.

—¿Y qué es eso?

—Himmler solo ama a dos cosas, a Hitler y a su amante, Hedwig Potthast.

—Por allí debe comenzar. Intente entrar por esa puerta y obtendrá respuestas. Algún día encontrará la llave para salvar a la niña de las garras de Himmler y huir con éxito.

—Hitler es, cada vez, más poderoso. Y los hombres de las SS son cada vez más desalmados. Huir parece imposible.

El Deán empuñó su mano derecha y, levantando el dedo índice, le dijo:

—Ninguna tormenta es eterna. Europa y Alemania han caído en el reino de las tinieblas. Pero este tiempo no será perpetuo. Por más oscuridad que haya dentro de una casa, siempre habrá un momento que la luz del día se filtrará por algún resquicio. Hitler es poderoso, pero también es soberbio, se cree Dios y por ese pecado su caída será estrepitosa.

—Pero se llevará a Alemania con él.

—Es posible, pero ese es el precio que pagaremos los alemanes, por permitir el ascenso al poder de alguien cuya premisa era acabar y esclavizar a otros hombres, creerse una raza superior y apartar a Dios de su camino... Esa apostasía tiene su precio. He visto textos educativos en las escuelas que dicen que “Hitler es nuestro Dios y que gobierna un mundo feliz” y otro más aberrante que afirma que “Jesucristo y Hitler fueron perseguidos por los judíos. Jesús fue crucificado, mientras que Hitler ascendió a la Cancillería por voluntad de Dios”. Estas blasfemias no pasan por debajo de la mesa de la justicia divina. Y los alemanes pagaremos por eso. Le pregunto ¿Usted siempre estuvo de acuerdo con el nazismo?

—A la llegada de los nazis me alegré y los vitoreé, me convencí de sus ideas y llegué a creer que Hitler era el salvador de Alemania. Pero cuando vi lo que le sucedió a aquella pobre mujer, abrí los ojos. Desde entonces tengo miedo, mucho miedo.

—La comprendo. Lo que intento explicarle es que los alemanes se dejaron seducir por la palabra de Hitler y él, de manera metódica, obtuvo más poder. Nadie se le interpuso y los pocos que se atrevieron, los borró del mapa con los métodos más bárbaros y abyectos. Los tiranos como Hitler, que obtienen un poder ilimitado, se beben la esencia de la sociedad. Primero quieren poder, luego

logran entrometerse en la vida de todos, al punto de decidir dónde vivir, por quién votar, qué comer, qué hablar y qué pensar. Por último, cuando se ven con el agua al cuello, le piden a su “pueblo” que se sacrifiquen por él. A los tiranos no les importa enviar a toda una nación a la muerte, con tal de permanecer en el poder.

Los Ojos de Annika refulgieron.

—Usted habla con un convencimiento que anima, pero al salir de aquí me encontraré con la dura y desnuda realidad de miles de hombres armados.

—Es verdad, el mal ya está hecho. Hitler ya se coronó como el dominador de Alemania y Europa, no creo que sea vencido desde dentro de las fronteras germanas. Cometió el error de enfrentarse al mundo y el mundo lo derrotará... Me gustaría decirle algo más importante.

—Lo escucho.

El hombre de Dios se acercó mocho más a la mujer. Ella pudo ver sus ojos azules que eran límpidos como el agua. Parecían estar libre de toda atadura, de todo miedo y de todo mal. Sus pupilas eran transparentes como su verbo.

—Usted tiene un papel importantísimo en la historia de Alemania. No subestime el Poder de Dios. Él la puso ese día y esa hora, en la casa cuna, para que conociera a la muchacha pelirroja. Dios le permitió ascender y obtener la información para encontrar a la niña, estar a su lado y protegerla... y por alguna razón que nosotros desconocemos, usted está cerca de Himmler, el segundo hombre más poderoso de Alemania. Por motivos que ni usted ni yo sabemos, está aquí hoy para escucharme. Yo no puedo decirle qué hacer ni cuáles métodos utilizar para salvarla, pero es su deber, protegerla.

—¡Daría mi vida por esa niña! —expresó con vehemencia.

—Lo sé, por eso está aquí y no se hubiese arriesgado a decirme sus secretos.

La mujer vio el halo de luz que fraccionaba la oscuridad.

—Gracias, Deán.

—Gracias a usted por venir hasta acá. Y no se preocupe por sus pensamientos, ni que me descuarten, la delataré.

—Lo sé.

Annika se puso de pie.

—¿Hay algo más en qué pueda ayudarla?

—En nada más, hizo mucho.

El Deán se miró con fijeza a la joven alemana y se conmovió. Enfrentarse al nazismo sola, era una locura.

Ella se iba a levantar cuando él prorrumpió:

—Le daré algo que la ayudará a escapar de Alemania, si algún día lo intenta.

El presbítero se puso de pie y se internó en los recovecos del sótano. Annika

escuchó como movía unas cajas y abría algunas gavetas. Volvió con un paquete y le dijo:

—Este es un hábito de monja, quizá le sirva. He escuchado que algunas hermanas de la caridad, de varias congregaciones, han huido de Alemania de este modo.

Annika levantó sus cejas e inquirió:

—¿Está seguro?

—No, pero es mejor que hacerlo vestido de paisano.

—Gracias —dijo, tomándolo.

Se levantó y ambos subieron por las tristes escaleras hasta el pasillo central de la sacristía que se abrió generoso entre la penumbra y la luz. El hombre de Dios abrió la puerta que daba al interior de la catedral y se asomó. La iglesia lucía vacía. Le indicó a la mujer que saliera.

—Gracias.

—Vaya con Dios.

Annika dejó escapar una sonrisa liviana y salió con el rostro meditabundo, caminando por el pasillo central hacia el exterior de la catedral. El sol ignívomo tostaba su piel. Las palabras del Deán se arremolinaban en su mente. Caminó hasta *Bebelplatz* donde un banco acurrucado debajo de un árbol frondoso, le guiñó el ojo. Ella se acomodó entre sus templados hierros, sacó un cigarrillo y lo encendió. Aspiraba su humo con avidez. Mientras la nicotina entraba a su sangre, Annika se perdía en sus pensamientos. Si quería salvar a la niña, debía actuar con rapidez y con mucha habilidad, y esas eran virtudes que le sobraban. Observó cómo pasaban delante de ella dos oficiales de la *Wehrmacht* que sonreían y charlaban; se cruzaron con unas chicas de la Liga alemana, que, pizpiretas, le sonrieron. Annika expulsó el humo contenido en sus pulmones por sus pequeñas fosas nasales. Miró todo el cuadro berlinés.

Las banderas de cruces gamadas rodeaban la plaza como orquídeas lúgubres y mortales que anunciaban, cada cincuenta metros, quienes eran los dueños absolutos del país. Carteles con la figura de Hitler pululaban por todos lados como parte del paisaje citadino. El hombre del bigote recortado y la mirada hueca, era el señor indiscutible del Tercer *Reich*. Un automóvil pasó con lentitud delante de ella. Adentro, dos hombres enchaquetados miraban hacia todos lados con sus rostros acezantes. «Son de la Gestapo», pensó Annika. Una madre iba de la mano de sus dos pequeños hijos, quienes sonreían y jugaban. El sonido de una bandada de aviones Stuka atravesó el azul celeste de Berlín como grandes aves que celaban los cielos.

Era la hora de Alemania, nada hacía pensar que esa historia cambiaría. Los nazis vivían el cenit de su gloria. Los alemanes hacían valer su verdad al mundo,

ellos eran la “raza superior”.

Annika se sentía atrapada en las celdas invisibles de la Alemania nazi, dentro de un régimen despótico que cometía las barbaries más insospechadas. Necesitaba alguna señal de que pronto el curso de la guerra tomaría otro rumbo.

«Usted tiene un papel importantísimo en la historia de Alemania. No subestime el Poder de Dios», recordó Annika. Ella era atea, pero poco importaba. Si para salvar a la niña debía creer en él y subir al cielo, lo haría. Se puso de pie, lanzó el cigarro en el suelo y lo pisó. Debía entrar en el círculo íntimo de Himmler y la única forma de hacerlo era a través de la mujer de la voz susurrante, su amante, Hedwig Potthast. Decidida a cumplir con su cometido se metería dentro de las veredas oscuras del mundillo de Himmler. Sabía que era un camino solo de ida y jamás podría retornar de él. Aspiró aire, se llenó de brío y caminó en dirección a su objetivo.

El atacante miraba con fijeza el lugar de la incursión. Sus ojos sigilosos observaban todos los detalles de la infraestructura. Sus cabellos bermejos enmarcaban su rostro. Una sola puerta se asomaba por donde poder entrar. Si erraba en su intento, sería eliminado o, peor aún, podrían apresararlo. Su misión era suicida. Los agentes policiales pululaban por doquier y olían su pista, pero tenía una ventaja, nadie lo conocía. No tuvo tiempo de hacer un análisis de la situación ni un estudio previo de seguridad. Su cliente, hastiado de fracasos, le exigió resultados precisos y tangibles. Esta vez no debía fallar. Sus segundas oportunidades se acabaron. La paciencia de su pagador fue rebosada.

Miró su reloj, eran las cinco y treinta de la mañana. Faltaban cinco minutos para perpetrar el ataque. A las seis sería el relevo del personal. Dentro de cinco minutos era el momento más propicio para infiltrarse e ir por su objetivo. Era el instante en que los agentes de policía estarían más cansados. Si lo hacía antes de esa hora, los efectivos estarían alertas, si lo hacía después de ese lapso, podría encontrarse con el relevo y el caos sería total, Enfrentaría, irremisiblemente, al doble de policías y eso sería una insensatez.

La operación duraría trescientos cincuenta segundos, a lo sumo. Más allá de este tiempo, las circunstancias jugarían en su contra. Tenía los recursos, los medios y la disposición para lograrlo, pero su gran desventaja, era la gran cantidad de hombres a quienes se enfrentaría. Para compensar esta mengua, debía atacar por sorpresa. Sabía, por experiencia, que una posición desventajosa debe ser compensada con la sorpresa de un ataque en el momento y lugar menos esperado. Esa confusión inicial y el ambiente de incertidumbre, provee unos segundos a su favor que, si son bien aprovechados, dan una ventaja en el combate.

El ataque debía ser quirúrgico, preciso y eficaz. Miró el reloj, faltaba un minuto para la acción. Rastrilló con sus ojos hambrientos el área por donde se desplazaría. Debía atacar violentamente. En este tipo de operaciones, se necesitaba distraer al enemigo con algún elemento que lograra apartar la atención de los hombres y luego, ingresar sin contemplaciones.

Engaño y sorpresa, la combinación perfecta para compensar sus propias debilidades. Miró su reloj de nuevo. Faltaban escasos veinte segundos para atacar. Su respiración se redujo, sus músculos se tensaron, sus sentidos se afilaron. Actuaría de un momento a otro. De nuevo, se encontraría con ese instante cuando debía decidir entre su vida y la de otro. Parpadeó por última vez

antes del ataque. Contó en su mente los últimos segundos. Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Tomó el arma de su bolsillo y avanzó raudo hacia el lugar donde se encontraba la mujer de los ojos claros.

El atacante encendió un cigarrillo. Aspiró el humo, sintió como la nicotina llenaba sus pulmones y luego, los expulsó por sus fosas nasales con fuerza. Miró la hora en un reloj electrónico de una esquina, eran las seis y treinta de la mañana. Observó con detenimiento donde atacaría. Estuvo allí antes, conocía todos sus rincones, sus fortalezas y sus debilidades. Sabía cuántas personas estarían a esa hora. Incursionaría en breves instantes, esperaba el momento correcto, tenía fe que este llegaría pronto.

Sus ojos felinos miraban con atención cada detalle que se paseaba delante de él. Con su mano desocupada acomodó su boina encima de sus cabellos herrumbres. Volvió a aspirar humo y miraba la calle que, solitaria y vacía, dejaba en bandeja de plata, el espacio suficiente para cruzarla y comenzar su ataque.

Esta vez no fallaría. No podía volver a fracasar, su prestigio de asesino infalible, peligraba. Su cliente no le perdonaría otro fiasco.

El ataque parecía un suicidio. Los agentes policiales pululaban por doquier, pero tenía una ventaja, nadie conocía su verdadera identidad. Miró su reloj y dentro de poco, sería el momento ideal para llevar a cabo su ataque. Debía evitar que las cámaras de vídeo tomaran su rostro. Conocía el lugar exacto donde se encontraban cada una de ellas y el modo de neutralizarlas.

Su plan de acción era sencillo: distraer y atacar por sorpresa. Al igual que un mago que farolea para llamar la atención del público, a través de un elemento sencillo, como la belleza de la ayudante, una carta que se le cae de la manga o el encendido de una vela, él utilizaría un as disuasorio para hilvanar el éxito de la operación. Ningún efectivo militar o policial, ni aun el más entrenado, escapan de la atracción magnética creada por el elemento de distracción en una incursión. Esos segundos que los efectivos de seguridad pierden en intentar saber qué sucede con exactitud, permite al agresor situarse en una posición ventajosa que, si es bien aprovechada, es letal.

El atacante sonrió. El momento que esperaba, llegó. El viento resoplaba en su rostro mientras la hilera de autos rompía el silencio. Después de ver pasar el último vehículo, esperó un minuto y luego caminó hacia la puerta donde se encontraba su objetivo. Se encontraría, de nuevo, con ese pequeño espacio donde solo cabe la vida de una persona. Tomó el arma de su bolsillo y avanzó raudo hacia el lugar donde se encontraba la mujer de los ojos claros.

Frida miraba las rejas de la jaula como un ave resignada a jamás volver a volar. Los barrotes herrumbrosos cercaban su vista y su alma. Recordó la colección de pájaros que su padre cuidaba y alimentaba con celosía. La pequeña

Frida gustaba de pasar mucho tiempo al lado de los plumíferos animales. Desde su pequeña estatura, los miraba. Las aves saltaban y volaban dentro de las jaulas, en ciclos interminables, para siempre acabar en el mismo lugar de reclusión. Ella miraba como sus cabezas y sus cuerpos pequeños se movían en todas las direcciones. Buscaban una salida que no encontraban, una escapatoria que jamás llegaba. Imaginó estar dentro de una jaula, junto a los pájaros, y tuvo la visión de verse encerrada tras las rejas. Se sintió atrapada y esclavizada. Sintió una gran pena por las aves.

Le preguntó a su madre por qué su papá tenía encerrado a los pájaros. La respuesta fue tajante. Él los tenía allí para poder alimentarlos y cuidar de ellos. A cambio, las aves cantaban y alegraban el hogar. Esa contestación no convenció a la irreverente niña que seguía yendo hasta el pajarero y veía, triste, como las aves buscaban estoicamente una salida que nunca encontraban. Sus días se repetían y los animales seguían encerrados, hasta que un día sintió el impulso irremisible de liberarlos. Abrió las jaulas. Los pajaritos no salían. Acostumbrados a una esclavitud perpetua, no encontraban la salida, aun teniéndola frente a ellos. Frida tuvo que espantarlos para que salieran. Solo bastó que lo hiciera el primero para que el resto lo siguiera. Al cabo de un minuto solo quedaron en las jaulas, plumas y alpiste.

Cuando su padre se enteró de la travesura, montó en cólera y amenazó con dar una tunda a la niña que no comprendía por qué querían castigarla. Entendió, a esa pequeña edad, que el precio por la libertad siempre era alto. Odiaba las verjas, detestaba todo vestigio de tiranía. Siguió mirando las rejas de la cárcel parisina y el espacio que hendía entre ellas, se sentía como aquellas aves que daban vueltas en la jaula sin saber cómo salir.

Su actual situación no era fácil. Había apostado por hablar con el jefe de la policía para contarle la verdad y lo que obtuvo fue quedar tras los barrotes. Se arrepintió de haber tomado esa decisión. Pero debía hacer de tripas, corazón.

Un pensamiento borboteaba en su entendimiento como el agua hirviendo. Era la visión que tuvo, días antes, al tomar los códigos. Esa sensación rasgó cualquier escepticismo suyo acerca de lo esotérico, lo espiritual. Aún sentía el escalofrío producido por aquellas manos frías de la anciana y sus palabras gélidas «*Estás jugando con fuerzas que no conoces y estás del lado incorrecto*». Todos estos pensamientos la deslizaron hacia un desfiladero sin salida. La frase —«Debo salir lo más pronto posible»— rebotaba entre los barrotes que la apresaban.

Miró la celda contigua y observó a dos de las mujeres que dormían en el piso, acurrucadas y abrazadas entre ellas. El olor a perfume pachulí impregnaba el sótano. Más distante, en una esquina, se encontraba la prostituta que le dio la bienvenida en francés. La miraba con sus ojos atrapados dentro de los párpados

barruntados de rímel y sombra. Al percatarse de su mirada fría y lejana, Frida desvió la suya. No quería ser blanco, de nuevo, de su chanza.

—¿Eres francesa, verdad? —escuchó Frida. Le habló en un perfecto francés. La protectora permaneció impávida.

—Reconozco a una francesa con solo verla —agregó con sorna —¿Qué haces tan lejos de casa, *Cherie*?

—Déjame en Paz —farfulló Frida, sin mirarla.

La mujer se puso de pie y se le acercó, contoneando sus caderas. Se agachó. Apoyó su cara en los barrotes e introdujo sus brazos dentro del espacio de la celda de Frida.

—Mi nombre es Noemí, soy francesa como tú... y el tuyo... ¿Cuál es?

El mutis de Frida se deslizaba sobre los ronquidos incesantes de las mondarias que dormían en el piso. En un nuevo intento por conversar, Noemí agregó:

—No te preocupes, el inspector jefe, pasa todas las mañanas por las celdas y chequea sus ocupantes. El agente con cara de topo, quien nos apresó, es un desgraciado. Él siempre nos chantajea y extorsiona.

Frida miró a la mujer. Su maquillaje corrido, la pintura diluida de su boca y sus cabellos hirsutos, la mostraban aliñosa. Varias hileras de arrugas se arremolinaban alrededor de sus pómulos y su frente como viejas acequias del campo. Debía tener unos cuarenta años de edad, pero su oficio de furcia la hacía ver mucho más vieja. Frida inquirió:

—¿Es seguro que él pasa revista todas las mañanas?

—Sí, siempre lo hace y si no pasa, el subinspector recorre las celdas. ¡Que te lo digo yo, que he dormido más aquí que en casa de mis padres!

—Esperaré entonces... en verdad, ¿Eres francesa? —preguntó con un tono de voz más suave.

—Sí, soy de Estrasburgo. Mis padres son alemanes, pero nací en esa ciudad oriental de Francia ¿Por qué te apresaron?

—Por idiota —musitó Frida.

—Idiota somos todas.

—Por idiota, por decir la verdad en vez de mentir cuando debía hacerlo.

—No comprendo.

—Es mejor que no comprendas —dijo Frida, apartando la mirada. Volvió sus ojos a las rejas oxidadas.

—¿De qué parte de Francia eres?

—Soy parisina —rezumó.

—París, ¡*Oh la la!* Adoro París. Es la ciudad más hermosa del mundo. Tu acento parisino lo disimulas muy bien. Pareces del sur de Francia.

—Es que mis padres eran de Niza.

—¿Cuál es tu nombre, preciosa?

—Frida.

—Es un bonito nombre, pero no tiene nada de francés.

—Lo sé —espetó, encogiendo los hombros.

—Frida ¿Qué haces tan lejos de tu hogar?

La protectora la miró de nuevo y le dijo tajante:

—Mientras menos sepas de mí, mucho mejor para ti.

—¡Uy, qué miedo! —dijo Noemí con tono burlesco —no hay mucho que pueda sorprenderme en la vida, después de escoger como oficio, abrir mis piernas a quien mejor pague.

—Quizá tengas razón, pero tampoco te diré. No te conozco.

—¡Jajaja! Creo que esta es tu primera vez detrás de una celda ¿Verdad? —expresó con sorna, la pelandusca. Rastreó con sus ojos alguna respuesta en el rostro de Frida que guardó silencio —Lo sabía. No sabes la máxima de los presos.

—¿Y cuál es? —prorrumpió la protectora.

—Los mejores amigos se hacen detrás de las rejas.

—Quizá por eso no tengo amigos.

—¡Ja ja ja! Yo por el contrario, tengo muchísimos amigos.

—Me imagino.

Las dos dibujaron una sonrisa cómplice que las unió por un instante en la soledad abrumante que emergía en el breve espacio de las frías celdas. Noemí esperó un momento y luego dijo:

—Coge este dato, Frida. Cuando el inspector pase revista, míralo con fijeza a los ojos. Háblale con respeto, pero con firmeza. Si eres evasiva en tu argumento, él no te prestará atención. En cambio, si eres insistente y vehemente en tu planteamiento, él te escuchará.

—Gracias. ¿Lo conoces?

—Uffff, lo he visto más veces que mi padre. Es altísimo. Debe agacharse por el marco de la puerta para poder pasar hasta acá.

—¿Y es buena persona?

—No, el tipo es un necio y de carácter cerril, pero a diferencia de otros policías, creo que es justo. No es como la rata del agente que nos apresó. De seguro, pasará dentro de pocas horas por aquí.

—¿Y ustedes también saldrán?

—No lo creo, la nuestra es otra historia. Mañana el Papa estará aquí en Berlín y seguro nos mantendrán apresadas para dar una buena imagen de la ciudad y no espantar a los feligreses. Las putas no tenemos cabida en el Reino de

Dios.

—Pero es injusto.

—Pero será así. Nosotras, las furcias, no somos aceptadas en la sociedad amoral e hipócrita. Si yo hablara...no sabes cuantos políticos, obispos, sacerdotes, monjas, policías y personajes famosos han pasado por mi cuerpo. Esas personas son más peligrosas que los delincuentes y los criminales. Dicen algo y hacen otra cosa. Son tan falsos y de espíritu espurio. Yo sé que al morir, arderé en las llamas del infierno, pero ellos... ellos tienen un lugar garantizado en el averno, por su hipocresía y amoralidad. Prefiero ser una zorra que una hipócrita.

—Lo lamento —expresó Frida, quien, por primera vez, en toda la conversación, mostró indicios de bonhomía. Para intentar cambiar de tema, dijo:

—Son unos rufianes todos los policías.

—No todos. Él único hombre que llegué a amar era un policía... hasta que se enamoró de otra perra como yo.

Las dos soltaron una carcajada. Noemí añadió:

—Los policías han estado rudos estos últimos días, quizá sea por la visita del Papa o por la masacre que hubo.

—¿Masacre? —inquirió dubitativa la protectora.

La mujer habló a voz queda.

—Hace unos días, no sé cuándo, unos policías fueron degollados en el departamento de un hombre que investigaban. Sus muertes fueron espeluznantes.

—Seguro fue una banda criminal, eso es obra del crimen organizado.

—Ese es el detalle Frida, todo apunta a que fue uno solo.

—¿Un solo hombre contra cuatro policías?

—Parece increíble, pero fue así. Conozco una empleada que labora aquí adentro y me dijo que todo apuntaba hacia un asesino internacional de apelativo el Serafín. Los mató a todos mientras la policía investigaba la muerte de... a ver... se me fue el nombre... comenzaba por O.

Los ojos de Frida se iluminaron, levantó más su cabeza y dijo:

—¿Otto?

—Sí, sí, Otto Gebauer. ¿Entonces tú escuchaste de este caso?

Frida no contestó. Tanta casualidad junta era imposible. Jean Pierre se percató de algo grande, un misterio que trascendía a los Protectores. El nombre de Otto Gebauer traía consigo, la pista más importante acerca del posible asesino de su amigo. La voz de la meretriz se diluía entre los barrotes y el silencio de las jaulas.

—Sí, creo que he escuchado de ese tal Otto —dijo mientras una voz gritaba una frase que corroía su entendimiento, «*Estás jugando con fuerzas que no*

conoces y estás del lado incorrecto».

De pronto, un sonido seco y estridente se escuchó en el piso superior, seguido de unos gritos ahogados. Noemí, con los ojos aterrorizados, preguntó:

—¿Qué es eso?

Frida sabía de qué se trataba. Era un sonido conocido. Lo escuchó muchas veces en su tiempo de entrenamiento con la orden. Era el eco de la explosión de algún dispositivo con componente C-4. Se puso de pie y miraba, expectante, el rellano de las escaleras. Un escalofrío recorrió su cuero cabelludo. Sus sentidos se amalaron. Las otras dos mujeres se levantaron desorientadas. Con voz imperiosa, les dijo a las tres:

—¡Acuéstense en el piso y por nada del mundo abran los ojos!

—¿Qué sucede?

—Háganme caso. No abran los ojos. No vean lo que bajará por las escaleras.

—Pero ¿Qué sucede? —inquirió Noemí con voz trémula.

Frida, tajante, dijo.

—¡Han venido por mí!

Frida se recostó a la pared de la celda, de nuevo sintió la desolación de aquellos pájaros de su infancia. Se sentía como ellos, atrapada y sin escapatoria. Sus ojos claros, iracundos, se abrieron como nunca mientras unos pasos se escuchaban, bajando por las escaleras.

El inspector se despertó con un sobresalto. Su teléfono repicaba con fiereza.

!Antonella! —prorrumpió, al ver en la pantalla del dispositivo, el nombre de la italiana. Los recuerdos del día anterior se solaparon, al mismo ritmo que el repique del teléfono rompía el celofán de silencio de la habitación. Los párpados de Speer pesaban una tonelada, el cansancio acumulado, de casi veinticuatro horas de labor, del día anterior. Su cuerpo no pudo recuperarse con escasas dos horas de reposo. Veía borroso, pulsó la pantalla para hablar con la italiana.

—Sí, Antonella —expresó con la voz áspera y gruesa.

—¡Inspector venga pronto, por favor! —dijo la italiana desde el otro lado del auricular con un tono de voz trémulo.

Los músculos del cuello del ario se tensaron, un escalofrío bajó por su bulbo raquídeo hacia su médula espinal. Instintivamente, preguntó:

—¿Qué sucede?

—Hay alguien afuera de mi habitación.

Speer pensó «Son los policías que la cuidan», pero antes que pudiese enviar la frase a sus membranas vocales, el chasquido del corte de la llamada se escuchó por el auricular.

Vio su reloj, eran las cinco y treinta y cinco de la mañana. El inspector llamó a Antonella en tres ocasiones pero fue en vano, el teléfono estaba apagado. Se

vistió con rapidez, tomó su arma y salió. El sopor del sueño aún lo tenía encima, la modorra de la pereza arrojaba sus sentidos. Expelió aire varias veces, mientras recorría el pasillo que lo separaba de la sala situacional de la policía. Al llegar, vio como dos efectivos bebían café y charlaban con afabilidad. El vozarrón de Speer hizo caer la taza de uno de ellos.

—¡Comuníqueme con las patrullas que están en el hotel Titanic!

—¡Sí, señor! —dijo el policía más bajo, tembleque.

Llamó por radio, varias a veces, pero no hubo respuesta.

—¿Cuándo fue la última vez que se reportaron? —inquirió Speer.

—Hace quince minutos, señor. Lo hicieron cada media hora en mi ronda. No informaron ninguna novedad.

Los ojos hinchados de Speer se afilaron, con vehemencia dijo:

—Intenten comunicarse con el hotel por teléfono.

El funcionario tomó una agenda turística. Con sus dedos reptó por las columnas de los hoteles hasta que llegó al Titanic. Tomó el teléfono y llamó. Intento fallido. Lo hizo de nuevo y el resultado fue infructuoso. Al final, miró a su jefe y le dijo:

—¡Señor, creo que no tiene servicio telefónico!

Speer se zafó de los últimos vestigios de sueño que maquillaban su cara abotargada. Aspiró aire y preguntó:

—¿Cuántas patrullas tenemos disponibles a esta hora?

—Señor, están disponibles las dos que harán el relevo dentro de quince minutos. Los demás efectivos están listos para prestar la seguridad al Papa, pero eso será a las seis y treinta.

El inspector espetó con fuerza:

— Dígale al relevo que salga de inmediato. Voy saliendo al hotel.

Rudolph salió raudo en dirección hacia su patrulla que se encontraba estacionada frente al cuartel general de la policía. Encendió el vehículo y arrancó con violencia. Las luces rojas y azules rompían la oscuridad reinante en las calles, la sirena estrujaba el silencio berlinés.

Mientras abría su camino a más de cien kilómetros por hora, se concentraba en lo que debía hacer al llegar. La llamada de Antonella y la interrupción de las comunicaciones le indicaban que eran muchas casualidades. «Esto pinta feo», pensó. Tenía una responsabilidad con la seguridad papal, pero el caso de Otto Gebauer se complicaba cada vez más y él intentaría resolverlo antes que este asunto manchase la seguridad al sumo Pontífice. Con el señor Dubront aquí y el Serafín haciendo de las suyas, todo se podría complicar mucho más de lo que ya estaba.

Vio por el espejo retrovisor las luces de las dos patrullas que se acercaban

tras él. Escuchó el llamado de la central por la radio. Tomó el parlante y respondió:

—*Aquí León, Adelante.*

—*León, hemos recibido en la central, un 329 del hotel Titanic.*

—*¿Seguro central?*

—*Sí, Vecinos reportaron el 329 hace dos minutos.*

—*Llaman a los Alfas y los Betas. Que apoyen de inmediato.*

—*Copiado León.*

—*Cambio y fuera.*

—*Cambio y fuera.*

Speer pisó el acelerador. Desenfundó su arma y la colocó en el asiento de copiloto. Tragó saliva. El código 329 era un prearreglado acerca de un intercambio de disparos. Pidió refuerzos de Bomberos y Ambulancias. Giró en el último cruce y vio como un humo espeso y agrisado cubría el hotel que permanecía a oscuras. Alrededor, se dispersaba una densa niebla. En el exterior del recinto, las personas se tiraban en la calle, tosiendo e intentando tomar aire, algunos se ayudaban entre ellos, otros lloraban. Los empleados del hotel y los huéspedes se paseaban en pijamas y ropa interior, una pareja se antojaba completamente desnuda.

Speer estacionó el vehículo y se apeó con el arma en su mano diestra. Enseguida percibió el olor del humo e identificó su origen. No era producto de un incendio como él había pensado. El gas tenía el olor característico de una granada de humo militar. Sus ojos acezantes buscaban a la mujer de los ojos aguamarina. Se paseó entre las personas buscando a Antonella, pero no la encontraba. Se percató que muchos huéspedes tenían sus ropas y pieles mojadas. El sistema contra incendios se había activado por el humo. Dirigió su vista a las féminas, intentado reconocerla, pero ninguna de ellas era la italiana. No se encontraba allí.

Detrás de él, llegaron los otros patrulleros que se bajaron de inmediato. Speer fue hasta una de las patrullas de los policías que permanecieron en el hotel, durante la noche. Llegó hasta la ventana y vio a los dos efectivos inertes, con sus quijadas apoyadas sobre sus pechos. Abrió una de las puertas y tomó el pulso en su cuello. Su corazón latía. Revisó su cuerpo para buscar alguna herida y no vio rastros de sangre. Sintió un objeto puntiagudo en su costado. Lo quitó y notó que era una aguja hipodérmica disparada por una pistola de aire. Dio la vuelta y se percató que su compañero estaba en las mismas condiciones y con una aguja incrustada en su brazo derecho. Cacheteó su rostro e intentó despertarlo, pero fue en vano. El inspector fue a la otra patrulla y vio que la condición de los policías era la misma. Volteó hacia los dos agentes y les dijo:

—Llame a todos los agentes.

El policía fue a buscar al resto que, de inmediato, rodearon a su jefe.

—Alguien ha atacado el lugar. Es un ataque *sui generis*. Han dormido a los agentes y no han querido lastimarlos. La mitad de ustedes atiendan a las personas. Ustedes cuatro, síganme. Vamos a entrar al hotel.

—Señor, hablé con uno de los empleados y me dijo dónde está el control de la electricidad —dijo un efectivo.

—Bien, escóltalo y repongan el fluido eléctrico.

Los seis hombres marcharon entre el gentío tirado en el piso. Se acercaron a la puerta principal y vieron como corría agua. Sintió como algunas gotas rompían el manto de humo. Encendieron sus linternas y apuntaron hacia el interior que permanecía como un gran muro blanco delante de ellos. Speer pasó el umbral de la puerta y escuchaba el chasquido que producía sus pisadas en la alfombra mojada y el cascabeleo de las gotas de agua que caían sobre el suelo. Rudolph recordó las imágenes del hotel, cuando estuvo allí hace pocas horas, e intentaba adivinar por donde avanzar. Llegó hasta la recepción y la palpó con sus manos. Dio un paso hacia las escaleras y uno de los policías le dijo:

—Inspector, aquí están dos agentes.

Speer fue hacia dónde venían las voces. Tropezó y se recuperó. Caminó entre el muro blanco y escuchó al agente de nuevo. Vio a los dos agentes boca abajo. Les tocó los cuellos y se percató de sus pulsos. El mismo *modus operandi* utilizado con los otros efectivos.

—¡Sáquenlos!

De pronto, la luz se encendió y el sistema contra incendios, se apagó. Hubo un poco de claridad, era como una gran neblina dentro del hotel. Speer avanzó hacia las escaleras y subió, con agilidad, los tres pisos que lo separaban de la habitación de Antonella. Llegó hasta donde dormía la italiana. Aparecieron las siluetas de dos agentes tirados en el piso. Pudo distinguir entre la bruma del humo sus armas dormidas junto a ellos. Speer miró en la oscuridad los dardos hipodérmicos, incrustados en sus pechos. Tocó sus cuellos y percibió el pulso de ambos.

Rudolph se volteó hacia la puerta y vio que la cerradura fue forzada con un objeto contundente. La abrió. Antonella no estaba. La habitación permanecía intacta, a excepción de la cama con sus sábanas revueltas. Vio el teléfono de la mujer sobre una de las mesas. Lo encendió. Emergió la última llamada suya. Se asomó por la ventana y se percató de la llegada de los bomberos y las ambulancias. Atendían al personal. El inspector salió y ordenó a uno de los agentes que abriera todas las habitaciones y recorriera el hotel en busca de heridos o afectados. El otro efectivo permaneció al lado de los policías tendidos

en el piso.

—¡Esto fue obra del Serafín, inspector! —dijo el oficial con un dejo de ira.

Speer lo miró y no respondió. Esta vez no creía que hubiera sido él. No era su método. El Serafín no tenía tan buen corazón como para dormir a sus víctimas, él las ejecutaba. Rudolph nadaba, literalmente, entre la niebla, al igual que lo hacía su entendimiento. ¿Cuál era la relevancia de Antonella para llevársela? ¿Fue el asesino internacional quién perpetró el lugar? Speer guardó su arma y dio la vuelta.

Mientras esas interrogantes rebotaban en su cabeza como perdices contra las redes en el bosque, el inspector bajó las escaleras y se encontró con un equipo de paramédicos que auxiliaban a los policías anestesiados. Llegó hasta el lobby del hotel. El humo comenzaba a disiparse. Salió a la calle y buscó al empleado que encendió las luces. Lo encontró bebiendo unas botellas de agua.

—¿Cuál es su empleo en el hotel? —prorrumpió.

El hombre lo miró de arriba a abajo, lo reconoció y luego dijo:

—Soy recepcionista.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé. Yo me encontraba en la recepción cuando, de pronto, hubo una explosión en la calle. Enseguida, la electricidad fue cortada y de pronto fueron lanzadas una gran cantidad de granadas de humo, adentro del lobby. Lo que siguió fue un pandemónium. La visibilidad era nula, las personas corrían e intentaban salir del hotel, la alarma contra incendio se activó y todo fue confusión.

—¿Usted vio a algún sospechoso?

—No, no vi a nadie, pero si escuché en el revuelo unos disparos.

—¿Dónde está el DVR del sistema del sistema de vigilancia de cámaras del hotel?

—Está en la habitación que está detrás de la recepción.

Speer se dirigió de nuevo al interior del recinto, la cortina de humo se diluía con lentitud, la visibilidad mejoró notablemente. Los bomberos abrieron todas las ventanas y la visibilidad mejoró. Llegó a la recepción y un efectivo lo abordó:

—Señor, he abierto las habitaciones y todas están vacías, revisé con sumo detalle el área del restaurante y las calderas, y no hay nadie.

Rudolph no respondió. Siguió su paso vivo al interior del recinto. Entró en la habitación que estaba situada detrás de la recepción y se percató de que el sistema de seguridad de las cámaras se había reseteado. El corte de luz alteró el sistema. Lo reinició. Las imágenes de las dieciséis cámaras se proyectaron en la pantalla. Speer manipuló el DVR y retrocedió las imágenes diez minutos antes

de que Antonella lo llamase. Miró con detenimiento.

Pudo ver en una de las cámaras que daba al exterior del hotel, las dos patrullas policiales. El tiempo corría y no vio nada inusual. De pronto, llegaron dos camionetas. Cada una se estacionó al lado de las patrullas y cinco elementos, con los rostros tapados y vestidos de negro, se bajaron de ellas. Empuñaban armas. Sin mediar palabras, dispararon a los agentes. Avanzaron hacia el hotel y lanzaron las granadas de humo dentro del recinto. No pudo distinguir más, el corte de electricidad convirtió la pantalla en una gran mancha gris. Pasaron tres minutos y Speer volvió a la imagen de la cámara de vigilancia que daba al exterior del recinto y vio como dos hombres traían cargada a Antonella que fue introducida en una de las camionetas y arrancaron.

Speer salió al exterior del lobby. El humo se disipó por completo, pero los rostros de incertidumbre, molestia y desconcierto de los huéspedes del hotel lo golpearon. Pero Rudolph no tenía tiempo para sentimentalismos ni para consolar a las personas, debía ubicar lo antes posible a los secuestradores de Antonella. Intentó ubicar a uno de los policías, pero no vio a ninguno. Aguzó sus pupilas y se percató de que todos estaban reunidos alrededor de una de las patrullas. Speer, bufando por sus fosas nasales, caminó hacia ellos. Al acercarse, se percató de que todos escuchaban con atención la radio policial.

—¿Qué diablos sucede? ¿Qué hacéis aquí como una patraña de inútiles?

Nadie respondió.

—¿Qué diablos pasa? Alguien que llame a la central y le indique que busquen dos camionetas de color negro?

Uno de los policías, de cabellos canosos y lacios, tan viejo como él, le dijo:

—Señor, no podrán buscarlas.

—¿Cómo que no podrán? ¿Acaso se volvieron locos?

—Inspector, están atacando el cuartel general de la policía en este momento.

Cuando Speer llegó al comando policial, veinte minutos después, tenía la información exacta de lo sucedido. Sabía que un minuto después que el Subinspetor salió con la caravana de vehículos, para prestar la seguridad al Papa, el cuartel general fue atacado de manera despiadada. Estaba al tanto que un grupo comando ingresó a las instalaciones. Conocía que el atacante o el grupo de ellos eran profesionales de la muerte, su táctica para entrar y salir en menos de tres minutos, fue impecable. Supo que dos cargas de componente c-4 explotaron adentro del cuartel general y que, utilizando esta técnica de distracción, aturdieron e inutilizaron a varios de los agentes de guardia. Le dijeron que los perpetradores dispararon con precisión y en su avance, mataron a seis policías. Tenía la información que los asesinos fueron hasta las celdas del personal detenido y se llevaron a una de las mujeres y asesinaron a las otras tres, de la

celda continua. Tenía la certeza de que el sistema del circuito cerrado de televisión fue bloqueado y que no podía identificar a los atacantes. Le informaron que se llevaron las pertenencias de la mujer, incluida su documentación personal. Supo que ella se llamaba Frida Bruni, era de nacionalidad francesa y fue detenida por un tiroteo a orillas del río Spree, esa noche. Por último, supo que los atacantes huyeron en un vehículo mercedes benz azul plomo y tomaron dirección hacia el centro de la ciudad.

Rudolph Speer tenía dos certezas. La primera era que su cargo como inspector en jefe de la policía guindaba de un hilo. Los hechos lo demostraban. Que alguien ingresara de ese modo a su comando, daba fe de la ineptitud de la policía berlinesa. Si los efectivos no podían cuidarse, cómo podrían garantizar la seguridad de los ciudadanos. Y la segunda certeza era que no era un Serafín sino, varios Serafines, y sin dudas, Dubront tenía sus manos metidas. El ataque fue preciso y eficaz, solo profesionales de la muerte podían realizar un trabajo de este tipo. La violencia del asalto, la irrupción con una bomba dentro del recinto y la retirada inmediata, eran métodos utilizados solo por profesionales.

Esta respuesta dejaba abierta una interrogante ¿Quién era esa mujer, Frida Bruni? Tenía que ser muy importante, nadie se atrevería a atacar un puesto policial, sin que el costo lo valiera. Por primera vez en su larga y dilatada carrera policial, Rudolph Speer nadaba en las tenebrosas aguas de la incertidumbre. No tenía idea de lo que sucedió. Y para colmo, todos estos acontecimientos pasaron mientras se avecinaba la visita papal. Tenía las manos atadas para desplegar su fuerza policial y buscar a los perpetradores de ambos ataques.

En la cúpula celeste comenzaban a reflejarse los colores herrumbres del alba. El inspector manejaba como un autómatas. En su cabeza rebotaba un solo pensamiento «! Qué tonto he sido! »

Speer se inculpaba de todo lo que pasaba. El sabor amargo que saboreaba en su boca, reflejaba el sentimiento de ira e impotencia que sentía. De pronto, dentro de la laguna de pensamientos oscuros y yuxtapuestos que obnubilaban su razonamiento, emergió un recuerdo de su profesor de criminalística. «Siempre que hay una cadena de crímenes inexplicables y sin ninguna lógica, busca el evento próximo más importante. Hay altas probabilidades que, si toman ese hecho como base, comiencen a hilvanar la lógica de todo lo que sucede». Esa afirmación tenía un asidero sólido que el mismo Speer puso a prueba hace muchos años. Una serie de asesinatos inexplicables se sucedieron en Berlín en la víspera de la visita del Presidente de los Estados Unidos, después de la caída del Muro. Dos estudiantes muertos a tiros, un ama de casa asesinada en su propia vivienda y un chofer de autobús acribillado en su vehículo, no tenían explicación alguna. Los crímenes se sucedieron en días consecutivos. Y no se encontraban

relación entre ellos. Speer tuvo la brillante idea de hilvanar esos crímenes con el evento más importante a puertas, la visita del Presidente de los Estados Unidos. Partiendo de esa perspectiva, se percató de que cada uno de los asesinados integraba las filas de un movimiento neonazi radical. El líder de esa organización, tenía relación directa con cada uno de los otros dos asesinados. Se detuvo al hombre y se desmanteló un plan para atacar a la comitiva presidencial en su desplazamiento hacia la puerta de Brandeburgo.

El inspector razonó que el evento próximo más importante era la visita papal. El vuelo llegaría a Berlín antes de la nueve de la mañana. ¿Todo estaría relacionado con el Papa? Es posible, pero antes debía llegar al cuartel y saber los alcances del ataque perpetrado.

Llegó y vio al personal paramédico trasladando los cuerpos de las víctimas en camillas hacia las ambulancias apostadas al frente del comando. La cinta amarilla rodeaba los alrededores. Era una escena que jamás pensó ver. Daba pasos cortos y tambaleantes. Los rostros de los policías le demandaban venganza. Los ojos contritos de sus hombres exigían sangre y él debía tomar acciones contundentes pronto, o ellos obtendrían justicia de una u otra manera. Subió las escaleras y llegó al *hall* del cuartel general. Allí vio las manchas de sangre coagulada que charolaban el piso. Algunas perforaciones hirieron las paredes y los muebles. Dos cuerpos fueron tapados con sábanas, la mano de uno de ellos sobresalía por un lado. El olor acre de la pólvora se traslucía como la hedentina de la muerte.

Speer bajó hasta donde se encontraban las celdas femeninas y vio los tres cadáveres de las mujeres dentro de la jaula. Las conocía a todas. Parecían estar dormidas. Murieron con disparos en sus frentes. La puerta de la jaula contigua fue destrozada con una explosión. No encontró rastros de sangre.

Un oficial llegó con la lista de los asesinados. Speer leyó con los ojos filosos. Del personal de guardia, solo uno sobrevivió y era el oficial con cara de topo. Speer se acercó a él y vio que tenía humedecida la entepierna y un olor a urea emanaba de su cuerpo, se había meado de miedo, literalmente. Sostenía un vaso de agua, a medio acabar. Sus manos temblaban. Speer, con voz seca, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

Las manos del hombre temblaban, gotas de sudor borboteaban en su rostro y emanaba saliva que se salía por sus dientes. Con voz trémula, respondió:

—Nos atacaron, señor... a traición.

—Eso ya lo sé ¿Qué viste? ¿Qué escuchaste?

Con los ojos desorbitados, el pusilánime policía, respondió:

—Yo me encontraba en el baño, cuando escuché una explosión, seguido de unos disparos dispersos. Al salir, todos estaban muertos.

Speer agrió el rostro. Enseguida inquirió:

—¿Y porque no respondiste a los disparos?

—Porque dejé mi arma en el escritorio.

Los ojos de Rudolph se inyectaron de sangre.

—¡Siempre les he dicho que el arma jamás se abandona!

El rostro níveo del policía, se puso aún más pálido.

—De eso hablaremos luego. Usted era el jefe de la guardia. Necesito saber quién era la mujer que se llevaron.

—Señor... este... ah sí recuerdo... la que atrapó la policía fluvial en el río Spree. Era una francesa.

—¿Por qué la detuvieron?

—Ellos dijeron que estuvo involucrada en un tiroteo a las orillas del río, cercano al monumento de Udo Düllick.

—¿Y que adujo ella?

—Ella dijo que quería hablar con usted. Yo le informé cuando usted llegó esta madrugada.

—¡Maldición! —masculló Speer —Y ¿Qué traía consigo?

—Señor, ella tenía algo de dinero, su pasaporte y dos agendas. Una era vieja, como de más de cincuenta años y la otra, con menos uso. Los atacantes se llevaron el pasaporte y la agenda vieja. La nueva está aquí.

—¡Tráigamela!

El hombre con dientes de roedor se levantó y fue hasta los locker donde se guardan las pertenencias de los detenidos. Speer se debatía con la idea de que ambos ataques estuvieran conectados. El policía llegó con la agenda y se la entregó al inspector que respiraba como un toro en plena faena de lidia. Rudolph se dirigió hacia una lámpara y hojeó el documento. Con delicadeza, pero sin pausa, pasaba las páginas. Su cara se endureció. Supo entonces que era el cuaderno de anotaciones de Otto Gebauer y que allí se mencionaba la ubicación del diario privado de Himmler. Los atacantes se llevaron el documento en sus propias narices. Sus ojos se inyectaron de sangre, su boca se torció y espetó un sonido gutural cuando vio dos series de números contiguos y el nombre de Dubront debajo de ellos. Expelió un golpe en forma de palabras.

—¡Maldita sea!

El efectivo de casi dos metros dio la vuelta y se dirigió hacia su oficina. Buscó su libreta de anotaciones en una de las gavetas. Al salir, se topó con una figura conocida. Era el alcalde de la ciudad. Speer se paró en seco. El hombre venía acompañado del comisionado de seguridad ciudadana y su asistente. Con su tono de voz chillona, dijo:

—Inspector, tome asiento, debemos hablar.

Annika se levantó con el golpeteo incisivo en la puerta de su habitación. Su nombre era repetido con insistencia por dos voces autoritarias desconocidas. Aturdida por ese despertar abrupto, se puso de pie con desequilibrio y llegó, tambaleante, a la puerta. Abrió la cerradura y se encontró a dos oficiales enhiestos de las SS que, con sus ojos inflamados en sangre, le ordenaron que se vistiera y los acompañara. A la mujer solo le dio tiempo de ataviarse con su traje de diario. No pudo arreglar sus cabellos ni pintar sus labios ni sus párpados. Salió del cuarto y los oficiales, que no habían dejado de golpear la puerta y exigirle que se apurara, le dijeron el motivo de tanta prisa. El jefe de las SS, la solicitaba en su oficina.

Abordó el mercedes benz que salió raudo de la villa Paraíso. Iba en el medio de los dos oficiales de las *Schutzstaffel*. Los rostros impertérritos de los hombres de negro parecían máscaras mortuorias de un museo de terror. Annika se sentía atrapada y vulnerable. Dudaba de las intenciones de los militares. Escuchó tantas historias de personas que eran sacadas de sus casas en la mitad de la noche —y de quienes nunca más se volvió a saber —que no sabía en realidad, si la entrevista era con Himmler o algunos de sus esbirros. No supo que era peor: morir o ser citada por el *Reichsführer-SS* a la mitad de la madrugada. Pero ¿Qué podía hacer? Nadie en Alemania tenía derechos.

Corría el año de mil novecientos cuarenta y cuatro, los nazis perdían la guerra y sus enemigos marchaban a paso galopante con sed de venganza. Los aliados venían por ellos, en especial por el Este de Europa, donde las hordas del ejército rojo arrasaban todo a su paso. El otrora gran Reich se diluía, pero aun perdiendo la guerra, los nacionalsocialistas tenían tomado por el cuello a los alemanes y no los iban a soltar. La dictadura de Hitler rezumaba en todos los rincones de la vida alemana como nunca antes. Los miembros del partido nazi sentían los vientos cercanos de la derrota y tenían sus guadañas afiladas para ajustar las últimas cuentas con sus viejos enemigos, someter cualquier rebelión posible y eliminar a los traidores. Así eran los nazis, implacables hasta el final.

El vehículo se dirigió a toda velocidad por las oscuras calles de Berlín. La ciudad estaba a oscuras, pues los bombardeos aéreos de los aliados eran incisivos y las defensas de la *Luftwaffe*, la fuerza aérea alemana, eran ineficientes contra los mazazos de las bombas lanzadas por los aviones americanos e ingleses. La oscuridad era su única protección contra los bombardeos. Hitler y su estado mayor sabían que de un momento a otro

esperaban el desembarco aliado en la región de Normandía.

Sabiéndose derrotado, el gobierno restringió las raciones diarias de sus habitantes. La otrora opulencia y prosperidad que el pueblo vivió desde 1933, fue solapada por los primeros indicios de hambruna y desasosiego. Todos los alimentos que se producían en Alemania y sus países satélites eran enviados a ambos frentes con la esperanza de detener el avance implacable de sus enemigos. Pero todo esfuerzo era en vano. El desembarco tomó por sorpresa al estado mayor nazi y las tenazas se comenzaron a cerrar por dos frentes de guerra. La orgullosa Berlín, el centro de poder de los nazis, tambaleaba. El olor putrefacto de la derrota se filtraba en el ambiente como un miasma invisible que impregnaba todo a su paso.

Hitler vivía centrado en su esfuerzo de guerra. No había hecho ninguna aparición pública desde el verano de 1942. Enclaustrado en la guarida del lobo, su cuartel general, ubicado en los espesos bosques de Prusia Oriental, le importaba un comino los problemas de Alemania. Las funciones del partido las delegó por completo en Martin Borman, su obeso ayudante y secretario. Los pocos que vieron al *Führer*, en ese tiempo, afirmaban que su pelo encaneció, sus ojeras eran perpetuas, su voz estruendosa cambió por una más timorata, tenía un tic nervioso en sus manos y las arcadas en su estómago eran perennes.

Sin embargo, sus explosiones coléricas eran las mismas. Esas escenas mefistofélicas donde el líder del Tercer Reich vomitaba fuego por la boca, vociferaba mil maldiciones y miraba, con sus ojos desorbitados, a los oficiales de su Estado Mayor, eran cada vez más continuas. El *Führer* — que se reconocía a sí mismo como una de las mentes militares más brillantes de todos los tiempos — hacía de Carlomagno, de Napoleón, de Aníbal, de Alejandro Magno y de cualquier otro genio militar de la historia con tal de detener el avance de los aliados. Pero cada día las fronteras alemanas perdían kilómetros de terreno contra el avance aliado y todo indicaba que el fin estaba cerca...y Annika lo sabía.

El carro pasó por enfrente del cuartel general de las SS y siguió de largo. Annika se sorprendió, pensó que su teoría de ser llevada a otro lugar para ser torturada o ejecutada, era cierta. El auto avanzó un kilómetro más, por el centro de Berlín, y llegó hasta un edificio donde se detuvo. La enfermera temblaba. Los dos hombres se apearon e invitaron a Annika que los acompañara. Entraron y bajaron unas escaleras. Se encontraron con guardias SS apostados en los pasillos. Dentro de las oficinas, una caterva de oficiales con uniformes negros trabajaban con ahínco a esa hora, las dos de la mañana, bajo la luz de las velas. Bajaron por otras escaleras en penumbra y llegaron a un sótano frío y silente. Dos guardias escoltaban una puerta. Uno de los oficiales entró y salió enseguida.

Invitó a la mujer que pasase. «Moriré», pensó Annika.

Annika tragó grueso y entró. Se sorprendió. Se detuvo enfrente de un pequeño escritorio donde la figura mojigata de Himmler se asomaba entre su silla y una pared corroída por la humedad, bajo una bombilla pequeña que derramaba halos de luz penumbrosos. El despacho distaba mucho de la opulenta oficina del cuartel general de las *Schutzstaffel*. El *Reichführer* mandaba a las SS desde ese remoto lugar como una rata en su escondrijo. El segundo hombre más poderoso de Alemania la recibió de pie, vestido de paisano con una camisa marrón y unos tirantes que alzaban sus pantalones negros. La puerta se cerró con fuerza detrás de ella, que se sobresaltó. Con tanto nerviosismo entre manos, olvidó hacer el saludo nazi. Lo recordó y lo hizo, Himmler dijo:

—¡Tome asiento, *Frau* Annika!

Obedeció. Se sentó con prisa. Tragó saliva. Sus manos inquietas buscaban algo de tranquilidad en el cruce de sus dedos que se revolvían como un nudo gordiano de hueso y carne. Su vejiga casi explotaba, sentía el rostro caliente y sus piernas comenzaron a temblar de forma inesperada.

Himmler se sentó, apiló unos papeles encima de su escritorio, acomodó sus gafas y miró a Annika por unos segundos. Tiempo suficiente para percibir el terror que producía su presencia en su interlocutora. Una vez que avistó su miedo, dijo con voz susurrante:

—¡Quiero disculparme con usted por haberla sacado de su cama a esta hora de la noche, pero asuntos más importantes que el sueño de una mujer no pueden esperar!

—Usted dirá, *Reichsführer-SS* —expresó mientras su corazón parecía palpitar en sus cuerdas vocales.

—Su labor con la niña Beatrice ha sido muy eficiente, a tal punto que usted es como una madre para esa chiquilla.

—¡He hecho lo mejor que he podido!

—Me consta que ha sido de este modo. Los informes semanales que me llegan son extraordinarios... Sin embargo —Himmler hizo una pausa, se acomodó los lentes y dijo —a partir de mañana, usted cesará en las funciones que tenía con la pequeña y será reasignada como directora de una Casa Cuna cerca de Múnich.

La noticia cayó como una bomba en el entendimiento de Annika. Separarse de Beatrice era perderla para siempre. Sin pensar mucho lo que iba a decir, abrió la boca.

— *Reichsführer-SS*, es cierto que la niña está muy bien de salud y que ha desarrollado una inteligencia excepcional, pero creo que separarme de ella no traerá buenos resultados. Puede recaer en sus problemas de nutrición y

crecimiento. Además, la pequeña ha desarrollado una buena relación con el hijo de *Frau* Hedwig y siento que es como una especie de hermana mayor para él. La señora Potthast está en sus últimos meses de embarazo y necesita de ayuda. Yo he sido muy prolija en las atenciones con Helge para que crezca con las mismas condiciones de Beatrice.

Himmler la escuchó con serenidad. Annika calló y esperó que las pupilas centelleantes del jefe de las SS hablaran. Pero no decían nada, eran lapidosas. Él tomó un hálito de aire y expresó:

—La razón por la cual quiero apartarla de sus funciones no guardan relación con su eficiencia profesional o las relaciones infantiles entre los niños. Lo hago porque la situación, en nuestros frentes de guerra, es alarmante. En el Este, la amenaza rusa viene como una gran avalancha hacia Alemania y, a pesar que nuestros hombres hacen sus mejores esfuerzos por detenerlos, no hemos podido frenar su avance. En el frente occidental estamos preparados para un gran desembarco en cuestión de semanas por parte de los americanos e ingleses... Estoy tomando mis previsiones para que Beatrice no corra peligro al igual que Helge y Potthast, Berlín dejó de ser seguro...Ellos serán trasladados mañana hacia los Alpes de Baviera. Quiero protegerlos de los bombardeos que cunden la capital. El problema es que allá no hay tantas comodidades como la villa. Hedwig debió decidir entre usted y la otra nodriza, la señora Schlieben. Como se puede percatar, ella fue la favorecida.

—¡Comprendo! —dijo derrotada.

—Sin embargo, hay algo que debo decirle. Debe usted entregar a la enfermera Schlieben toda la información acerca de la nutrición y mimos hacia Beatrice y Helge. Ella asumirá sus funciones.

—Con todo respeto, señor —interrumpió Annika —el amor es algo que no se puede enseñar. El cariño nace y se transmite con sinceridad. La enfermera es muy buena en sus funciones y cuidados médicos, pero no tiene un ápice de ser una mujer sensible, en especial con los niños. Ella es muy tosca.

—Eso lo sé, pero ya Hedwig hizo su elección —dijo Himmler, dejando una larga pausa de silencio gélido.

—Me permitiría despedirme de la niña, mañana, por favor —dijo con voz rogante.

Himmler aguzó la mirada y luego espetó:

—Sí... ¿por qué no? Mañana saldrán las dos a sus nuevos destinos.

—Gracias, *Reichsführer-SS*.

—¿Puedo pedirle algo?

—Usted dirá, señor.

Himmler se acomodó sus gafas y traspasó el alma de Annika con las saetas

de sus ojos grisáceos.

—Usted jamás deberá mencionar a alguien acerca de esta niña.

—No se preocupe, señor, así será.

—La entrevista concluyó, gracias por atender mi “invitación” —dijo Himmler en seco.

La rubia se puso de pie, hizo el saludo nazi y vio a Himmler en su escritorio. Sus ojos denotaban una ansiedad soterrada. No era el mismo hombre que conoció, años atrás. Salió por la puerta. Los dos hombres que la escoltaron, fumaban en un rincón, apagaron los cigarrillos y la acompañaron hasta el vehículo. La otrora disciplina de acero de las SS comenzaba a resquebrajarse. Regresaron a la villa en veinte minutos.

Annika se sentó en su cama. Este cambio de rumbo la sorprendió. Desde el nacimiento de Helge, el primer hijo de Himmler con su secretaria, ella se infiltró con lentitud, pero con precisión, en el mundo etéreo de Potthast. La mujer era silente, introvertida y desconfiada. No era fácil hacerse amiga de una persona así. No obstante, Annika fue insistente. Usó a su hijo como una conexión entre ambas. El niño tenía problemas de salud y de desarrollo intelectual. La personalidad retraída de Hedwig no ayudaba mucho a su mejoramiento. Ella era una madre distante, gélida, poco amorosa y se desesperaba mucho ante las constantes enfermedades del varón. Annika fue muy paciente e intentó llevar el niño al mundo de la fantasía infantil. No fue fácil, porque el pequeño presentaba problemas importantes de conducta. Helge padecía una especie de autismo leve que lo desconectaba con el mundo. Quien lo cuidara debía tener mucha paciencia y Annika la tenía de sobra.

El niño desarrolló una amistad sólida con Beatrice que creció en ese tiempo. La chiquilla veía al pequeño como su muñeco de juguete. Lo mimaba y lo consentía. Lo llamaba su “hermanito”. A Hedwig no le gustaba ese apelativo, sin embargo, lo aceptó con el tiempo. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, Annika no pudo ser la mejor amiga de la secretaria de Himmler. Un muro de contención se cruzaba en su camino, una red de espinas infranqueable. Era la señora Schlieben, la enfermera con cara de pastor alemán.

La mujer era un verdadero perro guardián de Hedwig. Annika podía estar en el círculo de influencia de Helge y Beatrice, pero jamás estuvo a solas con la amante de Himmler. Ella siempre la asechaba con los ojos afilados. Esperaba cualquier palabra que pronunciara para refutarla, contradecirla o ignorarla. Hedwig lo permitía. Su personalidad inmadura y maleable daba muchas concesiones a la vieja. La amante de Himmler era una dócil marioneta en los dedos hábiles de la señora Schlieben.

Los roces entre ambas aumentaron con el pasar de los días. En una

oportunidad, Annika regresó de un permiso antes de lo previsto y al entrar a su cuarto, encontró a la enfermera, huroneando entre sus cosas. La rubia, iracunda, le reclamó su presencia. Ella la miró con frialdad y le dijo:

—No eres lo que aparentas ser...Estás aquí por alguna razón y lo averiguaré pronto.

La mujer era en un verdadero problema y Annika se arrepintió de no haber tomado acciones, con anterioridad, para eliminarla de su camino. Rosenberg pensaba que su cercanía con la niña, aseguraba su estancia, pero se equivocó.

Alejarse de ella era lo peor que le podría suceder. Más allá de la promesa que le hizo a Eva, su madre, Annika se enamoró de la niña. La amaba con locura.

Además, Rosenberg no tenía a donde ir. Sus padres murieron en un bombardeo aliado hace poco, y la pequeña Beatrice era su única razón para vivir. La pequeña no conocía a otra madre que no fuera ella. Era su única hija, no habría otra chiquilla cerca de su corazón, jamás, pues era estéril.

Alejarse de Beatrice significaba morir en vida; Himmler quería a la niña para algún fin macabro y debía protegerla. Los objetivos de los nazis nunca eran buenos. El recuerdo de lo dicho por el Deán de la iglesia de Santa Eduvigis, años antes, le golpeaba el entendimiento. « Los protectores pueden estar detrás de ella», recordó. Aquel sacerdote no mentía. Por seguir su verdad y su palabra fue denostado por los nazis. Desapareció en 1943. Más nunca se supo de él.

Annika no podía apartarse de Beatrice, pues tenía una importancia trascendental para Himmler. Debo averiguarlo, el tiempo se ha acabado. Annika Rosenberg tenía aún un as bajo la manga. Aprovecharía la ausencia de Hedwig, hospitalizada por dolores en su vientre, para hacer su última y más riesgosa jugada.

El amanecer fue complicado para la enfermera. Debió terminar sus maletas temprano pues, a las siete de la mañana, uno de los soldados de las SS, las recogió para embarcarlas en su vehículo.

El alba era serena. La espigada enfermera salió y una brisa tempranera pellizcó su piel bruñida. Los motores de los dos vehículos rugían. Dos soldados SS trajeron el equipaje de Beatrice y el de la enfermera. Lo dejaron frente al otro auto. Annika se dirigió hasta la cocina y preparó café. Era un gusto que pocos alemanes podían disfrutar en esos días.

La enfermera salió con tres tazas de café, las entregó a los choferes de los autos, quienes las recibieron con beneplácito. Ella, también, comenzó a beber. Charlaron entre ellos por largo tiempo. Annika bebía con lentitud la infusión.

La espigada alemana terminó de tomar su taza de café, recogió la de los choferes y fue a despedirse de Beatrice. Al entrar a la habitación se encontró con la enfermera Schlieben que sonreía sarcástica. La niña vestía un vestido azul

celeste. La pequeña alzó los brazos y la llamó «Mamá». La tomó y comenzó a besarla. Sus ojos escurrieron lágrimas que la pequeña secaba con sus manos. Un gran nudo se hizo en su garganta mientras la chiquilla, le preguntaba por qué lloraba. No respondió. Le dijo que ella iría de viaje con la enfermera y que pronto la vería de nuevo. Beatrice entristeció su rostro. Annika para consolarla, le dio una muñeca que le compró para su cumpleaños. La pequeña se alegró. Besó la cabeza de Beatrice y le dijo que la amaba. Antes de salir de la habitación, le expresó a la enfermera:

—Cuídela, ella es mi vida.

La mujer no se inmutó. Annika salió al pasillo y miró la hora en el reloj enjuto que reposaba perezoso en la pared. Eran las siete de la mañana. No quiso desayunar. Salió al exterior y vio como los rayos solares lanceaban el cielo grisáceo. Esperó allí, largo tiempo. Fumó tres cigarrillos y charló con uno de los choferes, un muchacho de dieciocho años. Escrutó al joven. Era un fanático nazi empedernido. Lo escuchó decir el nombre del *Führer* más de veinte veces. El hombre, con cara de niño, daría su vida por él. Annika no dudaba que fuera de este modo. Hitler sacrificaba a diario, los sueños de miles de jóvenes por su ambición desmedida de continuar en el Poder... ¡Qué infamia!

El sol comenzaba a despuntar por el horizonte germano cuando hizo su aparición el oficial encargado del lugar. Era un implacable Teniente Coronel que manejaba con mano de hierro las riendas de la villa. Parco, disciplinado e implacable, era un oficial de pocos gestos y ademanes. No se reía con nadie. Annika sabía que no dudaría en hacer cumplir las órdenes de Himmler del modo que fuese. Jamás había molestado a la enfermera, pero era un hombre de cuidado. Ella lo saludó con un «Buenos Días» y el oficial de las SS, apenas hizo un leve gesto con su cabeza.

—¿Estamos listos? —preguntó.

Annika asintió. La enfermera Schlieben salió por la puerta de la casa con los cabellos grisáceos y desaliñados. Parecía recién haberse bajado de un tractor. Llevaba a Beatrice tomada de la mano. La mujer afirmó estar lista también. Los dos choferes abrieron las cajuelas de los vehículos y comenzaron a meter los equipajes, uno por uno, ante la vista del Teniente Coronel. La cajuela de Annika fue cerrada primero, pues tenía poco equipaje. El bagaje de la enfermera y de la niña era más numeroso. El efectivo iba a introducir la última maleta, cuando esta se abrió, dejando escapar los enseres que guardaba en su interior. Una lluvia de ropa y otros objetos cayó a los pies del oficial más antiguo. La enfermera soltó a Beatrice y comenzó a recoger su equipaje. Su rostro se endureció.

El Teniente Coronel, con sus ojos acuciosos, vio unos sobres insertos dentro de uno de los vestidos. Ladeó su cabeza y aguzó su mirada. Se agachó y los

tomó ante la mirada aterrada de la enfermera. Estaban sellados. Ella no salía de su asombro.

—Señorita Schlieben ¿Usted está en cuenta de la orden del *Reichsführer-SS* acerca de la prohibición de escribir cartas en este recinto?

—Sí —dijo tímida.

—Y estas cartas ¿son tuyas?

—No.

El oficial abrió, uno a uno, los sobres y leyó su contenido. Todas ellas contenían detalles íntimos de la villa y de Beatrice. Su rostro se enrojeció dentro de la esfera blanca de su cara. Miró a la mujer y, mostrándole una de las epístolas, le preguntó:

—¿Esta es su letra?

Titubeante, asintió y agregó:

—¡Lo es, pero yo no escribí eso!

—¡Abrid todas sus maletas! —ordenó.

En todas ellas encontraron nuevos sobres con cartas manuscritas. Contenían información acerca de las actividades que se realizaban en el lugar. Eran treinta en total. La vieja enfermera tenía un gesto de sorpresa y sumisión. No sabía qué sucedía.

—¡Arrestadla! —le dijo el oficial superior a uno de los guardias que permanecía a su lado. El efectivo la tomó de los hombros, la recostó contra el auto y colocó unos grilletes en sus muñecas.

—¡Escóltela hasta una de las habitaciones!

El soldado la llevó a trompicones. Ella, con su rostro lívido, no comprendía lo que sucedía. Antes de entrar a la casa, dijo:

—¡Esto es una trampa! ¡Un ardid! ¡Esas cartas no son mías!

Miró con los ojos enrojecidos a Annika, que permanecía imperturbable, luego gritó:

—¡Fue ella! ¡Fue ella! ¡Ella me tendió esta trampa!

—¡No sé de qué habla! —expresó Annika.

La enfermera, que había tomado a la niña, en sus brazos, la mecía. Su rostro reflejaba la misma sorpresa del resto de los efectivos presentes. El Teniente Coronel navegaba en el mar de la duda. Miró a Annika y le ordenó a uno de los efectivos:

—¡Registren su equipaje!

El efectivo registró las maletas de la espigada enfermera ante la vista del oficial. No encontraron nada sospechoso.

El oficial ordenó a ambas mujeres escribir su nombre en unas hojas. Comparó la letra con las cartas. La escritura de la vieja enfermera era idéntica a

la de las cartas.

El hombre se retiró a su oficina con el rostro enrojecido y el manojito de cartas en su mano. Annika fue llevada a la habitación de Beatrice donde permaneció junto a la pequeña. A los treinta minutos, unos oficiales de la Gestapo, vestidos de paisano, se presentaron. Una hora más tarde, se llevaron a la enfermera dentro de un auto.

El Teniente Coronel entró por la puerta de la habitación de Beatrice y le dijo a Annika:

—Por órdenes del *Reichsführer-SS* usted tomará el lugar de la enfermera Schlieben. Ya todo está listo para salir.

La joven alemana abordó el mercedes benz en compañía de Beatrice que dormitaba entre sus brazos. Mientras el vehículo salía de los terrenos de la villa, Annika no pudo evitar dejar escapar una sonrisa al recordar la cara de sorpresa de la enfermera al ver las cartas con su letra. Todas las misivas eran falsas. Annika las realizó esa madrugada. Había practicado por largo tiempo la escritura de la enfermera hasta que logró imitar, a la perfección, todos sus detalles. Las epístolas simulaban estar dirigidas a algún servicio de espionaje extranjero. Quizá su acción era injusta y exagerada, la pobre Schlieben jamás sabría qué sucedió. Le arrancarían las uñas, le extraerían todas sus muelas, lo sodomizarían y ella nunca sabría qué pasó. Annika estaba conteste de su acción injusta. Poco le importó. Una madre debe defender a su prole de todos y de todo. No hay injusticias ni acciones exageradas si Beatrice estaba en riesgo. La enfermera las quería separar y ella ya no era la hija de Eva, era su hija. La espigada alemana besó a la niña en la frente y le dijo:

—¡Nada ni nadie podrá separarnos!

El auto salió de la villa, dejando una estela de polvo en el camino.

El avión donde venía el regente de la iglesia católica se detuvo frente a la rampa especial del aeropuerto de Berlín Tegel a las nueve de la mañana. El capitán de la aeronave apagó los motores. El emblemático aparato lucía en su cola la bandera blanquiamarilla del Estado más pequeño del mundo. El vuelo arribó a tiempo. El Papa era muy puntual. «A Dios le gusta la puntualidad, hizo el universo en seis días y no sufrió un solo retraso», afirmaba.

La escalera portátil se acopló a la puerta delantera del avión. Esta se abrió desde su interior y salió un sobrecargo que unió los pernos de seguridad al fuselaje de la aeronave. Al momento, salieron otros dos empleados de la aerolínea y bajaron por las escalinatas. Una andanada de efectivos de seguridad se lanzó alrededor del avión como langostas en una cosecha de trigo. Los hombres que integraban la unidad de operaciones especiales, del ejército alemán, reflejaban en sus rostros la dureza de su entrenamiento militar. Todos ellos, incluyendo a las pocas mujeres que se distinguían, parecían bestias hambrientas a punto de lanzarse sobre cualquier amenaza que se cerniera.

El viento matutino de la capital alemana, suave y dulce, movía los cabellos del empleado de la aerolínea. Sin saberlo, era seguido por más de quinientos millones de espectadores, en ese momento. Abajo, al borde de las escaleras, se acumulaban las autoridades políticas y eclesiásticas de Alemania para dar la bienvenida al sumo Pontífice.

En las afueras del aeropuerto se juntaban los seguidores católicos que, apiñados en una tarima, enarbolaban las banderas del Vaticano y Alemania. Las ondeaban con frenesí. En sus pechos y en sus manos portaban abalorios, crucifijos, rosarios y escapularios que lo distinguían como seguidores de la fe cristiana. La muchedumbre sonreía y blandía cánticos dedicados a Jesús.

Los medios de comunicación mundial y de Europa también tenían cabida en el recibimiento del Vicario de Cristo. Un enjambre de camarógrafos, fotógrafos, operadores de cámaras y periodistas seguían con precisión todo el evento. Los periodistas se encontraban apilados en una tarima elevada que discurría cerca del pasillo de honor formado por cadetes de las escuelas militares. Los comunicadores reportaban el acontecimiento en vivo y con señal directa. Uno de ellos, de una cadena de televisión alemana, fue el más acertado en su descripción acerca de la histórica visita.

El hombre, cenceño y de grandes ojos azules, era un avezado profesional de

la comunicación. Especializado en el tema del Vaticano, cubría la fuente religiosa desde hace más de cinco lustros. Su lenguaje corporal era preciso y espontáneo, su verbo era ampuloso y envolvente. La amalgama equilibrada de estas características oratorias tenía atrapados a los televidentes que seguían, con avidez, la transmisión desde sus televisores.

“Como un ángel que baja del cielo, el avión que traslada a su Santidad, el Papa Marcos Mateo, ha aterrizado con suavidad en la pista principal del aeropuerto Tegel en Berlín.

El avión se desplaza con lentitud serena por el laberinto de flechas y rayas de la terminal aérea, mientras que una multitud de feligreses católicos, se ha agolpado en los alrededores del aeropuerto para darle la bienvenida al regente de la iglesia fundada por Jesús hace dos milenios. Los rostros de alegría y el jolgorio que se escucha en la tribuna dispuesta para el público y los alrededores del aeropuerto, reflejan la creencia inquebrantable e invicta del rebaño de las ovejas de Jesús. Es impresionante como la fe mueve montañas y aquí, en Berlín, personas llegadas desde todos los rincones de Alemania y del resto de Europa se han congregado para recibir al Sumo Pontífice.

El Papa Marcos Mateo, cuyo nombre de nacimiento es Edwin Pinilla, es el primer Papa colombiano y latinoamericano en la historia del catolicismo. Pinilla era el arzobispo de Bogotá cuando asistió al conclave y fue elegido Papa. Su escogencia como sumo pontífice ha impactado al mundo. Su energía y jovialidad contrasta con la figura longeva de su predecesor que ocupó las sandalias de Pedro por casi tres décadas. El nuevo Papa tiene la responsabilidad de dirigir, con mano férrea, la iglesia de Roma que se encuentra en una de las encrucijadas más significativas de su historia: seguir con sus viejas tradiciones o adaptarse al cambiante y vertiginoso mundo moderno.

De origen muy humilde, el actual Papa tuvo una actuación descollante en el proceso de pacificación de Colombia después del azote de la guerra de guerrillas por casi setenta años. Él mismo sufrió de niño, los embates y coletazos de este cruel conflicto. Su padre fue asesinado por la guerrilla, frente a sus propios ojos, cuando él tenía apenas, cinco años de edad. Este hecho marcó de manera significativa al pequeño Edwin que, lejos de tomar la espada de la venganza en sus manos, ofreció su vida a Dios al arribar a los dieciocho años.

Respetado y querido en su país, el Sumo Pontífice viajó a las selvas colombianas —al ascender al trono de Pedro— y se encontró con el guerrillero que asesinó a su padre. Este acontecimiento fue visto por todo el planeta. La imagen del viejo guerrillero, de rodillas y con el fusil en el piso, pidiendo perdón al Papa, dio la vuelta al mundo y ofreció un entremés de lo que sería el enérgico papado de este hombre nacido en el páramo de Tunja en la población de Boyacá.

Desde ese momento, el Papa Marcos Mateo se convirtió en una figura mediática que arrastra masas en todo el planeta, más allá de que las personas que lo siguen, profesen o no, la religión de Cristo.

Este hombre, llamado por sus acólitos, el Papa misericordioso, ha calado hondamente en la vida de todos los feligreses católicos. Sus decisiones han estado enmarcadas en la polémica y el asombro. Temas como la homosexualidad, la eutanasia, la pederastia de curas y obispos y la excomunión de los divorciados, entre otros, están entre las prioridades del Sumo Pontífice y levantan ronchas en la vieja curia romana, tan tradicional y obtusa. Son estos cambios, introducidos por el Papa Marcos Mateo, los que lo han colocado en el ojo del huracán mediático. La valentía de su verbo, lo convirtió en el centro de atención de grupos radicales de la Iglesia y de otra naturaleza.

La amenaza de una bomba en el Vaticano, descubierta por la Guardia Suiza hace menos de seis meses, es una de las tantas confabulaciones que ha tenido que soportar el Papa misericordioso en los dos años que lleva su periodo papal. «Dios siempre me protege», afirma el Vicario de Cristo, al ser consultado por sus fieles acerca de las intimidaciones que recibe a diario. Esa fe invicta de dejar todo en manos de Creador ha sido su baza de salvación. A ella se ha aferrado en todo momento y fue la razón principal por la que decidió venir a Berlín para canonizar a Karl Koller, el beato berlinés que ayudó a huir a cientos de judíos de las garras del nazismo, en la Segunda Guerra Mundial.

Muchos alemanes católicos apoyan esta medida del Vaticano, pero su próxima canonización ha revuelto las arenas del tiempo. Grupos radicales han manifestado su desacuerdo con la llevada a los altares de este germano, por su

pasado nazi. El beato integró las filas de las SS y utilizó su influencia para ayudar a muchos alemanes a huir de la Alemania de Hitler. Pero antes de que su mano salvara a centenares de personas, el hombre fue un implacable cazador de judíos que llevó a los campos de concentración a familias enteras. —Karl recibió el mismo llamado del apóstol Pablo en Chipre, quien era un perseguidor de cristianos y se convirtió en apóstol de Jesús por obra del Espíritu Santo — afirmó el Papa al ser interrogado de su polémica decisión. Estas afirmaciones teológicas convencieron a sus fieles, pero no a los grupos radicales alemanes que veían, en este nombramiento, una afrenta a la memoria de los hebreos martirizados por las hordas de Hitler. El dispositivo de seguridad es impresionante. La ciudad ha sido fortificada con un despliegue militar y policial que recuerda a la Berlín de los años treinta.

Los especialistas en el tema del Vaticano han afirmado que esta canonización obedece a razones políticas por encima de las religiosas. El Papa necesita aliados fuertes y prósperos en sus nuevas relaciones de Estado con la Unión Europea, y, Alemania, como líder de esta organización supranacional, es fundamental para sus aspiraciones. Además, es necesario borrar para siempre el halo de misterio que rodeó las relaciones del Vaticano con la Alemania de Hitler y que mejor escenario que la canonización del primer alemán con un pasado nazi.

El avión se detuvo con suavidad. Podemos observar como el piloto ha sacado por su ventanilla las banderas de Vaticano y Alemania. La escalera portátil fue colocada con destreza por el operador del aeropuerto y la puerta delantera del avión se abre con lentitud. Las caras de los feligreses exudan alegría y fe. No han importado las horas de frío y sol que han tenido que soportar para esperar este momento aquí, en Berlín.

Alrededor de la base de la escalera se reúnen las autoridades alemanas encabezadas por el Canciller. A su lado derecho, la conferencia episcopal alemana liderada por el Cardenal, arzobispo de Berlín, se apretuja entre sus sotanas y solideos.

Comienzan a asomarse, por la puerta del avión, algunos funcionarios del Estado del Vaticano y miembros de la comitiva que acompañan al Papa. Hacen lobby a la salida del regente de la Iglesia de Pedro. La mañana berlinesa parece haber sido tocada por alguna mano divina que pintó el cielo de un azul infinito que hace brillar el sol sobre todos los presentes.

El Papa sale y la multitud estalla en un jolgorio de aplausos y vítores que llenan al lugar de la música exquisita de la fe. Vestido con su impecable sotana blanca y el solideo del mismo color, el Papa Marcos Mateo saluda con su brazo derecho a todos los presentes. Un crucifijo de oro va colgado de su pecho. El

sumo pontífice santigua a todos y sonrío con una energía desbordante.

Su rostro, campechano y bronceado, refleja el mestizaje que borboteó de la unión del negro, el indio y el europeo en las tierras descubiertas por Cristóbal Colón hace más de cinco centurias. El Papa comienza a bajar las escaleras hasta pisar el suelo alemán. Se agacha y lo besa, costumbre muy suya para bendecir la tierra que visita.

El jefe del Estado del Vaticano saluda al Canciller y demás autoridades, que lo reciben con muestras de entusiasmo y deferencia. Detrás del Papa, baja también, el Cardenal Fabrizio Ranieri, prefecto de la congregación de la fe y otros altos jerarcas del Estado del Vaticano. Ranieri es un hombre de la entera confianza de Marcos Mateo y que, según las habladurías de la ciudad santa, maneja con mano de hierro los hilos del poder de Dios en la iglesia de Pedro. Es el poder detrás del poder.

El Papa Marcos Mateo tiene previsto los siguientes eventos: un almuerzo en la arquidiócesis de la ciudad con personalidades del mundo político, económico y eclesiástico, luego la visita al Reichstag. Y a las tres de la tarde, se realizará la canonización de Karl Koller en la catedral de Santa Eduvigis. Como último acto, se llevará a cabo una misa en el Mercedes Benz Arena a las siete de la noche...En estos momentos, el Papa y el Canciller alemán se dirigen al Pódium para iniciar los actos protocolares”.

Speer terminó de escuchar la narración del periodista alemán que transmitía en vivo la llegada del Santo Padre a Berlín. Rudolph no estaba en el aeropuerto, supervisando la seguridad papal, ni siquiera en su comando, dirigiendo el operativo, ni en su auto protocolar, verificando la ruta. El inspector, con la cara apocada, bebía un café amargo en las cercanías de *Alexanderplatz* mientras observaba, con sus ojos inyectados en sangre, la llegada del máximo representante de la iglesia católica. El café tenía el mismo sabor amargo del momento vivido hace dos horas. Recordó la desagradable situación que vivió en el comando policial.

El alcalde, con su voz chillona, casi femenina, le dijo a Speer:

—Inspector, tome asiento.

—No me sentaré, los verdaderos hombres hablan de pie y de frente. Lo que tenga que decirme, me lo dice parado.

Era la respuesta que el burgomaestre esperaba. Alguien obtuso como él no podría dar otra contestación. Vio a Speer desde su metro setenta centímetros, tragó saliva y luego, con un tono de voz impostada, dijo:

—¡Como usted quiera, inspector!

Speer permaneció impertérrito. El asistente cerró la puerta de la oficina y los tres visitantes se situaron delante del jefe de la policía. El alcalde tomó un

pañuelo perfumado y secó las gotas de sudor que bajaban por sus patillas. Lo guardó y con mirada esquivada, dijo:

—¿Otros seis policías muertos?... y tres prostitutas.

—Sí, fue un ataque perpetrado a traición. Una infamia.

—Y ¿Qué fue lo que sucedió en el hotel Titanic?

—Un ataque señor, no hubo lesionados, pero se llevaron secuestrados a una mujer.

—No hablo de eso, me refiero al sacerdote degollado anoche.

Speer apretó su mandíbula y luego dijo:

—Sí, señor, es así.

—Y ¿tiene algún sospechoso?

Speer llevó la mano izquierda a su boca, carraspeó y luego agregó.

—Todo apunta a que fue el asesino internacional llamado el Serafín, como le comenté hace días, el mismo hombre que mató a mis cuatro policías y que presuntamente asesinó a Gebauer.

Los ojos del alcalde se movían en todas las direcciones. De vez en cuando, se centraban en su interlocutor, pero nunca lo miraba con fijeza. Sus pupilas eran correloñas y no podían ver los ojos acerados de su subordinado.

—Rudolph Speer, los acontecimientos sucedidos en la ciudad, en las últimas noventa y seis horas, han puesto en entredicho la eficiencia de la policía de Berlín.

El hombre miró el techo y el piso, rebuscando las palabras adecuadas para hablar. Sus frases no encontraron eco en el inspector que lo miraba con fijeza. Sabía que ruta tomaba el discursillo del carirraído burgomaestre. Éste siguió con su facundia barata.

—Diez policías muertos, tres prostitutas asesinadas y un sacerdote degollado es un saldo demasiado alto para Berlín, en especial si sucede en vísperas de la visita del Papa. El gobierno central está alarmado. Creen que la seguridad del sumo Pontífice está en peligro y no podemos permitirnos ningún evento lamentable a pocas horas de su llegada. Ante estos hechos lamentables, los altos jefes del gobierno piden la cabeza de alguien, inspector... todo apunta a su ineptitud al frente de la seguridad de la ciudad. Hasta su mismísimo cuartel general fue atacado.

La cara de Speer no emanaba ninguna emoción. El hombre cruzó los dedos de sus manos y lanzó la perla:

—Por el bienestar de la ciudad y el de sus ciudadanos, he decidido “suspenderlo” temporalmente de sus funciones.

Speer, que se había contenido hasta ese momento, dijo:

—Usted no puede hacer eso maldito, necesita una autorización del

Parlamento.

—Sí puedo —farfulló. Esta vez sí lo miró a los ojos. Sacó del bolsillo de su saco una hoja y la colocó en el escritorio del inspector —aquí tiene su “suspensión”. La destitución es potestad del Parlamento, pero yo puedo suspenderlo hasta por un mes y eso, inspector, es lo que estoy haciendo. El Comisionado de Seguridad asumirá su cargo.

Rudolph Speer quería borrar de un solo golpe la sonrisita socarrona del alcalde, pero la imagen de su hija —quien le pidió que jamás golpeará a un hombre, solo en defensa propia —detuvo su puño derecho que ya comenzaba a cerrarse. Tragó saliva, aspiró aire y luego colocó sobre el escritorio su arma y su placa.

—¡Está cometiendo un error, idiota. No puede usted descabezar un cuerpo policial en plena visita del Papa y en el medio de una investigación!

—El error es no haberlo hecho antes. Usted está enchapado a la antigua. Ya no sirve para este trabajo.

—¡Imbécil!, usted no sabe nada de seguridad. Su interés es político y solo le importan los votos y su reelección. ¡Le sabe a mierda los muertos! Yo estoy detrás de un asesino internacional que jamás ha sido atrapado. Destituirme agravará el problema y traerá confusión y desmoralización en el cuerpo policial —expresó Speer, inclinando su tronco hacia adelante.

—Salga del comando —dijo el nuevo jefe policial, dando un paso hacia adelante y tratando de ponerse entre ambos.

—¡Sácame tú mismo, pendejo! Si me tocas, te mandaré al dentista a cambiarte los dientes.

El nuevo jefe policial retrocedió, instintivamente. El inspector salió de la oficina, empujando con su brazo al alcalde que se desbalanceó. Dejó el cuartel general como un energúmeno.

Speer volvió a beber otro trago del café amargo. Intentaba deshacer los recuerdos agrios de la peor humillación recibida en su intachable carrera policial. El café le sabía a hiel. Sentía como la alta temperatura de la infusión quemaba sus papilas gustativas y sus labios. Malparido alcalde afeminado, esperaste mi momento más vulnerable para suspenderme, justo cuando la ciudad más necesita ser protegida y los rufianes de Dubront andan sueltos, haciendo de las suyas. Antonella está secuestrada por quien sabe qué diablos y el diario privado de Himmler está en las manos equivocadas.

La policía era su vida, no sabía hacer otra cosa que no fuera apresar a delincuentes y proteger a los inocentes. Era el momento más inextricable de su dilatada carrera policial. Rudolph bebió el resto del café que quedaba en la taza, apoyando los codos en la mesa, cruzó sus manos encima de su boca y decidió

llamar a la única persona en quien confiaba, su secretaria Dafne, la compañera de mil batallas. Marcó el número telefónico, al primer repique atendieron.

—¡Inspector!

—Dafne ¿Puedes hablar?

—Sí, inspector, lamento mucho lo que sucedió. Es una injusticia. El idiota que pusieron en su cargo está en el aeropuerto relamiendo los zapatos del alcalde. Quiere ganar indulgencia con escapulario ajeno. Aquí, en el comando, todos estamos consternados con la muerte de los funcionarios y su destitución, aunque el comisionado dijo que era temporal. Sé que lo hizo para calmar los ánimos de los policías, pero ellos están en desacuerdo con esa medida política. El lameculos del alcalde solo quiere quedar bien ante la opinión pública.

—Gracias por tu apoyo Dafne, pero no hay tiempo para lamentos, necesito un favor tuyo.

—Lo que usted pida, inspector.

—Estoy seguro que algo grande sucederá, algo que está fuera de todo contexto y del alcance de la policía de Berlín. Solo puedo confiar en ti y creo que tú me puedes ayudar. Yo investigaré hasta llegar al fondo de todo este asunto.

—Sé que lo hará, jefe.

—Dafne, me encuentro en *Alexanderplatz*. Aún tengo acceso al sistema de información policial, te daré mi clave para que verifiques si aún estoy en línea.

—Sí, claro, inspector.

—Hazlo desde el servidor que se encuentra en el depósito, si lo haces desde la tuya, sabrán que fuiste tú.

—Sí, inspector, no se preocupe. Yo seré vieja, pero no tonta.

—Mi clave es *Genny23er2345*.

—La tengo. Verifico *Genny23er2345*.

—Correcto. Si tienes acceso, necesito que investigues todo acerca de Frida Bruni, la francesa que fue arrestada ayer en el río Spree.

—Okey, no hay problema. ¿Necesita algo más?

—Sí, necesito que investigues los fondos de un número de cuenta bancario que conseguí en la agenda de Gebauer y por favor, consígueme un radio. Necesito saber todos los movimientos de mi policía. Quiero protegerlos a todos y sé que el inepto que acaban de colocar solo quiere tomarse fotografías mientras que el Papa se encuentra en Berlín y decir que todo está bien. Cuando tengas todos los recaudos me llamas y encontraré la forma de qué me lo hagas llegar.

—Perfecto, lo haré.

—Gracias, Dafne, por tu lealtad.

—Inspector usted es un buen hombre, es un poco gruñón, pero es un gran

jefe.

Ambos soltaron una risita que fue escuchada por el otro. La llamada se cortó. Speer se jugaría el todo por el todo. Intentaría resolver el caso más difícil que jamás tuvo entre manos, pero no la tenía fácil. Sin su arma, sus efectivos, ni los recursos y con el tiempo en contra, debía darse prisa y utilizar toda su sapiencia. Se encontraba entre la espada y la pared, y él escogió ir hacia adelante, aunque esto significase cortarse con el filoso hierro del destino.

El líder de los Protectores estaba en Berlín, en compañía de su sempiterno asistente, Phillippe. Cada palabra del Comendador, cada ademán, cada mirada del líder de los Protectores era atajada por ese físel hombre que se anteceda a sus deseos. Ambos iban en un mercedes benz que lo trasladaría hacia su destino en el centro de Berlín. El Comendador iba con su ceja izquierda levantada y el ceño fruncido. Su vista se perdía en un documento que llevaba en su mano, lo leía y releía con avidez. Su asistente, sentado a su lado, guardaba silencio. Jamás le dirigía la palabra si el Comendador no se lo pedía. Entregó el documento a su ayudante que los guardó en el portafolio de cuero que llevaba consigo.

—Necesito que vayas a donde te dije.

—Sí, su excelencia. Así lo haré.

—Hemos esperado mucho por este momento y debemos hacerlo bien.

—No fallaremos señor. Todo ha salido a la perfección, su plan es infalible.

—¿Arthur Dubront está aquí?

—Sí, señor, llegó anoche.

El Comendador suspiró. Expelió de sus adentros su gran preocupación, intentado alejarla un poco de él. Pero no podía, la sensación de alivio no llegaba. Su nerviosismo borboteaba en forma de un sudor frío. Su vida se atomizaba al momento que viviría.

Miró su reloj. Faltaban pocas horas para el gran acontecimiento.

—Todo saldrá bien su excelencia —expresó con sutileza su asistente.

El Comendador no respondió.

—La providencia lo ha seleccionado a usted para llevar a cabo esta empresa. Usted y solo usted puede ejecutarla. Todo lo que ha sucedido hasta ahora ha sido producto de su trabajo y esfuerzo. El resultado será el esperado. Cuando se ha trabajado tanto, el éxito es el único camino posible.

El Comendador no respondió, pero su cara agreste se distendió un poco. Su asistente tenía razón. El Vicario de Cristo reconocería su gran aporte a la iglesia católica. Tanta espera por fin daría su fruto. La providencia actuaba para que él

se encontrara en vísperas del momento más importante de su vida, pero el gran baluarte en todo este camino fue su padre. Su imagen voló en su mente, su sonrisa ladina, sus ojos profundos, su piel nívea. A él le debía todo, él era su inspiración y hoy, su nombre sería redimido.

Los ojos de Antonella se entreabrían y cerraban como grandes persianas. Sus ojos claros no podían ver bien en la penumbra. Sus pupilas fueron adaptándose a la oscuridad espesa del cuarto somnoliento. Su olfato, el más desarrollado de sus sentidos, detectó la humedad presente. Olía a viejo, a rancio. No tenía idea de qué hora era, ni donde se encontraba. El sentimiento gélido de la incertidumbre asaeteaba su corazón.

¿Estoy dormida? ¿Dónde estoy? Sus manos palparon donde se apoyaba. Sus dedos sintieron la suavidad de una cama. Intentó subir la cabeza y sintió un dolor agudo en el cuello. Lo tocó y se percató de su hinchazón. Sus retinas se adaptaron a la poca iluminación reinante. Pudo ver un hilo de luz que salía de una hendidura del techo y hería la oscuridad, pintando en la pared, un pequeño punto blanco.

Sus pensamientos se ordenaron, de a poco. El olor alcalino del humo lanzado para su captura, aún lo tenía presente en sus ropajes. La expectativa de encontrarse con el asesino de Mario, que volvió para finalizar su trabajo, se pintó en su mente. —« ¡No puede ser, ha vuelto por mí! », pensó en aquel momento—. El sonido seco del crujido de la puerta de su habitación, al restallar, golpeó su entendimiento. La figura difusa de su atacante, entrando con un arma, la congeló. El silbido de la aguja hipodérmica disparada y el ardor producido en el cuello eran las últimas remembranzas de esa madrugada.

Y todo por un sueño, por su capacidad única de ver el futuro. Esta era la primera vez que se involucraba en tratar de interpretar sus imágenes oníricas antes de que estas sucedieran y los resultados eran catastróficos. Su amigo fue asesinado delante de sus ojos, permanecía secuestrada y no tenía idea de cómo salir de allí. Pensó en su hermosa Roma, la ciudad eterna; en su rutina diaria de tranquilidad y sosiego, en sus clases en la Universidad, en sus paseos por la *Piazza del Popolo*, en la culminación de su próximo libro y en el sabor del café que bebía en su ventana, todas las noches. Pero esos recuerdos agradables se esfumaron en la oscuridad reinante que le cacheteó el entendimiento.

Se sentó en la cama con dificultad. Respiró el aire húmedo, agrio y vetusto. El silencio era absoluto. Se sintió mareada, aspiró con fuerza hasta que sus pulmones se acostumbraron al ambiente enrarecido de su prisión. ¿Cuántas

veces había descrito en sus libros, el presidio y la prisión de miles de hombres y mujeres? ¡Qué irónica es la vida! Cruzaron por su mente, como un destello, las imágenes de los judíos apresados en los campos de concentración, los presos desahuciados de la inquisición antes de ir al patíbulo, y las almas perdidas del purgatorio y el infierno de Dante. Deben sentir esto, es estar muerto en vida. Ahora sé lo que es la desesperanza.

Se puso de pie y tocó las paredes frías. Fue hasta una de las ventanas trabadas y no pudo abrirla. Caminó hasta la puerta e intentó hacer lo mismo, pero fue imposible. Volvió a tientas hasta la cama donde se sentó. Sintiendo una gran angustia por la oscuridad que la rodeaba, reflexionó: ¿Para qué me quieren? No lo sé. No tengo idea, pero hay una certeza en todo esto. Me necesitan viva, de no ser así, ya estuviese muerta.

En el muro de silencio donde se encontraba, el sonido inerte y blanquecino de la nada rompía sus tímpanos. Su situación era terrible. Estar secuestrada, privada de su libertad y sin la certeza de saber qué podría suceder, la atormentaba. Su garganta se anudó. Sus ojos le ardieron y se humedecieron. Se sentía sola e indefensa. Un pensamiento rodó por su cabeza, era una idea que ella trataba de apartar de su vida. Era la daga amarga del arrepentimiento.

Sintió que no debió haber llamado a su amigo Mario. Si no lo hubiese hecho, quizá, no estaría en esta situación angustiante que vivía. Aspiró aire y se calmó un poco. Confió, de nuevo, en los designios de su corazón. «Dios te lleva a caminos donde la gracia de su espíritu te toca», era un axioma inquebrantable de su vida.

Antonella era una mujer creyente y su devoción hacia un Ser Supremo marcaba su toma de decisiones. Por eso temía arrepentirse de una decisión tomada o un camino no transitado; para ella, Dios permanecía en su vida y dejaba su derrotero a su gracia y sus designios. Si era voluntad del Creador que ella estuviese allí encerrada, lo aceptaba.

Se preguntó si el sacerdote holandés habría llegado a Berlín. De ser así, estaría buscándola. Era su única esperanza, él y quizá el policía ¿Cuál era su nombre?... Rudolph... Rudolph Speer. Si era un hombre de palabra, estaría tras su pista. Parecía alguien decente.

Antonella se sentó y miró la resolana que alanceaba la oscuridad. Es como un destello de esperanza que me manda Dios. No perderé la fe. Estoy aquí por algo y lucharé hasta que logre prevenir el mal que se avecina. Recordó las palabras de Mario. «En momentos de dudas y desesperanza, ora de rodillas, Dios pondrá sus ojos en ti». La italiana se arrodilló, unió sus manos y, mirando con fijeza el halo de luz que interrumpía la oscuridad absoluta, oró a su Dios como nunca antes lo había hecho en su vida.

Mientras movía sus labios y sentía el eco de sus oraciones en su cabeza, escuchó como la puerta se abrió y un baño de luz iluminó la habitación. Sus pupilas, desacostumbradas a la intensa luz, se encandilaron. Tapó sus ojos con sus manos e intentó acomodarlos a la iluminación solar. La figura difusa de un hombre surgió en el tapiz de luz del marco de la puerta. Antonella intentaba ver su rostro que, de a poco, se aclaró.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó.

Antonella se asustó. Intentó ponerse de pie, pero fue demasiado tarde. El hombre entró en la habitación y colocó un pañuelo impregnado de cloroformo en las vías respiratorias de la italiana que no tuvo tiempo de luchar. Sus intensos ojos aguamarina volvieron a cerrarse.

La puerta se abrió. La mujer entró y se detuvo en su umbral como una imagen fantasmagórica que emergía del más allá. Su tamaño diminuto y su estampa macilenta fueron reconocidos por Frida. Vestida igual que la noche anterior, la francesa distinguió la mirada frívola de Cosette. La ira espoleó su ánimo. Sus escleróticas se inyectaron de sangre y su garganta emitió un sonido gutural que se ahogó en la mordaza que apretujaba sus labios. Intentó mover sus manos, pero las cuerdas que las sujetaban, detrás de su espalda, hicieron la presión debida para que permanecieran en su lugar. Su pecho se agitó en movimientos espasmódicos que aumentaron su frecuencia cardíaca. Intentó levantarse de un solo impulso, pero no pudo, estuvo a punto de perder el equilibrio. Sus tobillos fueron atados con la misma presión que sus muñecas. Sentada y amarrada, estaba a merced de su secuestradora. « Cosette ¿Realmente te llamarás así? Tienes el nombre de la heroína de Víctor Hugo, de la niña de sentimientos puros que Jean Valjean juró defender son su vida. La pequeña Cosette de los Miserables había inspirado a generaciones de personas para luchar por la libertad y la justicia... y esta perra, esta maldita, se llama así. ¡A la mierda Cosette! ». Pensó Frida con toda la fuerza del volcán de sentimientos que llevaba dentro de ella.

El claroscuro que adornaba las paredes y la pequeña mesa que se recostaba tristona en una esquina, desaparecieron. Para Frida el momento era ella, la pequeña mujer de mirada gatuna. Cosette miró a la francesa con un dejo de piedad. Las pupilas de Frida parecían dos géiseres a punto de hacer erupción. La diminuta fémina apartó sus ojos de la protectora y, tomando la aldaba de la puerta con sus dedos huesudos, la cerró con lentitud. La francesa escuchó el crujir de la cerradura como el ladrido ahogado de una bestia en el bosque.

Cosette atravesó el cuarto ante los quejidos de su prisionera. Abrió la

persiana de la ventana y la luz filosa hirió la penumbra que besaba el piso. La protectora tomó una silla situada a un lado de la francesa. La arrastró hasta colocarla al frente de ella. Se sentó con lentitud como lo hace alguien que tiene el control de todo. Los ojos afilados de Frida querían romper las pieles de la pequeña Cosette que se levantó y fue hasta la mesa, sirvió un vaso de agua con una pajilla. Regresó y se sentó de nuevo. Colocó el vaso en el piso y llevó sus manos a la venda raída que apretujaba su boca. Sintió la tibia respiración de la prisionera en sus dedos. Con delicadeza, bajó la mordaza hasta retirarla a plenitud. Frida sintió un alivio, intentó mojar su boca con su lengua.

—¡Bebe! —dijo imperiosa, llevándole la pajilla a sus labios.

Frida quiso escupirla, pero no tenía saliva. Deseó reclamarle mil cosas a Cosette, pero su garganta ardía. La mezcla del triclorometano con el sabor alcalino de las partículas de la granada de humo, lanzada en la celda, y una deshidratación empecinada, hacían que su laringe emitiera llamaradas que le impedían concentrarse en otra cosa que no fuera beber el vital líquido. Abrió sus labios y succionó el agua fría.

—Lamento que pases por todo esto, pero es necesario.

Frida reptó su mirada desde sus cabellos hasta sus pies y expelió un suspiro.

—Nuestro hombre tenía indicaciones de no hacerte daño, pero te negaste a colaborar. Tuvo que dormirte con éter. Lamento que hayas pasado por esa experiencia otra vez. El sabor amargo que deja el somnífero es desagradable.

Frida oía las palabras de Cosette como un feligrés que sigue la homilía de un sacerdote en el púlpito. La pequeña protectora sentía las navajas amoladas de los ojos de la francesa que seguían sus movimientos. A pesar de haber sido amarrada de manos y pies, la determinación en su rostro iracundo heló el corazón de Cosette. La pequeña sabía de qué era capaz esa mujer, de sus habilidades y su determinación acerada. Era como tener un gran tigre de Bengala atado con una cinta plástica. La bestia podía desatarse y saltarle encima.

—Debes estar tranquila, no te queremos hacer daño —dijo con la voz ahogada.

Frida, algo ya recuperada de la deshidratación, no se contuvo esta vez.

—Entiendo que soy una invitada. Con las manos y pies atados, pero invitada al fin —expresó irónica.

—Como tú quieras tomarlo Frida, te aseguro que no te queremos hacer daño. Por el contrario, tienes un valor superlativo para nosotros.

La francesa blandió un ademán de sorpresa y resignación, al voltear los ojos y torcer la boca. Con su cara aguzada, inquirió:

—Y te puedo preguntar ¿Quiénes son ustedes? Me hablas en plural.

—No te diré más nada. Eres una mujer muy habilidosa y audaz, tanto, que

siempre tuve miedo de acercarme a ti. Sería muy difícil engañarte y tomarte el pelo. Tuve que hacer uno de mis mejores trabajos.

—¿Quién eres en realidad, Cosette? De lo que me has contado ¿Qué es verdad y qué es mentira? ¿Acaso tu nombre es real?

—Sí, me llamo Cosette —expresó con voz meliflua.

—¿Eres una protectora o un vil y vulgar fraude?

Cosette cruzó las piernas y respondió con énfasis:

—Soy una protectora hasta los tuétanos, pero... no defiendo lo que tú defiendes, voy más allá, estoy por encima de ti y de todos aquellos que traicionaron los ideales más sublimes de la iglesia antigua.

—Eres una canalla. Jean Pierre me lo advirtió. La orden fue infiltrada por una horda de seguidores del demonio. Eres integrante de los discípulos.

El rostro duro y la piel aceitunada se distendieron, sus ojos brillaron, una sonrisa se dibujó en sus labios. Su voz se aterciopeló, al decir:

—Lo soy, pero no sigo al demonio, ese es un término horrible que le dieron en la iglesia. Él ha sido humillado y vilipendiado a lo largo de los siglos. Yo sigo al príncipe verdadero, al heredero legítimo del reino de los cielos. A la luz verdadera y eterna, a Lucifer.

—Apóstata —farfulló Frida.

La voz de Cosette se quebró.

—No tienes idea de lo hermoso que es el príncipe heredero. Él nos dará una nueva era, una nueva tierra y un nuevo cielo. Frida, como me gustaría enseñarte todo lo que él me ha mostrado en este tiempo. Soy otra persona desde el momento que me entregué en sus brazos. ¡Frida, cuanto desearía que pudieras ver todo lo maravilloso de su obra y el alcance de su poder!

La francesa sentía náuseas, pero también un terror que le hizo centellear los dientes. El brillo de los ojos de esa mujer y la vehemencia de sus palabras, le indicó que no mentía, no tenía necesidad de hacerlo. Reconoció en ella, a una verdadera fanática del mal, a una feligresa del demonio. Cosette era una seguidora del Diablo, una sindicada del averno.

—Jamás me uniré a ustedes. Nunca adoraré al hacedor de maldad. Al príncipe de mentira. Al enemigo jurado de la humanidad —dijo con determinación en cada palabra y en cada pausa.

Cosette que parecía aletargada, borroneó su rostro de embelesamiento. Miró con fijeza a Frida y le expresó con frenesí:

—Tu camino está atado al nuestro y eso no lo puedes evitar. Tu destino fue escrito con sangre y fuego en el momento mismo de tu concepción.

Frida no entendía de qué hablaba la pequeña mujer. De lo que si tenía pleno convencimiento era de su fanatismo maledicente. Cosette mataría y moriría por

lo que creía.

—¿Dónde estoy?

—Estás donde debes estar. Pero lo importante no es el dónde, es el cuándo. Te puedo decir que estás en el momento correcto en el lugar indicado.

—¿Estoy en Berlín?

—Estás donde está nuestro altar. Si lo quieres llamar con ese nombre... está bien. Estás en Berlín, aún.

Frida no comprendía la semántica de Cosette. Pensó que deliraba o que el lodo donde se embarrialaba, era más denso y profundo de lo que pensaba. La pequeña continuó con su perorata.

—Si no hubiese sido por ti, jamás hubiésemos llegado hasta aquí. Y es por ti que daremos el paso final esta noche, el que permitirá la subida del señor.

—¿Te has vuelto loca?

Cosette hablaba, incesantemente, como si no escuchará las palabras de Frida.

—Uno y cada uno de los pasos que tuvieron que suceder para que llegara este momento, fue planificado por él. ¡Qué grande es!!Cuanta sabiduría! Tú, Frida, estás aquí porque nuestro señor lo planificó de ese modo.

La mirada de Frida se oscureció, al inquirir:

—¿Ustedes mataron a Jean Pierre?

Cosette espetó con simpleza:

—La sangre de algunos infieles barnizaron el camino que hoy está a punto de culminar. Jean Pierre era parte de ello. Desde el principio fue así. Él estuvo a punto de descubrir nuestros planes y de arruinarlo todo. Debía morir.

Los ojos de Frida se humedecieron hasta que un hilo de lágrimas rodó por sus pómulos niveos. La rabia, el dolor y la impotencia emanaron de sus glándulas lacrimales. Con voz ígnea, dijo:

—¡Jamás se saldrán con la suya! No sé qué quieren, pero tengan la certeza que tendrán que matarme. El Comendador no permitirá que esto suceda, si la orden está infiltrada, él hará todo lo que esté a su alcance para que el mal no surja. Habrán otros Protectores que defenderán el legado de nuestros antepasados.

Cosette calló. En ese preciso instante se escuchó el repique de un teléfono. La mujer se levantó y salió de la habitación. Frida se quedó viendo la puerta. A pesar de haber escapado de las garras de Arthur Dubront, uno de los hombres más poderosos del mundo, y de haber solventado situaciones más difíciles, esta vez no la tenía fácil. Los protectores, la orden que militaba, la mantenían secuestrada. Su esperanza se basaba en salir de allí y encontrarse con el Comendador. Él solo podría ayudarla, no confiaría en nadie más.

—Buenos días, Frida —expresó una voz masculina.

Frida la reconoció, era el ayudante del Comendador, Phillippe que había visto en las cercanías de *Sacré Coeur*. El saludo del ayudante derrumbó sus esperanzas con la misma fuerza que Sansón tiró de las columnas del templo de Gaza. «Mierda» fue el único pensamiento que navegó por la mente de Frida.

Se sentó en la silla. Iba vestido de negro. Su rostro era distinto al que vio en las cercanías de *Sacré Coeur*. Sus cejas eran pobladas y se unían encima de la nariz. Su nariz respingona sobresalía de su rostro lívido. Su frente era pequeña, sus ojos eran negros al igual que sus cabellos, aunque algunas canas se insertaban dentro de sus patillas. Tenía un rasgo hispano.

—¿Estás sorprendida? —Inquirió. Ante su negativa a contestar, él continuó —Sé que es así. Tu cabeza debe ser un tornado de ideas que no tienen asidero. No debe ser fácil para ti, mi bella protectora.

Frida no sabía qué responder, qué decir. Los cimientos de su vida eran removidos. Si el Comendador era parte de esta gran confabulación, sus probabilidades de salir bien librada, eran escasas.

—No estarías amarrada de no ser porque te conocemos. Sé que intentarás huir a la menor oportunidad.

—¿Es usted un degenerado hijo de puta! ¡Usted también está con ellos! ¿Qué quieren de mí?

El hombre carraspeó y luego dijo:

—Trajiste de vuelta los códigos que son tan importantes para nosotros. Sabíamos que solo tú podrías arrancarlo de la mano de una persona como Dubront. Y luego encontraste el diario privado de Himmler. Pero te necesitamos para lo más importante.

—¿Cómo puede usted, un hombre que juró dar su vida en defensa de los valores de la iglesia, convertirse en su enemigo, en un apóstata de sus más profundas enseñanzas, en un vil y vulgar fraude?

—No somos un fraude, somos la verdad más pura y liberadora que existe. Quizá no lo comprendas en este momento, pero más tarde lo entenderás. Cuando la gracia de nuestro príncipe te toque, este momento de duda e incertidumbre dará paso a un sentimiento de paz y grandeza.

—¡Jamás seré una de ustedes!

—No puedes evitarlo, lo llevas en tu sangre, en tu alma, en cada célula de tu ser. Para eso naciste.

Los ojos de la mujer se convirtieron en saetas filosas que querían atravesar al felón ayudante del Comendador.

—¿Qué quieren de mí? —volvió a preguntar.

—Más tarde, en el altar, lo sabrás. Tus preguntas serán respondidas. Por los

momentos, serás nuestra invitada de honor. Cosette te proporcionará todas las comodidades posibles.

—¡Maldito! —dijo con los ojos pedregosos. Luego agregó:

—Dígame algo ¿El Comendador está metido en esto?

El hombre peinó sus cejas con ambas manos, inclinó el tronco hacia adelante y espetó:

—Digamos que... el Comendador dejará de existir dentro de poco.

«Quieren matar al Comendador» fue el pensamiento que cruzó por el razonamiento de Frida. Sus ojos se afilaron. Debía escapar de allí y buscarlo. Era su única esperanza de acabar con estos dos felones.

Un chasquido y un golpe seco se escucharon afuera de la habitación. Cosette miró a Phillippe que consternado, dijo:

—Date prisa, duérmela, no hay tiempo que perder. Hay que salir de aquí pronto.

Cosette se acercó a Frida y sacó de su bolsillo una inyectadora que contenía un líquido viscoso y amarillento. Destapó su aguja y buscó el cuello desnudo de la francesa. Ella intentó zafarse y moverse para evitar que la inyectara, pero era inevitable. Sintió un pinchazo en su cuello. Cosette miró como los ojos púrpuras de Frida se cerraban y su cuello perdía estabilidad. Se desmayó, al instante.

Arthur Dubront entró por la puerta corroída y ruin. Se encontró con Richard Chastain. Apenas lo miró. El magnate se encontró con una pequeña sala, vestida de muebles y cuadros de mal gusto que daba la sensación de haberse congelado en el tiempo durante la década de los sesenta. El olor ajado de las paredes y los muebles se incrustaron en sus membranas pituitarias. La luz solar discurría tímida por las ventanas. El paisaje de grandes bloques de edificios, alrededor, dibujaba el paisaje citadino del Berlín oriental, ese que fue diseñado por los soviéticos en plena guerra fría. A pesar de haber pasado más de cinco lustros desde la reunificación de Alemania, la impronta indeleble de los comunistas vivía en el aire enrarecido de la ciudad.

Dubront se atajó. Al ver la habitación, una avalancha de recuerdos rodaron por los barrancos de su memoria, eran remembranzas que, como piedras gigantes, dejaron un ruido estruendoso en las silentes paredes de su juventud. Sin darse cuenta y con un movimiento instintivo, tocó la cicatriz de su cara. No se percató que era la primera vez, en los últimos cincuenta años, que lo hacía a una hora que no fuese las tres de la tarde. Retomó la compostura y miró a su jefe de seguridad. Su cabello bermejo contrastaba con su piel nívea. Las pecas alrededor de sus pómulos y sus manos denotaban una piel que comenzaba a notar el ascenso a la quinta década de vida. Chastain vestía un traje negro.

Vio a su jefe con denuedo y el rostro agestado. Tenía en sus manos el pendón del triunfo. Cumplió su misión.

—¿Dónde está? —precisó sin cortapisa el magnate.

—Adentro, en una habitación.

—¿Aún continua sedada?

—Sí, señor. Despertará en dos horas, a más tardar.

—Quiero verla —dijo imperioso.

Chastain guió a Dubront por un pasillo y llegaron a una puerta de madera lustrada de años. Quitó dos candados que mordían las aldabas y luego abrió la cerradura de dos tirones. La luz solar entró en el cuarto oscuro y permitió ver en la penumbra, el cuerpo inerte de una mujer que reposaba encima de una cama. Dubront pasó. Ordenó a Chastain encender la linterna. Le indicó que alumbrase su cara. Dubront se sentó en el borde de la cama y la auscultó con sus ojos acuciosos. Era el rostro de Frida Bruni. Expelió un suspiro. Mr. D fue hasta sus pies y quitó ambas sandalias. Miró la planta de sus pies. Sus cejas se enarcaron, sus ojos se redondearon y una sonrisa diminuta y tímida se asomó en sus labios.

—Te encontré —Expresó con voz triunfante.

Volvió a colocar sus zapatos y luego le dijo a Chastain.

—Colócale el suero que te indiqué.

—Sí, señor. ¿Cuánto tiempo permanecerá aquí?

—El que sea necesario. No debe salir de aquí. Espera mis órdenes.

—Entiendo, señor.

—Debes ser muy cuidadoso. No debe salir de aquí hasta que te dé indicaciones, te repito. Es una premisa que se debe cumplir. Yo te llamaré.

—Comprendo, Mr. D.

El viejo se puso de pie, acomodó su traje, estiró sus ropas y ajustó el nudo de su corbata. Luego, salió por el pasillo hacia la pequeña sala. Su jefe de seguridad lo siguió. Antes de salir por la puerta principal hacia el exterior le dijo a Chastain, sin aspavientos:

—¡Mátala, si intenta huir!

Speer se sentía vulnerable. No cargaba su arma de fuego, ni tenía a su alrededor a algún policía a quién darle una orden, su teléfono móvil dejó de repicar y no recibió más mensajes de texto. Era un ciudadano más, un berlinés como cualquier otro. Esta situación inédita cacheteó su entendimiento. Habitado a ser policía, Rudolph se acostumbró a estar por encima de la sociedad y no dentro de ella. La investidura de su cargo le permitió palpar las amenazas que se cernían sobre Berlín, pero ahora, al estar dentro de la sociedad de nuevo, miraba los peligros de cerca y se sentía endeble.

Rudolph se introdujo en el metro de Berlín. Tenía casi cinco años que no lo hacía. Se sintió un poco extraño. La sensación de encontrarse tan cerca de las personas que defendía de la delincuencia, lo turbó.

Sentado en su asiento, se percató de que cada uno de los crímenes que le tocó enfrentar, dejó una huella en su alma, al igual que el látigo del amo esculpe una impronta indeleble en la piel desnuda de un esclavo rebelde. Estar tan cerca de la maldad erosionó su tolerancia hacia el género humano. Veía a los ciudadanos, que lo acompañaban en el metro, como sospechosos de cualquier delito. Era una sensación desagradable.

A pesar de haber entregado su arma y su placa, Speer seguía siendo un agente policial de pura cepa. «Siempre serás un policía» le decía su exesposa. Rudolph endilgó a su hogar, las virutas envenenadas de su profesión. Esa fue la razón principal de su divorcio. La vida cuartelaría afectó su familia. Cuando se percató de su error, era demasiado tarde.

Sentado en un rincón del vagón, miraba a las personas que, despreocupadas, se agolpaban en su interior. No tenía tiempo ni humor para preocuparse por el burgomaestre mariposón, de eso se ocuparía después de resolver el caso. Debía llegar al fondo de este asunto. Y creía que tenía una buena pista.

Revisando la agenda de Gebauer, con minuciosidad, se percató de muchos aspectos interesantes y comprometedores. Otto era un hombre muy desordenado y desdeñoso. Su agenda era un fiel reflejo de su trabajo y forma de vida. Las palabras que escribía no tenían sentido, las frases no hilvanaban un orden cronológico ni se aferraban a un asidero razonable. Otto era un cazador de fortunas, un investigador privado de poca monta que, según sus escritos, estuvo detrás del diario privado de Himmler por más de tres años. De algún modo, lo encontró, pero no especificó de qué forma lo hizo. Su libreta era un verdadero desorden. Pero aun así, entre tanto desbarajuste manuscrito, algunos datos eran

de interés.

En las últimas páginas de su agenda, el occiso precisó que el diario de Himmler tenía un comprador probable y necesitaba encontrarse con él. Más adelante señalaba, la hora y el lugar donde se efectuaría la reunión. *Alexanderplatz*, a las siete de la noche. Pero el dato más relevante era el nombre del comprador: Richard Chastain, el jefe de seguridad de las empresas del magnate de D c.a. El otro punto que amarraba la atención de Speer era que el viejo investigador nombraba en dos oportunidades al señor Dubront.

Chastain podía ser el Serafín o D c.a auspiciaba una fuerza paramilitar de serafines. Era probable. El ataque al hotel Titanic y al comando policial pudo ser obra de una misma persona. La irrupción al cuartel general fue exactamente después que las patrullas policiales salieron a la seguridad papal. Quien lo hizo, conocía muy bien las rutinas del cuerpo o era posible que hubiese un chivatazo dentro de las filas de la policía. ¿Estaban conectados ambos secuestros, el de la italiana y la mujer de la cárcel? No lo sabía. Creía tener una pista sólida. Los números de cuentas que Otto anotó en la agenda. Era posible que ellos tuvieran relación con el comprador del diario. Todo apuntaba al magnate americano.

El vagón redujo la velocidad hasta estacionarse. Speer bajó aprisionado entre el cardumen humano que, a esa hora, se apilaba en las escaleras y los pasillos del metro. La razón era muy simple, la estación quedaba a los pies del *Reichstag* donde el Santo Padre se encontraría en escasos minutos. El inspector salió al exterior y se dejó llevar por el caudal del río de gente. Todos se dirigían hacia la emblemática construcción alemana, símbolo del poderío germano por excelencia.

Allí, Guillermo I encumbró su poder al fundar el segundo *Reich* y Hitler, años más tarde, en mil novecientos treinta y tres, llegó al pináculo de su ambición al ser nombrado Canciller alemán. Pero hoy, el edificio no tenía ninguna simbología política, chauvinista o arquitectónica. La emblemática edificación alojaría en su interior, al pontífice romano que visitaba por primera vez sus instalaciones. Era como si el Santo Padre quería borrar, con su presencia y bendición, los últimos ecos mudos del poder nefasto del nazismo.

Rudolph cruzó la puerta de Branderburgo y se encontró con el gentío que rodeaba el *Reichstag*. A los alrededores de la estructura, unas pantallas gigantescas transmitirían de cerca la visita papal. Los fieles, como las ovejas de un rebaño, esperaban apiladas, la llegada de su pastor. El inspector, con sus casi dos metros de estatura, hendía la muchedumbre y caminaba tropezándose con la feligresía.

El ruido era intenso. Por todos lados se escuchaban personas rezando, otras elevando letanías, muchas cantando y un buen número, hablando entre ellas. El

idioma dominante era el alemán, pero Speer escuchó también, el español, el inglés, el neerlandés, el italiano y hasta algunas frases en árabe. El soplete del sol calentaba sus cabellos grises y sintió como una gota de sudor bajaba por su espalda.

Tomó su teléfono y envió un mensaje de texto. Al instante fue respondido. Caminó hasta donde se encontraba la reja del parque Tiergarten y se ubicó en una de las cruces blancas que la tapizaban. Ellas recordaban las decenas de hombres y mujeres que perecieron al intentar traspasar el muro de Berlín durante la guerra fría. Speer quedó enfrente de la cruz de Udo Düllick fechada el 5/10/1961.

Rudolph agradeció a los árboles del parque su sombra cobijadora. Sintió un alivio. Una mujer enjuta y con lentes oscuros emergió desde la muchedumbre, frente a él, como una lagartija en el desierto. Speer tardó en identificarla. Era Dafne, su asistente.

—Gracias por venir.

—Por usted haría cualquier cosa, inspector.

—Gracias, lo sé.

—Bueno, no todo —dijo con su sentido del humor característico.

Speer mostró sus dientes. Era una de las pocas veces que Dafne lo había visto sonreír.

—Tome el radio que me pidió. No fue fácil sacarlo del cuartel general, pero lo logré con mucho ingenio.

—¿Está en la frecuencia de la operación?

—Sí.

El inspector tomó el aparato y lo guardó en su pantalón. La mujer sacó unas hojas blancas dobladas del interior de su cartera carmesí.

—Esto es lo que me pidió comisario. Aquí está todo acerca de la mujer que huyó de las celdas.

Rudolph leyó con avidez el reporte impreso. El informe era muy preciso e indicaba el paso de la mujer por la aviación francesa y su pasión por la botánica. No tenía antecedentes penales. Al terminar de leer, su exsecretaria dijo:

—Señor, intenté comunicarme con el Padre Rhode en Vaticano, como usted me dijo.

—¿Y qué sucedió?

—Nada, señor, no saben nada de él desde hace veinticuatro horas. Está desaparecido.

—¡Mierda!

—¿Es muy importante ese sacerdote?

—Sí. Lo es —dijo con la mirada perdida en el *Reichstag*.

—¿No se sabe nada de las mujeres secuestradas?

—No señor, sin embargo...

De pronto la muchedumbre se enardeció. Los vítores por la llegada del Vicario de Cristo, a bordo del Papamóvil, hicieron que una llama de energía se extendiese entre todos los presentes. Las caras de las personas se pintaron de sonrisas y un frenesí sin parangón, se esparció entre la multitud. El Santo Padre se apeó del papamóvil y los bendecía con su mano. La masa de feligreses explotó en un jolgorio.

El sumo Pontífice ingresó al Parlamento alemán. Las cámaras siguieron con sumo detalle su andar. Un ejército de periodistas siguió su entrada al recinto. Los medios de comunicación no perdían detalles de su estada en la ciudad. El mundo católico tenía avidez de su líder y este desbordaba un carisma irrefrenable. La batahola disminuyó. Speer inquirió:

—¿Qué noticias has tenido de los dos ataques?

—Inspector, de eso quería hablar. Esta mañana me llamó el Subinspector y me comentó que quería hablar con usted, personalmente.

Ella se mordió los labios. Se mojó sus comisuras con la lengua y dijo:

—Él me dijo que tendría unos cinco minutos para usted, mientras el Papa estuviera aquí. Tiene una información importante acerca del caso. Él está muy consternado por su suspensión.

—“Destitución Dafne”, llamémoslo por su nombre de pila. ¿Qué averiguaste del número de cuenta que te di?

Ella se sonrojó.

—Inspector, es una cuenta de un banco suizo a nombre del occiso. La interpol proporcionó la información, el inspector Giuseppe me hizo el favor. Pero hay más... hay un pago de doscientos mil euros hecho tres días antes y fue realizado por una compañía fantasma. Pero ¿adivine qué? Esa compañía fue rastreada por la misma interpol y es una empresa de maletín de D c.a. el consorcio del magnate Arthur Dubront.

Speer apergaminó el rostro. Su ceño se frunció.

—¿Es un pez gordo, jefe?

—Yo no lo llamaría pez gordo, le daría el nombre de Cachalote. Ese hombre es precandidato presidencial americano —dijo con los ojos sumidos en iracundia.

—Tenga mucho cuidado. Recuerde llamar al Subinspector.

—Bien, lo haré. Gracias, Dafne.

—A usted, inspector —La mujer se acercó a su exjefe y fue a darle un beso en la mejilla, pero él retrocedió. Dafne lo miró con fijeza, luego le interrogó — ¿Cree que resolverá el caso?

—Lo haré, así se me vaya la vida en el intento.

—¿Atrapará al Serafín?

—Eso espero —expresó, enarcando ambas cejas.

—Es un hombre muy peligroso. Tenga cuidado.

—Lo sé.

—Jefe, ahora sí lo dejo. Debo volver a mi trabajo antes de que noten mi ausencia —Dafne se acercó de nuevo y de puntillas le dio un beso en la mejilla, esta vez Rudolph no opuso resistencia. Era la primera vez que su secretaria lo besaba, se sintió extraño. El muro de contención de su carácter tétrico se derrumbó.

La mujer se perdió entre el mar humano que envolvía al *Reichstag*. Speer tomó su teléfono y le envió un mensaje a Boris, indicándole donde se encontraba. «El Padre Rhode no aparece, son malas noticias, con él podría aclarar muchas cosas», pensó. Su teléfono sonó. La señal de alerta de un mensaje recibido se activó. El subinspector iba a su encuentro.

—Jefe —le dijeron a sus espaldas.

El inspector volteó y vio a Boris detrás de él. Unos lentes oscuros cubrían sus ojos. Su frente se barnizaba en sudor. Vestía su traje negro como lo indicaba el protocolo. En ambas manos llevaba un radio y su teléfono móvil.

—¡Boris!

—Inspector, es un gusto verlo. Lamentó lo sucedido, es una idiotez lo que hizo el alcalde.

El segundo al mando de la policía sintió unas ganas enormes de abrazar a su jefe, pero sabía de la acritud de Speer y su negación a mostrar sus sentimientos, en especial con sus subalternos.

—Lo sé, pero no tenemos tiempo que perder —expresó Speer con templanza.

—Tiene razón, inspector. Luego hablaremos del badulaque alcalde y el títere que colocó al frente de la Jefatura. Me le escapé un momento. Ese idiota no sabe nada de seguridad ni de pesquisas.

—Es un malparido idiota. Dime ¿Qué has sabido de los ataques? Hay algo nuevo que puedas decirme.

Boris sacó un pañuelo de su bolsillo y rastrilló el sudor de su frente y su cara. Lo guardó y se acercó mucho más al inspector. Se quitó los lentes y le dijo, a voz queda:

—Señor, cobra fuerza la teoría de que el Serafín depende de Dubont. Hay fuertes indicios que el señor Chastain está involucrado en este lío. Ayer el magnate fue recibido en horas de la madrugada por este tipo en el aeropuerto, lo acompañó hasta el hotel, pero a horas de la madrugada se retiró y salió por la

parte de atrás. Lo corroboramos en las cámaras de vigilancia del hotel Rome. Un agente intentó seguirlo, pero se le escapó. Él sabía que estábamos tras sus pasos.

—Eso es algo circunstancial.

—Si, quizá, inspector, pero con la salvedad de que el señor Chastain, ciertamente, estuvo en la cervecería con Otto Gebauer. El hombre fue reconocido por unas prostitutas de una mesa cercana que se presentaron esta mañana en el cuartel general después del ataque al comando. Y hay otro aspecto, el lapso que el señor Chastain desapareció y volvió a aparecer, coincide con el tiempo de los ataques.

Rudolph Speer abrió los ojos como grandes pozos, luego agregó:

—Yo tengo la agenda de Otto Gebauer y allí hace referencia a un encuentro con ese hombre. El nombre de Dubront está por todos lados.

—Hay pruebas sólidas para acusarlo, inspector.

—Quizá, Boris, pero a los peces gordos no se atrapan con pruebas sino con las manos en la masa. Es *infraganti* que ellos caen. Estamos hablando de un ciudadano que no es alemán y además tiene amigos importantes, imagínate que hasta el Papa lo invitó para que viniera a Berlín.

—Pero es que aún no he terminado, señor. Tengo una información de una buena fuente.

Rudolph miró con aspereza al Subinspector, sus ojos suplicaban que continuara.

—Dos mercenarios italianos y cuatro turcos ingresaron a territorio alemán. El ataque que hubo hoy al cuartel general y el del hotel Titanic tuvo que haber sido realizado por personal calificado y el perfil de estos matones encaja a la perfección con los que perpetraron estos ataques. Creo que hay más hombres contratados. Ellos pudieron haberse infiltrado en ambos lugares.

—¿Crees que preparan algo más grande?

—Sí, señor, hay que andar con cuidado. Creo que viene algo más grande y más importante. Lo que ha sucedido hasta ahora, es solo un abre bocas.

—Yo pienso igual, Boris. ¿Han tomado medidas?

—Sí, pero el necio jefe que nos impusieron se niega a realizar allanamientos o detenciones. Todo por consideraciones políticas.

—Sí, la maldita política, ese alcalde idiota lo único que quiere es su reelección y más nada. No le importa si hay una tragedia en ciernes —Rudolph torció los labios y luego agregó —¿Hay forma de rastrear esos mercenarios?

—En eso estamos, pero la información la maneja solo la policía, no le hemos informado a la guardia suiza ni a la unidad de operaciones especiales. Si la amenaza es inminente, lo haremos.

—Bien, háganlo de ese modo, no hay que causar una alarma general si no se

encuentran pruebas contundentes... ¿Qué averiguaste del expediente de Otto en la extinta RDA?

—Casi lo olvido, inspector. Otto era un alto oficial de inteligencia en la República Democrática Alemana y por eso, el alcance de su mano era infinita. Supongo que de este modo encontró el diario.

—O tal vez no... Pregúntate ¿Por qué lo saca ahora y no antes?

—No sé, quizá necesitaba el dinero.

—Bueno, en realidad nada se puede descartar.

—Cierto. ¿Inspector, tiene un arma?

—Tengo una en mi casa, aún no he ido hasta allá.

—Tome la mía, la de uso personal, es una Beretta. Al Serafín no se puede enfrentar con las manos vacías —Boris desenfundó una de las dos pistolas que lleva en el interior de su chaleco y se la entregó a Speer.

—Gracias, Boris.

—¿Qué hará, inspector? ¿Atrapará al Serafín?

—Esa era la prioridad antes, si lo atrapaba evitaba que algo malo sucediera. Ahora me doy cuenta que no es así, todo indica que es algo más grande, debo saber de qué se trata y allí atraparemos al Serafín o los serafines.

—Por cierto casi lo olvido, inspector...

El hombre se mordió los labios y soltó:

—Me llamaron del hotel Titanic. Ellos anoche recibieron un fax dirigido a la señorita Antonella. Aquí lo tengo. Tome inspector. Está escrito en italiano. No he tenido tiempo de traducirlo.

Speer tomó la hoja y la leyó. No comprendió nada. Vio a una mujer de cabellos oscuros que ondeaba la bandera de Italia y se acercó a ella. Le habló en alemán, ella se sorprendió y pareció no comprenderle, luego le habló en inglés y ella le respondió:

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Usted podría traducirme este papel por favor.

La enhiesta dama tomó la hoja y tradujo:

“Mario tengo información relevante que debo darte. Es importante que cuando llegues a la residencia de Magda Udet busques debajo de la cocina un espacio donde debe haber un cofre. Tómalo, al llegar allá te explico. Saludos a Antonella”

Speer, turbado, agradeció en alemán. La italiana no comprendió, ella siguió ondulando la bandera itálica. Rudolph inquirió a Boris.

—¿Mario era el nombre del padre asesinado?

—Sí, señor.

—Debo volver al departamento de Magda Udet.

—¿Necesita un vehículo?

—No, mejor por el metro, hay demasiado tráfico con la visita del Papa.

—Nos mantendremos comunicados, inspector.

—Sí, por supuesto. Yo estaré al tanto de toda la operación. Dafne me facilitó un radio.

—Bien, inspector, suerte.

—Éxito, siempre se desea éxito. La suerte se le desea a los perdedores.

—Éxito, inspector.

Boris extendió su mano y se despidió de su jefe, dio la vuelta y se desapareció entre el gentío. Speer iba a comenzar a caminar sobre sus propios pasos para dirigirse al metro y llegar al departamento de Magda Udet, cuando vio al Papa saludando a Arthur Dubront, en una pantalla gigante, el magnate sonreía arrogante. El inspector lo detalló, miró la frialdad de sus ojos y se convenció que ese empresario de pacotilla se escondía detrás de cada uno de los crímenes cometidos en su ciudad.

—¡Te atraparé maldito! —masculló. Se abrió paso en dirección al metro de la ciudad.

La fila de personas que esperaban con paciencia su turno para conocer al Papa era larguísima. El salón principal del *Reichstag* fue adornado con magnificencia para recibir al Sumo Pontífice de la Iglesia Católica. Banderas blanquiamarillas del Vaticano y el tricolor de Alemania, cubrían las paredes del palacio legislativo alemán. Una a una, las personalidades eran presentadas ante el Vicario de Cristo. Un ejército de fotógrafos y operadores de cámaras de videos no perdían detalle.

Una fotografía con el Papa significaba un prestigio inigualable. El Sumo Pontífice de la Iglesia Católica era un Jefe de Estado y además el regente de una de las religiones monoteístas con más seguidores en el mundo. Para un político, un intelectual, un académico o cualquier gerifalte, una imagen junto al representante del poder de Dios en la tierra llenaba el ego y ataba el prestigio de cualquiera.

Dubront aguardaba con paciencia en la fila que esperaba por ver al Papa Marcos Mateo. Mr. D adolecía de paciencia. Acostumbrado a que lo esperaran y no a esperar, Arthur movía con frenesí su pierna izquierda.

Arthur debía acostumbrarse al tedioso mundo de la política y la diplomacia. No era sencillo, el universo de los negocios era dinámico y directo, mientras que el ascenso en la política implicaba pasos lentos y pausados. Avanzando en la fila,

al lado de su acompañante, la señorita Banner, miraba con avidez a quienes esperaban su turno para saludar al Jefe de Estado del Vaticano.

Miró de soslayo a Banner y recordó lo dicho por su jefe de campaña a la Presidencia de los Estados Unidos «Debes ir acompañado de una mujer, es la imagen que debes transmitir al mundo y en especial a los electores. Un hombre acompañado de una mujer genera más confianza que uno que anda solo». Por eso, al momento de escoger a la fémina que lo acompañaría a la audiencia con el Papa, no dudó en seleccionarla a ella. Quizá Cinthya no tenía la voluptuosidad de sus amantes o las curvas de las caderas y los senos de las actrices, pero era astuta e inteligente.

Mr. D miró con mayor detenimiento a Cinthya y observó que sus ojos rutilaban y comenzó a sonrojarse. Se extrañó. Cinthya mostraba poco sus emociones. Era tan parca y fría como él. Fijó su mirada por unos segundos y le brindó la confianza que necesitaba en ese momento, pensó. Ella seguía con sus ojos brillantes y notó que se le fueron empozando de lágrimas.

La fila avanzó de nuevo, faltaban pocas personas para conocer al Papa. Vio la miriada de integrantes de la delegación papal con sus rostros augustos y parcos que contrastaban con los del Papa. Él brillaba entre las bocas torcidas y los párpados arrugados de los cardenales y monseñores.

Entremezclado entre ese mar de gente, el Comendador también se encontraba dentro del salón. Sus ojos ágiles y azules miraban en todas las direcciones. Observaba el séquito papal que rodeaba al líder de la iglesia de Jesús, del mismo modo que los apóstoles envolvían a Jesucristo durante su prédica del evangelio por tierras palestinas. Los colores púrpuras de las sotanas de los cardenales contrastaban con el blanco impoluto del Papa.

El Comendador vio la fila de hombres y mujeres que avanzaba con lentitud en el salón. Auscultaba, con su mirada, a cada uno de ellos. Escrutaba sus gestos, sus ademanes, su porte. Conocía la historia personal de casi todos los presentes. Como guardián de los secretos de la iglesia católica, conocía a quienes se acercaban a la Alta Jerarquía Eclesiástica. El Comendador sabía de los aliados de la iglesia fundada por Pedro, pero también de sus posibles enemigos.

El líder de la orden de los Protectores leía incontables informes que le llegaban de todo el mundo. En ellos se informaba acerca de la vida y obra de aquellos que, de una u otra manera, tenían contacto con el Papa y su séquito privado.

Le tocó el turno al embajador de Austria en Alemania. Iba acompañado de su esposa, una mujer tan vieja y estirada como él. El Comendador los escrutó con sus pupilas. Los rostros de ambos se iluminaron al hablar con su Santidad. Parecían el matrimonio perfecto, no obstante, ese hombre enjuto y de ojos

adormecidos, era todo, menos un esposo y padre ejemplar. El comendador sabía que ese hipócrita era un gran estuprador que disfrutaba ayuntarse con niñas menores de quince años. Sintió nauseas.

El Papa les dio la bendición y ambos, tomados de la mano, como el matrimonio perfecto, buscaron los asientos que les correspondían.

De pronto, el rostro del Comendador se crispó. Miró a la persona que más detestaba en el mundo. Sintió repulsión y arcadas en el estómago. Su respirar se entrecortó. Su mundo se contrajo de inmediato.

El jefe de Protocolo dijo:

—Arthur Dubront, empresario estadounidense, precandidato presidencial de su país y mecenas de nuestra iglesia en América, acompañado de la señorita Cinthya Banner, su asistente.

El Papa sonrió con sus dientes blanquísimos que contrastaban con su piel bronceada por el trópico sudamericano. Extendió su mano derecha y el espigado hombre devolvió el saludo con una leve inclinación de la cabeza. Las luces de los flashes hicieron su efecto. Cinthya hizo una reverencia.

—¡Bendígame, su Santidad! —dijo Dubront.

—Dios te bendiga, hijo mío. Gracias por sus contribuciones a la iglesia católica en los Estados Unidos —dijo el Papa con la cara alborozada.

—Para mí es un deber su Santidad, la iglesia nos ha dado tanto que ninguna contribución podrá retribuir todo el bien que ha hecho a la humanidad.

—Gracias, de nuevo —dijo el Santo Padre con una nueva sonrisa.

—De ser Presidente de los Estados Unidos, tenga la certeza que mi ayuda a la iglesia católica estará dentro de mis prioridades —sentenció Dubront.

—Espero que así sea. Solo Dios sabe su destino.

—Así será, su Santidad. Yo he nacido para ello.

El santo padre le dijo sin tapujos:

—Si es la voluntad de Dios que usted sea el primer mandatario de su país, su prioridad debe ser tener a Dios en su corazón. Él lo guiará a través de ese pedregoso camino.

—¡Amén!

—¡Amén! —respondió el Santo Padre.

Se despidieron. El hombre de negocios continuó su marcha y sintió como se erizaban los cabellos detrás de su cabeza. Caminaron entre la espesura del silencio y los flashes de las cámaras. Se sentaron y se acomodaron en un lugar privilegiado para ver el desarrollo del evento. Él disimuladamente tomó el teléfono y envió un mensaje de texto ante la mirada de soslayo de su asistente.

El Serafín decidió matar a Rudolph Speer. El inspector, exjefe de la policía

alemana, se acercaba con peligrosidad a su rastro y debía eliminarlo.

Al saber de su destitución pensó que se daría por vencido, pero no fue así. Seguía detrás de él como un sabueso en búsqueda de su presa herida. Aunque fue suspendido de su cargo, Speer seguía involucrándose en el caso. Sentía su aliento tibio detrás de su cuello.

«Rapta a la mujer y trae sus pertenencias, allí está el diario de Himmler », decía el mensaje que recibió el asesino horas antes. Lo hizo con un profesionalismo criminal impecable. Entró como una tromba y despedazó a los efectivos. Entregó la secuestrada a una pareja en las cercanías del zoológico y habló con su cliente. «Si usted quiere que la misión final que me encomendó, se lleve a efecto, déjeme trabajar con meticulosidad» le expresó. El cliente dejó total libertad al asesino. Tenía dos prioridades, asesinar a Speer y preparar el último trabajo.

El asesino miraba, de lejos, como Speer hablaba con el subinspector en las cercanías del *Reichstag*. Lo seguía desde que salió del cuartel general de la policía. Se comenzaba a desplazar a su alrededor, camuflado entre el gentío, y lo observaba como un águila que asecha desde las alturas a su presa que está a punto de ser atravesada por sus filosas garras.

El Serafín debía ser cuidadoso. El hombre de casi dos metros no era tan descuidado como otros funcionarios y aparte, su físico era impresionante. El sicario vio el momento que el subinspector le entregó un arma. Afiló su mirada, agudizó sus sentidos. Debía ser sigiloso, preciso y efectivo. Speer se despidió del efectivo policial y caminó en dirección hacia la puerta de Branderburgo.

El Serafín se movió entre el gentío para seguirle la pista. La gran altura del exfuncionario ayudaba al apocado asesino, a seguirlo entre el río de personas. El inspector atravesó la puerta de Branderburgo y caminó en dirección hacia la estación de metro de Branderburg Tor. Caminaba rápido. El asesino, como una sombra de muerte, marchaba detrás de él.

Speer se volteó de pronto, buscando a alguien que lo siguiera. El Serafín dejó caer el periódico que portaba y lo recogió. La muchedumbre lo escudó de la mirada acezante de aquel hombre. El criminal esperó unos segundos, se levantó y continuó caminando. Creyó haberle perdido la pista, miró a su alrededor con disimulo y no lo encontraba. Oteó con más insistencia y de pronto emergió. El Serafín entonces, continuó marchando. Speer miraba hacia todos lados con sus ojos aguileños. El asesino pasó a su lado y el policía no se percató de su presencia. Sus lentes oscuros y su sombrero disimulaban su rostro. Siguió caminando. Era alguien más en ese río de gente. La bulla, el sol inclemente, los vítores y los funcionarios policiales por doquier lo mimetizaron de los ojos del inspector. No debía voltear, si lo hacía, sería descubierto por aquel hombre que

no era un tonto. Se percató de que sería más difícil de lo previsto.

El inspector volteó y se percató de que nadie los seguía. El enjambre de personas que recorría el trayecto entre la estación del metro y la puerta de Branderburgo le dificultaba la visión. Se agachó para amarrarse el zapato. Se levantó, miró si alguien tenía un patrón de conducta diferente. Todo parecía normal. Creyó ver una cara conocida, miró de nuevo... creo que me equivoqué. Dio la vuelta de inmediato y siguió su marcha hacia la estación del metro con sus grandes zancadas. Iba más de prisa que el resto de los transeúntes.

Speer llegó a la puerta de la estación del metro. Un contingente de personas apiladas subía por las escaleras mecánicas. Bajó hasta el subterráneo y caminó por las vísceras de la ciudad. Se antojó en la isla central para tomar los vagones. Rudolph observó la presencia de tres policías que caminaban con un perro pastor alemán por la plataforma. Uno de ellos lo reconoció. Fue a saludarlo, pero una señal de su mano, lo detuvo. Rudolph Speer se sentó en uno de los asientos disponibles y miró a su alrededor. Pocos usuarios deambulaban a esa hora. Escuchó el ruido del tren desplazándose. El calor aprisionado en los túneles relamió su piel y movió sus ropas, despeinando sus cabellos ralos. La oscuridad del túnel se iluminó con la luz frontal del vagón. El chorizo de carruajes redujo la velocidad hasta que se detuvo. Speer se levantó con agilidad. Observó como una muchedumbre se apeaba del metro. Entró y se sentó en un asiento desocupado en el borde de una ventana. Se abstrajo en el silencio envolvente. Las puertas se cerraron. Se escuchó el pito de señal de salida del transporte. El paisaje subterráneo de la estación se movía en las ventanas del carro.

El Serafín iba sentado en una esquina del vagón, y veía, de lejos, al inspector. El metro era uno de sus lugares favoritos para asesinar, pues ofrecía una posibilidad única para delinquir. El grado de confusión reinante entre tantas personas, la ausencia de cámaras de video, la estrechez de los carros, la muchedumbre heterogénea y las vías de escape cercanas, eran condiciones favorables para enmascarar un crimen. Por eso, el índice de criminalidad de los subterráneos era alto, en especial de las grandes capitales del mundo y Berlín, era una de ellas.

No obstante, el Serafín andaba con cuidado. La visita del Papa aumentó las medidas de seguridad en el metro. Toda la fuerza policial fue desplegada. En algunos lugares públicos, los efectivos de seguridad podrían vestir de civil. El sicario miraba a su alrededor y escrutaba los rostros de los pasajeros, en búsqueda de un efectivo soterrado.

El tren se detuvo en la primera estación y subió un ingente número de usuarios. El asesino aprovechó el momento de confusión y se movió con sigilo y maestría para estar un poco más cerca de su víctima. El hombre lucía abstraído

en un papel que leía entre sus manos. Sería fácil emplear el mismo método utilizado con aquel francés en los subterráneos parisinos.

Aún tenía en su poder una dosis de hemotóxina, en una jeringa lista para ser inoculada en el inspector. Sería rápido, eficiente y limpio. Apenas un pinchazo sentiría en su piel y luego huiría por las escaleras del metro. El efectivo comenzaría a sufrir un paro respiratorio antes que alcanzase la superficie de la ciudad. Tomó la jeringa y la ocultó dentro del periódico que portaba.

Speer recordó la nota de papel manuscrita que fue enviada por fax al hotel. ¿Qué asunto tan importante tendría ese cofre? Quizá las respuestas a tantas preguntas. Debe ser importante... Rudolph alzó la mirada y oteó el grupo de personas que lo envolvía. El Serafín podría estar aquí y ser cualquiera de ellos, pensó. Escrutaba los ojos gélidos y los rostros lapidosos de cada uno. ¡Qué tonto soy! Este asesino me ha sacado de mis cabales, vino a mi ciudad a joderme la vida. Debo pensar mejor y concentrarme en los detalles que he pasado por alto. ¿Quién era el Serafín? Esa respuesta no la hallaré en un cofre, solo un rastro real me pondrá en su camino. Solo necesito un rastro de ADN, un cabello o una torpeza. Pero hasta los momentos, no ha cometido ese error. La teoría de un grupo de serafines pagados por Arthur Dubront tiene lógica. Todos los datos apuntan hacia esa dirección. Las manos del magnate están metidas en este asunto. ¡Ese grandísimo Hijo de Puta!

El tren disminuyó su marcha. Speer se percató de que se bajaba en la próxima parada. Guardó el papel en uno de los bolsillos del pantalón y se alistó para salir. Una voz femenina anunció, por el altoparlante, el nombre de la estación. Se levantaría de un momento a otro.

El Serafín miraba de reojo al inspector que dejó de leer. Parecía alistarse para salir. El tren aminoraba su marcha. Se aproximaba a la siguiente estación. Era el momento que esperaba. Tomó la aguja hipodérmica y le quitó la tapa que la cubría. Con sus dedos medios e índice tomó su base, mientras que el pulgar presionaba el veneno. Las puertas se abrieron.

Speer se levantó de inmediato y se dirigió hacia la puerta para salir de inmediato. Una mujer se puso delante de él. Rudolph se detuvo y apoyó su mano en el tubo del vagón. La puerta del vagón se abrió y sintió un fuerte tirón por su lado derecho. Dirigió su mirada hacia donde sentía la presión y llevó su mano hacia el bolsillo donde tenía su arma. Lo que vio, lo aterró.

El Serafín miró cuando el policía se levantó y se aferró al tubo. El asesino se colocó a un lado de él, con la mano adelante. Resoplaba casi en su cuello, pero dos mujeres situadas entre ambos, lo ocultaba. El inspector parecía estar confiado y no sospechar nada. Sería una víctima fácil. Las puertas se abrieron. El criminal dirigió su mano hacia su muñeca. De pronto, dos jóvenes, con un look

punk y los pelos puyados, salieron de improvisto entre él y su víctima. El Serafín sintió que la hipodérmica se clavó en uno de los muchachos, el más gordo de ellos y perdió la sujeción. Los dos salieron como una tromba en dirección hacia las escaleras mecánicas. Vio como llevaba la aguja clavada en su ropaje.

Speer agrió el rostro. Jovencitos de mierda, como que no tienen padres. El policía observó cómo los dos punk corrían hacia las escalinatas. Salió y avanzó con grandes zancadas entre el gentío que se acumulaba en las escaleras mecánicas. Algunas personas avanzaban rápido por las escalerillas alternas. Creyó ver unos ojos conocidos. El recorrido de las escaleras finalizaba y escuchó unos gritos delante de él. Sus sentidos se afilaron y llevó la mano de nuevo a su arma en el pantalón. Speer terminó de avanzar en la escalera mecánica y vio como varios usuarios se amontonaban alrededor de los dos jóvenes punk que salieron corriendo del vagón. Rudolph se acercó y vio que el de mayor peso se recostaba en una de las paredes del metro a su lado, mientras su compañero intentaba ayudarlo.

—Disculpen, soy policía —prorrumpió Speer.

Se arrodilló. El joven tenía la piel nívea, sudaba a borbotones y sus escleróticas se asomaban entre sus párpados entornados. Su pecho se movía en movimientos espasmódicos. Speer lo acostó y le dio masajes en su corazón con fuertes golpes en el pecho. Temía lo peor, parecía un ataque cardíaco. Le dio respiración, boca a boca, intentando reanimarlo. Cualquier esfuerzo fue en vano, murió a los pocos segundos. La gente gritaba, su compañero lloraba y lo llamaba por su nombre “Peter”. Speer, arrodillado, se percató de la llegada de los policías que se encontraban en el andén.

—Ha sido un ataque cardíaco —espetó, agrio.

—Llamaré a una ambulancia —dijo uno de los agentes.

—Mierda —dijo el otro.

Speer se puso de pie y ambos policías, al reconocerlo, lo saludaron. Pero el inspector no tenía tiempo para formalidades banales. Notó algo inusual. En la camisa bordada del muerto, entre su espalda y el brazo, alumbraba un objeto brillante. Speer volvió a mirar al cadáver y distinguió el objeto. Se agachó y lo tomó. Era una aguja hipodérmica.

—Se drogaban —dijo uno de los agentes.

El otro joven no entendía lo que le decía. Speer ladeó su cara y observó con mayor detenimiento el objeto. Un líquido amarillento y viscoso permanecía en su interior.

—¡Agente, esto no es droga! —expresó.

—No lo es, entonces ¿Qué es?

—No lo sé, pero parece veneno. A este muchacho lo han matado.

El agente le hizo un rosario de preguntas al joven que parecía no entenderle.

—No habla alemán. Ese idioma es sueco —dijo Speer.

—¿Pero quién habrá querido matar a ese muchacho aquí en Berlín? — Preguntó el otro agente.

Speer recordó el axioma de su profesor de criminalística. Esto no puede ser un asesinato al azar. ¿Y si esta muerte está relacionada con el caso que está investigando? Solo había un modo de saberlo. Le pidió a los efectivos policiales ir hasta la sala de seguridad de la estación y ver el video. Uno de los efectivos acompañó a Speer y en un santiamén llegaron a una puerta de vidrio situada a un lado de la puerta principal. Entraron y los recibió un efectivo del metro. No había tiempo que perder. El policía le explicó al empleado lo que sucedía y el hombre seleccionó una de las cámaras que daba hacia la puerta del vagón por donde se había bajado Speer. El inspector sintió como se helaba su corazón.

Pudo ver en el video el momento en que se abría la puerta y salían corriendo los muchachos y luego él. La figura de un hombre con lentes y sombrero salió inmediatamente a sus espaldas y pasaba a su lado. Su actitud era sospechosa. Speer siguió la figura por todas las cámaras y se percató que al pasar al lado del joven tirado en el piso no miró hacia donde se desarrollaba la escena de muerte. Era totalmente atípico. Ninguna persona puede apartar la mirada de un moribundo a menos que él quiera cerciorarse de su muerte y escabullirse enseguida. Un pensamiento frío cruzó su mente como un cometa.

—¿Hay alguna cámara más cercana en la puerta del vagón? —preguntó.

—Sí, hay otra con otro ángulo —respondió el hombre.

El efectivo puso el video de otra cámara. Speer notó algo extraño. Cuando se abría la puerta, una mano se dirigía hacia su brazo desnudo, pero los dos jóvenes se atravesaron entre el atacante y el policía. El objetivo no era el joven punk, era él. Un choque eléctrico bajó por su columna vertebral. Tragó saliva. Sintió como su mundo se paralizaba. Al igual que una serpiente reptaba por la pierna de su víctima, el nombre del Serafín subió, con lentitud, desde sus extremidades hasta su pecho, dejando el veneno de la duda y el temor.

Las palabras que pronunciaban el agente y el efectivo de seguridad rebotaban en el muro de silencio que el policía interpuso entre la realidad y sus miedos. Miraba como sus bocas se movían, pero no los escuchaba. Sintió como su corazón se aceleraba, sus miedos se atizaban y supo, que la filosa guadaña de la muerte, rozó su vida.

El inspector sintió que el Serafín permanecía allí, en alguna parte, viéndolo y detallándolo. Su olfato detectivesco se lo decía. Él era su objetivo, esta vez. Mientras sus manos se helaban, su garganta se secaba y afilaba sus sentidos, borboteaban pensamientos detectivescos.

Salió al exterior y oteó con lentitud a su alrededor, intentado encontrar al asesino. Speer buscaba una conducta anormal, una mirada furtiva, una persona viéndolo de soslayo, alguien alejándose de la escena en solitario. Giró en un ángulo de trecientos sesenta grados. Lo volvió a hacer en sentido contrario y tampoco tuvo éxito. No vio a nadie sospechoso.

El Serafín subió raudo por las escaleras alternas. Movía sus piernas con agilidad. Debía irse pronto del lugar. Había perdido lo más importante para un atacante: el elemento sorpresa. Llegó al rellano de la superficie y vio como el punk, mareado y sin fuerza, daba trompicones hasta derrumbarse contra la pared. Su compañero intentó sostenerlo, pero no pudo. Fue imposible. El joven cayó de sopetón contra el concreto. El asesino pasó al lado suyo y miró como sus ojos comenzaban a ponerse blancos en el medio del asombro y el griterío. Era demasiado tarde para intentar atacar de nuevo al inspector. Fue hasta un kiosco donde compró una caja de cigarrillos y observaba desde lo lejos como se desarrollaba la escena. Sabía que el muchacho moriría pronto, pero lo que él buscaba era la reacción del inspector. Necesitaba saber si sospechaba que era un atentado en su contra.

El Serafín aspiraba el humo del cigarrillo y lo botaba por sus fosas nasales, cuando vio como el inspector tomaba la jeringa y la revisaba junto a uno de los agentes. Era el indicio que necesitaba. Siguió fumando y apartó su atención de la salida del metro. Miró de soslayo como Speer lo buscaba en un giro lento de su cabeza. Apagó el cigarrillo y pidió una caja de chicles al vendedor. Pagó y llevó dos pastillas a su boca. Mascaba con lentitud mientras revisaba su teléfono.

Speer debía tomar una decisión. Si intentaba buscar al atacante, perdería un tiempo valioso y corría el riesgo de hacerlo sólo y sin ayuda. Si seguía caminando, en dirección al apartamento de Magda Udet, podría ser emboscado de nuevo y esta vez, la suerte no lo acompañaría. Decidió jugársela por completo.

—Disculpe agente, ¿usted tiene motocicleta?

—Sí, señor.

—Lléveme a esta dirección —dijo mostrándole la pantalla del teléfono.

—Sí, inspector.

El hombre fue hasta la motocicleta de 500 cc, se subió, se colocó el casco, la encendió e invitó a su jefe a que se colocará el otro casco. Speer obedeció y se sentó a horcajadas sobre el caballo de hierro, viendo hacia todas partes. La moto arrancó, dejando una estela de viento a su paso.

El Serafín observó, con sus ojos de hielo, cómo se marchaba el policía. Desperdició su oportunidad, pero estaba seguro que el destino los uniría de nuevo y solo uno de ellos sobreviviría. Miró su reloj. El tiempo jugaba en su

contra, la misión más importante de su vida esperaba por él. Comenzó a caminar en esa dirección.

30

El viaje de Annika y la pequeña Beatrice fue largo y tortuoso. Después de sortear dos bombardeos imprevistos cerca de Múnich, pasar un río sobre un pontón y reparar un neumático del vehículo, llegaron a su destino, ocho horas más tarde. Una comisión de las SS recibió al convoy militar en la entrada de la pequeña población de Berchtesgaden, una villa situada cerca de la frontera con Austria en el corazón de los Alpes de Baviera. Los terminaron de escoltar hasta una pequeña casa situada a las afueras de la población.

El paisaje era de ensueño. Las montañas parecían haberse quedado atrapadas en el tiempo, los bosques de pinos teñían de verde aquel valle y el cielo apenas era atravesado por tímidas nubes que contrastaban sus níveos colores con el azul celeste. Annika sintió que estaba en el paraíso, pero su alegría duró poco. Al llegar a su destino final supo que solo era una prisionera de Himmler. Al igual que la niña. Se apearon del auto y las esperaban en correcta formación militar los miembros de su nuevo hogar.

Un ama de llaves, ocho soldados de élite y dos pastores alemanes que no paraban de ladrar, eran la única compañía que tendría Annika, junto a Hedwig y sus dos hijos, en los días por venir. La villa constaba de dos casas, la principal, para la familia de Himmler y una contigua, mucho más grande, para ella, la servidumbre y las tropas. Un Volkswagen negro era el único medio de transporte para realizar las compras en el pueblo.

Annika sintió que llegó a otro país, muy lejano de la guerra que se vivía en el resto de Alemania. El ambiente desasosegado y lúgubre de Berlín y el resto de las ciudades, la hambruna que comenzaba a hacer estragos en la población, la falta de agua y electricidad, y la desesperanza pintada en los rostros de los germanos, quedó atrás. El silencio atrapante que envolvía el lugar, el verdusco paisaje de coníferas, las siluetas serpenteantes de las montañas y los rostros distendidos de los ocupantes, impregnaban a la villa de un ambiente de alegría perenne.

Estar tan lejos de la civilización y el conflicto armado debió ser motivo de júbilo para la enfermera, sin embargo, se sentía aislada del mundo, prisionera entre las montañas y sin ninguna vía de escape para huir de las garras de las SS. La rubia se preguntó por qué Himmler quería tener a su amante en un sitio tan remoto. No tardó mucho en encontrar la respuesta.

Berchtesgaden era un santuario de los líderes nazis. Los más renombrados gerifaltes del nacionalsocialismo tenían mansiones en los alrededores del pueblo.

Martin Borman, Herman Göring, Albert Speer, entre otros, tenían casas lujosas allí. Pero la joya de la corona, entre tantas mansiones, era el *Berghof* de Hitler, verdadero paraíso palaciego nazi situado en la montaña más alta de los alrededores.

Allí, en esa casa de veraniego, situada entre las montañas bávaras, estaba guardado el más arcano tesoro de Hitler y que pocas personas de su séquito personal conocían. Era un secreto de cara redonda, piel nívea, ojos verdes, pómulos salientes y sonrisa frugal. Era Eva Braun, su amante.

Annika se adaptó con rapidez a su nuevo hogar, al igual que la pequeña. El aire de las montañas y el silencio imponente contrastaba con la Berlín babilónica y su dinámica cambiante. Hedwig llegó un mes después con la recién nacida Nanette. El advenimiento de la pequeña trajo alegría a la familia postiza de Himmler que visitaba cada fin de semana el lugar. De lejos, Annika observaba a la familia Himmler. Parecían felices y alejados de toda mácula de maldad, pero ella no se engañaba, los ojos grises de aquel hombre determinaban aún, en la víspera de una derrota total, el destino de millones de vidas humanas. La guerra estaba perdida irremisiblemente y Heinrich lo sabía.

A principios de junio se produjo el desembarco de Normandía. El tercer *Reich* enfrentaba dos frentes de batalla y Hitler, al igual que Napoleón, dividió sus fuerzas para detener a sus enemigos. Las tenazas sobre Alemania se cerraban de forma inexorable. Himmler tenía más trabajo que nunca y sus visitas a la cabaña se hicieron cada vez más esporádicas. Hitler estaba enloquecido y el alto mando nazi sentía el bramido de los tanques y los aviones aliados. Adolf Hitler enfrentó al mundo y el mundo iba por ellos.

Los nazis espueleaban a sus tropas para hacer frente a la amenaza que venía allende sus fronteras y Himmler tenía más trabajo que nunca. Entonces los nazis recibieron un golpe desde el lugar menos inesperado y del enemigo más insospechado: su propio ejército. Era algo que Hitler y ninguno de los altos jefes jamás previó suceder: un intento de asesinato contra el *Führer*. Un grupo de altos oficiales del ejército intentó dar, infructuosamente, un golpe de Estado. Una verdadera carnicería se desató en toda Alemania y fueron las SS de Himmler las encargadas de llevar a efecto todas las órdenes de venganza que daba un rencoroso Hitler. Himmler tuvo poderes extraordinarios y el alcance de su autoridad era, ahora, ilimitado.

Pero esa noticia poco alteró el curso de lo que sucedía en la villa. Hedwig se mostraba escurridiza y lejana con Annika, pues no confiaba en ella. El episodio de la enfermera Schlieben —quien fue fusilada— tenía de muy mal humor a la enjuta mujer. Pero Potthast no tuvo opciones, debió acostumbrarse a la exclusiva compañía de la espigada enfermera.

La débil Hedwig no se daba abasto con la crianza de sus dos hijos, en especial con Hegel. Sus problemas de conducta y sus constantes enfermedades traían de cabeza a la amante del *Reichsführer-SS*. Annika sobrellevaba la carga y la ayudaba con la crianza del rebelde y enfermizo niño. Solo de este modo, Hedwig pudo dedicarse por completo, a amamantar y atender a la pequeña Nanette. Con mucha habilidad y tino, Annika servía de confidente a la mujer en los ratos libres. Su olfato le permitió conocer a la persona que se escondía tras la facha de la timorata secretaria del jefe de las SS.

La naturaleza de Hedwig era complicada y difícil de descifrar. Tímida, nerviosa y muy indecisa, la amante idolatraba a Himmler más allá de lo creíble. Para ella, su Heinrich, era el ser más amoroso del planeta, buen padre y además, un ejemplar ciudadano. Annika llegó a pensar que lo quería, incluso, por encima de sus hijos. No le importaba dejarlo todo con tal de estar a su lado. Esos días turbulentos, lejos de él, la torturaban. Annika pensó que esa mujer era demasiado estúpida o perdió el juicio al nacer.

Himmler no era un mal hombre —afirmaba Hedwig— las leyendas negras que se tejían en torno a su figura eran falsas. Potthast pensaba de que su amante no era culpable de los campos de exterminio (ya se escuchaban los rumores acerca de su existencia en la sociedad alemana), de las masacres de la guerra y de las desapariciones forzadas de muchos alemanes. Hedwig idolatraba a Himmler. Ella no se atrevía a contradecir ninguna de sus órdenes y disposiciones. Ella vivía para él y lo amaba. Era su objeto, su cosa.

Criada en un hogar conservador y con unos padres muy religiosos, la siempre obediente Hedwig los sorprendió al presentarse al puesto de asistente del jefe de las SS, cuando apenas arribó a los dieciocho años. Los Potthast sentían un gran recelo por esas fuerzas policiales secretas alemanas, de las cuales se decían mil cosas. Su hija intentó tranquilizarlos al decirles que su rol era administrativo y que desde el lugar donde ella se encontraba, no vio ni escuchó ninguna de esas leyendas negras que se arrogaban en el ambiente. Pero la joven y retraída Hedwig pasaba muchas horas con su jefe y sus padres comenzaron a preocuparse. Luego de un tiempo, las SS le proporcionaron un departamento en el centro de Berlín para que tuviera mayor privacidad. Según Hedwig, su cargo implicaba una seguridad adicional y por eso la necesidad de tener un techo aparte, que era escoltado por el servicio secreto las veinticuatro horas del día. Pero sus padres no eran tontos, se percataron de que su hija se había embaucado en un amorío prohibido con Himmler. Ellos jamás aprobaron tal relación, pero poco le importó a la pávida mujer, ella se arredró de su familia y se dedicó en cuerpo y alma a *Reichführer-SS*. Nada ni nadie la apartaría de él.

Conociendo esa debilidad de carácter de la amante del jefe de las SS, la

sagaz Annika se apoderó, con rapidez, del liderazgo de la villa. Supo ganarse el respeto y el aprecio de todos. El ama de llaves era una mujer que vivía en las cercanías del pueblo y que todos los días iba a cumplir sus labores en la villa. Campechana, retraída y muy trabajadora, ella solo se dedicaba a trabajar con ahínco. No sería una molestia. Los soldados eran rotados con regularidad. Annika se percató que, con el pasar de los días y el avance de los enemigos sobre Alemania, los dichos combatientes de las *Waffen-SS* que cuidaban de ellas, fueron sustituidos, por efectivos cada vez más jóvenes.

Uno de esos soldados era el joven SS con quien conversó Annika, el día que marchó de villa Paraíso. Más niño que hombre, acababa de cumplir dieciocho años, y desarrolló una especie de obsesión con Annika. La alemana detectó el influjo sexual que despertaba en el chico y al principio, le molestó, pues la treintañera Annika no cambiaría pañales. Sin embargo, con el pasar de los días comprendió que ese hechizo sexual le podría favorecer más adelante. Hizo alarde de sus habilidades de seductora y coqueteaba con el muchacho con frecuencia. Algún día lo usaría para su verdadero fin: huir de allí con Beatrice.

El mayor enemigo para todos los habitantes del lugar era el tedio. Los días pasaban lentos y sin más distracción que escuchar en la radio alemana, las noticias manipuladas de las emisoras nazis. Si fuera por los narradores de las estaciones, Alemania estaba a punto de aplastar sus enemigos. La realidad de la guerra distaba de esos discursos elocuentes y chauvinistas preparados por el hábil ministro de la Propaganda. Los ejércitos de los aliados rodeaban al territorio germano desde todos sus puntos cardinales. Los nazis no tenían escapatoria.

Los días en la villa eran diferentes cuando el *Reichführer-SS* la frecuentaba. La visita del jefe de las SS movía el piso de Annika que se mudaba junto a la pequeña Beatrice hasta la casa de la servidumbre, situada a unos treinta metros. Él llegaba siempre acompañado de su ayudante, un coronel de las SS, y el chofer. Por lo general, se quedaba una sola noche y al día siguiente marchaba de nuevo hacia Berlín.

Cada vez que el *Reichsführer-SS* iba, le ordenaba a Annika que le trajera la niña. Se sonreía al mirarla. La escrutaba con sus ojos grisáceos y nefarios, igual que un granjero observa al cerdo que engorda a sus anchas. Annika sentía que Himmler veía a la pequeña Beatrice como una mercancía. Sentía un pavor soterrado al palpar la forma como la auscultaba. Ella sabía que el gerifalte nazi tenía planes abyectos para la pequeña. Intentó averiguar, de una vez por todas, cuáles eran.

La espigada mujer se percató de que el jefe de las SS siempre cargaba consigo un portafolio de cuero negro del cual nunca se separaba. Ni siquiera

dejaba que su chofer o alguno de sus escoltas lo tomaran. En una ocasión, el *Reichsführer-SS* se sentó en una de las sillas del porche de la casa y miraba con atención a Beatrice que jugaba con el pequeño Helge en uno de los columpios. Sus ojos no se separaban de ella. Observó como Himmler sacó del portafolio, lo que parecía ser un cuaderno con tapas negras. Leía con atención sus hojas y miraba de nuevo a la pequeña. En ocasiones, tomaba notas en el cuaderno. Sus ojos transmitían una frialdad maquiavélica. Era como un felino de África saboreando, desde lejos, la presa pequeña que está a punto de engullir. Así estuvo por casi una hora, hasta que tocó el momento de la merienda y Annika se llevó cargada a la pequeña. La enfermera sentía como le faltaba la respiración. Esa noche lloró en silencio.

La guerra continuó su marcha, Alemania era rodeada por todos lados, los recursos comenzaron a escasear y la tropa que cuidaba el lugar se redujo a cuatro efectivos, entre ellos el nazi que se derretía por Annika. El joven llegó a desarrollar el hábito de fumar solo para compartir momentos con la rubia que, todas las noches, antes de dormir, fumaba dos cigarrillos. No pasó mucho tiempo para que el mancebo nazi le confesase su amor y la rubia, con sagacidad y frialdad, le dio un beso tímido. Él quería más, pero no hubo más. Annika manejaba con maestría su arte de seducción. Para el joven, Annika era una tímida mujer que se enmudecía ante su presencia. Él ni sospechaba que unos cuantos hombres y mujeres habían besado esos labios que no podía dejar de pensar. Entre tanto, la alemana sabía que tenía un aliado a su favor para su plan de fuga, lo sabría utilizar, efectivamente, llegado el momento adecuado.

En la medida que el invierno de ese año, 1944, se hizo presente, las visitas de Himmler se hicieron cada vez más cortas y esporádicas. La amistad entre Hedwig y Annika se solidificó, pero la mujer no soltaba prenda en cuanto a la pequeña Beatrice. La enfermera se desesperaba, no hallaba la forma de dar con los planes de Himmler. Pero una noche, todo cambió.

Los Himmler se acostaron temprano después de cenar. Era una glacial noche de invierno. Pequeños copos de nieve caían dispersos en la hierba. No provocaba salir de los aposentos, el frío congelaba hasta las ganas de caminar. Annika, abrigada, fumaba un cigarrillo fuera de la cabaña. Su vicio era más fuerte que su miedo friolero. Mientras aspiraba el humo, la mujer escuchó un leve zumbido que iba en constante aumento, al principio no reconoció su origen. Ella llevaba aislada demasiado tiempo de las grandes ciudades y no sufría los embates de la guerra. El zumbido se mezcló con un sonido totalmente nuevo para ella: una andanada de silbidos que provenían del cielo. Era un bombardeo.

La batahola de los estallidos, las cimbreadas luces de las baterías antiaéreas y las detonaciones de los cañones antiaéreos, dieron vida a la noche y originaron

un espectáculo de terror alucinante. El bombardeo despertó a todos en la casa, incluyendo al mismísimo Himmler. Sin perder tiempo, todos se dirigieron hasta un refugio subterráneo, ubicado en las afueras del perímetro de la villa. El ataque duró quince minutos. Un silencio espeso y tétrico se expandió como una niebla y todos salieron al exterior. Volvieron a sus casas con los rostros lívidos de miedo y arrastrando sus pasos. Annika se acostó abrazada junto a la inquieta Beatrice. No se quería separar de ella, sin embargo, cinco minutos más tarde, un fuerte golpeteo a su puerta la petrificó. Hedwig la llamaba con urgencia.

—Cuide los niños —le indicó la mujer —con voz cansina y trémula.

—Sí, por supuesto. ¿Qué sucede?

—Las comunicaciones del *Berghof* fueron interrumpidas y Hitler llamó a Himmler y le pidió que verificara el estado de Eva Braun.

Annika salió y vio a Himmler uniformado, saliendo de la cabaña y abordando el mercedes benz, su rostro era adusto. Hedwig también abordó el automóvil. Dos soldados los acompañaron en el escarabajo.

Supo que tenía una oportunidad única de revisar el contenido del portafolio de Himmler. La rubia entró a la casa y vio a los dos pequeños que descansaban en sus cuartos. Rastreó toda la habitación en búsqueda de alguien que estuviera escondido. Miró hacia el exterior y observó los soldados de guardia en la entrada. Era ahora o nunca.

Aprovechando la excusa del ataque aéreo, apagó todas las luces. Debía evitar que alguien del exterior viera sus movimientos dentro de la casa. Fue hasta la habitación principal que permanecía cerrada. Debía abrirla. Annika sabía que Hedwig guardaba una copia de la llave en una tetera en la cocina. Fue hasta allá y la encontró. Debía darse prisa.

La llave restalló dentro de la cerradura. Abrió con delicadeza la puerta. Todo era oscuridad. Debía ser muy cuidadosa, pues el jefe de las SS era un hombre muy detallista y tenía una memoria eidética. Cualquier alfombra rodada, un lapicero mal puesto, una silla desacomodada, cualquier detalle, la delataría. Espiar al poderoso Himmler, tenía una sola condena: la muerte.

No era fácil mirar dentro del cuarto pues todas las luces aledañas fueron apagadas por el bombardeo. La negrura solo permitía ver algunas formas dentro de la habitación. Debía tener sumo cuidado, podía tropezar algún objeto y causar un desastre. Annika se agachó y comenzó a gatear. Llegó hasta la cama de los Himmler. Palpó la suavidad de sus sábanas aún tibias. El jefe de las SS era un compulsivo amante de la limpieza y el orden. No encontró nada. Introdujo su mano debajo de la cama y no percibió rastros del maletín. Fue hasta las mesitas de noche y un pequeño escritorio situado en una esquina, y los resultados fueron adversos. Llegó hasta el escaparate que dormía en una de las esquinas de la

habitación. Lo abrió y con sumo cuidado buscó a ciegas. No lo encontró. La desesperación cundió su entendimiento. Fue hasta el techo del escaparate y ningún rastro se asomaba.

Estaba a punto de darse por vencida cuando posó sus manos debajo del armatoste y sintió lo que parecía un asa de cuero. Intentó sacarlo, pero se percató de que el escaparate lo retenía. Con suma delicadeza, lo empujó hacia atrás y pudo sacarlo. Se deslizó fuera de la habitación y fue hasta la cocina donde encendió una vela diminuta guardada en una de las gavetas.

La luz tenue irrigó el lugar y pudo observar el portafolio. Lo abrió con cuidado. Palpó con su mano y encontró el cuaderno negro, recostado entre dos carpetas. Lo auscultó con sus ojos aguilinos. Memorizó su posición. Abrió la primera hoja. Era una especie de diario personal escrito a puño y letra por el jefe de las SS. Sus dedos traviosos llegaron a las primeras páginas. Leyó.

Berlín, 6 de enero de 1934.

El proyecto Lebensborn inició. Hoy se efectuaron los primeros encuentros entre cinco oficiales de las SS y cinco mujeres de la Liga de Muchachas Alemanas. Ha sido un éxito. De acuerdo a la versión dada por el oficial encargado, las mujeres nazis estuvieron muy proclives en la cita. Lo hicieron por su amor al Tercer Reich. La pureza racial de las cinco muchachas fue comprobada. Un grupo de médicos corroboraron su fertilidad y su fortaleza física. Los oficiales de las SS cumplieron a cabalidad con su deber de machos alemanes. Es el primero de muchos encuentros de este tipo. Es impresionante el grado de patriotismo de los nazis, su compromiso con el futuro del Tercer Reich y su lealtad al Führer. Sabremos de sus resultados pronto.

HH.

Lo que leyó le produjo náuseas. Himmler veía los encuentros sexuales como una acción mecánica. El amor no era importante, solo el ayuntamiento entre las parejas como ganados humanos. La mujer continuó su lectura y llegó a los apuntes donde el jefe de las SS se refería al hallazgo del manuscrito del coronel francés que trabajó con Napoleón Bonaparte. Su rostro se agrió al leer, al final del capítulo, el nombre de *Proyecto "T"*. Himmler no estaba tan loco después de todo. Sus estudios acerca de lo oculto y lo fantástico tenían bases científicas. Esto la aterró. Las ideas absurdas de un lunático, unidas a bases científicas era una combinación peligrosa, la historia de los pueblos así lo rezaba. Annika continuó ojeando el diario. Crisbando con sus dedos y ojos pudo leer varias

frases que se repetían: “Búsqueda de la Luz Oscura” “Encuentro con la Luz Oscura” “Instrucciones de la Luz Oscura”. No sabía de qué se trataba. Continuó. Lo que leería a continuación, helaría su corazón.

Berlín, 17 de agosto de 1936

He encontrado los dos candidatos para la línea materna del Proyecto “T”. Ambos provienen del programa Lebensborn. Son un Mayor de las SS y una mujer de nombre Eva Müller, de la liga de muchachas alemanas. Son los candidatos ideales, de acuerdo a las instrucciones dadas por la luz Oscura. Sus antecedentes fueron revisados y no hay contaminación judía en sus raíces genealógicas. Esta mañana me entrevisté con el oficial y me dio muy buena impresión, es un nazi de pura cepa. Él mismo se encargara de preparar el ritual necesario para la ceremonia señalada por la Luz Oscura en el Proyecto “T”. Estamos evaluando los otros candidatos. Hemos atado todos los detalles para que sea un éxito.

HH

Annika sintió que su corazón iba a estallar. Sus dedos resbalaban por las páginas con rapidez. Intentaba contar los minutos, pero perdió la noción del tiempo. Su corazón palpitaba con fuerza. Sabía que el recorrido entre la vivienda y el Berghof era de quince minutos. Pensó que tenía treinta minutos para seguir hojeando el diario. Pero se equivocaba.

Berlín, 15 de septiembre de 1936

Hoy se realizó la ceremonia indicada por la Luz Oscura. El mayor a cargo del Proyecto “T” lo presidió. El lugar escogido fue un hotel de la ciudad de Núremberg, donde se efectuó la convención anual del partido nazi. Con previa antelación, fueron escogidas diez mujeres de la liga de chicas alemanas y diez miembros de las SS. Ellos se unieron al oficial y a Eva Müller, los dos candidatos escogidos para la realización de la ceremonia del Proyecto. Se usó la excusa de Lebensborn para enmarcar tan particular ritual. La Luz Oscura, junto a su fiel sirviente, la Pantera, estuvieron en la ceremonia y le dieron el visto bueno a todo. De acuerdo a lo afirmado por el oficial, los resultados fueron los esperados. Todo marcha en el camino correcto.

HH

A cinco kilómetros de allí, el oficial a cargo de la mansión de Hitler, se desplazaba en su vehículo y se encontró con Himmler, a mitad de camino. Ambos autos se detuvieron. Todos se apearon y el oficial a cargo de la seguridad de la amante de Hitler le informó a Himmler que el complejo no sufrió daños durante el bombardeo. Solo las comunicaciones fueron cortadas debido a la caída de un poste. Además, por fortuna, Eva Braun y su hermana no se encontraban en la mansión, pues pasaban la noche en una fiesta que se dio en la periferia del pueblo. El oficial le informó al *Reichsführer-SS* que la mujer se encontraba a salvo. Necesitaba comunicarse con Hitler y se dirigía hacia la casa de Himmler para hacerlo. Los vehículos arrancaron. El tiempo de Annika se acortó más de lo que ella había calculado. Mucho más.

Los dedos de enfermera continuaron hurgando el diario.

Berlín, 17 de diciembre de 1936

La mujer está encinta. Su embarazo es controlado por médicos de las SS y su seguridad está a cargo del mismo mayor que es el padre de la criatura. He dado instrucciones para que la niña nazca en la casa cuna de Heim Hochland. La directora de este centro es una ferviente nazi y ya está al tanto de todo lo concerniente para el trabajo de parto de esta mujer. Faltan seis meses, pero los preparativos para el nacimiento de la pequeña serán ultimados desde esta hora.

HH

Los tres autos se aproximaban a toda velocidad por una de las colinas aledañas a la cabaña de Himmler. El *Reichsführer-SS*, un poco más calmo por la noticia que la amante de Hitler se encontraba a salvo, recuperó su serenidad acostumbrada y centró sus pensamientos en Hedwig, su amante. La miró. Ella parecía un pajarito recostada en la ventana del automóvil. La vio indefensa. El hombre que jamás se conmovía, sintió un “no sé qué” en su estómago. Le dijo, casi susurrando:

—¿La salud del niño no ha mejorado?

—Mejora y vuelve a decaer. Pero estoy segura que con el pasar de los días mejorará —dijo, mirando a Himmler que volteó hacia la ventana.

—Helge será descartado. Está muy enfermo y su conducta no es la adecuada —dijo, tajante, el jefe de las SS.

La amante, con el rostro pasmado, espetó:

—Pensé que él era el elegido.

—No, no puede ser. Con ese estado de salud podemos perderlo todo.

—Y ¿Qué haremos?

Él la miró con sus pupilas incandescentes.

—Tendremos a otro hijo.

La mujer se sorprendió. No esperaba esa respuesta.

—Pero, Heinrich, la guerra está casi perdida. Si los rusos llegan a Alemania, podrían separarme de ti. Lo perderíamos todo, hasta nuestras vidas.

—Solo confía en mí. Jamás te desampararé ni a ti ni a mis hijos —al decir esta última frase, su rostro se agrió. Se acercó hasta el asiento del chofer que iba concentrado en el camino. Le dijo:

—Vaya a toda velocidad.

—¿Qué sucede? —preguntó Hedwig, sin saber qué dijo mal o qué sucedía.

—Olvide mi maletín.

—No te preocupes Heinrich, Annika es una ferviente nazi y es de confiar. Ella es incapaz de hurgar entre tus cosas.

El jefe de las SS, con los ojos inyectados de sangre, espetó:

—Yo no confío en nadie.

El conductor imprimió mayor fuerza al acelerador del carro. El paisaje negruzco de coníferas discurría abrupto ante los ojos de Himmler. El hombre que jamás olvidaba algo, había olvidado su objeto más preciado: su diario personal.

—Aumente la velocidad si no quiere que lo mande al frente oriental —sentenció. El chofer pisó el acelerador como si su vida dependiera de ello.

En la cabaña, las pupilas de Annika se centraron en la siguiente nota:

Berlín, 31 de mayo de 1937

La niña nació sin inconvenientes como predijo la Luz Oscura. El mayor, la directora y un médico de las SS estuvieron presentes en el trabajo de parto. Su peso y sus medidas fueron las adecuadas. La madre fue eliminada después de dar a luz por razones de seguridad. Era muy probable que hubiese sido un obstáculo para los planes que tengo con la pequeña que se encuentra bajo custodia de un equipo especial, conformado por un médico, una enfermera y una nodriza. Se encuentra a resguardo en un sitio seguro. El Proyecto "T" marcha de acuerdo a lo previsto.

HH.

Una lágrima se deslizó por la mejilla derecha de Annika. Una catarata de indignación e impotencia brotaba de su alma. Heinrich Himmler actuaba como un dios. Decidía quién vivía y quién moría en la Alemania nazi. La voz de Eva Müller, desde más allá del umbral de su muerte, ascendió y se condensó en su corazón. Ella siempre tuvo razón de temer por su vida. La enfermera se arrepintió de no haberle creído. Annika no tenía un atisbo de duda. La mujer fue eliminada por órdenes directas del jefe de las SS. ¡Maldito Himmler! ¡Escupiré sobre tu tumba! ¡Cómo me gustaría tenerte en este momento enfrente, para clavarte una daga!

Sus deseos se cumplieron, en parte. Himmler llegaba en la caravana de autos. Annika no supo que percibió primero, si el sonido de los autos en la grava del camino o el reflejo de las luces en el manto de oscuridad. Una palabra se espabiló entre sus dientes: «Mierda». Debía actuar con finura y agilidad, de lo contrario, sería atrapada por el mismísimo jefe de las SS.

La caravana de autos llegó hasta la cerca de la cabaña. El efectivo de las SS reconoció las placas del vehículo oficial del *Reichsführer-SS* y apartó la reja movediza. La caravana entró, sin siquiera detenerse. Ingresó entre la arboleda y fue deslizándose por el camino pedregoso hasta llegar al frente de la cabaña. Los autos se detuvieron. Una estela de polvo se disgregó alrededor.

Annika colocó el diario dentro de las dos carpetas en el interior del portafolio, lo apañó y se dirigió al cuarto. Las luces de los autos ya se veían por la arboleda. Escuchó el chirrido de los frenos de los vehículos al detenerse. Su corazón palpitaba como nunca en su vida. Sintió que el aire le faltaba. «Me atraparán», pensó. Fue hasta el cuarto y se deslizó en la oscuridad.

El chofer abrió la puerta del vehículo. Himmler se apeó junto a Hedwig. Los miembros de los otros autos también se bajaron. El oficial de guardia se presentó al *Reichsführer-SS* e iba a darle novedades, cuando este dijo:

—Apoye al Coronel, jefe del Berghof, debe comunicarse con Berlín de inmediato.

—Sí, señor —dijo tajante, el oficial.

Himmler subió dos escalinatas del porche de la casa. Sus ojos percibieron el brillo de una vela encendida en la cocina. No vio a la enfermera Annika. Un halo de malicia brotó en su rostro. Dio dos pasos largos hacia la puerta e iba a empujarla con fuerza, cuando esta se abrió. Annika salió. Tenía en sus brazos a la pequeña Nanette que, con los ojos entreabiertos, le sonrió al *Reichsführer-SS*. El jefe de las SS ignoró a la niña y rastrilló el rostro de la nodriza. Buscaba un vestigio de mentira o miedo.

—¡La niña se despertó cuando ustedes se fueron! —le dijo a Hedwig que tomó a la pequeña y la cargó.

Himmler encendió las luces de la sala, la auscultó, buscando alguna alteración. Luego fue hasta la puerta de su habitación. Sacó la llave que portaba en su bolsillo y la abrió. Encendió la luz y con sus ojos nefarios buscó algún rastro de que alguien hubiese puesto sus pies dentro del cuarto. Annika contenía la respiración en la sala. Hedwig siseaba a la chiquilla y veía a la mujer. Himmler fue hasta el escaparate y sacó su portafolio. Lo abrió y lo revisó. Sus cejas se enarcaron. Salió de la habitación y miró con sus ojos fríos a Annika que hacia su mejor esfuerzo para no estallar. La observó por esos segundos fríos y tenebrosos donde él buscaba un ápice de miedo o duda. El jefe de las SS dijo con voz pausada:

—¡Gracias por cuidar los niños!... ¡Puede retirarse!

—¡Que descansen! ¡Buenas Noches! —respondió Annika, con voz serena.

Miró a Hedwig que, con el rostro inexpresivo, miraba el piso. Salió al porche, cerró la puerta y comenzó a caminar en dirección a su habitación. Las piernas le temblaban. Sentía como su corazón intentaba salir por su boca con cada latido. Le faltaba el aire. Siguió caminando. Se posó frente a la puerta de su habitación. La abrió y vio a la pequeña Beatrice durmiendo. Salió y sacó un cigarrillo, pero no pudo encenderlo, sus manos trémulas no podían sujetar el encendedor. Respiró profundo e intentó calmarse. Sus labios lívidos temblaban por el frío y el miedo. Encendió el cigarro con las manos tembleques. Aspiró una gran bocanada de humo y llenó sus pulmones de nicotina.

—Proyecto “T” —susurró en la negrura de la noche, al dejar escapar el humo contenido.

Su rostro se compungió. Estuvo a segundos de ser descubierta. Sus ojos se inundaron de lágrimas y comenzó a llorar incontroladamente. No era para menos, había bajado al averno de los pensamientos retorcidos del mayor criminal de la historia de la humanidad y salido con vida.

31

Speer se apeó de la moto y se despidió del agente con un apretón de manos. El motorizado arrancó. Subió, corriendo por las escaleras del edificio, con el recuerdo afilado del atentado fallido del Serafín. Se percató que era la segunda vez, en menos de veinticuatro horas, que el avieso asesino había fallado en un trabajo criminal. Su tiempo para resolver el caso se acababa y su vida, quizá también.

Llegó al largo pasillo y se antojó al frente de la puerta del departamento de Magda Udet. Dos líneas de cinta amarilla policial arremolinaban la entrada y tres candados nuevos mordisqueaban unas viejas aldabas, desalentando cualquier intento de querer ingresar. Speer se contrarió.

—¿Necesita ayuda? —escuchó a sus espaldas.

La vieja que vivía en el departamento colindante le hablaba desde el pasillo. Vestía la misma bata de la noche anterior, Rudolph se percató de que lucía más vieja que ayer. Si de noche parecía un espanto, de día se asemejaba a una reliquia viviente.

—Sí, por favor —expresó.

—¿Quién es usted? y ¿Qué desea? —preguntó, ajustando sus lentes con sus dedos huesudos y decrépitos, mientras trataba de mirar a través de las cataratas de los cristalinos de sus ojos.

—Señora, hablamos ayer, yo soy uno de los policías que vino hasta acá y le preguntó por la mujer que vivía aquí. Usted me respondió que se llamaba Magda y que esta puerta tenía cerrada más de veinte años.

La mujer arrugó mucho más su rostro y reptó con su mirada al alto policía. Parecía que intentaba atrapar los recuerdos escondidos en las tinieblas de su penumbra senil. Como si hubiese recordado todo de un solo golpe, dijo:

—Ayer... anoche... es verdad. Ah sí, ya recordé. Disculpe usted, para mí todos los días son iguales. ¿En qué puedo ayudarle, joven?

Speer expelió un suspiro de tranquilidad.

—¿Usted tiene alguna herramienta que me permita romper los candados? Necesito entrar pronto y todo el personal policial está en la seguridad papal.

Un manto de duda bañó el rostro de la anciana. Luego, encogiéndose de hombros dio la vuelta e ingresó en su departamento. Volvió en una eternidad.

—Sí tengo, pero es muy pesada. Es un cortacizalla que era de mi esposo, cuando trabajaba como bombero voluntario en la RDA. Pase y búsquela.

Speer entró detrás de la mujer. El interior del departamento era tan añoso

como la vieja. Una hilera de muebles decrepitos se recostaba a las paredes oscuras y sucias. El aire impregnaba un añejo enrarecido. El inspector ingresó a un cuarto ruin que parecía un basurero de baratijas. Olía a décadas de antigüedad.

—¡Ahí está! —indicó la mujer con su mano. Rudolph vio una herramienta de un diseño extraño, vieja y oxidada, recostada a un lado de una de las paredes. La auscultó y dedujo cómo funcionaba. La tomó y salió hacia el pasillo.

—¡Gracias, señora! Ya se la devuelvo.

—No se preocupe, aquí lo espero. No tengo muchas cosas que hacer.

Speer bramó y salió. La anciana cerró la puerta. Quitó las cintas policiales y colocó los dientes del cortacizalla en los candados. Pensó que la vieja herramienta sería inútil por su tiempo de desuso. Sin embargo, para su sorpresa, cortó los candados con facilidad. Ingresó al departamento. Un resoplido caliente pellizcó su piel. El calor era sofocante. Las ventanas cerradas y la falta de circulación de aire hacían del lugar un pequeño horno. La imagen borrosa y oscura del día anterior dio paso a una más clara. Fue directo a la cocina, donde palpó con su mano todos los rincones donde podía estar oculto el cofre.

Golpeó las paredes con sus nudillos. No emergió ningún sonido hueco que indicara algún escondrijo. Fue hasta la antigua alacena donde fue recibido con una alfombra de polvo en la superficie de sus repisas. Tanteó con fuerza sus paredes internas y no encontró vestigio que le indicase donde se ocultaba el cofre. Sacó todos los gabinetes. La búsqueda no rendía su fruto. Luego, con el cortacizalla, golpeó el piso de la cocina y el resultado no fue el esperado. Sudaba a borbotones. El esfuerzo físico, sumado al calor sofocante, lo ahogaban. Se quitó el saco que portaba.

De nuevo, hizo el mismo recorrido con sus manos y golpeó de nuevo todo. Otra decepción.

«Piensa Speer, piensa», se repetía, una y otra vez. Dónde tú esconderías algo tan valioso y que no fuera encontrado por nadie.

El policía se trasladó a su infancia. Los habitantes de Alemania del Este se las ingeniaban para tener un lugar secreto donde guardar sus pertenencias más valiosas. Dinero, joyas, alimentos, libros prohibidos por el comunismo, planos del Muro de Berlín, postales de algún familiar en occidente, eran pequeños objetos que los alemanes ocultaban con celo, ante alguna “revista” imprevista de la policía. Recordó que sus padres utilizaban un espacio dentro de la madera de un baúl con doble fondo.

Mientras pensaba recostado a una de las paredes de la cocina, vio la nevera añosa cadavérica. Fue hasta ella. La abrió y salió el hedor de años acumulados. Speer apartó el rostro y dejó que se disparara la hedentina. Palpó las paredes del

armatoste y no encontró indicios donde pudiese haber un escondite para un cofre. La cerró y se percató de lo pesada que era la puerta. El gusanillo de la curiosidad lo picó.

Usando toda la fuerza de su espalda y sus piernas, empujó la nevera a un lado. Produjo un chirrido que vibró en las paredes del departamento. Vio, en el piso, un friso de cemento que contrastaba con el resto. Empezó a golpearlo con la herramienta que portaba y comenzó a desmoronarse. Siguió haciéndolo hasta que se produjo un golpe hueco. Terminó de raspar a los lados y vio un elemento en forma de cubo. La sacó con dificultad. Era una caja de madera sellada con clavos. Utilizó de nuevo el cortacizalla e hizo presión para abrirlo. La madera crujió y vio su contenido. Era un pequeño cofre plateado. Tenía una cerradura donde cabía una llave muy pequeña. Intentó abrirlo, pero fue imposible, debía buscar algún cerrajero para poder abrirlo.

Escuchó a sus espaldas el sonido inequívoco de unos pasos. Sus sentidos se alertaron. Percibió una sombra que eclipsaba el flujo de luz que provenía de la puerta del departamento. Instintivamente, soltó el cofre y, de un solo movimiento, tomó el arma Beretta que tenía en su cintura, dio la vuelta y apuntó hacia la puerta. La sombra de un hombre en el trasluz quedó fijada en la línea de mira entre el alza, el guión de su pistola y su pupila derecha. Sintió amenazada su vida. Debía tomar la decisión inequívoca de matar o morir.

Chastain tomó el teléfono y leyó el mensaje de texto de Mr. D. Las instrucciones eran claras. Se levantó, tomó su arma, la enfundó en la pechera que tenía debajo del traje que portaba y se dirigió hacia la habitación donde se encontraba la mujer de los ojos claros. No sabía ni siquiera su nombre, no le interesaba. Mientras menos supiera de ella, mejor.

Sacó del bolsillo de su pantalón una llave oxidada y la introdujo en la cerradura de la puerta que traqueteó de inmediato. La habitación tenía una oscuridad espesa. En la cama ajada, la mujer, acostada, se tapó los ojos con una mano, para evitar los rayos solares que herían sus retinas. La mujer se sentó en la cama con dificultad. Tenía los párpados hinchados y sus cabellos hirsutos; pero a pesar de esa facha derruida, su rostro bruñido era hermoso.

—¿Quién es usted? —preguntó con su voz aguda.

Chastain no respondió. Permanecía incólume en la puerta. La mujer volvió a preguntar.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí?

El hombre hizo mutis, miró a la mujer de abajo a arriba y le ordenó:

—¡Póngase de pie!

Ella hizo el esfuerzo de levantarse, pero al hacerlo, pudo ver mejor a su interlocutor y se quedó mirando sus cabellos herrumbres. Se puso nerviosa, sus manos temblaron, sus labios, entreabiertos, tiritaban sin control. Estaba estupefacta.

—¡Levántese!

La mujer se puso de pie con dificultad. Sus piernas flaquearon, su piel se tornó exangüe y su respiración se entrecortó. Previendo que vendría lo peor, miró a su verdugo y le dijo con voz suplicante:

—¡No me mate, por favor!

El hombre introdujo su mano dentro del saco y la mujer atisbó la pistola que se escondía en su pecho. Gritó con desespero y lloró. Chastain se abalanzó sobre ella y tapó su boca con su mano izquierda, mientras que, con la derecha, la sujetaba con fuerza. Sacó con dificultad del bolsillo interno del saco, una cinta de embalaje. Respiraba con dificultad. Manipulando la cinta con la mano libre y sus dientes, arrancó un pedazo y lo colocó en la boca de la mujer que solo emitía sonidos guturales. Él la volteó de inmediato y se colocó a su espalda, tomó con firmeza sus muñecas y las ató. Tapó sus ojos con un pañuelo. Ella se resistía, pero no podía con la fuerza brutal de aquel hombre.

La mujer de los ojos claros sintió como el pelirrojo la tomó por la cintura y se la llevó en volandas. El secuestrador la introdujo en el asiento trasero de un auto. Quedó tendida con el rostro hacia abajo.

—No hagas nada estúpido —dijo Chastain.

La mujer temblaba y sus manos sudaban. La puerta se cerró y el silencio fue roto por el bramido del motor. El carro comenzó a moverse con lentitud. El bullicio de la calle impregnó el ambiente. Chastain miró su reloj y aceleró. Estaba retardado. “Esta vez, no fallaré”, pensó.

Al cruzar por una calle angosta, un golpe seco detuvo la marcha del auto. Había chocado contra otro vehículo. El conductor, desorientado, solo escuchaba un silencio oscuro. Cuando recuperó su sentido por completo, miró por el retrovisor para ver el estado físico de la mujer de los ojos claros. Sus pupilas se expandieron al máximo. Volteó y miró el asiento vacío. Ella había desaparecido.

Speer tenía la mirada puesta en el guión de su pistola. La sombra afilada se proyectaba borrosa en el marco de la puerta. Esperaba una reacción inmediata de aquella negrura para apretar el disparador. La silueta humana no se movía. Con lentitud, la sombra llevó sus manos hacia arriba y las colocó paralelas encima de su cabeza, a la vez que decía:

—¡No dispare, en nombre de Dios!

Un terror derretido emergía del sonido de cada sílaba. Rudolph reaccionó. Acostumbrado a palpar el ánimo de las personas en el timbre de su voz, se percató de que ese hombre intentaba cualquier cosa, menos hacerle daño.

—¿Quién es usted? —espetó el policía de inmediato con su vozarrón característico. Apartó la mirada del guión de la Beretta y la figura de un decrepito hombre, sustituyó la silueta negra.

—Frank Rhode —dijo el desconocido con el timbre de voz trémula. Al ver que le seguían apuntando, agregó —Soy un sacerdote.

La adrenalina que fluía por el torrente sanguíneo de Rudolph se disipó con lentitud. El inspector capturó la verdadera imagen de la sombra. Un anciano se presentaba con sus cabellos blancos, unas gafas grandes, totalmente vestido de negro y con un alzacuello blanco, característico de los sacerdotes católicos. Rudolph bajó el arma. Recordó quién era ese hombre. Era el remitente de la carta manuscrita dirigida a Antonella y quien la ayudaba a interpretar su premonición. Enfundó la pistola y recogió el cofre del piso.

—Disculpe, Padre.

Rhode no salía del asombro. Era la segunda vez en su vida que le amenazaban con un arma. Las piernas le fallaban. No podía mantener el equilibrio, sus manos temblaban sin control. Su piel se barnizó de sudor. Se recostó a la pared y sacó un pañuelo. Se secó el rostro y las manos. Se aflojó el alzacuello y desabotonó dos botones de su camisa clerical. Speer buscó una vieja silla y se la ofreció al sacerdote.

—Padre, siéntese.

Rhode se acomodó, como pudo, en la silla ajada. El anciano hiperventiló. Necesitaba recuperarse de la impresión de haber sido apuntado con una pistola. Sus labios níveos volvieron a teñirse de color bermejo. Su piel exangüe volvió a la vida. Se calmó con lentitud y luego, dijo:

—Discúlpeme usted por haber entrado así, sin ni siquiera haber tocado la puerta.

—Discúlpeme usted por haberlo apuntado.

Speer necesitaba de su ayuda, el sacerdote podía saber acerca del caso que manejaba. Debía ponerlo al tanto de lo que sucedía. El sacerdote era clave para resolver el misterio.

—¡Usted es amigo de Antonella Luccioni! ¡Sé porque está aquí! —sentenció.

—¿Quién es usted? —preguntó un aguzado Rhode.

—Mi nombre es Rudolph Speer. Soy el jefe de la Policía de Berlín o... mejor dicho... era el jefe de la Policía berlinesa hasta hace cuatro horas. Ayer conocí a Antonella Luccioni. ¿Cómo llegó hasta acá? —inquirió dubitativo.

—Antonella me dejó varios mensajes de voz a mi teléfono, me dijo que algo grave había sucedido y que vendría hasta esta dirección con usted, hoy. Llegué hasta acá, antes que el hotel, porque pensé que ella y Mario estarían aquí.

El sacerdote ladeó su cabeza en gesto de extrañeza. Mojó sus labios con la punta de su lengua y luego interrogó:

—¿Dónde está ella? ¿Está bien?

Rudolph Speer se acercó hasta la silla donde se encontraba el anciano. Sus pasos densos, su mirada fría, su rostro parco prepararon al sacerdote para la respuesta que siguió.

—No Padre, no está bien. La secuestraron esta madrugada.

—¡Dios Santo! ¿Cómo? ¿Quién?... y a Mario, ¿también se lo llevaron? —interrogó con la voz cortada.

Speer bajó la mirada, seguido de una pausa de algunos segundos, luego expresó con voz queda:

—Padre, a él lo asesinaron anoche, al llegar a Berlín. Le cortaron la garganta.

El rostro de Rhode se compungió, sus ojos se llenaron de lágrimas. Los cerró y le pidió a Speer que lo dejase solo un momento. El inspector, conmovido por el dolor del Padre, salió al pasillo y tomó un cigarrillo con lentitud. Muchas veces en su carrera policial, Speer le dio infaustas noticias a familiares de personas asesinadas, secuestradas, heridas, mutiladas o detenidas. El dolor mostrado por los dolientes de las víctimas curtió su alma de sensibilidad. Mordisqueaba el filtro del cigarro con avidez. No quería fumar, pero se sentía tentado. Escuchaba los sollozos del sacerdote. «Lo debió querer mucho, debió ser muy cercano a él», pensó. Guardó el cigarro y esperó que el cura saliera. Con la voz tenue y calmada, Rhode le indicó que pasara de nuevo al departamento. Lo hizo. Aspiró una bocanada de aire e inquirió:

—¿Qué ha sucedido? ¿Cómo ha pasado toda esta desgracia?

—Padre es una larga y compleja historia.

—Necesito saberlo todo, la vida de Antonella está en peligro.

El cuero cabelludo de Speer se movió como una marejada. El inspector tomó otra de las sillas decrepitas y se sentó frente al sacerdote. Aspiró aire y comenzó su relato. Rudolph se paseó por cada uno de los acontecimientos que sucedieron en Berlín desde hace cuatro días. Su verbo era preciso, sin orlas.

El sacerdote siguió la perorata del policía en silencio, no lo interrumpía ni lo molestaba con gestos o ademanes que lo distrajeran en su hablar. Rudolph terminó su exposición diez minutos después. El sacerdote aguzó sus pupilas. Su cara se avinagró. Su silencio se perdió en sus zapatos mocasines de color negro. Speer, impaciente ante su mutis, agregó:

—He esperado comunicarme con usted, Padre Rhode. Hay muchas preguntas

que necesitan de sus respuestas.

—Inspector... Disculpe, olvidé su apellido.

—Speer. Rudolph Speer.

—Inspector Speer. Creo que ahora hay más respuestas que preguntas y eso es preocupante ¿Qué sabe usted de Magda Udet?

—De ella sabemos poco o nada. Vivió aquí hace muchísimos años, pero no encontramos nada relevante en los archivos de la policía. El departamento es un cementerio antiquísimo, como usted ha podido ver.

—Y ¿Cómo llegaron ustedes hasta aquí?

—El collar del gato del occiso, el señor Otto, tenía el nombre de esta mujer. Empezamos a descartar otras mujeres con el mismo nombre y al final, llegamos hasta acá.

—¿No tienen otra pista de la mujer?

—No, ninguna. Usted mencionó en el fax que buscara un cofre en la cocina. Lo encontré —Rhode miró curioso el cofre de metal —Speer repreguntó — ¿Cómo supo de su ubicación?

—En el orfanato de Firenze, donde nació Antonella, una de las prioras tenía esta carta. Dos monjas la llevaron a mi oficina, horas después de despedirme de ambos.

El Sacerdote sacó una hoja de papel amarillenta y arrugada de uno de los bolsillos de su pantalón. La desdobló y se la entregó al inspector. Speer con ojo acucioso, leyó la nota que fue escrita en alemán.

“Brigitte, si quieres respuestas acerca de tu pasado, búscalas en Berlín. En el departamento de Magda Udet. Barrio Hansa, estación del ferrocarril eléctrico de Tiergarten, Klaus Müller-Rehm, Gerhard Siegmann. Punkthaus. Allí en la cocina, escondido en alguna parte, encontrarás un cofre. Sé que sabrás como abrirlo. Allí encontrarás las respuestas necesarias”

Tu Abuela.

Con el rostro anonadado, Speer miró al sacerdote.

—La monja que tenía la carta afirmó que la mujer que abandonó a Antonella en el orfanato, la dejó. Por eso envié el fax, pero lo que no llegué a prever, era que los acontecimientos correrían a una velocidad vertiginosa —. El hombre aguzó sus pupilas y le dijo a su interlocutor —Debemos hablar, señor Speer.

Al instante, el inspector respondió:

—Lo escucho.

—Debemos contarnos las verdades, por más duras o inverosímiles que sean. Yo lo haré, espero de usted, la misma reciprocidad.

—Es usted mi única esperanza para intentar resolver el caso y saber hasta dónde llevan estos crímenes que han sucedido en mi ciudad desde la muerte de Otto Gebauer. Seré lo más sincero posible con usted, Padre.

Atados con esa promesa mutua de sinceridad, ambos hombres afilaron sus sentidos. El sacerdote holandés comenzó:

—¿Usted afirma que el diario de Himmler es auténtico?

—Eso parece Padre. Las pistas que tengo, indican que es así. Su existencia ha sido comprobada por algunos historiadores renombrados.

—¿Y no se sabe nada de su contenido?

—No, padre. No hemos logrado obtenerlo. El atacante del cuartel general se lo llevó. Pero... ¿Qué tiene que ver con Antonella?

—Creo que mucho, depende de la óptica desde la cual se mire. ¿Logró abrir el cofre?

—No —dijo mostrándole el hermetismo del pequeño armatoste —parece una caja fuerte pequeña. Es pesada y tiene una cerradura extraña. Intentaremos abrirlo más tarde, conozco a alguien que puede hacerlo. Queda un poco lejos de aquí, pero él lo abrirá —agregó Speer.

—Si nos alcanza el tiempo... porque inspector, creo que ese es el menor recurso con el cual contamos. Primero debemos encontrar a la *Signorina*.

—Padre —inquirió un Speer rogante —¿Quién tiene a Antonella?

El sacerdote permaneció callado, ordenando las ideas de su cabeza. Su mente era un horno donde sus teorías se cocían, a fuego lento.

—Inspector. ¿Está usted seguro que al Padre Mario lo mató un asesino a sueldo?

—Sí.

El Padre Rhode se ajustó los lentes y acuciante, miró a Speer. Luego, agregó:

—¿Inspector usted cree en Dios?

Speer sonrió tosco.

—Padre no malinterprete mi risa, no es en tono burlesco, es que yo jamás he creído en Dios. Respeto a las religiones, pero en mi vida no hay espacio para que un gran dictador del Universo marqué mis pasos.

Rhode inquirió:

—¿Y en el Diablo?

—Tampoco —sentenció.

El sacerdote ajustó sus lentes y dijo:

—Inspector escuché con atención lo que le diré. No me vea como un sacerdote católico, sino como un investigador igual que usted. Ambos perseguimos la verdad. Usted, la terrenal y yo, la celestial. Usted investiga crímenes de la sangre y la carne, persigue a los culpables de la vileza humana,

mientras que yo me especialicé en encontrar a los demonios que rodean las cortes celestiales de Dios. Usted combate el crimen organizado, yo combato las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Su trabajo y el mío no se diferencian en mucho, por el contrario, se asemejan y tienen puntos en común. Por eso le pido que me preste muchísima atención. Así como usted quiere proteger vidas humanas, yo deseo salvar almas. Estamos del mismo lado del río. Si trabajamos juntos, creo que podremos llegar al fondo de esto.

—Tiene mi atención.

Rhode aguzó sus ojos, entornó las cejas y dijo:

—Inspector, Antonella fue secuestrada por una secta llamada los discípulos. Es una logia de maldad que espera la llegada de Lucifer para reinar sobre el trono de Dios. Son unos fanáticos del demonio que están dispuestos a todo para que el Diablo reine en la Tierra.

—¿Por qué tienen ese nombre?

—Se hacen llamar como los hombres que siguieron al hijo de Dios como una burla a los cristianos. El nombre tomado por esta secta es una blasfemia que persigue la confusión y la apostasía de los seguidores del catolicismo.

—¿Y qué desean los discípulos de ella?

—Ella tiene la habilidad de soñar con el futuro, es una vidente que tiene sueños premonitorios acerca de grandes tragedias o hechos que sucederán. Esa capacidad de ver más allá del presente, representa algo muy importante para esta logia.

El sacerdote secó el sudor que brotaba de su rostro con su pañuelo blanco.

—Es confuso lo que usted me dice.

Rhode agrió su cara y respondió:

—Inspector no es fácil entender lo que yo le estoy relatando; yo, incluso, tuve duda acerca del sueño de Antonella. Es muy complejo. Yo titubeé acerca de su contenido, pero ayer aclaré muchos aspectos... Fui atacado en las cercanías del Vaticano por un hombre de color, del tamaño suyo o quizá, un poco más alto que usted, corpulento y de una fuerza descomunal. Sus ojos vomitaban fuego y maldad, era un esperpento humano. Me lanzó una cuchillada que rozó mi abdomen. En el intento de zafarme de sus garras, caí al río Tíber. Estuve a punto de ahogarme. Pero gracias a la condición física de mi juventud, pude nadar, sostenerme a flote y salí cientos de metros más adelante. Unos indigentes, que bordeaban las orillas del río, me rescataron y me llevaron hasta un convento donde curaron mis heridas y pude ordenar mis pensamientos. Supe entonces que la persona que atentó contra mi vida era parte de esa macabra organización. Me querían muerto y lo mismo harían con Mario. Debía alertarlo. Pero ahora comprendo que fue demasiado tarde.

—Pero a Antonella también intentaron matarla, ¿A ella también la querían muerta Padre?

—No creo, a ella la necesitan viva, por lo menos aún. ¿Ella dijo que el asesino la intentó matar?

Speer se quedó pensativo. Perdió la mirada en el techo y respondió:

—No, Padre, ahora que lo menciona, ella relató que el asesino se iba a abalanzar sobre ella, nunca mencionó que la intentó matar —expresó dubitativo y con los ojos puestos en el techo.

—Eso pensé, creo que a ella la necesitan viva. La razón principal de venir hasta Berlín era saber quiénes eran los padres de Antonella o sus orígenes, pero creo que cometí un error al decirle que lo hicieran. Los entregué a los discípulos.

—Sigo sin comprender, ¿Usted vino hasta acá por la misma razón?

—No, yo vine para impedir que se cumplieran las premoniciones del sueño de Antonella. Es complejo, intentaré explicarle. Sé que no es fácil. Debe tener la mente abierta.

—La tengo, Padre.

—El sueño de Antonella es plurivalente, es decir, su interpretación puede cambiar de acuerdo a como se desarrollen los acontecimientos. La muerte de Mario cambia muchos aspectos de la interpretación. Inspector, en la premonición, Mario y Antonella caminan por un largo pasillo en penumbra que los lleva a una puerta de madera inmensa. Parecía el portón de un templo. Los caminos en las profecías son rutas para llegar a un fin. En el sueño de ella hay oscuridad, lo que significa que el fin es alertar y advertir hechos trágicos.

—Pero Mario murió —interrumpió el policía.

—Sí, es verdad, pero creo que su muerte fue predicha en el sueño. Yo me equivoqué al no poder interpretar las señales.

—¡No comprendo!

—Inspector es importante que sepa que los sueños tienen capas. El tiempo y la dimensión. En teología existe un término llamado el pluriuniverso. Es el universo complejo que envuelve el mundo terrenal con el divino. Ese cosmos es como un gran reloj de arena de vidrio que está lleno de agua en ambos lados. También lo podríamos comparar con dos grandes esferas que se tocan en un punto en común. Los sueños están en el medio de este reloj o en el punto en común, entre ambas esferas. Son el vaso comunicante entre ambos mundos. Aunque esta teoría tiene muchos detractores, hay pruebas palpables de que sí existe este pluriuniverso. En la biblia hay infinidad de ejemplos en los cuales Dios se comunicaba a través de los sueños. La mayoría de las profecías bíblicas se dieron a través de imágenes oníricas. Hay casos de personas que pierden un ser querido y logran verlos y comunicarse con ellos, mientras duermen. La

existencia de ese pluriuniverso es real. Estoy convencido que los sueños, no todos, por supuesto, son un canal entre el mundo terrenal y el divino. Cuando nosotros soñamos, bordeamos esas esferas. Los mortales solo podemos ver nuestra esfera cristalina. Allí nos encontramos con las imágenes más inverosímiles que unidas a nuestros recuerdos, temores y anhelos marcan lo que soñamos a diario. Pero hay un grupo reducido de personas que, por alguna razón desconocida hasta ahora, tienen la capacidad de poder entrar en estas esferas e ir al pasado, al futuro, al presente inmediato, es decir la capa del tiempo.

El padre hizo una pausa, mojó sus labios con la punta de su lengua y luego agregó:

—Y tenemos también a la dimensión que se refiere en donde se desarrolla el sueño. En la esfera del mundo terrenal y el divino. Antonella tiene la capacidad de viajar en el tiempo, precisar lugares y traspasar también hasta la otra esfera, la del mundo celestial.

—Es un don —agregó Speer.

—Sí, una terrible bendición, en el caso de Antonella.

—¿Por qué?

—Porque Antonella no es cualquier vidente. Es una poderosa pitonisa e incluso está a un nivel superior, su capacidad para profetizar es única.

—¿Por qué?

—Porque puede precisar el evento. El hecho que tenga dos sueños iguales en la misma fecha, pero con un mes de diferencia, la hace única. Predice que lo soñado se cumplirá. Es como una garantía de su poder de premonición y eso, inspector, es algo único. Yo jamás supe de un caso así, pero también hay otra característica que la hace especial.

—¿Cuál?

—Ella ha ido más lejos que todos, más allá que ninguno en una visión. Su capacidad vidente se introdujo en un lugar inaccesible que incluso es negado a los seres celestiales. Ella se introdujo en la esfera del mundo divino y pudo soñar con un ser que solo pocas personas saben de su existencia. *Shemiyaza*.

—El Ángel rebelde. Ella me lo mencionó, pero no le presté mucha atención.

—Sí, él. Por eso digo que en su caso es una bendición, pero también una maldición. Cuando ella se introdujo en ese mundo divino y pudo atisbar todo lo que vio, también fue observada por criaturas de esa dimensión. En ese mundo hay seres puros, pero también entes malignos que no desean otra cosa que hacer el mal y lo peor ella pudo ser observada por otra gran pitonisa.

—¿Cuál?

—La Luz Oscura, también conocida como la Orquídea, quien es la sacerdotisa de los discípulos.

—¿Y pueden hacerle daño?

—Los demonios no pueden hacer un daño físico. El mundo tiene un mal concepto de ellos. Creen que los seres sobrenaturales actúan igual que en las películas de terror. Los demonios tienen poder en su reino, pero en el mundo terrenal es nulo. Ellos nos tientan, nos crean las condiciones para caer en pecado y hacen lo imposible para alejarnos de Dios. Ese es su fin supremo. No obstante, los seguidores de los demonios sí pueden hacerle daño a Antonella. Y ese es el caso de los discípulos. Pero no quiero alejarme del tema de su profecía... Como le dije, ellos llegaban a un portal en una gran puerta de madera. Estas significan umbrales en los sueños. Ellos traspasaban juntos el limen, lo que significa que sus destinos están atados. Es allí donde me equivoqué. La muerte de Mario fue profetizada en el sueño. El pase de la puerta de madera significa que uno de los dos guiaría al otro por el camino que debe encontrar en esta vida o en la otra. Ese es la interpretación del sueño plurivalente. Yo estoy convencido de que la muerte de Mario es significativa porque él intentará guiar a Antonella en su interpretación. Uno de los dos debía ser sacrificado. Luego, en el sueño, ante la insistencia de Mario, ambos entran a un templo con una gran cúpula verde que descansa sobre seis pilares y una base triangular esculpida.

El padre hizo otra pausa y secó su sudor. Speer escuchaba absorto en sus propios pensamientos. Él, un escéptico de lo sobrenatural y divino, debía basar esta investigación en lo inverosímil, lo fantástico. ¡Jamás pensó hacerlo! Todo fuera por atrapar al malnacido del Serafín y rescatar a Antonella.

—Luego de esto, ambos entran al templo y se encuentran dentro de un salón iluminado con velas colocadas en lámparas en el techo. En el centro de ese salón, en una especie de altar con un gran círculo de oro, dentro de éste, dos grandes letras doradas simétricas emergen. La primera letra es una D invertida y a su lado hay una gran D del mismo tamaño que la anterior. Encima de ésta, una gran águila bicéfala, cuyas cabezas miraban en todas las direcciones y chillaban sin parar. Este era uno de los puntos que me faltaba por develar, pero que gracias a su aporte acerca del diario de Himmler, es posible que sea una de las piezas que faltaba del rompecabezas. Las letras D invertidas son fuerzas contrapuestas. Creo que se trata de Dios y el Diablo, los puntos cardinales del Bien y el Mal. El águila bicéfala podría ser el símbolo del nazismo. El águila era uno de sus emblemas. Creo que los nazis tienen algo que ver con todo. Sé que Himmler, de niño, fue un devoto católico y luego se transformó, con el paso de los años, en un diabólico ateo y perseguidor de la iglesia católica. Él intentó hacer del nazismo, una nueva religión y convertirse en su sumo sacerdote. Es posible que en ese diario este revelado un misterio muy importante. Allí, quizá se nombre cómo romper el equilibrio de las fuerzas.

—¡Por eso es tan importante el diario! —dijo Speer, agregando —Nunca lo hubiese creído. Por ese diario mataron a Otto Gebauer y han masacrado a mis policías. El Serafín ha estado detrás de todo esto.

—¡Serafín!, “peculiar nombre”. Es macabro que un asesino tenga el apodo de los ángeles que rodea las cortes celestiales.

—¿Es posible que él sea parte de los discípulos, Padre?

—No lo sé, nunca se sabe, pero si es como usted me dice, él está bajo las órdenes de alguien muy poderoso. Ese alguien quería a toda costa el diario privado de Himmler.

—Y esas imágenes, como usted ha dicho, ¿Es posible que sean del pasado?

—Todo es posible, pero estoy seguro que son del presente. El águila emite unos chillidos en el sueño, eso significa, en el lenguaje onírico, la inminencia de los hechos que están por suceder. Lo que sigue en las imágenes es un acertijo. A ambos lados de ese altar, hay un gran espejo donde ella se ve reflejada, y observa, además, detrás, a dos hombres de espaldas: uno vestido de negro y el otro de blanco. Mario le dice que debe escoger pronto porque no queda tiempo. Antonella mira a ambos y éstos sin voltear dicen que son dos, pero son uno solo. Los espejos significan proyección en los sueños. Cuando soñamos y nos reflejamos en un espejo, no nos vemos a nosotros mismos sino a quien queremos ver. Por lo general es un familiar cercano, un padre, una madre o un hermano. Esa fue la razón por la cual decidí investigar los orígenes de Antonella. Ella afirmó ser adoptada, por eso necesitábamos saber si su madre o su padre están vivos o tiene algún hermano.

—Pero ¿Qué debe escoger ella?

—En el sueño precisa que es a alguno de los dos hombres. El de blanco o el de negro.

—Y ¿quiénes son?

—No lo sé, puede ser una simbología o puede ser literalmente.

—El bueno o el malo —dijo Speer.

—En principio pensé que era así. El hombre de blanco podría ser el bueno y el de negro el malo. No lo sé, creo que ese misterio solo lo puede resolver Antonella quien es la que debe escoger.

—Por eso debemos rescatarla.

—Sí, pero los acontecimientos se suceden tan rápidos que no creo que dé tiempo. Creo que debemos primero evitar lo que está por suceder. Hay algo que no mencioné de la premonición. Mario le dice a Antonella que Dios es la salvación. Luego, las paredes del salón se llenan de luz solar y al fondo, en la pared están pintadas, con letras rojas, los números romanos, XIV XIII XIV.

—¿Y eso qué significa?

—En el lenguaje hebreo, el nombre de Isaías significa “Dios es la salvación”, el gran profeta bíblico. Los números corresponden a esos capítulos y versículos de ese libro, y hacen referencia a uno de las más terroríficas profecías del libro sagrado. Se trata de los propósitos de Satanás. Aquí cargo una biblia pequeña.

El sacerdote la tomó y leyó:

—Cinco objetivos claramente definidos. El primero: *subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios*. El segundo es *levantaré mi trono*. El tercero es el que dice en *el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte*, el cuarto expresa que *sobre las alturas de las nubes subiré*, y el último dice que *seré semejante al Altísimo*. Esto significa, inspector, que la profecía es cierta, que más allá de lo que logren los discípulos, el fin supremo de coronar a Lucifer por encima de Dios tiene un asidero teológico importante.

—Es difícil comprender, tiene muchas aristas este sueño y su explicación aún más.

—Déjeme terminar la interpretación y trataré de resumirle mejor.

El sacerdote secó el sudor de su frente de nuevo con su pañuelo blanco y continuó:

—En la parte final del sueño, Antonella ve que la habitación, donde se encontraba, se ilumina y se escuchan vítores y aplausos. Ella ve a Mario gritarle, pero no puede escucharle. La luz aumentó y luego, todo fue silencio. Observó millones de cadáveres que le rodeaban. Gritos espantosos de dolor emergían de todos los rincones. De pronto, se encuentra frente a un espejo donde ve su reflejo difuso y las letras en griego de *Shemiyaza*. Por último, una mujer pelirroja de ojos azules le dice que eligió mal. La premonición finaliza. Creo que esta es la resolución del sueño y se puede interpretar literalmente. Habrán gritos dolor y muerte si la elección que haga Antonella es la equivocada. Habrá, en mi opinión, el inicio de una era jamás vista por el hombre.

—¿Quién es esa mujer de ojos azules?

—No lo sé, pienso que podría ser un familiar de Antonella o un ángel.

El sacerdote hizo una pausa, volvió a secar el sudor de su rostro y agregó:

—Ahora bien, en referencia al nombre de *Shemiyaza*...

—Antonella me contó su historia, es el ángel que se rebeló contra Dios — Interrumpió Speer.

—Si ellos son liberados, la delicada balanza entre el bien y el mal se torcería, trayendo de este modo, el inicio de la gran tribulación anunciada en el apocalipsis. Con ella, se iniciaría la era de la trinidad abyecta: la Bestia, el Falso Profeta y el Anticristo.

Speer sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Él jamás creyó en esos seres celestiales o del inframundo y ahora los sentía caminar por todas partes. El

sacerdote continuó.

—Sé que es difícil entender, inspector. Pero créame cuando le digo que fuerzas oscuras están detrás de todos estos acontecimientos.

—Y ¿Por qué Dios no hace nada?

—Él sí está haciendo algo. Usted y yo formamos parte de este delicado equilibrio y él nos está usando para que evitemos la tragedia que está a punto de darse. Inspector las condiciones para que se materialice la profecía es ahora. Hay aspectos que señalan que será hoy.

—Lo escucho, Padre.

—En los mismos archivos del Vaticano, a los cuales tuve acceso, afirman que la logia de los discípulos es una organización milenaria que nació después de la muerte de Jesucristo. En un documento escrito por un sacerdote francés del tiempo de Napoleón se asevera algo importante. Para que el anatema pueda ser leído e interpretado debe estar presente la Luz Oscura que es la sacerdotisa mayor de los discípulos. Es quien debe dirigir la ceremonia donde se leerá el anatema. Ella es una poderosa vidente, al igual que Antonella. Según sus seguidores, no puede morir.

—Imposible.

—No es imposible. Explico mejor. Sí puede, pero bajo condiciones especiales, las mismas condiciones de la liberación del ángel rebelde. ¿Me comprende? Es un momento delicado para ella.

—Comprendo.

—Además hay tres condiciones para la ceremonia. La luna gigante, el mar de maldad y el altar de Dios. Este último es el momento mismo de la consagración de la eucaristía. De la transformación de la ostia en el cuerpo y la sangre de Jesús. Allí está la clave. En la antigüedad se denominaba el altar de Dios, a la ceremonia de consagración del pan y el vino, por parte de un sacerdote católico. Pero hay algo más, inspector. Creo también que se refiere a quien lleve a cabo esa ceremonia. Es cierto que cualquier sacerdote puede llevar a efecto la consagración de la eucaristía, pero hay un detalle importante que se debe considerar. Solo los príncipes de la iglesia, es decir, los cardenales, son los herederos directos de los apóstoles de Cristo, ellos representan a los discípulos de Jesús en la actualidad. Ellos son su continuación, su legado vivo. Por eso, estoy convencido que el altar de Dios es el acto de la consagración de la eucaristía por parte de un cardenal.

—¿Y los purpurados ofician misas?

—Sí, por supuesto. No es común, pero ellos lo hacen en sus diócesis y arquidiócesis. La mayoría de ellos son obispos y arzobispos radicados en las ciudades principales del mundo. Otra parte trabaja en el Vaticano. Ellos, con

rareza, ofician una misa, pero lo hacen en situaciones especiales. En momentos oportunos.

—¿Y qué me puede decir del mar de maldad?

—El mar de la maldad es cualquier acto maledicente realizado como ofrenda al maligno. En el manuscrito que leí, el sacerdote francés afirma que él presencié un mar de maldad. Fue la desaparición de unos niños en París en la era de Napoleón. Ellos fueron encontrados con mutilaciones y con signos de tortura. Todas sus muertes fueron realizadas el mismo día. Parecía que hubo una especie de sacrificio u ofrenda de la secta de los discípulos. Las muertes coincidieron con la ceremonia de entronización de Bonaparte. ¿Comprende?

—¿Napoleón persiguió la coronación del maligno?

—Sí, por supuesto, utilizó la fuerza del mal para acceder y mantenerse en el poder.

—¿Cree usted que esta situación se repitió en otras oportunidades?

—Sí, estoy casi seguro. Napoleón persiguió el poder absoluto. Hitler también. Son muchas coincidencias juntas. Y ahora el diario privado de Himmler. Estoy seguro que Napoleón estuvo detrás de estas muertes. Es muy sospechoso lo revelado en esa carta del presbítero francés. Él alegaba que la investigación de las muertes de los niños fue suspendida por órdenes superiores y él mismo fue trasladado de París a otro destino. Era como si una mano oculta no permitió que se llevaran a cabo las investigaciones.

—Impresionante, Padre, pero ¿hay pruebas fehacientes de que Hitler haya hecho un pacto con los discípulos?

—No quizá él no, Hitler despreciaba el mundo oscuro de los nigromantes y adivinadores, pero Himmler sí. Él era un empedernido seguidor de las ciencias ocultas, era un creyente ferviente del más allá, de la raza superior, del misticismo.

—Y ¿Qué significa eso?

—Que los nazis pudieron haber pactado con los discípulos. Ellos querían el poder absoluto. No es loco pensar que de alguna forma todos sus pogromos, campos de concentración, asesinatos de judíos y demás atrocidades, tuvieran un fin maléfico.

—Pero en la actualidad no hay nazis, ¿Qué tan importante es el diario de Himmler para alguien?

—Mucho. No sabe usted cuánto. Himmler contaba con los recursos, la organización, la tecnología y el fanatismo suficiente como para haber triunfado en sus objetivos de encontrar la forma de liberar al ángel rebelde.

—Pero los nazis perdieron la guerra. Eso significa que no lograron liberarlo.

—Es cierto, la perdieron porque no contaron en su momento con una

pitonisa, lo suficientemente poderosa, que háyase el anatema, como también pasó con Napoleón. Es posible, de igual manera, que otro aspecto de vital importancia se me haya escapado de mi investigación. Quizá en el diario de Himmler estén las pistas necesarias para que alguien interesado en el poder absoluto utilice la liberación de *Shemiyaza* con fines perversos. Y estoy seguro que eso se desarrollará hoy, quizá a más tardar, mañana.

—¿Por qué está tan seguro?

—Por la última condición. La luna gigante. Es cuando el satélite de la tierra se encuentra en su perigeo. Pude revisar la información meteorológica y hoy la luna será vista con su mayor circunferencia lunar en mucho tiempo.

—¿Y qué tiene que ver la Luna?

—No lo sé, pero recuerde que nuestro satélite tiene una influencia importante en la vida humana. Las mareas, las cosechas y hasta el comportamiento animal se rige por las fases lunares o su cercanía a nuestro planeta. Por alguna razón, la luna gigante es de vital importancia para los acólitos del mal en su persecución de la liberación de *Shemiyaza*. Los antiguos egipcios pensaban que el camino hacia el más allá se encontraba entre la tierra y la luna. En la hechicería, los mayores conjuros se realizan en luna llena, tal como hoy.

—Déjeme comprender porque de verdad es complicado. Hoy en alguna parte del mundo será liberado el ángel rebelde e iniciará la gran tribulación de la humanidad. El anticristo, la bestia y el falso profeta ascenderán al trono de Dios. Con esto se daría inicio al apocalipsis bíblico. Bajará juego del cielo y arderá la humanidad.

—No creo que el apocalipsis bíblico funcione así. Pero si sería el inicio. Recuerde que el libro de las revelaciones se maneja por la simbología y los tiempos, no son perentorios, pueden ser años; pero de alguna manera se iniciaría, por así decirlo, una batalla desigual entre el bien y el mal. Con *Shemiyaza* y sus ángeles rebeldes en acción, se desequilibraría la balanza.

—Pero de qué le serviría a alguien gobernar un mundo en caos. Digo esto porque según lo que usted me ha dicho, la persona que desea la liberación de *Shemiyaza* es aquel que quiere el poder absoluto, el poder de gobernar la Tierra.

—Inspector, el mejor control de los hombres se realiza en un mundo de caos. En ese momento, el control es total. El derecho a la vida, a las libertades, al acceso a la comida y a los servicios básicos son restringidos por los regímenes totalitarios más abyectos. En esas situaciones, el poder de los tiranos es absoluto.

—Y en esa ceremonia, al liberar el ángel rebelde y su corte, ¿Nosotros, los mortales, la veremos?

—No, no creo que funcione de ese modo. La vidente, es decir Antonella, podrá ver todo desde su perspectiva onírica, pero dudo que nosotros lo veamos

en vivo y directo como se observa un partido de futbol

—¿Y, en este mundo actual, usted ha pensado en alguien que desee ese poder a toda costa?

—En eso no he pensado porque de política sé muy poco. No lo sé, pero debe ser alguien muy poderoso, alguien que muestre una sed insaciable por el control de las vidas humanas y cuya influencia en el mundo sea palpable. Creo que es la misma persona que contrató al matón del Serafín.

Speer sacó de sus adentros un vozarrón al decir:

—Yo sé de alguien con esas características, de alguien que está en Berlín en estos momentos y que tiene un apetito voraz por el poder.

—¿Quién?

—Arthur Dubont. El magnate americano dueño de D c.a, quien es, además, precandidato presidencial del partido republicano. Él está aquí invitado por el Papa. De hecho, en los actuales momentos, debe estar almorzando con él. Está en la lista de personalidades invitadas.

El Padre Rhode se quedó pensativo, se recostó hacia atrás y apoyó su brazo derecho en la cocina. Sus dedos cascabeleaban la madera. Speer agregó:

—Tengo indicios y pruebas irrefutables que el señor Dubront estuvo detrás de los asesinatos a través de la facha del Serafín. He atado muchos cabos y todos me llevan al mismo nombre. Las pistas me han llevado por muchos caminos y en todos aparece su figura, con su poder y su dinero. Su pasado es turbio, su dinero es inagotable y él tiene el perfil perfecto para querer acceder al poder absoluto. El Presidente de los Estados Unidos de América es, en teoría, el hombre más poderoso de la tierra. Imagine a tal hombre con un poder terrenal y divino ilimitado... Es, además, el único de los invitados del Papa que no es europeo. Pregúntese ¿Por qué?

El Padre Rhode se absorbió en un mar de dudas, miró con sus ojos azules profundos al policía y soltó:

—No lo sé...¿Cómo lo detendremos?

—De eso me encargo yo. Ese es mi trabajo. Al Papa le quedan dos actividades en la tarde. La primera es la canonización del beato alemán y la segunda es la misa en el Berlín Arena. Buscaré la manera de llegar hasta él.

—¿Y si nos equivocamos? ¿Si Arthur Dubront no es el hombre que estamos buscando?

—Entonces la persona que buscamos, estará allí. Se sentirá confiado de seguir con su plan. También podríamos acceder a él. Con seguridad se delatará.

—No lo sé, es muy arriesgado. Cada actividad del Papa es un evento mundial visto por miles de millones de almas...un momento, inspector —esto último lo dijo el padre Rhode con un dejo de duda. El sacerdote se abalanzó

hacia adelante, su mirada se perdió en el piso vetusto y sucio de la cocina.

—¿Qué sucede, padre?

—El señor Dubront... su compañía... su empresa ¿Cómo se llama?

—El consorcio se denomina D c.a.

El padre Rhode dejó de ver el piso y clavó su mirada en los ojos del inspector que comprendió lo que le decía.

—¿Se refiere a la D vista en el sueño de Antonella?

—Sí, por supuesto. Es mucha casualidad que su compañía sea esa D.

Los ojos de Speer brillaron, luego espetó:

—Pero hay otra cosa... estoy seguro. Creo recordar algo.

Speer se dirigió a su chaqueta y sacó de uno de los bolsillos, su libreta de anotaciones. Hojeó con avidez sus páginas. Se detuvo en una de ellas y exultante dijo:

—El señor Dubront es conocido como Mr. D entre sus más allegados.

—¿En serio?

—Sí. Pero hay más Padre. El señor Dubront y los altos ejecutivos de esa empresa son conocidos en las lides del mundo de los negocios como los hombres de negro. Siempre visten de este color de traje. ¿No será acaso, el señor Dubront el que viste de negro?

El sacerdote se abstraigo en sus pensamientos, unió la yema de sus dedos y se quitó sus gafas. Sus ojos azules brillaron.

—Si lo que usted dice es cierto, entonces la persona vestida de blanco es el Papa. De ser así, su vida corre peligro. Todo cuadra. El señor Dubront buscaría matar el Papa en plena misa. Con eso lograría dos cosas. El mar de maldad, en primer lugar. Asesinar al vicario de Cristo ante los ojos del mundo es el máximo acto de maledicencia. Además, lo haría mientras este realiza la misa en el altar de Dios... y hay otra cosa, un punto que olvidé —el sacerdote sacó su libreta de anotaciones y hojeó sus páginas con acuciosidad —... en la profecía de Antonella ella entra a una gran iglesia con una gran cúpula verde, muy parecida al panteón de Roma y allí se llevará a cabo la ceremonia de canonización. Vi en internet que la iglesia de santa Eduvigis donde se efectuará la canonización tiene la cúpula de ese color. Y si él señor Dubront estará presente en ese momento significa que será ungido por la liberación del ángel rebelde. Con eso él podría estar al mando del ejército oscuro. El mismo que persiguió Napoleón y Hitler. Por eso necesitan a Antonella, ella es la gran pitonisa que puede abrir el portal e interpretar el anatema. Ella estará allí.

—Pero usted dijo que sería un cardenal quien oficie la misa.

—El Papa es un cardenal, es el regente de todos los príncipes de la iglesia. Debemos impedirlo, antes de que sea demasiado tarde ¿De cuánto tiempo

disponemos, inspector?

—Me temo que tenemos poco tiempo.

—Debemos darnos prisa entonces. De nosotros depende que señor Dubront no tenga acceso al poder absoluto.

Speer miró su reloj y se percató de que disponían de menos de una hora para impedir que los planes de Dubront se hicieran realidad y se desatara un pandemónium. Ambos hombres salieron del departamento. Speer tocó la puerta de la vecina que le prestó la herramienta y sin esperar que ella abriera la puerta la recostó en una pared. Luego, bajaron por las escaleras, raudos, y se dirigieron hacia la calle. Arriba la vieja con los pelos hechos añicos miró a las dos sombras alejarse en la turbiedad del día.

La mujer de los ojos claros miraba unas sombras en la habitación donde permanecía raptada. Los sonidos se diluyeron y perdieron significado. Su mundo se volvió oscuro como su esperanza de huir. Se desmayó de inmediato. Cuando comenzó a recobrar la conciencia, sintió que deambulaba en el limbo de la oscuridad. Afiló el sentido del oído y escuchó, en la distancia lejana, unas voces como un murmullo remoto. Se percató que iba dentro de un automóvil.

—¡Debemos encontrarla pronto! —dijo una voz.

—¿Tú confías en ella? —respondieron.

—Sí, ella fue quien nos proporcionó todo lo que sabemos.

—Entonces debe ser cierta la información.

—Date prisa, estamos a punto de alcanzarle.

—Hago todo lo que puedo, tampoco quiero despertar sospechas.

Hubo un lapso de silencio. La mujer de los ojos claros permanecía alerta.

—¡Aquellos son! ¡Sí, son ellos! ¡Acelera!

El sonido de las altas revoluciones del motor del carro le indicó que iban a gran velocidad. De pronto, el impacto la desorientó. Cayó en el suelo del vehículo. El cuerpo le dolía, sintió arcadas en el estómago y le costaba respirar. Con mucha dificultad, levantó el tronco y apoyándose en ambas manos, soltó las ataduras que prendían sus muñecas. Sin perder tiempo, se arrancó la cinta de su boca y la tapadura sobre sus ojos. Miró en la parte delantera del vehículo y se percató de que no había ocupantes. Vio el choque entre los autos.

Se quitó las ataduras de los pies. Sintió náuseas y dolor en el cuello. Miró hacia afuera y vio que no había más nadie dentro y varias personas se acercaban hacia el auto. Intentó identificar a sus secuestradores, pero no estaba allí. Debía actuar rápido y salir a como diera lugar. Intentó abrir la puerta, pero permanecía

trancada. El impacto inutilizó las cerraduras. Pasó al asiento delantero con dificultad e intentó abrir la puerta del acompañante y luego la del piloto, pero el esfuerzo fue en vano.

De pronto, escuchó un chasquido que mordía la puerta del conductor. Esta se abrió. Sintió su corazón palpar. «Son ellos», pensó. Una mano entró y la tomó del brazo. Escuchó como le hablaban en alemán. La halaron y la ayudaron a salir del interior del vehículo. Sintió el aire tibio de la tarde berlinesa besar su cara y cómo el sol relamía su piel barnizada de sudor. Miró entonces al hombre que la ayudó. Se soltó. Era un alemán corpulento de mediana altura, con el cabello color del oro. Le seguía hablando en alemán, pero ella no comprendía. Miró a su alrededor y se percató de que varias personas se acercaban a su alrededor. Buscaba a sus captores.

—*¿Are you all righth?* —le dijo.

—*Yes, I am.*

Al terminar de responder, vio como detrás del alemán, se acercaba, de prisa, una sombra diminuta. Era ella. Comenzó a correr en dirección contraria por dónde venían persiguiéndola, ante las miradas impávidas de los curiosos.

Desorientada y aturdida, corría con desesperación. El tobillo derecho le dolía demasiado por el trauma producido por el impacto. Cojeaba. La ciudad se abría hambrienta y parecía querer tragársela. Cruzó una esquina y corrió entre los autos que venían en dirección contraria como los toros de Pamplona en San Fermín. Tropezó con una mujer robusta que se bajaba de un taxi. Ambas cayeron al piso. La sombra que la perseguía se convirtió en carne y huesos. Pudo distinguir una jeringa en su mano. Sintió como se abalanzó sobre ella. Ella, de rodillas, abrió la puerta del auto con fuerza y golpeó la pierna de su atacante. Expelió un gemido de dolor. Arrancó de su mano la hipodérmica y se levantó con fiereza, su ira acumulada se concentró en su rodilla que golpeó el rostro de su atacante. La pequeña mujer cayó de espalda al piso. La gorda gritaba, pavorosa.

El conductor del taxi, un sexagenario calvo y gordo, se bajó y en un alemán furibundo, las increpó. Ella vio su oportunidad. Tomó la jeringa del piso y se la clavó al alemán en una pierna. El hombre se quedó pasmado ante su agilidad. El efecto de la droga hizo efecto y cayó de rodillas, primero, y luego, de bruces en el asfalto. Sin perder tiempo, la mujer de los ojos claros se subió al taxi y arrancó con violencia. Su pie pisó a fondo el acelerador. La ciudad se tragó su celaje entre la cara impávida de los testigos. Sabía a donde ir.

La sombra, adolorida y renca en el pavimento, se devolvió hasta donde impactaron los autos y se encontró a su acompañante, que le preguntó:

—¿Dónde está ella?

—Huyó. ¿Y él dónde está?

—Huyó también.

—No puede ser.

—Si la maldita huyó, estamos perdidos.

—No lo creó. Ven conmigo rápido, mira dentro del auto.

La sombra se dirigió hacia el auto impactado y miró en la parte de atrás.
Sonrió. Vio el rostro de su ocupante.

—Intentó huir, pero la atrapé unos metros más adelante. ¡Es ella!

—La información era cierta —respondió la sombra.

—Sí, aún podemos llevar a cabo la ceremonia.

Speer se situó en el medio de la calle e hizo señas con su mano al conductor del vehículo que venía hacia él, Apuntando su arma hacia el cielo, le indicó que se detuviera. Los frenos chillaron, los neumáticos mordieron el cemento y el auto se paró de un sopetón. Ambos vidrios delanteros bajaron a la par. El inspector miró, sorprendido, a sus ocupantes, una pareja de ancianos. Los rostros decrepitos de ambos se congelaron ante la desesperada solicitud de aquel hombre. Los dos vejstorios estuvieron a punto de sufrir un síncope por la osada acción de aquel hombre.

—Necesito su auto, ciudadano —le dijo al conductor —Soy inspector de la policía. Es una emergencia.

Los dos ancianos se miraron pasmados y sorprendidos, sin ninguna queja. Se bajaron del vehículo, morosos. Speer les ordenó sentarse en la parte trasera y tomó el volante en sus manos. Rhode se sentó a su lado. El cura dio las buenas horas a los dos viejos que no pronunciaron palabra y se veían con los rostros incrédulos. Speer arrancó el automóvil con prisa. Adelantaba los autos de la vía con habilidad y destreza.

—¿Seguro que puede hacer esto? —preguntó Rhode.

—No, no puedo, pero tengo la obligación moral de hacerlo. Yo no le creí del todo a Antonella, cuando me relató su historia, pero ahora me percaté de que ella está en peligro.

—No me refiero a eso, ¿Usted puede conducir como lo hace?

Speer asomó una sonrisa parca y vio por el espejo retrovisor a la pareja de ancianos que con sus manos unidas, intentaban darse ánimo entre ellos.

—Padre lo importante es llegar rápido, creo que tenemos poco tiempo para actuar. Si lo que usted dice es verdad, todos seremos afectados, tarde o temprano.

—Es así, inspector. Pero dígame algo. ¿Qué haremos?

—Le avisaré a mi antiguo equipo de trabajo. Ellos tomarán las previsiones para evitar el atentado. Detendrán a quienes estén en actitud sospechosa.

—Yo puedo hacer algo más efectivo.

—Sí ¿Qué puede hacer?

—Puedo llamar al Cardenal Ranieri que está en el séquito papal. Él le informará a su Santidad y se detendrá todo.

—¿Seguro que puede hacerlo?

—Sí, déjeme llamar a su ayudante.

El sacerdote tomó su teléfono y marcó en varias oportunidades el número del asistente personal del Cardenal.

—El teléfono está apagado. No puedo comunicarme. Es extraño, su teléfono siempre está disponible.

—Es como si una fuerza superior quiere interrumpir nuestra labor.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero hay algo tan importante como salvar a su Santidad. Hay que tratar de ubicar a la Luz Oscura.

—Y ¿Cómo la encontraremos?

—No lo sé, pero creo que debemos partir de la premisa inicial de que es una mujer.

—¿Seguro que estará en la ceremonia?

—Sí, es una condición para la liberación del ángel rebelde, ella debe estar presente.

—¿Y es verdad que ella no puede morir?

—No lo sé, ya no sé qué es verdad y qué es mentira. El documento que leí decía que ella es vulnerable hoy más que nunca. No estará sola, debe andar con su protector, su guardaespaldas, su perro fiel. Creo que es el hombre que me atacó, a él si lo reconoceré, de verlo.

—¿De quién está hablando?

—La Orquídea tiene un guardaespaldas, el hombre que me atacó, lo llaman la Pantera.

—Pero, de seguro, habrán otros discípulos del mal que se interpondrán entre nosotros y ella. Debe estar muy bien cuidada y protegida —dijo un alterado Speer.

—No creo que sea de ese modo. Si bien ella es la más importante de todos los abyectos seguidores de Satanás, solo deben estar presente las personas correctas en la ceremonia.

—Lo importante es que sabemos que Mr. Dubront está detrás de toda esta conspiración, él es quien en realidad me preocupa. Su poder se basa en el dinero e influencias, no en su fuerza espiritual. Me preocupa la vida de Antonella. Ella está en las garras del americano.

El inspector hizo un giro brusco para evadir a un motorizado que se coleó y cayó en el piso. El sacerdote seguía asombrado al ver la forma demoniaca como conducía el policía. Los ancianos se vieron con sus ojos contritos. Sus rostros parecían pintar su muerte próxima.

—¿Cuánto falta para llegar a nuestro destino?

—Poco, Padre, muy poco. En menos de cinco minutos estaremos en los alrededores. Pero debemos bajarnos dos calles antes. De allí caminaremos hasta la catedral de Santa Eduvigis.

—¿Tiene la caja?

—Sí, aquí la tengo —Speer sacó la caja del bolsillo de su chaqueta y se la entregó al sacerdote —Intente abrirla, Padre —le dijo.

El sacerdote intentó hacerlo, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

—No puedo, es imposible. Está sellada.

—Ya no importa, Padre. Estamos llegando. —sentenció Speer.

Rhode vio una hilera de conos anaranjados fosforescente atravesados en el medio del próximo cruce de la calle. Unos policías hacían indicaciones a los conductores para que siguieran una trayectoria paralela. Speer redujo la velocidad, pasó al lado de los efectivos y se estacionó unos metros más adelante. El inspector miró por el espejo retrovisor a los dos ancianos que iban ahora, con los ojos cerrados. Parecían rezar.

—Muchas gracias señores, han salvado al mundo —dijo Speer y salió por la puerta del conductor, dejando el auto encendido.

—¡Que Dios los bendiga! —solo alcanzó a decir el anciano sacerdote, al salir.

Los alelados viejos abrieron los ojos y solo levantaron sus cejas. Se vieron entre ellos. Luego vieron como la multitud se tragaba a los inesperados secuestradores.

El sacerdote y el policía pasaron por el puesto de vigilancia donde se había desviado el vehículo. Uno de los efectivos reconoció a Speer y lo saludó desde la distancia. Ambos se internaron entre el mar de gente que pululaba por las calles cercanas a *Babelplatz*. En la medida que se acercaban a la plaza principal, se reducía el espacio por donde poder pasar sin dificultad. El ruido del murmullo se acrecentaba mientras se aproximaban a la iglesia. Ambos hombres avanzaron entre el gentío. Apartaban a los feligreses con dificultad. Al cruzar en una esquina e internarse en el lago de personas, Speer, con sus casi dos metros de estatura, se percató de que llegaron a la plaza principal. A lo lejos, pudo ver la inconfundible cúpula verde de la catedral. Volteó y vio al sacerdote engullido por la multitud.

—¡Llegamos! —expresó.

El holandés naufragaba entre el mar de brazos, sombras, sudor y piel que lo envolvía. Como pudo, se acercó hasta el inspector. Su frente brillaba como un faro por el sudor. Su boca abierta, jadeaba.

—¡Hay demasiada gente, Padre!

—Sí ¿Cómo llegaremos hasta la catedral?

—Atravesar la multitud será imposible. Mientras más nos adentramos, más feligreses impiden nuestro paso.

—El único modo será pedir ayuda. Llamaré a alguien que nunca me falla.

El policía sacó su teléfono y marcó.

—¡Dafne, necesito tu ayuda! —hizo una pausa —sí, una vez más —nueva pausa —Necesito acceder al área de seguridad de la iglesia. Necesito ver a Boris —El sacerdote observaba desde su baja altura al gigante inspector —¿Tú estás aquí?, perfecto, te espero. Estaré en las cercanías del hotel Roma al lado de la catedral.

El inspector cortó la llamada.

—Padre, sígame, tenemos poco tiempo. No se despegue de mí. Tómeme de la cintura y no se separe en ningún momento.

El sacerdote se aferró al cinturón del pantalón del inspector al igual que lo hace un pequeño Koala a su madre marsupial. Speer se abrió paso con fuerza. Empujaba a los feligreses. Se dirigió hacia el hotel Roma —situado al otro lado de la calle de la basílica —y con la fuerza de sus brazos y su cuerpo llegó hasta el borde de la calle. Se encontró con la cinta de seguridad puesta por la policía. El inspector pudo observar a varios agentes que él no conocía. Le pareció extraño. Atisbó que eran de la policía de Múnich y que reforzaban la seguridad de la catedral.

—Llegamos —le dijo al sacerdote que aún se aferraba a su cinturón —puede soltarme —agregó.

—Gracias a Dios. ¿Su Santidad habrá llegado?

Rudolph recordó que llevaba consigo un radio por donde podía escuchar la red interna de la policía.

—No lo sé, déjeme averiguar —dijo y encendió el aparato.

Mientras escuchaba en la red interna las comunicaciones del anillo de seguridad policial, Speer vio la hora. Eran casi las tres de la tarde.

“*El águila se acerca al nido*” — escuchó.

Era la palabra clave utilizada en las comunicaciones policiales para informar que el dignatario llegaría de un momento a otro.

—El Papa llegará pronto —expresó.

—¿A quién esperamos? —preguntó el sacerdote.

—A mi asistente.

—¿Confía en ella?

—Le confiaría mi vida —sentenció el inspector.

El sacerdote sacó un pañuelo blanco que guardaba en el bolsillo de su pantalón y secó el sudor que inundaba su frente y sus pómulos. Speer buscaba con ansias a Dafne, pero ella no llegaba. Vio hacia la cúpula celeste y observó dos helicópteros que daban vueltas alrededor de *Bebelplatz* como dos moscas que zarandean alrededor de una comida abandonada. Una de las aeronaves era de la policía y la otra era de la televisión que buscaba no perder ningún detalle

de la visita papal. El calor ahogaba su cordura y el sonido de los cánticos de los feligreses, que se escuchaba por doquier, retumbaban en sus tímpanos.

Los rostros de las personas, bruñidos y expectantes, adornaban toda la inmensidad de la plaza, bastión de la historia contemporánea alemana. El inspector vio en una de las pantallas como se acercaba la caravana que trasladaba al Sumo Pontífice. Se aproximaba desde la calle que colindaba entre la iglesia de Santa Eduvigis y el hotel Roma.

—Es demasiado tarde, padre. El sumo Pontífice está llegando.

Una batahola de gritos, aplausos y jolgorios se empoderó de la multitud que, con un frenesí sin par, se dejaba llevar por el paroxismo colectivo producido por la llegada del representante de Dios en la tierra. Desde su altura, Speer pudo observar como los vehículos y patrullas de seguridad, que precedían al papamóvil, llegaban hasta el frente de la iglesia de Santa Eduvigis. Los integrantes del anillo de seguridad más íntimo del Papa se bajaron y tomaron sus lugares en el mecanismo de seguridad.

—No se preocupe, inspector. No creo que suceda nada a la llegada del Papa, debe iniciar la misa. Será en ese momento cuando su Santidad corra mayor peligro.

De pronto, la miríada de personas estalló en un solo regocijo. La figura blanca inconfundible del Papa apareció en la pantalla. Iba dentro del papamóvil. En pocos segundos, Rudolph pudo observar, desde la distancia, la llegada del Vicario de Cristo. Absorto, entre el griterío de la gente, los aplausos inextricables, el sol inclemente y su preocupación de que algo sucediera, el inspector no se percató de que alguien le jalaba una manga de su chaqueta. Solo cuando escuchó su nombre, volteó y miró a Dafne que le gritaba entre el gentío.

—¡Inspector, sígame! —la escuchó decir. Vestía de negro. Iba acompañada de un efectivo policial que lo reconoció.

—Padre, sígame —le dijo al sacerdote —Es mejor que usted vaya a mi lado. Entre tantas sotanas y solideos, usted está más encubierto que nosotros.

Ambos hombres pasaron por debajo de la cinta de seguridad y siguieron a la mujer que marchaba a paso vivo, en dirección hacia la iglesia. Delante de todos ellos iba el efectivo policial. Aprovechaban que la atención estaba fijada en la llegada del Santo Padre. Caminaron unos cincuenta metros y se confundieron entre el gentío que ingresaba a la catedral.

El Papa fue recibido por el Deán quien besó su anillo papal. Se iban a dirigir a la basílica cuando el Santo Padre hizo algo inusual. Rodeado del ejército de guardaespaldas, se dirigió hacia la multitud y comenzó a estrechar las manos de las personas. Con lentitud y con mucha paciencia, los saludaba, uno por uno, cargaba a algunos bebés y se retrataba en los selfies de sus fieles. Era la nueva

forma de difundir la religión de Jesús. El público enloqueció en una andanada de aplausos y vítores. El despliegue de las cámaras y los periodistas era impresionante; en cada esquina, en cada rincón, una cámara de televisión no perdía detalle de lo que sucedía. Los fieles deliraban entre cánticos, gritos y el retumbar de las cornetas que conectaba con el coro de la iglesia que interpretaba el “himno de la alegría” de Bethoven.

—Sígueme, no se despegue de mí —le dijo Speer al sacerdote.

Llegaron hasta donde se encontraban dos hombres vestidos con traje negro. El sacerdote vio cómo Speer se acercó a uno de ellos.

—Inspector ¿Qué sucede? Me estoy jugando mi carrera y mi prestigio —dijo Boris.

—No hay tiempo que perder, quieren asesinar al Papa.

—¿Cómo? ¿Quiénes? —expresó, con la voz quebrada, el subjefe de la policía.

—No te lo puedo explicar bien.

—Pero deberá explicármelo, inspector, porque es el único modo en que pueda ayudarlo.

Speer miró con detenimiento a quién hasta hace poco era su segundo al mando y comprendió su demanda.

—Boris, él es el Padre Rhode, viene de Roma y conoce a Antonella, la mujer secuestrada esta mañana. Ambos tenemos la certeza de que el señor Dubront intentará asesinar al Papa en la ceremonia que está por comenzar.

—¿Y de qué forma señor?

—No lo sé. Eso debo averiguarlo dentro de la iglesia... y de otra cosa estamos seguros, el señor Dubront indicará cuando realizar el asesinato, por eso debo llegar hasta él.

—Eso es casi imposible, señor. Él debe estar en un lugar privilegiado.

—Si lo sé, pero tengo que jugármela.

El jolgorio continuaba en los alrededores del hombre de sotana blanca que se paseaba entre la multitud como un pastor con sus ovejas. Las mimaba, las tocaba, las cuidaba. Boris pensativo, miró a Rudolph por un momento. Él le preguntó qué le sucedía.

—Señor, hay una información que obtuvimos hace una hora y no sé si tenga algo que ver con lo que está sucediendo.

—¿Qué información?

—La policía de París detectó una venta ilegal de una porción de Ricina, una de las sustancias más mortales y tóxicas del mundo.

—Sí, sé lo que es.

El sacerdote miró con detenimiento al inspector y le preguntó:

—¿Qué es la Ricina?

—Es una de las toxinas más letales del planeta. Si se inhala, se ingiere o se inyecta, resulta mortal. También se puede disolver en agua o en ácidos débiles, convirtiéndose en un gas venenoso —respondió Boris.

—Eso no es nada bueno —dijo el padre con el rostro arrugado.

—No, no lo es —respondió Speer.

—Señor, ordenaré actuar de manera inmediata y le informaré al jefe de la guardia suiza.

—No, no lo haga —dijo el padre ante la mirada atónita del joven efectivo policial.

—No lo hagas Boris, sería peor. Déjame entrar con el sacerdote al interior de la catedral para observar cualquier detalle que me permita ubicar a los perpetradores. Ubícame en un puesto cercano donde yo pueda estar junto al sacerdote. Debemos vigilar a Arthur Dubront. Creo que está implicado en todo esto.

Boris tomó la punta de la antena del radio que tenía en su mano y la mordió, nervioso. Vio la imagen del Papa en la pantalla de uno de los televisores que transmitía la ceremonia y dijo:

—¡Está bien! ¡Tomen estas credenciales! ¡Sígueme!

Se integraron al grupo alrededor del Papa, quienes se desplazaban por el exterior de la basílica. Pasaron por la puerta lateral hacia el interior del recinto. Llegaron a la nave central para dar inicio a la canonización.

El interior de la catedral tenía una forma circular. Inspirada en el Panteón de Roma, su arquitectura era inédita en el mundo. Al entrar por la puerta principal se asomaba, en el centro de la nave, una gran cripta subterránea que se sumergía como parte de una construcción única. Ese hipogeo no era parte del diseño original de la basílica que fue destruida en 1943, durante los bombardeos aliados a la capital alemán; esta fue agregada durante su reconstrucción. Dos grandes alas circulares se bifurcaban alrededor de la bóveda y finalizaban en la parte superior de la catedral donde se erguía el altar como una especie de columna que nacía en la cripta y terminaba en una gran mesa de granito situada en todo lo alto.

El Papa se situó detrás del altar y fue rodeado por su séquito eclesiástico. El clero se ordenó por estricto orden jerárquico. La imagen emulaba las cortes celestiales de Dios rodeado de arcángeles, serafines y querubines. El coro de la iglesia, situado dentro de la cripta, junto a una orquesta de cámara, entonaba canciones en latín en clara reminiscencia a Jesús. Entre los grandes vitrales de la iglesia, las banderas de Alemania y el Estado Vaticano se encontraban entrelazadas entre sí. En uno de los dos grandes balcones, los periodistas y

camarógrafos no querían perderse ningún detalle de la ceremonia de canonización, a punto de iniciarse. Encima de la entrada principal se asomaban los tubos del órgano de la iglesia como grandes espinas de acero. Su diversidad y majestuosidad asemejaban un gran enjambre de abejas que, silente, esperaba por los impulsos del teclado para emitir sus sonidos majestuosos. Situados alrededor de la cripta y en forma de semicírculo, grandes hileras de sillas encintaban el interior. Los invitados especiales permanecían de pie, con los rostros penitentes, silenciosos y con ganas de querer ganarse el cielo.

Speer reptó por el interior del perímetro interior de la iglesia, buscando a Arthur Dubront. Los efectivos de seguridad se encontraban en todo el perímetro como perros guardianes vigilantes que miraban con acuciosidad a los presentes. Sus ojos acezantes intentaban percibir cualquier indicio de amenaza. El inspector se acercó a Boris y le dijo:

—Creo que es mejor que nos dividamos, recorre el otro lado, yo intentaré ubicar al señor Dubront desde esta ala.

Boris se marchó sin pronunciar palabra.

Mientras las autoridades se ubicaban en sus lugares, el inspector recorría con parsimonia y lentitud el coso católico. A su lado, el padre Rhode escrutaba a los presentes con más ahínco. Su tarea no era sencilla, debía buscar a alguien que no tenía idea de cómo era. Hallar a la Luz Oscura, no resultaría una tarea fácil. Speer y Rhode se miraban entre sí en un intento de saber si el otro tuvo éxito en su labor, pero no era sencillo, el gentío lo impedía. La estrechez entre los asientos, apenas dejaba espacio para ver el reflejo de un perfil de alguien. Los dos miraban las caras que iban y venían dentro del bosque de rostros, sin poder acertar en su búsqueda. El canto del coro, el estruendo de la orquesta y las luces de las cámaras de televisión, no permitían encontrar a sus objetivos. Era una labor titánica y tenían poco tiempo. Siguieron caminando como fantasmas en un intento de no llamar la atención, pero era tarde, varios pares de pupilas se ataron a ellos, como rémoras.

Un último vehículo llegó con la comitiva. De su interior bajaron dos mujeres, tomadas de la mano, y un hombre detrás, que se desplazaron hacia el interior de la catedral. Entraron por una de las puertas contiguas y subieron por las escaleras hasta alcanzar uno de los balcones donde se sentaron en las exclusivas sillas que tenían reservadas para ellos. Unas pupilas incisivas seguían de cerca y con detenimiento a la extraña terna.

—Quédate tranquila y no seas estúpida. No cometas ninguna estupidez — susurró Cosette mientras le recostaba una daga en las costillas a la mujer que la miró con los ojos claros y enrojeció sus escleróticas.

Detrás de ambas, el hombre tomó su teléfono y envió un mensaje de texto.

—*¡Ella está aquí!*

—*¡Perfecto!* —respondieron de inmediato.

El líder de la horda de fanáticos del demonio fue invitado, bajo un nombre falso. Silente, conspicuo y con su rostro adusto observaba todo desde su posición privilegiada. Hoy se abriría el portal para la liberación de *Shemiyaza*, el “vigilante” que lideró la rebelión de doscientos ángeles contra Dios, al principio de los tiempos. Impaciente desde su asiento, contaba los minutos para que se pudiera dar todo según lo planeado. Las condiciones eran perfectas.

Los ojos gastados por el tiempo del jefe de la logia nefaria, miraban a través de sus pupilas corroídas. Atento y presto para saber cuándo y cómo actuar, solo esperaba un entresijo para tender en alfombra roja el camino para el advenimiento de la Trinidad del Mal en la Tierra. Era el día de las tinieblas, era su momento.

Los cánticos cesaron. El Papa se sentó y su séquito lo acompañó, los invitados lo imitaron. Se dio inicio a la ceremonia. Speer y el sacerdote tuvieron entonces una mejor vista para poder ubicar a sus objetivos. Algunos asistentes miraban de soslayo a los ojos afilados e incómodos del policía que los rastillaba acechantes. Miró al alcalde, que al verlo, se sorprendió; a su lado, el lameculos del comisionado de seguridad quiso ponerse de pie, pero no podía, el acto había comenzado y no podía romper el ceremonial.

Rudolph observaba a Boris, que desde el otro lado y con un caminar medido y cauto, intentaba no despertar sospechas entre los fieles ni alarmarlos. El padre Rhode escudriñaba entre los rostros de las personas como el labriego que palpa con su mano la mies del trigo. Su labor era más difícil. No tenía idea de cómo hallar a la Luz Oscura.

El Serafín se encontraba dentro de la iglesia, agazapado como un lince que está a punto de saltar encima de la liebre. La noche anterior sembró la simiente de muerte dentro del recinto. La ocultó en un lugar inextricable. «Ni la mente más brillante podría descubrirlo», pensó. En el momento adecuado cuando recibiera la indicación precisa, él marcaría en su teléfono el número que haría desatar una nube de muerte dentro de la basílica. Su cliente fue muy específico. Recordó los mensajes que intercambiaron esa mañana.

—*¿El dispositivo está listo?*

—*Sí. Todo según usted dispuso.*

—*Tú estarás en la ceremonia.*

—*Sí.*

—*Bien. Yo te indicaré en qué momento accionarlo.*

—*¿Cómo lo sabré?*

—*Te enviaré un mensaje de texto.*

—Ok.

Revisó su teléfono para asegurarse que estuviera en vibrador. Listo para desatar la maldad dentro del recinto, observó, con sus ojos astutos, la llegada del inspector Speer junto al subinspector y un sacerdote. No se explicaba qué hacía allí. Se alegró en principio. Él moriría junto al resto de las personas y de este modo, el único efectivo policial que se había acercado a su rastro, perecería también, pero al verlo en su actitud escudriñadora se percató que algo andaba mal. Podría ser una molestia y un obstáculo para sus planes. Si el fisgón se seguía adentrando, debía actuar con celeridad y astucia. Miró al inspector y se aferró a él como el cazador que ve a través del obturador de la mira de su arma a la presa que está a punto de recibir el disparo.

El Comendador se encontraba en la ceremonia religiosa del Papa. La canonización del beato alemán era la excusa perfecta para que su Santidad hablase del poder de Dios en la tierra y de la necesidad de los fieles de defenderse de los múltiples ataques que recibió la iglesia de Jesús, a todo lo largo de la historia. En el tiempo que conoció al nuevo Papa, se percató que su visión del mundo y del catolicismo era distinta al resto de los hombres que calzaron las sandalias de Pedro. Y eso le preocupaba. Desde su puesto privilegiado observaba como se desarrollaba la ceremonia y auscultaba al ser que más odiaba y envidiaba en la Tierra. Sabía de sus alcances y sus capacidades, era alguien de temer. El coro comenzó a cantar de nuevo, todos se pusieron de pie y dejó de verlo.

Arthur Dubront observó cuando el policía entrometido de Berlín entró a la iglesia. Su mirada se avinagró. Sus informantes le dijeron acerca de su pertinaz persecución del Serafín y los ojos puestos que tenía sobre Chastain. Su presencia no fue bien recibida, pues el plan que trazó, podía estropearlo. La mirada acechante del policía, seguido de un sacerdote que no tenía idea de quien fuera, le indicó que algo estaba fuera de lo normal. Convencido de que el tosco funcionario descubrió sus planes, debía actuar rápido si quería que nada fallara. Le llevó muchos tiempo planificar las acciones del día de hoy y, un mequetrefe y burdo policía, no las iba a arruinar. Miró a su asistente y le susurró al oído.

—¡Debes estar presta cuando te dé la señal!

Ella asintió con los ojos. El coro de la iglesia cantaba a todo pulmón. Los ojos ígneos de Dubront miraban con disimulo a Speer como un león acechante en la estepa.

La misa siguió su curso. La batahola de jolgorios de los fieles situados en *Bebelplatz* se escuchaba dentro del recinto como un gran eco. Los seguidores del Papa y en especial los fieles creyentes del beato alemán estallaban de frenesí, cuando el sumo Pontífice, durante la homilía de la palabra, nombraba las

virtudes cristianas de aquel hombre que ayudó a cientos de judíos a huir de los nazis. Las palabras del Santo Padre fueron taxativas.

«Hoy la Iglesia enfrenta amenazas como nunca antes en su milenaria historia. Todos estamos llamados a defenderla con la valentía que nos enseñó nuestro Señor Jesucristo. El valiente y conspicuo, Karl Koller, tomó la bandera de la justicia y ayudó a cientos de hombres y mujeres a huir de las garras de la opresión y la muerte. Nuestro Beato, que hoy será canonizado, es un claro ejemplo de lo que debe ser un cristiano. Nosotros, los hijos de Dios, debemos enfrentar con valentía y determinación las amenazas que se ciernen en el mundo y en especial sobre la iglesia. La Congregación de la fe debe ser la punta de lanza en esta lucha titánica. La corrupción ha enlodado el nombre de nuestro Señor Jesucristo y desde aquí hago un llamado para enfrentarla con todas las fuerzas de nuestros corazones. Debemos seguir su ejemplo que, con la verdad en sus labios, enfrentaba a los fariseos y apóstatas de la fe. La mentira se enfrenta con la verdad, el oprobio con la justicia y el mal con el bien. Debemos ser valientes para vivir la nueva era de Dios, esa que ha esperado por todos nosotros desde siempre. Es nuestro deber como cristianos salvaguardar el legado de Cristo desde el principio de los tiempos ».

La explosión de aplausos dentro y afuera de la iglesia no se hizo esperar. El Comendador metamorfoseó su rostro conspicuo a uno más lozano. Se complació. Speer aprovechó ese momento de éxtasis para reunirse junto a Boris en una de las puertas laterales. El padre Rhode los acompañaba.

—¿Has visto algo, Boris? ¿Has encontrado al Señor Dubront?

—No, señor.

—¿Y usted, Padre?

—No, nada aún.

—¿Y si él no está aquí, inspector?

—No lo creo. Él señor Dubront está aquí —dijo vehemente.

—Solo falta revisar arriba —dijo Speer.

—Yo lo haré.

—No, quédate abajo Boris. Pero debes estar atento al radio.

—Yo subiré con el Padre Rhode mientras tú te quedas en la puerta.

—Muy bien.

De pronto una sombra se acercó detrás de ellos. Speer afiló la mirada. Era la figura fofa del inspector Giuseppe.

—Inspector, lo buscaba.

—¿Qué hace aquí, inspector Giuseppe? —expresó con extrañeza.

—Supe de su suspensión y por eso vine hasta acá a hablar con Boris. Aprovechando que los dos están aquí, debo decirle algo importante.

—No tengo tiempo en este momento.

—Por favor, inspector. Usted tenía razón en su teoría, no es un Serafín, son varios, todos a la orden del magnate Dubront.

—¿Por qué está tan seguro ahora?

—Porque un informante de la Interpol nos aseguró que los mercenarios que ingresaron a Alemania fueron pagados por una de las filiales de D c.a. Investigamos un pagaré de un banco suizo y la cuenta nos llevó a pagos autorizados desde Nueva York. Y además, tenemos identificados a los hombres que infiltró Dubront en Berlín, por eso vine hasta acá, creo que están infiltrados dentro de la seguridad del Papa.

—¿Está seguro?

—Sí.

El hombre sacó una hoja de papel con diez fotografías. Speer los vio, aguzó la mirada y dijo:

—Debemos ir tras ellos.

—¿No será mejor detener a Dubront? —espetó el inspector italiano.

—No lo sé, aquí dentro es una locura. Lo haremos después del acto —agregó Boris.

—Muy bien, yo subiré con el padre Rhode, mientras que ustedes dos encárguense de buscar a estos mal nacidos.

—Inspector tomé tengo una copia de las fotografías. Guárdela, si ve a alguien nos avisa.

Se separaron. El sacerdote y Speer subieron raudos por las escaleras, pero con sigilo. Ya varias personas se incomodaron con su presencia y varios cardenales seguían sus pasos. Efectivos de seguridad se apostaban en el pasillo y las escaleras. Speer rastrilló sus rostros. Se encontraron de frente con los tubos del órgano de la iglesia que como un gran grandes vigías de la basílica se situaban en una posición privilegiada para expandir todos sus sonidos. Ambos llegaron al balcón donde se encontraban aglomerados los representantes de los medios de comunicación. Ocupados en su trabajo ni siquiera notaron la presencia de Rudolph que los miraba con detalle, intentando ver en alguno de ellos, algo sospechoso. La misa continuaba y Speer perdía la paciencia, el tiempo se acababa.

—¿Padre, ha logrado ver algo? —le preguntó al sacerdote que desde un rincón auscultaba los detalles de la ceremonia.

—No, inspector. No es fácil.

Se acercaba el momento más importante de la misa y el jefe de los discípulos lo esperaba con ansias. Atento desde su posición privilegiada observaba todo lo que sucedía. Sus ojos seguían con sumo detalle las idas y vueltas de quien

parecía ser un policía y un sacerdote. No conocía al efectivo, pero si sabía quién era ese sacerdote. La Luz Oscura le advirtió de su intromisión. Se sorprendió, pues la Pantera le aseguró que había muerto. Su cara se apergaminó más de lo debido. Sus planes corrían peligro y lo que era peor, la vida de la Luz Oscura también. Miró hacia los balcones y supo que debía actuar sin perder tiempo o todo se echaría por la borda.

Arthur Dubront comprendió que le quedaba poco tiempo para actuar pues la presencia del inspector arruinaba sus planes. Tomaba grandes bocanadas de aire en un intento por no perder la paciencia mientras miraba como aquel alemán iba y venía desde todos los rincones de la basílica. Miró a su asistente y le dijo, casi como un murmullo:

—¡Ya vamos a actuar!

Cinthy permanecía en silencio, pero con los cinco sentidos afilados. Dejó de prestar atención a lo que sucedía dentro del recinto y solo miraba de soslayo a Mr. D. Esperaba que le diese la orden para actuar. Sintió como su corazón se le salía del pecho.

A Speer solo quedaba un lugar por auscultar y era el balcón contiguo del lado derecho. Allí se encontraban los invitados más especiales. Fueron seleccionados por el mismísimo Papa, la secretaria de Estado Vaticano y el prefecto de la congregación de la fe. Speer observó a las personalidades desde el balcón de los medios de comunicación e intentó discernir a sus ocupantes. No pudo, pues un camarógrafo tapaba su campo de visión.

El sacerdote holandés buscaba con desesperación a una mujer que se asemejara a la Luz Oscura. Sus ojos seguían a todas las damas que se encontraban dentro de la basílica, pero hasta los momentos la búsqueda resultó infructuosa. Recordó las condiciones necesarias para la ceremonia. La primera, la luna gigante, era un hecho y no tenía nada que ver con lo que sucedía dentro del recinto. La segunda condición era el mar de maldad y era, lo que ellos trataban de evitar, el asesinato del Papa. La tercera condición era la presencia de la vidente que pudiese interpretar el anatema. Sentía que algo andaba mal. Más allá de encontrar a la Luz Oscura, que sería casi imposible de detectar porque no la conocía, él debía centrarse en hallar a Antonella, la vidente poderosa que podría interpretar el anatema para la liberación del ángel rebelde. Salió al pasillo y llamó al inspector, ambos se colocaron en las cercanías de los tubos del gran órgano de la basílica.

—Inspector, es posible que me haya equivocado —expresó con enjundia.

—¿Qué? No me venga con eso ahora, Padre —susurró, contrariado.

—No, no es lo que usted piensa. Estamos en el lugar correcto, pero es una equivocación ubicar a la Luz Oscura, es posible que no la encuentre jamás aquí.

—¿Por qué?

—Porque es muy importante para los discípulos y dada su vulnerabilidad es posible que no se arriesguen a traerla hasta acá.

—Pero usted me dijo que ella debía estar presente en la ceremonia.

—Si es así, pero también es posible que ella esté por persona interpuesta o que lo haga a través de imágenes. Recuerde que ella es una pitonisa muy poderosa.

—Entonces estamos jodidos.

—No, Inspector. Lo que quiero decir es que debemos centrarnos en buscar a Antonella y no a la Luz Oscura. Ella si debe estar presente aquí. Esa condición es necesaria para la liberación del ángel rebelde.

—Es verdad, Padre, lo olvidé. Estaba tan ocupado, buscando al malnacido de Dubront, que olvide a Antonella. Pero a ella tampoco la hemos podido encontrar, no está aquí dentro... a menos que ella se encuentre en el balcón de invitados especiales. Y usted puede entrar hasta allá.

—No, es imposible. No podría ni con la autorización del Papa.

—¿Qué haremos? El tiempo se nos acaba. Padre, dígame algo ¿Si alguna de estas tres condiciones falla, no se podrá llevar a efecto la ceremonia?

—Sí, es correcto, de acuerdo a lo que he investigado es así.

—Entonces nos ocuparemos de salvar la vida del Santo Padre.

—Y ¿Cómo lo hará? Acaso usted sabe la forma el modo de como asesinarán al Papa desde aquí adentro.

—No lo sé, pero debo averi...

En ese momento un gran estruendo se escuchó a su lado. El padre Rhode y el inspector tuvieron un sobresalto. El órgano de la iglesia era tocado por el tecladista y los tubos emitían una batahola de sonidos que hacían retumbar la catedral. Recuperados del susto inicial, ambos se colocaron en el pasillo cerca del balcón donde se encontraban los periodistas. El celaje de un pensamiento atravesó el firmamento de la mente del inspector berlinés. Como un sabueso que percibe el olor de la presa que está escondida entre los arbustos, se acercó hacia donde se encontraba los tubos del órgano y los miró con detenimiento.

Era el momento cumbre de la misa, el Santo Padre, de pie frente al altar se puso de pie. El sacerdote ayudante, jefe del protocolo le acercó un micrófono y le colocó un atril frente a él. Comenzó a leer con lentitud en latín. Eran las palabras necesarias para declarar como Santo de la iglesia católica a Karl Koller.

*«Ad honorem Sanctae et Individuae Trinitatis, ad exaltationem Fidei Catholicae et Christianae Religionis augmentum, auctoritate Domini nostri Iesu Christi, Beatorum Apostolorum Petri et Pauli, ac Nostra: matura deligeratione praehabita, et divina ope saepius implorata, ac de Venerabilium Fratrum Nostrorum Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalium, Patriarcharum, Archiepiscoporum et Episcoporum, in Urbe existentium, consilio, Beatum **Karl Koller** Sanctum esse decernimus et definimus, ac Sanctorum Catalogo adscribimus: statuentes eum in universa Ecclesia inter Sanctos pia devotione recoli debere. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen» .*

Arthur Dubront atisbó con su mirada todo lo que sucedía. Sentado desde su asiento privilegiado, en el balcón de invitados especiales, sentía como se derrumbaba su plan. El entrometido policía, de rostro adusto, figoneaba donde no debía. Se puso nervioso. Si no actuaba a tiempo, todo sería un desastre. Dividía su atención entre la ceremonia que llevaba a efecto el Papa y las manos entrometidas del inspector berlinés. Cinthya, a su lado, estaba más nerviosa que él porque de ella dependía dar la señal debida. El Papa se puso de pie y comenzó a decir las palabras protocolares para la canonización del beato alemán. Mr. D percibió como el inspector se acercaba hacia los tubos del órgano. Su tiempo se

acabó. Miró a Cinthya y le indicó, asintiendo, que diera la orden de atacar. Cinthya tomó su teléfono y desbloqueó la pantalla.

Phillippe abrió su bolso. Introdujo su mano y sacó un pliego del código Vaticano. Se lo entregó a Cosette. Ella lo tomó y se lo ofreció a la mujer de los ojos claros que se negó a tomarlo. Punzó la daga con más fuerza en su costillar, ella sintió un dolor punzante.

— ¡Tómalo, o morirás!

Los agarró timorata. Sus ojos mostraron solo sus escleróticas, sus labios fruncidos languidecieron, su piel nívea se arreboló. Entró en éxtasis. Cayó en el mar de los sueños, en el desierto solitario de las imágenes oníricas.

Ella sintió como cayó de bruces en las orillas de una playa. El agua, salada y amarga, golpeó su rostro. Se puso de pie con dificultad y pudo apreciar mejor donde se encontraba. La arena era volcánica, negra y brillante. Miró hacia la orilla y una gran montaña de hielo se elevaba como la punta de un iceberg que emergía en el medio de las arenas y rotaba sobre su propio eje. Un viento frío se arremolinó delante de ella y golpeó su cara. No escuchaba sonidos, solo las olas de un mar enfurecido a su izquierda. El horizonte era gris y detrás de ese gran mar iracundo observó una luna gigante, guindada en un cielo plomizo cuyos arreboles parecían grandes lenguas de fuego. El color del mar era púrpura y las espumas de las olas eran doradas. De pronto, vio en el horizonte como una gran montaña de agua emergía desde lo más profundo y se acercaba a toda velocidad hacia donde ella se encontraba. Era un gran Tsunami que amenazaba con llevársela hacia el interior de la montaña de hielo. La mujer intentó correr, pero sus piernas comenzaron a hundirse en la arena, miró hacia atrás, desesperada, y observó que el bloque de agua se suspendía sobre ella como un edificio de diez pisos. Sintió el agua hirviente que chocó contra su espalda y la envolvió. No podía respirar. Miraba borroso dentro del agua. Todo era oscuridad. Cuando sintió desfallecer por no poder contener más la respiración, el nivel del agua bajó y respiró desesperada. Miró como la montaña de hielo se partió en dos grandes bloques que se derrumbaron a los lados. Del centro de la montaña emergió una celda, conformada por miles de barrotes de espadas cortantes. Era una especie de jaula gigantesca. Dentro de ella, unas sombras con formas humanas, se movían desesperadas, intentando salir de allí. Gritaban, chillaban, gruñían en un idioma no comprensible. Un gran escalofrío recorrió su espalda y quedó en shock. De pronto, todo se hizo silencio y ella vio como una de esas sombras la miraba con fijeza desde el abismo de sus ojos de fuego. La llamó por su nombre y le dijo: «Danos el anatema». De pronto apareció a su lado, Mario, el sacerdote venezolano, que había muerto. Le dijo: « Sal de aquí, Antonella»”.

El jefe de los discípulos vio como la vidente entraba en éxtasis. Era el

momento que esperaba. No podía perder tiempo. Como un juez que decide qué hacer con el acusado, indicó con su mano que el momento esperado, había llegado. La caja de Pandora debía ser abierta. El Serafín recibió el mensaje de texto. Miraba al inspector, impaciente. Tomó su teléfono y marcó el número indicado para que explotara el dispositivo.

El inspector miraba los tubos de los órganos. Se acercó a ellos, todos vibraban. El estruendo que producía la música lo aturdió. Todos los tubos parecían estar en correcta simetría, uno al lado del otro, todos menos uno. La vista aguzada de Speer y su olfato detectivesco lo llevaron con cautela hacia esa discordancia. Siempre tuvo la capacidad de ver algo desacomodado en un lugar en orden. El tubo fue insertado en el medio de tres cilindros, pero su color plomo era más claro que el resto, imperceptiblemente más claro. Solo un gran observador podría percatarse de ello. Pero además de tener un color diferente y estar asimétrico, se percató de que mientras el resto de los tubos vibraba, ese no lo hacía. Era algo atípico. «Esta pieza no pertenece al órgano», dedujo.

Recordó que la ricina era incolora y que para su expansión solo necesitaba un impulso. La condición ideal era que estuviese cerca del sistema de aire acondicionado. Y los tubos se encontraban justo debajo de una ventanilla por donde circulaba el aire. «Mierda», bisbiseó. Pero aun en medio de ese miedo cerval, supo también que la única forma de activar el dispositivo era a través de una señal electrónica. Sin perder tiempo, llamó por radio a Boris. No le importó la codificación ni el prearreglado de comunicaciones.

—¡Boris, atiende que es urgente!

—Adelante —respondieron.

—Lanza un barrido electrónico.

—¿Cómo?

—¡Lanza un barrido electrónico, es urgente!

Boris se jugó el todo por el todo. Lanzar un barrido electrónico era una acción desesperada y de última hora, significaba activar un dispositivo que bloquearía cualquier tipo de onda electrónica. Ello impediría cualquier tipo de comunicación telefónica, de televisión o de radio. Toda señal de transmisión sería interrumpida de inmediato. Esto se realizaba solo en caso extremo, porque reponer la señal tardaría cinco minutos, lapso en el cual todos los teléfonos y radios no tendrían comunicación alguna. Tampoco habría señal de televisión. El comisionado de seguridad, que escuchaba todo por radio, supo que debía actuar. Se puso de pie, rompiendo el protocolo. Boris llamó hasta el jefe del comando de guerra electrónica de la unidad del ejército y le dio la orden de acuerdo al prearreglado. El oficial sin dilaciones activó el dispositivo.

El Serafín marcó el número telefónico. Esperó por la pequeña explosión en

los tubos del órgano. No observó nada. Volvió a llamar y verificó la señal. No había ningún tipo de comunicación. Lo que sí vio fue al inspector, corriendo con la caja de Pandora, escaleras abajo. Llevaba unos guantes puestos. Observó cuando este salió por la puerta principal ante la mirada atenta de algunos periodistas, feligreses y miembros del clero. Fue tras él, necesitaba recuperar el dispositivo y activarlo.

El Papa terminó de pronunciar las palabras formales de la canonización y la multitud explotó en una andanada de aplausos y vítores. La gente bailaba y reía, exultantes en las calles. De pronto, las pantallas de televisión se pintaron de blanco. El comandante de la Guardia Suiza, al ver lo que sucedía, alertó al primer anillo de seguridad del Papa. Al notar que el barrido electrónico fue activado, impidiéndolas comunicaciones, concluyó que la vida del Papa peligraba. Sin pensarlo más, se acercó al Sumo Pontífice y se lo llevó por uno de los laterales, ante el asombro de todos los presentes. Lo sacaron por una de las puertas y lo llevaron de inmediato hacia la calle trasera donde lo esperaba un vehículo blindado. Lo introdujeron con rapidez y arrancaron. Adentro de la basílica, reinaba el terror y la incertidumbre. El resto del séquito fue evacuado de inmediato. Los equipos de seguridad de las personalidades comenzaron a llevarse a las personas de inmediato. Al principio, fue de manera controlada, no obstante al comenzar a salir los primeros y desesperarse algunos, la anarquía reinó dentro de la colapsada basílica. Se desató un pandemónium.

Entre tanto, el inspector Speer corría a toda velocidad con el dispositivo al único lugar a donde ir: el camión del escuadrón antibombas de la policía. Boris se encontró con él en la salida, al igual que Giuseppe.

—¿Dónde está el escuadrón antibomba?

—A cien metros de aquí, al doblar la esquina —respondió Boris.

—¿Qué sucede?

—¡Este dispositivo tiene la Ricina, debemos aislarla!

—Démelo, inspector, yo lo llevo —dijo Giuseppe.

El italiano tomó el tubo con su mano, pero Speer agarró por el brazo izquierdo a Giuseppe. El inspector de la Interpol lo retiró enseguida y agrió el rostro.

—No, mejor yo lo llevo —sentenció Speer.

—¡Sigan ustedes! ¡Creo haber visto a Chastain, el jefe de seguridad de Dubront —dijo el fofo hombre.

La vidente despertó con un sobresalto del éxtasis. Una batahola rugía dentro de la iglesia. No sabía que era peor, el lugar donde estuvo hasta hace poco o el recinto cerrado donde se desataba la anarquía entre gritos y lloriqueos. Cosette la tomó por el brazo, recogió el folio que tenía en su mano y le dijo:

—¡Vámonos, Perra!

Bajaron por las escaleras mientras el mar de gente se arremolinaba en las tres salidas de la basílica. El calor sofocaba y el aire era irascible. Salieron al exterior. La menuda Cosette halaba por el brazo a la mujer de la piel nívea y los ojos claros. Comenzaron a correr en dirección hacia el hotel Roma.

Dubront, sorprendido por lo que sucedía, tomó del brazo a Cinthya y se comenzó a deslizar, con una calma, por entre el cardumen de feligreses que pululaban por todas partes. Tenía un lugar seguro donde ir. Se dirigió enseguida el hotel Roma. Al llegar allá, pondría sus ideas en orden y podría evaluar con exactitud los alcances del desastre sucedido.

El Serafín vio su oportunidad, era ahora o nunca, se acercó por detrás de su víctima como una sombra que se aproxima entre la penumbra. El hombre ni siquiera tuvo la oportunidad de saber que tres disparos atravesaron su corazón por el intercostal izquierdo. Ni un quejido ni un lamento salieron de su boca torcida. Su corazón, hecho pedazos, dejó de latir. El asesino se deslizó por un lado y lo dejó tendido de espaldas al piso, mientras la miriada de personas que corría, le pasaba por encima.

El padre Rhode quedó impresionado por la destreza y la valentía de aquel policía. Se quedó petrificado. Cuando el aluvión de feligreses comenzó a salir de la iglesia, observó un rostro que conocía. Ella bajaba por las escaleras. Era Antonella, iba en compañía de una menuda mujer que como una rémora no se despegaba de ella. Detrás de ambas, creyó ver a alguien conocido. Se pegó detrás. Ya sea por su mediana estatura o por el torbellino de almas que se apretujaban en la entrada, le perdió la pista. Salió, oteó el horizonte. Observó entonces en toda su dimensión lo que sucedía. Las personas corrían despavoridas en distintas direcciones, mientras que los policías intentaban calmarlos, los camarógrafos y periodistas intentaban hacer su trabajo, todo era una anarquía. Entre el gentío, ubicó el rostro de la mujer que caminaba de espaldas a él, en dirección hacia *Bebelplatz*. Marchó raudo. La alcanzó y la tomó del brazo. La volteó de un jalón y la reconoció. Era su rostro níveo, bruñido y de unos profundos ojos claros.

—¡Antonella! —le dijo.

Ella lo miro asustada.

Los dos policías llegaron hasta donde se encontraba el escuadrón antibombas. Los efectivos expertos en desarmar y desmantelar objetos explosivos, se alertaron al ver corriendo a los dos oficiales.

—¡De prisa, necesitamos un dispositivo hermético!

—¡Inspector, sígame por aquí! —dijo uno de los policías que llevaba un pertrecho antibomba.

El hombre sacó una gran caja de acero y la abrió, sacando los ocho grandes tornillos en la mitad del dispositivo. El inspector introdujo el tubo plomizo y los tres efectivos lo sellaron de inmediato.

—¿Es una bomba?

—No, es Ricina.

—Mierda —respondió el efectivo.

—¡Vámonos muchachos hay aislar y destruir este dispositivo! —expresó el más robusto de ellos que se subió al camión y lo encendió.

Los demás policías tomaron el dispositivo y lo colocaron dentro de una bóveda especial en el camión. El auto salió raudo con todas sus sirenas encendidas. Los dos policías jadeaban con ambas manos apoyándose en sus rodillas. Sus frentes brillaban por el sudor producido del esfuerzo físico. Speer dijo:

—¡Gracias Boris, de no ser por ti estaríamos muertos!

—¡Gracias a usted, inspector. Por arriesgar su vida!

—¿Aún no hay comunicaciones?

—No, inspector, faltará por lo menos un minuto para que se reponga. ¡Esto es un desastre!

—Pero pudo haber sido peor.

—Sí, inspector. Es así. ¿Cómo sabía qué el dispositivo contenía Ricina?

—No estaba seguro, pero no podía correr riesgos.

—¡Bueno, inspector. Vamos a detener a Dubront!

—No lo hagas aun, hasta que no aparezca Antonella.

—Venga conmigo, inspector. Acompañeme.

—No, Boris. Debes arreglar cuentas con el Alcalde. Él debe estar que hierve.

—De eso me encargo yo, cumplimos con nuestro deber de seguridad. Le salvamos la vida al Papa. Usted es un héroe.

El barrido electrónico finalizó. En ese momento, repicó el teléfono de Boris. Atendió y su rostro se turbó. Terminó la llamada. Volvió a repicar y su rostro se puso más níveo. Colgó y dijo:

—Era el inspector Giuseppe. Ha dicho que han matado a Chastain, el jefe de seguridad de Dubront. Su cuerpo está tendido en el piso. En uno de sus bolsillos encontró un plano de la basílica marcado. Además, mis hombres han detenido a varios de los mercenarios infiltrados.

—Ese maldito, Dubront.

—Sí, creo que hemos acabado con el Serafín.

—Sólo espero que Giuseppe esté en lo correcto, aunque hubiese preferido matarlo con mis propias manos. Cuando veas el cadáver me avisas Boris por favor —expresó Speer.

—¿Qué hará usted, inspector?

—Buscaré al sacerdote Rhode. Tenemos cosas que hacer, además debo buscar a Dubront.

—Cuídese, inspector.

—Igual, Boris. Te llamaré.

El hombre salió hacia la basílica. En el medio del pandemónium que se sucedía pudo ver al alcalde y el comisionado que con cara de pocos amigos, reprimían y vociferaban. No quería encontrarse con ellos. Después arreglaría cuentas.

—Soy yo, Antonella —decía el padre Rhode en italiano.

La mujer no respondió a su nombre. Sorprendida y con los ojos desorbitados intentó zafarse de la mano del sacerdote. Él, sin embargo, la volvió a llamar por su nombre.

Speer rastreó *Babelplatz* y vio a unos cincuenta metros a la figura del Padre Rhode que alcanzaba a una mujer alta, delgada y de piel blanca. Era Antonella, sin duda. Se dirigió hasta ellos. Cuando llegó, vio como ella, confusa, no respondía a sus preguntas en italiano. Ambos vieron a Speer. Rhode lo miró con la cara atiborrada de extrañeza y ella con su rostro cubierto por un velo de miedo. El inspector dijo:

—¡Antonella!

Ella tampoco respondió. El sacerdote le siguió hablando en italiano.

—¡Antonella, estás a salvo! ¡Gracias a Dios! —dijo Rhode.

La mujer miraba con extrañeza al sacerdote holandés, mientras intentaba zafarse.

—¿Qué te sucede, Antonella? —volvió a decir el padre.

Ella seguía en mutis.

—Vamos a un lugar más seguro, acompáñanos. Ya interpreté el sueño, pero aún estamos en peligro.

El sacerdote pensó que recibió algún trauma. Entonces el alemán le habló en inglés.

—Antonella, salgamos de aquí que no es seguro —dijo con su vozarrón.

La mujer reaccionó, con voz exacerbada y áspera dijo:

—Ustedes me confunden. Yo no soy Antonella, mi nombre es Frida.

Dolor y muerte, fueron las dos palabras que atravesaron el firmamento blanquecino de la mente de Annika al llegar a Berlín. Era una ciudad cadavérica. Miles de huecos producidos por los bombardeos, un cementerio de vehículos abandonados, hileras de sacos de arena, como obstáculos militares, y restos de algunos cadáveres descompuestos en sus rincones eran los adornos luctuosos de la otrora capital del Tercer Reich. La mayoría de los edificios habían sido deshechos por los bombardeos aliados y solo algunos de sus frentes desechos como fantasmas pálidos se conservaban en pie.

Mientras recorría sus calles, Rosenberg percibió cómo algunos soldados y oficiales corrían, de un lado a otro, en un esfuerzo por preparar la defensa de la ciudad contra la inminente llegada del enemigo. Annika observó, con asombro, cómo en una esquina, unas mujeres despedazaban el cadáver de un caballo muerto. Peleaban entre ellas para tomar las mejores partes del animal, parecían una jauría de hienas seccionando los restos de una presa. Vio, también, a un grupo de madres y niños que salían como sombras fantasmagóricas de lo que, un día, fue un edificio. Sus rostros demacrados y llenos de terror pintaban desesperanza. Ningún alemán creía en la victoria. Solo Hitler y su séquito reducido, escondidos en un bunker, cerca de la cancillería, estaban convencidos que ganarían la guerra. Su tozudez espeluznante era el único obstáculo para la rendición.

En el firmamento, danzaban los aviones aliados como grandes máquinas de muerte que dejaban caer sus bombas en la ciudad. Los estruendos de las explosiones y los estallidos lejanos de la artillería soviética, alertaban a los berlineses que el ejército rojo venía por ellos como un oso hambriento y vengativo. Del otro lado del río Elba, por el Oeste, se acercaba el Ejército de Patton con su propia *Blitzkrieg*. Los alemanes, que se ufanaban de haber cambiado los métodos de batalla de la historia, con su innovadora guerra relámpago, recibían una cucharada de su propia medicina.

El olor era nauseabundo, una mezcla de carne chamuscada, pólvora derrapada y el hedor de las aguas negras derramadas, impregnaban el ambiente de la fetidez inequívoca de la muerte. La capital de Alemania era el infierno en la Tierra.

Era la primavera de 1945, pero en Berlín no pululaban flores, ni los pájaros trinaban en los árboles. La primera estación del año no traería alegría y colores a los berlineses, por el contrario, arrastraría a los ejércitos de los aliados hacia el

centro de su ciudad. Venían desde miles de kilómetros de distancia con un solo fin: aniquilar al nazismo.

El chofer del mercedes benz, donde Annika se desplazaba, hacía malabares con el auto, intentando evadir las innumerables tornas apostadas en el camino. Llevaba prisa. Había salido esa mañana, desde Berlín por un estrecho corredor por donde aún se podía cruzar hacia el resto de lo que quedaba de Alemania. Llegó hasta los Alpes bávaros y le entregó una carta a la amante del *Reichführer-SS*.

Annika y Hedwig charlaban, cuando el automóvil llegó a Berchtesgaden. El chofer le dio un sobre lacrado a la mujer de Himmler, que de inmediato entró a su habitación y lo abrió. Las líneas telefónicas entre las ciudades ya no funcionaban. La única comunicación posible era a través de la radio, pero podría ser intervenida por el enemigo y Himmler tenía pavor de que ellos fueran encontrados. El único medio de comunicación seguro que tenían los amantes era a través de cartas. Casi a diario, Hedwig recibía y enviaba misivas a su amado Himmler. La meliflua mujer permaneció en el cuarto por unos cinco minutos, mientras que la enfermera esperaba impaciente. Sabía que cualquier epístola podía traer consecuencias funestas para ella y Beatrice. A su alrededor, en la sala, el correteo de los niños y la cara adusta y cansada del chofer, terminaban de pintar un cuadro perturbador. La puerta se abrió y la mujer salió con el rostro compungido, miró a Annika y le dijo:

—¡Debemos hablar!

Entraron a la habitación y cerró la puerta. La mujer se sentó en su cama y la invitó a hacer lo mismo. Algo debió haber sucedido, pues Potthast jamás la invitaba dentro de su habitación. Era una conducta atípica. Tenía los ojos enrojecidos y sus manos temblaban. Su mirada esquiva se paseaba por las paredes y el techo. Tomó aire y con la voz cortada, expresó:

—¡Debes ir a Berlín!

—¿Qué ha sucedido? —inquirió una sorprendida Annika.

—La guerra está perdida, pero Hitler ha decidido morir en Berlín y arrastrar con él a toda la alta jerarquía nazi.

Annika sintió un alivio dentro de su corazón. Quería gritar y mostrar su alegría por la caída de los petulantes nazis que destrozaron a Alemania. Se contuvo y dijo:

—¿Por qué desea que vaya a Berlín?

—Lo que te diré es muy delicado. Debo contar con tu silencio y lealtad. Si alguien sabe de esto, Todos moriremos. Tú, yo, los niños y Heinrich.

—La ha tenido hasta ahora. Seré una tumba.

—Lo sé, por eso confío solo en ti.

Potthast flechó los ojos de Annika.

—Heinrich negociará una capitulación con las potencias occidentales. Él necesita enviarme algo muy importante, un documento con el cual podríamos negociar la paz de Alemania. No confía en sus propios hombres, pues sus efectivos SS de confianza han muerto o desaparecido. Sólo confía en mí, pero yo no puedo ir hasta allá porque resultaría muy peligroso dejar a mis hijos solos. Sé que eres una ferviente nazi y estás dispuesta a entregar todo por nosotros. Me has demostrado una lealtad sin par y solo confío en ti. Debes ir al encuentro con Heinrich y pedirle que te envíe el documento.

Annika tragó grueso. Sintió miedo. No le importaba ir a Berlín, a pesar de las funestas noticias que se escuchaban acerca de la barbarie que imperaba en la capital. Eso le tenía sin cuidado, su temor era separarse de Beatrice. Quizá la misiva decía otra cosa, quizá le ordenaba a Hedwig que se deshiciera de ella y enviarla a Berlín era la excusa perfecta. No tenía la certeza de encontrarlos al volver. Pero no tenía opción, como nunca la tuvo desde aquella noche que entró en el despacho de la directora de la casa cuna.

—¡Haré lo que me diga!! Para mí es un honor servirle a usted y al *Reichsführer-SS!* —sentenció.

—¡Sabía que podría contar contigo! —dijo, exultante.

—¿Cuándo parto?

—De inmediato.

Diez minutos más tarde, Annika se subió en el automóvil con el chofer y un soldado SS escoltándolos. Al salir por la reja de la propiedad, Annika se cruzó con el joven nazi que estaba perdidamente enamorado de ella. Hizo que el auto se detuviera. Le guiñó el ojo, pizpireta al muchacho y le dijo:

—Cuida a todos, volveré pronto.

—Los cuidaré con mi vida —expresó.

Mientras el vehículo avanzaba por la carretera, la alemana auscultó a los soldados que la acompañaban. Eran unos bisoños efectivos. Sus rostros imberbes y con acné distaban mucho de aquellos guerreros alemanes que pusieron de rodillas a Europa. Aquel Ejército invencible de arios de miradas frívolas fue sustituido por jóvenes, adolescentes, ancianos e incluso niños que fueron forzados por Hitler a combatir. Los diestros soldados alemanes murieron, desaparecieron o eran prisioneros en los campos de sus enemigos. El *Führer* sacrificó la crema y nata de la juventud germana, pero no le bastaba. Inmolaría a cualquier germano que pudiera empuñar un fusil. Era el absurdo precio que pagaban los alemanes por entregar sus vidas y su futuro a un hombre cuya visión era la aniquilación de otros pueblos. El bumerang cortante que lanzó al mundo, en 1939 y que dio inicio a la II Guerra Mundial, se devolvió a territorio

germano. El tifón de la guerra asolaba a Alemania.

El automóvil llegó a su destino en Berlín. Se posó enfrente de uno de los pocos edificios que aún se mantenía a flote. Annika se apeó y acompañó al chofer hacia el interior, donde se detuvieron en el centro del salón. El cuartel general de las SS era un bodrio. Los lujos de otrora de las orgullosas *Schutzstaffel* fueron sustituidos por un salón donde todos los efectivos trabajaban apilados como sardinas.

Un capitán de las SS se acercó a Annika y le indicó que el *Reichsführer-SS* había salido, hace unas horas, al *Reichbunker* donde se encontraba Hitler. El líder del Tercer *Reich* dirigía los últimos esfuerzos defensivos de Alemania desde el subsuelo, como una rata, como un animalejo rastrero que se escondía de sus implacables cazadores debajo de la tierra. Pero ese roedor todavía tenía poder y mientras lo tuviera, la vida de los alemanes le pertenecía.

Annika bajó hasta el sótano de la casa, tomó asiento en un maltrecho banco que se recostaba mudo en una pared atravesada por una grieta diagonal. Percibió el aire enrarecido que envolvía el lugar girando alrededor de velas casi muertas. El olor a sudor putrefacto amarró el olfato de la enfermera. Esos hombres tenían semanas sin poder darse una ducha o cambiar su uniforme. El servicio de agua en Berlín era inexistente. Al ver las condiciones inhumanas en las que trabajaban los efectivos, recordó el momento cuando fue atrapada por las palabras de Adolf Hitler en el año de 1933 «El Tercer *Reich* durará mil años, será el imperio que más tiempo prevalecerá en la faz de la Tierra, nosotros somos los constructores de las bases de ese gran *Reich*». Todo fue un fraude. Alemania había dejado de existir.

Annika, sentada, y esperando hablar con Himmler, rememoró sus últimos meses en Berchtesgaden. Después del episodio vivido el día del bombardeo, cuando pudo leer varias de las notas de Himmler en lo que parecía ser un diario secreto, la alemana decidió que debía huir de las garras de las SS. Los planes de Himmler con Beatrice eran mefistofélicos. La quería para la consumación del proyecto “T”, un plan que fue probado por Napoleón Bonaparte en otro tiempo y no pudo concretar. No sabía con exactitud qué rol jugaba Beatrice. Solo le faltaba averiguar, con exactitud, las intenciones de Himmler con su hija.

Los nazis parecían debilitados, pero aún conservaban el poder en Alemania. Al igual que una bestia acorralada que no tiene escapatoria, los nacionalsocialistas sabían que perderían la guerra, pero antes que eso sucediera, ellos ultimarían a cualquier alemán que osase poner en duda que aún conservaban el poder en su país. Annika debía ser muy cuidadosa en su plan de fuga. La clave era el tiempo.

Si lo hacía muy temprano antes de una derrota total, sería atrapada por las

tropas alemanas y fusilada de inmediato, si lo hacía demasiado tarde, después de la perdición, quedaría apresada en el círculo íntimo de Himmler y eso era un pecado mortal para los rusos que venían por todos aquellos que olieran al olor corrupto de los altos jefes nazis. Sería sometida a las más atroces torturas, violada y luego, ejecutada. Por eso Annika estuvo pegada, todo este tiempo, a la radio. Era el único contacto que tenía con el exterior.

A pesar que solo podía escuchar las estaciones alemanas, cuya información de la guerra era manipulada por el genio maquiavélico de Goebbels, muchas verdades se traslucían detrás de cada noticia.

«La pérdida de la batalla de Stalingrado», «la desastrosa derrota de los Panzer en la batalla de Kursk», «el desembarco de Normandía», «la ocupación del Puerto de Cherburgo», «la insurrección de París», «el cruce de la línea Sigfrido», entre otros, eran hechos que los hábiles locutores nazis nombraban de otra forma: «El Séptimo Ejército hizo una retirada estratégica en Stalingrado», «Los Panzer alemanes destrozaron los tanques T-64 en Kursk y luego retrocedieron para reforzar las defensas en Prusia Oriental», «El ejército alemán inutilizó el Puerto de Cherburgo antes de retirarse estratégicamente», «París no representa ningún valor estratégico o táctico en la defensa del frente occidental», «La línea Sigfrido ha contenido el avance del ejército de Patton». El Ministro de Propaganda era un artista, deformando la verdad, pero Annika sabía que dentro de la estela de mentiras y falacias que el régimen decía, acerca de la guerra, una realidad se asomaba, insoslayable: Al Tercer *Reich* le quedaban pocos días.

Su plan de fuga era sencillo, debía desplazarse lo más lejos posible de la esfera de influencia de Himmler e intentar cruzar hacia el lado occidental. Pero antes debía averiguar que deseaba el jefe de las SS con la niña. La guerra estaba por finalizar y aún la pequeña tenía un alto valor ¿Por qué? ¿Qué tenía de especial?

La mujer siguió sentada por casi dos horas, lapso en el cual se fumó media cajetilla de cigarros. En ese tiempo, escuchó el zumbido de los aviones, la caída de bombas en las afueras de Berlín, el grito de algún ametrallamiento lejano y una andana de detonaciones esporádicas. Annika, que venía de la tranquilidad de los Alpes Bávaros, tenía los pelos de punta. Sus pómulos rosados, su piel bruñida y en especial, su ropaje, limpio y pulcro, denotaban que no vivía en Berlín. Los efectivos militares, que veían sus reacciones, la miraban con desdén.

A las tres de la tarde, Himmler entró por la puerta del maltrecho cuartel general, hendiendo el aire. Annika se puso de pie, pero él ni siquiera la observó. Su rostro cansino miraba el piso. Parecía un espectro, un fantasma de lo que un día fue el segundo hombre más poderoso del mundo. Entró a su oficina y detrás de él, su ayudante cerró la puerta. Ella, expectante, espero quince minutos hasta

que el oficial salió y le ordenó que pasara. Himmler la recibió con su rostro granítico. Esta vez no la invitó a tomar asiento.

—¡Frau Rosenberg!

—*Reichsführer*.

—Debo enviarle un documento a Hedwig. Ella la envió a usted, la persona en quien más confía.

—Agradezco ese gesto de ella. He hecho mi trabajo lo mejor que he podido.

—Lo sé, por eso usted es digna de la confianza de ambos.

—¿Ella le comentó algo acerca de la importancia del documento?

—Sí.

—Conoce que es del mayor secreto. Nuestras vidas podrían depender de ello —dijo taladrándola con su mirada ígnea.

—Sí lo sé. Confíe en mí, yo se lo entregaré en sus manos. Lo protegeré con mi vida.

Himmler la miraba con sus pupilas gélidas. El hombre, un sádico acostumbrado a producir miedo, usaba sus silencios para hurgar en las almas de sus interlocutores. Pero ya Annika conocía esa técnica y permaneció imperturbable. Él sacó el portafolio negro de cuero que siempre llevaba consigo para todas partes. Annika permaneció inmutable. Era el mismo que revisó hace meses. Se lo ofreció a la mujer. Ella se acercó y lo tomó en sus manos. Cuando lo iba a retirar, Annika sintió la presión de Himmler de no querer soltarlo. La miró con sus ojos pétreos en una clara advertencia de que no lo traicionara.

—Confíe en mí, jamás los traicionaría.

Ella bajó sus ojos. Annika sintió como aflojó su mano y se lo entregó.

—Salga de inmediato. Dos vehículos la escoltarán. Mi ayudante tiene todas las instrucciones.

Ella asintió. Fijó sus ojos en el *Reichsführer-SS*. Él levantó su mano derecha y le indicó la puerta. Ella sintió repulsión. Sabía que era un criminal, un gerifalte sádico con la mente retorcida. Observó como Himmler se hundía en los documentos estériles que tenía encima de su escritorio. Ninguno de ellos tenía la fórmula o el decreto para ganar la guerra. Annika lo vio derrotado y prisionero de su destino. «¿Qué quieres con mi hija? Desgraciado», gritó para sus adentros. Cuando el hombre iba a mirarla, dio la media vuelta y avanzó hacia la puerta. Salió de la oficina con el convencimiento que la espada de la justicia guindaba sobre su cabeza. Himmler era un recluso de sus abyectas acciones.

Diez minutos más tarde, la caravana de dos vehículos mercedes benz, salió del corazón de Berlín. Sentada en su asiento, Annika hizo una evaluación de la situación. Dentro del portafolio iba el diario privado del jefe de las SS. Las respuestas de todas sus interrogantes, esas que se iniciaron con la muerte de Eva

Müller, una década atrás.

No podía huir con ese documento pues no tenía a Beatrice con ella, además debía deshacerse de los rabiosos perros de las SS que Himmler envió para escoltarla. La única posibilidad de saber acerca de su contenido era entregárselo a Hedwig y buscar el modo de embaucarla para poder leer lo que decían sus páginas.

La caravana continuó su marcha rauda. Atravesó la ciudad de Núremberg donde repostó combustible.

Ya era de noche cuando tomaron la vía que comunicaba con Múnich, la última gran ciudad antes de llegar a Berchtesgaden. El viaje era demoledor, apenas si tomó un bocado esa mañana. Tenía hambre. En Berlín bebió una taza de café antes de subirse al auto. La monotonía del viaje la tenía atrapada en una especie de sopor donde reposaba entre el sueño y la realidad. En su auto, los tres hombres no pronunciaban palabra. Estos no eran chicos como los que la llevaron a Berlín. Eran cautos y duchos soldados de las SS que reflejaban en sus ojos, la dureza de decenas de batallas. Annika sabía que Himmler no confiaba en ella y la escoltó con hombres fieles a su causa.

El camino se seguía abriendo en la oscuridad y Rosenberg, a pesar de no querer dormir, fue dominada por el sueño. Entró en la inconciencia de inmediato.

Annika no comprendía qué sucedía ni donde se encontraba. Su mundo daba vuelta. La oscuridad reinante, el olor a gasolina, un dolor punzante en su espalda, una andanada de quejidos y un ardor en su rostro, la abofetearon. El automóvil permanecía volteado. Se vio recostada en un cuerpo que reconoció como el soldado escolta. Afiló sus ojos y vio que se había desnucado. Adelante, el conductor se quejaba. Ella intentó ponerse de pie. El dolor en su espalda la atormentaba. El vehículo permanecía recostado del lado derecho. Ella se puso de pie con dificultad e intentó abrir la puerta. Fue imposible. Buscó el portafolio en la oscuridad y lo encontró recostado en el piso. Lo tomó. Pasó hacia el asiento delantero y observó al chofer que, con el rostro afligido, la miró con los ojos de la muerte. Vio su abdomen atravesado por la palanca de velocidades. El único modo de salir era a través de la ventana del parabrisas destrozado por la cabeza del otro soldado que salió disparado. Su cuerpo inerte reposaba a diez metros del auto.

Annika salió con dificultad e intuyó lo sucedido. El otro automóvil que marchaba delante de ellos, ardía recostado en la carretera. Dos sendos huecos humeantes se asomaban en el pavimento. Quedaron atrapados en medio de un bombardeo. Se percató del zumbido de unos aviones que se acercaban desde el cielo oscuro. Venían a rematar la faena, se alejó corriendo por la carretera. Escuchó la andanada de explosiones de las bombas a su espalda. El lugar donde

estuvo hace poco era todo fuego y humo. Creyó estar a salvo. Los aviones se retiraron en la negrura del cielo.

Miró a su alrededor y buscó un lugar donde encontrar ayuda. Todo era oscuridad, solo la media luna guindada en el cielo negruzco, brillaba caprichosa. No sabía cuánto tiempo estuvo inconsciente. Las manos le temblaban, el dolor en la espalda era insoportable y su corazón palpitaba con fuerza. Se sentó en el borde de la carretera y lloró por un largo rato.

Estuvo a punto de morir. Por alguna razón que no supo, recordó de nuevo las palabras del Deán en Santa Eduvigis, «Usted tiene un papel importantísimo en la historia de Alemania». No creía en Dios, pero creyó en las palabras del sacerdote. Siete personas murieron y ella permanecía aún con vida. Sintió una fuerza interior que le gritaba que debía volver con Beatrice y protegerla de todo mal.

El ruido del motor de un automóvil golpeó el silencio. La mujer volteó y vio como la silueta de un viejo camión, con las luces apagadas, se acercaba hasta donde ella se encontraba. Se puso de pie y atravesándose en el medio del camino le hizo señales al conductor para que se detuviera. El chirrido de los frenos en el asfalto se escuchó como un estornudo repentino. Una pareja de ancianos se bajó del auto por ambas puertas. Se acercaron a la enfermera.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el hombre.

—Un bombardeo —dijo con voz lánguida.

—¡Karl, ayúdala que se va a desmayar! —fue lo último que escuchó Annika mientras se desvanecía.

Cuando la enfermera despertó, su espalda le ardía y le dolía. Permanecía acostada del lado derecho del cuerpo. Vio a una anciana de rostro apergaminado, sentada a su lado, con los cabellos platinados y desgredados. La luz cansina de unas velas atontadas alumbraba su rostro decrepito. Le sonrió con sus dientes negros.

—¡Cálmese, usted ha sufrido un shock!, ¡Debe descansar!

—¿Dónde estoy?

—Está en nuestra casa, a las afueras de Schweitenkirchen. Es un pueblo que queda entre Núremberg y Múnich.

Annika respiró profundo e hizo una mueca de dolor.

—Tiene usted una herida lacerante en su espalda. Mi esposo se la cosió, él es veterinario. Por fortuna, aún tenemos algunos medicamentos y antibióticos aquí en casa. Sus ropas quedaron destrozadas. Tiene usted puesta una bata de mi hija. Mañana le daré un vestido que era de ella.

—Se repondrá pronto —dijo una voz masculina añosa desde fuera del cuarto.

—Él es mi esposo Karl Häner. Yo soy Katrin. Ha tenido mucha suerte. Solo

usted sobrevivió al bombardeo.

Annika intentó tocarse el rostro, pero la mano de la mujer le opuso resistencia.

—La incandescencia de una bomba le ha quemado el rostro, nada de qué preocuparse. Seguirá siendo hermosa. Usted me recuerda a mi hija, este es su cuarto.

—Ella no se molestará por estar aquí.

—No, ella ya no vendrá... más nunca... ella murió cuando los nazis llegaron al poder.

—Lo siento...lo siento mucho.

La anciana entristeció su rostro. Annika se apenó.

—Necesito comunicarme con Berlín.

—¿Usted trabaja para las SS?

—Sí, bueno, no, bueno... en realidad sí —expresó dubitativa.

—Mi nombre es...

—No se preocupe, mientras menos sepamos de usted mejor, mañana la llevaremos al pueblo. Desde allá podrá comunicarse con las SS.

—¿Qué hora es?

—Son las doce menos quince de la noche. La dejaré descansar.

Annika recordó el portafolio. Suplicante dijo:

—Mi portafolio ¿Dónde está?

—Está sobre esa mesa —indicó, señalando una pequeña mesilla arrinconada el fondo de la gran habitación.

—¿Necesita algo más?

—Sí, por favor. ¿Tiene lápiz y papel?

—Sí, por supuesto.

La mujer salió. El esposo, un hombre de unos setenta años, se asomó a la puerta y la vio con ojos desconfiados. Era membrudo y calvo, una gran papada se desprendía en su cuello. Sus ojos claros eran ígneos. La vieja volvió con un cuaderno y dos lápices. Se los entregó.

—Si necesita algo más, toque la puerta de nuestra habitación al final del pasillo. Descanse.

—Intentaré. Deje la vela encendida, por favor.

La anciana cerró la puerta. Annika se levantó con dificultad, fue hasta un espejo que reposaba silente en la pared y miró su rostro enrojecido. Levantó con dificultad su bata y vio la herida que tenía en su espalda. Tenía diez puntos de sutura. Se dirigió hasta la silla que dormía dentro de la mesa y se sentó. Tomó el portafolio. Su envoltura de cuero fue destrozada por la explosión. Intentó abrirlo pero no pudo, unas correas se lo impedían. Registró las gavetas y encontró unas

tijeras. Las tomó y cortó los correaes. Miró adentró y se sorprendió. Annika sacó un sobre sellado y lacrado con las siglas de las SS. Lo palpó y sus ojos brillaron. Dubitativa, se percató de que tenía una excusa perfecta. El bombardeo le permitía decir cualquier cosa. Se arriesgó. Tomó aire y con la tijera rompió el sello y sacó su contenido. Su aliento se contuvo... tenía razón... era el diario privado del *Reichsführer-SS*.

Lo abrió con las manos tembleques y la respiración entrecortada. Fue hasta la página donde había dejado la lectura, meses atrás. Comenzó a rastrillar sus frases y oraciones. Esta vez sí tenía tiempo para saborear todo su contenido, en esta ocasión si caminaría por todos los recovecos oscuros y nefarios de la mente de Heinrich Himmler, en esta oportunidad conocería los verdaderos planes del jefe de las SS con Beatrice, su hija amada.

Bastaron dos horas para recorrer los laberintos de frases y oraciones del diario, sin embargo, Annika sintió que años enteros transcurrieron al finalizar la lectura. Se sentía vacía, con arcadas en el estómago y con una niebla oscura, rodeando su entendimiento. Ahora lo comprendía todo. Sabía de qué se trataba el proyecto “T”, y las diabólicas intenciones de Himmler con la niña. Annika sintió su lengua y su garganta secas. Sentía un dolor en el pecho como si una daga punzante estuviera atravesada en el medio de su corazón. Lo descrito en el diario era más abyecto de lo que ella pensaba, era algo peor, mucho peor.

Pensó en desaparecer con el diario o incluso quemarlo, pero de nada valdría, pues Hedwig tenía a su hija y no podía arriesgarse a perderla. Intentó calmarse. Eran tantos detalles descritos allí que decidió tomar el lápiz y el cuaderno y anotar la última narración de Himmler, la más importante. Allí se describían todos los alcances de su mefistofélico plan. El resto de la noche transcribía cada letra y palabra de esa última anotación del *Reichführer-SS*. Agotada y adolorida por la punzante herida de la espalda.

De seguro, al no haber llegado a su destino, alguna patrulla o miembros de las SS estaría buscándola por la importancia del diario. Mientras transcribía los párrafos macabros de Himmler, tuvo una certeza, debía adelantar su plan de fuga. Razonó que ahora ella no era importante. Llegado el momento sería ultimada por algún SS. No podía dejar a la pequeña Beatrice en manos de esa gente.

Cuando la anciana mujer se levantó a las cinco de la mañana, pasó por su habitación, vio a Annika con las ojeras marcadas y el rostro macilento. Se percató de lo que hacía y la increpó. «Dañará su salud», le dijo. Annika espetó, suplicante:

- Señora Katrin necesito que me llevé de inmediato al pueblo.
- ¿Por qué tanta prisa?

— Si no salgo de aquí, la vida de ustedes correrá peligro. Si las SS o la Gestapo me encuentran con ustedes, quizá los interroguen y los torturen por mi culpa...es por su bien que debo salir. Este portafolio contiene un documento muy importante para Himmler. Tropas de las SS me deben estar buscando en este momento.

La vieja miró con extrañeza a Annika. Sus ojos transmitían serenidad y un sosiego que la espigada alemana no percibía en muchísimo tiempo. Los nazis plagaron de soberbia y odio a toda la nación, su política racial condenaba a todos aquellos que no eran como ellos. La bondad, la misericordia, el consuelo, la mansedumbre y el perdón fueron borrados de los corazones de los teutones. La mujer le dijo con voz pausada:

—No sé quién eres y no me importa. Mi esposo y yo nos tenemos, el uno para el otro. Estamos dispuestos a correr el riesgo de tenerte aquí.

—Pero es que no solo se trata de mí, se trata de mi hija, debo ir a buscarla en los Alpes bávaros. Si se tratara solo de mí, tomaría el riesgo de quedarme de aquí. Pero por favor necesito que me lleven antes de que amanezca.

—Te comprendo, le diré a Karl para llevarte, pero quiero que sepas que la puerta de nuestra casa estará abierta para ti. Aquí encontrarás refugio.

—Gracias —dijo con voz sosegada.

—Cámbiate y saldremos.

—Hay algo más... Usted tiene algún sobre donde quepa este cuaderno.

—Sí, por supuesto. Mi hija trabajaba en una librería en el pueblo. Tengo varios, tú escoges el que más te guste.

La vieja trajo la encomienda. Annika tomó el sobre que más se parecía al que contenía el diario de Himmler. Introdujo el cuaderno y lo selló. Luego se cambió con un vestido violeta de la hija de los Häner y estuvo lista, enseguida. Tomó el diario y guardó, en el interior de su vestido, las notas tomadas. Cuando salió de su habitación, vio a los dos ancianos vestidos. La mujer le ofreció una taza de café.

—Lo teníamos guardado para una ocasión especial y esta lo es.

—Gracias, muchas gracias.

Los tres la saborearon con gusto. La inesperada visitante dijo:

—Mi nombre es Annika, Annika Rosenberg.

—¡Aquí serás bienvenida! —dijo el hombre.

—¡Volveré pronto!

—¡Lo sabemos!

Los tres salieron al exterior. Annika vio la casa, era una humilde cabaña enclavada en el medio de una gran pradera. Parecía que la guerra no hubiera pasado por allí. Los labios templados de la mañana teutona acariciaron el rostro

de la mujer. Dos perros, pastores alemanes, llegaron al encuentro y, mansos, menearon sus colas. El viejo Karl los acarició. Se montaron en el viejo camión y salieron. Annika memorizaba el camino. Después de serpentear por varias intersecciones de pedregosas carreteras, llegaron hasta la vía principal que Annika reconoció. El auto se detuvo.

—Hacia la izquierda, a quinientos metros de aquí, fue el accidente. Hacia la derecha a tres kilómetros queda el pueblo. ¿Hacia dónde quiere ir?

—Déjenme aquí. No quiero comprometerlos. Nadie debe saber que estuve con ustedes. Gracias por todo, han sido de mucha ayuda.

—¿Está segura?

—Sí.

La mujer abrió la puerta y se apeó. El auto dio la vuelta y siguió su marcha, los ancianos se despidieron de ella. Annika caminó hacia el lugar del accidente. Le llevó diez minutos llegar. La escena permanecía imperturbable. Los cadáveres continuaban en sus lápidas mortuorias al aire libre. En un país en guerra, la labor de rescate de cadáveres no era la prioridad.

La rubia se sentó en el borde de la carretera y esperó que amaneciera, razonó que pronto enviarían una patrulla por ella. Pasaron varios vehículos que se detuvieron y las personas le ofrecieron ayuda. Ella les pidió que informaran del incidente al cuartel de las SS más cercano. Cuando las primeras luces alancearon el horizonte bávaro, dos camiones con tropas SS llegaron. Annika les explicó lo sucedido, de la naturaleza de la misión y de la necesidad imperiosa de llegar hasta Berchtesgaden. El oficial, un engreído y desconfiado miembro de las SS, la llevó hasta al comando de las *Schutzstaffel* del pueblo donde, luego de interrogarla por casi dos horas, se comunicó con el cuartel general de Múnich e informó lo sucedido. Diez minutos más tarde, sonó el teléfono de la oficina del oficial. El comandante tomó el auricular con petulancia. Su rostro, al principio, engreído y jactancioso, metamorfoseó a uno lívido y adusto. El hombre se puso de pie de inmediato y estuvo a punto de hacer el saludo nazi. Miró a Annika y le dijo:

—¡El *Reichsführer-SS* al teléfono!

Annika tomó el auricular.

—¿Tiene con usted el portafolio?

—Sí, *Reichsführer-SS* — dijo de inmediato sin dejar espacio a la duda.

Himmler dejó un espacio de silencio, ese sempiterno momento que espesaba las entrevistas a fin de infundir miedo y terror en sus interlocutores.

—¿Sufrió algún daño el documento? —expresó con voz espesa.

—No, señor.

—Daré instrucciones para que la lleven de inmediato a su destino.

—Gracias.

—Ponga al oficial a la escucha.

Annika cumplió la orden. El hombre con el rostro aún exangüe de la impresión, dijo «Sí» enésima cantidad de veces, luego colgó. Cinco minutos más tarde, la espigada enfermera iba camino a Berchtesgaden.

El vehículo llegó al mediodía a la casa de la Hedwig que la recibió con Nanette en sus brazos y Helge tomado de su mano. Annika se apeó y buscó a Beatrice. No la vio. Se asustó, sin embargo, al momento, la niña salió correteando hacia sus brazos desde detrás de la casa. La besó y la abrazó. La cara de Hedwig era un poema. Le reclamó a Annika su tardanza y ella le explicó lo sucedido, le mostró sus heridas y le entregó el sobre. Potthast lo vio con recelo. Lo tomó. Le preguntó por el portafolios y ella le explicó que la explosión lo dañó, sufriendo daños el sobre. Le explicó que tuvo que sacar su contenido y lo colocó en otro sobre en la oficina de las SS en Schweitenkirchen. Annika percibió que Hedwig no se tragó el bulo. El rostro adusto e impertérrito de la amante Himmler se lo gritaba.

Iba a ir a su habitación con la pequeña Beatrice cuando Hedwig le dijo que se quedara con los niños. Le pasó a Nanette y el dolor punzante en su espalda agrió su cara. A la amante de Himmler le importó poco. La mujer se encerró en su habitación. Annika intentaba distraer a la niña que lloriqueaba. Se sentó en el porche de la cabaña y la sentó en sus piernas, se calmó al instante. Los otros niños jugueteaban en la hierba. A los quince minutos, salió Potthast con un sobre que entregó en manos del oficial que la escoltó. Era una carta con destino a Berlín. Hablaron entre ellos por un instante, se introdujo en el vehículo y salió de la propiedad. Annika sabía que en el sobre, Hedwig le contaba a su amante que la inviolabilidad del sobre lacrado y sellado fue vulnerada. Debía escapar con Beatrice. Su tiempo se había agotado. Era esa noche o nunca.

El resto de la tarde, la enfermera tuvo que hacer su mejor esfuerzo de histrionismo para no ser delatada. Hedwig la seguía a todos lados con sus ojos desconfiados y su rostro frugal. Cenaron y se acostaron temprano.

Mientras todos dormían, Annika se levantó a las dos de la mañana y salió a las afueras de la casa. Se escuchaba el soplido del viento contra las montañas y el traqueteo del roce de las ramas de los pinos. Caminó, con paso sigiloso, hasta donde se encontraba el puesto de guardia, a la entrada de la propiedad, donde los soldados de las SS prestaban seguridad en la noche. El soldado se alertó, apuntó su fusil y dijo:

—¡Alto! ¿Quién anda allí?

—Tranquilo Mats, soy yo, Annika —dijo la alemana con voz sensual.

El efectivo de las SS que ardía de deseo por la alemana, descansó el fusil y

se sorprendió al ver en la penumbra de la noche a la hermosa Annika que, con su bata de dormir, le salió al paso. Su figura esbelta rezumaba sensualidad.

—*Frau* Annika ¿Qué hace aquí? —expresó sorprendido y con el rostro sonrojado.

—Solo vine a fumar un cigarrillo —dijo ella, encendiendo uno.

—No debe estar aquí.

—¿Por qué? —preguntó, lanzándole el humo en la cara.

—Usted sabe las normas, además me encuentro de servicio.

—La guerra no ha llegado ni llegará hasta acá, Mats. No debes preocuparte —expresó y sacó, de su cajetilla, un cigarro y se lo colocó en la boca al bisoño SS. Luego se lo encendió. El muchacho aspiró y tomó el cigarrillo con la punta de sus dedos. Luego encendió el suyo. Miraba al joven con ojos fulgurosos de deseo.

—¿De dónde eres, Mats?

—De Bonn —Sus ojos brillaron —Es una ciudad hermosísima. Cuando termine la guerra me gustaría que la conociera.

—¿Bonn? Esa ciudad ya fue ocupada por el enemigo.

—Sí, esos malditos la tomaron. Allá están mis padres —expresó con la voz afilada por la ira.

—¿Y usted, *Frau* Annika?

—Yo soy de Núremberg —dijo, mintiendo.

—¿Cuánto tiempo llevas en las SS?

—Diez meses, me alisté al cumplir los dieciocho años.

—Debes ser muy buen soldado, tan joven y con tanta responsabilidad.

—Algo —dijo, sonriendo.

—Tienes una linda sonrisa ¿Sabías? —expresó, coqueta. Tomó una nueva bocanada de humo.

—Gracias. Usted es muy hermosa —dijo, nervioso. Se sonrojó.

—Gracias, Mats, no me trate de usted. Dime Annika, ese es mi nombre.

—Annika... usted... digo... Annika ¿Estuvo usted... digo estuviste en Berlín?

—Sí.

—¿Cómo están las cosas por allá?

—La ciudad está en ruinas. Se preparan para la llegada de los rusos, americanos e ingleses.

—Ellos jamás tomarán Berlín —sentenció con el ceño fruncido y la voz grave.

—Es inevitable, Mats. La guerra está perdida.

—Jamás —expresó, enardecido —El *Führer* guarda para último momento,

las armas secretas que nos darán la victoria.

Sus ojos brillaban en la oscuridad, el veneno vil del nazismo corría por sus venas. Annika, para no contradecirlo, le dijo:

—Si la tienen, es mejor que las usen lo más pronto posible.

—No lo ha hecho porque todavía sobrevive el germen infecto del judaísmo universal que sabotea todas las acciones del *Führer*. Él lo hará, Hitler jamás le ha fallado a Alemania.

—Lo sé. Por el bien de todos los alemanes, espero que sea así...Tu novia debe esperarte en Bonn.

—No... yo no tengo novia —expresó un poco más calmo.

—No te creo. Un joven tan varonil y viril como tú, debes tener a muchas jovencitas detrás de ti.

—No, en serio. La guerra no me ha dado tiempo para tener una.

—Pues deberías tener una pronto porque eres un hombre muy atractivo.

Annika lanzó el cigarrillo al piso y lo estrujó con su sandalia. Se acercó al joven nazi, le quitó el cigarro de la boca, le dio una aspirada, lo tiro en el piso, botó el humo en la cara del muchacho y luego, lo tomó por el cuello y lo acercó a su boca. Lo besó. Su lengua hábil y húmeda revolvió el entendimiento del joven que se entregó a la sensación agradable de los labios de Annika explorando su boca. La espigada alemana reptó con su pierna en la virilidad del muchacho y sintió como la erección del mancebo nacionalsocialista estrujaba su entrepierna. El joven, dejándose arrastrar por su excitación, dejó caer el fusil en el piso y llevó ambas manos a los pechos de la mujer. Luego intentó tocar su sexo y sus nalgas, pero ella, con mucha maestría, subió sus manos hasta sus senos, de nuevo. Annika sintió que la pasión incontrolable del muchacho dañaba su espalda herida. Con mucha habilidad besó el cuello del bisoño joven que se enfrentaba a su primera relación sexual.

Se arrodilló delante de él y quitó su forniture. La lanzó al piso. Luego desabrochó sus pantalones, los bajó y quitó su ropa interior. Sin mediar palabras, le practicó una felación. El niño-hombre sintió que la vida valía la pena, que el sexo era la mejor experiencia del mundo y que se casaría con Annika, al terminar la guerra. La boca sagaz y húmeda de la enfermera mantenía entretenido al muchacho que cerró los ojos y elevó su cabeza al firmamento estrellado que los cubría. Annika se puso de pie y acostó a Mats en el piso que no dejaba de jadear.

—¡Guarda silencio, nos pueden descubrir! —le susurró mientras chupaba su oreja.

El imberbe joven se acostó en la hierba y vio cuando Annika, sin quitarse la bata que lo cubría, apartó su ropa interior de su pubis e introdujo su virilidad en

su cuerpo. Annika cabalgaba con movimientos hábiles y rápidos. Mats suspiraba, jadeaba, gemía y sentía como el mundo entero se centraba en la divina sensación que sentía en su sexo. Creía que estaba en el cielo. La enfermera aumentó sus movimientos. Ahora sí acabaría el muchacho. Mats sentía como un cosquilleo recorría su columna vertebral y se centraba en su pubis, al borde de una explosión, abrió sus ojos y quiso ver los ojos de la enfermera, le diría cuanto la amaba y quería que fuera su esposa. Sin embargo, lo que vio el soldado fue un celaje plateado. Annika clavó un cuchillo en su garganta de un solo golpe. Él intentó levantarse y zafarse de la mujer, pero ella lo presionó con ambas piernas en el piso. Quiso tomar con sus manos el cuello de su asesina, pero era tarde, no sentía sus manos, la vida se evaporaba de su cuerpo. Al instante, sus manos cayeron inertes en el piso.

Ella se levantó y arrastró el cadáver hasta una hilera de árboles que nacían en el pie de la montaña. Registró sus bolsillos y encontró la llave del vehículo que dormía frente a la cabaña principal. Entró y se vistió de inmediato con ropa de faena. Tomó su maleta y fue hasta el cuarto de los niños donde tomó a Beatrice entre sus brazos. Ella entornó los ojos y luego se apoyó en su hombro. Cuando iba a tomar un morral que tenía escondido debajo de la cama de Helge, el niño abrió los ojos.

—¡Duerme, Helge!

—¡Quiero a mi mamá! —dijo el pequeño.

—Llevo a Beatrice al baño y después te llevo con tu mamá.

El chiquillo asintió. Annika salió por la puerta y la cerró. Introdujo a Beatrice en el asiento trasero del vehículo y dio la vuelta con rapidez. Abrió la puerta y se sentó. Encendió el Volkswagen que soltó un bramido en la noche silente. Observó cómo se encendieron dos luces en la cabaña de la servidumbre. Aceleró el auto y se alejó a toda velocidad. Mientras discurría por la carretera escuchó el silbido agudo de un pito de uno de los soldados de la casa. Segundos más tarde, abandonó el refugio.

Annika tenía su plan bien calculado. Sabía que pasar por el puesto del pueblo sería sencillo, pues los SS de la cabaña, tardarían un tiempo en salir de la villa y avisar a las autoridades. Pasó sin ningún inconveniente. La ciudad de Múnich tampoco lo sería, pues el sistema de comunicaciones de las SS y de Alemania en general, no funcionaba. Encontró tres alcabalas de las SS dentro de la ciudad, pero pasó sin ningún inconveniente. El problema sería Núremberg. Ya habrían pasado tres horas y las SS estarían alertadas, pues a esa hora Himmler ya estaría en cuenta de lo sucedido. Y tenía razón, la orden de cazarla en toda Alemania había sido dada.

Mientras manejaba por las solitarias carreteras se percató de otro problema

que no calculó, se quedaba sin combustible. No llegaría a Núremberg. Mientras discurría por la autopista, pensó ir a un solo lugar. La casa de Katrin y Karl, los amables ancianos que la ayudaron el día anterior.

Manejó rauda por la arteria vial hasta que desembocó al corazón del pueblo de Schweitenkirchen. Se introdujo en el laberinto de veredas y calles, cuando vio desde lejos un piquete numeroso de soldados de las SS en la salida de la ciudad. No deberían estar allí. La carretera hacia Núremberg fue acordonada. ¿Era una alcabala rutinaria o los efectivos tenían las instrucciones para su aprehensión? No lo sabía. Dio la vuelta y comenzó a pasear por dentro del pueblo. Intentaba encontrar otro cruce que burlara a las tropas. Mientras el automóvil recorría, como un espanto, las calles, Annika razonó qué opciones tenía y si debía atravesar la alcabala móvil o no. A esa hora ya se conocía de su huida con la niña y del asesinato del fanático SS. La cacería sería implacable. La llamarían traidora, espía y apátrida. Apagó el vehículo.

Calculó el tiempo que le llevaría a un solo soldado recorrer, caminando, la distancia de la casa a la carretera, tomar un aventón y llegar hasta el *Berghof* donde había un destacamento de las SS. Desde allí debían llamar al cuartel general, informar a Himmler y luego dar las órdenes a todos los destacamentos. Según sus cálculos, aún le quedaban treinta minutos. Pensó en abandonar el vehículo y bordear la alcabala. Era una brillante idea, la casa de los Häner quedaba a poco tiempo del pueblo, pero ir a pie, con la niña, era muy riesgoso.

Un fuerte golpeteo de la ventanilla de su Volkswagen la bajó de las nubes de su reflexión. No vio a nadie, creyó que alucinaba. Aguzó su vista y vio a un niño junto a su puerta. Era un pequeño un poco más alto que Beatrice. Rubio, de ojos azules y con el rostro descolorido, el pequeño cargaba sus ropas raídas y sucias. Annika se sorprendió. Bajó la ventana.

—¡Tengo frío! ¡Puedo entrar a su auto! —expresó con la voz aguda y fina.

—¿Dónde están tus padres? —le preguntó.

—Murieron en la guerra.

—¿Tienes familia?

—No —dijo y bajó la mirada

—¿Pero dónde vives?

—Aquí... en el pueblo. Vivía en el orfanato, pero me escapé.

Un pensamiento brilló en la lucidez de Annika.

—¿Tiene algo de comer?

—No, no tengo, pero iremos a un sitio donde comerás. Sube al auto. Da la vuelta.

El chiquillo corrió hacia la puerta. Annika se la abrió. El pequeño se sentó en el asiento.

—¿Cuál es tu nombre?

—Robert.

—El mío es Annika. Te prometo que te llevaré a un lugar donde podremos dormir y comer esta noche, pero debes hacer todo lo que te diga.

—Lo haré —dijo exultante y con los ojos brillosos.

Annika encendió el auto y le explicó al niño lo que debía hacer.

El efectivo a cargo del piquete de las SS era un joven teniente que no llegaba a veintiún años. Vio cómo se acercaba un automóvil escarabajo. Sus ojos se afilaron. Era el modelo de vehículo que especificó el cuartel general de las SS. «Revisen cualquier vehículo escarabajo. Detengan aquellos donde vaya una mujer rubia con una niña de siete a diez años de edad». El automóvil se detuvo ante las indicaciones de uno de los miembros de las camisas negras.

Una monja vestida con unos hábitos negros y un crucifijo, dijo:

—Buenas noches, oficial.

El efectivo no respondió. Con sus ojos acuciosos, comenzó a rastrillar el interior del vehículo. Un niño sentado en la parte de atrás del auto, se quejaba.

— ¡Me duele, Sor María! ¡Me duele! —decía, llorando y tocándose el estómago.

— ¡El niño está muy mal, lo llevo a Núremberg! ¡Creemos que es una apendicitis!

— ¡Me duele! ¡Me duele! —gritó el niño con más fuerza.

El oficial auscultó la maleta interior y le ordenó a uno de los efectivos que abriera el capó. Este lo hizo. No encontró rastros de los fugitivos.

—¡Me duele! —volvió a gritar el pequeño

La hermana dijo:

—Por favor oficial, el niño puede morir, el camino a Núremberg es largo.

El hombre hizo caso omiso a los quejidos del niño y las súplicas de la mujer. Annika temblaba debajo del hábito. Se había disfrazado de monja con aquel uniforme que le dio el Deán de la iglesia de Santa Eduvigis, hace años. Entre sus piernas, acurrucada, y debajo de los hábitos, la pequeña Beatrice intentaba no moverse. El ancho y copioso atavío le permitía ocultar a la niña entre sus piernas. Pensaba, incesante, que no le ordenasen bajarse del auto, pues su mentira sería descubierta. El muchacho cumplía bien su rol, se quejaba de un dolor que no tenía. El oficial volvió a auscultar el vehículo de nuevo con el mismo resultado, la luz de su linterna rastrillaba todo el interior. Miró con ojos graníticos a la monja y le dijo:

—¿De dónde viene?

—Del orfanato.

—Nunca la había visto por aquí.

—Es que no soy de aquí, trabajo en un hospital de Berchtesgaden, pasé la noche en el orfanato, pero se presentó esta emergencia y me pidieron llevar al niño a un hospital.

El hombre miraba con ojos ferrosos a la mujer. Annika sabía que los SS, más allá de querer saber las respuestas que obtenían en sus interrogatorios a las personas, auscultaban las actitudes y el lenguaje corporal. Había que responder lo que ellos preguntaban. Sus respuestas debían ser cortas y cortantes. El efectivo recorrió con la luz de la linterna el hábito de la mujer, alumbró la cara de la monja y dijo:

—¡Siga adelante!

—¡Muchísimas gracias!... ¡Qué Dios los bendiga! —dijo desde dentro de su alma.

La mujer embragó la primera velocidad y aceleró por la larga recta que seguía. Al pasar la curva y sentirse segura, se bajó del auto.

—¿Lo hice bien? —preguntó Robert.

—Lo hiciste de maravilla —dijo sonriente.

Abrazó a Beatrice y al niño. Lloró mientras los besaba. Pero no había tiempo que perder. Se volvió a montar en el auto y se dirigió rauda hacia la casa de los ancianos. Llegó pronto a la cabaña. Karl y Katrim los recibieron sin hacer preguntas ni sacar conjeturas.

—¡Los protegeremos con nuestras vidas! ¡Aquí estarán a salvo! —dijo Karl.

Por primera vez en muchos años, Annika se sentía fuera del alcance de las temidas SS.

La francesa quiso zafarse de las manos del sacerdote, pero la fuerza del viejo holandés se lo impedía. Le hablaba en italiano y ella no comprendía. No sabía porque la llamó Antonella. De pronto, un hombre alto y fornido como una nevera, llegó corriendo también la nombró de este modo. No comprendía nada de lo que sucedía, jamás en su vida había visto a estos dos tipos. Cuando el individuo alto le habló en inglés, ella le respondió con voz recia. Ella no se llamaba así, le dijo su verdadero nombre. A ambos le tomó por sorpresa su respuesta y lo mostraron en sus caras apocadas. Frida sacó ventaja de la situación y escapó corriendo.

—¡Alcánzala, ella corre peligro, seguro tiene un trauma en la cabeza! —le dijo el sacerdote al inspector que salió disparado detrás de Frida.

Ella corría desesperada por *Bebelplatz* entre el gentío, pero su pierna adolorida por el accidente, le dolía demasiado y su perseguidor era más rápido. Un ciclista se atravesó y chocaron. Cayó de rodillas. El inspector la tomó. Ella luchó con todas sus fuerzas. Speer le hablaba en inglés y le decía que se calmara, prometiéndole no hacerle daño, pero ella seguía luchando como un marlín que es atrapado por el sedal del pescador. Frida golpeó los testículos del inspector y él se estremeció, el dolor le hizo soltar un bramido. Ella se soltó, pero de nuevo él la tomó de la pierna y la tumbó. Frida se golpeó contra el piso.

—Antonella, es por tu bien —le dijo Speer.

—¡Que no me llamo así, maldito, yo a usted jamás lo he visto en mi vida! —le increpó la francesa que luchaba con todas sus fuerzas.

Speer llegó a pensar que decía la verdad. La inocente y frágil Antonella, que él había conocido, no tenía la fuerza ni la determinación en su mirada como esta iracunda mujer. El inspector la tomó por ambos brazos y la sujetó con todas sus fuerzas, entonces pudo dominarla. Parecía un potro salvaje corcoveando. El padre Rhode se acercó de prisa, estaba sin aliento. Con la voz entrecortada, dijo:

—Inspector, vámonos pronto. Tenemos la atención de la gente y eso no es bueno.

Muchas personas alrededor de la plaza miraban como se desarrollaba la lucha entre el oso alemán y la dama. Los dos hombres tomaron Frida por ambos brazos y se la llevaron en dirección hacia la universidad de Humbolt que se encontraba a un lado de la plaza. La francesa refunfuñaba y reclamaba de todos los modos posibles.

—¡Suéltlenme! ¡Suéltlenme!

—Tranquilícese, Antonella —le imploraba el padre, mientras que Speer luchaba con todas sus fuerzas por contener los embates de la arisca dama.

Los tres cruzaron el umbral de una de las puertas del recinto universitario. Se introdujeron por uno de sus pasillos vacíos y pasaron de prisa hacia el exterior del recinto que daba a *Unter den Linden*. Llegaron a la plaza principal del centro de estudio donde se erguía el monumento al epónimo sabio alemán.

—Vayamos hasta dónde está ese pequeño parque —espetó el sacerdote, señalando a unos bancos que se encontraban debajo de una arboleda.

Llegaron. Frida bramaba como un cachalote herido. Speer le dijo:

—La voy a soltar, no tiene escapatoria, debemos hablar, por favor cálmese y escúchenos, Antonella. No le haremos daño.

—¡Que yo no me llamo así! —soltó la mujer, aún enfurecida.

El inspector comenzó a soltarla, de a poco, previendo cualquier intento de fuga de la arisca dama. Ella se empezó a calmar. Su respiración se hizo más lenta y menos forzada. Cuando estuvo más tranquila, el sacerdote que permanecía detrás de Speer se acercó a ella y la detalló. Miró sus ojos iracundos. Luego miró al policía y le dijo:

—¡Ella tiene razón, Speer, ella no es Antonella! Mire bien sus ojos.

El inspector miró los ojos, inyectados de sangre, de la dama.

—¡Ella tiene los ojos color violeta! ¡Antonella los tiene turquesa!

Speer no había notado este detalle, pero en realidad tampoco se había percatado del color de los ojos de la académica italiana. A pesar de ser un lince para encontrar pistas de malhechores y hallar culpables escondidos donde nadie se los imaginaba, Rudolph nunca fue muy listo con las mujeres. Su exesposa siempre se lo reclamó. Él jamás se daba cuenta de un cambio de color en sus cabellos, en unas sandalias nuevas o en los zarcillos que utilizó el día de su boda. Perplejo, respondió:

—¡Es verdad!

—Por favor, Frida, siéntese. Debemos hablar —dijo el padre holandés.

Ella, al escuchar su nombre, decidió sentarse en un extremo del banco con los cinco sentidos afilados. El sacerdote se sentó al otro lado. Speer permaneció de pie, expectante por una posible fuga de la dama.

—Señorita, mi nombre es Frank Rhode y soy un sacerdote del Vaticano, él es el inspector Speer de la policía berlinesa. Necesitamos hablar con usted pues creemos que estamos en el medio de una gran confusión.

—Sí, creo que estamos en medio de una gran confusión porque yo no los conozco ni sé qué quieren de mí.

—Señorita, me dijo que su nombre es Frida ¿Correcto?

—Sí, ese es mi nombre —expresó un poco más calmada.

—¿Frida? Ese es su nombre —inquirió Speer —¿Frida Bruni?

—Sí, ese es mi nombre.

—¡No puede ser! —espetó Speer.

—¿Qué sucede? —preguntó Rhode.

—Usted es la mujer que estaba encerrada en el cuartel de la policía.

—¡Sí, soy yo! —dijo la francesa con voz trémula.

Speer apergaminó su cara y sus ojos se llenaron de incredulidad. No podía haber tanta coincidencia.

—¿A usted la apresaron en el río Spree?

—Sí, yo soy.

—Fue por usted que atacaron el cuartel general de la policía.

El gigante afiló la mirada. Recordó a la mujer que se llevaron de las celdas del cuartel policial. No comprendía porque estaba libre. Su mente de policía implacable retrató una miríada de preguntas en un santiamén en la laguna turbia de la duda. Frida notó el cambio brusco de aquel hombre. Percibió que su rostro permutó. Rhode también lo notó.

—¿Quién es usted? y ¿Por qué está libre? —agregó Speer.

—Cálmese, inspector —dijo Rhode.

—Padre, por esta mujer mataron a padres de familia y policías honestos —espetó.

—Seguro ella tendrá respuestas.

Frida permanecía alerta, visualizaba una vía de escape libre por donde salir corriendo. El hombre se tornaba violento, pero sabía que escapar complicaría las cosas. Confió de nuevo en su intuición. Además el sacerdote le despertaba seguridad. Expresó vehemente:

—Mi nombre es Frida Bruni.

—Por su acento, creo que no es alemana, tampoco es italiana. ¿De dónde viene? —preguntó el policía.

—Eso no se lo diré, creo que ustedes me deben más explicaciones que interrogantes.

Rhode dijo:

—Como quiera... le explicaré. La llamamos Antonella porque hay una mujer, muy importante para ambos, que es idéntica a usted. Su misma altura, color de piel, forma de la cara, cabellos y voz. Yo creo en las casualidades, pero no creo que esta sea una de ellas. Ustedes dos son iguales. ¿Usted tiene alguna hermana?

—No, claro que no —dijo con la voz inundada de incredulidad y escepticismo —luego agregó —¿Y usted pretende que yo le crea? ¿Por qué he de creerles?

Speer, que había quedado con la duda del color de los ojos de ambas mujeres, tomó su teléfono y navegó hasta el perfil de facebook de la italiana. Se percató del color de los ojos. Era verdad, los de Antonella eran aguamarina. Sin cortapisa, dijo:

—¡Debe creernos!...!Observe! —y le mostró el teléfono.

Frida tomó el móvil con desconfianza y luego con aprehensión. Sus ojos se amolaron, sus pupilas se expandieron. Manipuló el perfil de la página social y vio las fotografías de Antonella Luccioni, una mujer exactamente igual a ella. No podía dar crédito a lo que veía. Absorta en su perplejidad, no escuchó la conversación que se desarrollaba entre ambos hombres.

—¿En verdad no es Antonella? —preguntó Speer, casi susurrando.

—No, no lo es.

—Pero si no es, tiene que ser su hermana. Son iguales como dos granos de arena.

—Eso debemos averiguarlo.

Frida no daba crédito a lo que sus ojos veían. Había una mujer en el mundo igual a ella. Por un momento, pensó que ambos le jugaban una broma, pero al ver las fotografías del perfil de la página social y detallar las gráficas, quedó en shock. Abrió su álbum de fotos. Esa lejana, pero a la vez cercana mujer, tenía gustos iguales que ella. Las fotos delataban puntos en común parecidos. Amaba los tulipanes, el color violeta era su preferido, adoraba el mar y los lentes oscuros. No encontraba explicación a tantas similitudes y en especial, a la casualidad de estar allí con dos hombres que la buscaban. Su rostro, agrio e irascible, mutó por uno más calmo y sosegado. Speer que no dejaba de mirarla y admirar su singular belleza —al verla con ese rostro más suave —creyó que era Antonella. Los miró a ambos y soltó la interrogante:

—¿Dónde está ella?

—Si lo supiéramos, no estaríamos aquí —adujo Speer, altisonante, luego agregó —No sabemos dónde está, pero está madrugada fue secuestrada.

—¿Eso es cierto? —dijo viendo al padre. No miraba al inspector, pues no le gustaba el tono de voz del policía grandulón.

—Sí, por eso creo que le interesa hablar con nosotros. Es posible que su vida corra peligro.

—¿Por qué? ¿Por quién?

—Esa es una historia larga y complicada. Un relato tan intrincado que sus alcances tienen relación con lo que acaba de suceder en la iglesia de Santa Eduvigis.

—¿Y qué sucedió allá?

—¿No supo verdad?

—No.

El Padre Rhode miró con fijeza a Speer que asintió.

—El Papá iba a ser asesinado. Pero impedimos el atentado.

—¿Quién puede ser tan malvado para querer matar al Santo Padre?

—Alguien que quiera mucho poder, más del que tiene —agregó Speer.

—Bueno eso creemos hasta ahora... —adujo Rhode.

—¡Es él, padre, más nadie pudo haber estado detrás de todo esto! —dijo el inspector, interrumpiéndolo.

El sacerdote parpadeó.

—Si mi vida está en peligro, creo que merezco saber de quién se trata.

—El magnate Arthur Dubront.

Los ojos de la mujer se inyectaron de sangre, su rostro se endureció, la piel de su pecho y sus pómulos se enrojecieron. Aspiró con dureza grandes cantidades de aire. Ambos hombres se percataron del cambio de actitud y de cómo su cara se espeluznó. Speer le preguntó si lo conocía y ella asintió, mientras bramaba por sus fosas nasales.

—¡Ese maldito está detrás de todo esto! ¡Debí imaginármelo!

—¿De dónde lo conoce? —dijo Speer con un vozarrón.

—Le quité algo que le había robado a la Iglesia, hace pocos días en Nueva York.

—¿Qué cosa? —preguntó, extrañado, el padre Rhode.

—Las páginas perdidas del código vaticano.

La mente de Rhode hervía.

—¿Usted trabaja para la iglesia? —preguntó el sacerdote.

—Trabajaba, quedé desempleada.

—No comprendo —expresó Speer con voz entrecortada.

—Mi historia también es complicada y difícil de comprender.

—Todos tenemos historias complicadas y esta situación nos ha afectado a todos. Yo, por ejemplo, era el jefe de la policía de Berlín hasta hace poco y esta mañana fui destituido.

—¿Usted era el jefe de la policía de Berlín? —preguntó Frida con los ojos abiertos como dos grandes orificios.

—Sí.

—Yo escuché hablar de usted, me lo dijo Noemí.

—¿Noemí, la madame? ¿Dónde la conoció?

—En la celda de la policía.

Speer pintó su rostro de incredulidad.

—Me dijo que trabajaba para la iglesia —espetó Rhode.

—Sí, pertenecía a una organización secreta llamada los...

—Los Protectores —terminó de decir el padre Rhode.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Frida sorprendida. Speer también se asombró.

—Porque solo los protectores podrían perseguir a un hombre como Dubront e ir tras el código vaticano.

—¿Estoy fuera de órbita? ¿Me perdí de algo? —atizó a decir, Speer.

—Siempre había escuchado hablar de esa organización en los pasillos milenarios del Vaticano, pero jamás conocí a alguien que perteneciera a ella. Era como un murmullo detrás de sus paredes, una sombra entre la penumbra. Los Protectores son la cara fea de la iglesia, los hombres y mujeres que hacen el trabajo sucio que los sacerdotes y religiosas no quieren o no pueden hacer — afirmó el holandés.

Frida asintió con los ojos.

—Pero también sé algo. Nunca he conocido un desertor de sus filas.

—Yo no soy una desertora. Yo fui traicionada por la organización... en realidad por algunos de sus miembros. Y ahora ellos me persiguen.

—¡Explique bien el capítulo de la cárcel, señorita! —dijo un imperioso Rudolph.

—Mire idiota, usted no es mi papá ni mucho menos, o me dice “por favor” o me lo pide de buena gana —dijo la mujer que se volvió a alterar.

—¡Cálmese! —dijo el padre viendo a Speer con ojos suplicantes.

—Disculpe, señorita, tiene razón, pero comprenda que la muerte de mis hombres me enardece aún.

Ella miró al padre quién le rogó con los ojos que por favor explicará mejor las cosas. A pesar de que sentía desconfianza por el policía, recordó lo dicho por la madame tras las rejas “Es un hombre justo”. Frida tomó aire y comenzó su relato.

—Creo que deberé explicar todo, para que comprendan mejor. Yo fui enviada a una misión en Nueva York a obtener los pergaminos del código vaticano que se encontraban en manos de Arthur Dubront. Mientras realizaba la tarea fui descubierta y estuve a punto de ser asesinada por sus esbirros, pero fui rescatada por una protectora que estaba conmigo en la misión. Salimos ilesa, le quitamos los códigos al señor Dubront y raptamos uno de sus aviones. Yo piloté hasta Francia, pues soy piloto, en compañía de la mujer que me acompañaba. Al llegar a París busqué a mi mejor amigo, que también era un protector. Necesitaba entregarle los códigos, pero supe entonces que él había sido asesinado. No obstante me dejó una carta donde me explicaba que era posible que la organización fue infiltrada.

Ella hizo una pausa. El inspector aprovechó para deslizar la pregunta:

—Y ¿Cómo llega usted a Berlín?

—En la carta explicativa, Jean Pierre, así se llamaba mi amigo, me relató que un hombre en Berlín era muy importante para la organización. No sabía el motivo. Quiso averiguarlo y vino hasta acá, por alguna razón, él lo mató, pero pudo obtener su agenda y averiguó detalles importantes.

—Y déjeme adivinar, señorita... ese alemán que su amigo eliminó... su nombre era... —dijo Speer.

—No recuerdo bien su nombre, pero comenzaba por O.

—Otto Gebauer —dijo el alemán.

—Sí, ese mismo.

El Padre Rhode se quitó las gafas. Tanta información junta determinaba que lo que ambos sabían hasta entonces, era la punta del iceberg de lo que acontecía en realidad. Speer hizo un ademán irónico. Al ver la actitud de ambos, Frida preguntó:

—¿Lo conocían?

—Yo no —dijo el padre.

—Yo sí, su asesinato fue el inicio de todo ese embrollo. Pero lo que usted nos ha dicho no responde a la pregunta de por qué está aquí en Berlín.

—Yo vine porque en la agenda del señor Otto aparecía la dirección donde se encontraba el diario privado de Himmler, un jefe nazi. Jean Pierre me dijo que allí encontraría respuestas a mis interrogantes, en especial de quien había infiltrado a la organización y con qué fines.

Ya no eran coincidencias lo que surgía ante las narices de Rhode y Speer, eran respuestas. Esta mujer, no apareció por casualidad, por el contrario, era la pieza que faltaba en el rompecabezas y encajaba a la perfección. Speer aún tenía preguntas en el baúl de sus dudas.

—No comprendo ¿Quién la secuestró a usted en el cuartel general?

—Yo intenté hablar con usted, Inspector —dijo con vehemencia la mujer — pero el policía con cara de topo me negó esa posibilidad. Yo llegué a Berlín a orillas del río Spree porque allí estaba escondido, debajo de un monumento, el diario de Himmler. La agenda de Otto señalaba esa dirección. Sin embargo, al momento de tenerlo en mis manos, la protectora que me acompañaba, me traicionó y se llevó los códigos. Yo solo pude quedarme con la agenda y el diario que me lo quitaron al llegar al cuartel general. Duré presa solo tres horas. Cuando amanecía, atacaron el comando y me llevaron.

—¿Reconoce quien fue?

—No, lanzaron una granada de humo y luego me durmieron. Al despertar estaba en una habitación donde vi de nuevo a Cosette, así se llama la protectora, y otro miembro de la orden. Me volvieron a dormir y me trasladaban en auto, pero el vehículo chocó y pude escapar de ellos. Llegué hasta aquí porque

pretendía buscar al Comendador, el jefe de nuestra organización, el único hombre en quien aún confío. Pensé que estaba en la iglesia. No lo conozco, pero quería intentar reconocerlo.

Speer se tranquilizó un poco. O esta mujer era una gran mentirosa y con una imaginación excepcional o decía la verdad.

—¿El Comendador, así le dicen? —preguntó Rhode

—Sí... pero creo que ya he dicho demasiadas cosas y ustedes no han sido sinceros conmigo.

—Tiene razón, señorita Bruni. Creo que debemos explicarle cual es la situación, qué está sucediendo y donde usted está, indefectiblemente, involucrada —dijo Rhode, mirando al policía.

Speer relató lo sucedido en Berlín todos estos días. Cuando abordó el tema del Serafín, estremeció a la mujer. El Padre Rhode habló acerca de todo lo que había vivido al lado de Antonella y su sueño premonitorio. Ambas historias encajaron en el rompecabezas de la francesa. Después de quince minutos y con la cara dubitativa, dijo:

—Los comprendo, señores.

—¿Qué sucede? —preguntó Rhode.

—Jean Pierre me dijo que la orden de los Protectores fue infiltrada por los “discípulos” y lo pude comprobar con la mujer que me traicionó. Ella es una acolita del mal.

—Sí, es posible que así haya sucedido —agregó el Padre

—¿Cuál es la importancia de los códigos? —preguntó el policía.

—No lo sé —dijo el cura. No tengo idea.

—Pero que importa ya, padre Rhode, hemos salvado al Papa, su plan se cayó. En este momento Dubront sabe que sus planes fueron arruinados.

—No del todo, hay algunas conjeturas que no están atadas. Yo vi en la iglesia a la verdadera Antonella. Ella estaba acompañada por una mujer pequeña como la que describió Frida, eso significa que ellos aún la necesitan. No creo que haya acabado todo como usted dice, inspector. El otro punto son los códigos, si por lo menos pudiera verlos podría sacar alguna conclusión.

—Padre... —interrumpió Frida —yo le tomé fotografías a todos, previendo que se me perdieran, no sé si eso servirá.

—Por supuesto que sirve. ¿Dónde los tiene?

—Los guardé en la nube de mi correo electrónico. Muy bien.

—Hay algo que no les he dicho, no sé si será de importancia —agregó la mujer.

—La escucho —dijo Rhode.

—Cosette me dijo que ellos realizarían la ceremonia esta noche, nunca habló

de hoy en la tarde.

—¿Está segura? —preguntó el sacerdote.

—Sí.

Speer se quedó meditabundo, luego dijo:

—Hay algo que no comprendo —dijo Speer con el ceño fruncido —Si la orden de los protectores mató al señor Otto entonces qué fue a hacer el Serafín en el departamento de Gebauer, qué buscaba.

—Tal vez buscaba también el diario, pero se le adelantó Jean Pierre —dijo la dama —o tal vez... —agregó, pensativa.

—¿Tal vez qué? —preguntó Speer.

—Cuando usted me nombró al Serafín y luego me describió sus métodos una historia vino a mi cabeza. Una historia lejana que revotaba en mi entendimiento... Es posible que ese asesino sea un miembro de la orden.

—Increíble —dijo Rhode.

—Eso explicaría porque estuve confundido desde el principio. ¿Qué haremos Padre? —preguntó, Speer.

—Debemos ver esos archivos del códice. Necesitamos una computadora ¿Conoce un lugar cercano? Pero además necesitamos abrir el cofre.

—Sí, es verdad. Tengo un viejo amigo que vive por aquí cerca. ¡Vamos! Allí también podremos abrir el cofre que encontramos en el departamento, tiene un mensaje para Antonella. Quizá arroje una pista sobre su paradero.

De pronto, desde la puerta interior de la universidad emergieron unos gorilas vestidos de negro que se acercaron hasta donde ellos se encontraban. La reacción inmediata de la francesa fue salir corriendo hacia la calle. Dio cinco pasos, pero dos camionetas, escoltando a una limusina, se estacionaron con violencia frente a la universidad, interrumpiendo su marcha. El pavimento chilló con el frenado abrupto de los cauchos. Seis nuevos hombres salieron de sus puertas y cerraron las salidas. La reacción instintiva de Rudolph fue tomar su arma y apuntar. Llevó su mano derecha a la cintura, pero el sacerdote lo tomó con suavidad de su muñeca y le imploró:

—¡No lo haga!

Frida pensó que ellos eran cómplices de Speer y el padre Rhode. Pensó que todo había sido una gran pantomima. Arrugó su frente y alertó sus sentidos. Su teoría se vino abajo cuando una de las puertas de la limusina se abrió y la figura elegante y sobria de Cinthya Banner, emergió.

—¡Señorita Frida, le dije que nos volveríamos a ver!

—¿La conoce? —preguntó el sacerdote con voz trémula.

—Sí, por supuesto, es la lameculos de Arthur Dubront —dijo una iracunda Frida.

—Por favor, necesito que nos acompañe —espetó la mujer de cabellera platinada.

Frida iba a dar un paso y Speer la tomó del brazo.

—Ella no irá sin nosotros —dijo tajante.

Cinthya sonrió con sus labios casi invisibles y luego dijo:

—La tarjeta de invitación tiene el nombre de todos ustedes, inspector Speer. Mr D los espera en el auto.

Rudolph se sorprendió, el sacerdote lanzó una plegaria en silencio y Frida amoló sus pupilas. Los hombres de negro cerraron el círculo que los rodeaba. Sus rostros, nada amigables, los invitaban a subirse. Frida se subió, luego el sacerdote y cuando Rudolph iba a entrar, uno de los guardaespaldas lo cacheó y le quitó el arma, el teléfono y el radio.

Los tres vehículos arrancaron a toda velocidad por la calle atiborrada de tráfico vehicular a esa hora. La terna variopinta iba sentada en el asiento trasero que daba hacia adelante. Cinthya iba en una de las esquinas.

Como una sombra que flota entre la nada, la figura augusta, larguirucha y vetusta de Arthur Dubront se dibujaba surrealista del otro lado. Estaba justo enfrente de Frida. Su voz se escuchó como un mazazo.

—¡Le dije que nos volveríamos a ver, señorita Frida Bruni!

Ella no respondió. Apretaba sus dientes, intentando contener el nerviosismo y la ira que emanaba desde su alma.

—Ahora estamos a la par. Cada uno sabe quién es quién —dijo con voz socarrona.

Frida recordó la última vez que se sentó en el asiento de atrás de una limusina. Volteó enseguida para ver si había un espacio por donde se pudiera colar un hombre y saltar encima de ella.

—No se preocupe, Frida, esta vez no hay nadie detrás de usted.

—¿Qué quiere de nosotros? —dijo Speer en tono desafiante.

Dubront miró con ojos ígneos a Rudolph.

—Todo a su tiempo, inspector, todo a su tiempo.

—Lo que vaya a hacer, hágalo ya —dijo Frida, irreverente.

—¡Cálmense! Ustedes son mis invitados.

—¡Prefiero ser invitada por el mismísimo Diablo que de usted, maldito!

El hombre se percató del carácter irascible de la mujer. No era fácil tratar con ella. Se mojó los labios con la lengua y le dijo:

—Sé que no tengo buena fama, pero si se quieren ir, lo podrán hacer, pero deben escucharme. Les aseguro que querrán trabajar conmigo.

—¡Primero me muerdo el codo antes que trabajar con usted, maldito! —volvió a intervenir Frida.

—¡Tranquilícese, Frida, no emita juicios de valor de forma tan libertina. Cuando termine de hablar sabrá cuan equivocada está!

Ella iba a volver a increparlo, pero el Padre Rhode, que observaba la escena en completo silencio, intervino.

—Señor Dubront. ¿Cuál es la verdadera causa de su visita a Berlín?

Arthur miró con agudeza la caja que tenía el sacerdote en su cintura. La auscultó con fijeza.

—¡Por fin alguien sensato en el grupo! —respondió de inmediato. Luego, rastrillando con su mirada a “sus” invitados, les dijo:

—Mi razón es la misma de ustedes...Evitar el ascenso de la Trinidad del mal.

Las palabras del magnate borronearon los rostros de incredulidad de los tres, en especial el de Frida que no daba crédito de lo que decía ese hombre. Era quien más lo conocía del grupo. Sabía que era alguien de temer. No creyó un rábano lo dicho por él.

—¿Después que intentó matar al Papa, quiere que le creamos? —dijo Speer.

—Yo no quise matar al Papa.

—Allí estaban sus hombres, atraparon a tres de ellos. Además mataron a Chastain, su jefe de seguridad, con un plano de la iglesia.

—Sí, es correcto, pero ellos no querían matarlo, intentaban protegerlo.

Speer sonrió con los labios torcidos. No creía ninguna de las palabras que decía Mr. D. El auto seguía marchando raudo por el centro de Berlín y se dirigía desde el lado Este, hacia sus periferias.

—Creo que es mejor que les explique todo, pero debo pedirles que se coloquen estas capuchas.

Cintha les pasó unas capuchas negras.

—Y usted pretende que le creamos tapándonos el rostro como unos delincuentes —dijo Frida con los ojos iracundos.

—Es por su seguridad, si más adelante los atrapan, los pueden matar para sacarle la información de cómo llegar al lugar hacia donde nos dirigimos.

—¿Y si no lo hacemos? —dijo Speer.

—No tienen opción. Háganlo. Todas sus interrogantes serán respondidas, se lo prometo. Mi palabra es lo que más vale en el mundo. Solo serán veinte minutos.

—¡Su palabra! —expelió, cínica, Frida.

Los tres se miraron entre sí. El Padre Rhode con su rostro más calmo fue el primero en colocársela. Los otros dos lo hicieron luego. El mundo se volvió negro para los tres. La disyuntiva entre creerle o no a Mr. D ahogaba el corazón de Frida de la misma manera en que la capucha sofocaba su respirar. El auto serpenteaba las laberínticas calles de Berlín. Los tres “invitados” de Mr. D, uno de los hombres más poderosos del mundo, esperaban con ansiedad sus respuestas. Pero nada de lo que hubieran vivido hasta ese momento, los hubiese hecho imaginar el camino ignoto que estaban a punto de recorrer.

Los días que siguieron en la vida de Annika fueron una mezcla ambigua de satisfacción y sufrimiento. Ella, al igual que los viejos esposos Häner, sabía que la derrota de Alemania era un hecho. Se reunían a diario, alrededor de un maltrecho *Volksempfänger*, o radio del pueblo (Un popular aparato desarrollado y promocionado por el ministro de la propaganda en el cenit del nazismo) en el cual escuchaban las noticias acerca del avance de los ejércitos aliados. Allí oían como el ejército de Hitler fenecía en las manos de una cruzada formada por ingleses, americanos, franceses, soviéticos, canadienses, australianos, hindúes y muchas otras nacionalidades. Los tres adultos esperaban con ansias la llegada de los invasores, pues los veían como liberadores del yugo totalitario impuesto por los nazis a lo largo de doce años. Pero no todos los alemanes veían a los ejércitos como sus redentores, había una gran cantidad de ellos que por miedo a represalias, terror a los propios nacionalsocialistas, patriotismo puro o un chauvinismo exacerbado, seguían luchando con dureza y fanatismo.

Mientras los alemanes luchaban por sobrevivir, los nazis usaban sus últimos cartuchos de autoridad para ajusticiar a sus enemigos internos y entre esos, Annika, la mujer que traicionó al mismísimo Himmler, ocupaba el primer lugar en la lista de las SS. La enfermera lo sabía y por eso contaba las horas en la espera de la derrota alemana.

Los días caían, rápidos y de forma inexorable, como piezas de dómينو. Parecía que de un momento a otro, la derrota de los nazis era un hecho. Annika no dormía por su impaciencia. Su estada en la cabaña de los esposos alemanes era agradable, pero precaria. Los esposos Karl y Katrin habían guardado y ocultado, por largo tiempo, muchos alimentos que le permitían seguir adentro de su casa sin necesidad de ir hasta el pueblo o las grandes ciudades, sin embargo, estas reservas de comidas, con la llegada de tres nuevas bocas, mermaron drásticamente. Annika lo sabía y quería irse, pero no podía. Sabía que su cabeza tenía un precio.

Los niños se adaptaron muy rápido a su nueva vida en el hogar. Los esposos Häner siempre quisieron tener nietos de su hija, por eso, el arribo de Annika y los niños pintó de color el agrisado hogar, del mismo modo que una rosa colorea de alegría un jardín marchito.

No obstante, y a pesar de que Annika regaba a diario la planta verduzca de la esperanza, el terror de saber que de un momento a otro, entrarían efectivos de las SS por la puerta, le quitaba el aliento a todos en el hogar. Los nacionalsocialistas

y en especial, los miembros de las fanáticas SS, a pesar de estar mordiendo el polvo de la derrota, desataban sus últimos embates de poder. No les importaba si con ello se eliminaba a miembros del enemigo o a los alemanes. Para los nazis sus compatriotas eran quienes compartían su visión racial del mundo, idolatraban al *Führer* y odiaban a los judíos. Para un nacionalsocialista, la bandera de su país estaba tremolada en el asta de la infamia.

Karl proporcionó una solución al problema de Annika. Era un hábil carpintero y había construido, hace mucho tiempo, un sótano falso, cuya entrada estaba oculta a un lado de la chimenea que adornaba la sala principal. Allí ocultaron, por un largo tiempo, a una pareja de amigos judíos muniqueses, que perseguidos por la Gestapo, se ocultaron allí por casi dos años. La casa fue revisada por las fuerzas policiales en muchas ocasiones y jamás dieron con ellos. No obstante, ambos tenían la costumbre de ir a un río cercano, todas las mañanas, y allí fueron atrapados. Las SS revisaron la casa en busca del refugio, pues sospechaban que se ocultaron allí, pero jamás lo encontraron.

Annika no cometería ese error. Nunca salió a los arreboles de la cabaña, empero las revistas de parte de las fuerzas policiales, se presentaron. Las “inspecciones sorpresas” eran un método común de disuasión, arresto y terror que aplicaban de forma implacable los nazis. Cuando eso sucedía, Annika y los niños se ocultaban en el oscuro sótano. El terror que sentían por las pisadas de los miembros de la policía y la requisa del hogar no pasaba hasta que estos se retiraban. Las tres revistas que hubo, fueron producto de que el viejo Karl, en vista que debía desaparecer el auto de Annika, lo lanzó por un despeñadero cercano, una semana después de su llegada. Las fuerzas policiales y los esbirros del *Gauleiter* de Núremberg lo encontraron y rastrollaron todas las viviendas en un radio de diez kilómetros. Buscaban a la felona enfermera, pero el escondrijo era infalible. Allí tenían sus pertenencias. Utilizaban los cuartos solo para dormir.

Pero la espigada alemana seguía sintiendo miedo. Hasta que los nazis no fueran derrotados, no podría librarse del influjo maligno de Himmler y su proyecto “T”. Todas las noches releía en silencio lo que transcribió del diario y una espiral de miedo la envolvía. El *Reichsführer-SS* necesitaba a Beatrice y sabía que jamás se daría por vencido.

Pero otro problema aquejaba a la alemana: Robert. Era un chiquillo muy despierto y perspicaz. Él salvó su vida y ella estaba en deuda, sin embargo sabía poco o nada de él. Era muy parco para hablar acerca de sus padres y por qué se escapó del orfanato. El niño simpatizó enseguida con Beatrice. Él era muy hábil con sus manos e inteligente y enseñó a la pequeña, novedosos juegos que ella jamás jugó con el enfermizo y rebelde Helge. Pero el pequeño Robert era una

boca más que alimentar, una responsabilidad mayor que asumir y no era fácil. Los alimentos comenzaron a escasear y Annika sabía que al finalizar la guerra, esta situación no cambiaría de la noche a la mañana.

Llegó el mes de abril y con ello, el arribo de los americanos a las puertas de la ciudad de Núremberg. La ciudad fue embolsada y cayó en manos de las fuerzas occidentales el día 20. Los habitantes de la vivienda escucharon, en ese tiempo, a lo lejos, el zumbido de los aviones, el silbido de las bombas y el estruendo de las detonaciones. De noche se veían, en el cielo tiznado, el resplandor refulgente de las explosiones. La caída de la ciudad llenó de bríos a todos. Un largo silencio siguió. Un mutis desesperante de no saber qué sucedía.

“La derrota está cerca”, pensaba la alemana que se paseaba dentro de la casa como un animal enjaulado. Pero no sería hasta el 2 de mayo, cuando las estaciones de radio del *Reichs-Rundfunk-Gesellschaft*, el sistema nacional de radiotelefonía nazi, dejaron de transmitir, que Annika y los esposos supieron que algo importante había pasado. Esa noche una nueva voz, con un fuerte acento eslavo, informó a los alemanes que Hitler se había suicidado en su bunker, dos días antes, y que los rusos tenían el control de Berlín. Una explosión de alegría y jolgorio se vivió en el hogar. Los niños, que no sabían qué sucedía, correteaban y saltaban. Los esposos bailaban y Annika fue hasta donde se encontraba la pequeña Beatrice y la abrazó hasta que ella le dijo que le hacía daño. El viejo Karl sacó una vieja botella de vino bávaro que guardaba para ese momento. Bebieron el elixir de la libertad hasta que quedaron saciados.

Celebraron hasta las doce de la noche. Los esposos se fueron a acostar. Los niños dormían en sus cuartos. Annika fue hasta la parte de atrás de la casa a fumar un cigarrillo. Sus ganas de aspirar nicotina se habían restringido por el tropel de la guerra. Había guardado dos cigarrillos, uno para el final del conflicto y el otro, cuando ahorcaran a Hitler. La muerte del tirano significaba que ambos hechos eran uno solo. Encendió el segundo cigarrillo y comenzó a aspirarlo. Pensó en su vida y de cómo había iniciado este tortuoso camino. La finalización de la guerra significaba el inicio de una nueva era, la iniciación de un nuevo sueño. Ella, la mujer que había enfrentado a las SS, había sobrevivido para contarlo. La muerte del *Führer* representaba el derrumbe del nazismo, sus ideas y sus acólitos. Solo era cuestión de tiempo para que se firmara la ansiada paz.

La alemana flotaba en los nimbos de su alegría cuando los perros comenzaron a ladrar. De la nada emergió un sonido conocido. Era el barullo de un vehículo Volkswagen. Solo un alemán podía manejar este tipo de autos, de los pocos que quedaban en Alemania. A pesar de que Hitler estaba muerto, sabía que los remanentes de los nazis e incluso de las SS, flotaban en el ambiente como un miasma de terror.

Sin perder tiempo, apagó el cigarrillo y se dirigió hasta el interior de la casa, levantó a los niños y a los esposos. Una niebla de miedo se apoderó de todos. Un vehículo de noche nunca era un buen augurio. El sonido del auto se oía cada vez más cerca. Sin perder tiempo, Annika se introdujo dentro de su escondite.

—No hagan ruido —dijo Karl —; Todo saldrá bien!

Cerró el escondrijo. La oscuridad se apoderó de los ojos de Annika, de Robert y Beatrice. Los apoyó a sus brazos y les susurró a los oídos:

—Pase lo que pase, no emitan ningún ruido.

—¿Rezamos? —preguntó el niño.

—Sí, pero sin hablar, en silencio absoluto.

Annika se recostó en la pared. El ruido del auto frente a la vivienda solapó el silencio. El motor dejó de rugir, al instante. La mujer pudo escuchar la conversación:

—¡Bienvenidos, oficiales! —dijo Karl afuera de la vivienda. Los perros seguían ladrando.

Se escuchó un golpe seco seguido de un quejido del viejo y el grito de Katrim, desesperada. Dos detonaciones callaron el ladrido de los perros.

—¡Tráiganlos adentro! —dijo una voz que Annika creyó reconocer.

Annika escuchó como arrastraban a los dos ancianos y ellos se quejaban. Las pisadas firmes de unas botas militares alemanas comenzaron a tamborilear el suelo de madera. Se escuchó el rugir del piso cuando ambos cuerpos cayeron de sopetón.

—Viejo, sabemos que oculta a una traidora y una niña. Se lo preguntaré una sola vez. ¿Dónde están? —dijo la misma voz que Annika no lograba precisar. El tono de la voz y el método de interrogación eran de las SS. A pesar de Hitler estar muerto, los fantasmas del nazismo continuaban recorriendo territorio teutón.

Un silencio tupido se apoderó del momento. La alemana recogió más sus piernas y tapó las bocas de los niños. Annika escuchaba el respirar entrecortado del viejo y los susurros suplicantes de la mujer.

—¡Ellas huyeron hace dos horas! —dijo el hombre.

—¡Me cree tan idiota! ¡Registren el lugar! —dijo la voz.

La andanada de pisadas y golpeteos se apoderó de la casa por los siguientes quince minutos. La cabaña, literalmente, la voltearon. Annika sentía como los sonidos iban y venían de los cuartos. Tapó, instintivamente, la boca de los chiquillos. Sintió en sus manos, la humedad de sus lágrimas.

—¡Aquí estuvieron! ¡Las camas están desarregladas! —dijo uno de los efectivos.

—¡Dígame dónde están! o... ¡Mato a su esposa! —preguntó el oficial de

nuevo.

—¡Ya le dije! —dijo Karl con voz temblorosa —Se han marchado en la mitad de la noche.

Annika escuchó la explosión de una detonación, seguido del golpe seco de un cuerpo al caer. El grito ahogado de Karl fue seguido de una segunda detonación y un silencio absoluto.

—¡Vuelvan a registrar! —indicó la voz maledicente.

El corazón de la enfermera estaba a punto de estallar. La muerte nunca había estado tan cerca en su vida ni la de Beatrice. Los minutos transcurrían pesados y lentos. Los pasos iban y venían de nuevo como martillazos premonitorios de ser capturados. El olor amargo de la pólvora llegó al sótano.

—Señor, no hay rastros de ellas. ¡Es posible que el viejo haya dicho la verdad!

—Las buscaremos mañana, de nuevo.

—Pero señor, ya los americanos ocupan todo, volver mañana sería una locura. La guerra ha acabado.

—Esa guerra terminó, pero no la nuestra. Nuestro señor nos indica un camino que siempre estará iluminado...¡Volveremos! —sentenció la voz.

Mientras los pasos salían de la casa, Annika reconoció el tono de esa voz espectral. Era la de uno de los oficiales presentes en la oficina de la directora de la casa cuna el día del nacimiento de Beatrice. El sonido del encendido del auto y su lejanía le indicó a la alemana que se marcharon. Sin embargo, conocía los métodos nazis. Ellos podrían estar ocultos en cualquier lado. Esperó una hora más, cuando el aire sofocante hizo toser a los niños. Con sumo cuidado apartó la entrada disimulada que daba a la chimenea y salió.

Vio los cuerpos del matrimonio con ambas cabezas destrozadas, no pudo evitar soltar un quejido de dolor. Lloró de rodillas a su lado. Tanto esperar la libertad y ahora estaban muertos. Tapó sus cuerpos con una sábana. Se puso de pie, les ordenó a los niños esperar, mientras registraba la casa con sigilo. No había rastros de ellos. Salió, rodeó la casa y entró. Ordenó a los niños salir. Annika intentó explicarle qué sucedió y que no vieran los cuerpos, pero era tarde. Ellos miraban las sábanas ensangrentadas y los ingenuos ojos de Beatrice se llenaron de lágrimas. Robert, quizá más acostumbrado a ver la muerte de cerca, basculó su cabeza. Sin perder tiempo, la mujer tomó unas pocas pertenencias y algunos alimentos y los metió en unas alforjas.

Salieron a la noche que dejó de ser apacible y se convirtió en siniestra. Comenzaron a caminar a través del pedregoso camino que separaba la casa de la vía principal. La negrura de la noche arrojaba sus pieles, el frío besaba sus caras, pero no podían parar. Esa casa ya no era segura. Dos horas después,

llegaron a la autopista principal. Los niños pidieron descansar. Se sentaron al lado de la carretera. Allí todos se abrazaron y se arrojaron con una sábana, debajo de un árbol. Se durmieron debajo de un manto de estrellas.

Los rayos solares de la mañana estrujaron los ojos de Annika. Vio a los dos niños acurrucados entre sus brazos y recordó lo sucedido. Parecía levantarse de una pesadilla, era como si el nazismo, el ascenso de Hitler y los horrores de la guerra habían sido un mal sueño. Se puso de pie y se percató de que todo era una realidad. Vio como en la extensa carretera, una miríada de personas caminaban en dirección a Núremberg por sus orillas. Un convoy militar con la bandera norteamericana pasó silbante a su lado. Una anciana, junto a la que parecía ser su nieta, pasó a su lado y siguió su marcha, sin verla. Luego se acercó una mujer con una pareja de niños, igual que ella. Se detuvo.

—¿Ustedes también van a Núremberg? —le preguntó la mujer.

—Sí... no... bueno sí, también.

—Debemos darnos prisa, los americanos están entregando comida y dando refugio. Yo llevo dos días, marchando. Creo que a este ritmo, llegaremos dentro de tres días. ¿Quieres acompañarnos? Hitler ha muerto. Escuché que ya firmaron la paz. Empezaron a cazar a los nazis y todos los SS.

—¡Sí, por supuesto! ¡Nosotros los acompañaremos! —dijo Annika con voz meliflua.

La mujer tomó sus pertenencias y las colocó en su espalda, tomó de la mano a los dos niños y comenzó a marchar junto a la otra mujer y sus hijos. Detrás de ellas, llegó otro grupo de alemanes que caminaban silentes en búsqueda de alimentos y refugio al igual que ellas. Annika pensó que entre esa multitud de compatriotas y con la toma del país por parte de los ejércitos invasores, las garras de Heinrich Himmler, fueron cesanteadas para siempre. El aire restaurador de la mañana peinó sus cabellos y ella aspiró el polen de la primavera con un gusto que jamás había tenido. Un nuevo mundo de esperanza se abría entre la oscuridad de la derrota, la amargura de la ocupación aliada y el desasosiego de la incertidumbre. Pero Annika estaba viva y con sus hijos a su lado. Había decidido quedarse con el pequeño Robert.

—¡A que no me alcanzas! —dijo el pequeño a Beatrice, corriendo hacia adelante.

—¡Te alcanzaré! —dijo la pequeña que corrió detrás de él.

Annika los observó y se llenó de bríos. La mujer que iba a su lado le preguntó:

—¿Son sus hijos?

—Sí —respondió vehemente.

—Tiene suerte de estar con ellos.

—Sí, mucha suerte —espetó.

Los volvió a ver y prometió protegerlos con su vida. La enfermera sabía que fuerzas oscuras la podrían asechar siempre y que no descansarían jamás hasta lograr sus objetivos. Pero ella estaría a su lado para protegerlos. El sol saliendo por el horizonte se asomaba como la llama de libertad para todos los alemanes. No sabía qué sucedería mañana, pero qué importaba, hoy era el primer día de libertad y había esperado tanto tiempo por ese momento que no se preocupó por más nada. Hoy era el momento de esperanza y de fe. Hoy era el día de renacer, hoy era su día. Sonrió y dio gracias, no sabe a quién, si a la vida, la providencia o quizá a ese Dios que todos mencionaban. ¡Qué importaba!... Corrió detrás de los pequeños y comenzó a gritar como una niña. Habían pasado tantos años desde que había sonreído con los labios del alma, que no recordaba cuando fue. Tomó de las manos a Beatrice y Robert y se alejaron gritando de alegría.

El Sargento Arthur Britton del Ejército Británico manejaba el vehículo militar junto a otros dos suboficiales por una de las carreteras que discurrían en las cercanías del pueblo de Bremervörde, situado en el lado occidental del río Elba, límite acordado entre las fuerzas soviéticas y occidentales para la ocupación de Alemania. La tarde primaveral dejaba ver algunas aristas de humanidad en el destruido Tercer *Reich*. El sargento, un joven y simpático londinense, junto a los otros militares, charlaban animadamente en el Jeep Willys. Los tres pertenecían a la sección de Inteligencia del Ejército Británico. Cada uno de ellos hablaba un idioma aparte del inglés nativo. Britton dominaba el alemán, el portugués además del latín, y los otros dos, el ruso y el francés.

El armisticio era un hecho, Hitler se había suicidado y el control del territorio germano estaba en manos de los invasores. Los tres suboficiales hablaban de sus planes al volver a su amada isla británica y lo que harían el día de su llegada. «Yo me emborracharé hasta el amanecer», dijo uno, «Yo le haré el amor a tres mujeres hasta que me duela el pene», aventuró el otro, mientras que el flemático Britton afirmaba que solo pasaría la noche con sus familiares y amigos, bebiendo vino francés. Los otros dos explotaron de risa. Sus caras jocundas contrastaban con los rostros macilentos y tristes de los alemanes que caminaban como sombras inopes por las carreteras. La pesadilla de los germanos, lejos de acabar, apenas comenzaba.

Britton conocía bien su misión de patrullaje: cazar a los gerifaltes nazis. Entre esas caras indigentes y famélicas que se desplazaban por las carreteras, se ocultaban esas bestias implacables que esclavizaron a Europa por casi una

década. El alto mando aliado dio la orden de ejecutar la cacería humana más implacable de la historia. Había que atrapar a los jefes nacionalsocialistas que se escondían como ratas en las derruidas ciudades y sus campiñas bombardeadas. Al realizar los patrullajes, los sargentos fijaban su atención en los hombres, pues, entre ellos, podía estar un alto personero del gobierno de Hitler.

Los suboficiales llegaron a un cruce de camino y vieron un variopinto grupo de cinco tipos que se desplazaba por el borde de la carretera. Se detuvieron. Dos soldados soviéticos apuntaban con sus fusiles a otros tres. Dos de ellos portaban chaquetas militares y el otro, más bajo, vestía de paisano. Uno de los sargentos reconoció a los rusos.

—Son soldados soviéticos. Ellos estuvieron detenidos hace poco en el punto de control porque habían pasado hacia nuestras líneas. Fueron liberados esta mañana —expresó para sus compañeros.

Los tres sargentos se apearon del vehículo y el que hablaba ruso se comunicó con los soldados. Britton auscultaba a los tres hombres que parecían ser alemanes. Los dos que andaban con unos abrigos de color verde militar, transmitían una frialdad mefistofélica en sus rostros, mientras que el otro, el que vestía de paisano, portaba un llamativo impermeable azul y su rostro estaba exangüe. Tenía un parche en su ojo izquierdo y se mostraba visiblemente nervioso. La conversación entre los efectivos soviéticos y el traductor finalizó.

—¿Qué sucede, Ken? —preguntó, Britton.

—El sargento soviético dice que ellos iban por la carretera en dirección al río Elba cuando vieron de lejos a estos tres alemanes. El que viste de paisano iba delante y los otros dos marchaban detrás de él. Les llamó la atención que los de abrigo militar volteaban constantemente hacia atrás y a los lados como si buscaran alguna amenaza. El sargento soviético piensa que el de paisano es un jefe nazi y los otros dos son sus escoltas. Los llevaban para el punto de control nuestro para entregarlos.

El sargento Britton los miró de nuevo. Permanecían callados y con las miradas rígidas entre ellos. Les pidió la identificación en un correcto alemán. Se las mostraron enseguida. El suboficial las revisó. Todo parecía estar en orden. Pero un detalle importante fue atajado por el efectivo. Los documentos tenían como fecha de expedición el primero de mayo de ese año, hace muy pocos días ¿Quién en Alemania se preocuparía por renovar o expedir su identificación un día antes de la rendición? Le pareció sospechoso. Hizo énfasis en el hombre del parche.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó, Britton.

—Sargento Heinrich Hitzinger —dijo el hombre cuarentón con voz gelatinosa.

—¿Dónde sirvió?

—En el ejército del frente oriental.

—¿Para dónde van?

—A Múnich, allá está nuestra familia —respondió un poco más calmo.

El sargento le dijo tajante a sus compañeros:

—Llevémoslos al Puesto de Control para interrogarlos.

Los hombres esposaron a los alemanes y los obligaron a montarse en el vehículo. Ellos se vieron las caras y se subieron con sus rostros avinagrados. Se despidieron de los rusos y arrancaron en dirección del puesto de control donde llegaron quince minutos después. Al llegar a la sala de interrogatorios, les ordenaron desnudarse. Los registraron y buscaron entre sus ropas, algún vestigio de un arma o de alguna cápsula de cianuro (los efectivos de inteligencia fueron alertados que muchos jefes nazis se habían suicidado con este método, al ser arrestados). Estaban limpios.

El propio sargento Britton interrogó a los tres alemanes por separado y obtuvo respuestas cortas y precisas que indicaban que parecían decir la verdad. El interrogatorio se extendió toda la tarde y la noche, pero los suboficiales alemanes no querían dar más datos acerca de sus vidas. No colaboraban. Cuando un extenuado Britton salió en la noche a fumar un cigarrillo, uno de sus compañeros que estuvo con él en el arresto, le preguntó cómo le había ido.

—Parece estar todo en orden. No han cambiado sus respuestas, sus papeles son originales y muestran una buena actitud, sin embargo el tuerto parece más nervioso que el resto. Tengo una espinita que me molesta, la cual me dice que no todo está bien con este tipo. Creo que es un pez gordo.

—Pero si el hombre tiene cara de monje. Parece no quebrar ni un plato.

—Para mí no, hay algo que oculta.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por hoy, más nada, mañana los llevaré hasta el campo de internamiento en Barnstedt.

Los sargentos cesaron el interrogatorio. Les dieron de comer a sus prisioneros y los acomodaron en unos colchones donde pasaron la noche. Al siguiente día, el 23 de mayo, el mismo suboficial los llevó hasta el campo de internos, situado a una hora de camino. Allá los recibió un capitán de nombre Excell quien cumplió de nuevo con el procedimiento de desnudarlos y revisarlos. Los registraron y los instalaron en el campo. Después del mediodía, los llevaron hasta la sala de interrogatorios donde el mismo sargento Britton estuvo presente. El que iba vestido de paisano se mostraba parco ante sus interrogadores. No quería hablar. De nada valieron los esfuerzos de cada uno de los militares que pasó dentro de la sala, el alemán no soltó prenda. Durante un receso, el sargento

Britton y otros dos oficiales de inteligencia fumaban unos cigarrillos afuera de la sala.

—Es un pez gordo, estoy seguro —dijo el suboficial.

—No lo sé, parece un pendejo que no rompe ni un plato. Los nazis tiene cara de desgraciados y malévolos. Este tiene cara de ser un tonto. Si es un nazi es de muy baja jerarquía —dijo el teniente.

—No lo creo, le digo que tengo un presentimiento que este hombre es más de lo que pretende ser. No debemos descartar a nadie de plano.

—Por supuesto, por eso él está aquí —dijo el otro oficial que vestía de paisano.

Terminaron de fumar los cigarrillos y se dirigieron hasta donde se encontraba el prisionero. El hombre, sentado en su silla con los ojos férreos, dijo con voz pausada:

—Necesito hablar con el comandante del campo.

—¿Para qué? —respondió el interrogador.

—Es un asunto que solo le diré a él.

—Si no nos dice para qué, no le informaré —espetó el teniente.

El alemán hizo una pausa y dijo:

—Tengo información relevante que solo le diré a él.

Los dos interrogadores se vieron a los ojos y el otro sargento dijo:

—Está bien, lo buscaré.

Britton se quedó a solas con él. Los otros dos salieron. El prisionero miraba la pared que tenía enfrente con solapada indiferencia. Sus ojos no transmitían ningún sentimiento en ese momento, parecía que dentro del pecho de ese hombre no había un corazón. El suboficial inglés no dejaba de verlo. Sentía una mórbida atracción por la cara lúgubre de aquel alemán. De pronto, el oficial a cargo del campamento irrumpió dentro de la sala de interrogatorios, era el capitán Thomas Selvester. Era un inglés alto y atlético, sus brazos parecían dos mandarrias. El interrogador vestido de paisano cerró la puerta de inmediato. El oficial rastrilló con sus ojos al alemán de mediana edad. Sin cortapisas, dijo:

—Pregúntele qué desea. Dígale que yo soy el comandante del campo.

Britton sirvió de traductor. El alemán lo miró, hizo una pausa y de inmediato dijo:

—Yo soy Heinrich Himmler, jefe de las SS y Ministro del Interior del Tercer Reich. Quiero negociar.

El alemán se quitó el parche que tenía en su ojo izquierdo. Britton se puso lívido. El capitán esperaba la respuesta. El otro interrogador abrió los ojos como grandes hoyos en el medio de la nada. El suboficial miró al comandante y le contó todo. El capitán aguzó sus ojos y tomó una silla que se encontraba a un

lado y se sentó frente al prisionero. Comenzó una conversación donde Britton era el traductor.

—¿Cómo puedo estar seguro que usted es Himmler?

—Lo que usted deseé se lo responderé.

—Coloque su firma en esta hoja, dijo, dándole una.

—El hombre firmó.

Entretanto el oficial interrogador de la sección de inteligencia que había salido como un celaje de la sala, volvió al minuto con un libro. Abrió el libro y le mostró la fotografía de Himmler al capitán que la comparó con el rostro adusto de aquel prisionero. No tenía el bigote recortado ni las gafas redondas, pero su parecido era extraordinario. Luego comparó las firmas y dedujo que era el máximo jefe de las temidas y extintas SS. El capitán vio al alemán de nuevo. Britton tragó grueso. El avieso Heinrich Leopold Himmler, el criminal más grande de la historia, el asesino de más de seis millones de judíos en los campos de la muerte, estaba sentado frente a él.

—¿Qué desea, señor Himmler? —preguntó el capitán con un tono de voz más oscuro.

Britton dudó y se quedó callado. El capitán miró al sargento que se recompuso enseguida de la impresión de estar al frente de Himmler y tradujo.

—Deseo comunicarme con el General Patton.

—¿Para qué?

—Hay un asunto que yo negocié con el alto mando aliado y que el General está en cuenta.

—Intentaré hacerlo. Mientras tanto permanecerá aquí. Me comunicaré con mi comando superior.

El oficial salió junto al otro interrogador y dejaron a Britton solo con el jefe de las SS. Con la muerte de Hitler, Himmler era el alemán más buscado del extinto Tercer Reich. Goring ya había sido atrapado en su lujosa vivienda. Borman había desaparecido y Goebbels se había suicidado en el Bunker, junto a su *Führer*. Enseguida dos policías militares entraron dentro de la habitación y se pusieron a ambos lados de la puerta. Britton se puso de pie y salió.

Tomó aire en la gélida noche alemana. Sentía una fuerte presión en su pecho. Se sentó en el borde de las escaleras y comenzó a llorar. No lo hacía de dolor ni de impotencia ni de miedo, lloraba de odio. Quería entrar y clavarle dos puñaladas a ese hombre que había ordenado asesinar a tanta gente, entre ellos, a dos tíos holandeses judíos que Britton recordaba con mucho cariño en su infancia. Se calmó como pudo, fumó dos cigarrillos más.

Al cabo de unos veinte minutos, vio cómo llegaron tres vehículos con oficiales de alta graduación de la sección de inteligencia del segundo ejército

británico. Un grupo de diez oficiales se apearon de los autos. Un coronel se acercó hasta la sala de interrogatorios junto a un oficial médico, el traductor y el capitán, comandante del campo. Todos entraron. Britton esperó afuera, expectante. Quería estar adentro, porque más allá de la animosidad y el morbo que sentía por Himmler, sabía que ese era un momento único de la historia. Ya tendría un gran relato que contarles a sus nietos. Enseguida, el capitán salió por la puerta y le dijo:

—¡Entre! el desgraciado de Himmler solo quiere que usted le traduzca, solo confía en usted. Le ha caído bien.

Britton quedó frío. Entró de inmediato. Todos estaban de pie, menos Himmler.

—¡Traduzca, Sargento!

—¡Sí, señor!

—Soy el Coronel Michael Murphy, jefe de Inteligencia de la sede central del segundo Ejército británico y él es el capitán Wells, médico. ¿Usted afirma ser Heinrich Himmler?

—Sí, lo soy.

El coronel que tenía el rostro endurecido como un bóxer inglés, mostró un destello de nerviosismo. No era para menos, Himmler era visto del lado occidental como un monstruo, como un imperturbable y frío asesino de personas, un genocida consumado.

—¿Usted le ha dicho al comandante del campo que desea entrevistarse con Patton?

—Sí, es correcto. Yo negocié mi entrega con el ejército americano desde hace más de dos meses. Él está en cuenta.

—Yo no estoy al corriente, pero le informo que por motivos de seguridad, usted será trasladado en estos momentos, al comando del cuartel general del segundo ejército.

Himmler, que había permanecido impertérrito hasta ese momento, carraspeó y dijo:

—¿Qué garantía tengo yo de que será de ese modo? Yo necesito hablar con Patton.

—Yo le puedo garantizar que desde el cuartel general del segundo ejército será entrevistado por otros funcionarios. Primero, debemos cumplir con los requisitos que norman en estos casos. Usted está detenido en nombre de las Fuerzas Aliadas.

—Dada mi alta investidura, yo no seré entrevistado por otros oficiales, solo hablaré con el General Patton.

—Eso no se lo puedo garantizar *Reichführer* —espetó irónico —usted ya no

tiene investidura. Su gobierno colapsó y el Tercer Reich desapareció.

Himmler quedó impávido y miró al resto de los hombres en el salón. Britton que era parte de la escena, razonó que aquel alto jerarca nazi, acostumbrado a mandar sin tapujos, leyes ni normas, se encontraba en una situación donde jamás pensó estar. Himmler era un astroso prisionero de guerra.

—En estos momentos, el médico se cerciorará de su estado de salud.

El doctor se acercó hasta donde se encontraba Himmler y lo invitó a levantarse. El hombre lo hizo y el médico tomó su estetoscopio y comenzó a auscultarlo. Britton lo miraba desde dos metros de distancia. El coronel salió junto al comandante del campo de prisioneros.

El médico después de registrar al prisionero, llegó a su boca, donde notó un pequeño objeto azul parecido a una teta que sobresalía del surco inferior de la mejilla izquierda. Deslizó su dedo en la boca del prisionero para tomarlo, Himmler, que permanecía impávido hasta ese momento, mordió con fuerza el dedo del doctor. Este gritó de dolor. Los policías militares se acercaron. Britton no sabía qué hacer ni qué sucedía en realidad.

—¡Sujétenlo, tiene cianuro! —gritó el médico.

Himmler murmuró algo. Los dos policías militares se abalanzaron sobre el alemán. Lo tomaron de los brazos, pero el prisionero movió su boca y con su lengua empujó la pequeña cápsula hacia sus molares y mordió con fuerza. Se escuchó un débil chasquido. Enseguida su cara se tornó de un color marengo y se desvaneció. Su respiración se entrecortó. Empezó a convulsionar. El coronel y el capitán entraron a la sala. El médico intentó inducir el vómito con cal diluida en agua y se le practicó un lavado gástrico, pero todo fue inútil. Diez minutos más tarde, el *Reichführer*, el jefe de las temibles SS, dejó de respirar.

El coronel preguntó qué sucedió y el médico le respondió. Britton parecía estar en una especie de estado de Shock. El doctor le asomó al coronel que Himmler había dicho algo antes de morir.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, colérico.

—No lo sé —dijo el médico.

—¡Como que no sabes! ¿Dijo algo? ¿sí o no?

—Sí, es verdad dijo algo, solo el sargento pudo oírlo —expresó el médico.

—¿Qué carajo dijo? —espetó, mirando con fijeza al flemático Britton.

—Dijo dos frases —dijo con voz tembleque el sargento.

—¿Cuáles?

—“*Tempus breves est...*”

—¿Eso qué significa?

—Es un término latino que significa “el tiempo está cerca”, respondió Britton.

—¿Y qué más? —inquirió el coronel.
—Lo otro, lo dijo en alemán...
—¿Qué carajo dijo?
—“Proyecto T...mi linaje reinará”.

El sonido de los cauchos, mordiendo las piedras del camino irregular, aleteó hasta los oídos de los tres “invitados” de Dubront. La oscuridad cortante, que imperaba en sus ojos, solo les permitía guiarse por el ruido externo.

—Estamos llegando —dijo el magnate.

Los tres expelieron suspiros de alivio pues la larga espera, había llegado a su fin. No sabían si para bien o para mal, pero la tortura de su invidencia se diluyó con el retumbar de la frase de aquel hombre. En ese lapso de veinte minutos, cada uno de ellos birló de distintas maneras la monotonía y el tedio de su ceguera.

Frida permanecía agazapada a tres pensamientos. El rostro de Antonella la prendió al abismo de un espiral de confusión. Esa mujer era idéntica a ella, con una vida diametralmente opuesta a la suya, pero con gustos comunes. No podía haber dos personas tan parecidas en el mundo sin ser familiares directos. Misma edad, altura y físico. Ambas eran tan iguales que el extraño pensamiento de tener una hermana en el mundo comenzó a fraguarse como una posibilidad. La segunda idea que revoloteaba en los recovecos de su mente, como un pájaro atrapado en el medio de una jaula de barrotes filosos, era que debía ajustar cuentas con las personas que le debían. Arthur Dubront, su asistente, Cosette y el felón de Philliphe. El dulce veneno de la venganza emanaba en sus pupilas gustativas. Ya encontraría la manera de hacerlo. Y la última de las ideas que resoplaba en su cabeza era la remembranza de aquel momento cuando tocó los códigos y la anciana la agarró por el brazo en Nueva York. La imagen vívida de las escenas dantescas alanceaba su mente con cada minuto que pasaba. Si amalgamaba ese recuerdo a lo dicho por el padre Rhode, acerca del sueño de Antonella y sus visiones oníricas, el resultado podría ser inesperado. Tenía dudas acerca de contar lo soñado al sacerdote, pero otra disyuntiva la atrapaba ¿Crear o no a Arthur? «Eso lo veremos», gritó en el eco sordo de su conciencia.

Speer no estaba concentrado en sus pensamientos, sino en sus percepciones. Como buen sabueso, intentaba tomar los giros del auto y la cantidad de frenadas en los semáforos. Dibujaba un mapa mental de la ruta. Cavilaba con cada ruido externo que surgía en la oscuridad. Cada uno de ellos era un indicio que señalaba el posible lugar por dónde se encontraban. Sabía que iban hacia el este de la ciudad, pero no tenía la certeza de cuál era su destino. Razonó que intentar escapar o lanzarse del auto era una insensatez, por lo que el pensamiento de la fuga se diluyó a la misma velocidad que el auto concretaba su ruta. ¿Crear o no a

Mr. D? Ese dilema lo dejaría para más tarde. Ese hombre debía responder muchas interrogantes. Sus respuestas darían las llaves adecuadas para las cerraduras de sus dudas.

Entre tanto, la cabeza de Rhode era un hervidero. Toda la información recabada con Frida y lo sucedido en la basílica de Santa Eduvigis, la hilvanaba con la profecía de Antonella y los datos que averiguó en el Vaticano. Intentaba darle un cariz diferente a lo que tenía entre sus manos. ¿Crear o no a Dubront? Estaría abierto a cualquier información que respondiese sus preguntas finales de todo este embrollo.

El auto se detuvo y se escuchó como se abrían las puertas de la limusina. Los hombres tomaron con cuidado a los tres rehenes y los sacaron del auto. El bisbiseo del viento primaveral murmuró sus oídos. Luego, se escuchó el crujido del óxido de las bisagras de una puerta. Los tres entraron, pisando firme el piso.

—¡Pueden quitarse las capuchas! —dijo Mr. D.

La luz nació de nuevo. Con los rostros contritos y sus manos tapando la luminosidad que entraba por las persianas de sus ojos, los tres enarcaron sus párpados hasta que se acostumbraron al flujo luminoso de la vivienda. Descubrieron el lugar. Era la sala ajada de una casa. Unas desnudas paredes cloróticas guarnecían un sofá viejo y gris. Dos muebles azules vetustos y una mesa pizpireta seducían el pequeño salón. Una pequeña bombilla huérfana los miraba a todos desde el techo. Speer reconoció los muebles, eran contemporáneos al tiempo del comunismo. Estaban en el Este de Berlín.

—¡Tomen asiento! Tenemos mucho de qué hablar —expresó Dubront.

Los tres se sentaron en el amplio sofá. Speer y Frida en los extremos y el padre Rhode en el medio.

Dubront vestía su sempiterno traje negro y una corbata roja. Sentado en uno de los muebles, cruzó las piernas, llamó a su asistente que se acercó hasta él, le dijo algo al oído y Cinthya salió de inmediato de la vivienda. Frida se percató de que entre el hombre que había visto en Nueva York hace dos días, y este, había una gran diferencia en su fisonomía y aspecto. Este Dubront parecía haber envejecido cinco años en setenta y dos horas.

Mr. D dijo sin aspavientos:

—Padre deme la caja que tiene en su poder.

Speer y Frida se miraron.

—¿Para que la quiere? —dijo Speer. Rhode la apretó contra él.

—Esa caja me pertenece, era de mi madre.

—Speer y Rhode se vieron sorprendidos.

—¿Cómo podemos tener la certeza de que era su madre? —dijo el inspector.

—Porque solo una llave abre esa pequeña cerradura. Esa caja pertenecía a mi

hermana. Solo habían tres copias de esa llave: una la tenía ella, la otra mi madre y la otra la he llevado conmigo toda mi vida.

Dubront sacó del bolsillo de su saco una cadena de plata que tenía guindada una pequeña llave cromada y ruin, tan vieja como él.

—¿Cuál era el nombre de su madre? —preguntó Rhode.

—Annika Rosenberg...pero se cambió el nombre por el de Magda Udet. Es una larga historia.

Quedaron anonadados. Frida no tenía idea de qué sucedía.

—¿Por qué estaban en su poder los pergaminos del código vaticano? —preguntó la francesa con resquemor.

El magnate miró con fijeza a la mujer de los ojos violeta y le dijo:

—Para protegerlos, pero usted me los quitó y los perdió.

—¿De quién? —preguntó Speer.

—De los discípulos.

—¿Y cómo sabe que los perdí?

—Yo tengo oídos y ojos en todas partes. Mis fuentes de información me mantenían al tanto de sus movimientos aquí en Europa.

—Si ese cofre es de su madre, como dice ¿Por qué no estaba en su poder?

El hombre cambió el cruce de piernas y expresó:

—Ella lo escondió en un lugar inextricable que jamás supe. Lo he buscado toda mi vida. Al verlo en las manos del sacerdote, lo reconocí. En la parte de abajo debe tener rayado el nombre de Beatrice, mi hermana.

El padre revisó la caja por debajo y a pesar del óxido y la pintura rasgada, se leía el nombre de *BEATRICE*.

Las respuestas del magnate desarmaban cada pregunta cortante que lanzaban los tres incrédulos invitados. Se hizo una pausa que aprovechó Dubront para decir:

—¡Tome la llave, Padre! Abra el cofre.

Mr. D se puso de pie y le entregó la llave al padre que la tomó entre sus dedos y la miró como un bicho raro. Apoyó la caja sobre la mesa y la introdujo, la giró y restalló enseguida. La abrió con lentitud. Saltaron a la vida dos pliegos de papel amarillentos enrollados con dos cintas negras. El sacerdote introdujo sus dedos ajados y sacó ambos rollos. Quitó la cinta de uno de ellos y lo desenrolló. Speer y Frida permanecían expectantes. Dubront lucía impávido y con el rostro augusto. El sacerdote leyó la primera hoja y frunció el ceño.

—Es una carta. Está escrita en alemán —dijo con aspereza.

—¿Para quién está dirigida? —inquirió Dubront con la voz grave y sorprendida.

—Para Briggitte Marconi... es decir Antonella —dijo el sacerdote.

Mr. D bajó la mirada y encontró en el piso una frase que soltó enseguida.

—Ella no está aquí.

El Padre Rhode incrustó sus pupilas en los viejos pliegos.

—¿Y para que vamos a leer una carta que no nos incumbe? —precisó la francesa.

—Porque esta carta también te incumbe Frida... Brigitte es tu hermana gemela. Usted Padre Rhode creo que la conoce con el nombre de Antonella... Frida, tu verdadero nombre es Franchesca.

La francesa miró la cara aprobatoria del sacerdote holandés y luego quedó imbuida en una cápsula de silencio.

—Creo que es mejor que usted lea los pliegos. Uno de ellos es un fragmento del diario de Himmler y la otra es una carta de mi madre que desconozco su contenido, lea primero la carta dirigida a Brigitte. —dijo con voz meliflua, el magnate.

—Mejor yo leo —dijo Speer —Comprendo mejor el alemán.

Speer tomó las hojas y las estiró con delicadeza. Esas cuartillas tenían casi medio siglo de existencia. Carraspeó y comenzó a traducir al inglés, el idioma que comprendían todos.

Berlín, 15 de julio de 1972.

Brigitte, no me conoces, pero yo luché por protegerte toda mi vida. Si estás leyendo esta carta es porque estás en peligro y debo protegerte otra vez, aunque yo esté muerta. No sé cuándo esta misiva llegará a tus manos, pero estoy segura que la recibirás porque la persona a quien se la entregué, me juró por su vida, que te la haría llegar el día que volvieses, preguntando por tus orígenes, al orfanato donde tuve que dejarte.

Mi nombre es Annika Rossenberg. Nací y crecí en una Alemania donde el sufrimiento, la inanición y el resentimiento fueron los panes con los que me alimenté a diario, durante mi infancia y juventud. Mi país fue derrotado en la Primera Guerra Mundial por las potencias extranjeras. Las sanciones económicas, políticas, militares y sociales, que nos infringieron los vencedores, fueron tan abominables que los alemanes sufrimos hambre y miseria como nunca antes.

En el medio de esa oscuridad, se levantaron voces de liderazgos escuetos por todos los rincones de Alemania. Eran personas que querían devolver la dignidad y el orgullo a quienes solo padecíamos hambre, dolor y muerte. Uno de los hombres que surgió con mayor fuerza, como un huracán en el mar, fue Adolf Hitler.

Su discurso era la voz que todos los alemanes queríamos escuchar. Estábamos sedientos de venganza, queríamos saldar las viejas y deshonorosas cuentas que dejó la gran guerra. Y Hitler nos prometió eso y mucho más. Su perorata, como un martillo gigante, nos recordaba la grandeza de nuestra raza, la belleza de nuestra historia militar y nos retrataba un futuro donde seríamos felices.

Su voz llenó todos los espacios de la sociedad germana y con el paso de los días, las semanas, los meses y los años, conquistó la voluntad de los ciudadanos. Todos caímos bajo su hechizo, nadie pudo evadir el magnetismo de su personalidad arrolladora y yo, como el resto de los alemanes, fui marioneta de su voluntad. Nosotros confiamos en él y lo investimos Canciller de Alemania en 1933. Ese año lo convertimos en nuestro Führer y lo fue hasta su muerte.

No quiero justificarme ni que conozcas las razones por las cuales me vi envuelta en la corriente rauda e imparable del nazismo. Solo quiero exponerte, a través de estas líneas, como fueron los hechos sin tapujos ni exordios. No pretendo que me juzgues ni busco tu perdón, sólo pretendo salvar tu vida.

Cuando Hitler ascendió al poder, yo estaba en los mejores años de mi juventud. Creí en su palabra, en sus promesas, en la redención de Alemania. A pesar de mis dudas cervales, al principio, con el pasar de los días, tomé la decisión de formar parte de las filas del partido nazi y fui un miembro activo del nacionalsocialismo. Un día fui llamada a una entrevista con las SS, la fuerza policial que regía el Estado, y me ofrecieron trabajar en un nuevo proyecto llamado Lebensborn. Era algo novedoso, insólito y prometedor. Algo con lo que soñábamos todos los alemanes: la perpetuación de nuestra raza pura, a través del tiempo.

Lebensborn pretendía remozar la genética de los alemanes y dar al país los mejores niños, fruto de las relaciones entre los miembros de las SS y las mejores mujeres germanas. De acuerdo a mis características y habilidades, el jefe del proyecto quería que yo fuera una enfermera del programa. Yo acepté sin dilaciones. Estaba convencida de que el Führer quería lo mejor para Alemania y que la sociedad mejoraría.

Para que comprendas un poco mejor la corriente del nazismo, te digo que en cada esquina, en cada renglón de un libro, en cada periódico, en cada panfleto, en cada función de cine, en cada emisión radiofónica, en cada rincón de la patria; nos decían que éramos descendientes de los arios y debíamos salvar a Alemania, a Europa y al mundo, de la contaminación de los subhombres y judíos que pululaban por doquier. Nuestros líderes nos repetían hasta la saciedad que éramos la raza superior y nosotros, ingenuos y ciegos, les creímos.

Fui capacitada en un tiempo perentorio y asignada a una “Casa Cuna”. Allí

comencé a cumplir funciones en el cuidado y las atenciones de las mujeres que venían a dar a luz a sus vástagos. Con el tiempo, me destacué por mi disciplina. Anotaba todos los nacimientos y las estadísticas de las parturientas y sus hijos. Era muy celosa en mi trabajo y pude ganarme la confianza de la directora de la Casa Cuna. Era feliz con lo que hacía.

Entre tanto, los alemanes mejoramos nuestro nivel de vida, Hitler hizo trizas el tratado de Versalles, la trastocada economía se recuperó y la redención de Alemania era un hecho. Me encontraba en el cenit de mi vida, me consideraba una ferviente nazi y una alemana útil para mi patria. El futuro de mi país, al cual estaba atada, irremisiblemente, era inconmensurable. Pero una noche, todo cambió.

Fui citada al despacho de la directora de la Casa Cuna donde dos oficiales de las SS me informaron que querían presenciar el parto de una mujer que había llegado días atrás. Su nombre era Eva Müller. La embarazada se encontraba muy deprimida. Ellos me informaron que se encargarían de todo. Yo me negué por su delicado estado de salud. Ellos insistieron y me amenazaron. Tuve que aceptar. Sin embargo, me quedé con la duda y al salir de la reunión, fui hasta su habitación. La parturienta temía por su vida y la de su bebé.

Al ver sus ojos, sentí que se encontraba en un verdadero peligro. Para tranquilizarla, le juré por mi vida que protegería a ambos. Después de hablar un rato con ella, la mujer se quedó dormida y me retiré a mi habitación debido a un gran cansancio que sentía (luego supe que la directora y los oficiales de las SS me habían administrado un somnífero).

En la madrugada me dieron la noticia que la mujer murió en el trabajo de parto. Fui hasta el quirófano y supe que los oficiales de las SS se llevaron a su hija. Al hablar con la directora y reclamar la irregular situación, ella me ordenó no registrar los datos del nacimiento. Mi corazón se partió en ese momento. Yo era una miembro de las SS y amaba a Alemania y a mi Führer, seguía mi código de conducta con celo, pero también era una enfermera y había jurado defender la vida de los inocentes. La directora fue tajante, yo debía olvidar todo lo sucedido y seguir con mis cosas. Pero tomé una decisión; una decisión que cambiaría mi vida y la tuya: Decidí enfrentarme a las SS y encontrar a esa niña.

Para hallarla tuve que hacer las cosas más inimaginables y aberrantes. Hoy, eso no importa. No me arrepiento de ello. Lo importante es lo que descubrí en ese largo y tortuoso camino.

Las SS no eran lo que yo pensaba, detrás de ese muro de hombres vestidos de negro y con disciplina de acero, había un imperio de terror y muerte, un mundo oscuro en el cual se sostenía el régimen del Tercer Reich. Esa tenebrosa fuerza era liderada por un ser implacable que no parecía tener sentimientos de

ningún tipo, un alemán que está atado a uno de los capítulos más terribles de la historia. Su nombre, el cual debes conocer, era Heinrich Himmler.

Quizá cuando leas esta carta, hayas leído acerca del régimen de miedo y horror que las SS infundieron en Europa, tal vez el mundo haya descubierto los miles de crímenes no revelados, pero nada de lo que sepas y que puedas leer, se compara a la tenebrosa niebla oscura que se tejió en la sociedad alemana y europea que yo tuve la desdicha de vivir.

En la medida que busqué más pistas acerca de aquella niña desaparecida, descubrí los entresijos de una organización diseñada para el riego del mal. Mientras más puertas se abrían, más dolor y muerte encontraba por doquier. Las fuerzas monolíticas de las SS eran una pirámide de acero construida con el cemento de la sangre de sus víctimas.

Siguiendo mi olfato intuitivo y mi sexto sentido de mujer, fui tras una pista que me llevó a una ceremonia pagana que se realizó en la iglesia de Santa Eduvigis de Berlín. Fue el mismo día, de la tristemente conocida, “noche de los cristales rotos”. Escondida en el templo, presencié un ritual esotérico y de connotaciones inimaginables para el ojo humano. El mismísimo jefe de las SS estaba allí, al igual que la niña secuestrada. Al final de la ceremonia, intenté llevarla conmigo, pero fue imposible. Perdí su rastro de nuevo.

Sin haber encontrado todavía a la pequeña, algunas circunstancias coincidieron para que yo pudiera liberarme del cargo que tenía en la Casa Cuna y poder ascender a directora de la escuela de enfermería del proyecto. Allí tuve contacto directo con Himmler y por azar del destino, me ordenó que atendiera a un niño desnutrido. Él quería que yo usara mis conocimientos y experiencia, en el programa de lactancia materna y mimos —que era de mi autoría— y aplicarlos a ese chico. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi al pequeño y me percaté que era, en realidad, la hija de Eva Müller. Su nombre era Beatrice y era tu madre.

Desde entonces me dediqué a cuidar a la pequeña y ella se recuperó de su estado de inanición. Estuve a su lado, día y noche, en un refugio de las SS. Hedwig Potthast, la secretaria personal de Himmler, y también su amante, era la encargada de todos los aspectos referentes a la niña. Ella y Himmler supervisaban su salud y su estado físico. Yo sabía que la chiquilla era muy importante para el Reichsführer-SS, pero no estaba al corriente para qué la necesitaba. Ideé mil planes de fuga con la pequeña, pero me percaté de que era imposible salir de Alemania con vida. Debía permanecer a su lado.

Un día, mientras paseaba por los alrededores de la Villa, fui atacada por una desconocida que intentó matarme. Los SS asesinaron a la mujer en pleno ataque y salvaron mi vida, sin embargo, quedé con la duda de quién era ella,

jamás la había visto en mi vida. Una pista me llevó hasta la iglesia de Santa Eduvigis, donde conversé con el Deán y le manifesté todo lo que sucedía con Beatrice. Él me informó que un grupo de fanáticos de una orden católica llamada los “protectores” iban tras la niña para asesinarla, pues la pequeña era vital para los planes diabólicos de Himmler. El Comendador, el líder de esa logia de católicos fanáticos, había ordenado mi muerte, pues pensaban que haciéndolo, Beatrice también moriría y evitaría un mal mayor.

Decidí averiguar cuál era la razón por la cual Beatrice era de suprema importancia para Himmler. Para hacerlo debía entrar en su círculo íntimo, pero fue imposible. El jefe de las SS era el más desconfiado de los hombres y siempre marchaba un paso adelante en todas las situaciones que yo podía prever. Decidí entonces, hacerme indispensable a la mujer que más amaba, su asistente personal.

Ella era muy tímida y retraída. Era la amante perfecta para un hombre como el jefe de las SS. No era fácil hacerse amiga de alguien que no quiere tener amigos.

Tan misteriosa como él, Potthast era muy dependiente de Himmler para tomar decisiones. Pero las circunstancias jugaron a mi favor. Ella dio a luz a su primer hijo y por alguna razón, Hedwig permitió que él pasase tiempo con la pequeña Beatrice que cada día era más precoz. Esos lapsos me permitieron tejer una amistad con la escurridiza Hedwig. Con el pasar de los días y las semanas, me hice su compañera y confidente. Potthast me permitía saber más de ella y de Himmler, y comencé a tomar ventaja en la meta que me tracé.

Dos hechos permitieron solidificar esa amistad: Hedwig volvió a salir embarazada y la derrota de Alemania se avizoraba en un futuro cercano. Después de varias tornas en mi camino, me mude con la pequeña Beatrice a un nuevo refugio para ayudar a la amante de Himmler en las labores de cuidado de su nuevo vástago. La mujer dio a luz a su hija Nanette y yo, cada día, me ganaba su confianza. Llegó entonces el final de la guerra.

A principios de mil novecientos cuarenta y cinco, en vista que la llegada de los aliados a Berlín era inminente, Himmler nos ocultó en la ciudad bávara de Berchtesgaden. Él nos visitaba de forma esporádica. Yo intentaba conocer su intención con Beatrice. Era imposible. Sin embargo, un día, pude acceder a su portafolio personal y leí parte de lo que parecía ser su diario. Fue espantoso lo que pude leer en él. Eso me alertó que debía tomar acciones para huir con Beatrice del lugar, no sin antes tener todas las pruebas de sus abyectas intenciones.

Cuando la guerra finalizaba, Hedwig me ordenó que fuese hasta Berlín a buscar un documento importante que le enviaría el Reichsführer-SS. Himmler

negociaba un armisticio secreto con los ejércitos occidentales y el documento era parte de ese acuerdo. Él solo confiaba en su amante y ella tenía depositada su confianza en mí para trasladarlo. Al recibir el documento, en un sobre sellado y lacrado, supe que se trataba del mismo diario que leí, meses atrás. Fui de regreso a los Alpes bávaros. En el camino, la caravana fue atacada por un bombardeo aliado y aproveché la confusión para ocultarme una noche en las cercanías de Núremberg. Abrí el sobre y leí el contenido completo del diario. Era espantoso. Todo se trataba del proyecto "T", un plan maquiavélico que, de concretarse, tendría repercusiones para tú madre y para el mundo entero. Sabía que debía hacer algo para evitar lo que allí se describía. Esa noche transcribí el último contenido del diario donde Himmler explicaba los alcances de su macabra imaginación. Un día después, me presenté en un cuartel de las SS y me llevaron hasta el refugio en Berchtesgaden. Le entregué el documento a Hedwig que lo recibió con desconfianza. No creyó mi relato de lo sucedido. Esa noche huí con Beatrice. En el camino encontré a un niño huérfano de la misma edad de Beatrice que apenas hablaba. Beatrice y él congeniaron enseguida. Su nombre era Robert. Me conmoví y lo tomé conmigo. Los tres seguimos juntos nuestro camino.

Alemania era un pandemónium. Por todos lados, las escenas desgarradoras se sucedían, las ciudades estaban destruidas, no se encontraba alimento y los pocos sobrevivientes vagábamos como espectros entre los escombros. Huí de las garras de las SS y me oculté por un tiempo en las afueras de Núremberg. La guerra terminó, pero no para mí, esa noche tropas de las SS fueron a buscarme, pero pude evadirlas de nuevo. Comprendí que las garras de Himmler siempre estarían tras Beatrice.

El cerco de las tropas aliadas se cerraba. Llegamos a Núremberg. Allí supe del suicidio del jefe de las SS. De su amante y sus hijos, no supe más nada. Pensé que jamás sabría de los Himmler, pero me equivoqué.

Lo que vino después de la guerra fue la hecatombe para Alemania. Mi país fue dividido, y volvimos a padecer hambre. Los alemanes no tuvimos otra opción que reconstruir nuestra nación. Debimos trabajar día y noche sin descanso. Lo único que me daba fuerzas para seguir hacia adelante, era tu madre. Ella crecía y se hacía cada vez más hermosa e inteligente. Beatrice, Robert y yo, formamos una unión familiar y nos hicimos indivisibles. A pesar que ningún lazo de sangre nos unía, fuimos una familia, una verdadera familia. Ellos fueron mis hijos. Para protegernos de cualquier fanático nazi de las SS o de los miembros de la orden de los protectores que pudieran estar tras nuestra pista, cambiamos nuestras identificaciones. Adopté el nombre de Magda Udet y le di a Beatrice, el de Marion y Robert se llamó Arthur; aunque en privado, nos seguíamos

llamando por nuestros verdaderos nombres.

Cambiamos de hogar en muchas oportunidades, en el empeño de mejorar nuestra situación económica que era precaria. Al final, nos establecimos en Berlín que era donde había mejores oportunidades de trabajo y estudio.

Quisiera decirte que el resto de mi historia fue fantástica, que envejecí viendo crecer a mi Beatrice y a Robert; que ellos estudiaron, hicieron sus vidas y yo, de vez en cuando, los visitaba. Quisiera afirmar que otoñé mientras ellos disfrutaban de una vida plena y feliz. Pero no fue así. Himmler, aun después de muerto, necesitaba a Beatrice para sus fines pueriles y maledicentes que fueron descritos en su diario.

Los días pasaron en nuestra Alemania dividida. Poco a poco, se dio forma a las dos naciones. La Federal, situada al oeste, dominada por Estados Unidos y, la Democrática, al este del río Elba, bajo el auspicio de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En cada una de ellas, los países titiriteros tejieron sus políticas de influencia sobre la población. Pero Berlín era otra cosa.

La antigua capital del Tercer Reich, enclavada en el corazón de Alemania Oriental, fue seccionada en cuatro zonas de influencia. La soviética del lado oriental y las de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña en el oeste. Las condiciones económicas de los berlineses, que habitaban la frontera occidental, eran mejores de los que vivíamos del lado soviético. Nosotros residíamos en el Berlín del Este. Por ello, hice grandes esfuerzos para conseguir un trabajo en el lado occidental. Al final, obtuve un puesto como enfermera de un Hospital. Nos comenzó a ir muy bien. La diferencia del valor monetario entre los dos marcos alemanes era notoria y pudimos llevar una vida digna.

Los alemanes intentábamos alejarnos de las huellas indelebles de la guerra. Nos avergonzábamos de los crímenes cometidos por Hitler y su séquito, no obstante, las sombras de las SS aun respiraban en los rincones más oscuros de las ciudades. Muchos alemanes renegaron de sus vínculos con el partido nazi, las SS y cualquier organización criminal. Pero un puñado de alemanes aún anhelaba revivir los días de gloria del nazismo. Querían un cuarto, y definitivo, Reich.

Un día, me encontré con un hombre que me saludó en Berlín Occidental. Yo no sabía de quién se trataba, pero estaba convencida que lo había visto en alguna oportunidad, en los días previos de la guerra. Mi sangre se heló y tomé la decisión de mudarme. Con esa espina en mi pensamiento, intenté seguir con mi vida, cuidando como nunca antes a Beatrice que era una hermosa joven. Era igual que su madre, con los cabellos rojos cayendo como grandes cascadas en sus hombros níveos. Robert, de igual modo, creció y era todo un hombre. Alto, rubio, valiente, intrépido y osado. Ambos estudiaban en la universidad de

Berlín.

Un día, los reuní a ambos y les informé acerca de la historia de mi vida, de mi pasado nazi, de mis días en Lebensborn y del diario de Himmler. Les leí su contenido y la importancia que tenía en la vida de Beatrice y de cómo debíamos evitar que cayera en las manos equivocadas. Robert juró proteger con su vida a su hermana.

En ese momento de mi vida, pensé que la providencia era benévola conmigo y el futuro era promisorio, sin embargo, todo cambió. La convulsionada década de los sesenta arribó y el mundo metamorfoseaba con vertiginosidad. El ambiente se tornó tenso entre Alemania occidental y su par, por el tema de Berlín. Vivíamos en plena guerra fría. Cada día, más personas emigraban desde Berlín del Este hacia el lado norteamericano. La diferencia entre las condiciones de vida de ambos lados era cada vez más grande. Personas con mano de obra calificada y jóvenes universitarios, emigraban al lado occidental, con mayor asiduidad. Alemania Democrática tomaría una acción que cambiaría mi vida, la de tu madre, la de Robert y la tuya. Y todo pasaría una noche, la trágica y fatídica noche del doce de julio de mil novecientos sesenta y uno.

Esa tarde, después de trabajar, regresé temprano a nuestro departamento. Robert aún estaba en la universidad. Cuando pasé por uno de los puntos fronterizos que separaban a la ciudad, noté un movimiento inusual de tropas del ejército y de agentes de la volkspolizei en el lado oriental. Pasé sin ningún contratiempo. Al llegar a casa, Beatrice cocinaba en el departamento, le informé de lo que observé y se preocupó. Al caer la tarde, el teléfono sonó. Era Robert. Me habló alterado y nervioso desde el otro lado del auricular. Intenté calmarlo y me dijo que saliera de la casa de inmediato y pasara al Berlín occidental. Yo le pregunté qué sucedía, pero él no quiso decirme. “Solo toma a Beatrice y pasa para este lado” me solicitó de forma imperiosa.

Pasamos al lado occidental. Nos encontramos con Robert en las inmediaciones de la puerta de Branderburgo. Él nos comentó que el gobierno de la República Democrática Alemana cerraría el paso entre los límites de Berlín. No debíamos volver hacia el lado oriental si no queríamos vivir eternamente en una cárcel. Comenzamos a caminar con destino desconocido. Me detuve porque recordé que no debía irme sin las hojas del diario privado de Himmler. Si caían en las manos equivocadas, las consecuencias podrían ser terribles. Les dije que siguieran, que yo los alcanzaría después. Robert se negó y me dijo que él iría a buscarlo. Yo le respondí que era mi responsabilidad y que no la debía delegar. Entonces, decidimos ir juntos mientras que Beatrice nos esperaría en las cercanías de la estación de Steaken/Spandau que era uno de los pasos fronterizos menos vigilados.

Llegamos a nuestro departamento y allí tomé las hojas del diario de Himmler, las introduje en un cofre de Beatrice y recogí algo de dinero. La vida de tu hermana depende de lo que está contenido aquí dentro, le dije a Robert. Nos dirigimos hacia el punto de encuentro con tu madre. Al llegar allá, la sombra de la noche ya había atrapado a toda la ciudad, los vehículos militares, tanques de guerra y camiones se arremolinaban alrededor de todo el lado oriental de la frontera de la ciudad. A pesar del gran número de tropas, logramos colarnos entre ellos y dirigirnos hasta el sitio por donde pasaríamos. Al arribar, Beatrice nos esperaba debajo de la luz tenue de un bombillo. Y de pronto todo sucedió muy rápido.

Un hombre apareció detrás de ella y la tomó del brazo. Ella gritó. Lo reconocí de inmediato, era el mismo individuo que vi en Berlín meses atrás y que fue muy amable conmigo, pero esta vez sí recordé de dónde lo conocía. Era uno de los oficiales de las SS con quien me entrevisté en la oficina de la directora de la Casa Cuna del programa Lebensborn, aquella fatídica noche de la muerte de Eva Müller. Mi corazón se heló, las garras de hierro de las SS aún buscaban a su presa perdida. Se la llevó, perdiéndose en el telón oscuro de la noche. Salimos corriendo para pasar las concertinas y alambradas que se atravesaban, pero unos soldados salieron de la nada con unos perros y trancaron nuestro paso. Yo resbalé y caí en el piso. Robert llegó hasta mí. Él sí tenía la oportunidad de pasar al otro lado. Él me prometió que encontraría a Beatrice y volvería por mí. Saltó entre los obstáculos con la agilidad de sus años de juventud, entre los silbidos de las balas, las detonaciones de las armas de fuego, la voz de alto de los efectivos y el ladrido de los perros. En menos de un minuto desapareció.

Quedé atrapada en el Berlín oscuro del comunismo. Había perdido casi todo. Mi trabajo y mis razones de vivir: Beatrice y Robert. Pero lo peor de todo, era que vivía con la incertidumbre de no saber nada de ellos. Solo tenía en mis manos las páginas del diario de Himmler. El destino de Beatrice era preocupante. Si cayeron en las manos de los fanáticos de las SS no sabría cuál sería su suerte. Los días cayeron con lentitud, en el árbol del tiempo. Intenté huir hacia el lado occidental, pero cada forma de escape fue pensada por los esbirros del comunismo. Todas fueron infructuosas. Los años transcurrieron con lentitud. Pero no me daba por vencida. Había huido de las tenazas filosas de las SS y podría volver hacerlo. Ideé un plan que me tomó un lustro ejecutar. Pude escapar en una urna de doble fondo de un dignatario francés que murió en el lado oriental. Fui de esos pocos alemanes afortunados que lograron huir hacia la libertad.

Una vez en Berlín occidental, me centré en encontrar Beatrice y a Robert. Ni

siquiera tenía la certeza de que estuvieran vivos. Siete años habían transcurrido desde que los vi por última vez. De Robert no había ninguna señal, pero encontré un rastro pequeño de Beatrice. Comencé a hablar con fanáticos nazis que todavía apostaban a los tiempos pasados y di con varias organizaciones clandestinas que se reunían para hablar los temas más absurdos del nazismo: el resurgimiento del Führer, el renacimiento de Hitler mediante su extracción del ADN, la creación de un ejército clandestino que retomaría el poder. Una más irrealizable que la otra. Sus seguidores eran exmiembros de las SS, hijos de jerarcas nazis y algunos extranjeros que amaban las políticas de otrora del Führer.

Esa recua de chauvinistas resentidos me producían náuseas. Sin embargo, allí, entre los más disparatados seguidores de Hitler, conseguí un indicio que me llevaría hasta Beatrice. Un movimiento pronazi muy fuerte surgía en la ciudad de Landshut en la Baviera oriental. Esa ciudad tenía un significado especial para Himmler, pues allí nació y pasó su infancia.

Salí de Berlín y llegué hasta mi destino. Al arribar, pensé que la información era errada porque la parsimonia del pueblo y la campiña no arrojaban ningún indicio de haber un fuerte sentimiento nazi. No obstante, de noche todo cambiaba. Cada casa, cada escuela, y cada comercio se convertían en un centro organizado del nazismo. Las banderas esvásticas y los cuadros de Hitler adornaban sus interiores, muchos ciudadanos se vestían con sus uniformes de vieja data y se entonaban himnos hitlerianos. No fue difícil integrarme a esta gente, mis conocimientos del mundo de las SS me abrió sus puertas. Cuando supieron que estuve en la órbita de Himmler, gané muchas simpatías.

Con el pasar de los días supe de una organización mucho más cerrada de exmiembros de las SS que se reunían en las afueras de la ciudad. Decidí arriesgarme e ir hasta allá.

La casa de campo parecía un antiguo fuerte de las SS, rodeada con cerca de alambres de púas y perros en sus alrededores. Muchas personas entraban y salían a todas las horas del día. Iba hasta allá todas las noches para buscar algún indicio de Beatrice. Nunca apareció. Al cabo de seis meses, cuando iba a volver a Berlín, decidí ir de nuevo y vi, de lejos, a una mujer embarazada que paseaba acompañada de dos hombres. Su porte y estampa se parecían mucho a la de mi hija.

Use los binoculares y no tuve dudas que la había encontrado de nuevo. Seguí yendo hasta la casa de campo y tomé más riesgos. Comencé a hacerlo de día. Me percaté de que Beatrice hacía paseos todas las mañanas cerca del bosque. Nunca iba sola. Conté el número de personas que vivían allí. Eran ocho, dos mujeres y seis hombres. Entonces, esperé mi oportunidad.

Llegó el veinte de abril, el aniversario de Hitler. Sabía que muchos nazis se congregaban en el centro de la ciudad, esa noche. Esperé agazapada entre la hierba. Poco a poco, los habitantes de aquella cabaña salieron para la máxima festividad nazi. De acuerdo a mis cálculos, Beatrice debía estar con poca compañía. Esperé que fueran las diez de la noche y puse en marcha mi plan. Envenené a los perros que custodiaban las afueras, rompí una de las alambradas e ingresé a la casa. Toqué la puerta y me abrió una mujer a quien asesiné de un disparo.

El hombre, que estaba en la cocina, se abalanzó sobre mí, pero no pudo alcanzarme, le disparé tres veces. Aprecié el lugar, era un verdadero fortín nazi con alegorías por doquier. Fui hasta un cuarto cerrado, rompí la cerradura y allí estaba Beatrice. Se sorprendió al verme y lloró. La ayudé a levantarse y nos retiramos de prisa. Salimos de la ciudad en auto, evadiendo a los nazis furibundos. Con dificultad llegamos a Bonn a las orillas del río Rin. Pensé que nadie nos había seguido la pista. Pero me equivoqué.

Beatrice me contó todo lo sucedido en esos diez años. Fue secuestrada por unos fanáticos del demonio llamados “los discípulos” que Himmler nombraba en el proyecto “T”. Eran una mezcla de ardientes nazis y verdaderos adoradores de Satanás.

Fue dormida varias noches y violada sin piedad. Nunca supo la identidad de su agresor. Salió embarazada. Ambas sabíamos de qué se trataba. El diario de Himmler daba fe de todo ello. Beatrice tuvo el trabajo de parto dos meses después de haberla rescatado. Y entonces, el 7 de octubre naciste tú, Brigitte y Franchesca, tu hermana gemela. Eran idénticas, salvo por un detalle, tus ojos eran aguamarina y los de ella, violeta. Tenían el mismo lunar en forma de S, en la planta del pie izquierdo, como tu madre.

Ambas estábamos felices. Nos mudamos de residencia dentro de la ciudad varias veces, siempre para evadir cualquier persecución de los fanáticos que habían secuestrado a Beatrice. Seguía con mis ganas de encontrar a Robert, pero resultó imposible.

Al pasar un año del nacimiento de las gemelas, tú enfermaste. Yo te cuidaba en el hospital mientras tu madre permanecía con Franchesca en casa. Al tercer día, fuiste dada de alta, pero tu mamá no vino a visitarte. Extrañada, regresé por la tarde, contigo en brazos. No sabía el horror que me esperaba.

Tu madre estaba tendida en el piso, degollada. Tu hermana había desaparecido. Después de tantos temores, luchas, encuentros, búsqueda y miedos, la mano criminal del nazismo y sus acólitos acabaron con la vida de mi Beatrice. Supe entonces que jamás cesarían sus intenciones. No sabían de ti, por eso hui de Alemania y viaje a Italia. Decidí protegerte. Mientras estuvieras

conmigo, alguien vendría tras de ti. Fui hasta Firenze donde te entregué en el orfanato donde permanecerías oculta de las garras del nazismo. Tú, seguramente, fuiste allá a buscar respuestas. Era el único modo de protegerte. Debía ocultarte de las abyectas intenciones del nazismo y los discípulos.

Esta carta te la escribí un año después de haberte dejado allí. La Hermana que me recibió la carta, me prometió guardar con su vida esta epístola hasta poder entregártela. En ese tiempo he intentado buscar a tu hermana y a Robert. Creo estar tras la pista de ellos. Creo que Franchesca se la llevaron a París y Robert está en los Estados Unidos de América. Iré tras ellos. Si los encuentro, volveré por ti.

Si recibes esta carta debes estar segura de tres cosas: estoy muerta. Fuerzas oscuras están tras de ti y tu hermana también está en peligro. Búscala y protégela, ella te necesita.

Dios te bendiga.

Te ama.

Annika Rosenberg, tu abuela.

Una espesa niebla de silencio se apoderó del salón. Todos dirigieron sus miradas a los ojos violetas de Frida que se dibujaban obnubilados. La mujer no sabía qué decir, qué hacer. La voz de Annika voló cuarenta y cinco años para decirle que todo lo que conocía acerca de su vida era una gran mentira. Al cabo de unos segundos, ella reaccionó y fijó sus pupilas en las del empresario. Él, con el rostro agostado, le dijo:

—Frida quiero que sepas que Annika no era mi madre biológica, pero ella hizo tanto por tu mamá como por mí. Ella fue una buena mujer. Yo le debo todo lo que soy.

—¿Usted es el Robert de la carta? —inquirió con voz tenue.

—Sí, lo soy.

—¿Por qué nunca volvió por ellas? —preguntó con voz meliflua.

—Sí volví, pero era muy tarde. Al pasar al occidente de Berlín, busqué a mi hermana, pero fue imposible encontrarla. Intenté pasar al lado oriental, pero también fue imposible. Decidí que el único modo era obteniendo dinero, mucho dinero. Trabajé de obrero, albañil, plomero, chofer de taxi y como profesor de inglés. Cuando obtuve suficiente dinero, emigré a los Estados Unidos. Norteamérica era un paraíso para las personas que deseaban trabajar y prosperar. Forjé mi fortuna y pagué a dos investigadores privados que dieron con Annika

en Berlín occidental. Volví a Europa en mil novecientos setenta y siete y la encontré vieja y enferma. Ella me informó de lo que había sucedido con Beatrice. Fui hasta Firenze para buscar a tu hermana, pero ya era tarde, ella fue adoptada. A pesar de buscarla con los mismos investigadores que habían hallado a Beatrice, no pude encontrarla jamás. Tampoco supe nada de ti. Regresé a Berlín con mi madre y ella me pidió en su lecho de muerte que las protegiera a ambas de la maldad de Himmler. Ella me habló del diario y una carta para Brigitte, pero su senectud le impidió saber con exactitud donde estaba y como encontrarla. La Hermana que había recibido la carta cumplió su promesa de tal forma que ni a mí me informó de la misiva. Ella murió y la enterré en el jardín detrás de esta casa. Yo volví a los Estados Unidos, siempre con mi mente puesta en las gemelas que no aparecían por ningún lado.

—¿Pero usted quiso matarme! —expresó, ofuscada, la protectora.

—Al principio porque pensaba que fuiste enviada por el Comendador a robar los códigos, como efectivamente fue. Pensé que eras parte del Proyecto “T”. Incluso, cuando supe tu verdadera identidad, te hubiese matado a ti o a tu hermana. Era preferible eso a que los deseos de Himmler se cumplieran.

—¿Proyecto “T”? —dijo con extrañeza

—Sí, el malvado plan de Himmler.

—Pero...el Comendador es un buen hombre. Él jamás estaría relacionado con Himmler.

—¿Eso crees?

—Él es el defensor de los tesoros de la Iglesia, él jamás permitiría que la Trinidad el Mal ascienda. Según lo que acaban de leer, el Comendador de aquel tiempo adversaba a Himmler y los discípulos.

—Creo que es necesario leer el otro manuscrito. Sólo así comprenderás lo que yo sé. Todos corremos un peligro enorme. Yo sé el contenido de ese diario y lo que dice es macabro. El poder de los discípulos crece cada minuto que no lo combatimos.

Speer, que había permanecido callado hasta ese momento, dijo:

—Yo tengo entendido que el Proyecto “T” es una leyenda, un mito creado por los neonazis.

—No es así, inspector. Se lo aseguro.

—Hay algo que no comprendo. Chastain, su empleado, era uno de los compradores del diario de Himmler. Él se reunió con Geabuer en una cervecería. ¿Si usted ya sabía el contenido del diario para que lo quería? —inquirió, de nuevo, el inspector

—Porque quería evitar a toda costa que cayera en manos del jefe de los discípulos. En él está contenido la clave de lo que sucederá hoy. Yo pretendía

evitar que cayera en sus manos. Pero es muy tarde, ellos lo tienen.

—Pero Annika dice en la carta que el Comendador ordenó matarla a ella durante la guerra —agregó Rhode.

—Sí, es correcto, solo matándola los protectores podrían evitar un mal mayor... Antes, los protectores eran una organización intachable en sus valores, pero eso cambió, los protectores fueron pervertidos, el Comendador y el jefe de los discípulos son la misma persona.

Un miedo tiznado azoró el rostro de todos. Frida no daba crédito a lo que escuchaba. Speer fue desarmado en todas sus interrogantes. El viejo tenía razón, todas las preguntas se respondían de forma impecable. El padre Rhode encontró respuestas extraviadas en las palabras de Dubront. Si era verdad lo que decía ese hombre no solo ellos corrían peligro, el ascenso de la Trinidad del mal era casi un hecho.

—Y los códigos ¿qué pintan en este embrollo? —preguntó una anonadada Frida.

—Inspector, es mejor que lea las otras hojas para que ustedes comprendan mejor lo que está sucediendo —espetó Dubront.

El inspector tomó el folio, le quitó la cinta y estiró las hojas. Rhode permanecía callado, escuchando. Su mente era un hervidero. Solo escuchaba y ataba cabos sueltos. Sus ojos azules miraron la estampa del inspector mientras este comenzaba la lectura.

Berlín, 10 de marzo de 1945.

La guerra está perdida, pero yo triunfé. Las fuerzas del ejército rojo ya se encuentran en territorio alemán, su avance es cada vez más contundente. La ofensiva de las Ardenas, lanzada por el Führer, en diciembre del año pasado, llegó a su fin. Fue un rotundo fracaso. Las Fuerzas Armadas Alemanas se han quedado sin reservas. Desde mi puesto, como comandante de los Ejércitos del Este, he podido hacer un análisis de lo que sucederá y tengo la certeza de que la guerra no puede ser ganada de ningún modo. Pero aún tengo un as bajo la manga, una carta que he preparado por largo tiempo.

Hitler no aceptará una capitulación. Asomar al Führer una posible rendición a los aliados, es motivo suficiente para ir al paredón. Ninguno de los altos jefes nazis o comandantes militares podemos mencionar el tema. Hitler nos habla de unas armas ultrasecretas que torcerán el curso de la guerra, pero yo sé, por medio de Albert Speer, el ministro de armamento, que dichas invenciones no existen sino solo en el imaginario de nuestro líder. Las plataformas de cohetes V-1 y V-2 ya fueron capturadas por los aliados en Holanda, ellas eran nuestra última esperanza de negociación. Hitler nos sigue dando ánimos para

insuflar la moral del pueblo alemán que aún lucha con la convicción de que nuestro líder nos llevará de nuevo a la victoria. Pero nada es como antes.

En vista de esta inminente derrota, hay tres temas de vital interés que ocupan mi atención desde hace meses. El primero es la sucesión. El Führer nos ha mencionado en varias oportunidades su determinación de no entregarse al enemigo bajo ninguna circunstancia. Ha obligado a los jefes nazis a llevar una cápsula de cianuro para ser utilizada en el momento adecuado en caso de caer en las manos del enemigo. Todo su séquito debe cargar consigo la pastilla. Estoy convencido de que al Führer no lo cogerán vivo ni los rusos ni los americanos o ingleses. Por ello es importante pensar en una posible sucesión y continuar la lucha desde la resistencia o a través de un gobierno de transición.

De los líderes nazis que estamos llamados a tomar las riendas de Alemania, yo soy el que se encuentra en una posición más favorable para llenar las botas de Hitler. Göring, el Mariscal del Reich, quien fue nombrado sucesor de Hitler en 1940, está totalmente desprestigiado ante el Führer y el pueblo alemán. Sus rotundos fracasos al mando de la Luftwaffe echaron por la borda todo lo que quedaba de su prestigio. Además, él se encuentra encerrado en su mansión de Karin Hall donde está atrapado en su burbuja de oro, llevando su vida sibarita. Él no representa peligro.

Albert Speer, un favorito del Führer, ha salido de la elipsis interna de Poder. Sé, por mis informantes, que perdió el aprecio de Hitler por sus discrepancias con la política de tierra arrasada que nuestro líder impulsó ante el avance soviético y que él desobedeció. De los comandantes militares, todos están desprestigiados por sus fracasos en las campañas de Rusia y Francia. Los líderes de la OKW no representan amenaza. El General Keitel es un bufón que solo cumple órdenes de Hitler. Jodl es un pusilánime General que jamás ha mandado a un soldado a no ser del que le sirve café en su oficina. Sólo el Almirante Doenitz tiene su prestigio intacto delante del Führer, pero no creo que Hitler delegue el mando en un miembro de la marina de guerra. Este escenario solo deja tres candidatos probables: Goebbels, Bormann y yo.

El Ministro de Propaganda es de gran estima ante los ojos de nuestro líder y es de cuidado. Siempre ha brillado por su inteligencia y su verbo manipulador de masas. Bormann, su secretario personal y hombre de más confianza, ha manejado, implacablemente, su relación con Hitler y tiene influencia en los pocos Gauleiters que aún gobiernan. La desventaja notable de ambos es que se encuentran encerrados con Hitler en el centro de poder y no tienen libertad de acción en caso de ser nombrados sucesores. Y esa libertad de acción, yo sí la tengo, además del mando de las tropas y el control de las SS. Por todo esto, estoy convencido de que Hitler me nombrará su sucesor. Debo estar preparado

para ello.

Es allí donde esbozo mi segunda preocupación: una negociación con el enemigo. Si seré nombrado Führer, debo comenzar a realizar los contactos de un armisticio honorable con los aliados. Debo hacerlo bajo el más estricto secreto. Una negociación en el frente oriental queda descartada. Stalin jamás negociará. La barbarie de sus tropas y su sed de venganza hace imposible un tratado con los soviéticos. En el lado occidental, la situación es diametralmente opuesta. Estoy convencido que los americanos, franceses y británicos ven al comunismo como una amenaza para Europa y sólo una Alemania fuerte podrá contener el oso soviético que se acerca por el lado oriental. Ya di instrucciones a Schellenberg para que se acerque al Conde Folke Bernadotte, jefe de la Cruz Roja de Suecia, quien tiene una buena disposición para negociar conmigo. Mi masajista lo conoce y me tiene aprecio. Él me reconoce como el único capaz de poner fin a la guerra de manera inmediata. Estoy convencido que estas conversaciones serán favorables para un tratado justo. Solo una Alemania fuerte puede contener al comunismo. Yo seré el nuevo Führer.

Estos dos primeros aspectos son importantes, pero no tanto como la razón principal de mis preocupaciones. Se trata de un programa que he llamado "Proyecto T" o "La venganza de Télefo". Es un plan que me asegura la victoria ante el mundo aun cuando sea derrotado en el campo de batalla, sea destituido como Führer o muera.

De pequeño, fui un niño muy introvertido; mi madre, una católica puritana, me inculcaba, a cada momento, valores cristianos. Creo que el catolicismo ha sido el peor mal de la humanidad después del judaísmo. Yo los rechazaba con mi silencio.

Yo permanecía callado por largos períodos imbuido en mis pensamientos. Observaba, veía, detallaba y escuchaba, agazapado. Muchos niños se burlaron de mí. Muchos profesores, vecinos y maestros me consideraban un fenómeno, un anormal. Hoy todos ellos están muertos o tras las rejas de algún campo de concentración. Aún recuerdo mi primer día de clase cuando escuché, de boca de mi padre, la historia de Télefo. Mi papá expresó que los que guardan silencio, como este héroe griego, están destinados a grandes cosas. Por eso he guardado en el más sumo secreto este proyecto. Sé que el mundo cambiará con la consumación de mi venganza personal.

De adolescente y adulto busqué la forma de hacerme con las mieles del poder, pero fue imposible. Pero cuando Hitler se asomó como el líder que los alemanes necesitábamos, me arrimé a su lucha. Lo conocí y mi vida cambió. Él me puso al mando de las SS y yo vi la oportunidad de hacerme con el Poder Absoluto.

Un día, al conversar con el Doctor Mario Kurz, un historiador alemán, acerca de la invencibilidad de los ejércitos de Napoleón, él me habló del manuscrito del coronel Naiked Hinault del Ejército de Bonaparte, quien estuvo a cargo de una investigación secreta, ordenada por el corso. El documento, que estuvo perdido por muchísimo tiempo, fue ubicado en París por dos capitanes de las SS, la década pasada. El coronel de artillería era uno de los oficiales más respetables del Ejército francés. Experto en el manejo de los fuegos de apoyo, Napoleón lo apreciaba por sus dotes militares y porque ambos tenían en común una afición: el ocultismo.

En el documento ológrafo, el oficial afirmaba que en el año de 1797, el pequeño General lo llamó a una reunión en París para discutir un asunto “importante”. Se reunieron en el cuartel general a altas horas de la noche. En ese momento, Bonaparte no había obtenido aún, los triunfos militares y la gloria en el campo de batalla que lo inmortalizarían, no obstante, era un oficial muy ambicioso que tenía un fuerte don de mando sobre sus tropas. Era muy querido y apreciado por sus soldados. Pero Napoleón aspiraba algo más que liderar hombres armados, anhelaba conquistar Europa.

El coronel, al llegar al puesto de comando, del entonces General Napoleón, se percató de que este se encontraba de buen humor. Lo invitó a beber vino y fue al grano. Necesitaba que él se pusiese al mando de una misión que no tenía nada que ver con el fuero castrense. Debía encargarse de lo que Bonaparte denominó “el ejército oscuro”. Napoleón, aficionado al ocultismo, había escuchado entre las conversaciones de sus tropas, una vieja leyenda acerca de una forma de obtener el poder divino de un ejército celestial. Investigando más a fondo, con emisarios y amigos cercanos, supo que existía una logia de adoradores de Satanás llamada los “discípulos”. Era una sociedad secreta que perseguía liberar, desde tiempos inmemoriales, a ese ejército oscuro. Napoleón ordenó al leal oficial que se desprendiese de todos sus cargos y se dedicara a indagar sobre estos “discípulos”.

Él descubrió que eran una organización cerrada que no permitía ninguna injerencia. El hombre, de a poco, obtuvo informaciones menudas en los oscuros pasillos de París y sus laberínticas calles. Pero no era fácil, eran solo pequeños vestigios de su existencia, pequeños granos de trigo que caen de una carreta que atraviesa la ciudad. El Coronel intentaba dar con alguna mejor pista que le permitiera llegar hasta la líder de esta organización. Después de un año, su insistencia dio frutos.

El Coronel contactó a uno de los seguidores de los discípulos quien lo llevó con uno de los líderes de la organización. El dignatario de París lo recibiría. Desde hacía tiempo los discípulos sabían de él y su pertinaz insistencia en

entrevistarse con alguien de la logia. La entrevista con el dignatario fue corta y punzante. Él le llevaría el mensaje a la lideresa de la organización, una mujer llamada por todos “la Luz Oscura”. La entrevista se llevaría a cabo en el más estricto secreto.

Para aquel momento, Napoleón ya había accedido al poder fáctico del Estado francés, a través del golpe de Estado del 18 brumario. Era el hombre dominante en la escena política francesa. El resto de Europa afilaba sus bayonetas y calibraba sus cañones para combatirlo. Ante este escenario apremiante, el coronel tuvo que acceder a las condiciones impuestas por la Luz Oscura para la entrevista. Se haría a las ocho de la noche y el oficial sería recogido por una carroza. Sus ojos estarían vendados. Él accedió.

El encuentro se llevó a cabo en un bosque cercano de París en el manto de oscuridad de la noche. Ella escuchó el planteamiento de aquel hombre y de todas sus peticiones. Ella fue taxativa. Primero, debía ungir a Napoleón mediante un ritual, luego necesitaría que encontraran el anatema del ángel rebelde Shemihaza y el código Vaticano.

El oficial de Artillería precisa en su escrito que informó a Napoleón Bonaparte acerca de los avances que había tenido en su proyecto. Estaba exultante, cualquier acción que pudiera tomar para acercarlo al poder absoluto, era bienvenida. El coronel hizo los arreglos con la bestia que protegía a la Luz Oscura para la “unción” del futuro emperador, un hombre monstruoso que parecía un gigante.

La ceremonia de unció —celebrada tres días después— no gustó mucho a Bonaparte, pues implicó su sangre y su semen. Su espalda quedó arañada y dilacerada por las “garras” de la sacerdotisa, sus testículos quedaron estrujados y adoloridos y su miembro mallugado por la felación agreste de la mujer. El corso estuvo tres días en cama, retirado de toda actividad, recuperándose de sus heridas y su dolor testicular.

Ya fuese casualidad o por la unció de aquella sacerdotisa, las noticias que siguieron y el curso de los acontecimientos históricos posteriores, allanaron su camino al poder en Francia y el resto de Europa.

Con este envión anímico, Napoleón ordenó al coronel que consiguiese, a como fuera lugar, los otros dos requisitos solicitados por aquella extraña mujer. El código vaticano se encontraba en la biblioteca de la ciudad santa y era imposible de obtener. El coronel trató por innumerables medios de tenerlo, pero fue imposible. Cada esfuerzo que hacía era contrarrestado por las medidas de seguridad que tenía el Vaticano y la misma biblioteca.

El caso del anatema fue un poco más difícil. En principio, el coronel no tenía idea de qué se trataba. Tuvo que investigar con un teólogo de Lyon que le

relató la historia de la rebeldía de un ángel contra Dios, al principio de los tiempos. Él le dio la información disponible acerca de este ángel rebelde. Este relato era descrito en el libro de Génesis, de forma muy escasa y en el evangelio apócrifo de Enoc. El códice vaticano, una de las primeras referencias de la Biblia, tenía entre sus pergaminos, claves para descifrar ese anatema. Según su narración, el ángel llamado Shemihaza o Shemiyaza, junto a otros doscientos consortes, bajaron de los cielos e hicieron una imprecación contra Dios en forma de anatema. Este juramento buscaba protegerlos del alcance del poder divino y les permitía obtener la forma humana y disfrutar de las mieles terrenales.

Cuando estas criaturas se ayuntaron con las mujeres, les enseñaron los secretos de la brujería y de la magia. De esa unión híbrida, les nacieron hijos que fueron unos gigantes llamados en la antigüedad, los Nephlim. Eran seres mitad humano, mitad celestiales. Eran invencibles y dominaron la Tierra por mucho tiempo. El diluvio llegó y esos gigantes murieron, junto al resto de la humanidad. Los ángeles rebeldes dejaron sus cuerpos e intentaron volver al cielo, donde tenían cuentas pendientes. Dios los encerró en una prisión celestial.

Solo hay dos formas de que puedan salir de allí: a través de la orden divina de Dios o con la invocación del anatema que ellos escondieron en un lugar remoto y de imposible acceso. Nadie sabe dónde está ni cómo acceder.

Entretanto, Napoleón tomó la Ciudad Santa y trasladó toda la biblioteca del Vaticano hasta París, incluyendo el Codex Vaticano. Entonces el coronel pudo acceder a toda la información requerida. Se dedicó a buscar pistas que lo llevaran tras el anatema. Viajó a Palestina, donde los documentos indicaban que se encontraba la imprecación contra Dios. Fue un proceso largo y engorroso que requirió tiempo, esfuerzo y dinero, mucho dinero. Pero Napoleón tenía poca paciencia y el tiempo se le acababa al oficial de artillería. La campaña rusa estaba en declive y Bonaparte ya no era invencible.

El corso veía como se diluía su influencia en Europa. Los países enemigos se unían en torno a una coalición que era muy peligrosa. Napoleón ordenó al coronel para que consiguiera lo que faltaba para la ceremonia, a como diera lugar. El oficial, presionado, afirmó haber obtenido una piedra que tenía unas inscripciones en un lenguaje ininteligible en una aldea a orillas del Mar Muerto. El coronel creyó que era el anatema buscado. Volvió a París y allí entregó los recaudos a la Luz Oscura que indicó que la ceremonia se debía realizar bajo tres condiciones: debía hacerse cuando hubiese una luna gigante, mientras bramaba el mar de maldad y debía estar presente una gran vidente o pitonisa. El lugar donde debía efectuarse era en el altar sagrado.

El altar sagrado era difícil de precisar. El coronel tenía dudas acerca del

donde, el cuándo y el cómo se debía efectuar. Por la premura de los acontecimientos, escogió una vieja iglesia a las afueras de París, pues pensaba que se trataba de un lugar donde hubiese santidad.

El oficial esperó a que hubiese la luna gigante para realizar el acto ceremonial, con presencia de la Luz Oscura, en una iglesia a las afueras de París mientras que en distintos rincones de la ciudad, miembros de los discípulos realizaban el mar de maldad con una orgía de sangre.

La ceremonia se llevó a cabo en la noche del 12 de julio de 1812. París fue lustrada con sangre. En el acto estuvieron presentes la pitonisa y los soldados que escoltaban el templo. Todo se realizaba según lo previsto hasta que la pitonisa le tocó leer el anatema encontrado en las orillas del mar muerto. Al terminar de hacerlo, las velas se apagaron, las ventanas explotaron bajo la presión del viento que penetró con la fuerza de un huracán. El piso se agrietó. Después de todo este revuelo, hubo un gran silencio. Al encender las velas de nuevo vieron que quienes permanecieron allí estaban muertos, incluyendo a la pitonisa. Sus cuerpos permanecían inertes en un mar de sangre. “El anatema era el incorrecto, el altar sagrado era equivocado y además, la pitonisa no era lo suficientemente poderosa para aguantar los embates del más allá” dijo la Luz Oscura. El coronel, asustado, salió despavorido.

Cuando las noticias llegaron a los oídos de Napoleón, este ya se encontraba en franca retirada del territorio ruso, derrotado y con un ejército hambriento. Poco tiempo después, el corso fue vencido en la batalla de las naciones y exiliado a la isla de Elba. Aunque regresaría después e intentaría retomar sus días de gloria, sería derrotado definitivamente en Waterloo y exiliado a la isla de Santa Elena en el Atlántico meridional, donde moriría. Entre tanto, el Coronel caería en desgracia y acabaría preso en una cárcel prusiana.

Al obtener esta información quise comprobarla con un grupo de historiadores y hombres de ciencia, al mando del Doctor Mario Kurz. Efectivamente, todos los hechos históricos fueron comprobados, incluyendo la Gran Luna, el asesinato de los niños en París y la muerte de los soldados que escoltaban la iglesia aquella fatídica noche. Supe entonces que tenía en mis manos una herramienta para colocar a la raza alemana en la cúspide universal del poder y la gloria.

Cuando este manuscrito llegó a mis manos, el proyecto Lebensborn daba vueltas en mi cabeza. “La Fuente de Vida” daba sus primeros pasos y comencé a darle forma a la organización que la regiría. Comenzó como un simple cruce sexual entre los miembros élites de las SS con las mujeres arias que se encontraran en edad reproductiva. La mayoría de ellas provendrían de la Liga de Muchachas alemanas que eran la mayor fuente de ovarios y úteros

necesarios para la gestación de la nueva raza alemana. Hubo que crear las casas cunas para la recepción de las parturientas que comenzaban a llegar en buen número. Según mis cálculos, en menos de dos décadas tendríamos más de seiscientos batallones de arios perfectos. La guerra con el resto de Europa era inminente, y yo estaba muy preocupado pues se podía perder la flor y nata de la generación alemana pura. Por eso asumí el reto de mejorar, cada día, Lebensborn. Pero con la información del manuscrito del coronel francés, la “fuente de vida” sería el abono donde germinaría la simiente para el triunfo del proyecto “T”, mi proyecto Télefo.

El Doctor Mario Kurz tuvo acceso a varias fuentes para documentarse bien acerca de las causas del fracaso del ejército oscuro de Napoleón, para ello tenía que ubicar algún vestigio de la organización de “los discípulos” en la actualidad europea. Solo ellos podrían dar las respuestas a nuestras interrogantes. No fue difícil. Con nuestras eficientes SS, la red de informantes y los recursos necesarios, pudimos dar con un enclave de la organización en Berlín. Fui hasta allá y me entrevisté con su líder, el dignatario de Berlín. Él me puso en el camino para hablar con la Luz Oscura. El lugar de la entrevista fue Roma.

Al llegar fui recibido por un hombre de más de dos metros de raza africana con el rostro deforme. Tenía la misma descripción del monstruo de tiempos de Napoleón. Era imposible, alguien no podía vivir esa cantidad de tiempo. Pero no perdí tiempo en eso, mi objetivo era la Luz Oscura. Pasó una hora y pude ver a la lideresa de esa organización. Me recibió en un cuarto oscuro donde pude verla entre la penumbra. Estaba de pie, desnuda. Su cuerpo era de color ébano. Sus cabellos negros, como la noche, caían encima de su rostro y lo tapaban a plenitud. Con una voz afilada me preguntó qué quería.

Le explique todo el seguimiento que había hecho de los discípulos desde tiempos de Napoleón Bonaparte, del manuscrito, de la unción de Napoleón, de la ceremonia fallida donde se llevó a cabo en París y todos los aspectos relacionados con ella. Le dije que necesitaba que me ayudara a crear un ejército invencible, un ejército que no pudiera ser derrotado por nadie. Detrás de sus cabellos azabaches, emanó su voz espesa. “Si quieres tener el mundo a tus pies —dijo— debes hacer todo lo que yo te diga”. Yo asentí. “Puedes tener un ejército invencible” —afirmó. Me habló de Shemihaza, el ángel rebelde que abriría la puerta para la liberación de los doscientos ángeles. “Al ser liberados, ellos reencarnarían en huestes angelicales y jamás serás derrotado como no lo fueron en la antigüedad, sus hijos. Tu triunfo será un hecho. Con la liberación de este ángel comenzará la era de la gran tribulación y el ascenso del Anticristo, la Bestia y el falso profeta. Ellos iniciarán un nuevo tiempo y

comenzará el reinado de Satanás, quien nunca debió ser expulsado del Trono de Dios. Con el manto protector de Lucifer no podrás ser derrotado, jamás”.

Ella me pidió la liberación del ángel rebelde a través de las condiciones que tuvo Napoleón. Yo le pregunté por qué fracasó el “ejército oscuro” de Bonaparte. “El anatema era falso, la pitonisa no era suficientemente poderosa y falló el altar sagrado” —sentenció.

“Pero debes hacer la petición formal y yo te ungiré, sólo así podrás dar los siguientes pasos” dijo. Yo acepté de mala gana, ya había leído acerca de la experiencia de Napoleón y pensar lo que debía hacer, me desagradaba. Lo que siguió después fue igual a lo descrito por Bonaparte. Me ordenó desnudarme, comenzó con un rito extraño, me practicó una felación, extrajo mi semen y luego arañó mi espalda. Impregnó un tótem con ambos fluidos y los colocó en su altar enmarcado en un pentáculo invertido.

Al recuperarme de las heridas me dijo “Necesitas conseguir el anatema, el código vaticano, y la vidente que abrirá el portal. Ella solo puede interpretar el anatema y con ello abrir el umbral que separa su mundo del nuestro”. La mujer me dijo que si quería conseguir el vidente correcto debía forjarlo. Habría que engendrarlo. “Buscarás a una mujer virgen y un hombre ario de raza pura que hayan nacido la misma fecha de tu nacimiento. Ellos se ayuntarán en una ceremonia donde se forme un saturnal en honor a Lucifer. Yo les daré mi unción y nacerá una niña de donde surgirá la línea materna de quien pueda interpretar el anatema. Tú deberás tener un niño con una mujer virgen que al crecer, deberá unirse con la hija producto de la línea materna. El resultado de esa unión será el vidente que podrá interpretar el anatema. Tú no mandarás al ejército oscuro, pero si tu tendrá el mando y poder sobre las fuerzas que se liberarán”.

Al terminar su relato, yo estaba muy optimista, sin embargo, ella agregó algo que me inquietó: “Debes tener cuidado con un grupo de fanáticos católicos llamados los protectores, ellos intentarán, por todos los medios, evitar que liberen al ángel rebelde y comience la era de la gran tribulación. No los menosprecies, aun en tu Alemania militarizada, su alcance es infinito.”

Volví a Berlín y en vista de que el proyecto Lebensborn se desarrollaba sin cortapisas, me dediqué a buscar los dos candidatos para engendrar la línea materna de la vidente. Los encontré: un mayor de las SS, de nombre Martin Gebauer y una joven alemana llamada Eva Müller. Ambos habían nacido la misma fecha de mi nacimiento con años de diferencia. Decidí utilizar la excusa del programa y unirlos a ambos en la concentración de Núremberg de mil novecientos treinta y seis. La Luz Oscura ungió la ceremonia. Fue un éxito. Al cabo de nueve meses nació una niña que la dejé bajo mi cuidado personal con un grupo de seguridad y unas matronas. Cuando la pequeña alcanzó más de un

año de edad y hubo la condición de la luna gigante, se aprovechó la noche de los cristales rotos en Alemania para ungirlos. Fue un éxito. Pude ver con mis propios ojos el poder de la Luz Oscura y sus discípulos. Entre tanto, busqué a la mujer virgen y la empleé como mi asistente y secretaria personal, la señorita Hedwig Potthast. La hice mi amante. No fue fácil embarazarla, tenía problemas de fertilidad.

Decidí buscar el código vaticano. No era una tarea sencilla, porque el manuscrito original se encontraba en la ciudad de Roma, pero las páginas que necesitaba eran las del apocalipsis y estas se extraviaron cuando el corso se lo llevó a París. Misioné de nuevo a los dos capitanes que habían encontrado el manuscrito del coronel francés. Regresaron a París a buscar los códigos extraviados, sin embargo, esta vez no pudieron cumplir la misión. Años más tarde, si obtuvieron una pista que los puso detrás del documento histórico. De acuerdo a sus investigaciones, los códigos perdidos quedaron en manos de Napoleón Bonaparte quien a su muerte los legó a uno de sus ayudantes de campo, este se mudó a Orleans y estuvo en su familia por mucho tiempo hasta que a principio del siglo XX una nieta suya lo llevó a París e intentó venderlo a algún coleccionista. Un viejo museólogo lo reconoció y supo de su importancia y recomendó al museo de Louvre que lo adquiriera. Los parisinos lo compraron. El tiempo pasó, el código cayó en el olvido entre los miles de archivos situados en los sótanos de Louvre. Allí estuvo hasta que conquistamos a París en mil novecientos cuarenta. Mis agentes de la Gestapo lo hallaron y me lo entregaron aquí, en Berlín, un año más tarde. Ordené hacer un estudio exhaustivo de su contenido para conocer su importancia. Tardaría más de un año. Sus resultados serían sorprendentes. La importancia del código radicaba en el segundo capítulo del apocalipsis.

Con el código en mis manos, debía buscar el anatema, el más difícil de todos los elementos. Para ello utilicé a mi mejor hombre, pero también al más peligroso, el SS-ObergruppenFührer, Reinhard Heydrich. El General era, sin lugar a dudas, mi mejor y más fuerte aliado. Yo conocía de su eficiencia e implacabilidad para obtener resultados de todas las órdenes que se le dieran. Pero también conocía de su insaciable sed de poder. Quería mi cargo y si pudiese, ser el mismísimo Führer de un solo jalón. No confiaba en él, pero debía utilizarlo, era el único ser capaz en la tierra de conseguir el anatema. No sé cómo, pero de alguna forma, Heydrich averiguó acerca del Proyecto Télefo. Debía ser cuidadoso, lo peor que podía pasar era que un hombre como él, lograse apoderarse de mis planes.

Entre tanto, Hedwig salió embarazada, tuvo un niño a quien le pusimos el nombre de Helge. Una noche, la Luz Oscura revisó al niño y me dio una mala

noticia. Él no podía ser el elegido debido a que era muy enfermizo. Su desarrollo y crecimiento no era el adecuado. Hicimos de todo para cambiar esta tendencia, pero todo fue en vano.

Heydrich buscaba con ansias el anatema y según sus reportes perseguía una buena pista. Él contaba con un grupo de arqueólogos, historiadores y tropas para encontrarlo. Pero un hecho cambió todo. Praga, la capital del Protectorado del territorio de los sudestes daba muchos problemas y el Führer ordenó que Heydrich se convirtiese en su gobernante. El Reich-Protector tuvo que mudarse a orillas del río Moldava y la investigación comenzó a perder fuerza. Sin embargo, después de seis meses de no tener noticias favorables de la búsqueda, Heydrich me llamó por teléfono y me dijo que había encontrado el anatema. Viajaría a Berlín a la brevedad para hablar de ello. Fue entonces cuando recibió el atentado en las calles de Praga. Ante tal hecho, la información se podría perder para siempre. Me trasladé hasta allá.

Al llegar al hospital, vi a Heydrich convaleciente y se recuperaba de sus heridas. Pedí hablar con él. Me informó que había perdido la noción del tiempo a raíz del atentado. Sin embargo, recordaba que recibió una llamada de uno de los científicos a cargo del proyecto de investigación en Palestina. Él le informó que debía movilizarse hasta allá porque tenía información importante que compartir. Llegó hasta Jerusalén de incognito, donde se entrevistó con los tres científicos que supervisaban las excavaciones. Ellos le informaron que encontraron indicios importantes de la leyenda del anatema. Se guiaron por el relato del coronel francés que indicaba que en la campaña de Egipto de Napoleón, un capitán, al mando de una compañía de infantería se dirigió hasta las orillas del mar muerto a investigar sobre el curioso objeto.

Este capitán no tuvo éxito en su misión, pero dejó datos importantes de cómo conseguir la imprecación jurada por los ángeles rebeldes. Los científicos decidieron ir hasta a la misma aldea donde había sido descubierto, años atrás, los pergaminos del evangelio apócrifo de Enoc. Esa población de nombre "Berak" estaba a las orillas del mar muerto. Allí, los más ancianos de las aldeas hablaban acerca del juramento de los "Superhombres" al principio de los tiempos. Se reunieron en las cercanías del lugar y en una cueva realizaron la imprecación. No obstante, un problema surgió: no habían grutas de ningún tipo. Uno de los ancianos le dijo que dicha cueva se encontraba en el fondo del mar. Con la ayuda de varios pescadores, un grupo de soldados de las SS se internaron en las aguas del mar muerto y encontraron una gruta submarina de difícil acceso. Dentro de la cueva encontraron una serie de pinturas rupestres que mostraban unos dibujos acerca de la rebelión de los doscientos ángeles al inicio de los tiempos. De acuerdo a la interpretación de los científicos, hallaron

una pista que los conduciría hacia el anatema. Localizaron en el lugar unos pliegos de papiro. Los científicos pudieron interpretar las viejas reliquias. Volvió a Praga y se encontraría conmigo en Berlín.

Lamentablemente, el documento se encontraba en el portafolio que cargaba el día de la explosión y estos quedaron destruidos. No obstante, a pesar de ello, la memoria eidética de Heydrich me relató con suma precisión su contenido. Los papiros relataban la historia del Diluvio Universal y mencionaban la rebelión de los ángeles de Dios, su líder Shemihaza y lo que sucedió después de su encierro. El anatema fue un juramento entre todas las criaturas rebeldes celestiales. Fue hecho con sangre de los ángeles. Cada uno de ellos la extrajo, las unieron y luego las bebieron. El último en beber la sangre celestial fue Shemihaza, quien hizo la imprecación contra Dios. Al hacer esto, las alas de todos se desprendieron y pudieron encarnar en cuerpos humanos. Al contrario de como nosotros pensábamos, el anatema no es un objeto, es algo inmaterial, algo que flota como un pensamiento entre el mundo onírico, el celestial y el terrenal. Solo un poderoso vidente podría interpretarlo.

La conversación con Heydrich no fue fácil, algunas veces desvariaba, su lucidez iba y venía, por eso tuve que tomar nota de todo lo dicho. Al final de su relato, me dijo unas palabras que nunca comprendí, las expresó varias veces: ¡Nicolaítas! ¡Nicolaítas! ¡Nicolaítas!

Con la información en mis manos tenía todo para lograr mis objetivos. Sabía que Heydrich era muy peligroso para mis planes, mucho más que antes. Decidí eliminarlo, aprovechando la circunstancia de sus heridas. Ordené al médico SS que dejara de aplicarle antibióticos, días más tarde murió. Todos pensaron que fue por el atentado. Quedé libre de toda sospecha de su familia, sus seguidores y el pueblo alemán.

Emocionado y exultante, supe que Hedwig quedó embarazada de nuevo. Entre tanto, el alcance de los protectores rozaba mi proyecto Teléfono. Beatrice había tenido problemas y tuve que asignarle una enfermera especial, la directora de la escuela de enfermería “Lebensborn”, que aplicaba un método para mejorar la salud de los bebés. Ella se mudó hasta el refugio. El niño mejoró su estado de salud de inmediato. Sin embargo, esa enfermera sufrió un atentado por una mujer miembro de los “protectores”. Sin lugar a dudas, ellos habían descubierto nuestras intenciones y debíamos ser más precavidos. Ordené que la cuidadora se mudara a la casa de Hedwig que recién tuvo a Nanette, una niña.

Debía encontrar una solución rápida. La guerra se complicaba para Alemania y necesitaba un hijo varón que pudiese seguir la línea paterna de la vidente. Hablé con los médicos de las SS y estos intentaron buscar la solución al

problema. Me daban cientos de recomendaciones y todas las tomé, pero el vientre de Hedwig había dejado de ser fértil. Ya sea por la tensión de la guerra o por su compromiso maternal ante nuestros dos hijos, la mujer que amaba no salía embarazada. Para ese momento estaba atiborrado de trabajo. El frente oriental se deshacía, las tropas rusas avanzaban a un ritmo trepidante y para colmo, en julio de 1944 un grupo de oficiales traidores del ejército perpetró un atentado contra el Führer en la Guarida del Lobo, cuartel general en el frente oriental. Hitler solo sufrió algunas heridas leves, pero me tocó desmembrar y descubrir la red completa de conspiradores. Saqué provecho de esta situación ya que obtuve poderes plenipotenciarios que me permitieron expandir mi área de influencia, saldar viejas deudas y ejecutar, con suma eficiencia, mis planes.

La guerra está terminando y de noche se ven las granadas de la artillería rusa caer a los alrededores de Berlín. El tiempo es corto. Hedwig está a mi lado con mis hijos. Hoy me dio la mejor de las noticias, está embarazada. Espero que sea un varón. Todo indica que será así. Si me sucede algo, tengo los planes listos para que mi hijo, aún no nacido, acceda al poder supremo.

He ideado un plan infalible. Nuestro mayor obstáculo para acceder al poder es la orden de los Protectores que persigue a los discípulos, a la Luz Oscura y, ahora, a mí. El plan, que ya lo he conversado con Hedwig, consiste en que mi hijo nacerá en el lado de los aliados, en secreto. Ya negocié con los americanos para que Hedwig junto a mis hijos vayan a Estados Unidos. He enviado parte manuscrita de este diario como parte del acuerdo. Mi hijo será adoctrinado bajo los preceptos nazis de supremacía racial y bajo el auspicio de los discípulos. Con su apoyo, Hedwig y mis seguidores, él será el regente de la orden de los Protectores y podrá obtener el poder absoluto: el poder que emana de Dios. Mi plan es perfecto.

Heinrich Himmler.

Hubo una larga pausa. Speer deslizó las hojas sobre la mesa ante la mirada silente de todos. Las palabras de Himmler, pronunciadas desde su tumba, tenían el mismo efecto que sus diabólicas SS. Las frases y oraciones del *Reichsführer-SS* torturaron, coaccionaron y amedrentaron a sus oyentes. El miedo que rugía dentro de los corazones de Speer, Frida y Rhode era el mismo que sintieron sus víctimas en plena guerra. El largo alcance de su mano salía de su tumba como una guadaña afilada y amenazaba con cambiar el mundo de nuevo. Dubront dijo con voz grave:

—¿Ahora comprenden lo que he tratado de explicarles? Todo lo que está sucediendo es un plan trazado por Himmler desde hace décadas. Todo es parte

de su proyecto “T”.

—Si usted sabía de esto ¿Por qué permitió que llegara tan lejos? —inquirió Frida.

—Por muchas razones. A pesar que yo sabía de la amenaza del proyecto “T”, no era fácil interpretar de dónde vendría el primer zarpazo. Durante años, intenté sin éxito, ubicar a la logia de los discípulos y la de los protectores, pero fue imposible. Tú que integrabas las filas de uno de ellos, sabrás que los Protectores son una organización muy difícil de penetrar. De los discípulos no quedaban rastros después de la Segunda Guerra Mundial. La implementación del comunismo en Europa y luego el derrumbe del Muro de Berlín indicaron que los prosélitos del demonio habían cesado sus actividades. Estaba equivocado. Dos situaciones me alertaron que los discípulos surgieron con más fuerza que nunca. La primera fue la deserción de uno de sus miembros. En Roma una mujer quería desertar de las filas del abyecto grupo. Ella iba tras la pista de una vidente italiana fallecida que soñaba con el ángel rebelde, la misma que usted llegó a investigar para su beatificación, Padre Rhode. Ella sabía que la orden descubrió mi identidad y querían asesinarme pues la única persona en el mundo que sabía del proyecto “T” aparte de ellos, era yo. Ella me contactó y yo hice los arreglos para llevarla a los Estados Unidos. Antes de hacerlo, ella quiso advertirle a usted, Padre, que dejara de investigar acerca de Shemiyaza, pues sabía que lo podían asesinar. Al otro día de su encuentro, simulamos su muerte y pude evacuarla hasta los Estados Unidos. Ella es una mujer especial pues tiene la capacidad intuitiva de los videntes. Ella fue la que me informó acerca de todas las actividades que realizaba esa abyecta orden del mal y de cómo se había infiltrado dentro de los protectores. Utilicé todos los recursos necesarios para intentar combatirlos.

—¿Dónde está ella? —interrumpió Rhode.

—Tú la conociste Frida. Era la mujer del departamento en Nueva York, la que te advirtió que no te llevaras los pergaminos. Tú sentiste algo al tocar los códices y ella, que posee también dotes extrasensoriales, vio parte de lo que tú viste al momento de tener en tus manos los códices.

Rhode miró a Frida y le preguntó:

—¿Qué viste?

Frida expelió un suspiro y, mirando con ojos avergonzados a su interlocutor, le dijo:

—Tuve una visión donde todo era penumbra. Vi unas escaleras y un gran altar. Al lado, vi un hombre vestido de negro de rodillas y de espaldas a mí. Arriba de unas columnas emergía una gran puerta por donde emanaba una luz incandescente que quemaba mis ojos. Bajé la mirada y emití un ¡Ay! Luego,

miré hacia donde se encontraba el altar y vi una mujer acostada, me acerqué y vi que era yo misma, diciendo: ¡Date prisa!, luego unos gritos espantosos de dolor emergieron de todos los rincones. Detrás, había una pelirroja que me susurró al oído: ¡No te equivoques!

—Esa mujer que viste acostada es tu hermana y está en peligro —sentenció el padre —tú tienes la misma capacidad de tu hermana de visualizar el futuro.

—Pero yo jamás había tenido sueños premonitorios o visiones hasta ese día.

—Quizá despertó por la fuerza que emanó de ella —dijo Rhode.

Dubront dijo:

—Ahora comprendo. No sabía con exactitud lo que habías visto Frida, pero supimos que tú eras Brigitte o Franchesca.

—Y ¿por qué me dejó escapar con los códigos?

—Porque sabíamos que la cadena de eventos ya había comenzado y era inevitable detener lo que comenzó. El único modo de evitar el ascenso de la Trinidad sevicia es protegiendo al Santo Padre, por eso vine a Berlín, sabía que aquí se llevaría a efecto la ceremonia. Supuse que el altar sagrado era en la basílica. Además, no podía arriesgarme a que te hirieran, eras muy importante para mí. Después de todo y a pesar de no tener la misma sangre, tú eres mi sobrina.

Frida dejó escapar una leve y casi invisible sonrisa. Dubront continuó.

—Hace un año supimos que alguien intentó comprar los códigos perdidos. Ante esa eventualidad, decidí actuar y los adquirí por un altísimo precio. Lo resguardé con la esperanza de hallar la respuesta a varias interrogantes que no respondía el diario de Himmler. En vista que los eventos se dinamizaban, intenté ubicar el diario porque sabía que al encontrarlo, rastrearía la pista que me llevaría al jefe de los discípulos. Fue cuando Chastain llegó hasta Otto Gebauer, el hijo del mayor de las SS que embarazó a Eva. En teoría, era el tío de Franchesca y Brigitte. Incluso llegué a pensar que al encontrarlo, él me llevaría tras la pista de tu hermana. Yo no sabía nada de ambas, a excepción de sus nombres originales, pero también sabía que estos los habrían cambiado. Otto era un ser despreciable y ambicioso y era capaz de vender su alma al diablo sin importarle nada. Él supo donde vivía Annika y para tenderle una trampa, robó su gato. Pero ella huyó de ese departamento. Él usó el mismo collar con los gatos que tuvo desde entonces. Él no era un prosélito de los discípulos, pero sí era un hombre vil. Su padre fue quien negoció el diario con los norteamericanos. El *Reichsführer-SS* lo utilizó como intermediario para salvar su pellejo y huir de Alemania con su amante, pero fue traicionado por este oficial. La muerte de Otto me sorprendió y supe entonces que otras personas querían el diario. Pensé que eran los acólitos del mal. En vista de todo esto, la desertora de los discípulos me

pidió que fuese hasta su apartamento y realizáramos una ceremonia de protección que impediría a la Luz Oscura ubicarme a través de sus sueños. Ella me comentó que ya los acontecimientos habían iniciado. Ese mismo día, La Luz Oscura ungía, en algún lugar del mundo, al jefe de los discípulos y heredero del ejército oscuro y como ya les mencioné es el Comendador.

—¿Tan poderosa es esa Luz Oscura? —preguntó Frida.

—Sí lo es —dijo Rhode. El poder de los videntes es superior al de cualquier mortal.

—¡Pero debe ser mentira que es inmortal! ! Nadie es inmortal! —preguntó un escéptico Speer.

—No lo sé, a estas alturas no sé qué es verdad y qué es mentira —dijo Rhode.

Dubront carraspeó, cruzó las piernas de nuevo y dijo:

—No lo es. Ella es un ser humano como cualquiera de nosotros. La desertora que está bajo mi protección me dijo que ella tuvo acceso a ella en dos oportunidades. Ella se percató de que a pesar de que ambas mujeres eran prácticamente iguales, pero diferían en su altura. De acuerdo a su acepción y la mía, se ha tejido una leyenda negra falsa de que es inmortal para asustar a sus prosélitos y mantenerlos atados con un cinturón de miedo a su doctrina. Uno le teme a lo que no conoce, a lo que no le haya explicación.

—Bueno, si es inmortal o no, le meteré un tiro en la frente, si la llego a ver —espetó Frida.

—Hay algo que no comprendo —dijo Rhode —¿Cómo supo usted que Antonella era Brigitte?

—Cuando estuve en el orfanato de Firenze, hace muchos años, intuí que algún día Brigitte podría volver por sus orígenes. Era la única pista que tenía de ella, así que decidí hacer generosos aportes a esa institución y me convertí en su mecenas. Supe, entonces, que alguien estaba detrás del diario de Himmler y tomé las acciones necesarias para desaparecer el expediente de Antonella, pues debía protegerla. Luego, Mario y tu hermana —dijo viendo a Frida —estuvieron allá y fui informado de inmediato por una monja. Le seguí la pista a ambos y supe del asesinato del padre. Convencido que había sido ordenado por los discípulos, ordené a Chastain que secuestrará a Antonella y la llevara a un lugar seguro. Al saber que estaba a salvo, yo fui a verla y la reconocí por el lunar en su pie, el mismo que tienes tú, Frida. Supe de tu ubicación Frida y ordené a unos hombres a buscarte. Pero hubo una delación en mis filas y ordené a Chastain traerla hasta acá, la que fue mi casa en mi infancia, pero en el camino, el auto fue interceptado por los discípulos quienes se la llevaron. Allí tú escapaste Frida. No tenía tiempo y debí dirigirme hasta la basílica a intentar desde allí, evitar el

asesinato del Papa. Yo pensaba que sería un ataque normal, pero ahora sé que iban a lanzar una nube de ricina, algo maquiavélico... El peligro no ha pasado. El Papa, a pesar del atentado frustrado, continuará con su itinerario normal. Dice que no va a complacer a los malvados hombres que pretenden sembrar miedo en el mundo.

—Es algo muy valiente, pero estúpido —dijo Speer.

—Sí es una insensatez. Por eso necesito su ayuda. Yo pensaba que todas las preguntas a mis interrogantes fueron respondidas, pero que no he podido dar con dos de ellas. ¿Cómo resolver el anatema? ¿Era la basílica el verdadero altar sagrado? Necesito de su ayuda.

—Podremos ayudarlo Dubront, pero hay aspectos que necesito aclarar —Expresó Speer.

—¿Quién es el Comendador y jefe de los discípulos?

—No tengo idea. Nadie sabe quién es. —dijo Dubront.

—Yo creo saber quién es —espetó Frida, luego dijo: —su asistente, su nombre es Phillippe. Él creo que está detrás de todo esto. Él está aquí en Berlín y es un hombre malévolo.

—¿Y sabes cómo ubicarlo?

—No tengo idea.

—¿Pero lo reconocerías?

—Sí, por supuesto.

Speer agregó:

—Yo pensaba qué usted estaba detrás del asesinato de Otto y los atentados de los policías en Berlín. No es así. Eso significa que el Serafín anda suelto. Usted es un hombre poderoso y creo que alguien que detenta tanto poder debe saber algo acerca de este asesino a sueldo.

Dubront ladeó el rostro y dijo con precisión:

—Sí sé de él, Chastain me informó acerca de una persona que olía sus pasos, tuvo que ser muy cuidadoso porque él era como una sombra, como un fantasma. Sabía que era implacable en su accionar. Creo que está bajo la protección de los discípulos y que tiene la libertad de pasar desapercibido en cualquier lado. Supimos que el mató a un hombre en el metro de París al buscar la Ricina. Del resto, no sé nada.

—Ese maldito mató a mi Jean Pierre —dijo una iracunda Frida.

Speer agregó:

—Necesito que me ayude atraparlo. Estoy seguro que él estará hasta el final en todo esto. Además, la única sobreviviente a un ataque suyo fue Antonella, mientras él esté vivo su vida corre peligro.

—Y ¿Qué necesita? —preguntó Dubront.

—Para comenzar mi teléfono, la radio y mi arma.

—Los tendrá.

Dubront se levantó, salió al portal y uno de los guardaespaldas que estaba afuera, trajo lo solicitado por el inspector. Speer los tomó. Enfundó su arma en su cintura y dijo:

—¡Saldré un momento!

—¡No puede salir!

—¿Por qué?

—Ustedes no deben saber dónde están. Esta casa es la única prueba que afirma que yo soy alemán y no americano, si se supiese, entonces yo perdería mi candidatura presidencial.

Todos callaron.

—Vaya a la cocina y desde allí, llame. Recuerde que es por su seguridad — agregó el magnate.

El hombre membrudo cruzó el largo pasillo y se dirigió hacia la cocina, allí lo esperaba uno de los guardaespaldas. Dubront cerró la puerta de nuevo. Se sentó. Frida miró al padre Rhode y dijo:

—¿Esto explica el sueño, padre?

El sacerdote no habló. Meditabundo, intentaba encajar todo lo que decía la carta y lo que él había averiguado hasta entonces.

—Sí, casi todo el sueño.

—¿Qué sueño? —inquirió el magnate.

—Seré breve —dijo Rhode, acomodando sus gafas, luego expresó — Antonella es una vidente y tuvo un sueño. Esas visiones fueron las que nos trajeron a Berlín. Casi todo lo que ella soñó, se cumplió. Ella previó el atentado en la basílica de Santa Eduvigis y yo llegué a pensar que ese era el momento cumbre de este embrollo. Creí, erróneamente, que el asesinato del Papa era el mar de maldad. Con estas nuevas revelaciones, muchas cosas han quedado claras. Cuando ella dijo que vio a dos hombres de espalda, uno vestido de blanco y el otro de negro que decían “somos dos, pero somos uno” se trataba de la fusión del jefe de los discípulos y el Comendador en una sola persona. Su visión en el espejo indicaba a su hermana gemela... Creo que eres tú, Frida, la que debes elegir y no ella.

—No comprendo —dijo la mujer, cavilando.

—Creo que lo trazado por Himmler en su proyecto “T” no salió como quería. Al nacer gemelas de la unión de las dos líneas genéticas, la videncia interpretativa de la pitonisa, se dividió. Es decir, ella tiene el poder de soñar, pero tú tienes la capacidad de interpretar. Por eso cuando tocaste los códigos originales, tuviste una visión. Creo que corresponde al prelude de la

interpretación del anatema. Todo está en los códices. Debo verlos. Solo necesito lo correspondiente al apocalipsis. Necesito una biblia y una copia de ese pergamino de los códices.

—Yo tengo ambos requerimientos, le saque copia a los códices —soltó Arthur.

Dubront salió de inmediato y volvió con lo requerido. Rhode entre tanto, tomó las hojas del diario de Himmler y le dijo a Dubront:

—Léame la parte que habla del código y el apocalipsis:

El magnate rastrilló con sus dedos las hojas y leyó:

—“Ordené hacer un estudio exhaustivo de su contenido para conocer su importancia. El estudio tardaría más de un año. Sus resultados serían sorprendentes. La importancia del código radicaba en el segundo capítulo del apocalipsis”

—Muy bien, entonces la búsqueda será más corta.

—¿Qué búsqueda? —preguntó Frida.

—Las respuestas a las dos preguntas: ¿Cómo resolver el anatema? y ¿Era la basílica el verdadero altar sagrado?

—¿Qué contiene el capítulo dos del apocalipsis? —preguntó Frida.

Rhode mantenía la mirada en la biblia, sin embargo, respondió con lentitud la interrogante de la mujer, sin verla.

—El libro de las revelaciones hace una presentación inicial de los acontecimientos que se desarrollarán en la Tierra... en el primer capítulo... San Juan, el apóstol, quien es el escribiente y visionario de todos los acontecimientos que se desarrollan en el apocalipsis, hace un saludo general a las siete iglesias de Asia Menor. En el capítulo dos se especifican estos saludos. Estas iglesias, que fueron la ramificación inicial del cristianismo, fueron construidas en la actual Turquía que era el punto de encuentro entre Europa y Asia. De allí su importancia. Desde allí se inicia el peregrinaje que llevará la expansión de la palabra de Jesús por todo el mundo. Además, en Turquía estaba situada Constantinopla que fue la Capital del Imperio Romano de Oriente. Esta zona era muy importante en el tiempo que fue escrito este libro, por eso el apóstol San Juan dirige su llamado a cada una de estas iglesias. Él sabía que solo a través de ellas, lograría llevar su mensaje a todos los rincones.

Rhode guardó silencio, su mirada se concentró en su lectura. Frida y Dubront permanecían expectantes de saber buenas nuevas. El sacerdote holandés tomó las copias del códice vaticano y las rastrillaba con sus dedos ajados.

—¿Usted entiende ese idioma? —preguntó una impertinente Frida.

—Sí, por supuesto. Es griego antiguo. No es fácil leerlo, pero puedo comprenderlo, si me concentro.

Frida se mordió la lengua. El Padre bajaba y subía por los renglones de las páginas con sus dedos y sus pupilas. Tomó un lapicero que guardaba en un bolsillo del pantalón y marcaba la biblia, escribía en sus márgenes, luego marcó y escribió en las copias fotostáticas del códice. Se detuvo un momento, miró la pared ruin, buscando respuestas en los recovecos de su mente. Fue de nuevo a la biblia y a los códices. Repitió este proceso en varias oportunidades. Su concentración demandaba el máximo de silencio por lo que sus acompañantes, apenas respiraban. El tiempo se espesó en la sala.

—¿Dafne qué ha sucedido? —preguntó Speer al teléfono mientras en su boca un cigarrillo apagado calmaba su ansiedad. Estaba tan nervioso que incluso pidió un yesquero a uno de los mercenarios. Estuvo a punto de retomar el hábito de fumar.

—¿Inspector, donde ha estado? —hemos tratado de comunicarnos con usted, pero ha sido imposible.

—Después te cuento para no entrar en detalles. Lo que yo haya hecho no es tan importante como lo que está sucediendo con ustedes.

—Bueno, Inspector, no sé muy bien los detalles, pero recuerde que yo no soy policía, lo que sé es porque soy curiosa y más metida que una lombriz en la tierra.

—¡Ya, Dafne, deja los rodeos y dime!

—El atentado contra el Papa tiene revolucionada a la ciudad. Esto parece un berenjenal.

—Me imagino.

—Inspector, el Alcalde está furioso, dijo que lo iba a colocar tras las rejas.

—Eso me tiene sin cuidado.

—Boris quiere hablar con usted, me dijo que si llamaba se lo pasara...deme un minuto, no me cuelgue.

Hubo un mutis largo hasta que Speer escuchó.

—Inspector.

—Boris ¿Qué ha sucedido?

—Tenemos detenidos a los tres hombres que fueron infiltrados por Dubront. De él no sabemos nada. El alcalde anda furioso, dijo que...

—Ya eso me lo dijo Dafne...

—Bueno señor, a pesar de lo sucedido, el Papa dijo que continuaría con la misa prevista en el Berlín Arena. Hemos duplicado las medidas de seguridad y rastrillamos la ciudad en busca de cómplices de Dubront. Pero hay otra cosa... Un Cardenal fue secuestrado a la salida del acto de la basílica, todos los esfuerzos que hacemos es para proteger al Papa y rescatar al Cardenal, esto es una pesadilla. Yo voy saliendo para el Berlín Arena. Sin embargo, creo que con la desarticulación de la organización del Serafín, habrá menos peligro.

—Chastain no era el Serafín, Boris.

—¿Cómo dice?

—Él no lo era. Estábamos equivocados. No puedo explicarte más nada. Es posible que el verdadero Serafín tenga en sus manos al Cardenal.

—Ahondaré en detalles con lo que me ha dicho.

—Boris, necesito saber algo...¿El incendio en el hotel que sucedió anoche que ordené investigar, dejó alguna pista?

—El incendió consumó casi todo, pero dejó tres elementos importantes que pudieron haber pasado desapercibido para cualquier investigador, menos para Willie, nuestro mejor sabueso. Él encontró restos microscópicos de tabaco, harina, lino y cianuro.

—¡Dame detalles más específicos!

—El tabaco no es cualquier tabaco, es el que se utiliza para las pipas o en una pitillera. El cianuro es tan potente su concentración que podría matar una persona en segundos, de acuerdo a lo que me dijo Willie, y por último la harina es sin levadura y rica en gluten como la que se utilizan en el pan ácimo. Las fibras de lino son de color blanco.

Hubo una larga pausa, mientras la mente detectivesca de Speer borboteaba.

—¿Alguna otra cosa, Boris? —No, nada, inspector.

—Speer le especificó su pedido.

—Okey, averiguo y lo llamo a la brevedad.

—Esperaré tu llamada.

Ambos colgaron. Speer sonrió. Su mente detectivesca, ágil y perspicaz, enlazó una pista que corcoveaba alrededor de su razonamiento sin dejarse atrapar, pero la información que le habían proporcionado Boris y Dafne, dejó entreabierta una puerta en la habitación oscura del caso del Serafín. Era solo una posibilidad, pero las casualidades no existen en la criminología, estaba seguro de ello. Deseaba que Boris lo llamara para poder corroborar la teoría que flotaba entre la duda y la razón. De ser cierta su teoría, él mismo se encargaría de atrapar a ese maldito. Pasaron diez minutos y su teléfono repicó. Atendió. Escuchó atento lo que decía Boris. Agradeció y colgó. Ya sabía dónde encontrar al Serafín. Introdujo el cigarrillo en la vieja cajetilla y se dirigió a la sala de la casa.

Rhode llevaba casi quince minutos, navegando entre la biblia y el código, cuando Frida se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta. No aguantaba más el tedio de estar esperando sin siquiera moverse. Pero en ese momento, el padre ajustó sus gafas y sin dejar de ver la biblia, inquirió:

—¿Cuál fue esa última palabra que Heidrych, delirante, dijo en la cama, antes de morir?

—Déjeme ver, déjeme ver —dijo Dubront tomando las hojas del diario. Las revisó rauda —Aquí está. ¡*Nicolaítas!* ¡*Nicolaítas!* ¡*Nicolaítas!*

—¡Qué idiota he sido!

—¿Sucede algo? —interrogó Frida.

—No, aún no, pero sucederá —expresó el sacerdote.

—Disculpe Dubront ¿Cuál fue la causa por la cual Himmler nombró a su proyecto “T”?

—Por Télefo, el héroe mitológico.

Rhode se quitó los lentes, se apretujó los párpados viejos, estiró su rostro apergaminado y luego, dijo:

—¡Eureka! ¡Eureka!

En ese momento, entró al salón Speer que miró al Padre mientras pronunciaba las palabras milenarias de Arquímedes.

—¡Tengo Noticias! —dijo, exultante, el inspector.

—¡Deberán esperar! —expresó Frida —¡Esto es más importante!

Las miradas de todos asaeteaban al sacerdote holandés. Rhode expresó con su verbo elocuente y preciso:

Creo que he encontrado las respuestas a las interrogantes —El padre se volvió a colocar los lentes y sentenció —El altar de Dios no era la Basílica.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó el magnate.

—El altar de Dios es más un momento que un lugar. Es la santificación de la ceremonia por parte de un príncipe de la Iglesia, es decir un Cardenal católico. Yo pensé que era el Papa porque él es el Príncipe de los Príncipes. Y llegué a pensar que era la Basílica de Santa Eduvigis por la cúpula verde del sueño de Antonella. Estaba errado. Himmler ocultó muy bien su proyecto. El haber escogido el nombre de Télefo no fue un hecho al azar ni mucho menos. Él sabía lo que hacía. Cuando él escribe en su diario todos los detalles referentes al proyecto, yo me pregunté por qué lo hacía. Su amante ya tenía instrucciones acerca de qué hacer. Llegué a la conclusión que lo hizo porque existía la posibilidad de que él mismo muriera, a Potthast le pasara algo, o el niño sería apartado de ellos. Él debía dejar pistas en el diario de cómo encontrar el altar de Dios. Por eso, el jefe de los discípulos ordenó buscarlo. No sabemos lo que ha acontecido con ese niño, si sobrevivió o no. Solo sabemos del proyecto “T” y nada más. Himmler no era un tonto, ahora me doy cuenta de su capacidad intelectual y también de su maquiavelismo.

—Ese niño está vivo —afirmó Dubront —Solo él estaría interesado en la consumación del proyecto “T”, pues solo él tiene poder sobre los vigilantes rebeldes.

—Es verdad —dijo Rhode —Tiene razón.

El sacerdote hizo una pausa, tomó la biblia y dijo:

—Hay dos versículos que están escritos en el capítulo dos del código vaticano y no aparecen reflejados en la versión actual de la biblia.

—¿Está seguro? —Preguntó Dubront.

—Totalmente. Leeré desde el versículo 12 al 17 del apocalipsis de la biblia actual, *“Y escribe al ángel de la iglesia en PÉRGAMO: El que tiene la espada aguda de dos filos, dice estas cosas: yo sé tus obras, y dónde moras, donde está la silla de Satanás; y retienes mi nombre, y no has negado mi fe, aun en los días en que fue Antipas mi testigo fiel, el cual ha sido muerto entre vosotros, donde Satanás mora. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: porque tú tienes ahí los que tienen la doctrina de Balaam, el cual enseñaba a Balac a poner escándalo delante de los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Así también tú tienes a los que tienen la doctrina de los Nicolaítas, lo cual yo aborrezco. Arrepiéntete, porque de otra manera vendré a ti presto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe”*.

—¡Quedé igual, no entendí nada! —expresó un ateo Speer.

Rhode apartó la biblia de sus ojos y dijo:

—El término *Nicolaítas* significa en griego “los seguidores de Nicolás”. En la biblia solo se menciona en el capítulo dos del apocalipsis. Ellos asentaron sus bases en las ciudades de Éfeso y Pérgamo. De acuerdo a algunos teólogos, el jefe de la secta inculcaba en sus seguidores la doctrina de su superioridad clerical por encima de las seis iglesias restantes. Ese pensamiento hizo que ellos comenzaran como adoradores de Dios y se convirtieron, con el tiempo, en idólatras de Satanás. Los que no siguieron esa doctrina, se fueron a Éfeso, mientras que los otros se degradaron y se consideraron a sí mismos “los perfectos, la raza superior”, eran herejes y practicaban la magia negra y el ocultismo. San Pablo conociendo esa aberración, le escribe a los Efesios. *“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”* en clara advertencia a cuidarse de ellos. ¿Les suena ese término de raza superior? Es el mismo del nazismo. Ellos establecieron su templo de adoración en la ciudad de Pérgamo. Uno de los versículos leídos reza *“Yo sé tus obras, y dónde moras, donde está la silla de Satanás; y retienes mi nombre, y no has negado mi fe, aun en los días en que fue Antipas mi testigo fiel”* Antipas era el santo de Pérgamo y murió en la hoguera, por estos apostatas de la fe. Pero también el término “Antipas” se asocia al de Herodes quien condenó a Jesús. Himmler quería fundar una religión nueva, ¡Que mejor máscara que ser el Antipas del catolicismo! a través del proyecto “T”. Los *Nicolaítas* tomaron el templo de Pérgamo y lo utilizaron como su propio “Vaticano” pues tenían el convencimiento que su doctrina “superior” se impondría a las del resto. Para favorecer sus enseñanzas, unieron las bases del cristianismo con la mitología griega en una especie de sincretismo religioso. Ese templo tiene en las paredes de su altar, más de cien esculturas que representan la lucha de los dioses griegos contra los gigantes —Los *Nephlim* de la antigüedad, los mismos hijos de los ángeles rebeldes —pero lo más importante, en su interior tienen unas efigies que representan la historia del héroe mitológico de Pérgamo, su nombre era Télefo, el mismo del proyecto de Himmler.

Rhode hizo una pausa para que las personas digirieran mejor la información que daba. El padre holandés dijo vehemente:

—¡El altar de Pérgamo es el altar sagrado!

—¿Y debemos viajar a Turquía? —preguntó Frida.

—No —dijo con su vozarrón Speer. Dubront terminó la frase —El altar de Pérgamo está aquí en Berlín.

—¿Cómo? —dijo, incrédula Frida.

—El altar de Pérgamo fue comprado al imperio Otomano a finales del siglo

XIX y fue trasladado en su totalidad hasta acá —expresó el padre Rhode, luego agregó —ahora comprendo lo soñado por Antonella. Las dos D, significan el enfrentamiento entre las dos fuerzas, el bien y el mal, encima del altar de Pérgamo, donde confluían las dos vertientes del cristianismo primitivo. El águila bicéfala también hace referencia al imperio bizantino ubicado en Turquía, sede del altar de Pérgamo.

—¿Encontró la respuesta a la pregunta del anatema? —inquirió Dubront azezante.

—Sí, por supuesto. Yo estaba equivocado también. El término anatema puede traducirse como “imprecación” u “ofrenda”, de acuerdo al contexto donde está inserto, por eso necesitaba leer el original de los códices. Aquí dice —dijo tomando los folios —están dos versículos que no fueron plasmados en la Biblia. Deberían ser el 13 y 14 de este capítulo. Estos son los mismos números del sueño revelador de Antonella. Los versículos faltantes dicen: *“de la misma doctrina que nació del Ángel que se rebeló al principio de los tiempos contra Dios. La gema correcta es el anatema que ha de ofrendarse en el altar sagrado. Ese lugar santo es el mismo de siempre, donde se inició todo y donde reina el silencio”*. Télefo fue famoso por guardar un voto de silencio. De allí la asociación. Este versículo hace referencia a ese templo. Eso significa que la traducción es ofrenda. El ángel rebelde y sus doscientos consortes serán liberados con el sacrificio de la vidente. Ella es la mensajera y el mensaje a la vez. Antonella será ofrendada allí.

Las palabras tétricas del sacerdote pintó sentimientos disimiles en los rostros de todos. Incredulidad, ira, preocupación y miedo.

—¿Pero si el jefe de los discípulos sabía que la basílica no era el altar de Dios, para qué quería matar al Papa? —preguntó Speer con el rostro adusto.

—Por dos razones. Recuerda que el mar de maldad no es el acto sublime de liberación. Puede ser cualquier acto de maldad, a cualquier hora del día. Debes saber que asesinar al Papa quebrará la voluntad de muchos de sus fieles, ganando un terreno fértil para lo que ha de venir: el reino de la Trinidad del Mal —expresó Rhode.

Dubront asintió. Frida percibió como un calor que emanaba de su vientre subía y ahogaba su respiración. Ella toda su vida había combatido el mal y ahora enfrentaba al mismísimo acólito del demonio.

—¡Debemos ir allá! —dijo Frida —¡Debemos rescatar a mi hermana!

—¡Sí, vamos! —dijo Dubront.

—No es tan fácil —expresó el padre —es cierto que debemos rescatarla, pero también debemos evitar el mal de maldad.

—De eso quería hablar —dijo Speer —han secuestrado a un Cardenal a la

salida de la basílica.

—Lo necesitan para la ceremonia. Si no tienen al Papa, con un cardenal presente les bastará —expresó Rhode —¿Cuál es su nombre?

—No lo sé, lo averiguaré...pero yo no podré ir con ustedes —dijo Speer.

—¿Por qué? —preguntó Rhode.

—Tengo una pista importante acerca del Serafín y esta vez sí lo atraparé. Está relacionado con lo que va a suceder. Creo que tiene que ver con el mal de maldad. Necesito de su ayuda Padre Rhode, debe venir conmigo. Debemos ir al Berlín Arena.

—No podemos dividirnos —agregó Frida.

—Sí podemos y debemos hacerlo —intervino Dubront —Yo tengo a siete hombres entrenados que irán con nosotros. Usted Padre, ya nos ayudó lo suficiente, acompañe al inspector. Nos mantendremos informados por estos teléfonos —expresó. Cinthya sacó una caja que contenía dos móviles. Le entregó uno a Frida y el otro a Speer.

—¡Qué Dios nos acompañé! —dijo Rhode.

—Ojala Padre, si Dios existe necesitaremos de él, hoy más que nunca. Arriesgaremos nuestras vidas por salvar su feudo —expresó el ateo Speer con una sonrisa sorna.

—¡Deben colocarse de nuevo las capuchas! —indicó Cinthya.

Los dos hombres y Frida arrugaron sus rostros.

—¡Es necesario! Esta vez será por menos tiempo.

Los guardaespaldas ayudaron a introducirlos a los autos. Todos abordaron los vehículos. La oscuridad había teñido de negro los últimos rayos de sol en el horizonte. Debían darse prisa. El proyecto “T” de Himmler estaba a punto de consumarse.

El Serafín tomó, con sus manos frías y cortantes, la sotana bermeja, la banda de seda roja con flecos, la sobrepelliz de lino blanco, la muceta púrpura, la cruz dorada, el cordón de color escarlata entretejido con oro, el solideo y el birrete rojo. Todo pertenecía al Cardenal secuestrado. Silente y escurridizo salió de la habitación.

El hombre de Dios quedó desnudo en el medio de un frío cruento. Con los ojos cerrados y las manos empuñadas entre sí, rezaba a su Señor. Su fe invicta se posaba en esa figura que jamás lo había defraudado. En esta hora sombría para su iglesia, él como príncipe de su Señor, daría la vida por su fe, por lo que creía, por lo que había aprendido de su padre. Su cuerpo vetusto y arrugado temblaba, parecía un viejo pergamino extraído del mar muerto.

Al Cardenal no le importaba dar su vida para que su Señor prevaleciera hasta el final de los tiempos. Sus dientes titiritaban y su piel estaba erizada. Hay un Señor invicto que no puede ser derrotado, pensaba el viejo anciano de la iglesia. Se postró y, genuflexo, oró como nunca lo había hecho en su vida.

El Serafín vio la hora de su reloj de pulsera, le quedaba poco tiempo. Debía darse prisa y cumplir con la última misión que le había dado su cliente. Con sus ojos acerados y su rostro inexpresivo, pondría el colofón nefario a su jornada. Su sangre de hielo corría por sus venas como un glaciar. No sentía miedo ni remordimiento ni temor por lo que haría.

Los tres vehículos se acercaban como fantasmas al centro de Berlín. La gran luna irrumpía en el horizonte, destilando reflejos plateados que atrapaban la tiznada noche. Los autos avanzaban raudos, cortando el aire gélido de la noche alemana. Cruzaron el puente *Oberbaum* y salieron a la calle que discurría paralela al río Spree y el mural de *East Side Gallery*. La caravana se detuvo frente al Mercedes Benz Arena. Dos hombres se apearon del vehículo. Los autos continuaron su marcha hacia la isla de los museos, sede del altar de Pérgamo.

El Padre Rhode y Speer vieron el disco lunar que emergía entre los edificios viejos de la antigua Berlín Oriental. Luego, voltearon y observaron la imponente estructura del Mercedes Benz Arena cuyas luces escupían reflejos dorados en el medio de la noche berlinesa. A su alrededor, en el campo que rodeaba a la edificación, un mar de personas marchaban hacia su interior como las ovejas del rebaño de Dios que vuelven, solícitas, a su Señor. Comenzaron a caminar en dirección a la entrada Este del recinto. Rhode, con el rostro acuciante, le preguntó:

—¿Para qué me necesita con exactitud, inspector?

Speer terminó de arreglarse el saco y enfundó su arma en su cintura, luego dijo, vehemente:

—Mis hombres encontraron unas pistas en una habitación de hotel, donde hubo un incendio anoche. Ellas nos trajeron hasta acá...hallaron restos de harina rica en gluten y sin levadura. Creo que es la fórmula que utilizan para hacer las hostias.

—¡Es así! —sentenció Rhode.

—Pero también encontraron restos de cianuro y fibra de lino.

—¡Dios mío!

—Sí, Padre. Creo o mejor dicho, tengo la certeza, de que el Serafín ha envenenado las hostias que se repartirán en la misa.

—¡Imposible! —sentenció —Esas hostias son traídas desde el Vaticano y guardadas por la Guardia Suiza. Solo son entregadas a los cardenales al momento de la liturgia.

—Se me cayó mi teoría —expresó iracundo.

—A menos que...alguien pueda cambiarlas o reemplazarlas al momento de la consagración o al entregarlas a los fieles.

—¿Y eso es posible?

—En teoría no, a menos que haya complicidad de algunos de los cardenales o de los asistentes del Santo Padre y eso es imposible.

—Nunca se sabe de dónde saldrá un felón. Quizá tenga razón, pero de igual manera, necesito que me ayude a identificar si algunas de las personas que están cerca del Papa no deben estar allí. ¿Usted los conoce a todos?

—Eso creo.

—Con eso basta.

—¿Usted dijo que conocía la identidad del Serafín? —inquirió el sacerdote.

—Sí, Padre, pero necesitamos entrar, allí nos espera Boris, el subinspector.

Los dos hombres avanzaron hacia la estructura, con paso expedito. Se entremezclaron con la gente y llegaron donde se encontraba el cerco policial que requisaba a los asistentes. Mientras hacían la cola para entrar, vieron a Boris quien les señaló que avanzarán por un paso que se encontraba a un lado. Ambos accedieron. Los tres atravesaron el umbral de una de las puertas y entraron al recinto. Speer tomó por el brazo al subinspector y le dijo:

—¡Debemos actuar pronto!

—Y ¿Qué haremos? ¿Intentarán matar al Papa, de nuevo? —inquirió Boris.

Rhode espetó con vehemencia en su voz:

—¡No! Creo que el Serafín ha envenenado unas hostias y pretenderá que el Papa o a algunos de los cardenales la entreguen a los fieles para que mueran

personas en plena misa. Sería un bochorno para la iglesia, un verdadero mal de maldad.

Los dos policías pintaron su rostro de indignación.

—Debemos entrar a la misa y acercarnos al círculo papal. Estoy seguro que tratará de infiltrarse y dejar su semilla de muerte, si no es que ya lo hizo — agregó el sacerdote.

—¡Entrar al círculo papal es imposible! —espetó Speer.

—No, no lo es. Inspector ¿De qué color era la fibra de lino que encontraron en la habitación? —preguntó el cura.

—Blanca —respondió Boris.

El sacerdote aspiró aire y revolvió sus pensamientos, luego, exultante, dijo:

—¡Ya sé cómo se infiltrará el Serafín!

—¿Cómo? —preguntó Boris

—¡Vamos, no perdamos tiempo! —dijo apremiante Speer —les explico en el camino.

Los tres hombres salieron raudos al interior de la estructura. Debían evitar a toda costa que el mar de maldad se desatara en la misa papal. El tiempo apremiaba y Rhode y Speer lo sabían.

La caravana de vehículos siguió su recorrido. A su izquierda, como los titanes y gigantes mitológicos de la antigüedad, emergieron las estructuras que conformaban la isla de los museos. El magnate dijo:

—Eso que ves a tu izquierda es la isla de los museos. Allí están las exposiciones artísticas más importantes de la ciudad. El museo de Pérgamo está asentado en una bifurcación del río Spree durante su paso por el centro de Berlín. Es el museo más importante de la ciudad y el más visitado. En sus salas se pueden ver exposiciones acerca del Mesopotamia, el Islam, Roma, Grecia, el próximo oriente y por supuesto, el periodo helenístico donde su más grande atracción es el altar de Zeus en Pérgamo —dijo el magnate.

—Ojala lleguemos a tiempo —expresó Frida.

—Por el bien de todos, esperemos que sea de ese modo —agregó Dubront, hizo una pausa y luego dijo —Hemos llegado.

Los tres vehículos se estacionaron frente de la isla de los museos. Dubront, Cinthya y Frida se bajaron acompañados de los siete mercenarios que los escoltaban. Un cartelón que rezaba “Cerrado por reparaciones” se les atravesó en el puente que cruzaba por encima del río Spree. El grupo se deslizó por debajo de las cintas rojas y los conos anaranjados y subieron por las escaleras que daban hacia la estructura. Un silencio espectral adornaba el ambiente, solo las luces reflectoras que se proyectaban entre las columnas del museo daban vida al oscuro lugar. El grupo hizo un alto. Se encontraron ante un gran cilindro que

estaba inserto entre la infraestructura en forma de herradura.

—Saquen sus armas. Debemos tener cuidado. Es posible que nos estén esperando —dijo Dubront.

Los hombres lo hicieron. Uno de los mercenarios les indicó a las dos mujeres y el magnate que marcharan juntos en el centro de la formación, mientras ellos los escoltaban. El grupo continuó avanzando por la oscuridad reinante. Un silencio sepulcral ahogaba las paredes muertas del recinto. Frida afilaba su mirada, con sus ojos aguilinos auscultaba cualquier entresijo por donde pudiera emerger un ataque. Se sentía desnuda sin un arma en sus manos. Un miedo cervical emergía por su espina dorsal y llegaba a su corazón donde explotaba en contracciones cada vez más fuertes. Las columnas que discurrían en toda la estructura, iluminadas por reflectores externos, parecían ver desde las alturas, sus destinos, al igual que los dioses del Olimpo hacían con la humanidad, en tiempos ancestrales.

El grupo bordeó, como un solo bloque, el edificio hasta que llegaron a una de las puertas internas del museo. Uno de ellos intentó abrirla, pero estaba cerrada.

—Allá hay una puerta que parece entreabierta —dijo Cinthya que había permanecido en silencio.

—Vayamos hasta allá —dijo Dubront.

Los mercenarios avanzaban, encarando sus pistolas en el medio de la penumbra. Sus pasos sigilosos y movimientos rápidos rastreaban el frente y los laterales por donde avanzaba el grupo. Los que iban detrás cubrían el espacio que dejaban. Eran un grupo entrenado, pensó Frida que reconoció sus movimientos castrenses. No había ningún asustadizo imberbe entre ellos. Todos eran efectivos curtidos en el oficio de la muerte. Se sintió segura.

El que avanzaba delante, un calvo bajo y acuerpado con rasgos turcos, llegó hasta la puerta entreabierta y apoyándose en la pared se asomó con un movimiento rápido en la apertura de luz tenue que vomitaba el espacio abierto. El hombre abrió la puerta, ingresó y volvió enseguida.

—Está despejado —dijo con voz gruesa y con un fuerte acento del medio oriente.

—¡Vamos con cuidado! —dijo el líder de ellos, un rubio con brazos de Sansón.

Ingresaron con lentitud, uno por uno. Una penumbra espesa, como una neblina, los arropó dentro del museo. Avanzaban con pasos pausados y cortos. Delante, los hombres abrían sus pupilas, intentando guiarse en la penumbra. Pasaron el umbral de un arco y se adentraron por un salón mucho más amplio. Solo se escuchaba un silencio cervical y sus pisadas timoratas. Frida marchaba con las manos en los bolsillos, lo había hecho instintivamente. Estaba nerviosa.

Siguieron marchando. Frida se percató como, en el medio de la penumbra, el líder del grupo indicó con su brazo que se dirigieran hacia la derecha, donde se divisaba una débil luz que ondeaba dentro de lo que parecía ser la forma de un arco. Dieron unos pasos pequeños y de pronto se hizo la luz. Alguien encendió las luces internas del salón. Frida se encandiló igual que el resto. En el medio de la ceguera, se escuchó una ráfaga de detonaciones que martillaron el salón. La mirada borrosa y desenfocada de Frida vio como los cuatro hombres delante de ella, cayeron como piezas de dómينو, uno por uno. Solo el más bajo logró accionar su arma. El olor rancio a pólvora se incrustó en su pituitaria. Ella intentó reaccionar, dando un paso hacia un lado, quería tomar una de las armas de los hombres caídos. Una voz familiar, le dijo:

—¡Ni se te ocurra, Perra!

Frida volteó hacia la derecha y vio como Cosette avanzaba hacia ella, pistola en mano, y apuntándola a la cabeza . Era una trampa . La exprotectora afiló los ojos.

—Levanten los brazos —dijo imperiosa.

Frida levantó ambas extremidades y vio a los lados el escenario de muerte y lujuria de sangre. De pie, permanecían Cinthya y Dubront, quienes con los rostros níveos elevaban sus manos y brazos por encima de sus cabezas. Detrás, los otros tres mercenarios estaban tirados en el piso. Uno de ellos se movía aun. Intentaba tomar su pistola situada a unos metros. Se arrastraba, gimiendo de dolor. Otra detonación se escuchó y un disparo entró por su occipital y salió por el ojo izquierdo, cegándole la vida. Frida vio a los otros dos perpetradores. Uno era Philliphe y el otro, un viejo alto y con rasgos europeos que no conocía. Frida dejó drenar el miedo denso que sentía en su espina dorsal y lo permutó en una cortante daga iracunda que le rompía el pecho. Comenzó a hiperventilar. Su rostro se enrojeció.

—De esta perra me encargo yo —dijo una lideresa Cosette, acercándose hasta la espigada mujer y colocando el arma en sus costillas.

—¡Bienvenidos a la ceremonia. Los esperábamos con ansias!

Los tres “invitados especiales” caminaron delante de sus atacantes. Se acercaron a los haces de luz ondeantes entremezclados con visos de oscuridad. La terna pudo percatarse del cartelón a un lado del limen que rezaba “Altar de Pérgamo”. Pasaron por el umbral y entraron al salón magnificante donde reposaban los restos del altar de Zeus traído desde el Medio Oriente. Frida auscultó el salón...lo que vio, le heló la sangre.

La misa había iniciado. Los cánticos del coro retumbaban dentro del Mercedes Benz Arena que estaba a reventar. El aforo del de Berlín fue copado en su totalidad. En el centro, se levantaba un altar sobre una plataforma

dispuesta para la ocasión. Los asientos, en perfecta simetría, se elevaban entre los escalones. Solo una pequeña parte del óvalo interno, situado detrás del altar, permanecía vacía. Fue dejado así, por razones de seguridad. La disposición del lugar se asemejaba a los atávicos anfiteatros griegos. Los fieles, de pie, lucían absortos en la ceremonia litúrgica católica.

Los tres hombres ingresaron por uno de los pasillos internos y salieron a un lado del altar. Uno de los miembros de la Guardia Suiza, vestido de traje, se les atravesó. Boris se detuvo y le habló. Mientras el Subinspector convencía al efectivo de seguridad papal de lo que podía suceder, el padre Rhode observaba, con ojo acucioso, la ceremonia que se desarrollaba. En el centro, la figura lívida del Papa emergía como la máxima santidad. El bronceado canela de su piel tostada contrastaba con la tez del resto del séquito conformado por cardenales y religiosos, en su mayoría, europeos. El Santo Padre refulgía con su sotana dorada que utilizaba para la ocasión. De pie, a los lados, destacaban los cardenales con sus solideos rojos y sus sotanas color crema.

—Debemos darnos prisa, el Santo Padre está a punto de iniciar la transustanciación. Cuando consagre el pan y el vino, nos quedará a lo sumo cinco minutos para que repartan las hostias.

—¿Ve algo o a alguien que no debería estar allí? —inquirió Speer.

—No, hasta los momentos, todo parece normal.

—Pero no lo es, el Serafín dejará su semilla de muerte. Debemos encontrarlo.

Los fieles se pusieron de rodillas. El Sumo Pontífice dio inicio a la consagración del pan y el vino. El Padre Rhode se arrodilló como el resto. Speer permaneció de pie. Intentó distinguir entre el séquito papal a alguien que hiciese algo diferente, algo distinto al resto de los preladados que se encontraban allí.

El Serafín vio a Speer de pie. Ese maldito ha llegado demasiado lejos. Sintió como el aspa de su mirada raspaba por su piel, aunque este no lo había distinguido. Sus sentidos se afilaron mucho más. No debía fallar. Era su única oportunidad. Finalizaría este trabajo y retiraría por un largo tiempo.

El Santo Padre dio las palabras y convirtió el pan y el vino, en el cuerpo y la sangre de Jesús. El público parecía estar en un trance, obnubilado ante la ceremonia que presidía el representante de Dios en la Tierra. Rhode se puso de pie junto al resto de los fieles. Vio algo inusual. Se acercó a Speer y le susurró:

—Inspector, mire, disimuladamente hacia donde están los cardenales. Uno de ellos, el que se encuentra de último en la esquina derecha, no tiene anillo cardenalicio.

—¿Se le habrá olvidado?

—Imposible, el anillo es al Cardenal lo que el Báculo al Papa.

—¿Está seguro?

—Sí, efectivamente. Obsérvelo con detenimiento cuando él extienda sus manos.

—Desde aquí no veo bien —dijo Speer, moviéndose un poco a la izquierda.

El inspector miraba con acuciosidad las manos de ese Cardenal. Era difícil verlas desde tan lejos. Llegó entonces la oración del Padrenuestro y los cardenales tuvieron que alzar sus manos en señal de alabar a Dios. Speer notó que aquel hombre no portaba en su mano derecha el anillo cardenalicio. Tanta casualidad era imposible. El purpurado portaba unas gafas que disimulaban las líneas de su rostro. Tenía una cabellera encanecida y el color de la piel era níveo. Pero Speer no tuvo duda, su teoría era la correcta, desde que si hicieron los disfraces, cualquier persona puede disimular su rostro.

—Sí, es verdad Padre ese Cardenal no tiene anillo.

—Es un impostor. Pero no creo que ese hombre vaya a intercambiar las hostias Padre. Está muy lejos del Santo Padre.

—¿Y que hace allí?

—Es muy probable que él mismo entregue hostias envenenadas con poco cianuro a los feligreses y estos mueran a los minutos, nadie sabrá quién las entregó.

—Es verdad Padre, no había pensado en esa posibilidad.

—¿Cómo lo evitaremos? Ya el Santo Padre va a entregarlas.

—*¡Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme!* —dijo el Papa en plena ceremonia. Comió la Hostia y bebió el vino consagrado.

—Debemos darnos prisa —dijo Rhode e intentó ver al inspector, pero ya este se había esfumado.

El Coro comenzó a cantar en señal que entregarían el cuerpo de Cristo a los feligreses. Rhode miró con terror como los cardenales, ocho en total, tomaron las copones con las hostias consagradas y bajaron del altar para entregar a los asistentes, el símbolo de su salvación. El Papa los lideraba. Entre tanto, los asistentes se apilaban en nueve filas frente al altar para ejecutar el acto máximo de la fe católica: tomar el cuerpo de Cristo y redimir sus pecados. Las caras de los feligreses reflejaban una alegría sin par, no sabían que en una de esas filas, el símbolo del catolicismo eran semillas de muerte.

Las antorchas refulgían dentro del salón que contenía el Altar de Pérgamo. Sus llamas besaban el mármol blanco de su estructura de la misma forma como, en los tiempos atávicos, los hombres hacían sacrificios en la nívea noche de aquella ciudad. Pero esta vez no eran helenos quienes caminaban en el altar; ni Zeus, el dios a quien realizarían los sacrificios. Banderas esvásticas adornaban

las paredes del salón y las columnas del monumento. Las esculturas de los gigantes y los dioses de la antigüedad, insertas en los muros del salón, parecían cobrar vida con la luz ondeante de las antorchas.

Frida se percató, como en el fondo, el Altar de Zeus trazaba una forma rectangular. Unas columnas jónicas sostenían sobre sus hombros el entablamento y la cubierta del monumento, al dios de los dioses. El mármol blanco tenía un color bermejo, producido por la refracción de la luz de las antorchas en las banderas rojas nazis. En el medio de la estructura, se presentaba un crepidoma de gradas sobre las que se elevaba un basamento macizo como una gran roca; sobre este, se situaba un patio porticado de columnatas dobles, donde se elevaba el altar en el centro. Unas escalinatas monumentales, custodiada por dos alas laterales, invitaban a los creyentes a subir las escaleras y llegar al Olimpo.

Las puntas de los cañones de las pistolas de los perpetradores se recostaron en las costillas de Dubront, Frida y Cinthya, quienes avanzaron hacia el altar. El humo que emergía de las antorchas se elevaba en formas de grandes volutas y oscurecía el techo. Hacía calor.

El grupo caminó hasta el borde las escaleras y se detuvieron. Un anciano, descalzo y con el torso desnudo, emergió desde las entrañas de las columnatas. La piel de su rostro apergaminada, sus ojos azules insertos en sus cuencas derruidas y sus cabellos blanquecinos, le daban vida. Se asemejaba a una momia andante. En el centro de su pecho resaltaba un círculo con un pentáculo invertido que había sido tallado en su piel con un objeto cortante. Gotitas de sangre pintaban la circunferencia demoniaca. Solo una pequeña toalla blanca cubría su pubis. El hombre avanzó con pasos pausados y escurridizos hasta donde se encontraban los tres “invitados”. Sus ojos cansinos miraron, de arriba abajo, a Frida y se humedecieron. Se acercó lo suficiente hasta su rostro y ella sintió su aliento tibio y ajado. Con una voz gruesa y oscura, dijo:

—Bienvenida a tu hogar, Frida.

La mujer quedó anonadada. Con el rostro turbado expresó:

—¿Usted es el Comendador?

—Lo soy...

—Y también el jefe de los discípulos y también el Cardenal Fabrizio Ranieri. ¿Cómo no sospeché de usted, jamás? —Agregó Dubront.

El Comendador vio de soslayo al magnate, el ser que más despreciaba en la Tierra. No quería verlo a los ojos, no iba a desperdiciar momentos de su vida en ellos.

—¡Átenlo! —sentenció.

Phillippe y el otro hombre tomaron a Arthur y le ataron las manos detrás de su espalda. Introdujeron un esparadrapo en su boca y luego la taparon con una

cinta de embalaje.

—¡Pónganlo de rodillas! —ordenó.

Los dos empujaron a Arthur hacia adelante. Perdió el equilibrio y quedó enfrente de Ranieri que mirándolo a los ojos, le dijo:

—¡Ahora no tienes tanto Poder! Ya no puedes hacer nada para que lleve a efecto la culminación del proyecto Télefo. Se acabó tu tiempo. No pudiste. ¿Qué pensabas? Tú, un simple mortal contra mí. Yo soy el todopoderoso, hijo de Himmler. El Señor que dominará el ejército oscuro de los ángeles rebeldes. Tú y tu madre me jodieron la vida, pero todo acaba aquí, hoy y ahora. Pero no te mataré... aún. Primero presenciarás la liberación de *Shemiyaza*... Por cierto tu amiga de Nueva York, la discípula traidora, pronunció tu nombre antes de morir, esta mañana.

El hombre abofeteó a Arthur quien dejó escapar un murmullo ahogado de dolor. El Comendador volteó su mirada hacia Frida quien estaba en shock.

—¿No sabes que está sucediendo Frida?

—Sí sé. Ustedes quieren liberar al ángel rebelde y preparar el camino para el ascenso de la Trinidad Abyecta al Trono de Dios.

Ranieri extendió los brazos y los alzó, mirando hacia el techo. Los bajó y dijo:

—Sí, en parte es eso. Pero no se trata de todas esas idioteces que, de seguro, te dijo este viejo. Yo soy el falso profeta, yo soy el anticristo y yo soy la bestia. Los tres están resumidos en mí. Yo lograré atar todo el poder del mundo. Este acto es mi unción. La abdicación del Papa será un hecho después de lo que suceda hoy. Yo seré entronizado como el nuevo Sumo Pontífice y desde el trono de Pedro seré el regente del mundo. Mi padre me preparó para esto.

Frida se movió como una fiera atrapada en una jaula. No quería dar crédito a las palabras de ese anciano. Sus ojos comenzaron a enrojecerse e inundarse de lágrimas. No sabía si de dolor, miedo, indignación o ira. Pero aun el Comendador no le había dicho lo peor. El hombre la miró con los ojos sumidos en un sentimiento ambivalente de ternura y desprecio. Luego, dijo:

—Tú naciste para este momento. Tú y tu hermana gemela liberarán al ángel rebelde. Ustedes fueron concebidas para este día... Hay algo que no sabes Frida. Ustedes son una misma sangre, ustedes dos, son mi sangre. Ustedes son mis hijas. El Plan de mi padre, el proyecto "T" fue perfecto.

Un «qué» fue expelido por Frida que no comprendía lo que le decía. Retrocedió un paso y perdió su mirada en una de las antorchas que refulgía detrás de él.

—Nunca te lo imaginaste... Antonella tampoco. Se sorprendió tanto como tú. Es así, yo soy ese hombre que embarazó a tu madre. Ustedes nacieron para

liberar de su prisión a *Shemiyaza*. Esa es la misión de sus vidas. Nosotros pudimos recuperarte en Bonn y te llevamos a París, pero cometí un error, pues nunca supimos de tu hermana, hasta hace poco, cuando tuvo las visiones. Fue ocultada muy bien por esa maldita enfermera que traicionó a mi padre. Allí te ocultamos porque sabíamos que Dubront estaba tras de ti. No fue fácil. Siempre te tuvimos custodiada. Pero las cosas no resultaron como planeamos. A pesar de haber sido criada en una familia donde tenías de todo, tú fuiste una niña rebelde. No tenías el poder premonitorio que necesitábamos. La ceremonia en el cuarto de tus padres, que viste, hace años, fue uno de los tantos intentos que hicimos para que tu poder de vidente despertara, pero este jamás llegó a ti. Entonces huiste, tuvimos que emplear a uno de nuestros jóvenes para encontrarte.

El rostro de Frida se agestó, no podía creer lo que el Comendador le decía. Ranieri continuó.

—Sí, Frida. Todo fue parte de un gran plan que jamás imaginaste. Tu ingreso a la orden de los protectores no fue algo casual. Desde nuestras fronteras pudimos vigilarte mejor. Pero tu poder jamás se desarrolló. Sabíamos que Jean Pierre nos había traicionado, por eso tuvimos que liquidarlo. Era demasiado peligroso para nuestros planes. Perdimos las esperanzas hasta que Antonella tuvo ese sueño premonitorio que fue visto por nuestra señora, la Orquídea, la Luz Oscura. Supimos que habíamos encontrado a tu hermana gemela y comenzamos a rastrearla hasta que dimos con ella aquí en Berlín. El Serafín la secuestró. Pero no pudo traerla a nosotros. Luego, Dubront y sus hombres se la llevaron hasta que la pudimos recuperar...por fin.

Frida respiraba con dificultad. Las palabras del Comendador rompían en mil pedazos su vida. Todo su pasado era una mentira.

Cosette y los otros se dirigieron, con lentitud, hasta detrás de las columnatas. Frida vio su oportunidad, levantó su mano para golpear al Comendador, pero sintió como le apresaban el brazo. Volteó y vio a Cinthya tomándole de la mano con fuerza.

—¡Ni se te ocurra tocar a nuestro Señor! ¡Maldita!

Frida se sorprendió. La asistente de Dubront era una acolita del mal y una discípula. Sus ojos se abrieron hasta dejar exhibir sus escleróticas, pero no tanto como las del magnate, que desde el piso maldecía con sonidos guturales a quien había sido su mujer de confianza. Cinthya vio con desprecio, desde su altura, a quien fue su jefe por todo este tiempo.

—Gracias, Cinthya —dijo Ranieri —¿Sorprendido, Dubront?, pues todo este tiempo una discípula mía estuvo a tu lado...por eso siempre supe de tus planes. A través de ella, me enteré que estarías en Berlín y de todo lo que tenías planificado para la iglesia de Santa Eduvigis, de que habías protegido a

Antonella y tuvimos que rescatarla. Por ella supimos que vendrías hasta acá. Sin ustedes jamás hubiésemos dado con el altar sagrado. No sabíamos dónde ubicarlo hasta que el sacerdote lo interpretó. Nada fue al azar, señor Arthur, siempre tuve la iniciativa de todo... como se puede dar cuenta, yo he triunfado. En cuanto a ti, hija —dijo viendo a Frida —creo que es mejor que colabores, nada de lo que hagas te apartará de tu destino.

Frida aflojó la fuerza en su mano y la bajó. En ese momento, unas sombras emergieron de las columnatas. La exprotectora pudo ver a su hermana gemela acompañada de Cosette y los otros dos hombres mientras bajaban las escaleras. Antonella tenía el rostro aguzado. Al verla se sorprendió. Las pupilas de ambas se perdieron en la mirada espesa de la otra. Encontrarse con una hermana a quien no sabes que tienes es una sorpresa, pero hacerlo con una gemela, idéntica a ti, es una excepción que el destino solo depara pocas veces. Los segundos espesos de ese momento hizo que ambas perdieran noción del lugar y el momento.

—Antonella, ella es tu hermana Frida —interrumpió el Cardenal.

Antonella lo vio con miedo y Frida con desprecio. El jefe de los discípulos, espetó:

—Pero ya basta de presentaciones y de sentimentalismos familiares, ¡Preparen a Antonella para la ceremonia!

—Todo va a estar bien —alcanzó a decir la protectora, viendo los ojos demandantes de su hermana y sin saber, en realidad, de qué modo saldrían de esta situación.

«Solo un milagro podrá salvarnos», pensó Frida y tenía razón, no había razones para prever que fuese de otro modo.

El Serafín tomó el copón y agregó con disimulo las hostias envenenadas que guardaba dentro de sus mangas. Eran cincuenta en total. Cincuenta feligreses estaban condenados a morir, irremisiblemente. Los cánticos retumbaban dentro del Berlín Arena. Los fieles se apilaron en filas interminables, enfrente de los cardenales. El cuerpo de Cristo esperaba por las ovejas del rebaño de Dios. El Papa comenzó a entregar las hostias consagradas a los feligreses. El resto de los cardenales comenzó a entregar el cuerpo de cristo a los feligreses. Rhode miraba con detenimiento al Cardenal que no portaba en sus manos el anillo cardenalicio. Si eran ciertas las deducciones que Speer y la suya, ese hombre era el Serafín y el ángel de la muerte. En su copón habría algo más que pan sin levadura, habría además cianuro. Desesperado, no sabía qué hacer. La escena se desarrollaba, enfrente de él, como grandes fotogramas de una película en cámara lenta. Su única esperanza era que el inspector apareciera.

Los cardenales fueron entregando las hostias consagradas bajo cánticos del coro. El paroxismo religioso inundaba el lugar. Solo faltaba un cardenal por

entregar las hostias, precisamente, el sospechoso.

El Serafín, disfrazado de cardenal, dio los últimos pasos y se situó frente a la feligresía. El monaguillo se puso a su lado para ayudar con la bandeja y evitar que alguna hostia cayera al piso. La fila avanzó hacia donde se encontraba el príncipe de la iglesia. El cardenal posó sus ojos en el copón, tomó la primera hostia y dijo:

—¡Cuerpo de Cristo!

Hubo un mutis. El feligrés vio la hostia consagrada, le faltaba el anillo cardenalicio, pero además la mano, que sostenía el copón, le faltaba el dedo meñique. El hombre respondió:

—¡Te atrapé Serafín! ¡Queda usted bajo arresto, inspector Giuseppe! —dijo el Speer que se coló entre el público y había quedado primero en la fila.

El monaguillo no comprendió la respuesta. Vio al robusto hombre de rasgos fuertes que tenía enfrente y que, con ojos ígneos, miraba al Cardenal quien se había quedado paralizado con la hostia entre la yema de sus dedos.

—¡No tienes escapatoria! —dijo, asomando entre sus manos, el inconfundible brillo plateado de las esposas.

Lo que sucedió a continuación nadie fue una imagen inédita para el Papa, el cuerpo de cardenales y sacerdotes, los feligreses y los televidentes que seguían la escena desde todos los rincones del mundo. El cardenal lanzó hacia arriba las hostias que, como copos de nieve, se regaron entre todos los presentes. Las personas intentaban tomarlas para que no cayeran en el piso. Speer para evitar que la comieran disparó al techo. La muchedumbre comenzó a correr despavorida. Se activó la seguridad papal para resguardar al Santo Padre. El falso cardenal golpeó la cara de Speer con el copón y rompió con el filo, la piel de su parpado izquierdo.

—¡Ayúdenme, me quiere matar! —gritó el falso Cardenal y corrió en dirección hacia uno de los pasillos que daba al exterior del Berlín Arena.

Speer se levantó del suelo y marchó en dirección hacia el Serafín que corría con una agilidad no propia de un príncipe de la iglesia. Dos miembros de la guardia suiza pararon en seco al inspector.

—¡Suéltanme, él es un asesino! —gritó Speer.

—¡Suéltanlo, el cardenal es un impostor! —dijo Boris quien señaló al cardenal con su mano.

Speer se soltó y corrió en dirección hacia el exterior del Berlín Arena entre el pandemónium desatado. Se escucharon unas detonaciones que provenían de las puertas. El inspector siguió corriendo mientras Boris lo seguía de cerca. Se encontraron con dos policías abaleados tirados en el piso. Se retorcían de dolor. La gente corría despavorida. Rudolph salió y el gentío no le permitía distinguir a

su objetivo. Oteó el campo descubierto y vio como un hombre se desprendía de sus ropajes. El asesino corría por el medio del campo, apartando personas y tumbándolas. Los dos policías corrieron tras él. El Serafín se dirigía hacia *East Side Gallery*. Un policía intentó hacerle frente y el Serafín le disparó dejándolo muerto con un hilo de sangre en la frente. Cruzó la calle y bordeó el muro hasta que se internó en la ribera del río Spree por uno de los umbrales abiertos.

El inspector llegó al muro, detrás lo seguía Boris. Ambos jadeaban. El aire les faltaba. Borearon el East Side Gallery y se encontraron con la imagen negruzca del río Spree. No había rastros del Serafín, desapareció como por un acto de magia. Borearon la ribera con los sentidos afilados, mientras la adrenalina borboteaba en sus torrentes sanguíneos. No encontraron pistas del asesino a sueldo.

De pronto, el sonido inequívoco del encendido del motor de una lancha rompió el silencio. Speer corrió en dirección a un bote que comenzó a moverse. El inspector vio la figura sombreada de un hombre que iba al mando de la nave, era el Serafín. Efectuó varios disparos que silbaron alrededor de Speer. Cuando la lancha comenzó a despegarse del borde de la ribera, Rudolph corrió en su dirección, saltó y cayó dentro de la lancha. Bramó un quejido. Se golpeó la rodilla con el borde del bote. Intentó ponerse de pie, pero el dolor no lo dejó. Se levantó y vio la figura deformada del inspector Giuseppe que se había quitado el atavío de Cardenal y parte del maquillaje, no tenía la barriga, ni los bigotes, ni la suciedad característica de esa piltrafa humana, su cabello era pelirrojo. Reconoció sus ojos aviesos. Por eso me despistó todo este tiempo, es un artista del disfraz. El Serafín le apuntaba con su pistola. Sus ojos escupían maldad. Sin mediar palabras presionó el disparador y el martilló se liberó, golpeando el percutor del arma.

Pero no hubo detonación. El chasquido del golpeteo del arma al vacío le indicó a Speer que los cartuchos se acabaron. Se abalanzó de inmediato sobre el Serafín y lo tumbó en el piso. El bote comenzó a girar sobre su propio eje en el medio del río, mientras la corriente la arrastraba aguas abajo. La lucha sería a muerte.

Giuseppe, a pesar de su corta estatura, tenía una fuerza brutal que tumbó de nuevo al inspector. Speer se levantó y golpeó con un balde de gasolina la cabeza del asesino. El Serafín sacó de uno de sus bolsillos una filosa navaja militar. Era aserrada por un lado y cortante por el otro.

Speer, desarmado, se puso en guardia con ambas manos delante, para evitar los zarpazos que lanzaba el asesino. Ambos se movían en círculos. El Serafín lanzó un saetazo con su cuchillo que rozó el muslo del inspector, rompiendo su pantalón y su piel. Rudolph sintió la tibieza de la sangre, rodando por su pierna.

De pronto, la luz incandescente del reflector de una patrulla fluvial de la policía iluminó el bote. El Serafín caviló por unas milésimas de segundos que fueron suficientes para que Speer tomara, con ambas manos, el arma del asesino y lo sujetara con fuerza. Intentaba doblegarlo mientras que el Serafín golpeaba, con su brazo libre, la espalda del inspector. En un movimiento violento, Speer se impulsó hacia adelante con todas sus fuerzas llevándose consigo al italiano que cayó de rodillas y soltó el arma. Rudolph la tomó con agilidad e intentó hundirla en el abdomen del hombre, pero este se apartó con agilidad. Solo lo rozó, Giuseppe soltó un quejido. Pero la batalla no había acabado.

Con una fuerza hercúlea, el Serafín tomó la hoja del cuchillo con su mano y con la mano sangrante fue llevándola hacia el pecho del inspector. Jadeaba entre el dolor y el esfuerzo. Speer miraba la hoja filosa que iba directo a su corazón. El empuje del asesino llevó a Rudolph hacia el borde del bote. Sus fuerzas comenzaron a desfallecer. Los ojos del asesino estaban inyectados de sangre. Parecía no sentir ningún dolor por el corte de sus manos. Era un monstruo, una máquina de matar. Speer sentía como la punta del arma rozaba su pecho.

Se escucharon dos detonaciones cercanas. El Serafín expelió un quejido y su rostro se turbó. Un disparó impactó su cuerpo. El inspector sintió como el cuchillo sobre su pecho perdía fuerza. El asesino se levantó y se lanzó a las oscuras aguas del río. Speer lo buscó, acezante, pero la fuerte corriente se tragó su silueta.

El inspector, jadeante y con el pecho manchado de sangre, tomó el control del bote e intentó seguir el ritmo de sus aguas, buscando al asesino. Enseguida, llegó la patrulla de la policía, con Boris al mando. El hombre había visto la pelea que se desarrolló en el medio del río.

—¿Está bien, inspector? —prorrumpió.

—Sí, Boris, busquen con los reflectores en el río. El Serafín está herido y cayó en sus aguas.

El operador del reflector comenzó a recorrer con sus luces las oscuras aguas en búsqueda de algún vestigio del asesino. Entretanto, Speer, ya recuperado, le dijo al subinspector:

—Continúa, no debe estar lejos.

—Sí, señor ¡Encontremos a ese maldito! —dijo el subordinado.

Speer buscaba frenéticamente al Serafín, sintió el ardor de las heridas y la hinchazón de su rodilla. De pronto, un pensamiento atravesó su entendimiento, sabía que la situación, lejos de acabar, apenas comenzaba. Ladeó el rostro, miró hacia el sur y dijo:

—¡Antonella!

La italiana fue desnudada con violencia. La acostaron dentro del círculo que

contenía el pentáculo invertido satánico, dibujado en el piso del altar de Pérgamo. Sus manos y sus pies fueron atados a unas cuerdas que fueron unidas a cuatro grandes clavos insertados en el piso de mármol que nacían en cuatro de los vértices del pentagrama abyecto. En el perímetro del vértice fueron colocadas, en perfecta simetría, unas velas que iluminaban el cuerpo níveo de la italiana.

Los integrantes de los discípulos, Cinthya, Cosette, Phillippe y el otro hombre, estaban cubiertos con unas grandes batas blancas que abrigaban todos sus ropajes. Permanecían frente al altar, de espaldas a la escalinata, y absortos en la escena que se desarrollaba. De pie, al lado del cuerpo desnudo de Antonella, el Comendador Ranieri permanecía impertérrito. Antonella lloraba. Movía su cabeza en un intento de ver las abyectas intenciones de los miembros del culto satánico. Imploraba con su voz trémula que la dejaran ir. Pero para esas personas nefarias, sus suplicas no tenían sentido. Era como si ella no existiese. La miraban como un borrego que debe ser sacrificado. Para ellos, la mujer no tenía un ápice de humanidad.

Frida fue había sido atada de manos y, al igual que Dubront, la ubicaron a su lado. Ambos se encontraban recostados en una de las columnas del altar. Arrodillada, miraba con horror la escena apestada que se desarrollaba. Rememoró el momento que cambió su vida, cuando entró al cuarto de sus padres y vio a aquella niña desnuda rodeada por unos desconocidos. Ver a su hermana gemela recostada en el círculo infame, la llenó de esa ira que sentía por la maldad pura. Ahora, en ese momento, se encontraba en el epicentro de la malignidad, en el pasillo del averno. Pero, literalmente, tenía las manos atadas.

Vio emerger desde dentro de las columnatas una mujer de tez morena con los cabellos vertidos sobre su rostro. Iba escoltada por un ser monstruoso y hercúleo que marchaba detrás de ella. Era un hombre moreno que se asemejaba a esos gladiadores africanos de la antigua roma. Ambos caminaban descalzos y sus cuerpos estaban cubiertos por unas delgadas batas blancas semitransparentes que dejaban entrever sus líneas corporales. Se colocaron detrás del círculo. Antonella los miró encima de ellos y los reconoció. Era la Luz Oscura que le había mencionado el Padre Rhode, la temida sacerdotisa del Diablo. Comenzó a gritar con desesperación.

Sus lloros y pedidas de auxilio erizaron la piel de Frida. Era como escucharse a ella misma, pidiendo ayuda. Recordó la escena de la profecía contada por el padre Rhode. La protectora sintió un nudo en su garganta. El llamado de la sangre la conmovió, sintió un impulso que emergía desde sus entrañas y la impulsó a ponerse de pie, pero no pudo por las ataduras. Intentó hacerlo de nuevo, pero fue en vano. Su respiración se aceleró. Gritó iracunda:

—¡Déjenla en paz, malditos!

Su grito rebotó en los oídos sordos de los discípulos del mal. Fue como si no la hubiesen escuchado. Desesperada, intentó desatar sus muñecas atadas, pero no pudo. Cosette la había sujetado muy bien. Escuchó los sonidos guturales de Dubront a su lado. No le prestaba mucha atención, pues gemía desde hace mucho tiempo. Sin embargo, escuchó como los sonidos aumentaban y eran más persistentes. Miró su rostro y vio como pestañeaba y señalaba con sus ojos que se acercase hasta donde se encontraba él. Ella se acercó e interpretó lo que los ojos de Arthur le gritaban. Recostada en él, tocó sus huesudas piernas y bajó hasta sus tobillos, tanteando con sus manos atadas. Levantó el pantalón y sintió el frío de un objeto de metal. Lo sacó con dificultad de su funda. Era una navaja militar suiza. La abrió y se arrastró hasta las manos del anciano donde comenzó a cortar las ataduras. Frida miraba con atención a los cuatro acólitos del mal, pues les quedaba poco tiempo.

La mujer morena se desprendió de su bata que cayó al piso, el Comendador le entregó su báculo de Cardenal de la iglesia católica y su anillo cardenalicio. Ella los tomó. Comenzó a hablar en un idioma ininteligible. Los acólitos del mal y la Pantera se arrodillaron. El Comendador permaneció de pie.

Antonella suplicaba que la dejaran en Paz, pero sus pedidos no eran escuchados. Cosette se levantó y entregó una hoja del código vaticano a la sacerdotisa y esta dijo una plegaria en un dialecto incomprensible. Elevó el código y las llamas de las velas y de todas las antorchas del lugar se avivaron. La mujer se acercó al círculo y, sin tocar su perímetro, fue arrodillándose con la hoja en sus manos. Cosette también lo hizo, al igual que Ranieri. Antonella pudo ver sus ojos de fuego. Era como si dentro de sus cuencas, dos grandes llamas ardieran. Sintió un medio cerval que le recorrió su cuerpo desde sus pies hasta su cabeza. La Luz Oscura colocó encima de su pecho el código y Antonella se calló. Había entrado en un trance. Los ojos del Comendador se avivaron, su rostro exultante brilló. Se arrodilló frente a la pitonisa y levantó ambos brazos. La mujer dijo:

—*Tempus breve est!*

Los demás, arrodillados, y con sus caras postradas en el piso, repetían la frase con frenesí. En ese mismo instante, se escuchó un golpe seco. Una de las grandes antorchas fue arrojada en dirección a los acólitos que estaban de rodillas. El líquido inflamable se esparció y tocó sus ropas. Los cuatro comenzaron a quemarse entre sollozos y alaridos. Cosette y Cinthya gritaban despavoridas. Corrieron en dirección a los bordes externos del altar y cayeron en el piso, arrastrándose con sus manos. Las llamas comenzaron a consumirle las pieles y sus rostros, parecían unas antorchas humanas. Philliphe y el otro hombre

corrieron, escaleras abajo, y llegaron un poco más lejos, sin embargo, el fuego chamuscaba sus pieles con la misma intensidad. Un olor a carne chamuscada inundó el lugar. Frida sintió arcadas. El Comendador volteó y vio a Frida que se había desatado y estaba al lado de la antorcha vertida. Vio también como Dubront corría en su dirección y se le abalanzó y lo tumbó. Ambos rodaron por las escalinatas.

Frida se dirigió hacia donde se encontraba Antonella. Sintió el golpe seco del puño de la Pantera en su pecho que se lo impidió. Cayó de espaldas, aturdida. Dubront luchaba contra Ranieri. Lo dominó. Lo tenía contra el piso y golpeaba su rostro. La Pantera bajaba por las escaleras con una daga en su mano en dirección hacia el magnate cuando se encendieron las luces del salón.

Frida se levantó tambaleante, estaba mareada. Se dirigió hacia donde se encontraba la Luz Oscura, pero al ser encandilada por el encendido de las luces, dejó de verla. Había desaparecido. Entró en el círculo donde estaba su hermana acostada y se tropezó, cayendo encima de su muslo. Sintió un calor en su cuerpo, pero continuó. Tomó el código con su mano libre y percibió la misma sensación que había sentido en el departamento en Nueva York. Dejó de escuchar, de ver, de palpar. Su alma viajó al terreno de lo desconocido.

La figura de Speer emergió de la puerta del gran salón. Con la pistola en la mano ordenó al guardaespaldas de la Luz Oscura que se detuviera. El hombre no hizo caso, siguió marchando hacia él. Rudolph disparó tres veces. La mole sintió los impactos y retrocedió, pero se recuperó y siguió avanzando. Speer disparó cinco veces más y fue cuando la mole, mitad humano, mitad bestia, cayó en el piso. Su cuerpo inerte reposaba en el medio de las escaleras en un riachuelo de sangre que rodaba hacia abajo.

El inspector continuó avanzando hacia el altar. Vio los cuerpos inertes de los acólitos del mal. Se impresionó al ver uno de ellos. A pesar de su rostro deformado, Speer lo reconoció, era el alcalde de la ciudad. Jamás se hubiese imaginado que este vil hombre estuviera detrás de todo esto también. Avanzó por las escalinatas y llegó donde se encontraban ambas mujeres. Las vio en una especie de trance. Sin perder tiempo quitó el código que tomaba Frida y lo apartó de ambas. Las hermanas reaccionaron. No sabían qué sucedía ni dónde se encontraban. Speer se quitó el saco y cubrió el cuerpo desnudo de Antonella. Cortó las ataduras y la ayudó a levantarse.

—¡Falta la Luz Oscura! ¡Búsquela inspector! —dijo Frida.

La buscó por dentro de las columnatas, pero no encontró rastros de la mujer. La otra puerta del salón fue abierta. Se iba a dirigir hacia allá, cuando vio entrar por la puerta a Boris con unos efectivos. Les indicó que peinaran el lugar. Enseguida, entró por la puerta el Padre Rhode que caminó hacia el altar con su

paso pausado. Vio los cadáveres humeantes de los acólitos del mal. Siguió marchando y se impresionó al ver al Cardenal Ranieri arrodillado en el piso con el rostro golpeado, derrotado y lívido. A su lado estaba Dubront, de pie. El Cardenal ni siquiera miró a su “viejo amigo”. El sacerdote no supo si era por vergüenza, orgullo u otra razón.

El holandés se paralizó, estaba en shock. Rhode vivía una escena que jamás hubiese imaginado ni en el peor de los sueños. Boris volvió.

—¡No hemos encontrado a nadie! —sentenció.

—Imposible —dijo Frida —Ella está aquí. ¡No pudo haber salido en tan corto tiempo!

—¡No hay nadie, señorita! —dijo el subinspector.

En ese momento, una sombra emergió desde la espalda del inspector Speer. La luz Oscura con un cuchillo en su mano se abalanzaba sobre las gemelas. Speer reaccionó de inmediato y disparó en la región occipital de la Orquídea, cayendo muerta a los pies de ambas mujeres. Antonella y Frida vieron como sus escleróticas tiñeron sus ojos de blanco.

—No era inmortal como pintaban sus acólitos. —dijo Speer.

Antonella se refugió en el hombro de su hermana que la consoló. El inspector alejó el cuchillo de su mano y le tomó el pulso. Había muerto. Viendo a Boris, preguntó:

—¿Encontraron al Serafín?

—Sí, señor. Encontraron un cuerpo que parece ser el suyo.

Speer agestó su cara. Bajó con las dos mujeres por las escaleras. Lo hicieron con lentitud. Ellas, con sus rostros aturridos, miraban el baño de sangre derramado. Frida se detuvo delante del cuerpo genuflexo de su “Padre”, el Comendador. Antonella también lo hizo. La exprotectora sintió retortijones en su estómago. Quería golpear, arañar y hacerle daño al hombre que le había dado la vida y también se la arruinó. Hizo un intento por decirle algo, cuando Antonella la tomó de la mano y la miró con sus ojos aguamarina. Le bisbiseó, en silencio:

—¡No vale la pena!

El inspector le entregó al Padre Rhode el códice que tomó del piso. Lo revisó, era el auténtico. Al lado del Cardenal vio un viejo cuaderno que reconoció como el diario privado de Himmler, también lo agarró.

—¿Qué hacemos con él, Señor? —preguntó Boris, señalando al viejo decrepito que seguía en el piso.

—¡Llevémoslo al cuartel general! ¡Tiene mucho que explicar!

Dos agentes se dirigieron hacia donde se encontraba el anciano y lo tomaron por los hombros. En ese momento, Ranieri introdujo su mano en su boca y dirigió su dedo índice hacia un falso diente molar. Rhode, que lo observaba,

gritó:

—¡Deténganlo!

Era demasiado tarde, se escuchó el chasquido de la mordedura de una cápsula. El hombre comenzó a convulsionar y a botar espuma por la boca, su cuerpo temblaba, su rostro se torció y los ojos se emblanquecieron.

—¿Qué sucede? —preguntó Speer.

—Ha masticado una cápsula de cianuro como su padre —dijo Antonella.

Treinta segundos después, el hijo de Himmler dejó de respirar. El proyecto “T” de su padre había fenecido con él. Ni una lágrima ni un lamento salieron de los labios de alguna de sus hijas. Dejaron de mirar el cuerpo inerte y apergaminado del hombre y comenzaron a caminar en dirección a la salida. Speer y Dubront las acompañaron en silencio. Rhode se arrodilló y tomó la mano fría del Cardenal.

—¡Qué Dios lo perdone, Cardenal!

Santiguó su frente lívida y se levantó. Se dirigió hacia una de las antorchas y arrojó la cuartilla del código vaticano, junto al diario de Himmler que comenzaron a incinerarse. Marchó raudo para alcanzar al grupo, mientras lo hacía, pensó en la suerte espiritual del cardenal. No estaba seguro si Dios perdonaría a Ranieri por su apostasía, pero ese no era asunto suyo.

Solo bastaron tres horas para que las aguas volvieran a su cauce en la ciudad de Berlín. Las noticias fueron manejadas, con acierto, por el departamento de prensa de la policía y en especial, por el inspector Speer, quien, en vista de la participación del alcalde en los hechos criminales, fue restituido de su cargo por una orden directa de la cancillería alemana. El representante del gobierno central, al ver los videos de las cámaras del museo y percatarse del rito satánico que se había llevado a efecto en el altar de Pérgamo y que involucraba al burgomaestre de la ciudad, decidió restituir a Rudolph en su puesto.

Speer preparó con mucho tino y sapiencia, el comunicado que leyó a las once de la noche. Por sugerencia del Padre Rhode y del nuncio apostólico —que también tuvo la oportunidad de ver el video de las cámaras de seguridad del museo —se tergiversó la información real de lo sucedido. La imagen de la Iglesia Católica, maltratada por los atentados frustrados, debía conservarse inmaculada. El Papa, ileso e informado de la suerte del Cardenal Ranieri, ya había aterrizado en la ciudad de Roma, donde fue recibido con las mayores medidas de seguridad. El inspector fue conciso y elocuente en la narración de los hechos frente a una miríada de periodistas.

“Como la ciudad de Berlín y el mundo han podido ver, en el día de hoy, se efectuaron dos conatos de atentados contra la vida del Papa Marcos Mateo. El primero se perpetró en la iglesia de Santa Eduvigis donde se intentó activar un dispositivo con Ricina, una sustancia venenosa y mortal, dentro de los tubos del órgano. Gracias a la heroica acción del señor Richard Chastain, jefe de seguridad del consorcio de empresas D c.a, se pudo retirar a tiempo ese dispositivo de la basílica y se inactivó en las afueras de la ciudad por parte del escuadrón antibombas de la policía. Lamentablemente, el Señor Chastain al enfrentarse al perpetrador, el asesino internacional de nombre el Serafín, murió a causas de las heridas. El equipo de seguridad de su Santidad y el mismísimo Papa tomaron la decisión de continuar con su itinerario previsto en la ciudad que culminaría con la misa en el Berlín Mercedes Benz Arena. Horas más tarde, supimos del secuestro del Cardenal Fabricio Ranieri y de su asistente, el monseñor Philliphe Ramos, por parte de este asesino a sueldo. Durante el desenvolvimiento de la misa, mi equipo de seguridad detectó la infiltración de este asesino internacional dentro del cuerpo cardenalicio que acompañaba al Papa. Intentaban pervertir la misa con unas hostias corruptas y envenenadas. La rápida intervención del cuerpo policial pudo neutralizar las acciones de este

asesino. El perpetrador, el conocido asesino internacional de apelativo el Serafín, y quien vestía el atavío del cardenal Ranieri, salió corriendo del lugar y mató, en su huida, a un efectivo, e hirió a otros dos. Huyó hasta el río Spree donde fue alcanzado por las balas de la policía y su cuerpo cayó a las aguas del río, donde fue encontrado después de tres horas. Los asesinatos que sucedieron en Berlín en días anteriores, incluyendo la muerte de los policías, el ataque al hotel Titanic y al cuartel general de la policía, fueron hechos por este hombre en compañía de otros rufianes.

Mientras se desarrollaban los hechos en el Berlín Arena, obtuvimos la información de la ubicación del Cardenal Ranieri en la isla de los museos. Un grupo comando, bajo la dirección del Alcalde de la ciudad y en compañía del equipo de seguridad de D c.a. se dirigió hasta el museo de Pérgamo donde hubo un intercambio de disparos para rescatar al cardenal. En la acción resultó muerto el cardenal, su ayudante, el alcalde de la ciudad y dos mujeres que también habían sido secuestradas. Varios de los empleados de D c.a. también resultaron muertos. Las investigaciones continúan y seguimos tras el rastro de otros cómplices en esta conspiración”

Los medios de comunicación internacionales, los noticieros y los periodistas tenían bastante pastel para devorar en sus noticiarios y rotativas.

Speer estaba sentado en su oficina. Lo acompañaba Boris. Era su primer momento a solas después del rebullicio. El ambiente de trabajo dentro del cuartel general de la policía volvió a una espesa calma.

—¿Reconocieron el cuerpo del Serafín?

—Sí señor, pero el cadáver está irreconocible. Su rostro estaba lacerado y abotargado. Al cuerpo le falta el dedo meñique de la mano izquierda, al igual que el inspector. Intentamos comparar su ADN con el obtenido del hocico del perro que lo mordió frente al hotel, pero esa prueba salió defectuosa.

—No importa, estoy seguro que el maldito murió.

—Sí, inspector, pero antes cómo nos hizo daño.

—¿Cómo supo usted que Giuseppe, era el Serafín? —preguntó Boris

—Te confieso que yo nunca sospeché de él, hasta que hallaron esos cuatro elementos dentro del hotel. Mira a tu alrededor ¿Cuántas personas usan pipa?

—Sí, inspector, pero también es verdad que ese no era un elemento incriminatorio.

—No lo era, pero cuando yo lo tomé del brazo, frente a la iglesia de Santa Eduvigis, esta tarde, él lo retiró con un signo de dolor en la cara. El Serafín había sido atacado por un perro ayer. Me pareció rara su actitud.

—¡Es verdad, inspector!

—Por eso te ordené investigar acerca de esos asesinatos que te dije y tus

respuestas arrojaron los últimos elementos. Él me habló acerca de ellos cuando nos entrevistamos, por primera vez. Nunca supo de esos casos por casualidad, como jefe de inspectores de la Interpol los buscaba. Es decir, él siempre había estado en los lugares donde ocurrían los crímenes... ¿Qué extraño, no?... Él llegó a mi oficina después de la muerte de Otto. Estuvo en la escena del crimen del departamento. Cuando mataron al sacerdote y fuimos hasta el hotel Titanic, él no estaba allí. Tampoco estuvo cerca en el ataque al cuartel general. Hoy apareció de la nada y llegó al edificio. Y sobre todo ¿Por qué demonios, quería tomar el dispositivo?... además, Giuseppe fue quien encontró el cadáver de Chastain. Este efectivo era un hombre entrenado en seguridad personal y empresarial, solo un asesino altamente calificado pudo haberlo matado. Él colocó el mapa en su cuerpo y la lista de los mercenarios del jefe de seguridad de Dubront. Siempre fue él. Yo fui un estúpido por no haber atrapado esas pistas antes. Yo me pregunté ¿Un perseguidor que se persigue a sí mismo? Buen disfraz. Esos efectivos que murieron, investigando los casos, de seguro, fueron asesinados por él. Fue la mejor manera para que no lo atraparan. Te asociabas a la investigación y eliminabas pistas, confundías a los investigadores y matabas a quien se acercaba a tu rastro. Él llegó a nuestro departamento de policía porque quería ir tras el rastro del verdadero asesino de Otto. El Serafín no asesinó a Otto, fue un francés. Esta información la obtuve por medio de Frida. Este mismo homicida galo fue asesinado en París hace tres días. Recordé que Giuseppe desapareció por casi veinticuatro horas, tiempo suficiente para ir a París y regresar. Además, le dio tiempo de buscar la Ricina y volver. Con su chapa de policía de la Interpol tenía patente de corso para desplazarse por el mundo, impune. La pista del tabaco para mí, fue concluyente.

Speer hizo una pausa. Dafne entró con dos cafés. Él agradeció con una sonrisa. Era la primera vez, en años, que le sonreía a su secretaria en su despacho.

—Yo siempre se lo dije jefe, ese hombre me daba miedo.

—Sí, Dafne. Tenías razón —dijo asintiendo. Ella salió.

—Giuseppe era como un fantasma, al igual que el Serafín.

—Yo también fui un tonto —agregó Boris —él me pedía información acerca de los asesinatos que sucedían. Recuerdo que el día que llegó a su oficina, me preguntó acerca de cómo habían matado a Otto.

—Eso yo no lo sabía, por eso cuando él habló conmigo, me dio descripciones acerca de cómo mataba el Serafín y yo me lo creí. Fue muy sagaz. Pero eso se acabó.

Speer bebió un sorbo de café. Miró con ojos acerados a su interlocutor. Inquirió:

—¿Tenía familia?

—Ninguna, era un hombre solitario.

—Ese maldito me mintió. Sin familia, sin amigos, no hay forma que descubran tus fechorías.

—¿Qué se sabe de la Orquídea y su mascota? —Preguntó Speer.

—Nada inspector, sus huellas no coinciden con ningún malhechor en la base de datos. Parecen unos fantasmas.

—Eran unos fantasmas. Se creían deidades. Pero murieron con las balas de tu Beretta, Boris. Gracias por prestármela. Es una buena arma.

—Esa arma es infalible, hasta para matar fantasmas.

Ambos sonrieron.

—¿Terminaron con las declaraciones de las gemelas, Dubront y el Padre Rhode?

—Sí, señor. Están en mi oficina.

—Bien, iré hasta allá.

—Señor, voy al comedor, me gustaría pedirle que fuera un momento hasta allá para que vea algo.

—Perfecto, después de hablar con las gemelas, pasaré por allá.

Antonella y Frida estaban sentadas juntas en el sofá, el Padre Rhode en una silla maltrecha enfrente de ellos, mientras que Dubront, de pie, se recostaba en el escritorio del subinspector. Arthur le leyó a Antonella la carta de Annika. Después de escucharla no quiso saber del contenido del diario de Himmler. Saber que su abuelo asesinó a más de seis millones de personas, le repugnó.

—¿Todo acabó? —preguntó Frida al Padre Rhode.

—Sí —respondió tajante el sacerdote —Al morir el hijo de Himmler, no hay posibilidades de que el ángel rebelde pueda ser liberado. Además, matamos a su sacerdotisa principal, su líder espiritual.

—¡Gracias a Dios! —dijo Antonella.

Rhode agregó:

—Los otros códigos fueron recuperados en la habitación de Ranieri al igual que el manuscrito del coronel francés que se nombra en el diario de Himmler. Están a salvo en Roma. Jamás volverán a ser utilizados con fines malévolos.

—Y los discípulos ¿Son una amenaza? —preguntó Antonella.

—Hemos descabezado su organización, están debilitados y con la muerte del Comendador, su jefe, sus recursos y organización se verá afectada. El Papa sabe de ellos y estoy seguro que ordenará desaparecer a los “Protectores”. La organización desvió su camino y fue infiltrada por los discípulos, su mayor enemigo. Ese es el peligro cuando se tiene el poder absoluto.

—Esperemos que sea de ese modo —dijo Frida.

—La profecía se cumplió a cabalidad, a excepción de que no comprendí qué debió elegir alguna de ustedes.

Ellas dos se miraron y Frida respondió:

—Sí elegimos, Padre. Algún día le diremos cuál fue nuestra elección.

—Comprendo —dijo, asintiendo.

—Gracias por todo lo que hizo, Padre —dijo Dubront.

—A usted por venir desde tan lejos a ayudarnos.

Frida miraba con recelo a su “tío”, aun le costaba creer que ese hombre que le había jodido la vida en Nueva York, estaba de su lado.

—¿Usted jamás sospechó de su asistente?

—Nunca. Fue una verdadera artista... solo noté una extraña actitud en ella cuando estuvimos en la audiencia frente al Papa, se emocionó mucho y se sonrojó. Ella no era una mujer de mostrar emociones, sin embargo ahora sé que era por la presencia del Cardenal Ranieri. Ahora que murió y que revisé su teléfono, me percaté de que me había hecho un seguimiento. Ella nos delató ante el Comendador. Ella escuchó toda nuestra conversación y le informó todo. También fue ella quien delató a la discípula que yo cuidaba en Nueva York. Era una mujer aviesa.

—A mí nunca me simpatizó —dijo Frida con el ceño fruncido, luego agregó —Yo no comprendí porque ella, simplemente, no tomó los códigos si sabía de la ubicación de ellos.

—Ella no sabía. Ahora que registré su teléfono, supe que ella tenía el número, pero no podía precisar el lugar donde vivía la anciana asesinada. Además, su falsa identidad estuvo tan bien cubierta que ni siquiera la misma Cosette supo que era una discípula hasta que llegó a Berlín. El Comendador no podía darse el lujo de que su pieza más importante cayera.

—Es verdad —dijo Frida

—Hay algo que debo pedirles y que luego lo hablaré con el inspector —expresó Dubront, rogante.

Los tres lo miraron expectantes.

—Si se llega a saber mi verdadera identidad y nacionalidad, no podré acceder a la presidencia de los Estados Unidos, se derrumbaría el trabajo de mi vida y hasta podría ir preso.

—Cuenta con mi silencio —dijo Rhode —y el mío —expresó Antonella — No se preocupe —terminó de decir Frida.

—Muchas Gracias.

—Yo saldré un momento, debo preguntarle al inspector si están listos los permisos para el traslado del cuerpo del padre Mario a Venezuela, su tierra natal. Él siempre extrañó a su país y era su deseo que lo sepultaran allá —dijo el

sacerdote holandés. Se levantó y salió de la oficina.

Dubront se sentó en la silla y miró a ambas mujeres con detenimiento. Eran idénticas y guardaban un parecido incuestionable con su madre, Beatrice. Antonella tenía la mirada puesta en sus manos y Frida las tomó. Intentaba protegerla, era su naturaleza.

—Creo que he cumplido con mi propósito —dijo Dubront —He logrado reunir las y apartarlas de la malignidad de los discípulos.

Antonella lo miró con sus ojos lánguidos, Frida lo vio y pestañeó. Era su forma de agradecer.

—Quiero que sepan que cuentan con mi apoyo y mi ayuda para lo que sea. Me gustaría pedirles que me acompañen a los Estados Unidos, pero sé que cada una de ustedes tiene una vida hecha.

—Es así, además debo ir a enterrar a Jean Pierre, el hermano de mi vida. — se adelantó a decir Frida.

—De todos modos, si cambian de opinión, llámenme.

Ahora sí, ambas mujeres asintieron. Speer llevó su mano al bolsillo interno de su saco. Tenía dos sobres blancos.

—Aquí están sus pasajes, el de Rhode y algo de dinero para que puedan volver a sus hogares. También está mi tarjeta.

Se los entregó y luego, dijo:

—Hay una última cosa...

Las gemelas lo miraron con ahínco. Dubront sacó su billetera, la abrió y sacó dos fotografías amarillentas. Las miró, suspiró y dijo:

—Estas dos fotografías me las entregó mi madre. En ella salen ustedes con Beatrice y Annika. Son las únicas fotos que conservo de ella. Son para mí un tesoro. Creo que ustedes deben tenerlas. Mi madre carga a Frida y Beatrice a Antonella.

El hombre se las entregó con sus manos huesudas. Cada una de ellas tomó una. Las imágenes estaban derruidas por el tiempo. En estas, las dos mujeres sonreían y las pequeñas, de unos seis meses se tocaban las manos viéndose entre ellas. Antonella llevó su mano a su boca y su rostro se compungió, mientras que Frida se sonrió y agradeció. Antonella no pudo hablar.

—Las dejaré solas. Iré a hablar con el inspector.

Se levantó y salió por la puerta de la oficina. Antonella besó su foto. Frida tomó la mano de su hermana de nuevo. Se miraron. Querían decirse tantas cosas, pero el tiempo era corto y cada una de ellas debía retomar su camino. Antonella dijo:

—¡Tenemos tantas cosas que hablar! ¡No sé por dónde comenzar.

—Podríamos empezar por decidir cómo nos llamamos a partir de este

momento ¿Cómo quiso nuestra madre o cómo lo hemos hecho hasta ahora? — dijo Frida

—Franchesca y Brigitte son hermosos nombres, pero el mundo me conoce como Antonella, no creo que cambie de nombre.

—Yo pienso igual, pero en secreto nos podríamos llamar así... ¿Te parece Brigitte?

—Suena raro, pero tienes razón, Franchesca.

Ambas sonrieron. Sus ojos claros se fundieron en una alegría pocas veces desfogada.

—¡Cuenta conmigo siempre hermana! —expresó Antonella con voz decidida.

—¡Tú también! Es agradable saber que tengo una hermana en el mundo.

—Sí, lo es... En cuanto a lo que sucedió allá en el altar, yo quisiera decirte que...

—No hay nada que decir. Solo sigue la voz de tu corazón siempre Antonella.

La escritora abrazó a Frida con tal fuerza que a su hermana le costaba respirar. Ella, no muy acostumbrada a los abrazos, se dejó fundir en el calor de su hermana.

El inspector ingresó a la oficina acompañado de Rhode y Dubront.

—Ya todo está listo. Todo está en orden. Cuando ustedes lo deseen, pueden irse.

Las dos mujeres se levantaron.

—Muchas gracias por todo, inspector —dijo Frida extendiendo la mano. Speer respondió el apretón.

—Yo los llevaré hasta el aeropuerto, mi vuelo sale pronto —agregó Dubront.

Todos estrecharon la mano del inspector y fueron saliendo, graneadamente. Cuando tocó el turno de Antonella, Speer se ruborizó. Los ojos aguamarina de la mujer derretían el entendimiento del rudo policía.

—Muchas gracias por todo, inspector. Gracias por su caballerosidad, su gentileza, creer en mí y salvar mi vida.

—De nada Antonella, solo cumplía con mi deber...siempre estaré aquí para usted —expresó con sus ojos empequeñecidos.

Ella extendió su mano y él sintió la suavidad de su piel. La mujer iba a salir de la oficina, pero se detuvo. Volteó y dijo:

—Dentro de tres meses presentaré mi próximo libro en Roma, me gustaría que estuviera presente.

—Allá estaré —dijo Speer.

La mujer sonrió y salió por la puerta. Speer quedó atontado, viendo el recuadro negruzco del pasillo vacío. Expelió un suspiro, apagó la luz de la

oficina y se dirigió hacia el comedor. Renqueaba por la herida que le produjo el Serafín. En el camino recordó el cumpleaños de su hija. El día siguiente lo tendría libre y podría celebrar junto a ella. Speer siempre cumplía sus promesas.

Llegó al pasillo y cruzó hacia el comedor. Entró de sopetón, como era su costumbre. Una salva de aplausos se inició como un gran murmullo que creció exponencialmente. Dentro del recinto estaba toda su fuerza policial que con los rostros agestados y sus ojos silentes le agradecían por haber matado al rufián del Serafín y haber salvado la vida del Papa. Speer se paralizó y no sabía qué hacer mientras la batahola aumentaba. Él los miró a todos, a cada uno de sus hombres desde su izquierda hacia su derecha. Una sonrisa casi invisible se dibujó en sus labios. Terminó de verlos a todos, las palmas cesaron y todos lo miraban, expectantes. El inspector inquirió con su vozarrón:

—¿Qué hacen ahí parados como unos idiotas? Váyanse a trabajar...

Una explosión de risas inundó el lugar, mientras que Speer dio la vuelta y salió riéndose hacia su casa.

Epílogo.

El avión de Air France se elevaba por los aires en la noche negruzca. Frida miraba a través de la ventanilla del avión, recostada al fuselaje del lado derecho. Cuando la aeronave terminó de girar y se enrumbó en dirección a Francia, la mujer pudo apreciar la gran luna guindada en el cielo como una bambalina de plata. El recuerdo de lo vivido, al tocar a Antonella y el códice en el altar de Pérgamo, giraba en su cabeza como un tornado. Jamás imaginó que tenía el poder de una vidente y viajar a través de mundos paralelos. De nuevo, se sumergió en las aguas de lo vivido hace pocas horas en su mundo onírico.

Cayó de sopetón en la orilla del mar salado. Una ola golpeó su rostro. Se levantó y miró la arena negra de la playa. Sintió frío. El horizonte tiznado atrapaba a la luna más grande que había visto en su vida. Miró hacia el interior de la orilla y vio a Antonella de espaldas. Delante de ella, emergió una celda gigantesca, conformada por innumerables barrotes de espadas cortantes. Desde dentro, una gran luz brotaba y dejaba ver unas formas humanas, que se movían desesperadas, intentando salir de allí. Se acercó hasta donde se encontraba Antonella y la observó. Lloraba desconsolada. Frida la llamó por su nombre. Ella la miró.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—No sé —dijo Frida.

—Debes irte. Los ángeles rebeldes quieren que los libere.

Las formas humanas dentro de la gran jaula comenzaron a emitir chillidos que penetraban el entendimiento de ambas. Golpeaban las rejas y se les veía correr y andar de un lado a otro.

—Tú no puedes liberarlos —dijo Frida.

Todo se hizo silencio. Las figuras de los ángeles se apartaron hasta que llegó una más alta que todos ellos. Sacando ambas manos fuera de las rejas, lanzó una hoja a los pies de Antonella. Era Shemiyaza.

—¡Lee el anatema! ¡Libéranos! —dijo iracundo.

Frida sintió como su cuerpo se paralizaba y se elevó unos centímetros del piso. El papel se elevó por los aires y se extendió frente a ella. Estaba escrito en un idioma que no comprendía. De pronto, las letras inextricables se borronearon en un inglés que entendió. No quería leer. Intentó cerrar los párpados, pero no podía. Inevitablemente, iba a comenzar a leer, cuando sintió un gran soplo seguido de un estruendo. Cayó en el piso de rodillas, se levantó y vio delante de ella a la figura iluminada de un Ángel que portaba, en su mano derecha, una

espada de fuego. Sus alas eran blanquecinas e impolutas, su rostro era bruñido y un brillo emanaba de sus ojos. Portaba una bata blanca y encima de ella, una capa púrpura estrellada. Las figuras humanas dentro de la cárcel gritaban con mayor fuerza. Con la espada de fuego encendió el anatema y este se incineró de inmediato. Miró a las dos mujeres y les dijo:

—“Yo soy el Arcángel Sariel, el protector de Dios contra la magia Oscura. Ustedes no deben estar aquí. Sé que fueron forzadas por acólitos del maligno. Deben irse. Ninguna fuerza humana o celestial puede liberar a estas criaturas de su presidio. Solo Dios puede hacerlo.”

Frida tomó a Antonella de la mano. Las criaturas golpeaban las rejas con fuerza mientras que ellas daban la vuelta y llegaron a la orilla de la playa. Al tocar el agua, todo se volvió blanquecino y vieron una mujer de cabellera roja como el fuego y ojos azules que les dijo:

—Franchesca y Brigitte, yo soy su madre, Beatrice.

Ambas, sorprendidas, se miraron y no sabían qué hacer. Quisieron abrazarla e iban a abalanzarse sobre ella, pero su mano las detuvo.

—Deben elegir si quedarse aquí conmigo o volver a sus vidas.

Las gemelas se miraron a los ojos y Frida dijo:

—Mamá te amo, pero debo vivir.

—Yo también quiero volver —dijo Antonella.

—Buena decisión. Usen el poder que tienen para hacer el bien... Sigán siempre las voces de sus corazones... Cuídense siempre hijas.

Ambas sintieron como sus corazones aleteaban.

En ese momento despertaron del trance.

Frida volvió a ver la luna. Su circunferencia era perfecta y su luz, hipnotizadora. Cerró los ojos y pensó en su amada París, la ciudad más bella del mundo. Comenzó a navegar en uno de los tantos botes que serpentea el Sena de noche. Desde su proa, atisbaba la enhiesta Torre Eiffel titilante. Su luz intermitente le recordó lo fugaz que es la vida. El viento templado de la noche parisina besaba su cara. Se sintió sublime y exultante. Por primera vez en su vida, no sentía odio ni rencor. Una gran paz la arropó como un manto invisible. Agradeció por estar viva. Un minuto más tarde, dormía entre las espesas nubes de su sueño.

FIN.

El viento de Buena Esperanza

(Tres meses después)

El puerto de Aveiro, en las costas portuguesas, era un hervidero. Las embarcaciones se preparaban para zarpar. Era el día exacto para partir, pues en una semana se habilitaría la temporada para la pesca de atunes y los viejos pescadores sabían que el barco que tomara las rutas correctas sería favorecido con los mejores y mayores cardúmenes de peces.

Un pequeño barco, en cuya proa se leía el nombre de “Fátima” se alistaba para levar anclas. Eran casi las tres de la mañana y el capitán de la nave, un portugués que pasaba las seis décadas de vida, apuraba a sus marineros para que terminaran la faena lo más pronto posible. El viento frío y pegajoso del salitre soplaba con fuerza. Los tripulantes, todos avezados pescadores, introducían los últimos suministros en la embarcación para la larga navegación que los esperaba. Cuatro meses navegarían por las aguas del sur del océano atlántico donde intentarían llenar sus despensas de atunes azules, la más preciada y mejor pagada de las presas de mar.

Los marineros llevaban, en sus hombros gruesos y sus brazos anchos, las provisiones y pertrechos que los ayudarían durante los días de navegación y pesca. El capitán los apuraba con su verbo zafio y casi ininteligible. Quería zarpar lo más pronto posible. Su embarcación era lenta, pero tenía un casco muy fuerte. Si lograba tomar una ruta cercana a la costa africana, durante el giro del Cabo de Buena Esperanza, cerca de Sudáfrica, se adelantaría al resto de las embarcaciones, en las ansiadas rutas del atún azul. El capitán, un viejo lobo del mar, les gritaba a los marinos. Estaba de mal humor, pues el cocinero, no había llegado aún. No era un gran problema porque, si él no se presentaba, cualquiera de ellos podría atender la cocina, sin embargo, tendría un hombre menos durante la labor de pesca, y si los cardúmenes eran grandes, se dificultaría el trabajo. Además, Pepe, como se llamaba el cocinero, preparaba unos deliciosos platos y eso mantendría la moral de su tripulación, alta.

El capitán vio como una sombra se acercaba a su embarcadero. Era un hombre bajo y robusto con el rostro curtido de arrugas. Pidió, a uno de los tripulantes, hablar con el capitán. Este lo señaló con su mano y siguió cargando los pertrechos. El hombre se acercó al jefe de la nave que lo vio de arriba abajo, como si mirara a un bicho raro. El desconocido, en un portugués maltrecho, dijo:

—Capitán, Pepe no vendrá, él está indispuesto. Yo soy su primo, Paulo y he

venido a sustituirle.

—¿Y qué le ha pasado? —farfulló el capitán con los pocos dientes que le quedaban después de décadas de escorbuto y mala higiene bucal.

—Tuvo un accidente en su casa y le tomaron unos puntos en su mano, ayer.

—Y tú ¿De dónde eres?, porque ese portugués que hablas, parece de Brasil.

—Yo soy español, pero me mude a Aveiro hace cuatro meses, aún estoy aprendiendo el idioma. Sé que no me conoce, pero necesito el trabajo. Requiero dinero para mi madre enferma, en Girona.

—Yo no embarco personas desconocidas y mucho menos a alguien que apenas habla el portugués.

—Capitán, por favor... se lo pido por la Virgen de Fátima.

El marinero, que era un gran devoto de la Virgen, se conmovió. En Portugal, la Virgen de Fátima era algo más que una advocación mariana, era prácticamente, la guía espiritual de todo un pueblo.

—¿Sabes cocinar? —dijo entre dientes.

—Sí.

El marinero miró su reloj y se percató que le quedaba poco tiempo, además las luces lejanas de algunas embarcaciones ya comenzaban a moverse por la ensenada. No quería reconocerlo, pero necesitaba a ese hombre.

—Está bien sube, la cocina está al fondo, prepara un café, para ver que tal...

—Gracias capitán, no le fallaré.

El hombre se introdujo en el puente y bajó las escaleras. El resto de la tripulación terminó de colocar los últimos pertrechos. Al cabo de quince minutos, levaron anclas y el capitán comenzó a abarloar la embarcación fuera del arcén del puerto. “Fátima” se deslizaba con suavidad por las oscuras aguas. El olor a gasoil, acumulado en el puente, fue sustituido por la tierna brisa marina del Atlántico. El ruido del motor se diluyó con el chapoteo del agua contra la proa del barco. El capitán, con el rostro adusto, maniobraba con destreza el timón. Al cabo de quince minutos salieron al mar abierto.

Paulo subió al puente y trajo una jarra de café con unas tazas. Le sirvió una al avezado marinero que la tomó con una mano, mientras que con la otra, tomaba el timón. Probó un sorbo del café y su cara se alborozó.

—Si cocinas tan bien como haces café, regresaremos gordos a casa.

—Gracias, capitán —dijo, melindroso, el cocinero.

—¿Primera vez que te embarcas?

—Sí, capitán.

—Espero que no vomites.

—No, no lo haré. Tengo buen estómago.

—Espera que llegemos al cabo de Buena Esperanza.

—¿Por qué?

—Es el peor sitio para navegar en el mundo. Los vientos y las corrientes hacen prácticamente imposible girar. Es el cruce entre el océano Índico y el Atlántico. Allí dejarás el estómago, marinero.

—¿Y por qué se llama Buena Esperanza, si es tan malo? —preguntó, intrigado, el hombre.

—Porque los primeros navegantes que pasaron por allí, le pusieron ese nombre para llegar con optimismo a sus difíciles aguas.

—Comprendo.

—Los marineros dicen que la primera vez que pasas allí te debes encomendar al viento de Buena Esperanza. De este modo, dejarás atrás todo lo malo y se cumplirán tus deseos.

—Bueno, de ser así, lo haré.

El capitán subió su taza de café e invitó a Paulo a hacer lo mismo para brindar.

—Por el viento de Buena Esperanza —dijo el capitán.

—Por el viento de Buena Esperanza —respondió el cocinero, sonriendo.

Al levantar la taza, el capitán notó la ausencia del dedo meñique de la mano izquierda del hombre. Su rostro se contrajo.

—¿Cómo perdiste ese dedo?

—Un accidente de trabajo.

—¿Qué hacías antes de embarcarte?

—Trabajaba en el ferrocarril de Barcelona.

El marinero taladró los ojos del cocinero intentando huronear en ellos. Pensó que decía la verdad.

—Me caes bien, Paulo, seremos grandes amigos.

—Así será, capitán.

Expelió un suspiro y el cocinero miró a través de la ventana al oscuro horizonte marino. Pero ese hombre no tenía amigos. Jamás los había tenido y nunca los tendría. El último hombre que le llamó así —Pepe —reposaba inerte en las oscuras aguas del puerto. Sus ojos apocados se endurecieron, mientras miraba el océano negruzco que se abría frente a él. El golpeteo del agua, en la proa, trajo la figura membruda del hombre que jodió su vida. Ya tendría tiempo de ajustar cuentas con él. De eso, no tenía la menor duda.